WWW.GOFREEBOOKS.COM

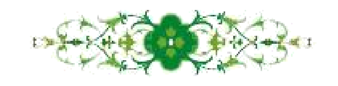


MI AMADO PROFETA

SALLALLAHU 'ALAIHI WA SALLAM

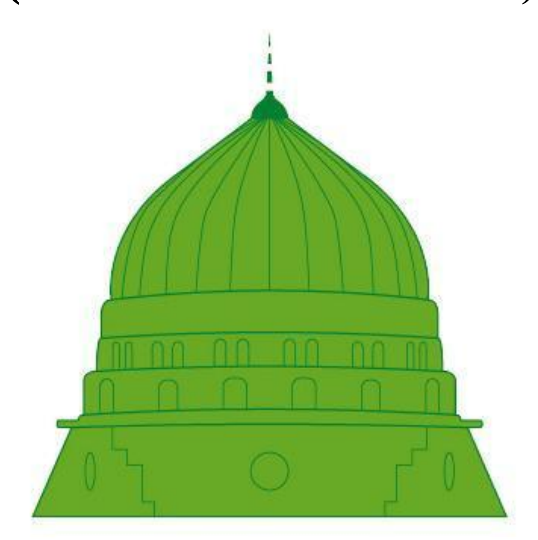
"TE HEMOS ENVIADO COMO UNA MISERICORDIA, COMO UNA BENDICIÓN PARA TODOS LOS SERES"

SŪRA ANBIYĀ: 107



MI AMADO PROFETA

(Sallallâhu ’alaihi wa sallam)



Prof. Dr. Ramazan AYVALLI

Universidad de Mármara, Facultad de Teología

1.ª EDICIÓN

Catalcesme Sk. No: 17

Cagaloglu-Istanbul / TURKIYE

Tel: (+90 212) 512 95 11

Fax: (+90 212) 513 68 57

Email: turkdunyasi@ihlas.net.tr

Impresión: Ihlas Gazetecilik A.S.

Tel: (+90 212) 454 35 06

Encuadernación: Saglam Mucellit

Tel: (+90 212) 693 19 33

2011



ÍNDICE

Introducción

Sean las alabanzas para Allahu ta'âlâ. Gracias infinitas sean dadas a Él por sus bendiciones y favores... Y que tanto Su Profeta, el más amado de Sus esclavos y que, en todos los aspectos, es el más hermoso y más encumbrado de todo el género humano, Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, como sus *Ashâb* (Compañeros de nuestro Profeta)*, que se han convertido en lo más elevado de la gente por haber visto su hermoso rostro y haber oído sus palabras beneficiosas, reciban muchas súplicas y bendiciones, además de todos los que los aman y les siguen.*

En la historia existe un periodo que se llama "La era de la ignorancia". En ese periodo, en la Península Arábiga, la gente adoraba ídolos y pasaba todo el tiempo bebiendo alcohol y apostando en los juegos de azar. Se asumía que los poderosos detentaban todos los derechos, las mujeres se compraban y vendían como si fueran una mercancía y las hijas se enterraban vivas. Pero no era solo la Península Arábiga; el mundo entero estaba sumido en la oscuridad. Las condiciones en Asia, África y Europa no eran diferentes. Por supuesto que había personas sabias y sensatas, aunque su número era pequeño, que no estaban contentas con la situación y suplicaban al Ŷanâb-i Haqq (Allah) que pusiera fin a esos tiempos tan oscuros.

Allahu ta'âlâ, que se apiadaba de los seres humanos, envió profetas que vivieron en épocas y lugares diferentes. Y designó a Hadrat Muhammad como Su último Profeta y Mensajero para iluminar esa oscuridad.

Ŷanâb-i-Haqq se compadeció de nosotros e hizo que consiguiéramos la mayor de Sus bendiciones: ser parte de la umma de Su Mensajero (la comunidad, el grupo de creyentes que sigue a un Profeta)*. Manifestó con toda claridad que era necesario que le siguiéramos y nos adaptáramos a él. No importa lo mucho que Lo alabemos y Le demos las gracias, nunca será suficiente.*

Los eruditos de Ahl as-Sunnat dicen: "Cada uno de los profetas es superior a su gente en todos los aspectos, en su época y en su lugar. Pero Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es el

más encumbrado de todas las criaturas que han venido y vendrán a este mundo desde el día de su creación hasta el Último Día. Nadie es superior a él en cualquiera de los aspectos".

Allahu ta'âlâ creó la nûr (luz) bendecida de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, antes de crear todo lo demás. En el Qur'ân al-karîm, hablando a nuestro Maestro el Profeta, se le dice: "Te hemos enviado como una misericordia, como una bendición para todos los seres". (Sûra Anbiyâ: 107). En un hadîz-i qudsî, se ha transmitido: "Si Yo no te hubiese creado, ¡no habría creado ninguna otra cosa!"

El dogma fundamental del îmân (creencia) es Hubb-i-fillâh y Bughd-i-fillâh, es decir, amar a los amigos de Allahu ta'âlâ y detestar a Sus enemigos. Sin hubb-i-fillâh y bughd-i-fillâh, todos los actos de adoración serán inútiles. En consecuencia, es fard (obligatorio) amar al Señor de los mundos, habiéndosenos ordenado que pongamos su amor en nuestros corazones y que nos adornemos con sus hermosas cualidades morales.

Para fomentar este amor, se han escrito, y se siguen escribiendo, libros a lo largo de los siglos que hablan de la vida de nuestro Maestro, el Profeta. Para inundar nuestros corazones con su amor, y tras consultar minuciosamente los libros de los eruditos de Ahl as-Sunnat, hemos intentado relatar la vida bendecida de nuestro Maestro, el Profeta.

¡Pedimos al Ŷanâb-i Haqq que llene nuestros corazones de amor por nuestro Maestro, el Profeta, y nos mantenga en el camino recto tal y como ha sido descrito por los eruditos de Ahl as-Sunnat! Âmîn.

Prof. Dr. Ramazan AYVALLI

LA NÛR (LUZ) BENDECIDA DE NUESTRO PROFETA

Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es el amado de Allahu ta’âlâ, es el más hermoso y más excelso de todo el género humano que ha existido y del resto de criaturas. Ha sido encumbrado por Allahu ta’âlâ y es el Profeta último y más elevado que Allahu ta’âlâ ha enviado para los seres humanos y los genios. Fue enviado como una misericordia para toda la creación y todo ha sido creado en su nombre. Su nombre bendecido es Muhammad que significa ‘el que es alabado una y otra vez, el que es muy alabado’. Tiene otros nombres bendecidos como **Ahmad, Mahmûd, Mustafâ**. El nombre de su padre es Abdullah. Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, nació en Mecca, 53 años antes de la Hégira, el día doce del mes de Rabî’ul-awwal, en la noche de un lunes cerca de la mañana. Los historiadores dicen que coincide con el día veinte de Abril del año 571 [d.C.].

Unos pocos meses antes de nacer murió su padre Abdullah, y cuando tenía seis años falleció su madre Âmina. Por este motivo, nuestro Maestro el Profeta, se llamó también **“Durr-i Yatîm”** (la perla del universo única, grande y más preciosa). Hasta llegar a los ocho años de edad quedó bajo la tutela de su abuelo Abdulmuttalib y, a la muerte de éste, paso a vivir con su tío Abû Tâlib. Cuando tenía veinticinco años contrajo matrimonio con nuestra madre Jadîŷat al-Kubrâ. El nombre del primer hijo que tuvo con ella fue Qâsim. Entre los árabes, es costumbre ser llamado como el padre del hijo primogénito, razón de que le llamaran “Abu’l-Qâsim, es decir, el padre de Qâsim”.

Cuando tenía cuarenta años, Allahu ta’âlâ le dijo que era el Profeta para todos los seres humanos y los genios. Pasados tres años, comenzó a invitar a todo el mundo a la creencia. A la edad de cincuenta y dos años, tuvo lugar el Mî’râŷ. Cuando tenía cincuenta y tres emigró de Mecca a Medina [622 d.C.]. Participó en el combate veintisiete veces. Murió en la ciudad de Medina-i munawwara, antes del mediodía del lunes, día 12 del mes de Rabî’ul-awwal del año 632 d.C. cuando tenía 63 años.

A pesar de que Allahu ta’âlâ se había dirigido a todos Sus Mensajeros por sus nombres, a él lo alababa llamándole “**Mi Habîb (Amado)**”. En un versículo del Qur’ân, Él declara: **“Te hemos**

enviado como una misericordia, como una bendición para todos los seres”. (Sûra Anbiyâ: 107). Y en un hadîz-i qudsî: **“Si Yo no te hubiese creado, Si Yo no te hubiese creado, ¡no habría creado ninguna otra cosa!”**

Todos los profetas son superiores a su gente en todos los aspectos, en su época y en su lugar. Pero nuestro Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es la más encumbrada de todas las criaturas desde que el mundo fue creado hasta que llegue su final. En este respecto no hay nadie superior a él. Ŷanâb-i Haqq lo ha creado de esta manera.

La creación de su luz bendecida

Antes de ninguna otra cosa, es decir, antes de haber creado cosa alguna, Allahu ta’âlâ creó la nûr bendecida (luz sagrada) de nuestro Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. La mayor parte de los eruditos del Tafsîr (interpretación del Qur’ân), y el Hadîz (palabras del Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam) han declarado que: “Ŷanâb-i Haqq creó una sustancia inmensa y etérea con Su propia nûr. A partir de esa sustancia, Él creó todo el universo. Esta sustancia se llama **“Nûr-i Muhammadi**”. El principio y el origen de todas las almas y toda la materia es esa sustancia.

En una ocasión, Ŷabir bin Abdullah, uno de los Ashâb-i kirâm, preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Qué es lo que creó Allahu ta’âlâ antes de todo lo demás?” Respondió: **“Antes de todo, Él creó la nûr de tu Profeta a partir de Su propia nûr. En ese momento no existían la Lawh** (Tabla)**, el Cálamo, el Paraíso, el Fuego, los ángeles, los cielos, la tierra, el sol, la luna, los seres humanos ni los genios”**.

Cuando se creó el corazón y cuerpo bendecidos de Âdam, ‘alaihis-salâm, se puso entre sus cejas la Nûr-i Muhammadi. Cuando se le entregó el alma, Âdam, ‘alaihis-salâm, se dio cuenta de que en su frente había una nûr que brillaba como el planeta Venus.

Cuando fue creado Âdam, ‘alaihis-salâm, comprendió gracias a la inspiración, que Ŷanâb-i Haqq se dirigía a él como Abû Muhammad, es decir, padre de Muhammad”. Preguntó: “¡Oh mi Rabb! ¿Por qué me has dado el nombre de Abû Muhammad?” Allahu ta’âlâ le dijo: “¡Oh

Âdam! ¡Levanta la cabeza!” Cuando Âdam, ‘alaihis-salâm, levantó la cabeza, vio el nombre **Ahmad**, (de nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam), escrito con nûr en el Arsh. Y entonces preguntó: “¡Oh mi Rabb! ¿Quién es?” Allahu ta’âlâ dijo: “Es uno de tus descendientes que será profeta. Su nombre es **Ahmad** en los cielos y **Muhammad** en la tierra. Si Yo no lo hubiese creado a él, no te habría creado a ti, ni a la tierra ni a los cielos”.

Transferencia de su nûr (luz) a través de frentes puras

Cuando fue creado Âdam, ’alaihis-salâm, se puso en su frente la nûr bendecida de nuestro amado Profeta. Esa nûr comenzó a brillar en su frente. Tal y como se dice en el Qur’ân al-karîm, esa nûr pasó de padres castos a madres castas hasta llegar a nuestro Maestro, el Profeta. Allahu ta’âlâ declara en el Qur’ân al-karîm:

“Tu nûr te ha alcanzado tras haber sido transferida de un adorador a otro”. (Sûra-ush-Shu’arâ: 219).

En un hadîz-i sharîf, se dice: **“Allahu ta’âlâ creó a todo el mundo. A mí me hizo de los mejores seres humanos. Luego creó a los mejores de estos seres humanos en Arabia. Hizo que yo fuera uno de ellos. Luego, eligiendo el mejor de los hogares y la mejor de las familias, me creó a partir de ellas. En consecuencia, mi alma y mi cuerpo son lo mejor de todas las criaturas. Mi linaje, mis ancestros, son los mejores del género humano”.**

En otro hadîz-i sharîf aparece declarado: **“Allahu ta’âlâ creó todo a partir de la nada. De entre todas las cosas, le gustaban los seres humanos e hizo que fueran valiosos. A los que eligió hizo que se estableciesen en Arabia. Y de entre los que Él distinguió en Arabia, me eligió a mí. Me colocó entre los distinguidos, entre la mejor gente de cada época. En consecuencia, los que aman a los de Arabia y me obedecen, lo hacen en mi nombre. Los que sienten hostilidad hacia ellos, la sienten hacia mí”.**

Una nûr (luz sagrada) brillaba en la frente de Âdam, ’alaihis-salâm, el primer ser humano que fue creado, porque contenía una partícula de Hadrat Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Esta partícula pasó a Hadrat Hawwa (la primera madre) y de ella a Hadrat Shîs, pasando así de

hombres castos a mujeres castas y de mujeres castas a hombres castos. La nûr de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, pasó de una frente a otra junto con esa partícula. Cada vez que los ángeles miraban a Âdam, ’alaihis-salâm, veían la nûr de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y rezaban para que Âdam, ’alaihis-salâm, fuese perdonado.

Cuando Hadrat Âdam, ’alaihis-salâm, estaba a punto de morir, dijo a su hijo Hadrat Shîs, ’alaihis-salâm: “¡Hijo mío! ¡Esta nûr que brilla en tu frente es la nûr de Hadrat Muhammad, el Último Profeta! ¡Entrega esta nûr a mujeres puras y castas que creen en Allah, y en tus últimas voluntades dile a tu hijo que haga lo mismo!” Hasta que llegó Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, todos los padres dijeron a sus hijos que lo hicieran. Cada uno de ellos obedeció ese legado casándose con la joven más noble, más casta. La nûr, que se fue transfiriendo por las frentes de estos hombres y mujeres puras, llegó hasta su dueño. Si uno de los abuelos del Rasûlullah tenía dos hijos, o si la tribu se dividía en dos ramas, la nûr de Hadrat Muhammad se transfería a la mejor de las dos. En cada siglo, la persona que era su abuelo quedaba evidenciada por la nûr en su frente. La raza que portaba la nûr de Hadrat Muhammad era muy distinguida; en cada siglo, el rostro de una persona de esa raza era muy bello y resplandeciente. Gracias a esta nûr la persona sobresalía entre sus hermanos y la tribu a la que pertenecía era más encumbrada y honorable que las demás”.

En uno de sus hadîz-i sharîf, nuestro Maestro, el Profeta, dijo:

“Ninguno de mis abuelos cometió adulterio. Allahu ta’âlâ me ha hecho a partir de padres bellos y buenos y de madres puras. Si uno de mis abuelos tenía dos hijos, yo estaba en el más beneficioso, en el mejor”.

Esta nûr, transferida de padre a hijo desde Âdam, ‘alaihis-salâm, llegó a Târûh y de él pasó a su hijo Ibrâhim, para luego pasar a su hijo Ismâil, ‘alaihis-salâm. Esta nûr, que resplandecía como el sol, pasó a uno de sus hijos, Adnân, de éste a Ma’âdd, y de éste a Nizâr. Nizâr significa “un poco”. Recibió este nombre por el siguiente suceso: Cuando nació, su padre Ma’âdd, complacido por ver la nûr en la frente de su hijo, preparó una celebración diciendo que era pequeña para un hijo como él, razón de que su nombre quedara como Nizâr. Tras él, la nûr

fue transferida de forma sucesiva hasta llegar a su verdadero dueño, nuestro amado Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

El noble linaje de nuestro Maestro, el Profeta, hasta llegar a Adnân:

MUHAMMAD

Abdullah

Abdulmuttalib (Shayba)

Hâshim (Amr)

Abdu Manâf (Mugîra)

Qussayy (Zayd)

Kilâb

Murra

Kâ’b

Luwayy

Ghâlib

Fihr

Mâlik

Nadr

Kinâna

Juzaima

Mudrika (Âmir)

Ilyâs

Mudar

Nizâr

Máâdd

Adnân

Nuestro Maestro, el Profeta, declaró en un hadîz-i sharîf:

“Yo soy Muhammad, el hijo de Abdullah, que es el hijo de Abdulmuttalib, que es el hijo de Hâshim (Amr), que es el hijo de Abdu-Manâf (Mugîra), que es el hijo de Qussayy (Zayd), que es el hijo de Kilâb, que es el hijo de Murra, que es el hijo de Kâ’b, que es el hijo de Luwayy, que es el hijo de Ghâlib, que es el hijo de Fihr, que es el hijo de Mâlik, que es el hijo de Nadr, que es el hijo de Kinâna, que es el hijo de Juzaima, que es el hijo de Mudrika (Âmir), que es el hijo de Ilyâs, que es el hijo de Mudar, que es el hijo de Nizâr, que es el hijo de Ma’âdd, que es el hijo de Adnân. Cada vez que el grupo al que yo pertenecía se dividía en dos, Allahu ta’âlâ me hizo a partir del mejor de ambos”.

En otro hadîz-i sharîf se declara: **“Allahu ta’âlâ ha elegido a Ismâil entre los hijos de Ibrâhim. Entre los hijos de Ismâil ha elegido a los hijos de Kinâna. Entre los hijos de Kinâna a los hijos de los Quraysh. Entre los hijos de los Quraysh ha elegido a los hijos de Hâshim. Entre los hijos de Hâshim ha elegido a los hijos de Abdulmuttalib. Entre los hijos de Abdulmuttalib me ha elegido a mí”**.

Esa luz que residía en su frente,
Permaneció en él durante mucho tiempo.

Has de saber que, después, pasó a la frente de Hawwa (Eva),
Y permaneció en ella, también, durante muchos meses y años.

Nació Shîs y pasó a él.
Esa luz podía verse en su frente.

Llegó a (Abraham) y también a Ismâil.
Las palabras serían muchas si te contara lo siguiente.

Siguió este camino, encadenada, unida,
Hasta que fue transferida al Mustafâ.

Ha venido para la misericordia de los mundos,

Le llegó y se quedó con él.

Hadrat Abdulmuttalib, su abuelo

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, pertenece a la familia Hâshim de la tribu Quraysh. Su padre es Abdullah. El padre de Abdullah es Shayba. Shayba, el abuelo de nuestro Profeta, nació en Medina. Shayba era un niño cuando falleció su padre, Hâshim. Un día estaba practicando con sus amigos el tiro con arco delante de la casa de su tío materno. Los adultos que los miraban, al ver la nûr en la frente de Shayba, dedujeron que era el hijo de una persona honorable. Estaban admirados. Cuando fue el turno para que disparase Shayba, tensó el arco y envió la flecha. Cuando dio en el objetivo, dijo llevado por la excitación: “Yo soy el hijo de Hâshim. Por supuesto que mi flecha dará en el objetivo”. De sus palabras dedujeron que era el hijo de Hâshim de Mecca. Hâshim había fallecido antes de ese suceso. Cuando regresó a Mecca, un miembro de la familia de Abdu Manaf, dijo a Muttalib, el hermano de Hâshim: “Tu sobrino Shayba, que está en Medina, es un niño muy inteligente. En su frente hay una nûr que todo el mundo admira. ¿Crees que es correcto tener a un niño tan valioso lejos de ti?” Al oírlo, Muttalib fue de inmediato a Medina y trajo a Mecca a su sobrino Shayba. Cuando la gente le preguntaba por el niño Muttalib decía que era ‘su esclavo’. A partir de entonces, el nombre con el que se llamó a Shayba fue Abdulmuttalib, que significa el esclavo de Muttalib.

Abdulmuttalib permaneció con su tío Muttalib hasta su muerte. Su cuerpo bendecido olía a almizcle. En su frente estaba la nûr del amado de Allahu ta’âlâ, Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Cada vez que había sequía y falta de medios, los habitantes de Mecca lo llevaban al Monte Zabir y le pedían que suplicase a Allahu ta’âlâ. Abdulmuttalib no quería que nadie se apenase y rezaba a Allahu ta’âlâ pidiendo la lluvia. Allahu ta’âlâ aceptaba su oración por la nûr de nuestro amado Profeta y enviaba la lluvia. Así es como el valor y la credibilidad de Abdulmuttalib aumentaba cada día. Los habitantes de la Mecca le eligieron como su líder. Nadie le desobedecía y los que le obedecían encontraban facilidad. A excepción del iraní Cosroes que lo envidiaba y le tenía enemistad de forma pública y secreta, los dirigentes de esa época apreciaban la virtud y grandeza de Abdulmuttalib.

Abdulmuttalib era de la religión Hanîf, es decir, era musulmán. Esta religión era la de uno de sus antepasados, Ibrâhim, ’alaihis-salâm. Esta era la razón por la que nunca adoraba ídolos ni se acercaba a ellos. Cuando daba vueltas en torno a la Kâ’ba adoraba y rezaba a Allahu ta’âlâ.

Un día, en un sueño, una persona le dijo: “¡O Abdulmuttalib! Levántate y cava en la Tayyiba”. El día siguiente la persona dijo: “Levántate, cava en la Barra”. El tercer día la misma persona ordenó otra vez: “Levántate, cava en la Madnûna”. El sueño se repitió el cuarto día con la misma persona diciendo: “¡Oh Abdulmuttalib! Levántate y excava el pozo de Zamzam”. Abdulmuttalib preguntó: “¿Qué es Zamzam? ¿Dónde está el pozo?” La persona dijo: “Zamzam es un agua que nunca se acaba y de la que es imposible ver su origen. Es suficiente para todos los peregrinos que vienen de todas partes del mundo. Tiene su fuente donde el Arcángel Gabriel tocó con su ala. Es el agua que Allahu ta’âlâ creó para Ismâil, ‘alaihis-salâm. Sacia al sediento. Se convierte en alimento para el hambriento y medicina para el enfermo. Te diré dónde se encuentra. Cuando la gente hace el sacrificio, tiran los restos en un lugar determinado. Cuando estés allí, vendrá un cuervo con el pico rojo que empezará a picotear la tierra. Verás que hay un hormiguero donde picotea el cuervo. Ese es el pozo de Zamzam”.

A la mañana siguiente, Abdulmuttalib acompañado de su hijo Hâris, fueron a la Kâ’ba y empezaron a esperar con expectación. Al poco tiempo llegó un cuervo con el pico rojo que se posó en un hoyo y empezó a picotear. Apareció un hormiguero. Abdulmuttalib y su hijo comenzaron a cavar inmediatamente. Pasado un tiempo se pudo ver la entrada al pozo. Cuando Abdulmuttalib lo vio, empezó a gritar el Takbir: “¡Allâhu akbar, Allâhu akbar!” Los Qurayshîs que contemplaban la excavación del pozo le dijeron: “¡Oh Abdulmuttalib! Este es el pozo de nuestro padre Ismâil. Nosotros también tenemos derecho a él. Deberías permitir que participáramos en este trabajo”. Abdulmuttalib lo rechazó de inmediato y dijo: “¡No! Esta tarea es un deber que se me ha confiado solo a mí”. Los Qurayshîs dijeron: “Tú estás solo. Solo tienes un hijo. No podrás vencernos”. Abdulmuttalib estaba muy apenado porque le amenazaban con el exilio. En ese momento suplicó a Allahu ta’âlâ: “¡Oh mi Rabb! Dame diez hijos. Si aceptas mi súplica sacrificaré a uno de ellos en la Kâ’ba”.

Abdulmuttalib pensó que la excavación sería peligrosa y podía acabar en peleas sangrientas. Así que dejó de cavar e intentó llegar a un acuerdo. Pidió que arbitrara una persona. Por fin decidieron que un vidente de Damasco encontrase la solución. Emprendió un viaje con un grupo de notables de los Quraysh. Pero la falta de agua y las altas temperaturas hicieron que la caravana enfermase. A pesar de que lo único que deseaban era encontrar agua, eso era imposible en pleno desierto.

Cuando todos había perdido la esperanza, Abdulmuttalib gritó: "¡Venir! ¡Venir! ¡Acercaros! He encontrado agua suficiente para nosotros y para los animales". Cuando Abdulmuttalib, que llevaba la nûr de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba buscando agua, la pata de su camello había movido una piedra bajo la que estaba surgiendo agua. Todos vinieron corriendo. Bebieron y, una vez saciados, recuperaron el juicio.

Los Qurayshîs, sintiéndose avergonzados ante la grandeza de Abdulmuttalib, dijeron: "¡Oh Abdulmuttalib! Ahora ya no tenemos nada que decir en contra tuya. Tú eres la persona más apropiada para excavar el pozo de Zamzam. Ya no volveremos a discutir contigo al respecto. Ya no hay motivo para buscar a alguien que arbitre. Regresamos a casa". Y dicho esto emprendieron el viaje hacia Mecca. Abdulmuttalib, gracias a la nûr que brillaba en su frente, tuvo el honor de excavar el pozo de Zamzam.

¡Oh el Amado de Allah! ¡Oh el mejor de los humanos!
Te espero con ansiedad, lo mismo que el sediento que siempre desea el agua.

No quería cumplir la promesa de sacrificar a Abdullah

Una vez descubierto el pozo de Zamzam, la fama de Abdulmuttalib aumentó todavía más. Pasaron los años. Al haber aceptado su súplica sincera, Allahu ta'âlâ le dio diez hijos, además de Hâris y seis hijas. Los nombres de sus hijos eran: Qusam, Abû Lahab, Hadŷl, Muqawwim, Dirâr, Zubayr, Abû Tâlib, Abdullah, Hamzâ y Abbâs. Sus hijas eran Safiyya, Âtiqa, Umm-u Hakîm Baydâ, Barra, Umayma y Arwâ. Entre todos sus hijos, al que más amaba Abdulmuttalib era Abdullah, porque la nûr que tenía en su frente empezaba a brillar en la de Abdullah.

Una noche se le dijo en un sueño: “¡Oh Abdulmuttalib! ¡Cumple tu promesa!” A la mañana siguiente Abdulmuttalib sacrificó un carnero. Por la noche, en un sueño, se le ordenó sacrificar algo más grande que un carnero. Al día siguiente sacrificó una vaca. Esa noche se le ordenó de nuevo: “Sacrifica algo más grande”. Abdulmuttalib preguntó qué era más grande que eso. Y entonces se le dijo: “Habías prometido sacrificar a uno de tus hijos. ¡Cumple tu promesa!”

Al día siguiente Abdulmuttalib reunió a sus hijos y les habló de la súplica que había hecho hace años. Luego les dijo que debía sacrificar a uno de ellos. Ninguno de sus hijos se opuso. Más aún, mostraron su conformidad diciendo: “¡Oh padre nuestro! ¡Cumple tu promesa! Eres libre de hacer lo que desees”. Abdulmuttalib lo echó a la suerte y le tocó a Abdullah, el hijo más querido de Abdulmuttalib que llevaba en la frente la nûr de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, el amado de Allahu ta’âlâ. Abdulmuttalib quedó aturdido. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero estaba decidido a cumplir la promesa que había hecho a Allahu ta’âlâ. Cogió su cuchillo y a su amado hijo, Abdullah, y llegó a la Kâ’ba donde hizo todos los preparativos para sacrificar a Abdullah.

Mientras tanto, los notables de los Quraysh presenciaban asombrados el suceso. Entre ellos, el tío materno de Abdullah dijo: “¡Oh Abdulmuttalib! ¡Detente! No vamos a consentir que mates a tu hijo. Si lo haces se convertirá en una costumbre entre los Quraysh. Todos acabarán prometiendo el sacrificio de un hijo y lo matarán. Consigue la aprobación de tu Señor de otra manera”. Y luego sugirió: “Pregunta a un vidente para que te enseñe una solución”.

Basado en esas palabras, Abdulmuttalib fue a un vidente que se llamaba Kutba (o Sadŷak) que vivía en Jaybar. Le contó la situación. El vidente preguntó: “¿Entre vosotros, cuál es el rescate de una persona? Cuando se le dijo que eran diez camellos, el vidente dijo: “Echa suertes entre los camellos y tu hijo. Si le toca a tu hijo, aumenta el rescate en diez camellos y sigue echando suertes hasta que le toque a los camellos”.

Abdulmuttalib regresó a Mecca de inmediato e hizo lo que había dicho el vidente. Echó suertes aumentando el número de camellos de diez en diez. Cada vez que lo hacía, la suerte le tocaba a Abdullah. Pero cuando el número de camellos llegó a los cien, la suerte tocó a los camellos. Como precaución echó la suerte dos veces más. En ambas ocasiones tocó a los

camellos. Abdulmuttalib sacrificó los camellos diciendo: “¡Allahu Akbar! Allahu Akbar!” Ni él ni sus hijos tomaron nada de la carne que repartió entre los pobres.

Desde los tiempos de Âdam, ’alaihis-salâm, había ocurrido el incidente del sacrificio de Ismâil, ’alaihis-salâm. Como su linaje se remonta hasta Ismâil, ’alaihis-salâm, nuestro Maestro el Profeta decía: “Yo soy el hijo de los dos sacrificios”.

Su padre, Hadrat Abdullah

Cuando nació Abdullah, que llevaba la nûr de nuestro Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, el Maestro de ambos mundos, la gente del Libro (incrédulos con un Libro revelado, judíos y cristianos) se informaron unos a otros del nacimiento en Mecca del padre del último Profeta.

Los Hijos de Israil tenían una túnica de lana que había pertenecido al profeta Yahyâ (Juan), ’alaihis-salâm, y que llevaba puesta cuando fue martirizado. Su sangre bendecida estaba en la túnica. En sus libros aparecía declarado que: “Cuando esta sangre se licúe de nuevo, habrá nacido el padre del Profeta de los últimos tiempos”. Cuando la Gente del Libro vio esta señal, comprendieron que había nacido Abdullah. A pesar de la envidia y de intentar matarlo en numerosas ocasiones, Allahu ta’âlâ protegió a Abdullah en virtud de la nûr que resplandecía en su frente.

Cuando Abdullah alcanzó la pubertad, se convirtió en una persona de la elite por su buena conducta y apostura. Muchas personas querían darle a sus hijas como esposa. Muchos gobernantes ofrecieron sus hijas a Abdulmuttalib para casarlas con su hijo. Le dijeron que estaban dispuestos a cualquier sacrificio con tal de conseguirlo. Pero Abdulmuttalib los rechazaba a todos con muy buenas maneras.

Cuando Abdullah llegó a los dieciocho años, su belleza era famosa. Las jóvenes que veían la nûr en su frente, que brillaba como el sol, lo amaban con pasión. Su fama llegó a Egipto. Cerca de doscientas jóvenes fueron a Mecca para ofrecerse en matrimonio. Pero Abdulmuttalib

buscaba la joven más cortés, noble y hermosa que además creyera en la religión Hanîf que ellos seguían desde los tiempos de Hadrat Ibrâhim, 'alaihis-salâm.

Los Hijos de Israil, comprendiendo que el Profeta de los últimos tiempos, que estaba reconocido en su libro, no sería de su pueblo, juraron matar a Abdullah llevados por la envidia. Enviaron setenta guerreros a Mecca para hacerlo, y allí esperaron la oportunidad más propicia. En una ocasión en la que Abdullah salió de la ciudad, y creyendo que nadie podría verlos, desenvainaron las espadas y le atacaron. Ese era un día en el que Wahb bin Abd-i Manâf, uno de los parientes de Abdullah, había salido de caza con unos amigos. Al ver que los Hijos de Israil estaban atacando a Abdullah decidieron socorrerlo al ser de la familia. Pero los enemigos eran demasiados y era evidente que serían derrotados. Como último extremo trataron de negociar con ellos. Pero cuando se estaban acercando, vieron que venían a toda velocidad muchos jinetes con espadas que atacaron a los Hijos de Israil matándolos a todos. Wahb quedó muy sorprendido y comprendió que Abdullah estaba protegido por Allahu ta'âlâ y que tenía un gran valor para Allahu ta'âlâ. Cuando regresó a su casa, le contó lo sucedido a su esposa. Ambos pensaron que Abdullah era el equivalente de su hija Âmina y decidieron dársela como esposa.

Abdulmuttalib había oído hablar de la belleza, castidad y piedad de Âmina, que era la hija de Wahb, el líder de la tribu Banî Zuhra. Además eran parientes y tenían en común varias generaciones anteriores. Abdulmuttalib fue a ver a Wahb para pedirle la mano de su hija Âmina para casarla con Abdullah. Cuando le informó de ello, Wahb dijo: "¡Oh hijo de mi tío! Hemos recibido esta propuesta antes de que tú lo hicieras"; y entonces le contó el suceso del que había sido testigo añadiendo: "La madre de Âmina tuvo un sueño. Según me ha contado, una nûr entraba en nuestra casa que iluminaba los cielos y la tierra. Y además, en un sueño que he tenido esta noche he visto a nuestro abuelo Ibrâhim, 'alaihis-salâm, que me decía: 'He llevado a cabo la ceremonia de matrimonio entre Abdullah, hijo de Abdulmuttalib, y tu hija Âmina. Y tú también estás de acuerdo'. Desde esta mañana estoy bajo la influencia de este sueño, preguntándome cuándo vendrías". Al oír estas palabras Abdulmuttalib dijo: "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!". Y así fue cómo se casaron su hijo Abdullah y Âmina, la hija de Wahb. Hay otras narraciones sobre el matrimonio de Âmina y Abdullah.

Transferencia a su madre de esa luz bendecida

Cuando la nûr bendecida de nuestro Maestro Sarwar-i Âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, pasó a su madre, los animales salvajes se transmitieron la noticia diciendo: “Está cerca la hora de honrar al Maestro del mundo, él es el más digno de confianza en todo el mundo, es el sol de la época”. Esa noche, todos los ídolos de la Kâ’ba cayeron al suelo. Hasta esa noche Mecca padecía una hambruna. No había llovido en muchos años. Ni siquiera había hojas verdes en los árboles. No se veía la posibilidad de cosechas. La gente tenía dificultades, no sabían qué hacer. Cuando la nûr de nuestro amado Profeta pasó de Hadrat Abdullah a Hadrat Âmina, llovió de tal manera y se produjeron tantas cosechas, que ese año pasó a llamarse el año de la abundancia.

Estando embarazada nuestra madre Âmina, su marido Abdullah había viajado a Damasco para comerciar. Cuando venía de regreso se puso enfermo. Murió al llegar a Medina, a la edad de 18 o veinticinco años, cerca de sus tíos maternos, los hijos de Naŷŷâr. Cuando las noticias llegaron a Mecca, la ciudad entera se entristeció. Abdullah bin Abbas, radiyallâhu anhumâ, uno de los Compañeros, declaró que cuando murió Abdullah, el padre de nuestro Maestro el Profeta, antes de que naciera su hijo, los ángeles dijeron: “¡Oh Señor nuestro! Tu Mensajero se ha convertido en un huérfano”. Y entonces Allahu ta’âlâ declaró: “Yo soy su ayuda y protector”.

El suceso del elefante

Faltaban dos meses para el nacimiento de nuestro Maestro el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Fue en ese entonces cuando tuvo lugar el suceso del elefante. El gobernante del Yemen, Abraha, no quería que la gente fuese a la Kâ’ba. Había construido una gran iglesia en Sana'a con la ayuda del emperador de Bizancio. Quería que la gente visitase esa iglesia. Los árabes no prestaban atención alguna a esa iglesia porque peregrinaban a la Kâ’ba desde tiempos muy antiguos. Uno de ellos llegó a profanar la iglesia.

Abraha estaba muy enfadado con ese suceso. Decidió destruir la Kâ’ba. Preparó un gran ejército e inició una campaña militar contra Mecca. Cuando el ejército de Abraha llegó a las

cercanías de Mecca, comenzó a saquear las propiedades de los Quraysh. Llegaron a apoderarse de doscientos camellos de Abdulmuttalib. Abdulmuttalib fue a ver a Abraha y le pidió que le devolviera los camellos. Abraha dijo: “He venido hasta aquí para destruir tu sagrada Kâ’ba. ¿Acaso no quieres protegerla? ¿Lo único que quieres son tus camellos?” “Abdulmuttalib dijo: "Yo soy el dueño de esos camellos. La Kâ’ba también tiene un dueño. Él la protegerá”. Abraha dijo: “¡No hay nadie que pueda protegerla de mí!”, y le devolvió los camellos. Luego dio órdenes a su ejército para avanzar hacia Mecca. En la vanguardia del ejército de Abraha había un elefante llamado Mamûd. Se creía que cada vez que avanzaba al frente del ejército se obtendría la victoria. Cuando Abraha avanzaba hacia la Kâ’ba, el elefante se sentó y rehusó levantarse. Y sin embargo, cuando lo orientaban hacia el Yemen empezaba a correr.

El ejército de Abraha no podía acercarse y atacar a Mecca. Allahu ta’âlâ envió sobre el ejército una nube de golondrinas de las montañas, llamadas Abâbîl. Cada uno de los pájaros llevaba tres piedras del tamaño de un garbanzo o una lenteja, una en el pico y dos en las patas, que dejaron caer sobre el ejército de Abraha. Las piedras atravesaron los soldados. Cada uno de ellos, tocado por una piedra, moría de forma inmediata. Tal y como se declara en la âyat al-karîma, el ejército estaba siendo comido como el grano de una cosecha. Cuando vio lo que ocurría, Abraha quiso huir pero no pudo. Él era objetivo verdadero de las piedras. Y dieron en el blanco. Cuando estaba huyendo, su cuerpo fue destrozado. Este suceso aparece narrado en la Sûra Fîl del Qur’ân al-karîm:

> **“**(¡Oh Mi Mensajero!) **¿No has visto lo que hizo tu Rabb con los del elefante?** (El ejército de Abraha que quería destruir la Kâ’ba). **¿Acaso no hizo que su estratagema fracasara enviando contra ellos pájaros, en sucesivas bandadas, que les arrojaban piedras de arcilla? Y al final, Allahu Ta’âlâ los destruyó como si fueran paja carcomida.** (Les hizo ser como briznas de paja, comidas por los gusanos)”.

Buenas noticias

El hecho de que vendría nuestro amado Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había sido comunicado a todos los profetas y a sus comunidades desde Âdam, ’alaihis-salâm. Muchos de los sucesos que iban a ocurrir antes de su nacimiento habían sido anunciados.

En la Torah original, que había sido revelada a Hadrat Mûsâ, ’alaihis-salâm, y luego modificada, aparece escrito:

> “Él es una persona tan bendecida, que su favor es elevado y su ayuda considerable. Es el amado del pobre, el médico del rico. Es el más hermoso, el más casto. Es dulce cuando habla, justo cuando distribuye, correcto en toda transacción. Es duro y feroz con los incrédulos. Respeta a los mayores y muestra afecto y compasión con los pequeños. Agradece a Allah incluso las cosas más pequeñas. Se apiada del cautivo. Está alegre todo el tiempo. Su risa es una sonrisa, no se ríe de forma estridente. Es ummî, todo le ha sido comunicado sin haber leído o escrito cosa alguna. Él es el Mensajero de Allahu ta’âlâ. No tienen un corazón oscuro ni frío. No grita en público. Su comunidad tiene buenos valores morales. Recitan el nombre de Allahu ta’âlâ en lugares elevados. Sus muadhdhins llaman a la gente a la oración desde minaretes. Hacen abluciones rituales y oraciones. Ponen rectas las filas de los que adoran cuando hacen las oraciones. Por la noche, su recitación del nombre de Allah es como el murmullo de las colmenas de abejas. Nació en Mecca. Todo lo que hay entre Medina y Damasco estará bajo su dominio. Su nombre es Muhammad. Yo le he dado el nombre de mutawakkil. No pondré fin a su vida hasta que elimine las religiones falsas y propague y establezca la verdadera. Llamará a la gente al Haqq. Gracias a su bendición, los ojos ciegos podrán ver y los oídos sordos podrán oír. La negligencia abandonará los corazones...”

En los Salmos originales, que fueron revelados a Dâwûd (David), ’alaihis-salâm, y luego modificados, está escrito:

> “Es una persona generosa. Nunca se enfada. Es muy afable. Tiene un rostro hermoso, palabras dulces y una cara radiante. Es el médico de los seres humanos. Llora mucho, ríe menos. Duerme poco, reflexiona mucho. La forma en que ha sido creado es delicada y hermosa. Sus palabras complacen a los corazones, seducen las almas... ¡Oh Amado Mío!

Desenvaina la espada del empeño y véngate de los infieles en el campo de batalla del valor. Difunde por doquier Mi alabanza y glorificación con hermosas palabras. Las cabezas de todos los incrédulos se inclinarán ante tus manos bendecidas...”.

En el Evangelio, que fue revelado a Isâ (Jesús), ’alaihis-salâm, y luego modificado, está escrito:

“No come mucho; no es tacaño. No engaña, no habla mal de nadie y no se apresura. No se venga por cuestiones personales. No es perezoso. No es chismoso respecto a persona alguna...”.

De nuevo, en el Evangelio, está escrito:

“Este Munhamannâ que vendrá del Rabb, este Rûh-ul-quds que procederá del Rabb, cuando venga, dará testimonio de mí. Tú, también, da testimonio. Porque tú estás conmigo durante mucho tiempo. Te he dicho esto para que no dudes ni te desvíes”. En la lengua siríaca, la palabra Munhamannâ significa Muhammad.

La época de la ignorancia y la inconsciencia

Antes del nacimiento de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, el mundo entero estaba sumido en una espesa oscuridad espiritual. Los seres humanos transgredían sin límite alguno. Las religiones reveladas por Allahu ta’âlâ habían sido olvidadas. En el lugar de las normas divinas se habían instalado las ideas y pensamientos de los humanos. Todas las criaturas estaban acosadas por las crueldades y opresiones de los seres humanos.

En todas las naciones del mundo se habían olvidado de Allahu ta’âlâ y había desaparecido la creencia en el Tawhîd (unicidad de Allah) que es el origen del sosiego, la bienaventuranza y la felicidad. La tormenta de la incredulidad había erradicado la creencia de los corazones donde, en el lugar de Allahu ta’âlâ, se había enraizado la idolatría.

Se había olvidado la religión traída por Hadrat Mûsâ (Moisés) y la Tawrat (Torah) había sido alterada de forma fraudulenta. Los Hijos de Israil estaban en conflicto. El cristianismo había sido totalmente falsificado y ya no tenía nada que ver con la religión original. Estaba aceptada

la idea de la Trinidad, esto es, la existencia de tres dioses. La Biblia auténtica estaba perdida; los sacerdotes la alteraban según sus deseos. La Torah y el Evangelio ya no eran la palabra de Allahu ta'âlâ.

En Egipto, lo que prevalecía era la Torah modificada; En el Imperio Romano Oriental, dominaba el cristianismo alterado. En Irán se adoraba un fuego que no se había apagado durante miles de años. Dominaban las religiones inventadas, como el confucionismo en China y el budismo en la India.

La gente de Arabia estaba incluso más desviada. Habían colocado trescientos sesenta ídolos en la Kâ'ba-i mu'azzama, el lugar que Allahu ta'âlâ estima en gran manera. La Kâ'ba-i mu'azzama era una réplica de la Bayt-i Ma'mûr, visitada por los ángeles en el Arsh y construida con las mismas dimensiones. Allahu ta'âlâ destruía con prontitud a los que no respetaban la Kâ'ba.

La tribu Ŷurhum había ido demasiado lejos en lo que respecta al adulterio y la fornicación. Su dirigente, que veía su conducta infame e irrespetuosa, les advertía: "¡Oh gente de Ŷurhum! ¡Entrad en razón y rendir tributo y salvaguarda al Harâm ash-Sharîf de Allahu ta'âlâ! Ya sabéis lo que pasó con las comunidades de los profetas Hûd, Sâlih y Shu'ayb, 'alaihimussalâm, y cómo fueron destruidas. Alentaos unos a otros a obedecer los mandatos de Allahu ta'âlâ y reprendeos a la hora de transgredir Sus prohibiciones. Que no os engañe vuestro poder efímero. Evitad abandonar la verdad y no sembréis la crueldad en Mecca. Porque no hay duda de que la crueldad causa la destrucción de toda una gente. Juro por Allahu ta'âlâ que no ha habido pueblo que, al vivir aquí y desobedecer los mandatos de Allahu ta'âlâ, no fuera destruido por Él y sustituido por otra gente. La gente de Mecca que insiste en las transgresiones y en desobedecer los mandatos de Allahu ta'âlâ no podrá seguir viviendo en este lugar. Ya sabéis lo que ocurrió a los que estaban establecidos en esta región antes que vosotros. Los pueblos Tasm, Ŷadis y Amâliqa tenían vidas más largas, eran más poderosos, más numerosos y más ricos que vosotros. Al pensar que el Harâm ash-Sharîf no era importante, abandonaron el camino recto y oprimieron a la gente; y fueron expulsados de

este lugar bendecido. ¡Deberíais ver y oír que Allahu ta'âlâ eliminó a algunos de estos pueblos enviando hormigas diminutas, a otros con hambrunas y a otros con la espada!"

Pero no escuchaban. Y al final, Allahu ta'âlâ hizo que fueran miserables por sus muchas transgresiones…

En esa época, la bendecida Mecca estaba inmersa en la incredulidad; Baytullah estaba llena de cientos de ídolos como Lât, Uzzâ y Manât. La crueldad era rampante y la inmoralidad un motivo de orgullo. Arabia estaba sumida en la ignorancia religiosa, espiritual, social y política, en la transgresión y la desviación. Esa época se ha llamado la "época de la ignorancia y la inconsciencia". La mayoría de la gente tenía una forma de vida nómada y había sido dividida en tribus. Las tribus árabes, que estaban en un estado de anarquía constante, tenían el asalto y el saqueo como forma de vida. En Arabia no había unidad social o política. Y lo que es aún más, las bebidas alcohólicas, los juegos de azar, el adulterio, el robo, la crueldad, las mentiras y la inmoralidad estaban extendidos por todas partes. La crueldad era el medio de dominio más terrible e inmisericorde del poderoso sobre el débil. Las mujeres se vendían como si fueran una mera mercancía. Algunas personas pensaban que el nacimiento de hijas era una vergüenza y una calamidad. Este espantoso concepto llegó al punto de dejar que sus hijas murieran en pozos, donde las tiraban y cubrían de tierra cuando todavía se aferraban a ellos gritando "¡Padre! ¡Padre!" Estos actos ni siquiera les afectaban; lo consideraban incluso una forma de heroísmo. En resumen: la gente de esa época tenían muy poca compasión, misericordia, dulzura y ningún sentido de la justicia.

Los árabes estaban muy adelantados en lo que respecta a la elocuencia, fluidez y calidad de la literatura, habiendo llegado al punto más elevado. Daban gran importancia a los poemas y la poesía. Lo consideraban un motivo de orgullo. Un poeta de talento estaba considerado como un motivo de renombre para él y para su tribu. Se celebraban festivales de poesía y elocuencia, y los mejores se colgaban en las paredes de la Ka'ba. En la Época de Ŷahiliyya, los siete poemas más famosos que se colgaron en las paredes de la Ka'ba eran llamados ***"al-Muallakatu's Seb'a"***, esto es, los "siete colgados".

En esos tiempos, las gentes de Arabia también estaban divididas en grupos por cuestiones religiosas. Algunos no tenían creencia alguna; solo aceptaban la vida de este mundo. Otros creían en Allahu ta'âlâ y el Día del Juicio, pero no aceptaban que un ser humano pudiese ser un profeta. Otros creían en Allahu ta'âlâ pero no creían en la Otra Vida. La mayoría creía también en otros dioses y adoraban ídolos. Cada politeísta tenía un ídolo en su casa.

Aparte de todos esos, había una gente llamada "Hanîf" que seguían la religión de Hadrat Ibrâhim. Creían en Allahu ta'âlâ y se alejaban de los ídolos. El padre de nuestro Maestro el Profeta, Abdullah, su abuelo Abdulmuttalib, su madre y otros más seguían esta religión.

Tú eres la luz del universo, además del amado por Allah.
No apartes, ni siquiera un instante, a los amantes de tu puerta.

Ojalá tu nombre bendecido no abandone jamás mi lengua.
Es la cura de mi corazón roto, mi alma encuentra la felicidad en él.

Espero que cada uno de tus nombres interceda por mí de todas las maneras,
Ahmad y Mahmûd, Abû'l Qâsim Muhammad Mustafâ.

Al ser llamado "Wa'sh-Shams" y "Wa'd Duhâ"
¿Cuál es el problema si asemejo su rostro al sol o la luna?

¡Oh corazón mío! ¿Qué son para ti estas túnicas y distracciones?
Él se contentaba con una alfombra y unas cuentas para rezar.

Mis pecados son innumerables, traspasan todo límite
He venido a ti, esperando compasión; tú eres la fuente de la intercesión.

Este Muhibbî se arrepiente. ¡Acéptalo, Rabb mío!
Protégelo de la fitna del shaytán.

SULTAN SULEYMAN I (MUHIBBÎ)

RINDE HOMENAJE AL MUNDO (SU NACIMIENTO)

El mundo estaba sumido en tal oscuridad, que la gente ya no creía ni adoraba a Allahu ta'âlâ. Llevados por su ignorancia, adoraban los fenómenos naturales y las criaturas de Allahu ta'âlâ, y en especial los ídolos, que eran de piedra o de madera.

El universo, la naturaleza y los corazones estaban entristecidos y los seres humanos habían olvidado cómo sonreír. El género humano, que había sido creado siendo superior a las demás criaturas, necesitaba un héroe que los salvara del Fuego. Pero ya faltaba poco tiempo antes de su aparición. El universo se estaba preparando para recibir a la persona que era dueña de esta nûr (luz) que había pasado de frentes castas a frentes castas desde los tiempos de Adam, 'alaihis-salâm, hasta ese día. ¡Estaba a punto de llegar el único ser humano que iba a revelar una bienaventuranza infinita a los humanos y los genios! ¡Iba a llegar la fuente de compasión y misericordia, el ser humano encumbrado que había sido construido con los valores éticos de su Rabb!

¡Llegaba la única persona que era poseedora del Maqam-i Mahmud, el amado intercesor! ¡Llegaba el Maestro del universo, la esencia del ser creado, el Maestro del género humano! ¡Venía el salvador del Día del Juicio, el Sultán de los Profetas! ¡Estaba a punto de llegar el Habîbullah, el amado de Allah, aquél por quien hemos sido creados, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, que fue enviado como una misericordia para todo el universo!

Este, que está llegando, es el sultán del conocimiento inspirado.
Este, que está llegando, es la fuente de la creencia y la sabiduría.

Los cielos que giran en virtud de esta persona,
Anhelan contemplar su rostro bendecido, lo mismo que los ángeles y los humanos.

Siete capas de la tierra, siete capas del cielo, el universo entero estaba esperando, con gran cortesía y alborozo, al Sayyidu'l Mursalîn, Jatamu'l Anbiya, el Amado de Allah. El universo entero estaba listo para recibirle con un "¡Bienvenido, oh Rasûlullah!" Cincuenta y tres años antes de la Hégira, unos dos meses después del Suceso del Elefante, el lunes de la noche duodécima del mes de Rabî'ul-awwal, cerca de la mañana, en la región de los Hâshimîs en

Mecca, en una casa cerca de la Colina de Safa, nació la nûr de Allahu ta'âlâ, Muhammad Mustafa, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Con este homenaje, el universo se revitalizó. La oscuridad se disipó ante esta nûr.

Esta es la noche cuando esa bendición,
Iluminó los mundos.
Él es Mustafâ, misericordia para el universo.
Él es el intercesor de los pecadores.

Esa noche, él convirtió el mundo en Paraíso.
Esta noche, Allah tuvo compasión.
Cuando nació el Maestro de la Religión
Se iluminaron los cielos y la tierra.

Esa noche fue feliz el de buen corazón.
Esa noche se llenó de alegría.
Todas las criaturas se alegraron.
Partió la tristeza, el mundo tenía esperanza.

En el libro *"Medârij-un-nubuwwa"* se dice: "La madre más afortunada que alcanzó el grado más elevado, describe su embarazo: 'Jamás sentí dolor alguno durante mi embarazo. Ni siquiera sentía que estaba embarazada. Tras el sexto mes, estando en una especie de duermevela, alguien me preguntó: '¿Sabes a quién vas a dar a luz?' Respondí diciendo que no sabía. Me dijo: 'Debes saber que llevas en tu interior al Último Profeta'. Cuando llegó el momento de dar a luz, apareció la misma persona y dijo: '¡Oh Âmina! Cuando nazca el niño, ponle de nombre Muhammad'. En otra transmisión se dice: '¡Oh Âmina! Cuando nazca el niño, llámalo Ahmad!"

Nuestra madre, Hadrat Âmina, narra el momento del nacimiento de la siguiente manera:

> "Cuando llegó el momento de dar a luz, oí un ruido tremendo. Temblé de miedo. Entonces vi un pájaro blanco que vino y me acarició con sus alas. El miedo y los temblores desaparecieron. Ahora estaba sedienta y con fiebre. A mi lado vi un tazón blanco con sorbete. Me lo dieron para que bebiese. Así lo hice; estaba frío y era más dulce que la miel. Ya no sentía sed alguna. Entonces vi una gran nûr (luz); mi casa estaba tan resplandeciente que solo podía ver esa nûr.
>
> Mientras tanto vi muchas mujeres que me rodeaban y me servían. Eran altas y sus rostros brillaban como el sol. Eran las jóvenes de la tribu de Abdu Manâf. Su súbita

aparición me llenó de asombro. Una de ellas dijo: “Yo soy Âsiya, la esposa del Faraón” Otra dijo: “Yo soy Maryam binti Imrân y estas son las jóvenes del Paraíso”.

Al mismo tiempo vi un lienzo de seda blanco que llegaba hasta el cielo. Dijeron: “Protégelo de los ojos de la gente”. En ese instante, apareció una bandada de pájaros. Sus picos eran esmeraldas y sus alas rubíes. El miedo me había hecho sudar profusamente. Las gotas de mi sudor habían esparcido la fragancia del almizcle por toda la habitación. En ese momento apartaron el lienzo de mis ojos y pude ver la tierra desde oriente hasta occidente. Los ángeles giraban a mi alrededor.

Nada más llegar Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, inclinó su cabeza bendecida para hacer saŷda (postración) y alzó el dedo índice. Al poco tiempo, bajó de los cielos una nube blanca que estaba suspendida sobre él. Oí una voz que decía: ‘Muéstralo al oriente y al occidente. Todo el universo debe verlo con su nombre, cuerpo y facultades. Hazles saber que su nombre es Mâhî y que con él, Allahu ta’âlâ ha eliminado todas las muestras de incredulidad’. Desapareció la nube y entonces vi a Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, cubierto con un paño de lana. En ese momento aparecieron tres personas cuyos rostros brillaban como el sol. Una de ellas llevaba un aguamanil hecho de plata, la otra un recipiente hecho de esmeralda y la tercera un lienzo de seda. Daba la impresión que goteaba almizcle del aguamanil. Pusieron a mi hijo bendecido en el recipiente. Una vez lavados su cabeza y sus pies bendecidos le cubrieron con el lienzo de seda. Luego perfumaron su cabeza bendecida, pusieron un poco de kohl en sus ojos y desaparecieron’”.

En filas, desde el cielo, descendieron los ángeles
Y como si mi casa fuese la Kâ’ba, la circunvalaron.

Una de ellas, sin duda alguna, era Maryam,
La otra, una joven del Edén.

Las jóvenes del Paraíso entraron en grupos,
Mi casa se iluminó con la luz de sus rostros.

Esas tres entraron con distinción,
Me saludaron en ese preciso instante.

En los aires se preparó un lecho.
El ángel que lo hizo se llamaba Sundus.

Daban las buenas noticias del Mustafâ,
Se sentaban a mi alrededor.

Yo estaba asombrada,
Al ver todas estas cosas.

Dijeron: ningún niño como el tuyo,
Ha venido al mundo desde sus principios.

De repente se apartó la pared,
Y aparecieron tres jóvenes del Paraíso.

Algunos dicen que de esas tres con cara de luna,
Una era Âsiya, la Esposa del Faraón

Todas las partículas del mundo exclamaron:
‘Bienvenido seas’ dijeron.

Bienvenido ¡Oh sultán, bienvenido!
Bienvenido ¡Oh fuente del conocimiento!

Bienvenido ¡Oh el secreto del Qur’ân, bienvenido!
Bienvenido ¡Oh cura de nuestro dolor, bienvenido!

Bienvenido ¡Oh ruiseñor del jardín de la belleza!
Bienvenido ¡Oh conocedor del Todopoderoso!

Bienvenido ¡Oh sol y luna del Creador!
Bienvenido ¡Oh tú que no olvidas a Allah!

Allah no ha dado a nadie,
Una bendición como a tu hijo.

Qué gran botín te ha llegado,
Qué hermosos valores has dado a luz.

Bienvenido ¡Oh refugio del pecador!
Bienvenido ¡Oh protector de los pobres!

Bienvenido ¡Oh alma de la existencia!
Bienvenido ¡Oh tú que traes la copa del amor!

Bienvenido ¡Oh luz de los ojos!
Bienvenido ¡Oh el especial, amado por Allah!

Bienvenido ¡Oh misericordia para el universo!
Bienvenido ¡Oh intercesor!

Bienvenido ¡Oh sultán de este mundo y del otro!
Por ti, ambos han sido creados.

Cuando nació Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaban con la Señora Âmina la Señora Shifâ, madre de Abdurrahmân bin Awf, la Señora Fâtima, madre de ’Uzman bin Abi’l-Âs y la tía de nuestro Profeta, la Señora Safiyya. Ellas informaron de la nûr que vieron y de las demás cosas también.

La Señora Shifâ narra: “Esa noche yo estaba ayudando a Âmina. Nada más llegar al mundo Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, oí que estaba rezando y suplicando. **‘Yarhamuka Rabbuka’** se dijo desde el No Visto. Y luego apareció una nûr tal, que podía verse todo lo que había entre oriente y occidente”.

La Señora Shifâ, que había sido testigo de otros muchos sucesos, narra lo siguiente: “Nada más ver que se proclamaba su cualidad de Profeta, yo fui una de las primeras personas que creyó en el Islam”.

La Señora Safiyya lo cuenta de esta manera: “Cuando nació Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, todo quedó anegado por una nûr resplandeciente. Nada más llegar al mundo, se

postró, alzó su cabeza bendecida y dijo con toda claridad: **'Lâ ilâha illa'llâh, innî Rasûlullah'**. Cuando quise lavarlo, oí una voz que decía: 'Lo hemos enviado estando ya lavado'. Ya estaba circuncidado y su cordón umbilical estaba cortado. Nada más nacer se postró. Esa vez decía algo en voz muy baja; cuando acerqué mi oreja a su boca bendecida, oí que decía: **'Ummatî, Ummatî!'** (¡Mi comunidad, mi comunidad!)".

Cuando nació nuestro amado Profeta, Abdulmuttalib estaba rezando y suplicando a Allahu ta'âlâ junto a la Kâ'ba-i sharîfa. Le informaron de las buenas noticias. El día que nació Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, Abdulmuttalib, que también había visto muchas cosas extraordinarias, dijo: "Su gloria y su fama van a ser muy encumbradas".

Ese Mensajero hacia la Kâ'ba
En esa dirección hizo saŷda

Dice: ¡Oh Señor mío!
¡Perdona a mis seguidores!

En la saŷda, con su cara en el suelo
Alaba a Allah y proclama su Unidad

Esperó la ayuda de Allah,
Recitó ¡Mi Comunidad! ¡Mi Comunidad!

Para celebrar ese día tan especial, Abdulmuttalib organizó un banquete para la gente de Mecca que duró tres días. Y también sacrificó camellos en todas las zonas de la ciudad para el beneficio de la gente y los animales. Cuando en el banquete la gente preguntó qué nombre había puesto a su hijo, dijo que lo había llamado **"MUHAMMAD"**, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Cuando le preguntaron por qué no le había puesto el nombre de alguno de sus antepasados, respondió diciendo: "Lo hice porque quería que Allahu ta'âlâ y la gente lo alabaran y elogiaran". En otra transmisión, se dice que quien le puso el nombre "Muhammad" fue la Señora Âmina.

Oh tú, cuya cara es la luna llena,
Oh tú, el refugio de todos los caídos.

Oh tú, cura de los corazones rotos,
Oh tú, sultán de todo lo creado.

Oh tú, el superior a los demás profetas,
Oh tú, el único, la luz de los Mensajeros.

Oh tú, el último en el trono de los Mensajeros

Lo mismo que tu luz iluminó el mundo entero,
Tu cara de rosa se convirtió en un jardín de rosas.

Se ha disipado la oscuridad de la ignorancia,
Ha llegado a la madurez la tierra del conocimiento.

Oh tú, el Amado de Allah, ayúdanos y haznos
Felices viéndote cuando acaben nuestras vidas.

Lo que se vio la noche que nació

Antes y durante su nacimiento, se vieron muchas señales de la forma en que honró al mundo nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Las personas bien conocidas de esos tiempos habían tenido sueños antes de que nuestro Maestro, el Profeta, llegara al mundo. Cuando preguntaron por la interpretación de sus sueños a los videntes y eruditos más célebres de la época, dijeron que los sueños mostraban que vendría Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Abdulmuttalib, el abuelo de nuestro amado Profeta, dijo:

“En una ocasión en la que estaba dormido, me desperté presa de un miedo intenso. Decidí ir a un vidente para que interpretara mi sueño. Cuando llegué a su casa, me miró a la cara y dijo: ‘¡Oh líder de los Quraysh! ¿Qué te ha pasado? Tu cara refleja un estado fuera de lo normal. ¿Ha ocurrido algo importante?’ Le dije: ‘Sí, he tenido un sueño aterrador que no he contado a persona alguna’. Entonces me senté a su lado y comencé a hablarle del sueño”.

“En mi sueño había un árbol muy grande. Llegaba hasta el cielo y sus ramas se extendían por oriente y occidente. El árbol emitía una luz tan intensa que, comparada con el sol, hacía que éste pareciese oscuro. A veces se veía el árbol y otras no. La gente estaba frente a él. Y con cada instante que pasaba, su luz aumentaba”.

“Algunos miembros de la tribu de los Quraysh se aferraban a sus ramas y unas personas estaban intentando cortar el árbol. Un joven estaba deteniendo a los que querían cortarlo. Tenía un rostro de una belleza que nunca había visto antes. Y de su cuerpo emanaban aromas deliciosos. Yo alargué el brazo para coger una de las ramas del árbol pero no pude alcanzarlo’. Cuando terminé mi relato, la cara del vidente había cambiado. Entonces dijo: ‘Tú no tienes parte en eso’. Le pregunté quién la tenía. Dijo que los que se aferraban a las ramas. Y luego añadió: ‘De entre tus descendientes vendrá un profeta que será conocido en todo el mundo; y la gente seguirá su religión’. Luego se volvió hacia Abû Tâlib, que era mi hijo, y dijo: “Él será su tío paterno’. Cuando su profecía fue

> patente, Abû Tâlib contó esta entrevista a nuestro Maestro, el Profeta, que dijo: ‘Ese árbol era Abu’l Qâsim, Al Amîn Muhammad’”.

La noche en la que nuestro amado Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, honró al mundo, brilló en el cielo una estrella nueva. Los eruditos judíos que la vieron, comprendieron que había nacido Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Hassan ibn Zabit, un Sahâbî, dice:

> “Yo tenía unos ocho años. Una mañana, un judío iba corriendo al tiempo que gritaba: ‘¡Oh judíos!’ Los judíos se congregaron en torno suyo preguntando por el motivo de sus gritos. Dijo: ‘¡Habéis de saber que la estrella de Ahmad ha brillado esta noche! Ahmad ha llegado al mundo esta noche”.

La noche en que nació Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, todos los ídolos de la Kâ’ba cayeron al suelo. Urwatu’bnu’z-Zubayr narró: “Un grupo de la gente de los Quraysh tenía un ídolo. Una vez al año hacían tawaf (circunvalar) en torno suyo, le sacrificaban camellos y bebían vino. Uno de esos días, cuando fueron a ver al ídolo, lo encontraron tirado en el suelo. Lo levantaron y cayó de nuevo, hecho que se repitió tres veces. Cuando estaban levantándolo con unos refuerzos, se oyó una voz que decía: ‘Ha nacido una persona y la tierra entera ha temblado. ¡Todos los ídolos han caído y los corazones de los reyes han temblado horrorizados!” Este incidente tuvo lugar la noche en que nació Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Las catorces torres del palacio del dirigente persa, en la ciudad de Medayin, quedaron destruidas. El dirigente y la gente, que se despertaron horrorizados, hicieron que se interpretaran los sueños terribles de sus personajes más notables, comprendiéndose así que era el signo de un suceso de suma importancia.

Y además, esa misma noche, los fuegos espectaculares de los adoradores del fuego, que habían estado ardiendo durante mil años, se apagaron de repente. Tomaron nota de la fecha en que se apagó el fuego; fue la misma noche en la que se derrumbaron las torres del palacio del dirigente.

El agua del lago Sawa, que se consideraba sagrada, comenzó a retroceder y el lago se secó esa misma noche.

Cerca de Damasco, el valle del río Samawa que se había secado y no tenía agua desde hace mil años, se llenó de agua y el río fluyó de nuevo.

A partir de la noche en que nació Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, los demonios y los genios no pudieron informar de los sucesos a los videntes de los Quraysh, y se puso fin a la adivinación del futuro.

Hubo otros muchos sucesos la noche y después de que naciera nuestro Maestro, el Profeta. Todos eran signos del nacimiento del último Profeta, Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

La Noche del Mawlîd

La noche en la que nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, honró al mundo, se llama la “Noche del Mawlîd”. ‘Mawlîd’ significa ‘el momento de nacer’. Tras la Noche del Qadr, es la noche más valiosa. Esa noche, los que son felices porque él ha nacido, serán perdonados. Esa noche hay muchas zawâb (recompensas) por leer, escuchar y estudiar los prodigios y milagros que se vieron cuando nació el Rasûlullah. Nuestro amado Profeta también hablará de ellos.

Esa noche, los Sahâba solían reunirse en un lugar para conversar entre ellos y celebrar la ocasión. Cada nuevo año, los musulmanes del mundo entero celebran esta noche como el Mawlîd Kandil. En todos los lugares se recuerda al Rasûlullah recitando los elogios del Mawlîd.

Las comunidades de todos los profetas han celebrado la fecha del nacimiento de los mismos. Este día es un festejo para los musulmanes y un día de alegría y felicidad.

Se le entrega a un ama de cría

Cuando nuestra madre Hadrat Âmina tenía en sus brazos a su hijo bendecido, sentía que disminuía el dolor por haber perdido a su esposo Hadrat Abdullah. Tras amamantarlo durante

nueve días, la Señora Suwayba, que era ŷariya (esclava) de Abû Lahab, también lo amamantó durante unos días. En el pasado, la Señora Suwayba había amamantado a Hadrat Hamzâ y Abû Salama. Hâfiz ibni Yazri narra o siguiente:

> "Cuando se vio a Abû Lahab en un sueño, se le preguntó cómo estaba. Dijo: 'Estoy sufriendo tormento en la tumba, pero cada nuevo año, en la noche duodécima del mes de Rabi'al-awwal, se aminora la tortura. Siento alivio al chupar el agua fresca que sale de mis dos dedos. Cuando Suwayba, que era mi ŷariya, me dio la noticia del nacimiento del Rasûlullah, me sentí tan feliz, que la liberé de mi servicio y ordené que fuera su ama de cría. Gracias a eso, mi dolor se alivia en esas noches".

En esa época, la gente de Mecca entregaba sus hijos a amas de cría que vivían en lugares donde el clima y el agua eran buenos, porque el clima de Mecca era demasiado cálido. Cada año venían muchas mujeres a Mecca por este motivo, para tomar un niño y ser su nodriza. Cuando criaban y devolvían el niño a los padres solían recibir muchos regalos.

Como ocurría cada vez, el año que nació nuestro amado Profeta vinieron a Mecca muchas mujeres de la tribu Banî Sa'd para ser amas de cría. Entre las tribus de la zona de Mecca, los Banî Sa'd eran célebres por su honor, generosidad, valentía, humildad y lo elocuente de su árabe. Los notables de los Quraysh solían preferir a los Banî Sa'd a la hora de confiarles sus hijos. En la tierra de la tribu Banî Sa'd había ese año una sequía muy severa y gran escasez. La Señora Halîma lo describe de la siguiente manera:

> "Un día iba por los prados recogiendo hierba y dándole gracia a Allahu ta'âlâ por ello. A veces no podía comer cosa alguna durante tres días. En esos días di a luz. Se juntaron el hambre y las dificultades de tener un recién nacido. Había momentos en los que no podía distinguir las noches de los días y el cielo de la tierra. Una noche me quedé dormida en el campo. Tuve un sueño en el que una persona me sumergía en un agua que era blanca como la leche y me dijo que bebiera de ella. Lo hice hasta que quedé saciada. La persona me hizo beber de nuevo. '¡Bebe mucha leche, oh Halîma! ¿Me has reconocido?' Cuando contesté que no, dijo: 'Yo soy el hamd (alabanza) y el shukr (agradecimiento) que mostraste cuando tenías dificultades. ¡Oh Halîma! Ve a Mecca.

Habrá una nûr (luz) que será tu amiga y tendrás gran abundancia. ¡No cuentes a nadie este sueño!' Cuando desperté, me di cuenta de que habían desaparecido el hambre y los problemas que tenía y que tenía leche de sobra".

Al haber tal hambruna, el número de mujeres que habían ido a Mecca para ser nodrizas y aliviar las dificultades era mayor de lo acostumbrado. Las mujeres se apresuraban para obtener los niños de las familias más ricas. Todas consiguieron un niño. Pero a nuestro amado Profeta no querían cogerlo porque era huérfano y pensaban que no podrían pagar demasiado. Entre esas mujeres estaba la Señora Halîma que era conocida por su castidad, limpieza, benevolencia, modestia y valores morales. El animal que montaban era débil y había llegado tarde a Mecca. Pero este retraso acabó dándoles más de lo que podían desear. Cuando buscaban un niño, se dieron cuenta de que los niños de las familias ricas ya habían sido obtenidos. Pero no querían regresar con las manos vacías. Su único deseo era volver a casa con un niño.

Por fin se encontraron con una persona respetable y de aspecto hermoso. Era Abdulmuttalib, el dirigente de Mecca. Tras escucharles, Abdulmuttalib les dijo que si aceptaban a su nieto obtendrían una gran bendición y bienaventuranza. El afecto y hermosura de Abdulmuttalib les sedujo en gran manera. Aceptaron la oferta inmediatamente. Pasado un cierto tiempo, el anciano abuelo llevó a la Señora Halîma a casa de la Señora Âmina. La Señora Halîma narra lo siguiente:

"Cuando llegué junto al niño vi que estaba durmiendo envuelto en una colcha de seda verde y emitiendo un olor a almizcle que se extendía por toda la habitación. Quedé asombrada y lo amé de tal manera que no le pude despertar. Cuando puse mi mano en su pecho, despertó, me miró y sonrió. Su sonrisa me dejó muy emocionada. Le cubrí la cara y lo aferré temiendo que su madre no me confiara un niño han hermoso. Le ofrecí mi pecho derecho y lo aceptó. Cuando intenté darle de mamar con el izquierdo, lo rechazó. Abdulmuttalib se volvió hacia mí y dijo: 'Buenas noticias para ti. ¡Ninguna otra mujer ha tenido una bendición como ésta!'

“Tras entregarme el recién nacido, la Señora Halîma me dijo: ‘Oh Halîma, hace tres días oí una voz que me decía que la mujer que iba a amamantar a mi hijo sería una descendiente de Abû Zuayb de la tribu de Banî Sa’d’. Al oírlo, le dije: ‘Yo soy de la tribu de los Banî Sa’d y mi padre se llama Abû Zuayb”.

“La Señora Âmina me habló de otras muchas cosas sobre el niño y me dio sus consejos; yo le conté mi sueño y las voces que había oído antes de venir a Mecca. Oía a mi alrededor una voz que decía: ‘¡Buenas noticias para ti, Halîma! Gozarás del privilegio de amamantar al niño que va a iluminar los mundos y a deslumbrar los ojos de la humanidad’”.

La Señora Halîma sigue narrando:

“Tomando en mis brazos a Muhammad, salí de la casa de Hadrat Âmina. Cuando llegué donde estaba mi marido y vio al niño, lo amó de inmediato y dijo: ‘¡Oh Halîma! ¡Nunca he visto un rostro tan hermoso!’ Y cuando empezó a darse cuenta de las bendiciones que obteníamos nada más recibirlo, dijo: ‘¡Oh Halîma! Has de saber que has obtenido un niño muy bendecido y de gran valía’. Y entonces yo le dije: ‘Te prometo que es lo que deseaba; y lo he conseguido’”.

Una vez que fue con ellos Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y gracias a él, Halîma Jâtûn y su esposo empezaron a recibir muchas bendiciones. El asno débil y lento que montaban avanzaba como un caballo árabe. El grupo con el que habían venido a Mecca hacía tiempo que se había ido, pero lo alcanzaron e incluso lo adelantaron. Una vez llegados a las tierras de los Banî Sa’d encontraron gran abundancia y bendiciones. Mientras que antes sus animales apenas daban leche, ahora lo hacían en gran cantidad. Sus vecinos estaban asombrados y pronto se dieron cuenta de que esas cosas pasaban por el niño que tenían para amamantar.

Debido a la sequía y las muchas dificultades que sufrían, fueron a pedir lluvia a Allahu ta’âlâ. Llevaron consigo a Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y gracias a él obtuvieron mucha lluvia y bendiciones.

Nuestro amado Profeta solo se alimentaba del pecho derecho de la Señora Halîma. El izquierdo lo dejaba para su hermano mayor. Cuando tenía dos meses ya gateaba. Cuando tenía tres se ponía de pie y en el cuarto mes andaba apoyándose en la pared. A los cinco meses andaba con soltura y al sexto mes lo hacía con rapidez. Cuando tenía siete meses podía ir a cualquier lugar. En el octavo mes hablaba de forma comprensible y en el noveno lo hacía con toda claridad. En el décimo mes podía disparar una flecha. La Señora Halîma narra lo siguiente:

> "Cuando empezó a hablar, dijo '**Lâ ilâha illallahu wa Allahu akbar. Walhamdu-lillâhi Rabbil 'âlamîn'**. A partir de ese día no hacía cosa alguna sin antes mencionar el nombre de Allahu ta'âlâ. No comía nada con la mano izquierda. Cuando empezó a andar se apartaba de los lugares donde jugaban los demás niños a los que decía: **'No hemos sido creados para eso'**. Cada día, una nûr parecida al sol lo envolvía y luego se iba. Hablaba con la luna, y cuando la señalaba, la luna se movía".

La Señora Halîma sigue narrando:

> "Cuando Muhammad tuvo dos años lo desteté. Entones fui a Mecca con mi marido para entregarlo a su familia. Como gracias a él habíamos tenido tantas bendiciones, fue muy difícil dejarlo y no volver a ver su rostro bendecido. Le conté estas cosas a su madre. La Señora Âmina dijo: 'Mi hijo tiene una gloria inmensa'. Dije yo: 'Juro por Allahu ta'âlâ que jamás he visto a nadie más bendecido que él'. Luego argumenté algunas excusas para que la Señora Âmina nos dejara tenerlo un poco más de tiempo, cosa que nos permitió. Entonces regresamos a casa. Y así fue cómo nuestro hogar se llenó de bendiciones y, gracias a él, tuvimos más bienes, posesiones y fama. Obtuvimos innumerables bendiciones".

Abren su pecho bendecido

La Señora Halîma narra:

"Un día Sarwar-i Âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, me preguntó: **'Durante el día no veo a mis hermanos. ¿Cuál es el motivo?'** Dije yo: 'Van a pastorear a las ovejas. Regresan a casa al anochecer'. Dijo él: **'Envíame con ellos. Deja que sea pastor de las ovejas'**. Busqué excusas en varias ocasiones y le pedí que me perdonara. Pero por fin, accedí a ello para hacerle feliz. Al día siguiente, le peiné los cabellos, hice que se vistiese y le mandé acompañado de sus hermanos adoptivos. Fue con ellos un par de días. Cuando uno de los días su hermana Shaimâ regresó del prado, le pregunté: '¿Dónde está Muhammad, mi hijo, la luz de mis ojos?' Dijo que estaba en el desierto. Cuando le pregunté cómo estaría en el calor del desierto, me contestó: '¡Oh madre mía! Nada le hace daño alguno. Hay una nube que se desplaza sobre él cada vez que se mueve y le protege del calor' Cuando le dije: '¿Qué estás diciendo? ¿Es verdad todo lo que dices?' Ella juró que lo era. Entonces me sentí aliviada. Otro día, a eso del mediodía, vino a mí su hermano Abdullah y dijo: '¡Madre! ¡Socorro! Estábamos pastoreando a las ovejas con mi hermano adoptivo cuando, de repente, se acercaron dos individuos vestidos de verde. Cogieron a mi hermano y se encaminaron hacia la montaña. Luego lo tumbaron y lo abrieron en canal desde la barriga. Cuando vine a contártelo seguían allí. Ni siquiera sé si está vivo o no'. En ese momento me entró el pánico. Llegamos al lugar y cuando lo vi besé su cabeza bendecida y dije: '¡Oh luz de mis ojos! ¡Oh la gracia y misericordia del universo! ¿Qué te ha pasado?' Contestó: 'Al poco tiempo de salir de la casa, vi a dos individuos vestidos de verde. Uno tenía una jarra de plata y el otro un recipiente de esmeralda. El recipiente estaba lleno de algo de color blanco. Me llevaron a la montaña y uno de ellos me tumbó en el suelo. Cuando estaba mirando, hendió mi pecho abriéndolo hasta el estómago sin que yo sintiera daño alguno. Luego, metió la mano en el interior y sacó algo que estaba allí. Lo lavaron con esa cosa blanca que estaba en el recipiente y lo volvieron a poner en su lugar. Uno de los individuos dijo al otro: ¡Levántate y deja que haga lo que me corresponde! Luego metió la mano dentro y sacó mi corazón. El corazón estaba hecho con dos partes de las que extrajo algo negro que arrojó lejos de sí. Y entonces dijo: 'Eso era la porción del shaytán que estaba en tu cuerpo. Nosotros la hemos eliminado, ¡oh el Amado de Allahu ta'âlâ! Nos hemos asegurado de que estés al margen de los engaños y artimañas del shaytán. A

continuación llenaron mi corazón con algo suave y delicioso y lo estamparon con nûr. Mi cuerpo entero todavía siente la frescura de esa impronta. Y cuando uno de los individuos puso su mano sobre la herida, se curó de inmediato. Luego me pesaron comparándome con diez personas de mi umma, y yo era más pesado. Luego lo hicieron con mil, y yo seguía siendo más pesado. Entonces uno le dijo al otro: ‘Deja de pesarlo. Aunque lo hicieras con toda la umma, él sería más pesado. Luego me besaron la mano y me dejaron aquí’”. La marca todavía se podía ver en su amado pecho.

Este suceso que experimentó nuestro amado Profeta, que aparece mencionado en el primer versículo de la Surat al-Inshirâh, se llama “Shaqq-i Sadr”, es decir, ‘hienden su pecho bendecido’.

Una vez reconocida su misión profética, algunos de sus Compañeros le pidieron que hablara de sí mismo un poco más. Dijo: **“Yo soy la súplica de mi antepasado Ibrâhim. ¡Yo soy las buenas nuevas de mi hermano Îsâ! Yo soy el sueño de mi madre que, cuando estaba embarazada, vio que surgía de ella una nûr que iluminaba los Palacios de Damasco. Fui amamantado y criado entre los hijos de los Banî Sa’d bin Baqr”.**

Cuando cumplió los cuatro años, la Señora Halîma lo llevó a Mecca y se lo entregó a su madre. Su abuelo, Abdulmuttalib, mostró su generosidad dándole gran cantidad de regalos. Al abandonar Mecca, la Señora Halîma expresaba sus sentimientos diciendo: “fue como si mi alma y mi corazón se hubiesen quedado con él en Mecca”.

Muerte de su querida madre

Nuestro amado Profeta siguió siendo criado por su madre en Mecca hasta llegar a los seis años de edad. Entonces emprendió un viaje a Medina con Ummu Ayman, una ŷariya, y su madre para visitar sus parientes y la tumba de su padre Abdullah. Allí se quedaron más o menos un mes. Nuestro amado Profeta aprendió a nadar en la alberca de los hijos de Naŷŷar. Durante ese tiempo, un erudito de los judíos vio que el niño tenía las señales de la misión profética. Se le acercó y preguntó su nombre a nuestro amado Profeta, éste dijo: “Ahmad”. Entonces el judío gritó: “¡Él va a ser el último Profeta!” Otros eruditos judíos que lo vieron

también observaron las marcas de la profecía. Tras largos debates coincidieron en su cualidad de profeta. Ummu Ayman se enteró de estas discusiones de los judíos y se lo dijo a la Señora Âmina. Para evitar el daño que podía causar esa gente, la Señora Âmina tomó al Profeta consigo y salió hacia Mecca. Cuando llegaron al lugar que se llama Abwâ, nuestra madre la Señora Âmina cayó enferma. Su salud empeoró con rapidez. Cuando contemplaba a su hijo que estaba de pié a su lado, le dijo: "¡Oh hijo de la persona amada que evitó las flechas de la muerte dando cien camellos con la ayuda de Allahu ta'âlâ! ¡Pido a Allahu ta'âlâ que te haga ser bendecido! Si el sueño que tuve se hace realidad, serás enviado por Allahu ta'âlâ a toda la humanidad para informarle de lo halâl (permitido) y lo harâm (prohibido). Allahu ta'âlâ va a protegerte de la tradición centenaria de ídolos e idolatría". Y luego recitó estos versos:

Los nuevos envejecen, los vivos mueren.
Muchos se consumen, ¿nadie sigue siendo joven?

Dejé atrás a un buen niño
Cerré mis ojos, mi corazón está en paz.

Yo también moriré, pero mi diferencia es:
Yo te he dado a luz, ese es mi honor.

Mi nombre siempre será recordado
En las almas, tu amor seguirá vivo.

Al poco tiempo falleció. Fue enterrada allí mismo. Nuestra madre Âmina murió cuando tenía veinte años de edad.

Ummu Ayman tomó a nuestro Profeta y, tras un viaje de unos días de viaje, llegaron a Mecca donde entregó nuestro Profeta a su abuelo Abdulmuttalib.

En compañía de su abuelo

El padre y la madre de nuestro Maestro, el Profeta, seguían la religión de Ibrâhim (Abraham), alaihis-salâm. Esto significa que eran creyentes. Los eruditos del Islam han informado que seguían la religión de Ibrâhim, 'alaihis-salâm, y también han dicho que, a fin de que tras sus muertes y vuelta a la vida pudiesen pertenecer a su umma (comunidad), oyeron decir y luego recitaron la Kalimat ash-shahâdat ("Creo y doy testimonio de la existencia de Allahu ta'âlâ y de que Él es Uno. Y además creo y doy testimonio de que Muhammad es Su esclavo y Mensajero").

Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, creció en compañía de su abuelo Abdulmuttalib hasta llegar a los ocho años de edad. Abdulmuttalib era una persona muy apreciada que tenía a su cargo varias funciones en Mecca. Era majestuoso, paciente, moral, honesto, valiente y generoso. Daba de comer a los pobres e incluso a los animales que estaban hambrientos y sedientos. Creía en Allahu ta'âlâ y en la Otra Vida. No cometía malas acciones y se apartaba de todas las costumbres perniciosas de la época de la ignorancia y la inconsciencia. Solía alojar a los visitantes e impedía la opresión y la injusticia en Mecca. Tenía la costumbre de retirarse al Monte Hira durante el mes de Ramadán. Abdulmuttalib amaba a los niños y tenía gran compasión por ellos. Por Muhammad sentía mucho amor y afecto. Solía sentarse con su nieto a la sombra de la Kâ'ba, en un lugar determinado, y a los que querían impedir que estuviese allí su nieto les decía: "Dejad en paz a mi hijo; él es algo grande". Advertía con mucha frecuencia a su niñera, Ummu Ayman, que cuidase bien a nuestro Maestro, el Profeta. Le decía: "Cuida bien a mi hijo. La Gente del Libro dice de él que será el profeta de esta umma en el futuro". Ummu Ayman dijo: "Jamás vi que se quejase de hambre o de sed. Por la mañana solía beber unas gotas de agua de Zamzam. Cuando quería darle de comer, me decía: 'No quiero, ya estoy lleno".

Cuando su nieto estaba dormido o solo en su habitación, Abdulmuttalib no dejaba que entrase nadie excepto él. Sentía una gran compasión por su nieto. Le gustaban mucho su conducta y sus palabras. En las comidas se sentaba a su lado y le daba los bocados mejores y más deliciosos. No empezaba a comer hasta que no llegaba su nieto. Tuvo muchos sueños y vio muchas cosas sobre él.

En una ocasión hubo en Mecca una hambruna y gran escasez. En un sueño Abdulmuttalib vio que tomaba de la mano a Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, e iban a la montaña Abû Kubays. Allí suplicó: "¡Oh Allah mío! Te pido en nombre de este niño que nos hagas felices con una lluvia favorable". Su súplica fue aceptada y llovió en abundancia. Los poetas de la época han mencionado este suceso en sus poemas.

El sacerdote de Naŷrân

Un día, Abdulmuttalib estaba sentado junto a la Kâ'ba. Un sacerdote de Naŷrân se acercó y empezó a hablar con él. En la conversación dijo: "Hemos leído en los libros los atributos del último profeta de los hijos de Ismâil. ¡Mecca es su lugar de nacimiento y sus atributos son esto y lo otro!" En ese momento llegó nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. El sacerdote de Naŷrân comenzó a estudiarlo acercándose a él, mirándole a los ojos, la espalda y los pies; y dijo asombrado: "Aquí está. ¿Este niño es uno de tus descendientes?" Y cuando Abdulmuttalib respondió "¡es mi hijo!", el sacerdote de Naŷrân dijo: "Según el conocimiento que tenemos por nuestros libros, ¡su padre no debería estar vivo!" Cuando Abdulmuttalib dijo, "es el hijo de mi hijo, su padre murió antes de que naciera, cuando su madre estaba embarazada". Entonces el sacerdote dijo: "Ahora has dicho la verdad". Tras este incidente, Abdulmuttalib dijo a sus hijos: "Tened presente lo que se dice sobre el hijo de vuestro hermano y protegerlo bien".

Muerte de su abuelo

Cuando se acercó la hora de la muerte de Abdulmuttalib, reunió a sus hijos y dijo: "Ahora ha llegado el momento de emigrar desde este mundo a la Otra Vida. Mi única preocupación es este huérfano. Me gustaría haber tenido una vida larga para seguir con este servicio con deleite. No obstante ¿qué puedo hacer? Toda mi vida no sería suficiente y ahora mi lengua y mi corazón arden con el fuego del anhelo. Me gustaría confiar esta perla a uno de vosotros. ¿Quién protegerá sus derechos por completo y quién no fracasará a la hora de servirle?" Abû Lahab, que estaba sentado sobre sus rodillas dijo: "¡Oh señor de los árabes! Si has pensado en alguien para desempeñar este servicio, me parece bien. De no ser así, yo me ofrezco a hacerlo". Abdulmuttalib le dijo: "Tienes bienes abundantes. Pero eres una persona con el corazón duro y poca compasión. Los corazones de los huérfanos están heridos y son delicados. Se rompen con facilidad". El resto de sus hijos formuló el mismo deseo. Pero Abdulmuttalib no los aceptó tras mencionar las peculiaridades de cada uno de ellos. Cuando llegó el turno de Abû Tâlib, éste dijo: "Me gustaría hacerlo más que cualquiera de ellos, pero no sería correcto preceder a los que son mayores que yo. No poseo muchos bienes, pero mi lealtad es superior a la de mis hermanos". Abdulmuttalib dijo: "Has dicho la verdad. Tú eres el

que merece este servicio. Pero como ocurre con todo lo demás, lo consultaré con él y actuaré conforme a sus deseos. Cuando lo hago, siempre obtengo el resultado más correcto. Se lo voy a preguntar. A quien él prefiera, tendrá mi aceptación”.

Luego, se dirigió a nuestro amado Profeta y le preguntó: “¡Oh luz de mis ojos! Yo parto hacia la Otra Vida sin poder evitar añorarte. ¿A quién prefieres de tus tíos paternos? Nuestro Maestro, el Profeta, se levantó, abrazó a Abû Tâlib y se sentó en su regazo. Abdulmuttalib se sintió aliviado. Dijo: “Alabado sea Allahu ta’âlâ. Esto también es lo que yo quería”. Luego dijo a Abû Tâlib, “¡Oh Abû Tâlib! Esta perla no llegó a experimentar la compasión paterna. Cuídalo bien. Te considero superior al resto de mis hijos. Te confío a este niño valioso y encumbrado, puesto que eres de la misma madre y padre. Protégelo como te protegerías a ti mismo. ¿Aceptas mi última voluntad?” Cuando Abû Tâlib respondió “la acepto”, Abdulmuttalib abrazó a nuestro amado Profeta, besó su cabeza y cara bendecidas y aspiró su aroma; luego dijo: “Sed todos testigos de que nunca he olido un perfume más fragante que este ni tampoco he visto un rostro más hermoso que el de este niño”.

Bajo la protección de Abû Tâlib

Tras la muerte de su abuelo, nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se quedó con su tío Abû Tâlib y creció bajo su protección. Abû Tâlib era como su abuelo Abdulmuttalib, uno de los personajes más distinguidos de Mecca. Era una persona muy querida. Abû Tâlib demostró tener un gran amor y compasión por nuestro Maestro, el Profeta. Lo amaba más que a sus propios hijos y no iba a lugar alguno sin llevarlo consigo. Solía decirle: “¡Tú eres muy bendecido y prometedor!” No comía hasta que él no empezaba. En ocasiones disponía una mesa aparte para él. Cuando nuestro Profeta despertaba por la mañana, se cercioraba de que su rostro resplandeciera como la luna y sus cabellos estuviesen peinados. Abû Tâlib tenía pocos bienes materiales y su familia era muy numerosa, pero cuando comenzó a proteger a nuestro Maestro el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dispuso de gran abundancia y tenía de todo. Cuando la gente tenía dificultades por la sequía que asolaba Mecca, Abû Tâlib lo llevaba a la Kâ'ba y rezaba. Y gracias a su intercesión, llovía en abundancia, salvándolos de la sequía y de la hambruna.

El sacerdote Bahîra

Un día que nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tenía unos doce años, vio que Abû Tâlib se preparaba para emprender un viaje de negocios. Cuando se dio cuenta de que Abû Tâlib no quería llevarlo consigo, dijo: **“¿Con quién vas a dejarme en esta ciudad? ¡No tengo padre ni nadie que se apiade de mí!”** Profundamente afectado por estas palabras, Abû Tâlib decidió llevarlo. Tras una larga jornada, la caravana se detuvo durante un tiempo en Busra, cerca de un monasterio que pertenecía a los cristianos. En ese monasterio vivía un sacerdote que se llamaba Bahîra. Este sacerdote, que antes había sido un erudito judío de gran conocimiento, se había convertido al cristianismo y tenía un libro que le había llegado a través de una cadena de varias generaciones y que utilizaba como libro de consulta a la hora de responder a las preguntas que le hacían. No tenía interés alguno en la caravana de los Quraysh, a pesar de que habían visitado esa zona varias veces a lo largo de los años precedentes. No obstante, cada mañana salía a una terraza anexa al monasterio para mirar hacia la dirección por donde venían las caravanas como si estuviese esperando algo fuera de lo ordinario. En esta ocasión, algo afectó al sacerdote Bahîra; embargado por una gran excitación, se levantó asombrado. Había observado una nube que seguía a la caravana de los Quraysh y se desplazaba sobre ella. El hecho era que esta nube protegía a nuestro Profeta del calor del sol. Cuando la caravana se detuvo y se dispuso a descansar, Bahîra vio que las ramas de un árbol se inclinaban para proteger a nuestro Profeta que se había sentado debajo. Su excitación aumentó todavía más. Sin mayor dilación dio órdenes para que se prepararan alimentos e invitó a comer a todos los miembros de la caravana Quraysh. Todos aceptaron la invitación, dejando atrás a nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, al cuidado de la caravana. Bahîra observó a los invitados con sumo cuidado y luego preguntó: “Queridos Quraysh: ¿hay alguno de los vuestros que no haya venido a comer?” Contestaron: “Sí, hay uno que no ha venido”. Bahîra veía que la nube seguía allí a pesar de que habían venido todos los Quraysh, cosa que le hizo pensar que alguien estaba al cuidado de la caravana. Bahîra insistió en que asistiera a la comida. Cuando llegó el Profeta, Bahîra lo observó y estudió con minuciosidad. Pasado un tiempo, preguntó a Abû Tâlib, “¿Este niño es de alguno de tus descendientes?” Abû Tâlib dijo: “Es hijo mío”. Pero Bahîra objetó: “Según algunos libros, el

padre de este muchacho no está vivo; no es hijo tuyo”. Esta vez Abû Tâlib dijo: “Es el hijo de mi hermano”. Bahîra preguntó: “¿Qué le pasó a su padre?” Respondió: “Su padre murió justo antes de nacer el niño”. Bahîra dijo: “Esta es la pura verdad. ¿Qué le ha ocurrido a la madre?” Dijo Abû Tâlib: “Ella también ha muerto”. Tras confirmar las respuestas, Bahîra se dirigió a nuestro Profeta y le pidió que hiciese un juramento en el nombre de algunos ídolos. Pero nuestro Profeta dijo a Bahîra: **“No me pidas que jure en nombre de esos ídolos. Para mí, no hay en este mundo peores enemigos. Los odio a todos”.**

Bahîra pidió entonces que jurase por Allahu ta’âlâ y le preguntó: “¿Tú duermes?” La respuesta fue: **“Mis ojos duermen, pero mi corazón no duerme”**. Bahîra siguió haciendo muchas preguntas y recibiendo respuestas a todas ellas. Las respuestas coincidían con toda exactitud con los libros que había leído. Luego, se fijó en los ojos de nuestro amado Profeta y preguntó a Abû Tâlib: “¿Esa rojez en sus ojos es permanente?” “Sí”, contestó, “nunca hemos visto que desaparezca”.

A continuación, Bahîra quiso ver el Sello de la Profecía para tranquilizar su corazón tras haber visto tantas pruebas. No obstante, nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no quería desnudar su espalda por sus nobles sentimientos. Pero su tío le pidió: “¡Oh luz de mis ojos, accede por favor a lo que desea!” Al oírlo, nuestro Profeta descubrió la espalda y Bahîra contempló con gran satisfacción la belleza del sello de la Profecía. Lo besó con excitación y las lágrimas comenzaron a surcar su rostro. Luego dijo: “¡Debo decirte que tú eres el Mensajero de Allahu ta’âlâ!” Y hablando en voz alta dijo a todos los demás: “¡Aquí está lo más encumbrado del universo! ¡Aquí está el gran Profeta que Allahu ta’âlâ ha enviado como una bendición para todos los mundos!” Los componentes de la caravana estaban asombrados; dijeron: “Es asombrosa la estima que se le da a Muhammad a ojos de este sacerdote”.

Bahîra se dirigió entonces a Abû Tâlib y dijo: “Este es el último y el más noble de todos los profetas. Su religión se extenderá por todo el mundo y abrogará todas las anteriores. No lo llevéis a Damasco. Los Hijos de Israil (judíos) son sus enemigos y temo que traten de hacer daño a su amada persona. Se han hecho muchos juramentos y promesas hablando de él”. Abû Tâlib preguntó: “¿Cuál es el significado de esos juramentos y promesas?” respondió el

sacerdote: “Allahu ta’âlâ ordenó a todos los profetas, incluido Jesús, 'alaihis-salâm, que informaran a su umma (seguidores) sobre el último Profeta que iba a venir, sallallâhu ’alaihi wa sallam”.

Tras haber oído estas palabras de Bahîra, Abû Tâlib decidió no ir a Damasco. Vendió todas sus mercancías en Busra y regresó a Mecca. Toda su vida recordaría las palabras de Bahîra y por ello llegó a amar aún más a nuestro Maestro, el Profeta. Lo protegió hasta la hora de su muerte y lo ayudó en todos sus asuntos.

Nuestro amado Profeta, que era una persona de la elite y tenía beldades y virtudes, creció hasta llegar a los diecisiete años. Su tío paterno Zubayr, que viajaba al Yemen para comerciar, lo llevó consigo para que sus negocios fueran favorables. Lo superior de sus muchas cualidades quedó demostrado en ese viaje. Cuando regresaron a Mecca, se contaron estos sucesos y entre la tribu de los Quraysh se decía: “El nombre de esta persona llegará a lo más alto…”.

Tu amor es la cura de todos los problemas, Oh Rasûlullah.
Las súplicas son lo más adecuado ante ti, Oh Rasûlullah.
Los ojos que han visto tu luz, ya no buscan la luna o las estrellas.
Tu luz ilumina los días y las noches, Oh Rasûlullah.
Con tu sudor se abren las rosas, con tus palabras la miel y el azúcar.
Todos los corazones encuentran en ti la cura, Oh Rasûlullah.
Tú eres el amado de los gobernantes, tú eres el médico de los males.
Para el pecador, tu intercesión es un gran consuelo, Oh Rasûlullah.

SHAYYÂD HAMZÂ

JUVENTUD Y MATRIMONIO

Ya desde su juventud, y al ser el mejor de la gente en todos los aspectos, Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, era amado por la gente de Mecca más que sus congéneres. Era amado y admirado por todos por sus valores morales elevados, su buena conducta, su tranquilidad, su afabilidad y el resto de sus cualidades superiores. Dado lo asombroso de su

honestidad y veracidad, la gente de Mecca lo llamaba “Al-Âmîn”, que significa el que siempre es ‘digno de confianza’. Ya desde su juventud era conocido con este nombre.

Durante los primeros años de nuestro amado Profeta, existía una ignorancia atroz en la sociedad árabe. La idolatría, el alcohol, los juegos de azar, el adulterio, el cobro de intereses y muchas otras acciones perniciosas estaban extensamente propagados. Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, detestaba intensamente los malos estados de la gente y siempre se apartaba de sus acciones malignas. Toda la gente de Mecca lo sabía. Como odiaba los ídolos con intransigencia, no se acercaba a ellos. Jamás comía carne de animales sacrificados en nombre de los ídolos. Durante su niñez y juventud fue pastor de animales que poseía, llevándolos al Monte Ŷiyâd y obteniendo así su sustento. Gracias a ello se mantenía aparte de esa sociedad tan degenerada. En una ocasión dijo a sus Ashâb-i kirâm: **“No ha habido Profeta que no haya sido pastor de ovejas”.** Cuando le preguntaron: “¡Oh Rasûlullah! ¿Tú también has sido pastor?” Contestó: **“Sí, yo también lo he sido”.**

Cuando nuestro amado Profeta tenía unos veinte años, en Mecca no había seguridad alguna. La crueldad era un hecho común; la seguridad de las propiedades, de la vida y la castidad habían desaparecido. Los habitantes de Mecca oprimían a los forasteros que venían a comerciar y visitar la Kâ’ba. Los que eran oprimidos no encontraban a quién recurrir para recuperar sus derechos. En esos días, las mercancías de un comerciante yemení habían sido usurpadas por un habitante de Mecca que se llamaba As bin Wâil. El yemení fue al Monte Abû Qubays gritando y suplicando la ayuda de las tribus para recuperar lo que era suyo. Ante estos sucesos, que demostraban claramente que la crueldad había llegado al punto más extremo, los nobles de las tribus de los Banî Hâshim, los Banî Zuhra y otras tribus, se reunieron en la casa de Abdullah bin Ŷud’ân. Decidieron que nadie, ya fuera de Mecca o forastero, sería oprimido, que se pondría freno a la crueldad y que se restituirían los derechos de los oprimidos. Para conseguirlo, crearon una ‘asociación de justicia’ a la que llamaron *Hilf al-Fudul*, a la que se unió nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, teniendo un papel fundamental en su establecimiento. Con anterioridad a esta, dos personas llamadas Fadl y Fudayl habían establecido una asociación similar. El nombre de la nueva asociación hacía referencia a la establecida por ellos. Esta asociación puso fin a la crueldad, proporcionó de

nuevo seguridad a la Mecca y mantuvo sus efectos durante largo tiempo. Cuando su misión profética le fue comunicada, nuestro Maestro Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo a sus Ashâb-i kirâm: **“Yo estuve presente en el acuerdo que se hizo en la casa de Abdullah bin Ŷud’ân. Acatar ese juramento fue más querido para mí que tener camellos de pelaje rojo** (riquezas). **Si hoy me pidieran asistir a ese tipo de reunión, sin duda que lo haría”**.

Su profesión

Los habitantes de Mecca se dedicaban al comercio obteniendo así su sustento. Abû Tâlib, el tío paterno de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, también era comerciante. Cuando nuestro amado Profeta tenía unos veinticinco años de edad, las dificultades económicas de Mecca aumentaron en gran manera. Por este motivo, los habitantes de Mecca prepararon una gran caravana con destino Damasco. En esos días, fue a ver a nuestro Maestro el Rasûlullah y le dijo: “¡Oh mi respetado sobrino! La pobreza ha llegado a un punto extremo. Estos años pasados los hemos pasado guerreando y con escaseces y ahora no tenemos nada. Ahora se ha preparado la caravana de los Quraysh y está a punto de partir hacia Damasco. La Señora Jadîŷa va a enviar sus mercancías en esta caravana y está buscando una persona de confianza para hacer ese trabajo. Necesita una persona que sea veraz, casta y buena como tú. Vamos a verla y a hablar con ella. Estaría bien si pudieses ir como su representante. No hay duda de que te preferirá antes que a los demás. Yo no quiero que vayas a Damasco, porque temo que los judíos de esa ciudad te causen algún daño, no obstante, no veo otra solución”. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le dijo: **“Haz lo que desees”**.

Hadrat Jadîŷa era una mujer que tenía muy buena reputación en Arabia por su belleza, riqueza, sentido común, castidad y buena conducta. Mucha gente de la zona quería casarse con ella. Sin embargo, debido a un sueño que había tenido, no estaba interesada en hombre alguno. En ese sueño, la luna bajó desde el cielo y entró en su pecho haciendo que los rayos de su luz surgieran de sus axilas iluminando todo el universo. Le contó su sueño a un pariente suyo, Waraqa bin Nawfal. Este dijo: “Ha nacido el último profeta. Se casará contigo y la revelación divina descenderá sobre él en esos días. El halo luminoso de su religión llenará el

mundo entero. Tú serás la primera de los creyentes. Este profeta aparecerá entre los Quraysh y los Banî Hâshim". Hadrat Jadîŷa se alegró mucho con esta respuesta y se dispuso a esperar la llegada de ese profeta.

Hadrat Jadîŷa era comerciante; solía establecer sociedades con las personas con las que llegaba a un acuerdo. Abû Tâlib abordó la situación con nuestra madre Hadrat Jadîŷa. Hadrat Jadîŷa invitó a nuestro Maestro, el Rasûlullah, para intercambiar unas palabras al respecto. Cuando se presentó nuestro Maestro, Hadrat Jadîŷa lo trató con gran respeto. Admiraba la afabilidad de nuestro Maestro y lo hermoso de su rostro. Y luego dijo a nuestro Maestro, el Profeta: "Sé que dices la verdad, que eres digo de confianza y que tienes buena conducta. Te pagaré mucho más de lo normal por este trabajo". Luego de despidió de él dándole la indumentaria adecuada para la misión.

Nuestra madre Hadrat Jadîŷa había sido informada de los signos del último Profeta por un erudito cristiano, Waraqa bin Nawfal, que era hijo de su tío paterno. Gracias a ello pudo reconocer esas señales de la profecía durante la visita de nuestro amado Profeta. Luego dijo a su escavo Maysara: "Cuando la caravana salga de Mecca, dale las riendas del camello a Muhammad para que la gente de Mecca no difunda rumores. Cuando estéis lejos de la ciudad y al abrigo de las miradas de la gente, haz que se ponga estas hermosas vestiduras". Luego preparó el camello más hermoso y dijo a Maysara: "¡Con todo respeto haz que monte el camello, coge las riendas y sé un buen sirviente para él! ¡No hagas cosa alguna sin pedirle antes permiso y protégelo de todos los peligros aunque te cueste la vida! No pierdas tiempo alguno en los lugares a los que vayáis y regresad cuanto antes para no que no os avergüencen los Hâshimîs. Si cumples estos requisitos, te daré la libertad y muchos regalos".

La caravana estaba dispuesta. La gente de Mecca formó una multitud para despedirse unos de otros. Los parientes de nuestro amado Profeta, sus tíos y los ancianos de los Hâshimîs también estaban presentes. Cuando la tía de nuestro amado Profeta lo vio vestido de sirviente y llevando las riendas del camello, se molestó sobremanera. Lloró, gritó, derramó lágrimas y se lamentó. Decía: "¡Oh Abdulmuttalib, el que descubrió el pozo de Zamzam! ¡Oh Abdullah! ¡Levantaos de vuestra tumba y contemplad a vuestro querido hijo!" Abû Tâlib compartía los

mismos sentimientos y emociones. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, cuyos ojos habían visto a Allahu ta'âlâ, derramó lágrimas como perlas y dijo: "Nunca me olvidéis y sabed también que he vivido lejos del hogar con tristeza y con angustia". Todos los que oyeron esas palabras empezaron a llorar. Los ángeles también lloraban en los cielos. Dijeron "¡Oh Rabb nuestro! Ese es Muhammad, el que tiene la posición más elevada y el que es Tu amado. ¿A qué se debe este suceso?" Y entonces Allahu ta'âlâ dijo: **"Sí, él es mi amado. Pero vosotros no podéis saber el secreto del amor. No podéis comprender los secretos que hay entre el amado y el Amante. Nadie puede conocer este estado. Nadie puede comprender cosa alguna de este asunto oculto".**

Cuando la caravana se había alejado de Mecca, y cumpliendo las órdenes que le había dado Jadîŷa, Maysara le puso las preciosas vestiduras. Luego le hizo montar en el camello que estaba cubierto de varios tipos de tejidos preciosos y profusamente ornamentados. Y llevó en sus manos las riendas del camello.

La gente que viajaba con él veía que una nube se movía y le protegía, y que dos ángeles, disfrazados de pájaros, lo acompañaron hasta llegar a su destino. Cuando acarició a dos camellos, que eran débiles y seguían a la caravana en la retaguardia, los camellos se pusieron a avanzar con rapidez; los que lo vieron le amaron y comprendieron que su fama iba a ser muy grande. Cuando llegaron a Busra se detuvieron cerca de un monasterio. El sacerdote Bahîra, que había visto muchos signos de su misión profética, había muerto y le sustituía Nastûra. Al ver que un árbol seco reverdecía de nuevo porque alguien se había sentado debajo, preguntó a Maysara: ¿Quién es la persona sentada bajo ese árbol?" Maysara respondió: "Pertenece a la gente Harem de la tribu de los Quraysh". Y entonces Nastûra dijo: "Hasta ahora, nadie se ha sentado bajo ese árbol excepto los profetas". Y luego preguntó: "¿Tiene una cierta rojez en los ojos?" Maysara respondió: "Sí, la tiene, y nunca desaparece". Y entonces Nastûra dijo: "En el nombre de Allahu ta'âlâ que ha enviado el Evangelio a Hadrat Îsâ, ese hombre va a ser el último profeta. Quisiera vivir hasta el momento en que declare su misión profética".

Cuando Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba vendiendo las mercancías de Hadrat Jadîŷa en el mercado de Busra, un judío le dijo: "Júralo por los ídolos Lât y Uzzâ para que

pueda creerte”, porque no le creía en la transacción. Muhammad dijo, sallallâhu ’alaihi wa sallam: **“¡Jamás juraré por esos ídolos! Cada vez que paso junto a ellos, vuelvo la cara hacia otro lado”**. El judío, que también había visto los otros signos, dijo: “El mundo es tuyo. Juro que esta persona será un profeta”. Y confirmó su admiración diciendo: “Nuestros eruditos han encontrado en los libros los atributos de esta persona”.

Maysara registraba en la memoria todo lo que veía y oía decir sobre nuestro Maestro, el Rasûlullah, y su admiración iba en aumento. El corazón de Maysara estaba lleno de amor por el Maestro de los mundos, razón de que lo sirviera con gran amor y respeto, cumpliendo sus deseos con escrupulosidad.

Las mercancías se vendieron y, gracias a las bendiciones de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, el comercio fue mucho más beneficioso que lo normal en esos casos. La caravana inició el regreso. Cuando llegaron al lugar que se llamaba Marr al-Zahran, Maysara sugirió a nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, que llevara a Mecca las buenas noticias. Nuestro Maestro aceptó el consejo y abandonó la caravana con rumbo a Mecca.

La Señora Nafîsa binti Muniyya dijo: “Se acercaba el momento del regreso de la caravana. La Señora Jadîŷa subía cada día con sus criadas a lo más alto de la casa para ver su llegada. Un día, yo estaba con ella. De repente, vimos a una persona montada en un camello. Una nube y dos ángeles, disfrazados de pájaros, le daban sombra. La nûr en la frente del Profeta brillaba como la luna llena. La Señora Jadîŷa se sintió aliviada porque comprendió quién era el que llegaba, pero fingió no saberlo. Preguntó quién podía ser esa persona que venía en un día tan caluroso. Las criadas dijeron: “La persona que se acerca se parece a Muhammad. Al poco tiempo, nuestro Maestro el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, llegaba a la residencia de nuestra madre Hadrat Jadîŷa y le informaba de la situación. Verlo y las buenas noticias que traía, la hicieron muy feliz”.

“Poco después, la caravana entraba en Mecca. Maysara contó a nuestra madre Hadrat Jadîŷa, con todo detalle, cómo nuestro Profeta tuvo sombra durante el viaje, lo que había dicho el sacerdote Nastûra, cómo aumentaron su paso los camellos débiles y el resto de cosas

extraordinarias de las que había sido testigo. Alabó a nuestro Maestro, el Profeta, todo lo que pudo. Hadrat Jadîŷa ya sabía estas cosas y lo que hicieron fue aumentar su certeza. Ordenó a Maysara que no contara a nadie lo que había visto durante el viaje".

Nuestra madre Jadîŷa fue a ver a Waraqa bin Nawfal para contarle lo que había oído. Escuchando con admiración lo que había sucedido, Waraqa dijo: "Oh Jadîŷa, si lo que has dicho es verdad, Muhammad será el Profeta de esta umma (la comunidad, el grupo de creyentes que sigue a un profeta)".

Cuando nuestro amado Profeta tenía 12 años viajó con su tío Abû Tâlib llegando hasta Busra. Cuando tenía 17, fue al Yemen con su tío paterno Zubayr. A los 20 fue a Damasco y a los 25 volvió a ir para vender las mercancías de Hadrat Jadîŷa. Había viajado cuatro veces. No viajó a ningún otro sitio excepto éstos.

Su matrimonio con Hadrat Jadîŷa

Con las buenas noticias que trajo Waraqa bin Nawfal, y tras haber conocido el carácter de nuestro amado Profeta, nuestra madre Hadrat Jadîŷa decidió casarse con él y tener el honor de poder servirle. Nafîsa binti Muniyya, que percibía sus sentimientos, intentó actuar de mediadora. Con esta intención en mente fue a ver al Rasûl-i Akram y le preguntó: "¡Oh Muhammad! ¿Qué es lo que impide que te cases?" Nuestro Profeta respondió: **"No tengo dinero suficiente para casarme".** La Señora Nafîsa dijo: "¡Oh Muhammad! Si quieres casarte con una mujer que es casta, noble, rica y hermosa, estoy dispuesta a ayudarte para que tenga lugar el matrimonio". Nuestro amado Profeta preguntó: **"¿Quién es esa mujer?"** Ella dijo: "Su nombre es Jadîŷa bint Huwaylid". Cuando nuestro Maestro el Rasûlullah preguntó: **"¿Quién será el mediador?"** La Señora Nafîsa contestó: "Yo lo seré", y luego se fue. Fue a ver a Hadrat Jadîŷa para darle las buenas noticias. Hadrat Jadîŷa avisó a sus parientes Amr bin Asad y Waraqa bin Nawfal y les explicó la situación. Envió también un mensaje a nuestro Maestro, el Profeta, invitándole a su casa en un momento dado. Abû Tâlib y sus hermanos hicieron los preparativos y acompañaron a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam.

Nuestra madre Hadrat Jadîŷa decoró la casa con todo tipo de adornos. Como señal de agradecimiento dio todas sus joyas a los criados, a los que más tarde daría la libertad. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, honró la casa de Hadrat Jadîŷa al presentarse con sus tíos paternos. Abû Tâlib dijo: “Gracias sean dadas a nuestro Creador que nos ha hecho ser de los hijos de Ibrâhim, 'alaihis-salâm, y descendientes de Ismâil, 'alaihis-salâm. Él ha hecho que seamos los guardianes de la Baytullah. Él nos ha concedido esa casa bendecida, el Haram-i Sharif, que es la Qibla de los seres humanos, en torno a la cual gira el universo y que Él protege de todo mal. El hijo de mi hermano Abdullah es una persona tan encumbrada que supera a todos los demás Quraysh. A pesar de no tener muchos bienes materiales, a éstos no se les puede dar un valor real, porque los bienes materiales son como una sombra. Pasan de una mano a otra y desaparecen. La gloria y supremacía de mi nieto son conocidas por todos. Ahora quiere casarse con Jadîŷa binti Huwaylid. ¿Qué mahr (dote) quieres que te dé? *[En el Islam, mahr consta de cosas como oro, plata, o todo tipo de bienes o beneficios que el hombre da a la mujer con la que desea contraer matrimonio].* Yo juro que el grado de Muhammad será elevado”. Waraqa bin Nawfal confirmó sus declaraciones. El tío paterno de Hadrat Jadîŷa, Amr bin Asad, dijo: “Sed testigos de que he casado a Jadîŷa binti Huwaylid con Muhammad”. Con estas palabras quedó formalizado el matrimonio. Según una transmisión, la mahr fue de 400 mizqales de oro; según otras fueron 500 dirhams y según otra, 20 camellos. [Un mizqal son cuatro gramos y ochenta centigramos].

Abû Tâlib sacrificó un camello para la boda y dio un banquete cuyo esplendor que jamás se había visto hasta ese día. Nuestra madre Hadrat Jadîŷa regaló todo lo que poseía a nuestro Maestro, el Profeta, y dijo: “Todos estos bienes te pertenecen. Yo te necesito y te estoy muy agradecida”.

Durante su matrimonio, nuestra madre Hadrat Jadîŷa siempre sirvió y ayudó a nuestro amado Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. El matrimonio duró veinticinco años, hasta el día en que falleció nuestra madre Hadrat Jadîŷa. Quince de esos años fueron antes de la Bi’zat (cuando fue informado de su misión profética) y los diez años siguientes fueron después de ese suceso. Nuestro amado Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no se casó de nuevo durante este matrimonio. Tuvieron seis hijos, dos niños y cuatro niñas. Sus nombres

fueron Qâsim, Zaynab, Ruqayya, Umm-i Ghulzum, Fâtima y Abdullah (Tayyib o Tâhir). Tras el fallecimiento de Hadrat Jadîŷa, y ya durante su misión profética, se casó con Hadrat Mâriya teniendo con ella un hijo que se llamó Ibrâhim. Con sus otras esposas no tuvo más hijos. Zaynab fue la mayor de sus hijas. Fâtima, la más joven, fue la más amada por su padre. Nació trece años antes de la Hégira. Todos sus hijos varones murieron muy jóvenes y todas sus hijas, excepto nuestra madre Hadrat Fâtima, fallecieron antes que él. Nuestra madre Fâtima murió seis meses después de nuestro amado Profeta. Se había casado con Hadrat Ali. Los descendientes de nuestro amado Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, continuaron con los hijos de Hadrat Fâtima.

Tras haberse casado con nuestra madre Jadîŷa, nuestro Maestro, Rasûl-i Akram, se dedicó también al comercio. Con los beneficios obtenidos, acogían a los visitantes y ayudaban a los huérfanos y a los pobres.

Zayd bin Hâriza

Cuando todavía era un niño, Zayd bin Hâriza, había ido con su madre Su’da a visitar sus parientes. En el viaje fueron asaltados por otra tribu que hizo prisionero a Zayd. Lo llevaron a un zoco de Mecca que se llamaba Sûq-i Ukâz y lo vendieron como esclavo. Hâkim bin Hizam, sobrino de Hadrat Jadîŷa, compró a Zayd por 400 dirhams. Hâkim bin Hizam se lo regaló a Hadrat Jadîŷa, su tía paterna, y ella se lo regaló a nuestro Maestro, el Profeta. En esos días, el Profeta estaba casado con Hadrat Jadîŷa. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le di la libertad de inmediato y le ofreció quedarse en su casa. Al ser libre, Zayd no tenía lugar donde ir ni nadie que lo criase que fuera mejor que el Rasûlullah. En consecuencia, aceptó de buena gana quedarse con el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Nuestro Maestro, el Profeta, había sido creado para completar, incluso antes de que le fuese comunicada su misión profética o cosa alguna de lo visible e invisible, la conducta conocida o desconocida, como por ejemplo la justicia, la misericordia, la compasión, el tener humanidad, la simpatía, el refinamiento, la benevolencia, el cumplir las promesas, la caridad, la generosidad, la credibilidad, el proteger a los pobres, el amar y cuidar a los niños, la

honestidad, la veracidad, la cortesía, la modestia, la decencia, el llevarse bien con la gente, la valentía. Era la criatura más encumbrada de las que han venido o vendrán a este mundo y era conocido como “Al-Amîn” por haberse ganado la confianza de todo el mundo. Nuestro Profeta siempre había tratado con dulzura a Zayd bin Hâriza y Zayd lo amaba más que a su propia madre o padre y no quería abandonar su compañía.

Sus padres no sabían dónde había llevado a su hijo o qué le había sucedido. Su padre Hâriza iba de pueblo en pueblo tratando de encontrar a su hijo. Llamaba la atención de sus familiares, que viajaban desde el Yemen a otros países, y les pedía que le dieran noticias de su hijo Zayd, al tiempo que recitaba poemas y se le llenaban los ojos de lágrimas. Uno de estos poemas, que expresa cómo echaba de menos a su hijo, es el siguiente:

Lloro por mi Zayd, no sé qué le ha pasado.
¿Está vivo o le ha sorprendido la muerte?

No preguntes por él en vano, ¡Oh corazón mío!
No podrás saber si su tumba está en un campo o en una ladera.

¡Oh mi Zayd, hijo mío! ¡Si supiese que regresarán los que se han ido!
No querría el regreso de nadie excepto el tuyo.

Lo recuerdo cuando veo a un niño, cuando sopla el viento.
El sol me hace pensar en ti cuando se alza por la mañana.

Lloro por mi bien amado, lloro una y mil veces.
Lo busco con mi caballo, a pesar de que estoy hecho una ruina.

Mi caballo y yo no sabemos lo que es descansar o estar agotados,
Mientras sea posible encontrar a mi hijo.

Por mucho que engañe la esperanza, siempre acaba por morir,
¡Hijos míos! Qays, Amr, Yazîd, Ŷabal! Os confío a mi Zayd.

En un momento dado, antes de la llegada del Islam, algunos miembros de la tribu de los Banî Kalb que habían venido a visitar la Kâ'ba, vieron y reconocieron a Hadrat Zayd. Hadrat Zayd les

dijo: “Sé que mi familia querrá saber de mí, así que transmitirles estos versos”. Y recitó el siguiente poema:

Mi corazón está ardiendo, estoy lejos de mi hogar.
A pesar de ser vecino de la Kâ’ba, estoy separado de mi madre.

No permitas que tu agonía abrase tu corazón.
No permitas que tu llanto llegue hasta los cielos.

Alabado sea Allah, porque estoy en un hogar tal,
Que estoy agradecido por el honor del que disfruto.

Hâriza quedó encantado cuando oyó estas noticias. Cogió una cantidad considerable de dinero y fue a Mecca con su hermano Ka’b. Se enteró dónde estaba la casa del Profeta y fue a visitarlo. Dijo: “¡Oh líder de los Quraysh, oh nieto de Abdulmuttalib, oh hijo de los antepasados de los Banî Hâshim! Eres vecino del Haram-i Sharîf. Acoges a tus invitados, liberas a tus esclavos y los rescatas del cautiverio. Si dejas ir a mi hijo, que es tu sirviente, te daré el dinero que me pidas; ¡por favor, no rehúses nuestro deseo!” Nuestro Maestro, el Profeta, sallallahu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Vamos a llamar a Zayd para informarle de la situación. Dejemos que sea él quien decida. Si quiere ir con vosotros, podéis llevároslo sin darme dinero alguno. Pero si decide quedarse conmigo, juro por Allah que no puedo dejar partir a quien elige quedarse conmigo”.**

Hâriza y su hermano estaban encantados con la respuesta de nuestro Maestro, el Profeta, y dijo: “¡Nos has tratado con mucha justicia y de forma escrupulosa!”

Entonces, nuestro Maestro, el Profeta, pidió que se presentase Zayd y cuando llegó le preguntó: **“¿Conoces a estas personas?”** Respondió: “Sí, uno es mi padre y el otro es mi tío”. Al oírlo, el Profeta dijo: **“¡Oh Zayd! Ya has visto quién soy yo; has visto mi amabilidad, mi compasión y mi conducta a la hora de tratarte. Estas personas han venido para llevarte con ellas. Así que elige; ¡quédate conmigo o si los prefieres a ellos, puedes irte!”**

Su padre y su tío confiaban en que los preferiría a ellos y podrían llevarse a casa a Zayd. Pero Zayd dijo: “No prefiero a nadie sino a ti. Tú eres para mí un padre y un tío. Quiero quedarme contigo”.

Su padre y su tío estaban asombrados. Su padre se enfadó y dijo a Zayd: “¡Deberías avergonzarte! ¡Así que prefieres la esclavitud antes que la libertad, que tu madre, tu padre y tu tío!” Y Zayd dijo a su padre: “Padre, de esta persona he recibido una compasión y un trato afable de tal magnitud, que no puedo preferir a nadie sino a él”.

A nuestro Maestro, el Profeta, le gustaba mucho Zayd. Tras haber visto su lealtad y cariño, le llevó al Hiŷr en la Kâ’ba-i mu’azzama y dijo a la gente: **“¡Sed testigos! Zayd es mi hijo. Yo soy su heredero y él es mi heredero”**. Cuando el padre y el tío de Zayd oyeron estas palabras, desapareció su enfado y regresaron felices a sus casas. Tras este suceso, los Ashâb-i kirâm llamaron a Zayd, ‘Zayd bin Muhammad’ (el hijo de Muhammad). Más tarde, al ser regulada la adopción con las palabras de Allahu ta’âlâ: **“Llamad a vuestros hijos con el nombre de sus padres, esta forma es mejor”** y **“Muhammad,** sallallahu ’alaihi wa sallam, **no es el padre de ninguno de vosotros** (como Zayd)**”** tal y como se declara en los versículos 5 y 40 de la Sûra-ul-Ahzâb, Zayd empezó a ser llamado “Zayd bin Hâriza” que significa “Zayd, el hijo de Hâriza”.

El arbitraje sobre la Kâ’ba

Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, tenía unos cincuenta años, tuvo que arbitrar en el caso de la Kâ’ba. En ese tiempo, las lluvias y las inundaciones habían dañado las paredes de la Kâ’ba. Además de eso, un fuego también le había afectado. Era necesario reconstruir la estructura. Para hacerlo, la tribu de los Quraysh demolió la Kâ’ba hasta llegar a los cimientos que habían sido puestos por Hadrat Ibrâhim (Abraham), e iniciaron la reconstrucción. Dieron a cada tribu la tarea de levantar cada una de las paredes, pero cuando llegó el momento de colocar de nuevo en su sitio la piedra “Al Haŷar ul Aswad”, no se llegó a un acuerdo porque cada tribu quería tener el honor de hacerlo. Los hijos de Abduddâr hicieron el siguiente juramento: “Si lo hace alguien distinto a nosotros, la sangre será derramada”. Este conflicto, que duró cuatro o cinco días, casi acabó en un baño de sangre.

En ese intervalo de tiempo, Huzayfa bin Mugîra, que era un anciano y el tío materno de Abdulmuttalib, dijo: “¡Oh comunidad de los Quraysh! Para mediar en la disputa, hagamos que arbitre la primera persona que entre por esa puerta”, señalando la puerta Banî Shayba que daba paso hacia la Kâ'ba. La audiencia aceptó la propuesta. Con la mirada puesta en la puerta Banî Shayba, comenzaron a esperar por la persona que la cruzase en primer lugar y así resolver el conflicto en el momento más crítico. Por fin vieron que quien entraba era Muhammad, sallallahu ’alaihi wa sallam, cuya corrección y cualidades morales eran apreciadas por todos y al que siempre llamaban ‘Al Amîn’, el digno de confianza. “Ahí viene Al Amîn. Acatamos su veredicto”, dijeron todos.

Cuando contaron lo que pasaba a nuestro amado Profeta Muhammad, sallallahu ’alaihi wa sallam, pidió que le dieran un trozo de tela. Lo extendió en el suelo y puso sobre él ‘Al Haŷar ul-Aswad’. Y luego dijo: **“Que una persona de cada tribu sujete un trozo de la tela”,** y ordenó que alzaran la piedra hasta el lugar donde tenía que ser colocada. Entonces tomó la piedra con sus manos y la colocó en su lugar. Al ver que todos habían participado y que se evitaba un terrible conflicto, las tribus estuvieron satisfechas y continuaron la reconstrucción de las paredes hasta que fue terminada.

Solía pronunciar el nombre de Allahu ta’âlâ en todas las situaciones.
Él es el Profeta que es alabado.

Estaba repleto de buenos valores, comportamiento,
Conocimiento, cortesía y benevolencia.

Era afable y generoso con todos.
Dispensaba magnanimidad en todo momento.

SU MISIÓN PROFÉTICA Y SU MENSAJE

Cuando el Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tenía treinta y siete años de edad solía oír voces que lo llamaban desde lo desconocido diciendo “¡Oh Muhammad!”. Cuando llegó a los treinta y ocho empezó a ver una especie de luz. La única persona a la que contaba sus estados era a nuestra madre, Hadrat Jadîŷa. Cuando se acercaba el momento de

la declaración de su misión profética, Quss bin Saîda, que era uno de los hombres de letras más famosos de la época, había dado las buenas noticias de su llegada en una arenga pronunciada ante una multitud en el zoco de Ukâz. Nuestro amado Profeta se encontraba entre la audiencia. En una parte de su célebre discurso, Quss bin Sâida dijo:

> "¡Oh gente! ¡Venir, escuchar, esperar y aprender! Los vivos mueren, los que están muriendo perecerán. ¡Las cosas que tienen que suceder, sin duda ocurrirán! ¡Escuchadme con atención! ¡Hay noticias en los cielos, señales en la tierra! ¡Una religión de Allahu ta'âlâ y un Profeta de Allah! ¡Su llegada será muy pronto! Su sombra está sobre nuestras cabezas. ¡Los que lo escuchen y crean en él, serán bendecidos! ¡Abochornados sean los que lo desobedezcan y se opongan a él! ¡Desgraciada sea la gente que pasa la vida de forma negligente!"

En esa época, la gente de Arabia se había apartado de las normas divinas y la sociedad estaba estratificada en ricos y pobres, poderosos y débiles, amos y esclavos. Los que tenían a alguien bajo su autoridad lo oprimían y no lo trataban como si fuese un ser humano. Las propiedades de los pobres eran usurpadas y no había nadie con el poder o la autoridad suficiente para impedirlo. Al no tener miedo ni vergüenza, que están presentes cuando se cree en Allahu ta'âlâ, no les quedaba nada bueno. Se practicaban con toda libertad acciones vulgares propiciadas por la inmoralidad y el desprecio, y la vida entregada al placer y la disipación se consideraba normal. Los asesinatos a la orden del día, el adulterio y los ataques por sorpresa aterrorizaban a la gente inocente, haciendo que se quejase y estuviese acongojada por ese peso que causaba una pura destrucción. El colapso de la moralidad era total y la gente se ahogaba en el mar de la ignorancia. Se comerciaba con las mujeres como si fuesen mercancías y las hijas eran enterradas vivas con la más absoluta crueldad. Y lo que es aún peor: esta gente sin corazón y testaruda, consideraba un honor adorar unos ídolos que fabricaban con sus propias manos y de los que no obtenían favores y no sufrían daño alguno.

Desde los tiempos de Adam, 'alaihis-salâm, jamás había existido en el mundo tal salvajismo, desviacionismo, inmoralidad, incredulidad y ceguera. Los seres humanos se habían convertido en monstruos. Todos eran enemigos unos de otros y la sociedad era como un barril de

pólvora. En esa oscuridad era necesario un rayo de la luz de la beatitud para conseguir la pacificación. Lo mismo que cuando sale el sol, la creencia tomaría el lugar de la incredulidad, la justicia el de la crueldad y el conocimiento el de la ignorancia para que la gente pudiese obtener una dicha ilimitada.

Al principio, una serie de 'sueños verdaderos' comenzaron a mostrarse a nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. En un hadîz-i sharîf, se declara que la revelación empezaría con sueños verdaderos. Cada vez que veía un acontecimiento en su sueño, se convertía en la exacta realidad. Este estado duró seis meses. Conforme se acercaba el momento de la revelación, aumentaba la frecuencia de las voces que decían "¡Oh Muhammad!". En ese tiempo que deseaba estar aislado, se apartó de la gente y comenzó a reflexionar profundamente en una cueva del Monte Hira. En ocasiones solía bajar a Mecca para hacer tawâf (circunvalación) en torno a la Kâ'ba y luego ir a su hogar donde experimentaba gran contento. Permanecía en la casa durante un tiempo y luego, tras aprovisionarse de alimentos, regresaba a la cueva del Monte Hira donde se entregaba a la adoración y la meditación. En algunas ocasiones se quedaba varios días. En esos casos, Hadrat Jadîŷa le traía o enviaba comida y bebida.

Primera Wahy (Revelación)

Cuando nuestro Profeta tenía cuarenta años, fue un día de Ramadán a la cueva del Monte Hita e inició tafakkur (contemplación). Era la noche del lunes 17 de Ramadán. Pasada la media noche oyó una voz que lo llama por su nombre. Cuando levantó la cabeza y miró a su alrededor, oyó de nuevo la misma voz y vio que una nûr lo inundaba todo de repente. Era Ŷabrâil, 'alaihis-salâm', (Arcángel Gabriel) que se presentó ante él y dijo: **"¡Lee!"** Nuestro maestro, el Profeta, contestó: **"¡Yo no sé leer!"** Tras la respuesta, el Ángel abrazó con fuerza a nuestro Profeta hasta que llegó a sentirse débil, y luego dijo: **"¡Lee!"** Cuando nuestro Profeta volvió a decir: **"¡Yo no sé leer!"**, el Ángel volvió a abrazarlo con fuerza por tercera vez. Luego lo soltó y recitó las cinco primeras âyats (versículos) de la Sûra 'Alaq que dicen: **"**(¡Oh Muhammad!) **¡Lee! ¡En el nombre de tu Señor, Allah, que todo lo ha creado! Ha creado al hombre de un coágulo** ('alaq). **¡Lee, que tu Señor (Allah) es el más Generoso! El que enseñó**

por medio del cálamo, enseñó al hombre lo que no sabía”. Y Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, lo recitó con el ángel. Se habían revelado los primeros versículos y con ellos se alzaba el sol del Islam que ilumina todo el universo.

Presa de la ansiedad y un gran nerviosismo, nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, salió de la cueva del Monte Hira y comenzó a descender. Cuando llegó a la mitad, escuchó una voz. Era Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, que le dijo: “¡Oh Muhammad! Tú eres el Mensajero de Allahu ta’âlâ y yo soy Ŷabrâil”. Luego, golpeó el suelo con el talón y surgió un manantial donde había golpeado. El ángel empezó a hacer una ablución ritual. Nuestro Maestro, el Profeta, lo miraba con suma atención. Cuando Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, terminó la ablución, dijo a nuestro Maestro, el Profeta, que hiciera lo mismo. Tras completarla, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, se hizo de imâm (cuando los musulmanes hacen namâz, ‘la oración ritual’ en congregación ‘ŷamâ’at’, (en grupo) uno de ellos la dirige y se le llama imâm). Hicieron una oración de dos rak’ats. Una vez terminada, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo: “¡Oh Muhammad! ¡Tu Rabb te manda Sus saludos!” Y luego el Ángel siguió diciendo: “Él ha dicho: ‘Tú eres Mi Mensajero para los ŷîns (genios) y los seres humanos. En consecuencia, invítalos a creer en el tawhîd (la unicidad, la unidad de Allahu ta’âlâ)”. Así es como nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, vio y habló con Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm.

Hasta que por fin llegó al hogar de sus deleites, nuestro Maestro, el Profeta, oyó que cuando pasaba al lado de cada piedra y cada árbol, le decían: “Assalâmu ’alaika, yâ Rasûl-Allâh”. Cuando entró en su casa, dijo: **“¡Cubrirme! ¡Cubrirme!”**, permaneciendo así hasta que se calmó su ansiedad. Luego contó a nuestra madre Hadrat Jadîŷa lo que había visto y añadió: **“Ŷabrâil,** ‘alaihis-salâm, **ha desaparecido y todavía no he podido recuperarme de la grandiosidad, la fortaleza y el temor que me inspiró. Tengo miedo de ser tomado por un loco y ser denigrado por la gente”.** Hadrat Jadîŷa, que estaba preparada y había estado esperando estos días y estas circunstancias, dijo: “Que Allahu ta’âlâ te proteja. Haqq ta’âlâ te da Sus bendiciones y eso es lo único que desea para ti. En el nombre de Allahu ta’âlâ, yo creo que tú serás el Profeta de esta umma (comunidad). Y esto es así porque te gusta recibir a los invitados, decir la verdad y eres digno de confianza. Ayudas a los débiles, proteges a los

huérfanos y socorres a los necesitados. Tú tienes buen carácter. El que posee estas cualidades, no teme cosa alguna".

Luego, para consultar sobre lo ocurrido, fueron a visitar a Waraqa bin Nawfal. Cuando Waraqa oyó lo que le describió nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: "¡Oh Muhammad! Juro por Allahu ta'âlâ, que tú eres el último Profeta que había anunciado Hadrat Îsâ (Jesús). El ángel que has visto es Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, que fue a Mûsâ (Moisés), 'alaihis-salâm, antes que a ti. ¡Ah! Cuánto deseo ser más joven para poder ayudarte cuando llegue el momento en que te expulsen de Mecca. Dentro de muy poco tiempo se te ordenará que transmitas la religión y combatas en la guerra santa". Y entonces besó la mano bendecida de nuestro Maestro, el Profeta. Waraqa murió poco tiempo después de esta reunión.

Orden de transmitirlo

Así es cómo ocurrió la primera revelación que declaraba la misión profética de nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. No volvió a repetirse hasta pasados tres años. Mientras tanto, el ángel llamado Isrâfil había venido y le había enseñado algunas cosas. Pero no eran revelaciones. En ese intervalo de tiempo, nuestro Maestro, el Rasûlullah, se sentía compungido. Cada vez que esto ocurría, aparecía Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, que aliviaba su tristeza diciéndole: "¡Oh Habîbullah! Tú eres el Mensajero de Allahu ta'âlâ". Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"Durante el tiempo en que cesó la revelación, un día que descendía del Monte Hira, oí un sonido en el cielo. Cuando miré hacia arriba vi a Ŷabrâil,** 'alaihis-salâm'**. Estaba sentado en un trono situado entre la tierra y el cielo. El temor se apoderó de mí. Fui a casa y les dije que me cubrieran con alguna cosa. Fue entonces cuando Haqq ta'âlâ me envió las primeras âyats** (versículos) **de la Sûra Muddazzir Sûra: '¡Oh tú**, (Muhammad), **que te arropas** (envuelto en un manto)**! ¡Levántate y advierte** (sobre el castigo inminente de Allahu ta'âlâ a los que no crean), **y a tu Señor engrandece! ¡Y mantén limpias tus ropas!' Tras esto, la revelación ya no volvió a detenerse".**

Nuestro Maestro, Fajr-i Kâinat, 'alaihi afdalus salawât, comenzó a invitar a la gente al Islam y a proclamar las órdenes y prohibiciones de Allahu ta'âlâ. Cuando traía la revelación, Hadrat

Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, (Arcángel Gabriel) tomaba a veces una forma humana en la que se parecía a Dihya-i Kalabî, uno de los sahâbî. En otras ocasiones infundía inspiración en el corazón de nuestro Maestro, el Profeta, que no podía verlo. Otras veces aparecía en un sueño y otras haciendo un ruido aterrador. Para nuestro Maestro, el Profeta, esta última forma de revelación era la más difícil y severa, haciéndole sudar copiosamente incluso en los días más fríos. Si iba montado en un camello, el animal se agachaba por el peso de la revelación. Los Compañeros que estaban a su lado también sentían ese peso. También había ocasiones en las que Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, se manifestaba con su forma propia.

Allahu ta’âlâ también envió revelaciones sin el ángel o una cortina, esto es, se las enviaba sin valerse de medio alguno. Esto es lo que ocurrió en la noche del Mî’râŷ.

Desde el inicio de su misión profética con la primera revelación, nuestro Maestro Muhammad Mustafa, sallallâhu ’alaihi wa sallam, empezó a transmitir el Islam haciéndolo durante veintitrés años. Trece años los pasó en Mecca y los diez siguientes en Medina.

El Qur’ân al-karîm fue revelado y completado en un periodo de tiempo que duró 22 años, 2 meses y 22 días.

Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, era ummî, es decir, no sabía leer ni escribir; nadie le había enseñado. Nacido y criado en Mecca, y en un entorno de personas determinado, la información que divulgaba estaba contenida en la Tawrât (el libro sagrado de Hadrat Mûsâ), en el Inŷîl (el Evangelio), y en los libros escritos durante los periodos griego y romano. En el año sexto de la Hégira, y para dar a conocer el Islam, envió cartas a los dirigentes de Bizancio, Irán y Abisinia, además de a otros líderes árabes. Tuvo a su servicio más de sesenta embajadores en el extranjero. La aleya 48 de la Sûra al-Ankabût declara: **“Antes de que descendiera el Qur’ân, no habías leído ni escrito libro alguno. Si hubieses sabido hacerlo, habrían dicho que lo habías obtenido de otras personas”.**

En un hadîz-i sharîf se declara: **“Yo soy Muhammad, el Profeta ummî. Después de mí, no habrá más profetas”.** Y también, en las âyats tercera y cuarta de la Sûra Naŷm, se dice: **“Ni**

tampoco habla (Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam) **movido por** (su propio) **deseo. No es sino una revelación que se le ha enviado”.** (Sûra Naŷm: 3, 4).

Primeros Musulmanes

Tras la primera revelación a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, la primera persona que aceptó el Islam fue nuestra madre Hadrat Jadîŷa. Abrazó el Islam sin dudar lo más mínimo, y tuvo el honor de ser la primera de los musulmanes. Nuestro Maestro, el Profeta, enseñó a nuestra madre Hadrat Jadîŷa cómo hacer la ablución ritual, tal y como le había enseñado Hadrat Ŷabrâil (Arcángel Gabriel). Luego, nuestro Maestro, el Profeta, se puso de imâm e hicieron una oración ritual de dos rak’ats. Nuestra madre Hadrat Jadîŷa obedeció con detalle cada palabra, cada orden de nuestro Maestro, el Profeta, obteniendo así grados muy elevados ante Allahu ta’âlâ. Cada vez que nuestro Maestro, el Rasûlullah, estaba entristecido o atormentado por los insultos de los infieles, ella lo consolaba diciendo: “¡Oh Rasûlullah! No estés afligido. No te apenes. Al final, nuestra religión cobrará fuerza y los politeístas quedarán exhaustos. Tu nación te obedecerá...” Gracias a su apoyo, vino un día Hadrat Ŷabrâil y le dijo: “¡Oh Rasûlullah! Transmite a Jadîŷa saludos de Allahu ta’âlâ”. Entonces, nuestro Maestro, el Profeta, le dijo: “¡Oh Jadîŷa! Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, te manda saludos de parte de Allahu ta’âlâ”.

En una ocasión, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Allahu ta’âlâ me ha ordenado dar a Jadîŷa las buenas noticias de que tendrá en el Paraíso una casa hecha de perlas en la que no habrá enfermedades, tristeza ni dolores de cabeza”.**

Tras Hadrat Jadîŷa, la siguiente persona adulta que se hizo musulmán fue Hadrat Abû Bakr, uno de los amigos íntimos de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Veinte años antes Hadrat Abû Bakr había visto en un sueño que: “La luna llena descendía desde el cielo, iba hacia la Kâ’ba y se dividía en varias partes; cada parte de la luna caía sobre una casa en Mecca. Luego, las partes se unieron y ascendieron de nuevo al cielo. La parte que cayó sobre la casa de Abû Bakr no volvió a subir. Al haber visto lo sucedido, Hadrat Abû Bakr cerró la puerta como si quisiera impedir que saliese esa parte de la luna”.

Esa mañana Abû Bakr se despertó muy excitado; fue a ver a uno de los eruditos judíos y le contó su sueño. El erudito respondió: "Este es uno de los sueños complejos, no puede ser interpretado". Abû Bakr no quedó satisfecho con la respuesta del judío y seguía recordando el sueño en su mente. En una ocasión en la que estaba de viaje debido a su comercio, llegó a la zona donde vivía el sacerdote Bahîra. Cuando le pidió que interpretara su sueño, Bahîra le preguntó: "¿De dónde eres?" Cuando Hadrat Abû Bakr dijo que era de los Quraysh, Bahîra dijo: "Allí va a aparecer un Profeta. La luz de su guía llegará a toda Mecca. Durante su vida, tú serás su consejero, y tras su muerte, su califa". Hadrat Abû Bakr quedó asombrado con esta respuesta y no contó a nadie su sueño ni la interpretación hasta que nuestro Maestro, el Profeta, anunció su misión.

Cuando Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, desveló su condición de Profeta, Hadrat Abû Bakr corrió a ver a nuestro Maestro, el Profeta, y le preguntó: "Los profetas tienen pruebas de su condición. ¿Cuál es tu prueba?" Al responderle, dijo: **"La prueba de mi condición profética es el sueño que pediste interpretar a un erudito judío. El erudito te dijo: '**Este es uno de los sueños complejos, no puede ser interpretado'. **Y luego, el sacerdote Bahîra lo interpretó de forma correcta".** Y dirigiéndose a Hadrat Abû Bakr, dijo: **"¡Oh Abâ Bakr! Te invito a que creas en Allah y en Su Mensajero".**

Al oírlo, Hadrat Abû Bakr se hizo musulmán diciendo: "Doy testimonio de que tú eres el Mensajero de Allahu ta'âlâ, que tu condición profética es verdadera y es una nûr que ilumina el mundo entero".

En otra narración, y antes de que le llegara la revelación a nuestro Maestro, el Profeta, Hadrat Abû Bakr había ido al Yemen por cuestiones de comercio. En el viaje conoció a un anciano de la tribu Azd que había leído muchos libros. El anciano miró con atención a Hadrat Abû Bakr y dijo: "Tengo la impresión que eres de la gente de Mecca". Hadrat Abû Bakr contestó: "Sí, lo soy". Y entonces tuvieron la siguiente conversación:

- ¿Eres de los Quraysh?

- ¡Sí!

- ¿De los Banî Tamîm?

- ¡Sí!

- Queda por ver una señal más.

- ¿De qué se trata?

- Descubre el torso. Déjame verlo.

- ¿Dime, qué pretendes con esto?

- He leído en los libros que en Mecca aparecerá un Profeta. Dos hombres le ayudarán. Uno es joven y el otro mayor. El joven hace que las dificultades sean fáciles y repele muchos problemas. El mayor tiene la piel blanca, la cintura estrecha y tiene un lunar negro en el torso. Supongo que ése eres tú. Descubre el torso y déjame verlo.

Hadrat Abû Bakr descubrió su torso bendecido y cuando el otro vio el lunar negro encima del ombligo dijo: "¡Juro que eres tú!", y le regaló muchas cosas.

Una vez terminado su trabajo, Hadrat Abû Bakr fue a despedirse del anciano y a pedirle que recitara un poema sobre nuestro Profeta. El anciano recitó doce versos y Hadrat Abû Bakr los aprendió de memoria.

Cuando Hadrat Abû Bakr regresó a Mecca, algunos personales notables de los Quraysh como Uqba ibn Abî Mu'ayt, Shayba, Abû Ŷahl y Abu'l Buhtarî, vinieron a su casa para visitarlo. Hadrat Abû Bakr les preguntó: "¿Ha ocurrido alguna cosa durante mi ausencia?" Contestaron ellos: "Lo que ha ocurrido es algo muy extraño: el huérfano al cuidado de Abû Tâlib ha proclamado su condición de Profeta y dice que nosotros, nuestros padres y nuestros abuelos, seguimos una religión falsa. Si no fuera por el respeto que te tenemos, ya lo habríamos matado. Tú eres un buen amigo suyo, trata por favor de solucionar este problema".

Hadrat Abû Bakr los hizo salir y luego se enteró de que nuestro Maestro, el Profeta, estaba en casa de Hadrat Jadîŷa. Fue a la casa y llamó a la puerta. Cuando nuestro Maestro, el Profeta, la abrió, Hadrat Abû Bakr le preguntó: "¡Oh Muhammad! ¿Qué son esos rumores que hablan de ti?" Nuestro Maestro, el Profeta, contestó: **"Yo soy el Mensajero del Haqq ta'âlâ. He sido**

enviado para vosotros y para todos los hijos de Adam. Créelo para que puedas obtener el beneplácito del Haqq ta'âlâ y salvarte del Fuego". Y cuando Hadrat Abû Bakr preguntó: "¿cuál es la prueba de ello?", el Rasûl-i Akram contestó: **"La prueba es la historia que contó el anciano que viste en el Yemen"**.

Hadrat Abû Bakr dijo: "En el Yemen vi a muchos hombres jóvenes y ancianos". Nuestro Maestro, el Profeta, dijo como respuesta: **"El anciano que te dio doce versos que luego me envió"**, y recitó los doce versos. Cuando Hadrat Abû Bakr preguntó: "¿Quién te lo ha contado?" nuestro Profeta dijo: **"El ángel que trajo noticias a los profetas que me han precedido"**. Nada más decir esto el Profeta, Hadrat Abû Bakr cogió su mano bendecida y se hizo musulmán diciendo: "Ash-hadu an lâ ilâha illa'llâh wa ashhadu anna Muhammadan abduhu wa rasûluh".

Lleno de una alegría que experimentaba por primera vez en su vida, Hadrat Abû Bakr regresó a su casa convertido en musulmán. El hecho es que se había declarado en un hadîz-i sharîf, **"A quien ofrecía la creencia, hacía muecas y me miraba a la cara expresando duda. El único que no dudó a la hora de aceptarla fue Abû Bakr-i Siddîq".**

Un día, Hadrat Ali vio a nuestro Maestro, el Profeta, y a nuestra madre Hadrat Jadîŷa cuando estaban haciendo la oración ritual. En ese entonces tenía diez o doce años de edad. Cuando terminaron la oración, preguntó: "¿Qué era eso?" Nuestro Maestro el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo: **"Esta es la religión de Allahu ta'âlâ a la que ahora te invito. Allahu ta'âlâ es Uno. Él no tiene asociado alguno. Te invito a creer que Allah es Uno y que no tiene asociado ni parecido…"** Hadrat Ali dijo: "Deja que primero consulte a mi padre". Rasûlullah le dijo: **"¡Si no abrazas el Islam, no hables a nadie de este secreto!"** La mañana siguiente Hadrat Ali se presentó ante el Rasûlullah y dijo: "¡Oh Rasûlullah! ¡Enséñame el Islam!" y se hizo musulmán. Hadrat Ali fue la tercera persona que se hizo musulmán. Los sacrificios que hizo en nombre de nuestro Maestro, el Rasûl-i Akram, y su forma de preferir a nuestro Profeta antes que a sí mismo, son dignos de todo encomio.

Zayd bin Hâriza fue otro de los que se hizo musulmán en esos primeros días. Tuvo el honor de ser el cuarto musulmán, justo después de Hadrat Jadîŷa, Hadrat Abû Bakr y Hadrat Ali y ser el

primer musulmán entre los esclavos liberados. Su esposa Ummu Ayman también se hizo musulmana al mismo tiempo que él.

Cuando Hadrat Abû Bakr se hizo musulmán, fue a ver a sus amigos sin mayor dilación y les persuadió para que se hicieran musulmanes. Algunas personas importantes de entre los nobles Ashâb-i kirâm, fueron ’Uzman bin Affân, Talhâ bin Ubaydullah, Zubayr bin Awwâm, Abdurrahmân bin Awf, Sa’d bin Abî Waqqâs, que también eran personajes distinguidos en sus propias tribus. Estos ocho hombres que se hicieron musulmanes después de nuestra madre Hadrat Jadîŷa, han sido llamados los Sâbiqûn-i Islâm, esto es, los primeros musulmanes.

Hadrat ’Uzmân narra su conversión al Islam de la siguiente manera: “Yo tenía una tía materna que era adivina. Un día fui a visitarle y me dijo: ‘Se te dará a una mujer como esposa. Antes de ella, no tendrás otra esposa ni ella tendrá otro marido. Será piadosa, de rostro hermoso; la hija de un gran Profeta’. Quedé asombrado con las palabras de mi tía. Y luego me dijo: ‘Ha llegado un Profeta. Las revelaciones le descienden desde el cielo’. Dije yo: ‘¡Oh tía mía! Tal secreto no se ha oído en la ciudad, así que explica tus palabras’. Entonces dijo mi tía: ‘La condición profética le ha llegado a Muhammad bin Abdullah. Invitará a la gente a la religión. Muy pronto, el mundo será iluminado por su religión y los que se opongan serán decapitados’”.

“Las palabras de mi tía materna me habían afectado mucho. Estaba preocupado. Entre Hadrat Abû Bakr y yo existía una gran amistad. Estábamos juntos todo el tiempo. Fui a ver a Hadrat Abû Bakr para hablarle de este asunto. Cuando le mencioné las palabras de mi tía, dijo: ‘¡Oh ’Uzmân! Tú eres una persona sensata. ¿Cómo pueden merecer ser adorados unos trozos de piedra que no ven, no oyen y no pueden favorecer o perjudicar a persona alguna?’ Y dije yo: “Estás diciendo la verdad. Las palabras de mi tía son correctas”.

Cuando le hubo informado sobre el Islam, Hadrat Abû Bakr llevó a Hadrat ’Uzmân a la presencia de nuestro Maestro, el Profeta de los seres humanos y los genios. Nuestro amado Profeta dijo a Hadrat ’Uzman, **“¡Oh ’Uzman! Haqq ta’âlâ te llama a que seas un invitado en el Paraíso. Y tú aceptas esta invitación. Yo he sido enviado a todo el mundo como un guía del camino recto”**. Sintiéndose cautivado por el estado elevado del Rasûlullah y por sus palabras

que pronunciaba con un rostro sonriente, Hadrat ’Uzmân se hizo musulmán, con gran sumisión y entusiasmo, diciendo: “Ash-hadu an lâ ilâha illa’llâh wa ashhadu anna Muhammadan abduhu wa rasûluh”.

En los primeros tres años de su misión profética, nuestro Maestro, el Rasûlullah, invitó a la gente al Islam en secreto. La gente entraba en el Islam con lentitud. En esos días, el número de musulmanes no era más de una treintena. Hacían los actos de adoración en sus casas y memorizaban los versículos del Qur’ân al-karîm en secreto.

Invitación a los parientes cercanos

Tras la revelación de la Sûra Muddazzir, nuestro Maestro, el Rasûlullah, había empezado a invitar a la gente al Islam. Lo hacía en secreto. Pasado un tiempo, había descendido el versículo 214 de la Sûra Shu’arâ que declara: **“Invita a tus parientes cercanos a la religión correcta amenazándolos con el castigo de Allahu ta’âlâ”.** Tras esta revelación, Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, invitó a sus parientes a la religión; para ello envió a Hadrat Ali pidiéndoles que fueran a la casa de Abû Tâlib. Preparó un plato de comida y un vaso de leche, suficientes para una sola persona. Luego, empezó a comer tras decir la Basmala e invitó a los parientes presentes en la habitación. Habían venido unas cuarenta personas y la comida fue suficiente para todos sin que experimentase merma alguna. Los que estaban presentes quedaron asombrados con este milagro. Tras la comida, nuestro Maestro, el Profeta, iba a empezar a invitarlos al Islam. Su tío Abû Lahab, lleno de hostilidad, se adelantó y dijo: “Jamás hemos visto una brujería similar. Vuestro pariente os ha hechizado. ¡Oh hijo de mi hermano! Nunca he visto a nadie que sembrara el mal y la perversión como tú lo haces”. Y continuó este ataque verbal plagado de insultos.

Nuestro Profeta dijo a Abû Lahab: **“¡Me has hecho un mal superior al que podrían hacerme todos los Quraysh y todas las tribus de Arabia!”** Se fueron sin hacerse musulmanes. Pasado un tiempo volvió a invitarlos de nuevo. Hadrat Ali los convocó a todos otra vez. Como la vez anterior, se les sirvió una comida. Terminada ésta, nuestro Maestro, el Profeta, se levantó y dijo: **“La alabanza pertenece solo a Allahu ta’âlâ. Solo a Él pido ayuda. Creo y confío en Él. Sé**

y proclamo sin duda alguna, que no hay más dios que Allahu ta'âlâ y que Él es Uno. Él no tiene asociado ni parecido". Y luego siguió diciendo: **"Nunca os miento, y ahora os estoy diciendo la verdad. Os estoy invitando a que creáis en Allahu ta'âlâ que es Uno y con el que no hay otro dios. Yo soy Su Mensajero que ha enviado para todos los seres humanos. Juro por Allah que moriréis como si fuerais a dormir; seréis resucitados como el que se despierta de un sueño y se os pedirán cuentas por todas vuestras acciones; por las buenas se os darán recompensas y por las malas seréis castigados. Y estas acciones os harán permanecer para siempre en el Paraíso o en el Fuego. Vosotros sois los primeros a los que atemorizo con los tormentos de la Otra Vida".**

Al oír estas palabras, Abû Tâlib dijo: "¡Oh hijo bendecido de mi hermano! No conozco nada más valioso que ayudarte. Hemos aceptado tu consejo. Hemos aprobado tus palabras con sinceridad. Ahora bien, los que nos hemos reunido aquí somos los hijos de tu abuelo Abdulmuttalib. No hay duda de que yo soy uno de ellos e iré corriendo hacia lo que deseas, antes que todos los demás. Prometo no dejar de protegerte en todo momento. Sigue haciendo lo que se te ha ordenado. Pero en lo que respecta a abandonar mi antigua religión, no veo que ni nafs (alma carnal) esté dispuesto a obedecerme.

Todos sus parientes y tíos paternos hablaron con suavidad excepto Abû Lahab que profirió todo tipo de amenazas: "¡Oh hijos de Abdulmuttalib! Impedídselo antes de que otros aten sus manos y lo detengan. Si aceptáis hoy lo que dice, seréis luego insultados y humillados. Y si tratáis de protegerlo seréis todos matados". Y como réplica a Abû Lahab, el tío paterno de nuestro Maestro, el Profeta, Abû Tâlib dijo: "¡Oh hermano mío! ¿Acaso no corresponde a tu dignidad dejar en paz al hijo de mi hermano y a su religión? Juro por Allah que los eruditos de nuestros días declaran que vendrá un profeta de entre los descendientes de Abdulmuttalib. Este es ese profeta".

Al oír esas palabras, Abû Lahab siguió con sus desagradables calumnias. Abû Tâlib se enfadó mucho con Abû Lahab y dijo: "¡Oh cobarde! Juro por Allahu ta'âlâ que somos la ayuda y protección de Muhammad mientras sigamos vivos". Se volvió hacia Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y dijo: "¡Oh hijo de mi hermano! Haznos saber del momento en el que

quieras invitar a la gente a creer en tu Rabb; nos pertrecharemos con nuestras armas y estaremos a tu lado". Entonces nuestro Maestro, Fajr-i kâinat, habló de nuevo y dijo: **"¡Oh hijos de Abdulmuttalib! Juro por Allah que no hay nadie entre los árabes que haya traído algo superior o más beneficioso, para vuestra vida en este mundo y en la Otra Vida, que lo que yo traigo ahora** (es decir, esta religión)**. Os invito a que digáis dos frases que son fáciles de pronunciar y tienen una enorme importancia. Contienen vuestro testimonio de que no hay más dios que Allah y que yo soy su esclavo y Mensajero. Allahu ta'âlâ me ha ordenado que os invite a esto. Así pues, ¿quién de vosotros acepta mi invitación y me ayuda en este camino?"** Nadie dijo nada. Todos bajaron la cabeza. Nuestro Maestro, el Profeta, repitió tres veces esas palabras. Cada vez que lo hacía, se levantaba Hadrat Ali. A la tercera vez dijo: **"¡Oh Rasûlullah! A pesar de ser el más joven, yo te ayudaré".** Al oírlo, nuestro Maestro el Rasûlullah cogió a Hadrat Ali de la mano. Los demás se fueron presas del asombro.

El Amado de Allahu ta'âlâ se sentía muy triste por la actitud de sus parientes. No obstante, no se desmoralizó y siguió invitándolos para salvarlos del Fuego y para que consiguieran la bienaventuranza eterna.

En el año cuarto posterior al Bi'zat, se reveló el âyat 94th de la Sûra-ul Hiŷr. Cuando fue revelada la orden divina: **"**(¡Oh Amado mío!) **Declara lo que te ha sido decretado** (órdenes y prohibiciones), **distingue entre haqq** (correcto) **y bâtil** (erróneo)**. ¡Apártate de los idólatras!** (¡Desaprueba sus palabras!)**",** nuestro amado Profeta empezó a invitar a los habitantes de Mecca al Islam. Un día, subió a la colina de Safâ y dijo: **"¡Oh gente de los Quraysh! ¡Acercaos y prestad atención a mis palabras!"** Una vez reunidas las tribus, nuestro Profeta dijo: **"¡Oh gente mía! ¿Me habéis oído alguna vez decir algo que no fuese verdad?"** Contestaron al unísono**: "**No, nunca". Nuestro Profeta dijo: **"Allahu ta'âlâ me ha otorgado la cualidad de ser profeta y me ha enviado entre vosotros"**. Y entonces recitó el âyat 158 de la Sûra-ul A'râf, que dice: **"**(¡Oh Amado Mío!) **Diles: ¡Oh gente! Yo soy el Mensajero de Allahu ta'âlâ, que ha sido enviado entre vosotros. Él es Allahu ta'âlâ, Dueño y Señor de los cielos y los mundos. Nadie, excepto Él, merece ser adorado. Él es quien quita la vida y hace resucitar a todo ser vivo"**. Abû Lahab, que estaba entre los presentes, gritó enfadado: "¡El hijo de mi hermano se ha vuelto loco! ¡No prestéis atención a las palabras de alguien que no adora a nuestros ídolos

y no sigue nuestra religión!" Y persistió en su incredulidad. Los presentes se dispersaron y nadie abrazó el Islam. A pesar de saber que nuestro Maestro, el Profeta, era veraz y de conducta elevada, no aceptaron el Islam y se convirtieron en sus enemigos.

De nuevo, en otra ocasión, y para obedecer la orden de Allahu ta'âlâ: **"Declara lo que te ha sido ordenado** (mandatos y prohibiciones)**"**, nuestro Profeta subió a la colina de Safâ. Con una voz alta y sonora llamó a la gente diciendo: **"¡Oh sabâhâh! ¡Venid, reuníos aquí porque tengo noticias importantes para vosotros!"** Al oír la invitación las tribus se apresuraron para reunirse. Esperaron con admiración y curiosidad. Los que no pudieron ir enviaron a sus criados para enterarse del motivo de la reunión. Un grupo de los presentes comenzó a preguntar: "¡Oh Muhammad, el digno de confianza! ¿Por qué nos has reunido aquí? ¿Qué nos vas a decir?" Y entonces nuestro Profeta empezó su discurso diciendo: **"¡Oh tribus de los Quraysh!"** Todo el mundo le escuchaba con suma atención. Siguió hablando y dijo: **"Mi situación y la vuestra es como la del hombre que corre hacia su familia para advertirlos de que ha visto que se acerca un enemigo; y entonces grita y dice '¡Oh sabâhâh!** (¡hemos sido sitiados por el enemigo! Ahora es la mañana. Preparaos para la batalla) **temiendo que el enemigo alcance a su familia antes sus propios ojos y les cause algún daño.** ¡**Oh gente de los Quraysh! ¿Me creeríais si os dijera que hay un enemigo detrás de esa montaña y está dispuesto a atacaros?"** Contestaron: "Sí, te creeríamos. Porque solo te hemos oído decir la verdad. ¡Nunca te hemos visto mentir!"

Luego mencionó el nombre de cada tribu y dijo: **"¡Oh hijos de Hâshim! ¡Oh hijos de Abdu Manâf! ¡Oh hijos de Abdulmuttalib! Estoy aquí para informaros de un castigo terrible que vendrá sin duda alguna. Allahu ta'âlâ me ha ordenado que atemorice a mis parientes cercanos con el tormento de la Otra Vida. Os invito a que entréis en el Islam diciendo 'Lâ îlaha illa'llâh wahdahu lâ sharîka-lah'** (Allah es Uno, no hay dios sino Él)**. Yo soy su siervo y Mensajero. Si creéis en esto iréis al Paraíso. Pero a no ser que digáis 'Lâ îlaha illa'llâh', no podré ayudaros en este mundo ni podré interceder por vosotros en la Otra Vida".** En medio de las tribus, Abû Lahab dijo: "¿Nos has reunido para esto?", y tiró una piedra a nuestro amado Profeta. Los demás no se opusieron de la misma manera, sino que se dispersaron hablando entre ellos.

¡Aunque pusieran el sol en mi mano derecha!

Tras estas invitaciones, nuestro amado Profeta transmitió el Islam cada vez que se encontraba con una persona o un grupo de gente. Les decía que la salvación auténtica solo era posible al negarse obedecer al alma carnal (nafs), a la crueldad, a la injusticia y a todas las acciones perversas. Era necesario creer en Allahu ta'âlâ. Los que seguían los deseos del alma carnal oprimían a los débiles y cometían excesos, rechazaban lo que decía. Se daban cuenta de que todas esas acciones perversas tendrían que acabarse; en consecuencia, negaban lo que decía Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Se convirtieron en sus enemigos y en los de que creían en él.

En un principio, los politeístas se burlaban del Islam. Pero luego decidieron aumentar sus presiones y tormentos. Querían oprimir a los creyentes y destruir el Islam. Sus líderes eran Abû Ŷahl, Utba, Shayba, Abû Lahab, Ukba bin Abî Mu'ayt, As bin Wâil, Aswad bin Muttalib, Aswad bin Abdi Yagwas, Walîd bin Mugîra...

Un día, Utba, Shayba y Abû Ŷahl dijeron a Abû Tâlib: "Tú eres el mayor entre nosotros. Siempre te hemos respetado y estimado. Pero ahora el hijo de tu hermano ha establecido una nueva religión, insulta a nuestros ídolos y nos acusa de infidelidad. Aconséjale. Haz que abandone esta misión. Si no lo hace, sabremos cómo tratarlo..." Abû Tâlib los tranquilizó e hizo que salieran. Ocultó lo ocurrido a nuestro Profeta para que no se apenara. Pasado un tiempo, los politeístas se reunieron de nuevo y fueron a ver a Abû Tâlib. Dijeron: "Ya hemos venido antes para informarte de la situación. No hiciste caso a nuestras palabras. Muhammad sigue hablando mal de nuestros ídolos y ya no tenemos más paciencia. Combatiremos contra vosotros dos hasta el final. En Mecca, moriréis vosotros o nosotros". Abû Tâlib trató de calmarlos, pero ellos seguían obstinados.

Abû Tâlib no quería que sufriese nuestro Maestro, el Rasûlullah, ni que surgieran hostilidades entre ellos. Fue a ver a nuestro Profeta y le dijo: "¡Oh Muhammad! La gente se ha unido en su enemistad contra ti y han venido a mí para quejarse. Las hostilidades entre los parientes no es nada bueno. Quieren que dejes de llamarlos incrédulos y que no hables mal de ellos diciendo que están en un camino equivocado". Al oír estas palabras, nuestro Maestro, Habîb-i akram,

dijo: **“¡Oh tío mío! Has de saber que aunque pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en la izquierda,** (esto es, cualquiera que fuesen sus promesas), **yo nunca abandonaré esta religión ni dejaré de transmitirla a la gente. O bien Allahu ta’âlâ propaga esta religión por el mundo y con ello se cumplirá mi misión, o bien sacrificaré mi vida en este camino”.** Y luego se levantó con sus ojos bendecidos llenos de lágrimas.

Abû Tâlib, que vio la tristeza de nuestro Maestro, el Rasûlullah, lamentó lo que había dicho y le tranquilizó diciendo: “¡Oh hijo de mi hermano! Sigue tu camino y haz lo que desees. Mientras estés vivo, yo te voy a proteger”.

Cuando se dieron cuenta que Abû Tâlib protegía a Hadrat Muhammad, diez personas de los politeístas más distinguidos, acompañados de Umâra bin Walid, fueron a ver a Abû Tâlib. Le hicieron una oferta inaceptable diciendo: “¡Oh Abû Tâlib! Sabes muy bien que este Umâra es el más hermoso, fuerte y de buena conducta de entre todos los jóvenes de Mecca. Y además es un poeta. Permite que te lo regalemos para que lo hagas trabajar en tus negocios. A cambio, entréganos a Muhammad para matarlo. ¡Hombre por hombre! ¿Qué más puedes desear?” Abû Tâlib se enfureció. Y cuando les dijo: “Primero, dadme a vuestros hijos y, cuando los mate, os daré a mi sobrino”, comprendieron la gravedad de la situación. Dijeron: “Pero nuestros hijos no están haciendo lo que él hace...” Y entonces Abû Tâlib dijo: “Juro que mi sobrino es mejor que todos vuestros hijos. ¡Y vosotros queréis darme a vuestro hijo y que le tenga afecto mientras vosotros os lleváis a mi querido sobrino para matarlo! Ni siquiera una camella añora cosa alguna que no sea su cría. Esto no tiene lógica ni razón alguna. Y ahora, se nos ha ido de las manos. Quien sea enemigo de mi amado Muhammad me tendrá a mí como enemigo. ¡Sabed que esto será así, hacer pues lo que podáis!” Los politeístas se levantaron y se fueron enfadados. Abû Tâlib reunió inmediatamente a los hijos de Hâshim y los hijos de Abdulmuttalib. Les informó de la situación y los convenció para que ayudasen a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Los brazos que intentasen matar al Rasûlullah serían cercenados. Decidieron unirse contra los politeístas. Abû Lahab fue el único que no se unió a ellos. Abû Tâlib les dijo: “¡Oh los valientes! ¡Ceñíos mañana vuestras espadas y seguidme!” Al día siguiente, Abû Tâlib fue a la casa de nuestro Maestro, el Profeta, y luego fueron juntos hacia el Haram-i Sharîf. Les seguían los jóvenes de los Banî Hâshim. Llegaron a la

Kâ'ba y se pusieron ante los politeístas. Abû Tâlib les dijo: "¡Oh comunidad de los Quraysh! Ha llegado a mis oídos que habéis decidido matar a mi sobrino. ¿Conocéis a estos jóvenes que con sus espadas esperan con impaciencia mi señal? ¡Juro que si matáis a Muhammad, no dejaré con vida a ninguno de vosotros!" Y a continuación comenzó a recitar poemas que alababan a nuestro amado Profeta. Los politeístas presentes se dispersaron, siendo Abû Ŷahl el primero en marcharse.

Tormento, tortura y crueldad

Cuando veían que estaba solo, los politeístas más notables de los Quraysh atacaban a nuestro Maestro, el Profeta, lo insultaban e incluso trataban de golpearle. Tampoco dudaban a la hora de torturar a los Ashâb de nuestro Profeta. Un cierto día, los notables entre los politeístas de los Quraysh estaban sentados al lado de la Kâ'ba-i sharîf. Comenzaron a hablar de nuestro Maestro, el Profeta, y dijeron sobre él: "Nunca hemos soportado nada como lo que tenemos que aguantar ahora con él. Dice que somos depravados, insulta y denigra a nuestros dioses, denuncia nuestra religión, separa nuestra comunidad y nosotros aguantamos todo con paciencia y en silencio". En ese momento, Habîb-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, vino a visitar la Kâ'ba. Besó la Haŷar-i aswad (una piedra situada en la pared de la Ka'ba, que tocaba y besaba el Profeta y tiene por ello gran valor) y comenzó a circunvalar la Kâ'ba. Cuando nuestro Profeta pasaba al lado de los politeístas, le insultaban con palabras malsonantes. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, se entristeció con esas palabras pero siguió la circunvalación sin decir nada. La tercera vez que pasó a su lado, se detuvo y dijo: **"¡Oh Quraysh! ¡Escuchadme! ¡Juro por Allahu ta'âlâ, que tiene mi nafs en Sus manos, que habéis sido informados que seréis maldecidos!"** Los politeístas quedaron asombrados y se sintieron en un aprieto. No podían decir palabra alguna. Abû Ŷahl fue el único que se acercó a nuestro Maestro, el Rasûlullah, y comenzó a suplicar diciendo: "¡Oh Abû'l Qâsim! Tú no eres un extranjero. No hagas caso de nuestra mala conducta y sigue con tu adoración. Tú no eres una persona ignorante, así que no te quedes con nosotros". Al oír esas palabras, Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, abandonó el lugar.

Al día siguiente, los politeístas se habían reunido en el mismo lugar. Empezaron a hablar contra nuestro Maestro, el Profeta. En ese momento llegó nuestro Maestro, el Rasûlullah. De repente, los politeístas atacaron al Amado de Allahu ta'âlâ. Ukba bin Mu'ayt, que eran uno de los más perversos del grupo, agarró el cuello bendecido de nuestro Profeta y apretó su garganta bendecida hasta que nuestro Profeta casi no podía respirar. En ese momento llegó Hadrat Abû Bakr que se metió entre la multitud para proteger al Rasûlullah al tiempo que gritaba: "¿Os atreveríais a matar a un hombre que dice Allah es mi Rabb? ¡Os ha traído versículos procedentes del Rabbâlamîn!" Entonces los politeístas dejaron al Habîbullah y atacaron a Abû Bakr-i Siddîq. Golpearon y patearon su cabeza bendecida. Un desgraciado del grupo, de nombre Utba bin Rabîa, golpeó el rostro bendecido de Hadrat Abû Bakr con sus zapatos. Hadrat Abû Bakr estaba cubierto de sangre. Era irreconocible. Si los Banî Taym no hubiesen llegado y logrado separarlos, lo habrían golpeado hasta matarlo. La gente de la tribu de Abû Bakr lo llevó a su casa en una pieza de tejido. Estaba exhausto y maltrecho. Volvieron a toda prisa a la Kâ'ba y dijeron: "Si Abû Bakr muere, juramos acabar con Utba!" Y luego fueron junto a Abû Bakr.

Hadrat Abû Bakr no pudo despertar hasta que pasó mucho tiempo. Su padre y la gente de los Banî Taym intentaron despertarlo una y otra vez. Al fin lo hizo por la tarde. Nada más abrir los ojos, pudo preguntar con voz ronca: "¿Qué hace el Rasûlullah? ¿En qué estado se encuentra? A él también lo insultaron". Dijeron a Umm-ul-Jayr, su madre: "Pregúntale si quiere beber o comer algo". Abû Bakr estaba demasiado débil. Ni siquiera quería comer o beber. Cuando la casa quedó vacía, su madre preguntó de nuevo: "¿Qué quieres comer o beber?" Abû Bakr abrió los ojos y preguntó. "¿Cómo está el Rasûlullah? ¿Qué está haciendo?" Su madre respondió: "¡Juro por Allah que no sé nada sobre tu amigo!" Hadrat Abû Bakr le dijo: "¡Ve a ver a la hija de Jattab, Ummu Ŷamîl, y pregúntale por el Rasûlullah!"

Ummu Ŷamîl era la hermana de 'Umar. Se había hecho musulmana. La madre de Hadrat Abû Bakr fue a ver a Ummu Ŷamîl y dijo: "Mi hijo, Abû Bakr, pregunta por Muhammad. ¿Cómo se encuentra?" Ummu Ŷamîl dijo: "¡No sé nada sobre cómo están Muhammad ni Abû Bakr! ¿Vamos juntas?" Cuando Umm-ul-Jayr dijo sí, se levantaron y fueron a ver a Hadrat Abû Bakr. Cuando Ummu Ŷamîl vio a Hadrat Abû Bakr Siddîq con tantas heridas, no pudo evitar el llanto

y dijo: “No hay duda de que la gente que te ha hecho esto es feroz y desmedida. ¡Pido a Allahu ta’âlâ que reciban un castigo por sus malas acciones!” Hadrat Abû Bakr preguntó a Ummu Ŷamîl, “¿Qué hace el Rasûlullah? ¿Cómo se encuentra?” Ummu Ŷamîl dijo: “Tu madre está aquí y se va a enterar de lo que diga”. Hadrat Abû Bakr dijo: “No te tocará ningún mal procedente de ella. No divulgará tu secreto” Ummu Ŷamîl dijo: “Está vivo. Su estado es bueno”. Abû Bakr preguntó otra vez: “¿Dónde está ahora?” Ummu Ŷamîl respondió: “Está en la casa de Arkâm”. Hadrat Abû Bakr dijo: “Juro por Allah que no he de comer o beber hasta que vea al Rasûlullah”. Su madre dijo: “¡Espera un poco hasta que todo el mundo esté dormido!” Cuando todos estaban dormidos y apenas había gente por las calles, Hadrat Abû Bakr, ayudado por su madre y Ummu Ŷamîl, fueron despacio a ver al Rasûlullah. Al verlo, besó a nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Nuestro Maestro, el Profeta, estaba triste por el estado de Abû Bakr. Hadrat Abû Bakr dijo: “¡O Rasûlullah! ¡Que sean sacrificados mis padres en tu nombre! A no ser por ese hombre iracundo que me ha reducido a un estado irreconocible, no tengo pena alguna. Esta mujer que está a mi lado es la que me trajo al mundo, mi madre Salmâ. Te suplico que ruegues por ella. Espero y confío en que, gracias a ti, Allahu ta’âlâ la salve del Fuego”. En ese momento, nuestro amado Profeta pidió a Allahu ta’âlâ que Salmâ se hiciera musulmana. La súplica de nuestro Maestro, el Rasûlullah, fue aceptada. Y así fue como Umm-ul-Jayr, recibió la guía y se convirtió al Islam, obteniendo el honor de pertenecer al grupo de los primeros musulmanes.

La casa de nuestro Maestro, el Profeta, estaba situada entre las casas de Abû Lahab y Ukba bin Mu’ayt, dos politeístas acérrimos. En cada oportunidad que tenían, intentaban atormentar a nuestro amado Profeta. Incluso por la noche, arrojaban entrañas de animales ante la puerta de nuestro Maestro, el Rasûlullah. A su tío Abû Lahab no le parecía suficiente y le tiraba piedras desde la casa de su vecino Adiyy. Su esposa, Ummu Ŷamil, no era menos cruel; solía arrojar ramas con espinos por donde caminaba el Rasûlullah para dañar sus pies bendecidos. Un día, Abû Lahab estaba echando ante la puerta del Rasûlullah la basura que había recogido. Hadrat Hamzâ le vio hacerlo. Empezó a correr, agarró a Abû Lahab y echó la basura sobre la cabeza de Abû Lahab.

Tras estos tormentos a manos de Abû Lahab y su esposa, se reveló la Sûra Tabbat, que está relacionada con ellos y empieza de la siguiente manera: **“¡Que se pierdan las manos de Abû Lahab! Y perdidas están…”.**

Cuando la esposa de Abû Lahab, Ummu Ŷamîl, se enteró de que había descendido una Sûra que hablaba de ellos, empezó a buscar al Rasûlullah. Cuando le dijeron que estaba en la Kâ’ba, cogió una piedra grande y se dirigió hacia allí. En ese momento, Hadrat Abû Bakr gozaba del honor de la compañía de nuestro Profeta. Cuando vio a Ummu Ŷamîl con la piedra en la mano, dijo: “¡Oh Rasûlullah! Se acerca Ummu Ŷamîl. Es una mujer muy perversa y me temo que quiere hacerte daño. Vete, por favor, para que no te atormente”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: “No puede verme”. Ummu Ŷamîl se detuvo ante Hadrat Abû Bakr y tras proferir una serie de groserías, dijo: “¡Oh Abû Bakr! ¡Dime dónde está ese amigo tuyo! He oído que ha criticado y ha hablado mal de mí y de mi marido. Si él es un poeta, mi marido y yo también somos poetas. Ahora yo también lo critico. No le obedecemos, no aceptamos su condición de Profeta y no nos gusta su religión. Y juro que si lo viese, le daría en la cabeza con esta piedra. Cuando Hadrat Abû Bakr dijo: “Mi Maestro no es un poeta y no te ha criticado”, Ummu Ŷamîl abandonó el lugar. Hadrat Abû Bakr se volvió hacia nuestro Maestro, el Profeta, y le preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Acaso no te ha visto?” Contestó: **“No me vio. Allahu ta’âlâ puso sus ojos en una condición que le impidieron verme”.**

Ummu Ghulzum, una de las hijas bendecidas de nuestro Maestro, el Profeta, estaba comprometida con ‘Utayba, el hijo de Abû Lahab; y Hadrat Ruqayya, otra hija de nuestro Maestro, el Profeta, estaba comprometida con Utba, el otro hijo de Abû Lahab. Pero todavía no se habían casado. Tras revelarse la Sûra Tabbat, donde se dice que Abû Lahab merecía el Fuego, su esposa y los notables de los notables de los Quraysh dijeron a Utba y ’Utayba: “Al comprometeros con sus hijas habéis aliviado su carga. Romped el compromiso para que tenga problemas. Escoged las jóvenes que queráis de los entre los Quraysh”. Aceptaron la propuesta y dijeron: “De acuerdo, hemos roto el compromiso”. El sinvergüenza llamado ’Utayba, traspasó todos los límites y fue a ver a nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, para insultarlo diciendo: “¡Oh Muhammad! No estoy contento contigo ni con tu religión y he roto el compromiso con tu hija. ¡Entre tú y yo ya no hay aprecio alguno! ¡Ni tampoco nos

visitaremos!” Luego atacó a nuestro amado Profeta y lo agarró por el cuello, le rompió la túnica y lo insultó. Tras este suceso, nuestro amado Profeta suplicó: **“¡Oh mi Rabb! ¡Haz que lo ataque una de tus bestias salvajes!”** Cuando el infausto ’Utayba fue y se lo contó a su padre, Abû Lahab dijo: “Temo la maldición de Muhammad sobre mi hijo”.

Unos días después, Abû Lahab envió a su hijo ’Utayba a Damasco para comerciar. La caravana se había detenido en un lugar llamado Zarka. Un león comenzó a merodear por el lugar. Cuando ’Utayba se enteró, dijo: “¡Ay qué pena! ¡Juro que la maldición de Muhammad ha sido aceptada! ¡Este león me va a comer! En todo caso, ¡él es mi asesino, incluso si está en Mecca!” Poco tiempo después, el león había desaparecido. Pero luego volvió por la noche. Olfateó a todos los integrantes de la caravana. Se acercó a ’Utayba, saltó sobre él, le rasgó el torso, agarró su cabeza y lo mató al morderle de gravedad. Cuando ’Utayba estaba muriendo, dijo: “¿Acaso no os dije que Muhammad es el más veraz de todos?” Cuando Abû Lahab se enteró que su hijo había sido despedazado por un león, lloró diciendo: “¿No os dije que temía la maldición de Muhammad contra mi hijo?”

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, seguía invitando a la gente a la bienaventuranza eterna y a salvarse del Fuego, pidiéndoles que creyeran en la existencia y la unidad de Allahu ta’âlâ. Pero los politeístas persistían en su idolatría diciendo: “Esta es la religión de nuestros padres”. Nuestro Maestro, el Profeta, les invitaba a vivir con dignidad, a ser honorables, evitar la bajeza y obtener grados elevados. No obstante, ellos se negaban con obstinación. Abû Lahab era el líder de los que le insultaban y atormentaban. Seguía siempre al Rasûlullah intentando convencer a la gente para que no le escucharan y sembrar la duda en sus mentes. Cada vez que nuestro Maestro, el Rasûlullah, hablaba en público diciendo: **“¡Oh gente! ¡Decir ‘Lâ ilâha illa’llâh’ para que podáis salvaros!”**, Abû Lahab seguía al Rasûlullah y decía: “¡Oh gente! ¡Esta persona que os ha hablado es mi sobrino! Cuidado con creer sus palabras. ¡Apartaos de él!”

Un día, Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaba haciendo una oración ritual en la Kâ'ba. Llegó un grupo de siete notables de los politeístas Quraysh y se sentaron cerca del Rasûlullah. Entre ellos estaban Abû Ŷahl, Shayba bin Rabîa, Utba bin Rabîa y Uqba bin Abî

Mu'ayt. Las entrañas de un camello que había sido sacrificado el día anterior, estaban esparcidas por el suelo. El villano Abû Ŷahl se volvió hacia sus amigos y propuso algo detestable diciendo: “¿Quién de vosotros pondría las tripas de ese camello sobre los hombros de Muhammad cuando esté en saŷda (postración en la oración ritual)?” Uqba bin Abî Mu'ayt, que era el más cruel, el más brutal, el más implacable y el más desgraciado de todos, se puso de pié de inmediato y dijo: “Yo lo haré”. Y puso las entrañas sobre los hombros bendecidos de nuestro Profeta cuando estaba en saŷda. Los politeístas, que miraban la escena con atención, rompieron a reír en carcajadas. Nuestro Maestro, el Profeta, prolongó la saŷda y no levantó la cabeza. En ese momento, Abdullah bin Mas’ûd, uno de los Ashâb-i kirâm, vio la escena. Narró el suceso de la siguiente manera: “Cuando vi al Rasûlullah en esas circunstancias, me enfadé mucho. Pero no tenía mi tribu conmigo para protegerme de los politeístas. Estaba solo y soy débil. Ni siquiera podía pronunciar palabra alguna. Estaba de pié mirando al Rasûlullah lleno de tristeza. Deseaba tener la fuerza o un grupo que me protegiese de los politeístas para quitar las entrañas del camello que habían puesto sobre los hombros bendecidos del Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Mientras esperaba algún tipo de ayuda, la hija del Rasûlullah, Hadrat Fâtima, había sido informada de la situación. En esos días Fâtima no era más que una niña, pero vino corriendo y arrojó lejos lo que estaba en los hombros de su padre. Maldijo y pronunció palabras muy duras contra los que habían hecho eso a su padre. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, completó su oración ritual como si no hubiese pasado nada y luego dijo tres veces: **‘¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a ese grupo de Quraysh** (para ser castigados)**! ¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a Abû Ŷahl Amr bin Hishâm! ¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a Uqba bin Rabîa! ¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a Shayba bin Rabîa! ¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a Uqba bin Mu'ayt! ¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a Umayya bin Halaf! ¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a Walîd bin Utba! ¡Oh Allah mío! ¡Dejo en Tus manos a Umâra bin Walîd!’** Cuando los politeístas oyeron esta maldición, dejaron de reír y empezaron a tener miedo. Sabían que las súplicas hechas en la Baytullah serían aceptadas. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo a Abû Ŷahl: **‘Juro por Allah que si no abandonas esta forma de actuar, Allahu ta’âlâ hará que te sobrevenga una catástrofe’.** Y sigue narrando Abdullah bin Mas’ûd: ‘Juro por Allahu ta’âlâ que, en la Batalla Santa de Badr, vi que cada uno de los

individuos mencionados por el Rasûlullah habían sido matados y llenaban las grietas del suelo de Badr, meros cadáveres malolientes bajo aquel terrible calor'".

Un día, Abû Ŷahl dijo a los politeístas de los Quraysh en la Baytullah: "¡Oh gente de los Quraysh! Podéis ver que Muhammad no duda a la hora de maldecir nuestra religión, hablar contra nuestros ídolos y contra nuestros padres que los han adorado, y decir que estamos locos. Juro ante todos vosotros que mañana traeré una piedra tan enorme que apenas podré llevarla, y golpearé con ella su cabeza cuando haga la saŷda en la oración ritual. Y tras eso ya no me importa que me protejáis o no ante los hijos de Abdulmuttalib. Una vez que lo haya matado, sus parientes podrán hacerme lo que quieran". Los politeístas le incitaron diciendo: "¡Con tal de que lo mates, juramos que te protegeremos y no tendrás que someterte ante nadie!"

A la mañana siguiente Abû Ŷahl llegó a la Kâ'ba llevando una piedra enorme. Se sentó con los politeístas y se pusieron a esperar. Como era su costumbre, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, llegó a la Baytullah y se puso a hacer su oración ritual. Abû Ŷahl se levantó y fue hacia el Rasûlullah para aplastarlo con la piedra. Todos los politeístas miraban excitados. Cuando Abû Ŷahl estaba cerca del Rasûlullah, empezó a temblar. La piedra se le cayó de las manos, su cara estaba muy pálida y retrocedió presa de un gran temor. Los politeístas se acercaron y le preguntaron: "¡Oh Amr bin Hishâm! ¿Qué te ha pasado?" Abû Ŷahl dijo: "Cuando levanté la piedra para matarlo, apareció ante mí un camello. Juro que jamás he visto ni oído un camello semejante en toda mi vida. Era muy alto y tenía dientes grandes y afilados. Si hubiese avanzado más, no hay duda de que me mataría".

De nuevo otro día Abû Ŷahl reunió a los politeístas y preguntó: "¿El huérfano de Abdullah hace la oración ritual y se frota la cara con la tierra que hay aquí?" Contestaron: "Sí". Sabiendo que lo dirían, Abû Ŷahl dijo: "Cuando lo vea haciéndolo, aplastaré su cabeza con mi pié". Un día, el Maestro de los Profetas estaba haciendo la oración ritual en la Kâ'ba. Abû Ŷahl estaba sentado con sus amigos. Se levantó y fue hacia el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. De repente, y cuando ya estaba muy cerca, comenzó a huir frotándose la cara. Los politeístas se

acercaron y le preguntaron: “¿Qué te ha pasado?” Abû Ŷahl dijo: “Un agujero lleno de fuego apareció ante mí. Y cuando vi a unas personas que venían a atacarme, regresé”.

Cada vez que los notables de los politeístas veían al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, como era el caso de Walîd bin Mugîra, Abû Ŷahl (Amr bin Hishâm), Aswad bin Muttalib, Umayya bin Halaf, Aswad bin Abdiyagwas, As bin Wâil y Jâris bin Qays, se burlaban de él diciendo: “Se cree que es un profeta y que Ŷabrâil ha venido a él”. Un día en el que Habîb-i akram estaba muy molesto por las palabras que decía, vino Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, trayéndole unas âyat-i karîma (versículos) que dicen: **“**(¡Oh Mi Rasûl!) **Ciertamente que los profetas antes de ti fueron objetos de burla. Pero los que se mofaban fueron constreñidos con tormentos y pesares”.** (Sûra-ul An’âm: 10)

“En verdad que Nosotros nos bastamos para enfrentarnos a los que se burlaban de ti. Esos son los que ponen a otro dios por delante de Allahu ta’âlâ. Pero pronto sabrán (lo que les va a suceder)**. Y de sobra sabemos que tu pecho se siente oprimido por lo que dicen** (su politeísmo, las calumnias contra el Qur’ân-i karîm y las burlas en contra tuya)”. (Sûra-ul Hiŷr: 95-97).

Un día en el que el Sultán de los mundos circunvalaba la Kâ’ba, vino Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, y le dijo: **“Se me ha ordenado destruirlos** (a los que se burlaban del Profeta)**”.** Poco tiempo después, Walîd bin Mugîra pasó por ese lugar. Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, preguntó a nuestro Profeta: “¿Cómo es ese hombre que acaba de pasar?” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: “Es uno de los esclavos de Allahu ta’âlâ más nocivos”. Al oír eso, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, señaló hacia la pierna de Walîd y dijo: “¡Lo he destruido!” Al poco rato, pasó As bin Wâil. El ángel preguntó y al obtener la misma respuesta, señaló hacia su estómago y luego dijo: “¡A él también lo he destruido!” Cuando pasaba Aswad bin Muttalib señaló hacia sus ojos, y cuando lo hizo Abdiyagwas, señaló hacia su cabeza. Cuando por último pasó Jâris ibn Qays, señaló hacia su estómago. Y entonces Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo: “¡Oh Muhammad! Allahu ta’âlâ te ha salvado del mal que proviene de ellos. Dentro de poco tiempo, cada uno de ellos sufrirá una calamidad”.

Una espina se clavó en el pié de As bin Wâil. A pesar de preparar muchas medicinas no pudieron curarlo. Al final, su pié se hinchó como el cuello de un camello y murió gritando: “El Muhammad de Allah me ha matado”. Aswad bin Muttalib quedó ciego. Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, acabó con su vida haciendo que golpease su cabeza contra un árbol. Cuando estaba en un lugar llamado Bâd-i samûm, la cara y el cuerpo de Aswad bin Abdiyag se pusieron de color negro. Cuando regresó a su casa, su familia no le reconoció y lo echó. Dominado por la pena, murió golpeando la cabeza contra la puerta de su casa. Jâris bin Qays había comido pescado en salazón. Comenzó a tener mucha sed. A pesar de beber mucha agua no podía saciar la sed y murió reventado. Un trozo de hierro punzó la pantorrilla de Walîd bin Mugîra. La herida no se curaba. Perdió mucha sangre y murió gritando: “El Muhammad de Allah me ha matado”. Así fue cómo cada uno de ellos recibió su merecido. Y además, se declaró en âyat-i karîma que los politeístas permanecerán en el Fuego para siempre.

Un día, nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se encontró con Abu’l-As. Cuando se separaron, Hakam (Abu’l-As), se burló del Rasûlullah haciendo muecas y haciendo contorsiones con la boca, la cara y el cuerpo. El Rasûl-i Akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, gracias a la luz de su condición profética, vio lo que hacía y suplicó que se quedara en ese estado. El cuerpo de Hakam comenzó a temblar y los temblores permanecieron hasta el final de su vida.

Los Ashâb al-Kirâm son torturados

Los politeístas no solo atormentaban a nuestro Maestro, el Profeta, sino que también acosaban a sus gloriosos Compañeros. Preferían ensañarse con los débiles e indefensos, sometiéndolos a presiones y crueldades sin tener el menor reparo. Uno de los atormentados fue Bilâl-i Habashî, el esclavo de un politeísta llamado Umayya bin Halaf. Hadrat Bilâl se había hecho musulmán con Abû Bakr as Siddîq. Entre los doce esclavos que tenía, Bilâl era el preferido de Umayya y le había nombrado guardia de un santuario de ídolos. Cuando Hadrat Bilâl se hizo musulmán colocó todos los ídolos en saŷda (postración). Cuando Umayya se enteró quedó asombrado. Le hizo venir y le dijo: “Te has hecho musulmán. Estás haciendo saŷda ante el Rabb de Muhammad, ¿no es cierto?” Hadrat Bilal contestó: “Sí, me postro ante

Allahu ta’âlâ, el Grande, el Todopoderoso”. Cuando Umayya recibió esta respuesta, que aborrecía, comenzó a atormentarlo de forma inmediata. Al mediodía, cuando el sol estaba en su cénit, lo desnudaba y ponía piedras muy calentadas por el sol sobre su cuerpo desnudo. Hacía que se tumbase de espaldas encima un montón de piedras y, poniendo algunas sobre su estómago, le decía: “¡Abandona el Islam! Cree en los ídolos de Lât y Uzzâ”. A pesar de todo, Hadrat Bilâl proclamaba su fe una y otra vez diciendo: "¡Allahu ta’âlâ es uno! ¡Allahu ta’âlâ es uno!"

Cuando Umayya bin Halaf veía la paciencia que tenía Hadrat Bilâl, se enfadaba mucho y lo injuriaba y torturaba restregando espinos por todo su cuerpo. Sin prestar atención a la sangre que emanaba de su cuerpo, Bilâl decía: “¡Oh Allah mío! ¡Acepto lo que viene de Tí! “¡Oh Allah mío! ¡Acepto lo que viene de Tí!”, y seguía aferrado a su creencia.

Hadrat Bilâl contaba su situación de esta manera: “El pérfido Umayya me tenía atado durante el calor del día y me atormentaba por la noche. Un día hacía mucho calor y, como siempre, empezó a atormentarme. Cada vez que me ordenaba ‘¡adora a nuestros ídolos! ¡Niega el Allah de Muhammad, niégalo, niégalo!’ para obligarme a renunciar mi religión, yo decía: ‘¡Allah es Uno! ¡Allah es Uno!’ Llevado por la ira, Umayya puso una roca enorme sobre mi pecho. En ese momento me desmayé. Cuando volví en mí, vi que la roca había sido apartada y el sol estaba oculto por unas nubes. Di las gracias a Allahu ta’âlâ y me dije a mí mismo: “¡Oh Bilâl! Todo lo que procede del Ŷanâb-i Haqq es hermoso y agradable”.

Umayya bin Halaf había hecho salir una vez más a Bilâl-i Habashî para torturarlo. Le quitó la ropa y, dejando solo una prenda de ropa interior, le obligó a tumbarse al sol, sobre la arena caliente, y luego puso piedras encima. Los politeístas formaron un grupo y le atormentaron sin descanso. Le decían: “Si no abandonas tu religión, te mataremos”. A pesar de lo insoportable de las torturas, Hadrat Bilâl repetía una y otra vez: "¡Allah es uno! ¡Allah es uno!" En ese momento pasó por allí nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Cuando vio el estado de Bilâl-i Habashî, se entristeció mucho y dijo: **“Decir el nombre de Allahu ta’âlâ te salvará”**.

Al poco tiempo de regresar a su casa, llegó Hadrat Abû Bakr. Nuestro amado Profeta contó a Abû Bakr los tormentos que sufría Bilâl-i Habashi y luego añadió: **“Me ha llenado de tristeza”**. Hadrat Abû Bakr fue inmediatamente a la casa de Umayya bin Halaf. Dijo a los politeístas: “¿Qué vais a ganar haciendo esto a Bilâl? Venderme ese esclavo”. Dijeron: “No te lo venderíamos por todo el oro del mundo. Sin embargo, te lo cambiamos por tu esclavo Âmir”. Âmir, el esclavo de Hadrat Abû Bakr, solía encargarse de sus asuntos comerciales y le hacía ganar mucho dinero. Además de sus propiedades personales, tenía diez mil monedas de oro. Ayudaba a Hadrat Abû Bakr y se encargaba de sus propios negocios. Sin embargo, era un incrédulo obstinado. Hadrat Abû Bakr dijo: “Os doy a Âmir con todas sus propiedades y dinero a cambio de Bilâl”. Umayya bin Halaf y los demás politeístas se alegraron mucho. Dijeron: “Hemos engañado a Abû Bakr”.

Hadrat Abû Bakr quitó de inmediato las piedras que oprimían a Bilâl-i Habashî y le ayudó a levantarse. Bilâl-i Habashî estaba muy débil por las torturas sufridas. Tomándole de la mano, Hadrat Abû Bakr lo llevó directamente a la presencia de nuestro amado Profeta y dijo: “¡Oh Rasûlullah! Hoy he liberado a Bilâl en el nombre de Allah”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah se puso muy contento e hizo muchas súplicas por Abû Bakr. En ese preciso instante, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, trajo las âyat-i karîma 17 y 18 de la Sûra Layl en las que se declara que Abû Bakr estará a salvo del Fuego. Estas âyat-i karîma dice: **“Aquél** (como Hadrat Abû Bakr) **que es muy piadoso** (que evita el politeísmo y las transgresiones) **y entrega sus bienes por razones caritativas para ser puro a los ojos de Allahu ta’âlâ** (y para obtener las bendiciones que promete Allahu ta’âlâ)**, estará a salvo** (del Fuego)**”**.

Hadrat Jabbâb bin Arat fue una de las personas torturadas para obligarle a renunciar a su religión. Hadrat Jabbâb tampoco tenía parientes o amigos. Era el esclavo de una mujer politeísta que se llamaba Ummu Anmâr. Al no tener parientes que lo protegieran, los politeístas formaban un grupo, le quitaban la ropa y aguijoneaban su cuerpo con espinos. A veces le ponían una armadura de hierro sobre el cuerpo desnudo y lo exponían al sol durante largo rato. También ponían sobre su cuerpo desnudo piedras que calentaban al sol o en el fuego; y le decían: “¡Abandona tu religión. Adora a Lât y Uzzâ!” Jabbâb se aferraba a su creencia y se resistía diciendo: “Lâ ilâha illa’llâh, Muhammadun Rasûl-Allâh”.

Un día los politeístas se reunieron e hicieron una hoguera en la plaza del pueblo. Ataron a Hadrat Jabbâb y lo llevaron allí. Lo desnudaron y le obligaron a inclinarse sobre el fuego. O abandonaba su religión o le arrojarían a la hoguera. Hadrat Jabbâb, que estaba siendo obligado a estar casi sobre el fuego, suplicó: “¡Oh mi Allah! Tú ves mi estado, Tú conoces mi situación. Establece con firmeza la creencia en mi corazón y dame mucha paciencia” Uno de los politeístas puso el pié sobre el pecho de Hadrat Jabbâb. Pero sin embargo, no sabían que Allahu ta’âlâ protege a los creyentes.

Años más tarde, cuando preguntaban a Jabbâb sobre lo ocurrido, se descubría la espalda, enseñaba las heridas y decía: “Hicieron un fuego para mí y luego me arrojaron a él. Lo que no esperaban es que mi carne lo apagase”.

Mientras torturaban a Hadrat Jabbâb de esta manera, su ama, Ummu Anmâr, solía calentar en el fuego una barra de hierro que luego le ponía en la cabeza. Jabbâb soportó todos los dolores en el nombre de su religión, no aceptó lo que le ofrecían y no abandonó su fe.

Un día Hadrat Jabbâb fue a visitar a nuestro amado Profeta y le dijo: “¡Oh Rasûlullah! Cada vez que me ven los politeístas me queman con fuego. En la casa, mi ama, Ummu Anmâr, me quema la cabeza con una barra de hierro al rojo. ¡Te ruego que pidas por mí!” Y procedió a mostrar sus heridas de la espalda y la cabeza. Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se apiadó mucho de él; apenas podía soportar los tormentos sufridos por Hadrat Jabbâb por no querer abandonar su religión y suplicó: **“¡Oh mi Rabb! ¡Ayuda a Jabbâb!”** Ŷanâb-i Haqq aceptó la súplica de Su Mensajero y al instante hizo que Ummu Anmâr tuviese un terrible dolor de cabeza. Ummu Anmâr se quejaba toda la noche por el intenso dolor. Le dijeron que para curarse, tenía que aplicar a la cabeza un hierro calentado al fuego. El final de la historia es que llamó a Jabbâb, le ordenó que calentara en el fuego la barra de hierro y la pusiera en su cabeza... Ahora era Hadrat Jabbâb el que quemaba la cabeza de su ama con la barra de hierro…

En los primeros días del Islam, los politeístas no se preocupaban por alguien como Jabbâb bin Arat. Pero como el número de musulmanes aumentaba cada día, tuvieron que tomar el

asunto más en serio. Aumentaron los tormentos que infligían a Hadrat Jabbâb, le golpearon, hirieron y torturaron en gran medida.

A pesar de todo, Hadrat Jabbâb no transigía con respecto a su fe. Pero las torturas y los tormentos ya eran insoportables. Al contar lo que ocurría al Maestro de los mundos, le pidió: "¡Oh Rasûlullah! ¿Podrías hacer una súplica para librarme de las torturas que estoy padeciendo?" Al oírlo, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Entre las comunidades que hubo antes de ti, había gente que no apostataba aunque sus pieles y sus carnes fuesen escoriadas con peines de hierro. Los dividían en dos partes con una sierra, de la cabeza a los pies, y aún así no apostataban. No hay duda de que Allahu ta'âlâ perfeccionará esto** (el Islam)**. Hará que sea superior a las demás religiones. Hasta tal punto, que un hombre que viaje solo en su montura desde Jadramût hasta San'a no temerá a nadie excepto a Allahu ta'âlâ, y no le preocupará cosa alguna excepto que un lobo ataque su rebaño de ovejas. Pero tú, tú te has anticipado".** E hizo una súplica mientras le daba palmadas en la espalda. Estas hermosas palabras del Rasûlullah, que son la cura y la medicina de las almas, habían aliviado los sufrimientos de Jabbâb.

Âs bin Wâil, un politeísta despiadado, debía una considerable cantidad de dinero a Hadrat Jabbâb. Este fue a reclamársela, pero Âs bin Wâil dijo: "A no ser que renuncies a Muhammad, no te daré lo que se te debe". Hadrat Jabbâb dijo: "Juro por Allah que no puedo negar ni rechazar a mi Profeta, ni en esta vida ni cuando resucite de la tumba tras la muerte. Todo lo abandono; lo que no puedo hacer es renunciar a él". Al oírle decir esas palabras, Âs bin Wâil dijo: "¿Vamos a resucitar después de la muerte? Si eso es cierto, allí estarán mis bienes y mis hijos. Ese día pagaré lo que te debo".

Tras esas palabras de Âs bin Wâil, Allahu ta'âlâ hizo descender las âyat-i karîma 77 a 79 de la Sûra de Maryam del Qur'ân al-karîm, que dicen: **"**(¡Oh amado Mío!) **¿Acaso no has visto a ese hombre** (Âs ibn-i Wâil) **que niega Nuestras âyats y dice:** 'se me darán mis bienes y mis hijos (en la Otra Vida) sin duda alguna'**? ¿Es que se ha familiarizado con el ghayb** (lo desconocido) **o ha obtenido una promesa en la presencia del Rahmân? ¡No, eso no es verdad!**

Escribiremos lo que ha dicho, (basados en esto le pediremos cuentas el Día del Juicio) **e incrementaremos su castigo cada vez más".**

La tortura hasta el desmayo…

En lo que respecta a la tortura, los politeístas no hacían diferencias entre hombres y mujeres. Una de las primeras musulmanas, la Señora Zinnîra, era una esclava que no tenía protector alguno. Los politeístas, que se habían enterado de su conversión al Islam, no dudaron a la hora de torturarla. Solían estrangularla hasta que no podía respirar y se desmayaba. Se le obligó a adorar los ídolos llamados Lât y Uzzâ. Pero a pesar de todo, ella no les obedecía ni abandonaba su fe. Abû Ŷahl era uno de los que más se ensañaba con ella. El resultado fue que se quedó ciega. Un día Abû Ŷahl le dijo: "¡Has visto! Lât y Uzzâ te han cegado". Reafirmando su creencia, la Señora Zinnîra dijo: "¡Oh Abû Ŷahl! Juro por Allah que tus palabras no son verdad. Los ídolos a los que llamas Lât y Uzzâ no sirven para nada. Ni siquiera saben quiénes los adoran. En lo que no hay duda, es que mi Rabb puede devolver la luz a mis ojos y hacer que regrese a mi estado original".

Abû Ŷahl estaba asombrado por la firmeza inquebrantable de la fe de Hadrat Zinnîra. Allahu ta'âlâ había aceptado la súplica de Zinnîra y ahora podía ver mejor que antes. A pesar de que Abû Ŷahl y los politeístas de los Quraysh se dieron cuenta de ello, eran obstinados y no creían en el Islam. Llegaron incluso a decir: "¡Esta es otra magia de su Profeta! ¿No os maravillan los idiotas que siguen el camino de Muhammad? Si su camino fuese real y beneficioso, le obedeceríamos delante de todo el mundo. ¿Es que una esclava ha descubierto la verdad antes que nosotros?"

En esta situación Allahu ta'âlâ envió el âyat-i karîma 11 de la Sûra-al Ahqâf que declara: **"Esos incrédulos que dijeron a propósito de los creyentes: 'Si hubiese habido una bendición en ello** (en el Islam), (los pobres) **no se nos habrían adelantado'. Y como no han sido guiados, dicen: Esto es una vieja patraña.** (Para negar el Qur'ân al-karîm)**".**

Dâr-ul-Arkâm

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaba muy apenado por las persecuciones y torturas a las que estaban sometidos sus Compañeros a manos de los politeístas. Era necesario encontrar un lugar seguro para difundir y aprender el Islam. Nuestro Maestro eligió la casa de Hadrat Arkâm para esta sagrada tarea. Esta casa estaba situada al este de la colina de Safâ, en un callejón y un terreno más elevado. Desde la casa era fácil ver la Kâ’ba-i muazzama. Las puertas de entrada y salida estaban bien situadas para poder controlar a los que pasaban. Además, Hadrat Arkâm era uno de los personajes notables de Mecca y una persona de posición social elevada. Nuestro Maestro, Habîb-i akram, enseñaba el Islam a sus Compañeros en esa casa. Los que luego serían nuevos musulmanes venían a la casa, gozaban del honor de aceptar el Islam y de la bendición de oír las palabras de nuestro Profeta que son una cura para los corazones. Escuchaban a nuestro Maestro, el Profeta, con tal atención, que parecía que se hubiesen posado pájaros sobre sus cabezas, y si decían una palabra saldrían volando. Sus dichos bendecidos los memorizaban sin perder palabra alguna, como si los masticaran para luego digerirlos. Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, reservaba sus días para la casa de Arkâm y se dedicaba a enseñar a sus Compañeros desde la mañana hasta la noche. Esta casa fue el primer cuartel general de los musulmanes. Era “Dâr-ul Islam”. Los primeros musulmanes se reunían en ella para protegerse de las acciones perversas de los politeístas.

Ammâr bin Yâsar narra lo siguiente: “Quería ir a la Dâr-ul-Arkâm, para ver al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y hacerme musulmán. En la puerta me encontré con Hadrat Suhayb. Cuando le pregunté: “¿qué estás haciendo aquí?”, me respondió con mi misma pregunta. Dije yo: “Quiero estar en presencia de Hadrat Muhammad, escuchar sus palabras y hacerme musulmán”. Dijo él: “Yo he venido por la misma razón”. Entramos juntos y nos sentamos en su honorable y elevada presencia, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Nos habló del Islam. Nos hicimos musulmanes".

Ammâr fue uno de los muŷâhids que no dudó a la hora de proclamar su condición de musulmán. Era capaz de soportar los tormentos más terribles con tal de no renunciar a su religión. Cuando veían que estaba solo, los politeístas lo llevaban a las rocas de Mecca, a un lugar llamado Ramda; lo desnudaban y le ponían una armadura de hierro que le cubría todo el

torso. Luego lo ponían bajo el sol ardiente y lo torturaban. A veces, le quemaban la espalda y le hacían soportar tormentos prolongados. Cada vez que lo hacían, le ordenaban: “¡Niégalo! ¡Niégalo! ¡Adora a Lât y Uzzâ y serás libre!” Hadrat Ammâr respondía a estos tormentos insufribles diciendo: “Mi Rabb es Allah y mi Profeta es Muhammad”. Los politeístas se enfadaban mucho y le ponían piedras calientes sobre el pecho. En ocasiones le arrojaban a un pozo tratando de ahogarlo. Un día, Ammâr bin Yâsar tuvo el honor de estar en presencia de nuestro amado Profeta. Dijo: “¡Oh Rasûlullah! Los tormentos que me hacen sufrir los politeístas han llegado a extremos insoportables”. Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se entristeció por el estado de Hadrat Ammâr y dijo: **“¡Sé paciente, oh padre de Yahzân!”** Y luego suplicó: **“¡Oh Señor mío! ¡No permitas que ningún miembro de la familia de Ammâr sufra los tormentos del Fuego!”**

Primer mártir

El padre de Hadrat Ammâr, Yâsar, su madre Sumayya y su hermano Abdullah se habían hecho musulmanes. Los politeístas los torturaban más de lo que habían torturado a Hadrat Ammâr. Durante la tortura, querían que dijesen las palabras de la incredulidad, pero ellos respondían: “Aunque nos arranquéis la piel y aunque nos cortéis la carne a pedazos, jamás os escucharemos”; y luego añadían: “Lâ ilâha illa’llâh, Muhammadun Rasûlullah”. Un día, en un lugar llamado Bazâ, donde la familia Yâsar estaba siendo atormentada, pasó nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Se entristeció mucho al ver los tormentos que sufrían sus Compañeros. Cuando Hadrat Yâsar preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Estarán nuestras vidas llenas de tormentos?” Nuestro Maestro respondió: **“¡Sed pacientes, oh familia de Yâsar! ¡Alegraos, oh familia de Yâsar! Ciertamente, el lugar de vuestra recompensa será el Paraíso”.**

En otra ocasión, los politeístas de Mecca estaban torturando con fuego a Ammâr. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, honró con su presencia ese lugar. Dijo: **“¡Oh fuego! ¡Sé frío y seguro para Ammâr lo mismo que lo fuiste con Ibrâhim** (Abraham, ’alaihis-salâm)**!”** Más tarde, cuando Ammâr descubrió la espalda, se podían ver las cicatrices que produjo el fuego. Esas marcas eran anteriores a la súplica del Rasûlullah.

Otro día en el que estaban atormentando a la familia de Yâsar, lanzaron flechas contra Hadrat Yâsar y su hijo Hadrat Abdullah. Abû Ŷahl había atado con una cuerda los pies bendecidos de Hadrat Sumayya. Luego ató dos camellos a los extremos de la cuerda e hizo que avanzaran en direcciones opuestas hasta que Hadrat Sumayya quedó descoyuntada. Así es como la convirtió en mártir. Nuestro Maestro, el Profeta, y sus Compañeros se entristecieron sobremanera cuando oyeron cómo el cruel, despiadado e inmisericorde Abû Ŷahl, y los demás politeístas, habían martirizado y atormentado a la familia Yâsar. Este suceso hizo que los Compañeros se unieran todavía más.

Cuando tenían que hacer las oraciones rituales, los Ashâb-i Kirâm solían ir a un lugar apartado y hacerlas en secreto. Un día, Sa'd bin Abî Wakkas, Sa'îd bin Zayd, Abdullah bin Mas'ûd, Ammâr bin Yâsar y Jabbâb bin Arat estaban haciendo la oración ritual en un lugar llamado Abû Dub, un valle de Mecca. Mientras tanto, Ahnas bin Sharîk y otros politeístas que los habían seguido, se presentaron y empezaron a burlarse de sus actos de adoración y a hablar mal de ellos. Hadrat Sa'd bin Abî Wakkas y sus compañeros no pudieron soportarlo y atacaron a los politeístas. Hadrat Sa'd encontró un hueso de camello y, armado de esa guisa, golpeó la cabeza de uno de los politeístas y derramó su sangre. Llenos de miedo, los politeístas huyeron. Esta fue la primera vez que los musulmanes derramaron la sangre de los infieles.

Conversión al Islam de Abû Zarr-il-Ghifâri

Uno tras otro, los que habían obtenido la guía y la luz del Islam las difundieron desde Mecca y empezaron a iluminar el mundo.

Ante las noticias del nacimiento del Islam y su difusión, los politeístas intentaron varios métodos para impedirlo. Estas noticias llegaron a la tribu de los Banî Ghifâr. Cuando Abû Zarr-il-Ghifâri las oyó, envió a Mecca a su hermano Unays para que se enterase de lo que ocurría. Unays fue a Mecca y estuvo en presencia de nuestro Maestro, el Profeta. Quedó admirado con él y regresó a su hogar. Su hermano, Hadrat Abû Zarr, le preguntó: "¿Qué noticias traes?" Contestó Unays: "¡Oh señor nuestro! Juro por Allahu ta'âlâ que he visto a una persona muy encumbrada que ordena el bien y prohíbe el mal". Cuando Abû Zarr-il-Ghifâri preguntó: "¿Qué

dice la gente de esa persona?" Unays, que era uno de los poetas más conocidos de su época, contestó: "Dicen que es un poeta, un adivino o un mago. No obstante, sus palabras no son como las de los adivinos o los magos. Y además las he comparado con todo tipo de poema de los poetas, y tampoco se parecen. Esas palabras únicas no se pueden comparar con las de persona alguna. Juro por Allah que esa persona está diciendo la verdad, transmitiendo la verdad. Los que no le creen son mentirosos y gente de conducta desviada".

Al oír estas noticias, Abî Zarr-il-Ghifâri decidió ir a Mecca, visitar a nuestro Maestro, el Profeta, y hacerse musulmán. Aprovisionándose con algunos alimentos y ayudado con un bastón, partió hacia Mecca lleno de entusiasmo. Cuando llegó, no dijo a nadie lo que quería hacer; sabía que los politeístas consideraban a nuestro Maestro, el Profeta, y a los nuevos musulmanes, como enemigos y aumentaban sus tormentos cada día. En sus torturas, se cebaban especialmente con los que eran forasteros y no tenían quienes les ayudasen. Abû Zarr no conocía a nadie en Mecca. Era un extranjero. En consecuencia, no preguntó nada a nadie. Cuando estuvo cerca de la Kâ'ba, esperó la oportunidad de ver al Rasûlullah mientras buscaba alguna pista que indicara dónde podía encontrase.

Por la tarde, se sentó en la esquina de una calle. Hadrat Ali vio a Abû Zarr y se dio cuenta de que era un forastero. Decidió invitarlo a su casa. Como Hadrat Ali no le preguntó sobre él o su razón de estar allí, Abû Zarr no reveló su secreto. A la mañana siguiente fue de nuevo a la Kâ'ba. A pesar de estar por la zona hasta bien entrada la tarde, no consiguió lo que deseaba. Decidió sentarse en el mismo lugar del día anterior. Esa noche, Hadrat Ali volvió a pasar por ese lugar. Al verlo pensó: "Este pobre hombre todavía no sabe dónde está su casa", y se lo llevó otra vez consigo. Por la mañana, Abû Zarr fue de nuevo al Baytullah y se sentó. Hadrat Ali lo invitó a su casa otra vez. Esta vez le preguntó por qué había venido y sobre su lugar de procedencia. Hadrat Abû Zarr dijo: "Te lo diré si me das la promesa absoluta de decir la verdad". Cuando Hadrat Ali contestó: "Dímelo, no contaré a nadie tu secreto". Abû Zarr-il-Ghifârî dijo: "He oído decir que aquí ha aparecido un profeta. He venido para hablar con él y estar en su presencia". Hadrat Ali dijo: "Has encontrado la verdad y has hecho una cosa muy sensata. Justamente ahora, ¡yo voy a visitar a esa persona! Sígueme y entra en la casa en la que yo voy a entrar. Si veo que en el camino hay alguien que puede hacerte daño, haré como

que me pongo bien el calzado. En ese caso, no me esperes, sigue andando y pasa a mi lado como si no me conocieras”.

Abû Zarr-il Ghifâri siguió a Hadrat Ali. Y por fin disfrutó del honor de ver el rostro bendecido de nuestro Profeta. Y lo saludó diciendo: “As salâmu alaykum”. En el Islam, este saludo fue el primer salâm y Abû Zarr-il Ghifâri fue la primera persona que lo hizo. Nuestro Maestro, el Profeta, devolvió su salâm y dijo: **“Y sea contigo la misericordia de Allahu ta’âlâ”.** Cuando nuestro Maestro, el Profeta, le preguntó: **“¿Quién eres?”**, respondió: “Soy de la tribu de los Ghifâr”. Nuestro Profeta preguntó: **“¿Cuánto tiempo has estado aquí?”** Contestó: “He estado aquí tres días y tres noches”. **“¿Quién te ha dado de comer?”** “No pude encontrar comida ni bebida excepto el agua de Zamzam. Pero al beberla, no sentí hambre ni sed”. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Zamzam está bendecida. Sacia al que está hambriento”**. Luego, Abû Zarr-il Ghifârî dijo a nuestro Maestro, el Profeta: “Háblame del Islam”. Nuestro Maestro, el Profeta, le recitó la Kalima-i Shahâdat. Abû Zarr la repitió, tuvo el honor de entrar en el Islam y pasó a ser uno de los primeros musulmanes".

Una vez hecho musulmán, Hadrat Abû-Zarr-il-Ghifârî dijo a nuestro Profeta: “¡Oh Rasûlullah! Juro por Ŷanâb-i-Haqq que te ha enviado como Profeta verdadero, que esto lo voy a proclamar abiertamente entre los politeístas”. Se acercó a la Kâ’ba y dijo en voz alta: “¡Oh comunidad de los Quraysh! Ash-hadu an lâ ilâha illa’llâh wa ashhadu anna Muhammadan abduhu wa rasûluh (Creo, y lo sé como si lo hubiera visto, que no hay más dios que Allahu ta’âlâ, Cuya existencia es necesaria y que es digno de adoración y obediencia. Creo, y lo sé como si lo hubiera visto, que Muhammad es el siervo y el Profeta de Allahu ta’âlâ)”. Al oírlo, los politeístas le atacaron con rapidez. Le golpearon con piedras, palos y huesos hasta que derramaron su sangre. Cuando Hadrat Abbâs vio lo que pasaba, dijo: "¡Dejad en paz a este hombre, vais a matarlo! Pertenece a una tribu que está asentada en el camino por el que pasan vuestras caravanas comerciales. ¿Cómo volveréis a pasar por ahí?” Y con estas palabras salvó a Hadrat Abû Zarr de los politeístas. Abû Zarr estaba muy feliz, disfrutando con el honor de haberse hecho musulmán. Al día siguiente, al lado de la Kâ’ba, recitó de nuevo en voz alta la Kalima-i shahâdat. Los politeístas le golpearon. Cayó al suelo. Y una vez más Hadrat Abbâs apareció y lo salvó de los politeístas.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, ordenó a Hadrat Abû Zarr-il-Ghifârî que regresara a su lugar de procedencia y difundiese el Islam. Al oír la orden, regresó a su tribu y les habló de la unidad de Allahu ta’âlâ y les dijo que Muhammad era Su Profeta. Les dijo que esa información era correcta y verídica; los ídolos que adoraban eran falsos, vacuos y carentes de sentido. Algunos de los que estaban escuchando entre la multitud comenzaron a refutar sus palabras. En ese momento Haffâf, el jefe de la tribu, hizo callar a los que gritaban y dijo: “Basta ya; veamos y escuchemos lo que tiene que decir”. Entonces, Hadrat Abû Zarr-il-Ghifârî siguió diciendo:

> “Un día, antes de hacerme musulmán, fui ante el ídolo Nuham y puse un poco de leche ante él. De repente vi que se acercaba un perro que se bebió la leche y orinó en el ídolo. Me di cuenta inmediatamente de que el ídolo no tenía poder alguno para evitarlo. ¿Cómo se puede adorar un ídolo que incluso es insultado por un perro? ¿Acaso no es una locura? Esto es lo que adoráis”. Los que estaban presentes agacharon la cabeza. Y uno dijo: “Está bien; ¿y de qué habla este profeta que has mencionado? ¿Qué te ha hecho pensar que dice la verdad?” Hadrat Abû Zarr dijo en voz muy alta: “Dice que Allahu ta’âlâ es uno, que no hay más dios que Allah. Dice que Allah es Quien ha creado todo y a Quien todo pertenece. Llama a la gente a creer en Él. Llama a la gente a tener buena conducta y a ayudarse unos a otros. Denuncia la monstruosidad de enterrar vivas a las hijas y la perversión que contienen las malas acciones, las injusticias y las crueldades que hacemos. Pide que evitemos hacer todas esas cosas”.

Les informó del Islam con todo detalle. Enumeró las malas prácticas de la tribu y luego habló de los daños y las aberraciones que contienen esas acciones incorrectas. Muchos de los presentes, incluido el jefe Haffâf y su propio hermano Unays, se hicieron musulmanes.

Recitando el Qur’ân al-karîm junto a la Kâ’ba

Un día, los Ashâb-i Kirâm se reunieron en un lugar apartado y conversaron entre ellos. Dijeron: “Juramos por Allah que nadie, excepto el Rasûlullah, puede hacer que los politeístas de los Quraysh escuchen el Qur’an al-karîm. ¿Hay que quiera recitar y hacerles escuchar el

Qur’ân al-karîm con claridad?” Estaba presente Hadrat Abdullah bin Mas’ûd, que dijo: “¡Yo haré que lo escuchen!” Algunos Ashâb dijeron: “¡Oh Abdullah! Mucho nos tenemos que los politeístas te hagan daño. Queremos a alguien que tenga una gente y una tribu que le protejan contra los politeístas si fuera necesario”. Hadrat Abdullah bin Mas’ûd insistió diciendo: "Dadme permiso para hacerlo. Ŷanâb-i-Haqq me protegerá”.

Al día siguiente, antes del mediodía, llegó al lugar que se llama Maqâm-i Ibrâhim (la estación de Abraham). Los politeístas estaban allí reunidos. Ibn-i Mas’ûd, se puso de pié, dijo la Basmala-i Sharîfa y empezó a recitar la Sûra ar-Rahmân. Los politeístas se preguntaban entre sí: “¿Qué está diciendo el hijo de Ummu Abd? Es posible que esté recitando las palabras que ha traído Muhammad”. Lo atacaron. Dándole puñetazos, bofetadas y patadas lo hicieron casi irreconocible. Y no obstante, Hadrat Abdullah bin Mas’ûd siguió recitando durante el ataque. Luego volvió a donde estaban los Ashâb-i Kirâm lleno de heridas en la cara. Los Ashâb-i Kirâm estaban muy apenados. Dijeron: “Temíamos que te encontraras con eso. Al final, ha ocurrido lo que nos temíamos”.

No obstante, Abdullah ibn Mas’ud no estaba triste en absoluto. Dijo: “Nunca he visto a los enemigos de Allahu ta'âlâ tan débiles como hoy. Si queréis, puedo hacer que escuchen otra vez mañana por la mañana”. Los Ashâb-i Kirâm dijeron: “No, Ya es suficiente para ti. Has logrado que esos incrédulos iracundos escucharan algo que no les gusta”.

Conversión al Islam de Tufayl bin Amr

Durante los años en los que nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, comenzó a difundir el Islam en Mecca de forma pública, hablaba a la gente día y noche, invitándoles a la religión islámica. Los politeístas de Mecca hacían todo lo posible para obstaculizar los esfuerzos de nuestro Profeta. Inventaban todo tipo de calumnias y sometían a tormentos a los que creían y le escuchaban. Cada vez que veían a alguien hablando con nuestro Maestro, el Profeta, esperaban a que se quedara solo para, con todo tipo de ardides y calumnias, impedir que escuchara o creyera en él. Y con la gente que no era de Mecca hacían lo que fuese necesario para impedir su venida y escuchar lo que decía.

En esos tiempos, cuando los musulmanes tenían dificultades y eran torturados por los incrédulos, había llegado a Mecca Tufayl bin Amr ad-Dawsî. Al enterarse, los politeístas fueron a su encuentro y le dijeron: “¡Oh Tufayl! Has venido a nuestra tierra. El huérfano de Abdullah, que ha crecido entre nosotros, tiene muchos estados asombrosos. Las palabras que pronuncia parecen magia. ¡Están separando al hijo del padre, al hermano del hermano, a la esposa del marido! Las opiniones que divulga causan problemas en público. El hijo que escucha esas palabras ya no presta atención a su padre y sólo le obedece a él. Ya nadie escucha a nadie y la gente está entrando en el Islam. Mucho tememos que esta calamidad de la separación que tanto nos afecta, influya también en tu gente. Deja que te demos un consejo: ¡nunca hables con él! No le dirijas la palabra ni escuches lo que dice. ¡No prestes atención a lo que diga! Ten mucho cuidado. Ni tampoco te quedes aquí mucho tiempo. Vete cuanto antes”. Tufayl bin Amr cuenta lo que ocurrió después de la siguiente manera:

> “Juro que habían insistido de tal manera, que decidí no hablar con él ni escuchar sus palabras. Había llegado a poner algodón en los oídos para no escucharle cuando entrase en la Kâ'ba. Al día siguiente, por la mañana, fui a la Kâ'ba. Vi que el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaba haciendo la oración ritual. Me quedé en un lugar cercano. Gracias a la hikmat (causa divina oculta) del Ŷanâb-i-Haqq, oí parte de lo que recitaba. ¡Qué hermosas eran las palabras que escuché! Y me dije a mí mismo: ‘Yo soy un hombre que sabe diferenciar entre el bien y el mal. Y además, soy poeta. ¿Por qué no voy a escuchar lo que dice esta persona? Si veo que sus palabras son hermosas, las aceptaré y en caso contrario las abandonaré’. Me oculté y permanecí allí hasta que el Rasûlullah hizo su oración y regresó a su casa. Le seguí, y cuando él entré yo también lo hice, y dije: ‘¡Oh Muhammad! Cuando llegué a esta ciudad tu gente me dijo una serie de cosas. Querían que me alejara de ti. Tenía tanto miedo que me tapé los oídos con algodón para no oír tus palabras. No obstante, Allahu ta’âlâ me hizo oír parte de lo que recitabas y me ha parecido muy hermoso. ¡Dime lo que tengas que decir! Estoy dispuesto a aceptarlo’. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, me habló del Islam y recitó partes del Qur’ân al-karîm. Juro que jamás había oído palabras tan hermosas. Sin más dilación, pronuncié la Kalimat ash- shahâdat y me hice musulmán”.

“En ese momento dije: ‘‘¡Oh Rasûlullah! Entre mi gente yo soy una persona importante y con influencias. Nadie discute conmigo. Permíteme que vaya y los invite a la religión del Islam. ¡Y suplica a Allahu ta’âlâ que me conceda una señal que me reconforte y ayude cuando les invite al Islam!’ Cuando oyó lo que dijo, nuestro Maestro, el Rasûlullah, pidió: **‘¡Oh mi Allah! ¡Crea para él un âyat, una señal!’”**

“Tras este suceso, regresé a mi ciudad. Era una noche oscura cuando llegué a la colina que está situada junto al manantial donde reside mi tribu; de repente apareció en mi frente una nûr como una vela que empezó a resplandecer. Entonces supliqué diciendo: ‘¡Oh mi Allah! Haz que esta nûr pase a otra parte de mi cuerpo, no vaya a ser que, al verla en mi frente, los ignorantes de la tribu Daws crean que es un castigo de Allah por haber apostatado’. La nûr se desplazó inmediatamente al extremo de mi látigo y se quedó allí como si fuese una vela. De esta guisa descendí la colina y llegué a mi casa. Mi padre vino, siendo el primero que me veía. Me abrazó por el amor que me tenía. Mi padre era muy anciano. Le dije: ‘¡Oh padre mío! ¡Si decides quedarte en tu situación actual, yo no soy de ti ni tú eres de mí!’ Cuando mi padre oyó lo que decía, me preguntó asombrado: ‘¿Por qué dices esto, hijo mío?’ Como respuesta le dije: ‘Me he hecho musulmán al abrazar la religión de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Entonces mi padre dijo: ‘¡Oh hijo mío! ¡Que tu religión sea también la mía! y se hizo musulmán al pronunciar la Kalimat-i shahâdat. Yo entonces le enseñé lo que sabía sobre el Islam. Mi padre se bañó y se puso ropas limpias. Al poco tiempo llegó mi mujer. Le dije las mismas cosas. Las aceptó y también se convirtió al Islam”.

“A la mañana siguiente fui a la tribu de los Daws, les hablé del Islam y les invité a aceptarlo. No obstante, dudaban a la hora de hacerlo, e incluso se opusieron durante mucho tiempo. No querían abandonar sus acciones transgresoras y perversas. Aumentaron su osadía y se burlaron de mí haciendo muecas. Al ser adictos al juego y el cobro de intereses, no quisieron escucharme. Rehusaron aceptar el Islam. Desobedecieron a Allah y a Su Mensajero”.

"Pasado un tiempo, fui a Mecca y me quejé de mi gente al Rasûlullah; dije: '¡Oh Rasûlullah! La tribu de los Daws ha desobedecido a Allahu ta'âlâ. No han aceptado mi invitación a convertirse al Islam. ¡Pide por ellos!' Nuestro amado Profeta, cuya ternura y compasión por los demás era enorme, abrió las manos y volviéndose hacia la Kâ'ba, suplicó: **'¡Oh mi Rabb! ¡Muestra el camino verdadero al pueblo de los Daws y haz que entren en la religión del Islam!'** Y luego me dijo: **'¡Vuelve a tu gente! ¡Sigue invitándoles al Islam con un rostro sonriente y una lengua dulce! ¡Sé afable con ellos!'** Fui a mi tierra de inmediato. Y no cesé, en momento alguno, de invitar al Islam a la tribu de los Daws".

Invitación a festivales

En ciertos días del año, la gente iba a Mecca desde varias ciudades para visitar la Kâ'ba. Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se reunía con los que llegaban y hablaba del Islam a cada grupo. Les decía que Allahu ta'âlâ es uno (no hay más dios que Allah) y que él era un Mensajero verdadero. Afirmaba que la salvación estaba en este camino. Un día, Walîd bin Mugîra reunió a los politeístas y dijo: "¡Oh gente de los Quraysh! Ha llegado de nuevo el tiempo de visitar la Kâ'ba. La voz de Muhammad se ha propagado por todo el mundo. Las tribus árabes vienen a él, se inclinan ante sus dulces palabras y abrazan su religión. Tenemos que encontrar una forma de impedirlo. Tenemos que llegar a un acuerdo en este tema para no contradecirnos unos a otros diciendo cosas diferentes sobre él". Los Qurayshîs dijeron: "¡Oh padre de los Abdishams! Tú eres el más perspicaz entre nosotros. Les diremos lo que tú consideres conveniente". Cuando Walîd respondió: "No, decírmelo vosotros, estoy dispuesto a escucharos". Dijeron ellos: "Digamos que es un adivino". Walîd lo negó de inmediato diciendo: "No, yo juro que él no es un adivino. Hemos visto a muchos adivinos. Dicen lo que está bien y lo que está mal sin tener la menor duda. Las recitaciones de Muhammad no son como las que inventan los adivinos. Más aún, hasta ahora jamás hemos oído una mentira procedente de Muhammad. Si decimos que es un adivino, nadie nos creería". Esta vez dijeron: "Digamos que está loco". Walîd se opuso de nuevo diciendo: "¡No! Yo juro que no está loco ni demente. Todos conocemos de sobra los síntomas de la locura. Él no siente que se ahoga, ni

tiene temblores ni miedos mezquinos. Si lo decimos, lo rechazarán”. Los Qurayshîs dijeron: “Digamos que es un poeta”. Walîd lo rechazó también: “¡Él tampoco es un poeta! Conocemos muy bien todo tipo de poesía. Su forma de recitar no se parece a poema alguno”. Esta vez dijeron: “Digamos que es un mago”. Walîd dijo: “Tampoco es un mago. Hemos visto a los magos y su magia. En sus palabras no hay señales de magia. Las palabras de Muhammad triunfan en el mundo entero. Él no es una persona desconocida. No podemos impedir que la gente hable con él. Es superior a los demás en elocuencia y fluidez en el lenguaje. En resumen, digamos lo que digamos, la gente sabrá que es una mentira”. Cuando los Qurayshîs no pudieron pensar en otra cosa, le dijeron: “Tú eres el mayor y el que más experiencia tienes; aceptaremos lo que digas”.

Walîd bin Mugîra reflexionó durante unos instantes. Luego llamó a la gente en torno suyo para decirles: “Lo mejor, es que digamos que es un mago, un hechicero; esta es la elección más razonable, porque con sus palabras separa a la gente de su propio pueblo e introduce distancias entre hermanos y amigos”. Los Qurayshîs se dispersaron de inmediato y dijeron a la gente de Mecca: “¡Muhammad es un hechicero!” Y difundieron estas palabras entre la gente. Cuando las tribus empezaron a venir para visitar la Kâ’ba, ya no quedaba nadie que no hubiese sido advertido sobre hablar con nuestro Maestro, el Profeta.

Debido a estos actos de los politeístas, se hablaba del Islam en todos los territorios árabes, algo que sembraba grandes dudas en sus mentes en lo que respecta a los ídolos.

Allahu ta’âlâ envió versículos en los que se decía que Él iba a castigar al incrédulo llamado Walîd bin Mugîra. En la Sûra Muddazzir, el âyat-i karîma 11, declara: **“**(¡Oh Mi Rasûl!) ¡**Deja que sea Yo quien se encargue** (castigue) **de esa criatura** (un incrédulo como Walîd bin Mugîra que nació sin nada) **que Yo he creado sin cosa alguna!** (Yo soy suficiente para vengarme de él. Yo he creado a ese incrédulo) **¡A la que luego di abundancia de bienes** (con el paso del tiempo, Yo hice que esta persona ingrata que no tenía nada, obtuviese muchas bendiciones. Yo le concedí muchos huertos, viñedos y bienes) **e hijos** (que vivían con él en Mecca-i mukarrama) **para que estuviesen a su lado!** (Todos vivían en la opulencia). **¡Yo expandí su vida y su posición social!** (Llegó a tener un rango elevado en Mecca. Poseía muchos huertos y

viñedos entre Mecca and Tâif. Le llamaban Rayhânat-ul Arab. Se presentaba ante su tribu como un hombre distinguido, elegido. ¿Acaso no debía estar agradecido por todas estas bendiciones? ¿Acaso no debía haber aceptado y creído en Allahu ta'âlâ que le había dado todas estas bendiciones? **Y luego él** (este individuo ambicioso e ingrato) **quiere que le demos más de lo que ya le hemos dado** (más bienes y más hijos). (Ni siquiera intenta estar agradecido por las bendiciones obtenidas. ¿Qué enorme ambición y mezquina ingratitud es esta? **¡Ni hablar!** (Los deseos de este incrédulo ambicioso no serán aceptados. No aumentarán sus bienes ni sus hijos). ¡**Ante Nuestros versículos** (Qur'ân-i karîm) **él se ha mostrado reacio!** (A pesar de saber en su corazón que Mi Rasûl es veraz y un Profeta, se atrevió a negarlo por culpa de su obstinación. ¡Qué herejía más enorme!) **Someteré a ese incrédulo al tormento del saûd…** (En lo que respecta al saûd, mencionado en este versículo, se ha declarado en un hadîz-i sharîf que ***"Saûd es una montaña que está en el Fuego. El incrédulo podrá escalarla en setenta años. Pero luego se caerá. Y así seguirá haciéndolo una y otra vez")***. **Y luego ese incrédulo reflexionó** (sobre cómo hablar en contra del Qur'ân-i karîm que había oído recitar al Rasûlullah.) **y conspiró** (preparando su opinión y una serie de palabras). **¡Ay de él! ¡Cómo intrigó y conspiró** (con respecto al Qur'ân-i karîm)**! ¡Una y otra vez, ay de él! ¡Cómo intrigó! Y luego miró** (a las caras de su gente por lo que iba a decir sobre el Qur'ân-i karîm.) **Y luego frunció el ceño y echó chispas por los ojos** (llevado por la ira al no poder saber qué decir contra el Qur'ân-i karîm.) **Luego dio la espalda** (a creer en Allahu ta'âlâ y en Su Rasûl) **y se mostró engreído. Y dijo:** "Esto (lo que dice Muhammad) no es más que magia que aprendió de hechiceros y ahora transmite. ¡Solo son las palabras de un ser humano!" **No obstante, cuando estaba con su gente había confesado que el Qur'ân-i karîm eran palabras maravillosas que en nada se parecían a las palabras de los hombres y los genios. Y luego este negador cambió sus palabras y difamó el Qur'ân-i karîm, algo totalmente inmerecido, para complacer a su gente. Y luego se hizo merecedor del castigo divino. Allahu ta'âlâ dijo: "Lo arrojaré al Seqar, el Fuego. ¿Y qué se nos ha dicho que es el Seqar? Ese Fuego que no deja cosa alguna del cuerpo** (todo lo destruye)**, para luego rehacerlo de nuevo y así continuar** (aplicando el mismo tormento)".

Los politeístas escuchan el Qur'ân al-karîm

Los politeístas más notables intentaban impedir que la gente abrazase el Islam valiéndose de numerosos ardides y crueldades. Prohibían a la gente de Mecca que escuchara los versos que recitaba Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. No obstante, ellos mismos se acercaban, por la noche y en secreto, a la casa de Muhammad se escondían en un rincón y escuchaban los versículos. Cuando llegaba la mañana, y con la claridad del día, los politeístas se daban cuenta de que esa noche habían ido a escuchar el Qur’ân-i karîm, se echaban la culpa unos a otros y acababan diciendo: “no lo haremos más”. Pero con tal de escuchar el Qur’ân-i karîm, seguían yendo sin decírselo a los demás y escondiéndose en los rincones. Cuando por la mañana se veían unos a otros, no salían de su asombro. Se separaban y juraban no volver a hacerlo, pero eran incapaces de cumplir su promesa. Sin embargo, como estaban sometidos a sus almas carnales al ser arrogantes y tener esperanzas vanas, y como temían ser vituperados por los demás politeístas, no llegaron a ser creyentes. Y además se lo impedían a otras personas. Y llegaban a gritar por las calles: “Muhammad es un hechicero”.

Una tarde, los politeístas se reunieron en torno a la Kâ'ba y dijeron: “Vamos a invitar a Muhammad para hablar sobre este problema para que, al fin de cuentas, la gente no nos critique ni nos rechace”. Enviaron un mensaje a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Aceptando la invitación, nuestro Maestro, el Profeta, fue a la Kâ'ba y se sentó ante los politeístas. Estos dijeron: “¡Oh Muhammad! La razón de haberte mandado un mensaje es porque queremos llegar a un acuerdo contigo. ¡Juramos que nadie entre los árabes ha causado tantos problemas a la gente! ¡Has condenado nuestra religión! ¡Has ridiculizado nuestros dioses! ¡No has tenido en cuenta nuestros argumentos! ¡Has roto nuestra unidad y enfrentado unos a otros! Ya no hay más catástrofes que puedas provocar. Si lo que quieres es ser rico valiéndote de tus palabras y tu conducta, reuniremos más bienes de los que puedas desear. Si lo que quieres es fama y honor, te aceptamos como nuestro amo y señor. Si quieres ser el que gobierna, te proclamamos nuestro jefe y nos reuniremos en torno a ti. Si hay algo que te aflige, deja que te libremos de ello. Si es una enfermedad provocada por los genios, permite que te curemos gastando todas nuestras riquezas”.

Tras escucharlos con paciencia, el Maestro de los mundos dio la siguiente y encumbrada respuesta: **“¡Oh comunidad de los Quraysh! Nada de lo mencionado me concierne. Con las**

cosas que os traigo no busco vuestros bienes materiales, ni la gloria, ni ser el que gobierna. Allahu ta'âlâ me ha enviado como un Profeta para vosotros y ha hecho descender el Libro sobre mí. Él me ha ordenado que sea un anunciador (del Paraíso) **para vosotros** (los que creen entre vosotros) **y un advertidor** (del Fuego para los que no creen). **Os he transmitido esta orden de mi Rabb y os he aconsejado. Si aceptáis lo que os traigo, serán vuestras porciones y vuestra provisión para este mundo y para la Otra Vida. Si no lo aceptáis y lo rechazáis, lo que a mí me corresponde hasta el día en que Allahu ta'âlâ juzgue entre mí y vosotros, es proclamarlo y soportar las dificultades para así cumplir la orden que me ha dado Ŷanâb-i Haqq".**

Abû Ŷahl, Umayya bin Jalaf y otros politeístas dijeron: "¡Oh Muhammad! Tú sabes que, en lo que respecta al sustento, no hay gente que tenga condiciones más difíciles que las nuestras. Como eres un Profeta, ¡suplica a tu Rabb que aparte esas montañas que tanto nos molestan y que dificultan nuestras vidas, que aumente nuestros territorios y que por ellos fluyan ríos como los de Damasco e Iraq! Y que además haga resucitar a algunos de nuestros antepasados, empezando por Kusayy bin Kilâb. Kusayy bin Kilâb era una persona magna y veraz. ¡Preguntémosle a él si tus palabras son falsas o verdaderas! Si él te confirma y tú consigues lo que pedimos, nosotros te confirmaríamos y conoceríamos tu posición ante tu Rabb. Y si no haces esto por nosotros, consigue algo para ti procedente de tu Rabb. ¡Pídele que envíe un ángel que confirme tus palabras y nos impida molestarte! ¡Y también pide a tu Rabb que te dé jardines, pabellones y tesoros para que no tengas dificultades económicas! ¡Porque tú, como nosotros, vas por los mercados y trabajas para conseguir tu sustento!"

Nuestro Maestro, Fajr-i âlam, volvió a repetir: **"Yo no he sido enviado a vosotros con estas cosas. Del Ŷanâb-i Haqq solo os he traído aquello con lo que me ha enviado Allahu ta'âlâ. Y os lo he transmitido. Yo no soy una persona que pide** (bienes materiales) **a su Rabb. Allahu ta'âlâ me ha enviado como un anunciador** (del Paraíso para los creyentes que aceptan lo que os he traído) **y como un advertidor** (del Fuego para los que no lo aceptan). **Si aceptáis lo que os traigo, serán vuestras porciones y vuestra provisión para este mundo y para la Otra Vida. Si no lo aceptáis y lo rechazáis, lo que a mí me corresponde hasta el día en que Allahu ta'âlâ**

juzgue entre mí y vosotros, es proclamarlo y soportar las dificultades para así cumplir la orden que me ha dado Ŷanâb-i Haqq”.

Esta vez los politeístas dijeron: “Como si tu Rabb, si así lo desea, puede hacer cualquier cosa, ¡pídele que rasgue el cielo y haga que se caiga! ¡A no ser que lo hagas no te creeremos!” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Eso es algo que pertenece a Allahu ta’âlâ. Si Él quiere hacerlo por vosotros, ¡no hay duda de que lo hará!”** Al oír esto, los politeístas fueron aún más lejos y dijeron: “¡Oh Muhammad! ¿Acaso no sabía tu Rabb que nos sentaríamos contigo y que te pediríamos esto y lo otro? ¿Acaso no te informó de ello antes de que lo hiciéramos nosotros? ¿Por qué no ha dicho lo que va a hacer si no aceptamos lo que tú nos dices? A no ser que traigas a los ángeles como testigos, no te creeremos. Ya no tenemos obligación alguna contigo. Juramos que no te vamos a dejar en paz. ¡O nosotros te destruimos o tú nos destruyes!” Nuestro amado Profeta, que vio que cada vez se apartaban de él más en vez de acercarse, abandonó el lugar.

Ante el rechazo de los politeístas de Mecca al Sultán del universo, Allahu ta’âlâ hizo descender una revelación con Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, en las que les contestaba con âyat-i karîma. Les hablaba de los terribles tormentos que iban a sufrir. En las âyat-i karîma cuatro a once de la Sûra-ul-An’âm, se declara:

> **“De entre los versículos de su Rabb, no hay tan siquiera uno** (un versículo entre los versículos, o una prueba entre las pruebas, o un milagro entre los milagros del Qur’ân-i karîm) **ante el que no hayan apartado sus rostros. Ellos son los que lo contradicen cuando se les dice lo que es lo Correcto** (el Qur’ân-i karîm)**. Pero el mensaje** (castigo) **por lo que han ridiculizado y se han burlado, les alcanzará pronto. ¿Acaso no han visto** (la gente de Mecca) **cómo hemos aniquilado a muchas generaciones antes que ellos? ¿Acaso no han reflexionado sobre eso? Les habíamos dado todas las oportunidades que no os hemos dado a vosotros. Les habíamos enviado lluvias abundantes. Les habíamos dado ríos que fluían** (por sus huertos, jardines y pabellones). **Y luego los aniquilamos por sus transgresiones** (ni siquiera habían dado alabanzas por esas bendiciones)**. En su lugar Nosotros hemos creado generaciones diferentes”.**

“Si te hubiéramos hecho descender un libro escrito sobre papel y esos incrédulos lo hubieran tenido en sus manos, llevados por su obstinación habrían dicho: ‘Esto no es más que magia evidente’. Y luego cuando dijeron: ‘si un ángel (que pudiéramos ver) hubiese sido enviado (a Muhammad para que dijera que él es un profeta). **Si hubiéramos enviado un ángel** (y ellos no hubiesen creído)**, no hay duda de que el asunto habría terminado** (se habría promulgado la sentencia de destruirlos a todos). **Y entonces, ni siquiera habrían tenido el descanso de un abrir y cerrar de ojos, ni se les habría tomado en cuenta. Si lo hubiéramos hecho un ángel** (al Profeta)**, lo habríamos mostrado de nuevo como un hombre** (aspecto humano) **y los haríamos tener otra vez las mismas sospechas. También habían escarnecido y se habían burlado de los profetas anteriores a ti, y luego se vieron abrumados por el desastre y el castigo por sus acciones. Di: “Mirad a vuestro alrededor. ¿Cómo fue el final de los que se habían opuesto a los profetas?”**

En las âyat-i karîma 7 y 10 de la Sûra Furqân, se declara: **“Dijeron los incrédulos: ‘¿Cómo va a ser este un profeta? Come y bebe y anda por las calles como nosotros. Si fuese un profeta, vendría a él un ángel. Tendría ayudantes que también nos traerían mensajes y nos aterrarían con el Fuego. O su Rabb le enviaría tesoros de dinero, huertos frutales y granjas y comería lo que quisiese’. Esa gente cruel se dijo entre sí: ‘Si lo seguís, os veréis atados a un hombre hechizado’**. (¡Oh amado Mío!) **Ten presente que han dicho muchas calumnias sobre ti, que se han desviado del camino recto y han caído en la herejía. A partir de ahora no podrán salir de la herejía y encontrar el camino recto. ¡La gloria de Allahu ta’âlâ es tan elevada que, si Él quiere, te daría huertos frutales, jardines por los que discurrirían ríos y palacios!**

En el âyat-i karîma 21 se declara: **“Los que no esperan alcanzarnos dijeron: ‘Si hubiesen descendido unos ángeles a nosotros** (para decirnos que Muhammad decía la verdad) **o si al menos hubiésemos visto a nuestro Rabb’**. **Se han sentido arrogantes y han traspasado los límites en exceso...”.**

En el âyat-i karîma 9 de la Sûra Saba’ se declara: **“Si hubiésemos querido, los habríamos arrojado al suelo** (como a Creso, por sus contradicciones y a pesar de ver Nuestros versículos evidentes) **o hacer que cayeran sobre ellos porciones de fuego desde los cielos”.**

En el âyat-i karîma 97 de la Sûra Isrâ: **“¡En el Día del Juicio haremos que resuciten cuando sus rostros estén en el suelo y estarán ciegos, sordos y mudos! ¡El lugar a donde irán es el Fuego cuyas llamas aumentaremos cada vez que disminuyan!”**

Cuando se revelaron las âyat-i karîma que hablaban de ellos, los politeístas aumentaron sus hostilidades. Especialmente Ubay bin Halaf y su hermano Umayya que hicieron sufrir mucho al Rasûlullah. Por desgracia, Ubay se presentó ante nuestro Profeta llevando en la mano el hueso corroído de un animal. Y dijo: “¡Oh Muhammad! Se supone que tu Allah hará que resucite este hueso una vez corrompido, ¿acaso no es verdad? ¿Así que tú crees que tu Rabb va a resucitar este hueso? Y lo redujo a un polvo que sopló hacia nuestro amado Profeta. Y siguió diciendo: “¡Oh Muhammad! ¿Quién podrá resucitar este hueso una vez descompuesto?” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Sí. Allahu ta’âlâ te hará morir... Y luego, Él hará que resucites y te arrojará al Fuego”.** Tras este suceso, Ŷanâb-i Haqq reveló el âyat-i karîma que declara: **“¿Acaso no vio esa persona** (incrédula) **y supo en su interior que lo habíamos creado a partir de una gota de semen? Y aún así, se convirtió en un beligerante manifiesto. Olvidando su propia creación, Nos puso un ejemplo al decir:** ‘¿Quién va a resucitar este hueso que se ha descompuesto y su polvo se ha esparcido?’ (¡Oh Rasûl Mío!) **Di: “Aquel** (Allahu ta’âlâ) **que los creó al principio** (a partir de la nada) **los hará resucitar; y Él es Quien conoce a todo ser creado. Él** (Allahu ta’âlâ) **es Quien hizo surgir el fuego a partir de un árbol todavía muy verde. Y ahora vosotros encendéis un fuego a partir de ello. ¿Acaso Quien ha creado los cielos y la tierra no es lo suficientemente poderoso como para crear todo eso? Sin duda que lo es. Él es el Creador de todo y el Conocedor de todo”.** (Sûra Yasîn: 77-81).

La creencia de Jâlid bin Sa’îd

En los primeros días de la invitación al Islam, Jâlid bin Sa’îd había tenido un sueño en el que se veía al borde del Fuego. Su padre quería empujarlo para que cayera en él. En ese momento,

vio que el Profeta lo salvaba cogiéndolo por la cintura. Despertó llorando y dijo: “Juro que este sueño era verídico”. Cuando salió, se encontró con Hadrat Abû Bakr y le contó su sueño. Hadrat Abû Bakr le dijo: “Tu sueño es verdad. Esta persona es el Profeta de Allahu ta’âlâ. Ve a él y obedécele. Acatarás lo que te diga, aceptarás su religión y estarás a su lado. Impedirá que caigas al Fuego, tal y como has visto en tu sueño. Pero tu padre permanecerá en el Fuego”.

Hadrat Jâlid bin Sa'îd estaba bajo la influencia del sueño. No perdió un solo minuto y fue de inmediato a un lugar llamado Aŷyâd para presentarse ante Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Le preguntó: “¡Oh Muhammad! ¿A qué invitas a la gente?” Nuestro Profeta dijo: **“Les invito a que crean en un solo Allah, que no tiene parecido ni asociado, y al hecho de que Muhammad es Su esclavo y Su Profeta; a que abandonen la adoración de trozos de piedra que no ven ni oyen cosa alguna y que no saben quiénes les adoran o no lo hacen”.** Al oírlo, Jâlid bin Sa’îd se hizo musulmán de inmediato diciendo: “Yo también doy testimonio de que no hay más dios que Allah, y también doy testimonio de que tú eres Su Profeta”. Su entrada en el Islam hizo muy feliz al Profeta. Tras él, su esposa Umayya, también tuvo el honor de hacerse musulmana.

Hadrat Jâlid bin Sa'îd quería que sus hermanos también se hicieran musulmanes e hizo muchos esfuerzos para conseguirlo. Uno de ellos, ’Umar bin Sa’îd, se había hecho musulmán. Cuando su padre, Abû Uhayha, que era un enemigo encarnizado del Islam, se enteró que Jâlid y ‘Umar se habían hecho musulmanes y hacían sus oraciones rituales en un lugar apartado de Mecca, envió a sus hijos no musulmanes para que los trajeran a su presencia. Cuando aparecieron les ordenó que abandonaran su religión. Empezó a increparlos y golpearlos. Luego dijo a Jâlid bin Sa’îd: “¿Te has convertido en un esclavo de Muhammad? Y sin embargo, ves que se opone a su propia gente e insulta a nuestros ídolos y a nuestros antepasados con lo que ha traído”. Hadrat Jâlid bin Sa'îd dijo: “Juro por Allah que Muhammad dice la verdad. Me he sometido a él. ¡Puede que muera, pero no abandonaré mi religión!” Esto enfadó a su padre todavía más. Lo golpeó con un palo hasta romperlo y luego dijo: “¡Oh mal hijo! ¡Vete a donde quieras, porque yo juro que no te daré más pan!” Hadrat Jâlid dijo: “Si me niegas el sustento, estoy seguro de que Allahu ta’âlâ me dará con qué alimentarme”. Su padre amenazó a sus otros hijos diciendo: “Si alguno de vosotros habla con él, le haré lo que no le hecho a él”.

Luego encerró a Hadrat Jâlid en el sótano de la casa, donde lo tuvo sin bebida ni comida durante tres días sufriendo el calor que hacía en Mecca.

Hadrat Jâlid bin Sa'îd tuvo una oportunidad y se escapó de su padre. Este contrajo una grave enfermedad. Abû Uhayha, llevado por su enemistad al Islam, decía desde su cama: “Si consigo curarme y levantarme, todos lo de Mecca adorarán a nuestros ídolos. Nadie podrá adorar a otros excepto a ellos”. Hadrat Jâlid, para poner fin a la enemistad de su padre con el Islam y no perjudicar a sus hermanos musulmanes, suplicó: “¡Oh mi Allah que has creado los mundos! Haz que mi padre no se cure de esta enfermedad”. Ŷanâb-i Haqq aceptó su petición; Abû Uhayha no se recuperó y falleció.

Conversión al Islam de Mus’ab bin Umayr

Mus’ab pertenecía a una de las familias nobles y ricas de los Quraysh. Cuando escuchó las palabras bendecidas de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, surgió en su corazón un gran amor. Deseaba verlo. Por fin fue a Dâr-ul-Arkâm y se hizo musulmán. Cuando se enteraron, su madre y su padre empezaron a atormentarlo. Para hacerle abandonar su religión, lo encerraron en el sótano de la casa. Dejaron que sufriera hambre y sed durante treinta días. Bajo el sol ardiente de Arabia, lo sometieron a torturas insufribles. A pesar de todo, Hadrat Mus’ab bin Umayr soportó esos tormentos terribles y despiadados y no renunció al Islam.

Antes de hacerse musulmán, y gracias a la riqueza de su familia, Hadrat Mus'ab había crecido en la riqueza y la abundancia. Todo el mundo quería ser como él. Cuando se hizo musulmán, su familia lo despojó de todo y lo atormentaron. Un día, Mus’ab bin Umayr, que había soportado todo tipo de dificultad en nombre de su religión, fue a ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Hadrat Ali relata su llegada de la siguiente manera: “Estábamos sentados con el Rasûlullah. En ese momento entró Mus’ab bin Umayr. Tenía puestas ropas remendadas y su estado era lamentable. Cuando el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, vio su situación, se le llenaron de lágrimas sus ojos bendecidos. A pesar de la pobreza y los tormentos que padecía, Mus'ab no abandonó su religión. Al darse cuenta de ello, el Rasûlullah dijo: **“Fijaros en esta**

persona cuyo corazón está iluminado por Allahu ta'âlâ. Yo he visto cómo sus padres le han criado con las mejores comidas y bebidas. El amor por Allahu ta'âlâ y Su Mensajero le han llevado al estado en el que ahora se encuentra".

HÉGIRA A ABISINIA

En el año quinto de la misión profética de nuestro Maestro, el Rasûlullah, el número de musulmanes aumentaba a pesar de las torturas de los politeístas que también incrementaban y hacían todo lo posible para atormentar a los musulmanes. Nuestro Maestro, el Profeta, estaba muy apenado por el hecho de que sus Compañeros sufriesen tormentos indecibles, llegando a ser desmembrados al ser atados a camellos que luego partían en direcciones opuestas. Estos tormentos se intensificaban día tras día y su corazón, tan lleno de compasión, no podía soportarlo. Un día reunió a los Ashâb-i kirâm y les dijo: **"¡Oh Compañeros míos! ¡Ahora tenéis que dispersaros por la tierra. Allahu ta'âlâ hará que pronto nos reunamos de nuevo!"** Preguntaron: "¡Oh Rasûlullah! ¿Dónde debemos ir?" Nuestro Maestro, el Profeta, señaló con su mano bendecida el territorio de Abisinia y dijo: **"¡Ahí! ¡A la tierra de los abisinios! Porque allí hay un gobernante que no tiraniza a nadie. Es un país de la verdad. Hasta que Allahu ta'âlâ no muestre un camino que os haga salir de vuestras dificultades, permaneced en ese lugar"**. Así fue cómo nuestro Maestro, Sarwar-i âlam Muhammad Mustafâ, sallallâhu 'alaihi wa sallam, decidió que sus Compañeros estarían a salvo de las torturas mientras él continuaría bregando con los politeístas de Mecca. Nuestro amado Profeta, que cuando llegó al mundo había dicho **"¡Mi umma (mi gente)! ¡Mi umma (mi gente)!**, hacía ahora un sacrificio por la seguridad de sus Compañeros. Al recibir este permiso, algunos de los Ashâb-i kirâm abandonaron su tierra natal y emigraron. Pero su pena era muy grande porque significaba alejarse de nuestro amado Profeta.

En esta primera emigración, fueron Hadrat 'Uzmân y su esposa Ruqayya binti Rasûlullah, Abû Huzayfa y su esposa Sahla binti Suhayl, Zubayr bin Awwâm, Mus'ab bin Umayr, Abdurrahmân bin 'Awf, Abû Salama bin Abdulasad y su esposa Ummu Salama, Jâtib bin Amr, Âmir bin Rabîa y su esposa Laylâ binti Abî Hasma, 'Uzmân bin Maz'ûn, Abû Sabra bin Abî Ruhm y su esposa Ummu Gulzum binti Suhayl, Suhayl bin Baydâ y Abdullah bin Mas'ûd.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo de Hadrat ’Uzman: **“Ciertamente, tras el Profeta Lût, ’Uzman es la primera persona que ha emigrado con su esposa”**. En secreto, algunos de los Ashâb-i kirâm salieron de Mecca montados en animales y otros a pié. Pagando el viaje a los comerciantes, llegaron a las costas de Abisinia en barcos que atravesaban el Mar Rojo. Cuando los politeístas se enteraron, salieron en su búsqueda, pero sus esfuerzos fueron en vano y regresaron frustrados.

El Negus, el gobernante de Abisinia, trató bien a los musulmanes y los acogió en su país. Hablando de Abisinia, los Ashâb-i kirâm dijeron: “Allí gozamos de protección y de buenos vecinos. Nuestra religión permaneció intacta, nadie nos causó daño alguno. Ni tampoco oímos palabras desagradables. Adoramos a Allahu ta’âlâ en paz”.

Conversión al Islam de Hadrat Hamzâ

La voz del Islam se difundía de persona a persona, día a día y llegaba a las tierras del exterior. Esta situación enfureció a los politeístas Quraysh. A pesar de todos sus esfuerzos no podían detener la propagación del Islam.

En los libros titulados *“Dalâil-un Nubuwwa”* y *“Ma’âriŷ-un Nubuwwa”* se narra lo siguiente: “Walîd, uno de los politeístas, tenía un ídolo. Para adorarlo, solían reunirse en la colina llamada Safâ. Un día, nuestro Maestro, el Profeta, fue a verlos e invitó al Islam a los politeístas. Un genio incrédulo entró en el ídolo y dijo cosas improcedentes sobre nuestro amado Profeta. Nuestro Maestro, Fajr-i âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se entristeció. Otro día, un genio invisible saludó a nuestro Maestro, el Profeta, y dijo: ‘¡Oh Rasûlullah! He oído que un genio incrédulo te ha hablado de forma impropia. Lo he encontrado y lo he matado. Si quieres ¿visitarías la colina de Safâ mañana? Invítalos al Islam otra vez; yo entraré en el ídolo y diré cosas buenas sobre ti’. Nuestro Maestro, el Profeta, aceptó la oferta de este genio que se llamaba Abdullah.

Al día siguiente, nuestro amado Profeta fue a ese lugar y volvió a invitar a los politeístas a la creencia. Abû Ŷahl también estaba presente. El genio musulmán entró en el ídolo y dijo palabras y poemas de alabanza sobre nuestro amado Profeta y sobre el Islam. Cuando los

politeístas oyeron esas palabras, rompieron el ídolo y atacaron al Rasûlullah. Alguno de sus cabellos bendecidos habían sido arrancados y su bendito rostro estaba ensangrentado. Se mostró paciente ante esos tormentos de los politeístas y dijo: **“¡Oh Qurayshîs! Me estáis golpeando y, sin embargo, yo soy vuestro Profeta”**. Abandonó el lugar y se fue a su casa. Una joven había sido testigo de todo el suceso.

En ese momento, Hadrat Hamzâ estaba cazando en una montaña. Estaba a punto de lanzar una flecha a una gacela cuando esta dijo de repente: “¡Oh Hamzâ! En vez de lanzar la flecha contra mí, sería mejor que lo hicieras contra los que quieren matar a tu sobrino”. Hadrat Hamzâ quedó asombrado con esas palabras. Fue a su casa con rapidez. Como era su costumbre al volver de una cacería, fue a visitar el Haram-i sharîf para hacer tawâf (la circunvalación de la Kâ’ba).

Cuando hacía el tawâf ese día, se acercó la joven y le contó lo que Abû Ŷahl había hecho a Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Instigado por los vínculos del parentesco, Hadrat Hamzâ se enfadó mucho. Buscó sus armas y fue al lugar donde estaban los politeístas. Golpeó la cabeza de Abû Ŷahl con su arco haciendo que manase la sangre y luego dijo: “¿Eres tú la persona que ha dicho malas palabras y ha dañado al hijo de mi hermano? Su religión también es la mía. Y ahora, si te crees capaz, ¡hazme a mí lo que le hiciste a él!” Los incrédulos quisieron atacar a Hadrat Hamzâ pero Abû Ŷahl los contuvo diciendo: “¡No le toquéis! Hamzâ tiene razón. Dije malas palabras sobre su sobrino”. Cuando se había ido Hadrat Hamzâ, Abû Ŷahl dijo a los presentes: “¡No le provoquéis! Mucho me temo que se enfade con nosotros y se haga musulmán. Si ese es el caso, Muhammad tendrá más fuerza”. Había permitido que ensangrentase su cabeza para impedir que Hadrat Hamzâ se hiciese musulmán, y luego recalcó el respeto que Hadrat Hamzâ merecía y la fortaleza y la admiración de las que gozaba.

Hadrat Hamzâ fue a ver a nuestro Maestro, el Profeta, y dijo: “¡Oh Muhammad! Te he vengado de Abû Ŷahl. Le he ensangrentado. ¡No estés triste, alégrate!” Nuestro amado Profeta dijo: **“¡Yo no me alegro con esas cosas!”** Y cuando Hadrat Hamzâ dijo: “Soy capaz de hacer lo que tú quieras para que estés alegre y librarte de la tristeza”. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Solo me alegraré cuando creas y salves tu precioso cuerpo del fuego de**

Infierno” Hadrat Hamzâ se hizo musulmán en ese mismo instante y descendió un âyat-i karîma que hablaba de él. Según el comentario de Hadrat Abdullah bin Abbâs: “En el Qur’ân al-karîm, en la âyat-i karîma 122 de la Sûra-ul-An’âm, la persona que es resucitada y se le hace conseguir la luz es Hadrat Hamzâ, y en esa misma âyat-i karîma, la persona que se sumió en la oscuridad es Abû Ŷahl”.

Hadrat Hamzâ fue a ver a los politeístas para decirles que se había hecho musulmán y que estaba dispuesto a proteger al Amado de Allahu ta’âlâ, Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, aunque eso le costara la vida. Esto lo dijo con este panegírico:

> “Alabado sea Allahu ta’âlâ que ha hecho que mi corazón se inclinase hacia el Islam y hacia la verdad. Esta religión ha sido enviada por Allahu ta’âlâ que conoce todo lo que hacen Sus esclavos, que favorece a todos con Sus bendiciones y Cuyo poder triunfa sobre todo lo que existe. Él es el Rabb de los universos. Cuando se recita el Qur’ân al-karîm, derraman lágrimas los ojos de los sensatos que tienen buen corazón. El Qur’ân al-karîm ha descendido sobre Muhammad como versículos esclarecidos en un lenguaje fluido. Él, Muhammad Mustafa, es una persona apreciada, respetada y bendecida entre nosotros. ¡Oh politeístas! ¡Cuidaos de hablar mal de él! Si queréis matarlo, tener en cuenta que no lo podréis tocar a no ser pasando por encima de nuestros cadáveres”.

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se alegró enormemente con la conversión al Islam de Hadrat Hamzâ, y los musulmanes se hicieron más fuertes con su unión al grupo.

La situación cambió cuando Hadrat Hamzâ abrazó el Islam. Los habitantes de Mecca sabían que era un gran guerrero, un héroe y un caballero en el que se podía confiar. Ahora los politeístas Quraysh ya no podían maltratar a los musulmanes a su aire y a su antojo. Tenían mucho miedo a la espada de Hadrat Hamzâ.

Conversión al Islam de Hadrat ’Umar

Islam se estaba propagando día tras día y la luz del Qur’ân al-karîm iluminaba los corazones. La gente transgresora se estaba convirtiendo al Islam como un regalo de Allahu ta’âlâ y

emprendía el camino recto. Al tener el honor de formar parte de los Ashâb-i kirâm, esta gente bendecida se unía y se ponía al servicio de nuestro Maestro, el Rasûlullah, con gran entusiasmo. Por pequeño que fuera su deseo, para ellos era una orden. Competían entre sí para ayudarlo y no dudaban en entregar su propia vida si fuera necesario. Los politeístas tenían pánico y ansiedad. Y además, uno de los más prominentes, Hadrat Hamzâ, se había hecho musulmán uniéndose a ellos. Por este motivo, 'Umar, el hijo de Jattâb (que en ese entonces todavía no se había hecho musulmán) salió de su casa para matar a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Vio que nuestro amado Profeta estaba rezando en el Masŷid-i harâm. Decidió esperar a que acabase su oración y se puso a escuchar lo que decía. Nuestro Maestro, el Profeta, estaba recitando la Sûra Al-Hâqqa, que dice:

"¡El Día del Juicio Final tendrá lugar sin duda alguna!... ¿Y cuál es la realidad del Día del Juicio Final? ¿Quién te ha hablado del Día del Juicio Final que vendrá en un momento dado? (La gente de) **Zamûd y Âd desconocían y negaban Día del Juicio Final que va a convulsionar los corazones. La gente de Zamûd fue destruida por ser depravada** (con el grito de Ŷabrâil, 'alaihis-salâm)**. En lo que respecta a la gente de Âd, murieron por un huracán salvaje, violento, atronador y asolador. Allahu ta'âlâ les hizo sufrir ese huracán durante siete noches y ocho días. ¡Teníais que haber visto cómo perecían y caían como los troncos huecos de las palmeras que se derrumban cuando se separan de sus raíces! ¿Acaso ves que ahora quede alguien de ese pueblo?"**

"Faraón, la gente antes de él y la comunidad que fue puesta del revés (la gente de Lût) **siempre cometieron el mismo error** (politeísmo y desobediencia). **Y así se volvieron contra los profetas** (contra Lût, 'alaihis-salâm, y otros profetas) **de su Rabb. Y acto seguido les sorprendió una tormenta más fuerte que la que habían sufrido las comunidades anteriores… Y el hecho es que os hemos llevado** (a vuestros antepasados que han hecho que existierais) **en el Arca cuando todo estaba inundado** (durante el diluvio de Noé) **para que fuera una lección para vosotros y fuese memorizada por los que la oían. Cuando se toque el Sûr una sola vez, la superficie de la tierra temblará y las montañas serán destruidas. Ese día es el Día del Juicio Final; el cielo, que perderá su fortaleza y su solidez, será resquebrajado y disperso y los ángeles ocuparán el**

firmamento. (Los ángeles estarán dispuestos para recibir las órdenes de su Rabb). **Ese día, ocho ángeles** (de entre los ángeles que estarán por el firmamento) **se encargarán de llevar el Arsh de tu Rabb. Ese día seréis presentados** (a Allahu ta'âlâ para rendir cuentas). **Hasta el punto de que ninguno de vuestros secretos** (que suponíais ocultos cuando estabais en el mundo) **quedará oculto** (ante Allahu ta'âlâ)**"**.

"En ese momento, la persona a la que se le dé su libro en la mano derecha dirá (feliz), **'¡Lo tomo y lo leo! Porque sabía con certeza que llegaría el momento de dar mis cuentas'. Está en una vida que ha sido permitida. Está en un Paraíso elevado... Está tan cerca** (de las frutas) **que puede recogerlas con rapidez.** (Se les dirá:) **'Comed, bebed y que os aproveche por las buenas acciones de los días pasados** (en el mundo)**"**.

"En cuanto a la persona cuyo libro se le ha dado en la mano izquierda dirá: '¡Ay de mí! Ojalá no me hubiesen dado mi libro... Ojalá ni siquiera supiese cómo son mis cuentas. ¡Ay de mí! ¡Ojalá (mi muerte) **hubiese sido el final permanente** (de mi vida) (y nunca hubiese resucitado)**! ¡Mis bienes materiales no me han dado beneficio alguno, mi orgullo** (poder, empeño, todo lo que tenía) **me ha dejado y ha sido destruido!'** (Allahu ta'âlâ ordena a los ángeles del Fuego:) **'¡Sujetadlo y atadlo** (sus manos a su cuello)**! ¡Y arrojadlo al Fuego abrasador! ¡Y luego ponedlo** (otra vez) **allí con una cadena de sesenta y cuatro metros! Porque no quería creer en Allahu ta'âlâ, el Todopoderoso. No incitaba a nadie para que alimentase a los pobres. Esa es la razón de que hoy no tenga congénere** (ni amigo) **que se apiade de él. No tendrá más comida que gislîn** (pus con sangre de la gente del Fuego). **Solo lo comen esos** (incrédulos) **que** (sabiéndolo) **han errado…".**

Hadrat 'Umar escuchaba con admiración lo que recitaba nuestro Maestro, el Profeta. En toda su vida jamás había oído palabras tan hermosas. Pasado el tiempo, solía decir: "Admiré la elocuencia, suavidad y claridad de esas palabras que escuchaba. Y me dije a mí mismo: '¡Juro que, como dicen los Qurayshîs, esta persona tiene que ser un poeta!" Mientras tanto, nuestro Profeta siguió recitando las âyat-i karîma:

> **“Juro por las cosas que ves y por las que no ves, que sin duda** (el Qur’ân al-karîm) **es una palabra que ha sido traída** (procedente de su Rabb) **por un Mensajero que goza de gran honor en la presencia de Allahu ta’âlâ. No son las palabras de un poeta. ¡Sois una gente que creéis muy poco!”**

Hadrat ’Umar narró: “Una vez más me dije a mí mismo: ‘Tiene que ser un adivino porque ha sabido lo que estaba pensando”. El Rasûlullah siguió recitando la sûra:

> **“Tampoco son las palabras de un adivino. ¡Sois una gente muy retorcida!... Ha descendido** (el Qur’ân al-karîm) **del Señor de los mundos** (a Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, a través de Ŷabrâîl, ’alaihis-salâm)**. ¡Si él** (el Profeta) **Nos hubiese atribuido algunas palabras inventadas** (que Nosotros no hemos dicho) **sin duda que le arrancaríamos la mano derecha y luego le destrozaríamos la vena yugular** (es decir, no le dejaríamos vivir)**! ¡Esa vez, ninguno de vosotros podría impedirlo! Ciertamente,** (el Qur’ân al-karîm) **es un consejo categórico para la gente que evita las prohibiciones. Nosotros sabemos que entre vosotros hay algunos que lo niegan** (lo mismo que hay quienes lo afirman)**. Ciertamente,** (el Qur’ân al-karîm) **es un anhelo** (inevitable) **de los incrédulos** (que ven las bendiciones que se dan en la Otra Vida a quienes lo afirman)**. Ciertamente,** (el Qur’ân al-karîm) **es haqq-ul-yaqîn** (permite alcanzar el grado llamado haqq-ul-yaqîn a los que lo obedecen y actúan siguiendo sus mandatos y evitando sus prohibiciones)**. En consecuencia, alaba el nombre de tu Rabb todopoderoso”.**

Hadrat ’Umar dijo: “Cuando el Rasûlullah terminó de recitar toda la Sûra, surgió en mi corazón una inclinación hacia el Islam”.

Tres días después de la conversión al Islam de Hadrat Hamzâ, Abû Ŷahl reunió a los politeístas y dijo: “¡Oh Quraysh! Muhammad ha denigrado a nuestros ídolos. ¡Ha dicho que nuestros ancestros, los que nos han precedido, están siendo atormentados en el Fuego y que nosotros también iremos allí! ¡La única alternativa es matarlo! ¡Yo daré cien camellos rojos y monedas de oro innumerables al que lo mate!” De repente, desapareció la inclinación hacia el Islam que estaba en el corazón de ’Umar, hijo de Jattâb. Se levantó de un salto y dijo: “Nadie es capaz de

hacer eso, excepto el hijo de Jattâb”. Todos lo aplaudieron al tiempo que decían: “¡Adelante, hijo de Jattâb! Queremos ver cómo lo haces”.

Se ciñó la espada y salió a toda prisa. En el camino se encontró con Nu'aym bin Abdullah que le preguntó: “¡Oh ’Umar! ¿Dónde vas con tanta ira y tanta vehemencia?” Respondió: “Voy a matar a Muhammad que ha provocado la desunión entre la gente y la enemistad entre los hermanos”. Nu'aym dijo: “¡Oh ’Umar! Esa es una empresa difícil. Sus Compañeros le prestan mucha atención y tienen gran devoción por él. Son extremadamente cuidadosos para que nada le cause daño. Es muy difícil acercarse a ellos. Y aunque lo mates, no podrás escapar de los hijos de Abdulmuttalib”.

Hadrat ’Umar se enfadó al oír esas palabras. Agarró su espada y dijo: “¿Tú también eres uno de ellos? Te mataré a ti primero”. Dijo Nu'aym: “¡Oh ’Umar! ¡Déjame ir! Ve a ver a tu hermana Fâtima y a su marido Sa’îd bin Zayd. Ellos también se han hecho musulmanes”. Hadrat ’Umar no podía creer esas palabras. Dijo Nu'aym: “¡Si no lo crees, ve y pregúntales! Ya lo verás”.

Si Hadrat ‘Umar hubiese conseguido su propósito, se pondría fin a la separación religiosa pero comenzaría la enemistad entre clanes que era la costumbre de los árabes; los Quraysh se dividirían en dos y comenzarían las hostilidades. Con ello, no solo ’Umar bin Jattâb, sino todos los hijos de Jattâb habrían sido matados. No obstante, ‘Umar no pensaba en estas cosas porque era muy fuerte, valiente y estaba furioso. Pensó en su hermana y fue a su casa de inmediato. En esos días acababa de descender la Sûra Tâhâ. Saîd y Fâtima la habían puesto por escrito, y habían traído a uno de los Compañeros, Hadrat Jabbâb bin Arat para recitarla. Hadrat ’Umar oyó sus voces cuando llegó a la puerta. Llamó con un gran estrépito. Cuando lo vieron con la espada y tan enfadado, ocultaron el escrito y a Hadrat Jabbâb. Abrieron la puerta. Cuando ‘Umar entró en la casa, preguntó: “¿Qué estabais leyendo?” “Nada”, dijeron. ‘Umar se enfadó aún más y dijo: “Así que es verdad lo que he oído; vosotros también habéis sido engañados con esa magia”. Agarró a Hadrat Sa’îd por el cuello y lo tiró al suelo. Cuando su hermana intentó ayudar a su marido, ‘Umar la golpeó en la cara. Pero cuando vio que empezaba a sangrar se apiadó de ella. Fâtima sufría el dolor y estaba cubierta de sangre. Pero el poder de su creencia le hizo decir: “¡Oh ’Umar! ¿Por qué no te avergüenzas ante Allah y por

qué no crees en Su Profeta que ha enviado con señales y milagros? Mi marido y yo hemos tenido el honor de hacernos musulmanes. Jamás abandonaremos esta religión, incluso si nos cortas la cabeza". Y luego recitó la Kalima-i shahâdat.

Al ver la creencia de su hermana, Hadrat 'Umar se tranquilizó de repente y se sentó. En voz baja dijo: "Traer el libro que estabais leyendo". Fâtima dijo: "No te lo daré hasta que no estés purificado". Hadrat 'Umar hizo la ablución ritual. Entonces, Fâtima le dio la página con el Qur'ân al-karîm. Hadrat 'Umar era un hombre culto. Comenzó a leer en voz alta la Sûra Tâhâ. La elocuencia, fluidez, significados y preeminencia del Qur'ân al-karîm comenzaron a ablandarle el corazón.

Cuando recitó el âyat-i karîma que declara: **"Lo que hay en los cielos y en la tierra, lo que hay entre ambos y todas las cosas bajo el suelo** (con siete capas) **todo Le pertenece a Él"** (Sûra Tâhâ: 6), se puso a reflexionar con seriedad y dijo: "¡Oh Fâtima! ¿Todas esas existencias innumerables pertenecen al Allah que vosotros adoráis?" Su hermana respondió: "¡Sí, a Él pertenecen! ¿Acaso lo dudas?" El asombro de 'Umar aumentó todavía más. Dijo: "¡Oh Fâtima! Nosotros tenemos unas mil quinientas estatuas hechas de oro, plata, bronce y piedra. Ninguna de ellas posee cosa alguna en esta tierra". Luego siguió leyendo:

"El único dios verdadero que merece ser adorado es Allahu ta'âlâ. Suyos son los nombres más hermosos". (Sûra Tâhâ: 8). 'Umar meditó sobre esta âyat-i karîma. "Ciertamente, qué palabras más ciertas" dijo. Cuando Habbâb oyó lo que decía, se levantó de un salto y dijo el takbîr. Y luego dijo: "¡Buenas noticias para ti, oh 'Umar! El Rasûlullah suplicó a Allahu ta'âlâ diciendo: **'¡Oh mi Rabb! Fortalece esta religión con uno de los dos: Abû Ŷahl o 'Umar.'** Y ahora, esta bendición se te ha otorgado a ti".

Esta âyat-i karîma y esa súplica eliminaron por completo la animosidad que anidaba en el corazón de Hadrat 'Umar. Preguntó de inmediato: "¿Dónde está el Rasûlullah?" Su corazón se sentía atraído por el Rasûlullah. Ese día, el Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba aconsejando a sus Compañeros en la casa de Hadrat Arkam. Una vez reunidos, los Ashâb-i kirâm, pulían sus corazones contemplando el rostro luminoso del Rasûlullah, escuchando sus

palabras dulces e impresionantes y refrescando sus almas al experimentar estados diferentes con un deleite infinito, alegría y placer.

La llegada de Hadrat ’Umar se pudo ver desde la casa de Arkam. Vieron que llevaba su espada. Como Hadrat ’Umar era una persona temible y poderosa, los Ashâb-i kirâm rodearon al Rasûlullah. Hadrat Hamzâ dijo: “¿Por qué os asustáis de 'Umar? Si viene con buenas intenciones, es bienvenido. ¡En caso contrario, le cortaré la cabeza antes de que desenvaine su espada!” El Rasûlullah dijo: **“¡Dejar que entre!”**

Antes de esto, Hadrat Ŷabrâil, ‘alaihi-salâm, (Arcángel Gabriel), había informado a nuestro Maestro, el Profeta, que Hadrat ’Umar estaba de camino y venía a abrazar el Islam. Nuestro Maestro, el Rasûlullah recibió a Hadrat ’Umar con una sonrisa. Dijo: **“Dejarlo en paz”.** Hadrat ’Umar se sentó ante el Rasûlullah. Rasûlullah agarró el brazo de Hadrat ’Umar y dijo: **“¡Oh ’Umar, cree!”** Hadrat ’Umar pronunció la Kalima-i shahâdat con sinceridad. Los Ashâb-i kirâm, embargados de alegría, dijeron takbîr en voz alta.

Tras haber abrazado el Islam, Hadrat ’Umar describía su situación de la siguiente manera: “Cuando me convertí al Islam, los Ashâb-i kirâm se escondían de los politeístas y rezaban en secreto. Esta situación me molestaba mucho y pregunté: “¡Oh Rasûlullah! ¿Acaso no estamos en el camino recto?” Nuestro Maestro, el Profeta, respondió diciendo: **“Juro por Allahu ta’âlâ que, ya estés muerto o vivo, estás en el camino recto”**. Cuando oí estas palabras, dije yo: “Si nosotros estamos en el camino recto y los politeístas en el camino equivocado, ¿por qué ocultamos nuestra religión? Juro por Allahu ta’âlâ que merecemos y tenemos más derecho que los politeístas a la hora de proclamar la religión del Islam contra la incredulidad. No cabe duda de que la religión de Allahu ta’âlâ será la que prevalezca en Mecca. Si nuestra tribu se somete sería muy bueno, pero si se rebelan, los combatiremos”. A esto respondió nuestro Maestro, el Rasûlullah, diciendo: **“¡Somos muy pocos!”**

“Dije yo: ‘¡Oh Rasûlullah! Juro por Allahu ta'âlâ que te ha enviado como un profeta verdadero, sin dudar ni tener miedo, que no habrá grupo de politeístas a los que no hable del Islam. Pongámonos en marcha’. Cuando la propuesta fue aceptada, salimos en dos filas y fuimos al Haram-i sharîf. Al frente de una de las filas iba Hamzâ, y de la otra iba yo. Con pasos decididos,

como si estuviésemos convirtiendo el suelo de tierra en harina, y levantando una nube de polvo, entramos en el Masŷid-i harâm. Los politeístas Quraysh me miraban a mí y a Hamzâ sucesivamente. Estaban tan acongojados que es muy posible que nunca hubiesen experimentado tal angustia en toda su vida".

Al ver la llegada de Hadrat 'Umar, Abû Ŷahl se adelantó y preguntó: "¡Oh 'Umar! ¿A qué viene esto?" Hadrat 'Umar, sin hacerle el menor caso, dijo: *"Ash-hadu an lâ ilâha illa'llâh wa ashhadu anna Muhammadan abduhu wa rasûluh".* Abû Ŷahl no sabía qué decir. El asombro le había dejado petrificado. Hadrat 'Umar se volvió hacia el grupo de politeístas y dijo: "¡Oh los Quraysh! ¡Algunos de vosotros me conocéis! Quien no me conozca debe saber que soy 'Umar, hijo de Jattâb. ¡Los que quieran que su esposa enviude y sus hijos queden huérfanos, que se atrevan a moverse! ¡A quien lo haga, le cortaré con mi espada!..." Los politeístas Quraysh se dispersaron y se fueron a toda prisa. El Rasûlullah y sus elevados Compañeros hicieron una fila y dieron takbîr a voz en grito. El cielo de Mecca se llenó de exclamaciones: "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!" Fue la primera vez que se hizo en público una oración ritual en el Haram-i sharîf.

Cuando Hadrat 'Umar se hizo musulmán, descendió el âyat-i karîma 64 de la Sûra Anfâl. Dice: **"¡Oh Mi Profeta! Allahu ta'âlâ y los creyentes que te siguen te bastarán como ayuda"**. Cuando vieron que Hadrat 'Umar se hizo musulmán, algunas personas que dudaban abrazaron el Islam y tuvieron el honor de convertirse en Ashâb. A partir de ese entonces, el número de musulmanes comenzó a aumentar cada día en gran medida.

Segunda hégira a Abisinia

Los musulmanes que estaban en Abisinia recibieron una información errónea que afirmaba que: "¡Los musulmanes y los politeístas han llegado a un acuerdo en Mecca!" Al oírlo, pensaron: "Nuestra emigración y el dejar nuestras tierras se debía a la animosidad de los politeístas. Ahora, esa enemistad se ha convertido en amistad. Vayamos pues y gocemos del honor de servir a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam". Basados en esto, obtuvieron el permiso del gobernante de Abisinia y regresaron a Mecca. Pero una vez allí,

descubrieron que las noticias no eran ciertas. En consecuencia, fueron a ver a nuestro Maestro, el Profeta. Le contaron con todo detalle que el clima y los frutos del país daban robustez, que había cuatro lugares de adoración, que cada día se sacrificaban ovejas y camellos, que los pobres y los forasteros eran invitados y bien tratados y que su gobernante los visitaba, les daba cobijo y desaparecían sus dificultades. Expresaron su contento con la situación.

Cuando los Ashâb-i kirâm que estaban en Abisinia, alaihimu-ridwân, regresaron a Mecca, los politeístas empezaron a torturarlos y atormentarlos de nuevo. Cada día aumentaban la opresión. No dudaban a la hora de someterlos a todo tipo de tormento. Un día, Hadrat ’Uzman dijo: “¡Oh Rasûlullah! He visto que Abisinia es un buen lugar para comerciar. Un mes dedicado a ello produce muchos beneficios. Hasta que Allahu ta’âlâ no ordene un destino para la emigración, no hay mejor lugar para los musulmanes que ese país. Al menos, de esa manera, los mu’mins (creyentes) podremos librarnos de la crueldad de los Quraysh. El Negus nos dio muchos regalos y nos hizo muchos favores”. Al oír estas palabras, nuestro Maestro, el Profeta, ordenó: **“Ir de nuevo a Abisinia para que estéis protegidos en nombre de Allahu ta’âlâ”.**

Cuando Hadrat ’Uzman comentó: “¡Oh Rasûlullah! Si les concedieras el honor de una visita, quizás se convirtiesen al Islam. Al ser Gente del Libro, aceptarían con facilidad el Islam y no negarían su ayuda”. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“No se me ha ordenado la facilidad ni la comodidad. Estoy esperando el mandato de Allahu ta’âlâ en lo que respecta a la hégira. Yo actúo según lo que me mandan”.**

Según una narración, una caravana con ciento una personas salió hacia Abisinia por segunda vez. Hadrat Ŷa'far bin Abî Tâlib había sido nombrado el líder de esa caravana. Llegaron al país del Negus con buena salud. Los acontecimientos que vivieron en Abisinia han sido narrados por Hadrat Ummu Salama, radiyallâhu anhâ, la querida esposa de nuestro amado Profeta, de la siguiente manera:

“Cuando llegamos a Abisinia, encontramos un vecino muy bueno. Este vecino era el Negus (gobernante de Abisinia), que satisfizo todos nuestros deseos. Pudimos cumplir los mandatos

de nuestra religión sin restricción alguna. Adoramos a Allahu ta'âlâ con total libertad y no sufrimos ningún daño. Jamás oímos una mala palabra".

Cuando los politeístas de Mecca se enteraron de lo sucedido, decidieron enviar a dos emisarios al gobernante de los abisinios (Negus). Prepararon regalos muy valiosos para darle, como artículos de piel de Mecca que le gustaban mucho. También llevaron regalos para los hombres del Negus y los funcionarios del gobierno. Los representantes nombrados fueron Abdullah bin Abî Rabîa y Amr bin Âs. Se les dijo lo que tenían que decir cuando estuviesen ante el Negus. Se les dijo: "Antes de hablar con el gobernante, dar los regalos a cada uno de sus patriarcas y mandatarios. Luego, entregadle al Negus sus regalos. Acabado todo eso, pedid que se os entreguen los musulmanes. No deis al Negus la oportunidad de que hable con ellos".

Los emisarios llegaron a Abisinia. Tras reunirse con los funcionarios del gobierno y darles sus regalos, les dijeron: "Entre nosotros ha surgido una gente que ha inventado una nueva religión sobre la que nosotros, ni tampoco vosotros, sabemos cosa alguna. Quisiéramos llevar a su propia tierra a esa gente que ha venido aquí. Cuando os reunáis con vuestro gobernante, intentad que nos los entreguen sin que hablen con él. Los que pueden tratarlos de la mejor manera son sus propios padres y vecinos. Ellos los conocen muy bien". Los patriarcas aceptaron la propuesta. A continuación, los enviados de Mecca entregaron los regalos al Negus que los aceptó, los agasajó y habló con ellos.

Los enviados dijeron al Negus: "¡Oh gobernante! Algunos de los nuestros se han refugiado en vuestro país. Los que han venido aquí han abandonado la religión de su nación y tampoco han abrazado la vuestra. Tienen una religión inventada que sigue los deseos de su propia mentalidad. Ni vosotros ni nosotros conocemos esta religión. Hemos sido enviados por los personajes más distinguidos de su propio pueblo. Estos personajes son los padres y parientes de los que se han refugiado en vuestro país. Su deseo es que los devolváis porque ellos son los que mejor conocen su situación. Conocen mejor lo que no aceptan de su propia religión". Amr bin Âs y Abdullah bin Abî Rabîa querían que el Negus escuchara sus palabras y actuara según

los deseos de ambos. Tras oír las palabras de los emisarios, los patriarcas del Negus pidieron permiso para hablar y dijeron:

"Estas personas han dicho la verdad. Su propia gente es quien puede tratarlos de la mejor manera, pudiendo apreciar lo que les gusta y lo que no. Por este motivo, entrégalos para que los lleven a su pueblo y a su tierra".

El Negus se enfadó mucho con esas palabras: "¡No, juro por Allah que no entregaré a esas personas! No puedo traicionar a la gente que ha venido a mí, que ha emigrado a mi país. Esta gente me ha preferido a mí antes que a otros y han venido a mi país. En consecuencia, les invitaré a venir al palacio para preguntarles qué tienen que decir sobre las palabras de estos emisarios; y yo escucharé sus respuestas. Si los emigrantes son como han dicho estos hombres, se los entregaré para que regresen con su gente. Pero si no lo son, los protegeré y les haré el bien mientras estén en mi país". Con anterioridad, el Negus había estudiado los Libros Revelados. Sabía que los días de la llegada de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se acercaban, que su propia gente lo rechazaría diciendo que era un mentiroso y que lo expulsarían de Mecca.

El Negus preguntó a los emisarios de Mecca: "¿En quién creen los emigrantes?" Respondieron: "En Muhammad". Cuando oyó este nombre, el Negus comprendió que era un profeta; no obstante, decidió ocultarlo. Luego les preguntó de nuevo: "¿Cuál es su religión y la secta a la que invita a la gente?" Amr contestó: "No tiene secta". El Negus dijo: "¿Cómo puedo entregar un grupo de gente cuya religión o secta no conozco y que ha buscado refugio en mí? Reunámonos y dejemos que digan lo que tengan que decir. De esta manera, se aclarará la situación de cada uno y yo sabré cuál es su religión". Y con ello invitaron a los musulmanes al palacio.

En primer lugar, los musulmanes hablaron entre sí y se preguntaron: "¿Qué debemos decir que complazca al gobernador de Abisinia y sea lo más conveniente para su carácter?" Hadrat Ŷa'far dijo: "Juro por Allahu ta'âlâ que todo lo que sabemos es lo que nos ha dicho nuestro Profeta. Admitamos el resultado, sea el que sea". Todos estuvieron de acuerdo y decidieron que Hadrat Ŷa'far sería el único que hablase. Llegaron ante el Negus. Este había reunido a sus

eruditos y se había preparado una asamblea numerosa. Hicieron entrar a los emigrantes que, al llegar, lo saludaron con respeto. No obstante, no hicieron saŷda (la postración que se hace en la oración ritual). El Negus les preguntó: “¿Por qué no habéis hecho saŷda?” Respondieron: “Nosotros no hacemos saŷda ante nadie excepto Allahu ta'âlâ. Nuestro Maestro, el Profeta, nos ha prohibido hacer saŷda excepto ante Allahu ta’âlâ, y nos ha dicho: **“La saŷda solo se hace ante Allahu ta'âlâ”.**

Negus preguntó a los emigrantes: “¡Oh gente que habéis venido ante mí! ¡Decirme! ¿Por qué habéis venido a mi país? No sois comerciantes ni tampoco habéis hecho petición alguna. ¿Cuál es la situación de vuestro Profeta? ¿Por qué no me saludáis de las misma manera que lo hace la gente que viene de vuestra tierra? Ŷa’far, radiyallâhu anhu, dijo:

“¡Oh gobernante! Permitidme que, en primer lugar, os diga tres cosas. Si lo que digo es correcto, aprobadlo y si no lo es, rechazadlo. ¡Antes de nada pido que, de estos dos hombres, solo hable uno y los demás permanezcan en silencio! Amr bin Âs dijo: “Yo seré el que hable”. Dijo el Negus: “Oh Ŷa’far, habla tu primero”. Hadrat Ŷa'far dijo: “Quiero aclarar tres cosas. Preguntad a este hombre si somos esclavos que deben ser apresados y devueltos a sus amos”. El Negus preguntó: “¡Oh Amr! ¿Son esclavos?” Amr contestó: “¡No, no son esclavos! ¡Son personas libres!” Hadrat Ŷa'far preguntó: “¿Hemos matado a alguien sin razón legítima para ser entonces llevados ante la gente perjudicada?” El Negus preguntó a Amr: “¿Esta gente ha matado a alguien de forma injusta?” Amr contestó: “¡No, no han derramado una sola gota de sangre!” Hadrat Ŷa’far preguntó al Negus: “¿Hay artículos de los que nos hemos apropiado injustamente y cuyo valor debe devolverse?” El Negus dijo: “¡Oh Amr! Si esta gente tiene deudas, aunque sean muchas monedas de oro, yo las pagaré; dime la verdad”. Amr contestó: “¡No, no tienen deuda alguna, ni siquiera un qirat (unidad monetaria)!” Entonces el Negus preguntó: “¿Entonces, qué queréis de ellos?”Amr contestó diciendo: “Antes, todos estábamos en la misma religión y en el mismo camino. Pero ellos los han abandonado. Siguen las órdenes de Muhammad y su religión”. El Negus preguntó a Ŷa’far: “¿Por qué habéis abandonado vuestra religión para seguir otra? Habéis abandonado la religión de vuestro pueblo y tampoco seguís la mía. ¿En qué religión creéis? ¿Podéis hablarme sobre eso?”

Hadrat Ŷa’far dijo: “¡Oh gobernante! Nosotros éramos gente descuidada. Adorábamos ídolos. Comíamos carroña. Solíamos hacer acciones perversas. Rompíamos los vínculos familiares y tratábamos mal a los vecinos. Los más fuertes de entre nosotros oprimían a los débiles y no sabían qué era la compasión. Y estábamos en esa situación hasta que Allahu ta’âlâ nos envió un Profeta, de nuestro propio pueblo, cuya veracidad, castidad y nobleza es conocida por todos. Este Profeta nos ha invitado a creer en la existencia y unidad de Allahu ta’âlâ, a adorarlo y abandonar las piedras y los ídolos que adoraban nuestros antepasados. Nos ha ordenado decir la verdad, a no quedarnos con los bienes que nos han sido confiados, a respetar los derechos de los parientes, a contenernos ante las transgresiones y el derramamiento de sangre. Nos ha prohibido todo tipo de inmoralidad, decir mentiras, usurpar los bienes de los huérfanos, calumniar a las mujeres castas. Nos ha ordenado adorar a Allahu ta’âlâ sin atribuirle asociado alguno. Todo esto lo hemos aceptado y creemos en lo que ha traído procedente de Allahu ta’âlâ. Hemos cumplido lo que ha ordenado. Adoramos a Allahu ta’âlâ. Consideramos prohibido lo que Él ha prohibido y permitido lo que Él permite, y actuamos en consecuencia. Por este motivo, nuestro pueblo se ha enemistado y nos ha sometido a todo tipo de crueldades. No han atormentado queriendo que dejemos de adorar a Allah. Nos han torturado. Nos han oprimido. Han interferido entre nosotros y nuestra religión. Han querido que abandonemos nuestra religión. Así que nos fuimos de nuestra tierra y buscamos refugio en tu país. Te hemos preferido a todos los demás. Hemos buscado tu protección y tu cercanía. Y esperamos no encontrarnos con la injusticia”. Luego, Hadrat Ŷa’far siguió hablando:

“En lo que respecta al saludo, lo hemos hecho con el saludo del Rasûlullah. Nosotros nos saludamos de la misma manera. Nuestro Maestro, el Profeta, nos ha dicho que los saludos en el Paraíso son de la misma manera. Esta es la razón de que hayamos saludado a vuestra excelencia de esta manera. Y como nuestro Maestro, el Profeta, ha dicho que no está permitido postrarse (saŷda) ante los seres humanos, nos confiamos a Allahu ta’âlâ a la hora de postrarnos ante nadie excepto Él”.

El Negus preguntó: “¿Sabes algo de lo que Allah ha informado?” Cuando Hadrat Ŷa’far dijo que sí, el Negus dijo: “Recítame algo”. Hadrat Ŷa'far empezó a recitar las primeras âyats de la Sûra Maryam. (También se ha transmitido que eran de la Sûra-ul ’Ankabût o la Sûra Rûm). El Negus empezó a llorar. Las lágrimas de sus ojos mojaron su barba. Los sacerdotes también lloraban. El Negus y los sacerdotes dijeron: “¡Oh Ŷa’far! Recita más de esas palabras tan dulces y hermosas”. Hadrat Ŷa’far recitó el comienzo de la Sûra Kahf, que dice:

> **“Alabado sea Allahu ta’âlâ que ha revelado el Libro correcto** (Qur’ân al-karîm) **que no tiene confusión en las palabras ni contradicción en los significados** (lejos de excesos y eufemismos)**, a Su esclavo** (Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam)**, para atemorizar a los incrédulos con un castigo penoso** (el Fuego) **procedente de Él, el Todopoderoso, para anunciar a los creyentes que hacen buenas acciones una gran recompensa** (el Jardín) **en el que permanecerán para siempre, y para atemorizar a los que dicen que ‘Allahu ta’âlâ ha tenido un hijo’. Ni ellos** (que dicen que Allahu ta’âlâ ha tenido un hijo) **ni sus ancestros saben nada al respecto** (sobre esa palabra)**. Esa palabra que han pronunciado era una gran incredulidad** (politeísmo)**. Solo dicen mentiras”.**
>
> **“**(¡Oh mi Rasûl!) **¿Si no creen en este Qur’ân al-karîm, vas a cansarte con tristeza e ir yendo tras ellos? Hemos hecho las cosas de la tierra** (minerales, animales y plantas) **como adornos con los que probar a aquellos cuyas acciones son buenas** (que han abandonado los deseos mundanos)**…”**

El Negus no pudo contenerse a la hora de decir: “Juro por Allah que esto es una luz que brilla a partir de la misma vela. Mûsa e Îsâ, alaihim-us-salâm, también vinieron con ello”. Luego se volvió hacia los emisarios de los Quraysh y dijo: “Iros; juro por Allah que no os los voy a entregar ni les deseo mal alguno”. Abdullah bin Abî Rabîa y Amr bin Âs abandonaron la presencia del Negus.

Amr dijo a Abdullah, “Juro que haré que se conozca alguna de sus faltas ante el Negus. Verás cómo soy capaz de aniquilarlos por completo”. Su amigo dijo a Amr: “A pesar de que se oponen a nosotros, tenemos al menos un parentesco con ellos. No hagas eso”. Amr dijo: “Diré al Negus que consideran que Jesús, ‘alaihi'-salâm, es un esclavo más de Allahu ta’âlâ”.

Al día siguiente fue a ver al Negus y dijo: “¡Oh gobernante! Esta gente difama a Îsâ (Jesús) hijo de Maryam, ‘alaihis-salâm). Envía a alguien que les pregunte qué dicen sobre Îsâ ‘alaihis-salâm. El Negus envió una persona a los musulmanes para saber qué tenían que decir sobre Hadrat Îsâ. Estos se preguntaron: “¿Qué vamos a decir si nos pregunta sobre Îsâ ‘alaihis-salâm?” Hadrat Ŷa’far dijo: “Juro por Allah que le diremos lo que ha dicho Allahu ta’âlâ, lo que nos ha traído nuestro Maestro, el Profeta”.

Cuando se presentaron de nuevo ante el Negus, este les preguntó: “Qué decís sobre Îsâ (Jesús), hijo de Maryam, ‘alaihis-salâm?” Hadrat Ŷa’far contestó: “Lo que nosotros decimos sobre Îsâ, ‘alaihis-salâm, es lo que nuestro Maestro, el Profeta, trajo de Allahu ta’âlâ y luego nos transmitió. Nosotros aceptamos que él, (Îsâ, ‘alaihis-salâm) es el esclavo y el mensajero de Allahu ta’âlâ, además de Su palabra que Allahu ta’âlâ confió a Hadrat Maryam, que era casta y se había entregado al Haqq ta’âlâ al renunciar al mundo y a los hombres. Esta es la condición y la gloria de Îsâ, el hijo de Maryam. Nosotros decimos que, del mismo modo que Allahu ta’âlâ creó de arcilla a Hadrat Adam, ‘alaihis-salâm, Él creó a Îsâ, ‘alaihis-salâm, sin padre”. El Negus bajó la mano al suelo, tomó un tallo de paja y dijo: “Yo juro que Îsâ, ’alaihis-salâm, el hijo de Maryam, no es más ni menos de lo que habéis dicho. La diferencia entre él y lo que habéis dicho no es mayor que esta brizna de paja”.

Cuando el Negus acabó de decir esas palabras, los dignatarios y funcionarios del gobierno comenzaron a susurrar y murmurar. Cuando se dio cuenta de ello, dijo: “No importa lo que digáis, yo juro que solo pienso cosas buenas de esta gente”. Luego, dirigiéndose a los emigrantes musulmanes, dijo: “¡Os felicito a vosotros y a todos aquellos con los que habéis venido aquí! Yo creo en el hecho de que es el Mensajero de Allahu ta’âlâ. La Biblia ya nos había hablado de él. Y también habló de ese Rasûl Îsâ, ’alaihis-salâm, el hijo de Maryam. ¡Juro que si él estuviese ahora aquí, le quitaría el calzado y le lavaría los pies! Iros por favor y vivir en paz y seguridad, a salvo de cualquier tipo de afrenta, en la parte de mi país que no ha sido tocada. Prometo destruir a todos los que os causen mal alguno. ¡Aunque me dieran una montaña de oro, jamás ofenderé a ninguno de vosotros!”

Dicho esto, y en lo que respecta a los regalos que trajeron los emisarios de los Quraysh, los devolvió y dijo: “¡No los necesito! Allahu ta’âlâ no me pidió un soborno cuando me devolvió mis posesiones que habían sido usurpadas por otros y cuando hizo que mi pueblo me obedeciera”. Los emisarios de Quraysh regresaron con las manos vacías. Y el afortunado Negus hizo felices a los Ashâb-i kirâm abrazando el Islam.

Años de tristeza…. Bloqueo

Los politeístas intentaban constantemente impedir la difusión del Islam y que penetrase en los corazones. A pesar de todo, el número de musulmanes aumentaba cada día. Las torturas y las crueldades no apartaban a los musulmanes de su camino; al contrario, fortalecían su unidad y solidaridad. Ninguno renunció a su religión; no dudaban a la hora de sacrificar sus vidas en nombre de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Como las tribus de Mecca se enteraban de lo que pasaba, su interés por el Islam era cada vez mayor y la luz del Islam llegaba cada vez a más lugares. Los politeístas se enfurecieron aún más cuando se enteraron de que los hombres que habían enviado a Abisinia no habían conseguido lo deseado; y lo que era aún peor, el Negus Ashama en persona se había hecho musulmán, protegía a los musulmanes y los trataba muy bien. Para vengarse y erradicar el Islam, se reunieron y tomaron una horrible decisión: “¡Dondequiera que esté, dondequiera que sea visto, Muhammad será matado!” Los incrédulos juraron por turnos cumplir lo decidido.

Abû Tâlib se entristeció mucho cuando se enteró de la decisión tomada por los politeístas. La vida futura de su sobrino bendecido le llenaba de ansiedad. Reunió a su tribu y les ordenó proteger al Maestro de los mundos frente a los politeístas Quraysh. Con el celo que suscita el parentesco, los hijos de Hâshim se unieron para cumplir esa orden. Para conseguirlo, invitaron a nuestro Maestro, el Profeta, y a todos sus Compañeros, a trasladarse a Shi'b-i Abû Tâlib, la zona donde vivía Abû Tâlib. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, reunió a sus Compañeros y se establecieron en Shi'b. Entre los hijos de Hâshim, Abû Lahab fue el único que se opuso a la decisión de proteger a nuestro Maestro, el Profeta. Él no se trasladó a Shi'b, se unió a los politeístas y empezaron a buscar la oportunidad para matar a nuestro Profeta.

Cuando vieron que nuestro Maestro, el Profeta, y sus Compañeros se habían establecido en el barrio de Abû Tâlib, los politeístas se reunieron de nuevo y decidieron lo siguiente:

"¡Hasta que Muhammad no sea entregado a los Quraysh para ser matado, ninguna joven de los hijos de Hâshim será tomada como esposa! ¡Ni a ellos se les dará joven alguna! ¡No se les venderá nada! ¡No se les comprará nada! ¡Nadie se encontrará o hablará con ellos! ¡Nadie entrará en sus casas o en su vecindad! ¡No se aceptarán las peticiones de paz que hagan! ¡No se les tendrá compasión!" Estas decisiones las puso por escrito un politeísta llamado Mansûr bin Ikrima. Luego pusieron el papel en la Kâ'ba para que todo el mundo lo viera y las cumpliera.

Cuando nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se enteró de estas noticias, se apenó mucho e hizo una súplica que fue aceptada de inmediato. Las manos del desdichado Mansûr quedaron inútiles de repente. Los politeístas estaban asombrados. Dijeron: "¡Fijaos! Ante nuestra crueldad con los hijos de Hâshim, las manos de Mansûr han quedado inútiles, se ha encontrado con una calamidad". Pero en vez de recuperar el sentido común, se enfadaron aún más. Pusieron vigilancia en los caminos que llevaban a Shi'b. Impidieron la entrada de alimentos y ropas. A los comerciantes que venían a Mecca les dijeron que no fueran a Shi'b, que no llevaran allí sus mercancías. Les dijeron que, si era necesario, se las comprarían a precios más elevados. Suponían que matarían de hambre a la gente de Shi'b o que los hijos de Hâshim se arrepentirían y les entregarían a nuestro Profeta. Esta situación debería continuar cada año hasta que llegara la época de visitar la Kâ'ba.

Según la tradición, durante ese periodo no se podía derramar sangre. En consecuencia, los hijos de Hâshim podrían ir a Mecca y comerciar para satisfacer sus necesidades anuales. Pero cuando uno de ellos se dirigía a comprar algunos artículos, algunos de los politeístas más prominentes, como Abû Lahab y Abû Ŷahl se presentaban de inmediato en el lugar y decían a los vendedores: "¡Oh comerciantes! Incrementad vuestros precios a los Compañeros de Muhammad para que no puedan comprar cosa alguna al ser tan caros. Y si luego vuestras mercancías no se han vendido por este motivo, nosotros las compraremos todas". Los comerciantes ponían precios exorbitantes y los musulmanes regresaban sin comprar nada.

Esta es la razón de que nuestro amado Profeta, nuestra madre Hadrat Jadîŷa y Hadrat Abû Bakr-i Siddîq, gastaran todos sus bienes intentando detener los llantos de hambre de los niños. Cuando gastaron todo su dinero, comieron las hojas de los árboles y las plantas silvestres. Para apaciguar el hambre de los niños, humedecieron trozos de cuero, los cocinaron y se los dieron a comer. Nuestro Profeta y los Compañeros ataron piedras sobre sus estómagos bendecidos. Las madres, que no eran más que piel y huesos, intentaban detener el llanto de sus hijos. Si un politeísta sentía compasión y les llevaba algo en secreto, los demás le golpeaban y lo insultaban con dureza. En resumen: no había tráfico de mercancías y los musulmanes estaban en una situación muy difícil.

Los politeístas esperaban en vano que, con esta crueldad extrema, los hijos de Hâshim recapacitarían y Abû Tâlib les entregaría a nuestro Maestro, el Profeta. No obstante, y opuestos a estos pensamientos de los politeístas, los musulmanes del barrio de Abû Tâlib protegieron a nuestro Maestro, el Profeta, y adoptaron todas las medidas para que no sufriera daño alguno. Para impedir el posible asesinato, Abû Tâlib puso guardianes en el lugar donde dormía nuestro Maestro, el Rasûlullah, y lo alojó en su propia casa. Nuestro Maestro, el Profeta, que no quería pasar un solo segundo sin hacer algo bueno, intentaba propagar el Islam invitando a la gente a la religión para que pudiera salvarse del Fuego. Armado de paciencia, siguió enseñándoles este camino. Un día, nuestro Maestro, el Rasûlullah, a fin de que los politeístas Quraysh, que lo rechazaban, supiesen cómo era el hambre que padecía, hizo la súplica siguiente: **“¡Oh Allah! Ayúdame haciendo que esa gente sufra el tormento de la hambruna durante siete años como en los días de Yûsuf** (José, ’alaihis-salâm)**”.**

Durante los días que siguieron no cayó del cielo ni una sola gota de lluvia. El suelo comenzó a agrietarse. Era imposible ver una sola planta verde. Los politeístas Quraysh estaban perplejos. Intentaban evitar la muerte comiendo carroñas y las pieles malolientes de los perros. Sus hijos empezaron a llorar de hambre. Muchos murieron. El hambre hacía que, cuando miraban al cielo, les parecía que todo estaba cubierto de humo. Fue entonces cuando empezaron a darse cuenta de la crueldad del castigo al que habían sometido a los demás. Decidieron enviar a Abû Sufyân a la presencia de nuestro Maestro, el Profeta. Abû Sufyân llegó e hizo un juramento. Dijo: “¡Oh Muhammad! Tú dices que has sido enviado como una misericordia para los

mundos. Nos ordenas que creamos en Allah y defendamos los derechos de los parientes. Y sin embargo, tu pueblo está muriendo de hambre. Pide a tu Rabb que aparte esta calamidad de nosotros; Allah aceptará tu súplica. ¡Si lo haces, todos creeremos!”

Así fue cómo pusieron fin a sus crueldades y torturas; habían experimentado la dificultad y comenzaron a suplicar a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Nuestro Maestro, el Profeta, no les hizo recordar lo que habían hecho; llevado por su promesa “¡Todos creeremos!” elevó al cielo sus manos bendecidas y suplicó al Ŷanâb-i-Haqq. Allahu ta’âlâ aceptó la petición de Su amado y envió una gran cantidad de lluvia sobre Mecca. La tierra quedó saciada de agua y las plantas comenzaron a reverdecer. Pero aunque los politeístas se habían librado de la sequía y la escasez, olvidaron su promesa y persistieron en la incredulidad.

Como respuesta a lo sucedido, Allahu ta’âlâ declaró lo siguiente en unas âyat-i karîma que hizo descender: **“Antes al contrario; están dudando** (sobre el Qur’ân al-karîm y la resurrección) **y se burlan** (de ti)**. En consecuencia,** (¡Oh amado Mío!) **espera el día en el que el cielo traiga un humo manifiesto. Ese humo envolverá a la gente que dirá: ‘¡Esto es un tormento grave! ¡Oh Rabb nuestro! Aparta de nosotros este tormento para que creamos”. ¿Cómo pueden reflexionar y extraer una lección? A pesar de que ha venido a ellos un Profeta hablando de la verdad, se han apartado de él. Dijeron: ‘Le han lavado el cerebro, está loco de amor’. Nosotros apartaremos este tormento** (humo o hambre) **un poco** (o durante un corto periodo de tiempo)**. No obstante, volveréis otra vez a la incredulidad y el politeísmo. En el día en el que les golpearemos con vehemencia** (el día de Badr)**, no cabe duda de que nos vengaremos de ellos”.**

“En el nombre de Mi gloria, ciertamente, habíamos sometido a prueba a la nación de Faraón (dándole tiempo y muchos bienes materiales) **antes de éstos** (los Quraysh)**. Les llegó, procedente de Nosotros, un profeta honorable** (Mûsâ, ’alaihis-salâm)**. Les dijo: ‘Dame a los esclavos de Allahu ta’âlâ** (los hijos de Israil). (Envíalos conmigo. No los molestes. No les atormentes). **Ciertamente yo soy un profeta verídico que ha sido enviado por Allahu ta’âlâ con una revelación. No seáis arrogantes con Allahu ta’âlâ. Porque he venido a vosotros con la prueba que demuestra que mi misión es verdadera. He venido con un milagro. Y sabed**

que no temo que me lapidéis o me matéis. Yo me refugio en Allahu ta'âlâ, que es vuestro Rabb y el mío. Él será Quien me proteja. Si no me confirmáis y creéis en mí, dejarme marchar. (Yo no estoy interesado en ningún bien que tengáis. Suficiente es que vuestro mal no me alcance)**".** (No tenían fe y lo negaron. Más aún; cuando empezaron a atormentarlo y torturarlo) **Mûsâ** ('alaihis-salâm) **suplicó a Allahu ta'âlâ, "¡Oh mi Rabb! Esta es una nación empecinada en la incredulidad". Allahu ta'âlâ le hizo una revelación: "¡Por la noche, sal** (de Egipto) **con Mis esclavos** (los hijos de Israil)**! Cuando se den cuenta de ello, Faraón y sus cohortes os perseguirán** (No hay duda de que irán tras vosotros)**. Cuando hayas pasado el mar con tu nación, déjalo como esté** (no golpees el suelo con tu cayado otra vez. No cierres los caminos abiertos. Déjalos así)**. Puesto que el Faraón y sus soldados entrarán en esos caminos y se ahogarán".** (Sûra Dukhân: 9-24)

Los politeístas no cumplieron su palabra, "nosotros creeremos", y comenzaron de nuevo con la opresión. Un día, una revelación de Allahu ta'âlâ, informó a nuestro Profeta que había ordenado que un gusano destruyera el documento que estaba colgado en la Kâ'ba. El gusano comió todo lo que estaba escrito excepto el nombre de Allahu ta'âlâ. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo a Abû Tâlib, **"¡Oh tío! Mi Rabb, Allahu ta'âlâ, ha hecho que un gusano destruya el documento de los Quraysh. Excepto el nombre de Allahu ta'âlâ, no ha dejado nada de lo mencionado, como la crueldad, romper las relaciones con los parientes, las calumnias. Lo ha destruido todo".**

Cuando Abû Tâlib le preguntó: "¿Eso te lo ha dicho tu Rabb?" Nuestro Maestro, el Profeta, respondió: **"Sí".** Entonces, Abû Tâlib dijo: "Yo doy testimonio de que solo tú dices la verdad". Y salió de inmediato hacia la Kâ'ba. Los politeístas más distinguidos estaban allí sentados. Cuando vieron que venía Abû Tâlib, dijeron: "¡Es muy probable que venga a entregarnos a Muhammad!" Cuando Abû Tâlib llegó a su lado, dijo: "¡Oh comunidad de los Quraysh! El hijo de mi hermano, cuyo apodo es Al-Amîn y que nunca miente, me ha dicho que todo lo que estaba escrito en ese documento, excepto el nombre de Allah, ha sido destruido por la carcoma. ¡Traed el documento para que lo veamos! Si sus palabras son verdad, ¡juro que seguiremos protegiéndole hasta que nos llegue la muerte! Ha llegado la hora de que abandonéis vuestra crueldad y mala conducta".

Los politeístas bajaron el documento de la pared de la Kâ'ba y lo trajeron con gran excitación. Cuando Abû Tâlib dijo, "¡leedlo en voz alta!", uno de ellos desdobló el documento y vio que todo el texto había desaparecido excepto "Bismika Allahumma". Los politeístas estaban asombrados y enmudecidos. Parte de ellos convenció a los demás para que levantaran el bloqueo, cosa que hicieron después tener sitiados a los musulmanes tres años y causar heridas profundas en los corazones. No obstante, no abandonaron la enemistad y utilizaron más violencia. Intentaron todos los medios para impedir que se propagara el Islam. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el Islam se difundía con rapidez y nuestro amado Profeta Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, trabajaba sin descanso para salvar a la gente de la oscuridad de la era de la negligencia y así obtener el verdadero deleite. Los que consiguieron esta felicidad, dieron gracias a Allahu ta'âlâ por la gran bendición obtenida y no cayeron en el desánimo ante los insultos y los tormentos de los politeístas. Al ver los milagros de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y cómo se aferraban los musulmanes a su religión, muchos corazones fueron iluminados con la luz del Islam.

La luna se divide en dos

Uno de los mayores milagros de nuestro Maestro, el Profeta, fue dividir la luna en dos partes. Un grupo de politeístas, entre los que estaban Abû Ŷahl y Walîd bin Mugîra, dijeron a nuestro maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam: "¡Si de verdad eres un profeta, divide la luna en dos partes; y que una mitad esté sobre el Monte Kuaykian y la otra sobre el Monte Abû Qubays!" Nuestro Maestro, el Rasûlullah, preguntó: **"Si hago eso, ¿llegaríais a creer?"** Contestaron: "Sí, creeremos". Nuestro Maestro, el Rasûlullah pidió a Allahu ta'âlâ que dividiera la luna. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, vino inmediatamente a nuestro amado Profeta y dijo: "¡Oh Muhammad! Avisa a los habitantes de Mecca para que esta noche contemplen el milagro". Nuestro Maestro, el Profeta, anunció que esa misma noche, en la que había luna llena, esta se dividiría en dos, algo que deberían contemplar los que quisieran extraer una lección de ello. Esa noche, cuando nuestro amado Profeta hizo una señal con su dedo bendecido, la luna se dividió en dos. Una parte podía verse sobre el Monte Abû Qubays y la otra sobre el Monte Kuaykian. Y luego se unieron de nuevo en el cielo.

El Rasûlullah dijo a sus Ashâb, **“¡Oh Abû Salama bin Abdulasad, Arkam bin Abi’l Arkam! ¡Contempladlo!”** Y también dijo a los Compañeros que estaban junto a él: “**¡Contempladlo!”** Los politeístas estaban viendo otro milagro con sus propios ojos. Y sin embargo, no cumplieron su palabra, no creyeron. Es más, quisieron impedir que los demás creyeran y dijeron: “¡Esto no puede ser más que la magia de Muhammad! ¡Pero no hechizará a todo el mundo! Vamos a preguntar a la gente que venga de otros lugares si han contemplado este suceso. Si lo han visto, le pretensión de Muhammad como profeta es verídica. En caso contrario, no es más que magia”. Así lo hicieron: preguntaron a la gente que había venido de otros lugares e incluso enviaron a emisarios para preguntar por otros territorios. Todos oyeron la misma cosa: “Sí, esa noche vimos que la luna se dividía en dos”. Los politeístas lo negaron de nuevo. A su cabeza estaba Abû Ŷahl. Para impedir que la gente obtuviera la bendición de la creencia, corrompía los corazones diciendo: “¡La magia del huérfano de Abû Tâlib ha llegado a afectar incluso al cielo!” Ante esta negativa, Allahu ta’âlâ hizo descender unas âyat-i karîma, que declaran:

“Se acercaba la hora (el Último Día) **y la luna se partió** (se dividió en dos)**. Cada vez que ven** (los incrédulos Quraysh) **un milagro** (que demuestra que Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es un Profeta) **se apartan** (a la hora de contemplarlo y creer en ello) **y dicen: ‘Es una magia constante** (incesante, exhaustiva y fuerte)’. **Y lo negaron** (el Profeta o el milagro)**. Se entregaron a sus propios deseos** (a las exigencias y deseos de sus almas carnales)**. No obstante, cada acontecimiento** (en cuanto predestinado) **habrá de ocurrir** (los que son del Paraíso entrarán en el Paraíso y los que son del Fuego entrarán en el Fuego)**. Y muchas veces vinieron a ellos** (a los politeístas de Mecca) **noticias importantes** (en el Qur’ân al-karîm, sobre las situaciones de las comunidades pasadas y sobre la Otra Vida) **que deberían hacerles renunciar** (a la incredulidad y la testarudez de forma vehemente)**. Este es un significado perfecto.** (Si no lo afirman)**, los Mensajeros que les advierten sobre el castigo del Fuego jamás les serán de utilidad. Así pues,** (¡oh amado Mío! Una vez que les hayas informado de tu misión profética e invitarlos a la verdad) **aléjate de ellos. El Día en el que aquél que los llame** (Isrâfil o Ŷabrâil) **invite** (a los incrédulos) **a lo que niegan** (la Rendición de Cuentas) **saldrán de sus**

tumbas como saltamontes desorientados, serviles y despreciables (en un estado de ignorancia por el terror que experimentarán)**. Los incrédulos** (inclinando sus cabezas) **dirán: 'Hoy es, para nosotros, un día duro y difícil', al tiempo que irán corriendo hacia quien les ha llamado".** (Sûra Qamar: 1-8)

¡Que Allah también te guíe a ti!

Tras el bloqueo de tres años al que los politeístas sometieron a los musulmanes, vino a visitar a nuestro Maestro, el Rasûlullah, un grupo de gente del Naŷrân. Eran unas veinte personas. Habían oído hablar del Islam de boca de los Ashâb al-kirâm que habían emigrado a Abisinia. Habían venido a Mecca para aprender más sobre el Islam y experimentar el deleite de ver a nuestro Maestro, el Profeta. Se encontraron con él cerca de la Kâ'ba-i mu'azzama. Le hicieron muchas preguntas. Recibieron respuestas más perfectas y hermosas que lo que jamás habían imaginado. Los politeístas de los Quraysh los vigilaban con mucha atención. Nuestro amado Profeta, que había sido enviado como una misericordia para los mundos, recitó unos versículos del Qur'ân al-karîm. Oírlos les conmovió mucho y empezaron a llorar. Luego, invitados por nuestro Maestro, se hicieron musulmanes al repetir la Kalima-i shahâdat. Cuando pidieron permiso para volver a su tierra, Abû Ŷahl se acercó y les insultó diciendo: "¡Hasta hoy no hemos visto a gente tan idiota como vosotros! ¡Con solo sentarse una vez con él, habéis abandonado vuestra religión y aceptado todo lo que ha dicho!" Esas personas, que acababan de disfrutar del honor de ser Compañeros, dijeron: "Pedimos a Allahu ta'âlâ que también te guíe a ti al camino recto. No te vamos a responder con los insultos y las acciones alocadas con las que nos has afrontado. No obstante, debe saber que, por culpa de las palabras de unos pocos ignorantes, no pensamos perder esta gran bendición que hemos obtenido. Jamás renunciaremos a esta religión".

Con respecto a este suceso, Allahu ta'âlâ hizo descender unas âyat-i karîma que declaran: **"Antes de esto** (el Qur'ân al-karîm)**, mucha de la gente a la que le hemos dado el Libro, también han creído en este** (el Qur'ân al-karîm)**. Cuando les fue recitado dijeron: 'Hemos creído en esto. No hay duda de que es una verdad que procede de nuestro Rabb. Ciertamente, éramos una gente que ya había aceptado el Islam con anterioridad'. A estos se**

les dará una doble recompensa por su paciencia (y perseverancia)**. Rechazaron el mal valiéndose del bien. Gastaron en el bien parte de las cosas que les hemos concedido. Cuando oyen una mala palabra, se apartan y dicen: 'Nuestras acciones nos pertenecen a nosotros y las vuestras os pertenecen a vosotros. Salâm** (la paz) **sea con vosotros. No buscamos a los ignorantes** (y no queremos su amistad)**".** (Sûra Kassas: 52-56)

Año de tristeza

Qâsim, que era el hijo mayor de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, había fallecido cuando tenía diecisiete meses. Años después de este triste suceso, Abdullah, su otro hijo, también falleció. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, se volvió llorando hacia una montaña y dijo: **"¡Oh Montaña! ¡Si te hubiese pasado a ti lo que me ha afligido a mí, no habrías podido soportarlo y te habrías desmoronado!",** expresando así su enorme tristeza. A la hora de responder a la pregunta de nuestra madre Hadrat Jadîŷa, "¡Oh Rasûlullah! ¿Dónde están ahora?", dijo: **"están en el Paraíso".**

Los politeístas se alegraron mucho cuando se enteraron de que el Maestro de los mundos, nuestro amado Profeta, había perdido a sus dos hijos varones. Algunos incrédulos, como por ejemplo Abû Ŷahl, lo veían como una oportunidad y fanfarroneaban diciendo: "Ahora, la posteridad de Muhammad se ha terminado. Ya no le quedan hijos que continúen su linaje. Cuando muera, su nombre será olvidado". A este respecto, Allahu ta'âlâ hacía descender la Sûra al-Kawzar y consolaba a Su Mensajero. La Sûra declara: **"**(¡Oh amado Mío!) **Ciertamente te hemos dado el Kawzar** (Nosotros te hemos otorgado el río de al-Kawzar, muchas bendiciones)**. En consecuencia, haz la oración ritual ante tu Rabb y ofrece sacrificios de animales… No hay duda de que la persona que te insulta** (diciendo que no tienes herederos) **es perversa y sin posteridad...** (Carece de linaje, de honor y es un infame. En cuanto a ti, oh amado Mío, tu diáfano linaje y tu nombre perdurarán hasta el Día de la Rendición de Cuentas. Y en la Otra Vida disfrutarás de grandes honores)**".**

En los días que siguieron a la muerte del hijo de nuestro Maestro el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, Abû Tâlib cayó enfermo agravándose su estado cada día. Cuando los

politeístas Quraysh se enteraron, decidieron visitar a Abû Tâlib. Lo que pensaban era lo siguiente: “Cuando Abû Tâlib estaba bien, tenía que esforzarse para proteger a Muhammad. Ahora, su muerte se aproxima con rapidez. Vamos a visitarlo aunque estas sean sus últimas horas. El caso es que héroes árabes como Hamzâ y ’Umar, cuya valentía y temeridad son tan evidentes como el sol, se han hecho musulmanes. Cada día, grupos de personas de las tribus árabes vienen a verlo y le juran obediencia. Los musulmanes son cada vez más. En consecuencia, va a ser necesario obedecerles o combatirlos. Vamos a ver a Abû Tâlib para que intente reconciliarnos. Y no ataquemos la religión de Muhammad para que él no ataque la nuestra”.

Gente de sobra conocida, como Uqba, Shayba, Abû Ŷahl, Umayya bin Halaf, se sentaron junto al lecho de Abû Tâlib y le dijeron: “Nosotros creemos en tu grandeza y aceptamos tu supremacía. Nunca nos hemos opuesto a ti. Pero tememos que, tras tu muerte, Muhammad nos confronte y la hostilidad entre nosotros continúe. Reconcílianos para que no ataquemos nuestras religiones”.

Abû Tâlib mandó llamar a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y le dijo: “Todos los personajes distinguidos de los Quraysh te piden que no interfieras con su religión. Si lo aceptas, estarán a tu servicio y te ayudarán”. El Maestro de los mundos dijo: **“¡Oh tío mío! Solo quiero invitarles a una palabra con la que todos los árabes estarán sometidos a ellos y los no árabes les pagarán ŷizya** (una especie de impuesto)”. El Profeta había dicho a los más distinguidos de los Quraysh: **“¡Sí! Con que solo me digáis una palabra conseguiréis que los árabes y los no árabes sean vuestros vasallos”.** Abû Ŷahl había dicho: “De acuerdo. La diremos diez veces. ¿Cuál es esa palabra?” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Decir ‘Lâ ilâha illa’llâh’ y renunciar a los ídolos que adoráis aparte de Allahu ta’âlâ”.** Los politeístas reaccionaron de inmediato diciendo: “¡Pídenos cualquier otra cosa!” Y nuestro Maestro, el Profeta, les dijo: **“Aunque me trajerais el sol y lo pusieseis en mis manos, yo no os pediría otra cosa”.**

Los politeístas dijeron: “¡Oh Abu'l Qâsim! Nos estás ofreciendo algo inconcebible. ¡Nosotros queremos complacerte pero tú no haces lo mismo con nosotros!” Dicho esto, se levantaron y

se fueron. Cuando habían partido, Abû Tâlib dijo a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam: “Lo que querías de los Quraysh era muy pertinente. Has dicho la verdad”. Estas palabras de su tío dieron esperanzas a nuestro Maestro, el Profeta. Se dio cuenta de que Abû Tâlib podía llegar a creer. Dijo: **“¡Oh tío mío! Di ‘Lâ ilâha illa’llâh’ una sola vez para que pueda interceder por ti en el Día del Juicio”.** Abû Tâlib respondió: “Mucho me temo que la gente me critique diciendo: ‘tuvo miedo a la muerte y se hizo musulmán’. De no ser este el caso, me gustaría hacerte feliz”. Luego dijo que abrazar el Islam era algo excesivo para su alma carnal (nafs). Su enfermedad se agravó y falleció a los pocos días.

¡Oh soberano del mundo, sultán de la tierra y de los mares!
¡Oh superior a los ángeles, el último y más encumbrado Profeta!
“Lî ma’allahi waktun” nos habla de tu estado.
Tú eres vida para el cuerpo, dulzura para la lengua, amado por el corazón.

Allah siempre te alaba, Ahmad, Muhammad, Mahmûd;
Con tu nombre se completa la declaración ‘Lâ ilâha illa’llâh’.
El ignorante no puede saber o comprender este secreto:
El Rahmân ha escrito Su nombre junto al tuyo.

Los siervos que te aman se convierten en sultanes, ¡oh mi shah!
¡Siéntate en el trono de mi corazón, o mi maestro sin igual!
A pesar de ser un pecador, te amo mucho.
Yo creo que los amantes obtienen lo que tienen de tu bondad.

Cómo no voy a amarte, si tú eres el alma de mi cuerpo.
Yo he sido creado para ti, oh mi gran sultán.
Tú eres la sangre de mis venas, tú estás más cerca de mí que yo mismo.
Tú eres el amado de los amantes, tú eres el querido por las almas.

Tú eres el remedio para todo mal, la cura de todas las almas.
Tú eres el poder de los ojos, corona de las cabezas, resplandor de los corazones.
Tú eres el Amado de Allahu ta’âlâ, tú eres la criatura más encumbrada.

Si se te conoce solo un poco, nadie buscará a otra persona.

El líder de los sabios, la guía de los eruditos.
Al verte honrado, los siete cielos y la tierra fueron felices.
El último Profeta del Haqq para los hombres y los genios.
¡Que permanezca bajo tierra el que no esté a tu servicio!

Fallece nuestra madre Hadrat Jadîŷa

Tres años antes de la Hégira, en el comienzo de Ramadán y a la edad de 65 años, falleció nuestra madre Hadrat Jadîŷa –esposa de nuestro Maestro, el Profeta, durante veinticuatro años y con la que compartió todas las penas– justo después del bloqueo que duró tres años y había estado plagado de problemas y agonías. Nuestro Maestro Fajr-i Kâinât, sallallâhu ’alaihi wa sallam, enterró en persona a nuestra madre Hadrat Jadîŷa. Su muerte le entristeció mucho. Las muertes de nuestra madre Hadrat Jadîŷa y de su tío paterno Abû Tâlib le hicieron sufrir sobremanera. Esta es la razón de que ese año se llamara el año de la tristeza.

La muerte de nuestra madre Hadrat Jadîŷa conmocionó y apenó mucho a nuestro amado Profeta. Ella fue la primera persona que había creído y confirmado a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Y también había sido su apoyo y consuelo más decidido. Cuando todos los demás eran sus enemigos, ella lo amaba de forma extraordinaria. Gastó todos sus bienes en la causa del Islam y trabajó incesantemente sirviendo a nuestro amado Profeta. Nunca afligió al Rasûlullah, nunca le causó daño alguno. Nuestro Maestro, el Profeta, lo contaba con frecuencia al recordar las virtudes de su esposa bendecida.

Un día que nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no estaba en casa, Hadrat Jadîŷa salió a buscarlo y vio a Ŷabrâil, ’alaihis-salâm, con forma humana. Nuestra madre Hadrat Jadîŷa quiso preguntarle por nuestro Maestro, el Profeta. Sin embargo llegó a pensar que podía tratarse de uno de sus enemigos y regresó a su casa. Cuando vio a nuestro amado Profeta en la casa, le contó lo sucedido. Nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, dijo: **“¿Sabes quién era la persona que viste y a la que querías preguntarle por mí? Era Ŷabrâil** (’alaihis-salâm)**. Ha querido que te transmita sus saludos. Me dijo que te informase que, en el Paraíso, se ha**

preparado para ti un edificio hecho con perlas. Y por supuesto, allí no habrá nada que te aflija, te moleste, o sea difícil o fatigoso".

Sus manos se detuvieron en el aire

Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, hablaba con sus Ashâb, que eran unos de los seres humanos más afortunados, e iluminaba sus corazones. Les informaba sobre las âyat-i karîma que habían descendido y no dejaba nada sin explicar o comprender. También solía ir a los lugares donde se reunían los politeístas y, de forma incesante, les invitaba a la creencia. Abû Ŷahl y Walîd bin Mugîra estaban enfurecidos por ello y decían: "Si esto continúa, Muhammad va a convertir a todos a su religión y no quedará nadie que adore nuestros ídolos". Un día decidieron que, para poner fin a este asunto, solo había una forma de hacerlo: matar a nuestro amado Profeta. Abû Ŷahl reunió a Walîd bin Mugîra y varios jóvenes de los hijos de Mahzûm y fue a la Baytullah. En ese momento, nuestro amado Profeta estaba haciendo la oración ritual. Abû Ŷahl agarró una piedra y avanzó hacia delante. Cuando la levantó para golpear a nuestro Maestro Habîb-i akram, sus manos se detuvieron en el aire. No pudo hacer nada. Estaba asombrado. Regresó a su lugar presa del asombro. Cuando llegó junto a los politeístas, sus manos volvieron al estado anterior y la piedra cayó al suelo.

Uno de los hijos de Mahzûm agarró la misma piedra y se acercó a nuestro Maestro, el Profeta, diciendo: "¡Ahora veréis! ¡Yo lo mataré!". Pero cuando estuvo a su lado, perdió la visión. No podía ver nada a su alrededor. Cuando se dieron cuenta de lo que pasaba, los hijos de Mahzûm fueron en grupo contra nuestro amado Profeta. Pero cuando llegaron donde estaba nuestro Maestro, el Profeta, tampoco pudieron verlo. No obstante, podían oír su voz bendecida justo a su lado. Cuando fueron hacia donde estaba la voz, esta vez la oyeron a sus espaldas. Cuando se dieron la vuelta, la voz procedía del lugar anterior. Lo mismo volvió a ocurrir varias veces. Por último, presas de un asombro absoluto, abandonaron el lugar sin poder causar daño alguno a nuestro Maestro, el Profeta. Con respecto a este suceso, Allahu ta'âlâ envió un âyat-i karîma, que declara:

“Pusimos un muro delante de ellos. Corrimos una cortina ante sus ojos. A partir de ese momento, ya no podían ver cosa alguna”. (Sûra Yâsîn: 9)

Llama a la creencia a la gente de Tâif

A pesar de haber visto muchos milagros de nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, los politeístas con su testarudez, seguían sin creer. Más aún, seguían atormentado a sus hijos, hermanos, parientes y amigos que se habían hecho musulmanes. Nuestro amado Profeta estaba muy apenado al ver que las crueldades y las torturas aumentaban. En un momento dado pensó en ir a Tâif, lugar cercano a Mecca, para invitar a su gente al Islam. Con este objetivo en mente, llevó consigo a Zayd bin Hâriza y llegaron a Tâif. Allí habló con los Banî Amr, Abd-i Yâlil, Habîb y Mas'ûd, que eran los personajes más notables de Tâif. Les habló sobre el Islam y quiso que creyeran en Allahu ta’âlâ. Ellos se negaron y lo insultaron. Y además dijeron: “¿Acaso Allahu ta’âlâ no ha encontrado a otra persona para enviar como profeta? ¿Es que Allahu ta’âlâ no puede enviar a otro que no seas tú? ¡Vete a tu tierra o a donde desees! Tú propia gente no ha aceptado tus palabras, así que ahora vienes aquí ¿no es verdad? ¡Juramos que nos mantendremos alejados de ti! No aceptaremos nada de lo que pidas”.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se marchó entristecido. Durante diez días o casi un mes, invitó a la tribu Zaqîf al Islam. Pero nadie llegó a creer, sino que se burlaron, le acosaron y le gritaron todo tipo de obscenidades. Hicieron que los jóvenes y los niños se pusieran a ambos lados del camino para tirarle piedras y atacar a nuestro Maestro. Utilizando su propia persona como escudo, Hadrat Zayd intentaba proteger a nuestro Profeta de las piedras. No le importaba que las piedras le dieran a él. ¿Acaso no estaba dispuesto a sacrificar su vida en esos días? Ahora estaban apedreando al Maestro de los mundos, estaban intentando expulsarlo de sus tierras con tormentos y torturas.

Mientras Hadrat Zayd corría de un lado para otro intentando proteger a nuestro Maestro, el Rasûlullah, las piedras le golpeaban en la cabeza, el cuerpo y los pies. El cuerpo de Hadrat Zayd estaba ensangrentado. Para proteger a su amado Profeta, gritaba a la gente cruel que tiraba las piedras: “¡No! ¡No tiréis! ¡Él es el Maestro de los mundos! ¡Él es el Mensajero de

Allah! ¡Cortar mi cuerpo en pedazos pero no hagáis daño a nuestro Profeta!" Las piedras que no alcanzaron a Zayd bin Hâriza, dieron a nuestro Maestro, el Rasûlullah, e hicieron sangrar sus pies bendecidos.

Triste, cansado y herido, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, llegó al huerto de los hermanos Utba y Shayba. Nuestro Maestro, el Profeta, por el que todos los creyentes estaban dispuestos a sacrificar sus vidas, limpiaba la sangre de sus pies bendecidos. Hizo una ablución ritual y luego, bajo un árbol, rezó dos rak'ats. Cuando terminó, alzó las manos e invocó a Allahu ta'âlâ.

Los dueños del jardín contemplaban la escena. Habían visto lo que le había pasado a nuestro Maestro, el Rasûlullah, eran testigos de su soledad. La compasión se apoderó de ellos y le enviaron unas uvas por medio de su esclavo, de nombre Addâs. Nuestro amado Profeta dijo la Basmala (Bismillâhirrahmânirrahîm) antes de comer las uvas. El esclavo que había traído las uvas era cristiano. Al oír la Basmala, quedó sorprendido. Dijo: "Llevo varios años viviendo aquí y jamás he oído a nadie decir tal cosa. ¿Qué palabras son esas?"

El Rasûlullah le preguntó: **"¿De dónde eres?"** Addâs respondió: "Soy de Ninawa". Dijo el Rasûlullah: **"Así que eres de la tierra de Yûnus,** 'alaihis-salâm**".** Addâs preguntó: "¿Cómo es que conoces a Yûnus? Aquí, nadie sabe nada de él". Rasûlullah dijo: **"Él es mi hermano, era un profeta como yo también lo soy".**

Addâs dijo: "El poseedor de ese rostro tan hermoso y de estas dulces palabras no puede ser un mentiroso. Yo creo que eres el Mensajero de Allah". Y se hizo musulmán. Luego dijo: "¡Oh Rasûlullah! Durante muchos años he servido a esta gente cruel y mentirosa. Usurpan los derechos de la gente. Engañan a los demás. No tienen un solo atributo que sea bueno. Son capaces de cometer cualquier bajeza con tal de conseguir lo mundano y satisfacer sus deseos carnales. Los odio. Quiero ir contigo, tener el honor de servirte y ser el objetivo de las atrocidades con las que te afrentan estos idiotas e ignorantes y sacrificarme para proteger tu cuerpo bendecido".

Nuestro Maestro, el Rasûlullah sonrió y dijo: **“¡Quédate con tus amos de momento! Cuando pase un poco de tiempo, oirás pronunciar mi nombre por todas partes. En esos momentos, ven a mí”**, le ordenó. Tras descansar un tiempo, regresó andando a Mecca. Durante el viaje, de dos días de camino, vio que una nube le daba sombra. Cuando la contempló con atención, se dio cuenta que era Ŷabrâil, ’alaihis-salâm (Arcángel Gabriel). Pasado un tiempo, contó a nuestra madre Hadrat Âisha-i Siddîq lo que había sucedido.

En el libro *“Sahih-i Bujâri”* y también en el *“Musnad”* de Ahmad bin Hanbal se transmite que nuestra madre Hadrat Âisha había preguntado: “¡Oh Rasûlullah! ¿Has tenido un día más angustiado que el de Uhud?” Nuestro Maestro, el Rasûlullah, había contestado: **“Juro por Allah, que en la Batalla de Uhud no he sufrido tanto como sufrí a manos de tu gente”.**

> **“Cuando me presenté ante Ibn-i Abd-i Yâlil bin Abd-i Kulâl** (es decir, cuando le hablé de mi misión profética y le invité al Islam) **no aceptó. Cuando me fui, tenía un sufrimiento tal, que no me recuperé hasta que llegué a un lugar llamado Qarn-i Saâlib. Una vez allí, alcé la cabeza hacia el cielo y vi que una nube me daba sombra. Ŷabrâil,** ’alaihis-salâm, **estaba sobre la nube. Me dijo:** ‘¡Oh Muhammad! Haqq ta’âlâ ha oído lo que la gente dice sobre ti. Él sabe que ellos no quieren protegerte y ha enviado al ángel encargado de las montañas para que le ordenes lo que desees’. **“Ese ángel vino a mí, me saludó y dijo:** “¡Oh Muhammad! Tal y como ha dicho Ŷabrâil, Haqq ta’âlâ me ha enviado, el ángel encargado de las montañas, para que me ordenes lo que desees. Estoy a tu servicio. Si quieres que esas dos grandes montañas (el Monte Kuaykian y el Monte Abû Qubays) se unan por encima de los habitantes de Mecca (y aplasten a los politeístas); dame la orden y yo lo haré”. **Yo no consentí hacerlo y dije: “**(¡No! Yo he sido enviado como una misericordia para los mundos) **Pido a Allahu ta’âlâ que, entre los descendientes de estos politeístas, cree una generación que solo adore a Allahu ta’âlâ sin atribuirle asociado”.**

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, regresaba a Mecca desde Tâif, descansó un tiempo en Nahla. En un momento en el que estaba haciendo una oración ritual, pasó cerca del lugar un grupo de genios de Nusaybin justo cuando nuestro amado

Profeta recitaba el Qur'ân al-karîm. Se detuvieron y escucharon. Luego hablaron con nuestro Maestro, el Profeta, y se hicieron musulmanes. Nuestro Maestro, el Profeta, les dijo: **"Cuando lleguéis a vuestro pueblo, habladles de mi invitación a la creencia, e invitadlos a ellos también".** Cuando esos genios regresaron junto a los suyos, los invitaron y todos los que lo oyeron se hicieron musulmanes. Este suceso aparece declarado en la Sûra Ŷîn del Qur'ân al-karîm y en las colecciones de hadîz-i sharîf de *"Bujârî"* y *"Muslim"*. Tras este acontecimiento, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, reemprendió el camino hacia Mecca.

Salvaos diciendo "Lâ ilâha illa'llâh"

Nuestro Maestro Habîb-i Akram, el Profeta Honorable, vino a Mecca bajo la protección de Mut'im bin Adî. Allí siguió invitando a la gente al camino recto. Para confrontarlo, los politeístas, se dedicaron a torturar y manifestar una crueldad mayor que en los tiempos pasados. Ante estas circunstancias, Ŷanâb-i Haqq ordenó a nuestro Maestro, el Profeta, que hablase con las tribus árabes que venían a visitar la Kâ'ba en los días de peregrinación, y que los invitara al Islam.

Una vez recibida esta orden, nuestro amado Profeta se dedicó a ir a los zocos de Zulmaŷâz, Ukâz y Maŷanna, que estaban situados alrededor de Mecca, para invitar a la gente a creer en la unidad de Allahu ta'âlâ y a adorarlo. Les decía que aceptasen su misión profética y les prometía que, si la aceptaban, Ŷanâb-i-Haqq les daría el Paraíso. Pero por desgracia, nadie prestaba atención a estas invitaciones que nuestro Maestro, el Profeta, hacía de forma implorante. Unos le maltrataban y le insultaban y otros fruncían el entrecejo y lo calumniaban. Y además, los politeístas Quraysh le seguían y pervertían las tribus que visitaba.

Según las transmisiones del Imâm-i Ahmad, Bayhakî, Tabarânî e Ibn-i Ishâq; Rabîa bin Ahmad contó que: "Yo era joven y había ido a Mina con mi padre. El Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, solía ir a los lugares donde acampaban las tribus árabes, y decía: **"¡Oh hijos de Fulano y Mengano! ¡Yo soy el Mensajero de Allahu ta'âlâ; Él os ordena que destruyáis los ídolos que adoráis, que adoréis a Allahu ta'âlâ sin atribuirle socio alguno, que creáis en mí y me**

confirméis y que me protejáis hasta que transmita y cumpla la misión para la que he sido enviado!”

Un hombre bizco con el pelo alborotado le seguía diciendo: “¡Oh hijos de Fulano y Mengano! ¡Este individuo os está prohibiendo adorar nuestros ídolos at-Lât y al-’Uzzâ y os invita a una religión que ha inventado! ¡Tened cuidado... no le escuchéis y no le obedezcáis!...” Yo pregunté a mi padre: “¿Quién es esa persona que lo sigue?” Respondió: “Abû Lahab, su tío paterno”.

Tabarâni transmitió de Târiq bin Abdullah que: “Había visto al Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, en el zoco de Zulmaŷâz. Hablaba en voz muy alta para que pudieran oírle: **“¡Oh gente! Decid ‘Lâ ilâha illa’llâh’** (no hay más dios que Allahu ta’âlâ) **para que podáis salvaros”.** Un hombre le seguía y le tiraba piedras a los pies al tiempo que decía: “¡Oh gente! ¡No le creáis! ¡Tened cuidado con él porque es un mentiroso!” Las piedras habían hecho sangrar sus pies bendecidos; pero, a pesar de todo, él seguía con su invitación sin cansarse ni ceder en su empeño. Preguntaron: “¿Quién es ese joven?” Alguien respondió: “Es un joven de los Banî Abdulmuttalib”. Luego preguntaron: “¿Quién es el hombre que le tira piedras?” Respondieron: “Su tío paterno Abû Lahab”.

Imâm-i Bujâri, en su libro titulado *“Târih-ul-Kabîr”* y Tabarânî en su libro *“Mu’ŷam-ul-Kabîr”* han mencionado: “Mudrik bin Munib transmitió de su padre, y éste de su abuelo, que: “En una ocasión habíamos ido a Mina donde nos detuvimos durante un cierto tiempo. Allí encontramos a un grupo de personas. Un hombre les decía: **“¡Oh gente! Decid ‘Lâ ilâha illa’llâh’ para que podáis salvaros”.** Algunos de los que le rodeaban escupían a su hermoso rostro, otros le tiraban tierra a la cabeza y otros le maldecían e insultaban. Esto continuó hasta el mediodía. Mientras tanto, una niña se había acercado con un recipiente lleno de agua. Cuando lo vio en ese estado empezó a llorar. El hombre bebió el agua, se volvió hacia la niña y dijo: **“¡Oh hija mía! ¡En lo que respecta a tu padre, no temas que sea atrapado o matado o que sufra el desprecio!”** Nosotros preguntamos: “¿Quién es ese hombre y quién es esa niña?” Contestaron: “El hombre es Muhammad, de los hijos de Abdulmuttalib, y la niña es su hija Zaynab”.

Sa'îd bin Yahyâ bin Sa'îd Al-Amawî transmitió de su padre en su libro *"Maghâzî"*, y su padre transmitió de Abû Naîm, Abdurrahman Âmirî y Abdurrahman Âmirî y de muchas otras personas que: "Un día, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, fue al zoco de Ukâz. Allí se encontró con la tribu de los Banî Âmir a los que preguntó: **"¡Oh Banî Âmir! ¿Cómo protegéis a los refugiados?"** Contestaron: "¡Nadie puede tendernos una emboscada ni nadie puede calentarse a nuestro fuego sin pedirnos permiso!" Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"Yo soy el Mensajero de Allahu ta'âlâ. ¿Me protegeréis hasta que transmita a la gente la misión profética que me ha encomendado mi Rabb?"** Preguntaron: "¿A quién perteneces de entre los Quraysh?" Nuestro Maestro respondió: **"Yo soy de los Banî Abdulmuttalib".** Preguntaron ellos: "Si eres de los Banî Abdulmuttalib, ¿por qué no te protegen ellos?" Nuestro Maestro, el Rasûlullah, respondió diciendo: **"Ellos han sido los primeros en rechazarme".** El grupo de los Banî Âmir dijo: "¡Oh Muhammad! Nosotros no te rechazaremos ni creeremos en lo que has traído. Pero te protegeremos hasta que transmitas tu misión profética a la gente".

Acordado esto, nuestro Maestro el Profeta, se sentó con ellos. Bayhara bin Fâris, que era uno de los líderes de la tribu Banî Âmir, puso fin a sus negocios en el mercado y regresó junto a los suyos. Al llegar, señaló a nuestro Maestro el Profeta y preguntó: "¿Quién es ese hombre? Dijeron: "Muhammad bin Abdullah". Bayhara preguntó: "¿Qué tratos tenéis con él que le permitís sentarse con vosotros?" Respondieron ellos: "Dice que es el Mensajero de Allah y nos ha pedido nuestra protección hasta que transmita su misión profética a la gente". Bayhara dijo a nuestro Profeta: "Que intentemos protegerte significa que nuestros pechos se convertirán en el objetivo de las flechas de todos los árabes". Y luego dijo a su gente: "No hay otra tribu que regrese a sus tierras con algo peor que vosotros. ¡Así que vais a luchar contra todos los árabes y hacer que vuestros cuerpos se conviertan en el objetivo de sus flechas! Si su tribu lo considerase bueno, lo habrían protegido antes que vosotros. ¡Estáis intentando proteger a un hombre que su propia gente ha denunciado y exiliado! ¡Esta forma de pensar no es correcta!"

Luego, se volvió de nuevo hacia nuestro amado Profeta y dijo las siguientes palabras desdichadas: "¡Vete de inmediato y vuelve con tu gente! ¡Juro que, de no estar entre los míos, te habría cortado la cabeza ahora mismo!" Al oír estas palabras, el Maestro de los mundos,

embargado por una gran tristeza, montó su camello. Ese insolente Bayhara hizo que nuestro Maestro, el Rasûlullah, se cayera del camello. Una mujer de los Ashâb-i kirâm, de nombre Dabâa binti Âmir, gritó y llamó a sus parientes diciendo: “¿Cómo podéis admitir lo que han hecho al amado de Allahu ta’âlâ? Por mi propio bien, ¿no hay nadie que salve al Rasûlullah de esa gente?” Tres hijos de su tío paterno se enfrentaron al desgraciado Bayhara. A pesar de que dos hombres de Bayhara trataron de ayudarlo, los otros derrotaron a Bayhara y sus partidarios. Nuestro amado Profeta que contemplaba el suceso, pidió por las tres personas que lo defendieron: **“¡Oh mi Rabb! Derrama Tus bendiciones sobre estas personas”.** Y en lo que respecta a Bayhara y sus partidarios dijo: **“¡Oh mi Rabb! Aléjalos de Tu compasión”.**

¨Los hombres por los que había bendiciones se convirtieron al Islam y los otros murieron como incrédulos. Cuando regresaron a su territorio, el grupo de los Banî Âmîr contó a un anciano de la tribu, que había leído los Libros Celestiales, lo que había sucedido en Mecca. Cuando el anciano oyó el nombre de nuestro Maestro, el Profeta, los reprendió diciendo: “¡Oh Banî Âmîr! ¿Qué habéis hecho? Hasta hoy en día, ninguno de los hijos de Ismâil ha pretendido ser un falso profeta. Ciertamente, ese hombre estaba diciendo la verdad. Y ahora será muy difícil remediar esta oportunidad perdida”.

¿Qué pasa si pongo sobre mi cabeza como corona
El pie bendito del gran Profeta?

Él, el dueño de ese pie,
Es la rosa del jardín de la profecía.

Oh Bajtî, levántate, no esperes, lávate la cara.

SULTAN AHMAD I (BAJTÎ)

MÎ’RÂŶ (ASCENSIÓN)

Así es cómo nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, transmitía el Islam a todas las tribus que veía. Les pedía que lo protegieran y ayudaran a transmitir el Islam a la gente. No obstante, no se hacían musulmanes y no aceptaban protegerlo. Más aún: le insultaban,

atormentaban, torturaban, se burlaban de él y lo acusaban de mentiroso. El Maestro de los mundos estaba muy cansado, pasaba hambre y sed, se entristecía y desanimaba. Los días pasaban de esta manera continuando hasta bien entrada la tarde. Los politeístas de Mecca le seguían a todas partes y, como impedían hacerse musulmanes a los que venían a visitar la Kâ'ba, tampoco dudaban en atormentar al Habîb-i akram. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, ya no tenía donde ir. El enemigo estaba en todas partes. Por último, fue al barrio de Abû Tâlib donde estaba la casa de Umm-i Hânî, la hija de su tío.

En esos días, Umm-i Hânî todavía no se había hecho musulmana. "¿Quién es?" dijo ella. El Rasûlullah dijo: **"Soy yo, Muhammad, el hijo de tu tío. Vengo como invitado, si me aceptas".**

Umm-i Hânî dijo: "Sacrificaría mi vida por un invitado tan verídico, honorable y digno de confianza como tú; pero si nos hubieras dicho antes que ibas a honrarnos con tu presencia, habría preparado algo. Pero ahora no tengo ningún alimento que darte". Nuestro Maestro, el Rasûlullah dijo: **"No quiero nada de comer ni de beber. No me interesa nada de eso. Me basta tener un lugar donde pueda adorar, implorar a Allah".**

Umm-i Hânî hizo entrar al Rasûlullah y le dio una estera, un tazón y una jarra. Entre los árabes, el deber más respetado era ser afable con el visitante y protegerlo de cualquier enemigo. Si un invitado sufría algún daño, sería una grave vergüenza para el anfitrión. Umm-i Hânî pensó: "Muhammad tiene muchos enemigos en Mecca. Algunos quieren incluso matarlo. Haré guardia hasta la mañana para proteger mi honor". Entonces tomó la espada de su padre y empezó a dar vueltas por la casa.

(El poseedor de un destino bendecido y gran dignidad,
pasó la noche en la casa de Umm-i Hânî.)

Ese día el Rasûlullah había sido muy lastimado. Hizo la ablución y comenzó a implorar a su Rabb, pidiendo perdón y suplicando que la gente creyera y alcanzara la bienaventuranza. Estaba muy cansado, hambriento e injuriado. Se tumbó en la estera y en pocos instantes se quedó dormido.

En ese momento, Allahu ta'âlâ ordenó a Hadrat Ŷabrâil, 'alaihis-salâm': **"He afligido demasiado a Mi amado Profeta. He causado demasiado daño a su cuerpo bendecido y a su tierno corazón. Pero él todavía Me implora. No piensa en otra cosa sino en Mí. ¡Ve! ¡Tráeme a Mi amado! ¡Enséñale Mi Paraíso y mi Fuego! Haz que vea las bendiciones que he preparado para él y para los que lo aman. Haz que vea el castigo que he preparado para los que no creen en él, le causan daño con sus palabras, escritos y acciones. Yo le consolaré. Yo curaré las heridas de su tierno corazón".**

En un instante Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, estaba al lado del Rasûlullah. Le encontró profundamente dormido y no se atrevió a despertarlo. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, tenía la forma de un ser humano. Le besó la planta de su pie bendecido. Al no tener sangre ni corazón, sus labios fríos despertaron al Rasûlullah. Reconoció a Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, de inmediato y, temiendo que Allahu ta'âlâ se hubiese enfadado con él, preguntó: **"¡Oh mi hermano, Ŷabrâil! ¿Por qué estás aquí a una hora tan desacostumbrada? ¿Es que he hecho algo incorrecto, acaso he ofendido a mi Rabb? ¿Me traes malas noticias?"**

Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, contestó: "¡Oh tú, la más encumbrada de todas las criaturas! ¡Oh tú, el amado del Creador! ¡Oh tú, el Maestro de Profetas! ¡Oh tú, el Profeta honorable, la fuente del bien y la supremacía! Allah te envía Sus saludos y te invita a Su Presencia. Levántate, por favor. Partamos de inmediato".

Nuestro amado Profeta hizo la ablución. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, puso un turbante hecho de nûr en la cabeza bendecida del Rasûlullah, lo vistió con una prenda hecha de nûr, ciñó en su cintura bendecida un cinturón hecho de rubíes y puso en su bendita mano un bastón hecho de esmeralda y adornado con cuatrocientas perlas. Cada perla brillaba como la estrella Venus. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, hizo que calzara sus pies bendecidos con unos zuecos hechos con esmeraldas verdes. Luego, cogidos de la mano, fueron a la Kâ'ba. Una vez allí, Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, abrió el pecho de nuestro amado Profeta y le sacó el corazón que lavó con agua de Zamzam. Luego trajo un recipiente lleno de hikmat (sabiduría) e îmân (creencia); los vertió en el interior del pecho y luego lo cerró.

Luego Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, le mostró un animal blanco llamado Burâq que procedía del Paraíso y dijo: “¡Oh Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam! ¡Monta este animal! Todos los ángeles esperan tu llegada”. Mientras tanto, nuestro Profeta se sintió apenado y se puso meditabundo. En ese momento Allahu ta’âlâ ordenó a Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm: **“¡Oh Ŷabrâil! ¡Pregúntale! ¿Por qué está Mi amado tan compungido?”** Cuando fue preguntado, nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, respondió: **“Se me ha honrado y respetado mucho. Y me he puesto a pensar en cómo será la situación de mi débil umma (comunidad) en el Día del Juicio. ¿Cómo van a poder aguantar tantos pecados en el lugar llamado Arasât, de pie y durante cincuenta mil años, y cómo van a pasar el Puente del Sirât que es un camino de treinta mil años?”**

Y entonces Allahu ta’âlâ ordenó: “¡Oh amado mío! Alégrate. Yo haré que para tu umma, el periodo de cincuenta mil años no sea más que un momento. ¡No te preocupes!”

Nuestro Maestro, el Profeta, se subió al Burâq. Este iba tan rápido que, con un solo paso, iba más allá de donde alcanzaba la vista. A lo largo del viaje y en lugares determinados, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, decía a nuestro amado Profeta que desmontase e hiciese namâz (oración ritual). El Maestro de los mundos desmontó e hizo namâz en tres lugares. Luego Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, le preguntó si conocía los lugares en los que había hecho namâz. Respondiendo a su propia pregunta, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo que la primera parada había sido Medina, y le informó a nuestro Profeta que emigraría a esa ciudad. Los otros lugares habían sido Tûr-i Sînâ, donde Hadrat Mûsâ había hablado con Allahu ta’âlâ, sin localización espacial y de manera desconocida, y el último era Bayt-i Lahm, donde había nacido Hadrat Îsâ. Y luego llegaron a la Masŷîd-i Aqsâ en Quds (Jerusalén).

En la Masŷîd-i Aqsâ, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, hizo un agujero en la roca con el dedo y ató al Burâq. Las almas de algunos profetas del pasado, con su forma humana, estaban allí presentes. Luego ofreció a Hadrat Âdam, Hadrat Nûh (Noé) y Hadrat Ibrâhim (Abraham), respectivamente, que hicieran de imâm para hacer el namâz en ŷamâ’at. Pero todos rehusaron hacerlo. Hadrat Ŷabrâil sugirió que fuese el Habîbullah diciendo: “Cuando tú estás presente, nadie puede ser el imâm”.

Nuestro Maestro, el Profeta, hizo un namâz de dos rak'ats siendo el imâm de los demás profetas. Luego narró lo sucedido de la siguiente manera:

"Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, **me trajo un recipiente con sorbete del Paraíso y otro con leche. Yo elegí la leche. Entonces Ŷabrâil,** 'alaihis-salâm, **me dijo que, al hacer eso, había elegido el ordenamiento** (la bienaventuranza de los dos mundos). **Luego se me ofrecieron otros dos recipientes. En uno había agua y en el otro miel. Yo bebí de ambos. Ŷabrâil dijo: 'La miel indica que tu umma** (comunidad) **perdurará hasta el fin del mundo y el agua indica que tu umma será purificada de sus transgresiones'. Luego ascendimos juntos. Ŷabrâil,** 'alaihis-salâm, **llamó a una puerta. Se preguntó: '¿Quién es?' 'Yo soy Ŷabrâil'. '¿Y el que está contigo? 'Es Muhammad'. '¿Ha sido enviada a él** (la invitación del wahy y el Mî'râŷ) **para la ascensión?' 'Sí, lo ha sido'. Entonces se dijo: '¡Marhabâ** (bienvenida) **la persona que ha venido! ¡Qué hermoso viajero es!' y la puerta se abrió de inmediato. Entonces me encontré delante de Âdam,** 'alaihis-salâm. **Me dijo 'Marhabâ' y rezó".**

"En ese lugar vi muchos ángeles. Todos estaban en qiyâm (de pie) **con jushû** (veneración profunda, humilde y sumisa) **y hudû y repitiendo la invocación 'Subbûhun quddûsun Rabbul-malâikati wa-r-rûh'. Pregunté a Ŷabrâil: '¿Es esta la adoración de estos ángeles?' Contestó: 'Sí. Desde el momento de su creación, han estado en qiyâm y así seguirán hasta el fin del mundo. Suplica a Allahu ta'âlâ que conceda esto a tu umma'. Se lo supliqué al Haqq ta'âlâ. Él aceptó mi súplica. Esto es el qiyâm en el namâz".**

"Me detuve junto a una ŷamâ'at. Los ángeles aplastaban contra el suelo las cabezas de esas personas, que luego volvían a su estado normal. Cada vez que eran aplastadas, retomaban su forma original. '¿Quiénes son?' pregunté. Respondió Ŷabrâil: 'Los que no hacían el Ŷumu'a (Oración del Viernes) **ni la ŷamâ'at y no hacían bien el rukû** (inclinación en el salât) **ni la saŷda** (postración)**'".**

Vi a una ŷamâ'at (grupo de personas). Estaban desnudas y hambrientas. Unos zabânîs (ángeles del Fuego) **los empujaban al Fuego para que se abrasaran. Pregunté:**

“¿Quiénes son?” Dijo: “Son los que no tenían misericordia con los pobres y no entregaban el zakât”.

“Me detuve al lado de una ŷamâ’at. Delante tenían alimentos deliciosos. Aparte de estos alimentos, había carroña. Las delicias no las tocaban y comían la carroña. Pregunté: “¿Quiénes son?” Dijo: “Son hombres y mujeres que abandonaban lo halal (permitido) **y se inclinaban hacia lo harâm** (prohibido) **y que comían lo harâm a pesar de tener lo que era halâl”.**

“Vi a varias personas que estaban exhaustas por tener un peso sobre las espaldas. A pesar de estar en esa situación, gritaban para que se les pusiera más peso encima. Pregunté: ‘¿Quiénes son?’ Dijo Ŷabrâil: ‘Son los malversadores. Al usurpar los derechos de la gente, los oprimían sin cesar’.

“Luego nos detuvimos junto a un grupo de gente que cortaba y luego comía su propia carne. Pregunté: ‘¿Quiénes son?’ Dijo Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm: **‘Son los que difamaban y eran indiscretos”.**

“Luego vi a un grupo de personas cuyas caras estaban ennegrecidas, de ojos azules, con el labio superior que llegaba hasta la frente, el inferior hasta los pies y de la boca salía sangre y pus. Se les obligaba a beber pus y sangre venenosa en copas que desbordaban con fuego del Infierno, y que rebuznaban como burros. Cuando pregunté: “¿Quiénes son?”, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm **dijo: “Son los que bebían alcohol”.**

“Vi a un grupo de individuos. Estaban siendo torturados arrancándoles la lengua de las bocas y su forma cambiaba a la de un cerdo. Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm **dijo: Ŷabrâil,** ‘alaihis-salâm **dijo: “Son los perjuradores”.**

“Vimos otro grupo de personas. Sus estómagos sobresalían y colgaban, eran de color azul, tenían los pies y las manos atados y no podían ponerse de pie. Pregunté a Ŷabrâil quiénes eran y dijo: ‘Son los que cobraban fâiz (interés)**’”.**

“Vimos a un grupo de mujeres. Tenían la cara negra y los ojos azules. Estaban vestidas de fuego y unos ángeles las golpeaban con mazos de fuego. Gemían como los perros y los cerdos. Pregunté: ‘¿Quiénes son?’ Dijo Ŷabrâil: ‘Son adúlteras y mujeres que hacían daño a sus maridos’”.

“Vi una ŷamâ’at. Era muy numerosa. Estaban encerrados en los valles del Infierno. El fuego los quemaba, luego resucitaban y luego eran quemados de nuevo. Pregunté: ‘¿Quiénes son?’ Dijo: ‘Son los que desobedecían a sus padres’”.

“Me detuve al lado de una ŷamâ’at. Estaban recogiendo una cosecha y ésta crecía de nuevo de forma inmediata. Pregunté: ‘¿Quiénes son?’ Dijo Ŷabrâil: ‘Son los que solo adoraban a Allahu ta’âlâ para complacerlo’”.

“Llegamos a un océano. Es imposible describir el aspecto extraordinario que tenía. Era más blanco que la leche y tenía olas como montañas. Pregunté: ‘¿Qué es este océano?’ Dijo: ‘Se llama el Mar de la Vida. Haqq ta’âlâ producirá lluvia a partir de este mar cuando Él resucite a los muertos. Cuerpos corrompidos y dispersos se levantarán de las tumbas como la hierba que empieza a brotar’”

“A continuación ascendimos al segundo nivel de los cielos. Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, **llamó a la puerta. Se preguntó: ‘¿Quién es?’ ‘Yo soy Ŷabrâil’. ‘¿Y el que está contigo?’ ‘Es Muhammad’. ‘¿Se le han enviado el wahy y la invitación al Mî’râŷ?’ ‘Sí. Se le han enviado’. Entonces se dijo: ‘¡Marhabâ** (bienvenido sea) **el que ha llegado! ¡Qué hermoso viajero es!’ Y la puerta se abrió de inmediato. Me encontré entonces al lado de mis primos Îsâ** (Jesús) **y Yahyâ bin Zakariyyâ** (Juan, hijo de Zacarías, ‘alaihuma salâm). **Dijeron ‘Marhabâ’ y rezaron por mí”.**

Me encontré con una ŷamâ’at de ángeles. Formaban una fila y todos estaban en rukû’ (reverencia)**. Tenían un tasbîh característico. Se mantenían todo el tiempo en rukû’ y no alzaban la cabeza. Ŷabrâil,** ‘alaihis-salâm’ **dijo: ‘Así es como adoran estos ángeles. Pide al Haqq ta’âlâ que conceda esto a tu umma’. Se lo pedí. Él aceptó mi súplica y otorgó el rukû’ en el namâz”.**

“Luego ascendimos al tercer nivel de los cielos. Una vez hechas las mismas peguntas y dadas las mismas respuestas, se abrió la puerta y me encontré con Yûsuf, ’alaihis-salâm. **Cuando lo contemplé, vi que la mitad de toda la belleza se le había concedido. Me dijo ‘Marhabâ’ y rezó por mí”.**

“Vi muchos ángeles. Formando una fila, todos estaban en saŷda (postración)**. Habían estado en saŷda desde el momento de su creación y hacían unos tasbîh** (glorificar a Allah) **característicos. Ŷabrâil,** ‘alaihis-salâm, **dijo: ‘Esta es la adoración de estos ángeles. Suplica a Allahu ta’âlâ que se lo conceda a tu umma’. Lo supliqué. Él aceptó mi súplica y os lo ha dado en el namâz”.**

“Luego llegamos al cuarto nivel de los cielos. Tenía una puerta luminosa hecha de plata pura. Tenía una cerradura hecha de nûr (luz)**, en la que estaba escrito: ‘Lâ ilâha illa’llâh Muhammadun Rasûlullah.’ Tras las mismas preguntas y respuestas, me encontré con Idrîs,** ’alaihis-salâm. **Me dijo ‘Marhabâ’ y rezó por mí. Allahu ta’âlâ dijo de él: ‘Lo hemos elevado a un lugar encumbrado’”.** (Sûra Maryam: 57)**.**

“Vi a un ángel, sentado en un trono, que estaba triste y preocupado. Había tantos ángeles que solo Ŷanâb-i-Haqq sabe cuántos eran. Al lado derecho de ese ángel había ángeles luminosos. Llevaban ropas de color verde y despedían un aroma encantador. Era imposible mirarles a la cara por la inmensidad de su belleza. A la izquierda de ese ángel había unos de los que surgía fuego de sus bocas. Delante tenían lanzas temibles y látigos. Tenían unos ojos que era insoportable contemplar. El ángel sentado en el trono tenía ojos desde la cabeza hasta los pies. Este ángel estaba siempre mirando un libro que tenía delante y no dejaba de hacerlo un solo instante. Enfrente de ese ángel había un árbol. En cada hoja, estaba escrito el nombre de una persona. Delante del ángel había algo parecido a un recipiente del que sacaba algo con la mano derecha para dárselo a los ángeles luminosos que tenía al lado derecho y luego sacaba algo con la mano izquierda que daba a los ángeles zulmânî que tenía a la izquierda. Cuando miré a ese ángel, el miedo se apoderó de mí. Pregunté a Ŷabrâil: ‘¿Quién es ese ángel?’ Respondió: ‘Es Azrâil (el Ángel de la muerte)**. Nadie puede soportar mirarle a la**

cara’. Dirigiéndose a él, Ŷabrâil dijo: ‘¡Oh Azrâil! Este es el Profeta del Último Día y el Habib de Allahu ta’âlâ’. Azrâil, ’alaihis-salâm, **se tocó la cabeza y sonrió. Se puso de pie, se inclinó ante mí y dijo: ‘¡Marhabâ! Haqq ta’âlâ no ha creado a nadie más honorable que tú. Y del mismo modo, tu umma es superior a todas las demás. Yo soy más misericordioso con tu umma que sus propios padres’. Entonces dije yo: ‘Tengo que pedirte una cosa. Mi umma es débil. Trátalos con afabilidad. Toma sus almas con gentileza’. Y él dijo: ‘En el nombre de Allahu ta’âlâ que te ha enviado como el Último Profeta y ha hecho que seas Su amado; Allahu ta’âlâ me ordena setenta veces cada día y cada noche: ‘Toma las almas de la Umma-i Muhammad con dulzura y facilidad y sírvelos con gentileza’. Por eso tengo más misericordia con ellos que sus propios padres’”.**

“Luego vi la adoración de los ángeles del quinto nivel de los cielos. Estaban de pie y miraban hacia sus pies, sin mirar nunca a los lados, y diciendo tasbîh en voz alta. Pregunté a Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm: **‘¿Es esta la adoración de estos ángeles?’ Contestó: ‘Sí, y pide al Haqq ta’âlâ que conceda esto a tu umma. Ŷanâb-i-Haqq lo concedió”.**

“Luego ascendimos al sexto nivel de los cielos. Allí encontramos a Mûsâ (Moisés), ’alaihis-salâm, **que me dijo ‘¡Marhabâ!’ y pidió bendiciones por mí. A continuación ascendimos al nivel séptimo de los cielos donde, tras las mismas preguntas y respuestas, encontré a Ibrâhim,** ’alaihis-salâm, **con la espalda apoyada en Bayt-i Ma’mûr. En la Bayt-i Ma’mûr entran cada día setenta mil ángeles** (y nunca vuelven a hacerlo)**. Saludé a Ibrâhim,** ’alaihis-salâm. **Aceptó mis saludos y dijo: ‘Marhabâ Profeta sâlih** (piadoso, devoto)**, hijo de sâlih’. Y luego dijo: ‘¡Oh Muhammad! El Paraíso es un lugar extremadamente placentero y su suelo está limpio. Dile a tu umma que plante allí muchos árboles’. Pregunté yo: ‘¿Cómo se planta un árbol del Paraíso?’ Contestó: ‘Diciendo el tasbîh ‘Lâ hawlâ walâ quwwata il-lâh bil-lâh’.** (Y según otra transmisión: **‘Subhânallâhi walhamdulillahi walâ ilâha illallahu wallâhu akbar’)”.**

“Luego Ŷabrâil, ‘alaihis salâm, **me llevó al Sidrat-ul-Muntahâ** (un árbol del sexto cielo)**. Parecía que sus hojas eran como las orejas de los elefantes y sus frutos como torres.**

Cuando recibía algún mandato de Allahu ta'âlâ, cambiaba y se hacía tan hermoso que ninguna de las criaturas de Allahu ta'âlâ podría describir su belleza".

Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, **me dijo que fuese más allá del Sidrat-ul-Muntahâ y se despidió de mí. Le pregunté: '¡Oh Ŷabrâil! ¿Me vas a dejar solo?' Ŷabrâil,** 'alaihis-salâm, **se desmoronó presa del sufrimiento. Empezó a temblar ante la grandeza del Haqq ta'âlâ y dijo: '¡Oh Muhammad! Si doy un paso más seré destruido por la grandeza de Allahu ta'âlâ. Todo mi ser se consumiría y perecería'".**

Hasta ese punto, el Maestro de los mundos había viajado acompañado de Ŷabrâil, 'alaihis-salâm. En ese lugar, Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, se mostró al Rasûlullah en la forma que había sido creado, desplegando sus seiscientas mil alas recamadas de perlas y rubíes. Luego comenzaba una alfombra del Paraíso de color verde, llamada Rafraf, cuyo resplandor era más brillante que el del sol. Hacía constantemente dhikr de Allahu ta'âlâ (recordándolo e invocando Su nombre) y el sonido del tasbîh (decir "Subhânallah," que significa, "sé que Allâhu ta'âlâ carece por completo de cualquier imperfección") resonaba por doquier.

Saludó a nuestro Maestro, el Profeta. Luego, el Rasûlullah se sentó en Rafraf. En un instante ascendieron a niveles muy elevados, atravesando setenta mil cortinas llamadas hiŷâb. Entre cada hiŷâb había una distancia enorme y en cada una de ellas había ángeles presentes. Rafraf llevó a nuestro Profeta a través de cada una de las cortinas. Así fue cómo fueron más allá del Kursî, el Arsh y el mundo de las almas.

Cada vez que pasaban por una cortina, nuestro Profeta, Habîb-i-akram y Nabiyy-i muhtaram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, oía un mandato que decía: "¡No tengas miedo, Oh Muhammad! ¡Acércate más, acércate más!" Se acercó tanto que llegó al rango de la *Kâ'ba-Qawsayn*. Llegó a las alturas que quiso Allahu ta'âlâ de manera desconocida, incomprensible e indescriptible. Y sin lugar, tiempo, dirección ni manera alguna, tuvo lugar el ru'yat, es decir, vio a Allahu ta'âlâ. Sin ojos, oídos, medios, ni lugar, habló con su Rabb. Gozó de bendiciones desconocidas ni comprendidas por criatura alguna.

Hadrat Imâm-i Rabbânî declara en su *Maktûbât* que: “En la noche del Mî’râŷ, ese Sarwar, alaihissalâtu wassalâm, (Rasûlullah), vio a su Rabb (Allahu ta’âlâ), no en este mundo, sino en el Más Allá. Porque durante esa noche, el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, salió del marco del tiempo y del espacio. Se encontró con un instante eterno. Vio el principio y el final como un solo punto. Esa noche vio la entrada y la existencia en el Paraíso de los que irán a él miles de años después. En ese rango, ver no es lo mismo que ver en este mundo. Es ver tal y como se ve en la Otra Vida”.

Cuando se le ordenó a nuestro Profeta: “¡Alaba a tu Rabb!”, dijo de inmediato: **“Attahiyyâtu lillahi wassalavâtû watayyibât”** (es decir, sean para Allahu ta’âlâ todas las alabanzas, felicitaciones y elogios en todos los lenguajes, servicios y actos de adoración hechos por el cuerpo, todos los favores y actos provechosos hechos por todas las formas de propiedad y por todos los seres humanos). En principio, Allahu ta’âlâ saludó a Su Habîb diciendo sin ojos, oídos, medios ni lugar: **“Assalâmu alayka ayyuhannabiyyu wa rahmatullahi wa barakâtuh”.** (¡Oh Mi Rasûl! Mi saludo, bendición y misericordia sean contigo). Luego, nuestro Maestro, el Profeta, respondió diciendo: **“Assalâmu alaynâ wa alâ ibâdillahissâlihin”** (¡Oh mi Rabb! Que los saludos sean también con nosotros y con Tus esclavos sâlih (piadosos). Los ángeles que oyeron estas palabras, dijeron al unísono: **“Ashhadu an lâ ilâha illa’llâh wa ash-hadu anna Muhammadan ’abduhu wa rasûluh”.** (Atestiguamos y creemos, como si lo viéramos con nuestros propios ojos, que no hay más dios que Allahu ta’âlâ y que Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es Su esclavo y Su Mensajero).

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Assalâmu ‘alaynâ…”,** Allahu ta’âlâ dijo: “¡Oh Mi Habîb! Aquí solo estamos nosotros dos. ¿Por qué has dicho ‘alaynâ’ (con nosotros)?” Nuestro Maestro, el Rasûlullah, respondió: **“¡Oh mi Rabb! A pesar de que los cuerpos de mi umma no están conmigo, sus almas sí que lo están. Mi deseo de misericordia y plenitud de favores no se aparta de ellos. Tú me has saludado y alejado de todo mal. ¿Cómo puedo yo privar a mi pobre y afligida umma, que ha caído en la fitna** (malicia, provocación) **de los últimos tiempos, de tan grandes honores y beneficios? ¿Cómo voy a ser yo la causa de que estén privados de tales bendiciones?”** Allahu ta’âlâ ordenó: **“¡Oh Mi Habîb! Esta noche tú eres mi**

invitado. Pide lo que desees”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Yo quiero mi umma** (Oh mi Rabb)”.

Según una transmisión, el Haqq ta’âlâ repitió esta pregunta setecientas veces**”.** Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dio siempre la misma respuesta: **“Yo quiero a mi umma”.** Cuando Allahu ta’âlâ dijo: **“Tú siempre quieres a tu umma”,** él dijo: **“¡Oh mi Rabb! Yo soy el que pide y Tú eres el que da. Perdona a toda mi umma por mí”.** Entonces, el Ŷanâb-i Haqq dijo: **“Si esta noche perdono a toda tu umma, Mi misericordia y tu excelencia no serían evidentes. Esta noche he perdonado a una parte de tu umma y pospondré el perdonar las otras dos partes. En el Día del Juicio, tú lo pedirás y Yo las perdonaré. De esta manera, Mi misericordia y tu excelencia serán evidentes”.**

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, declaró en uno de sus hadîz-i sharîf que: **“En esa noche** (la Noche del Mî’râŷ)**, pedí a Allahu ta’âlâ que me confiara las cuentas de toda mi umma. Y entonces el Haqq ta’âlâ dijo: “¡Oh Muhammad! Lo que pretendes con esto, es que nadie sea informado de la culpabilidad de tu umma. Y Mi deseo es que la culpabilidad de tu umma y sus transgresiones no las conozca nadie, ni siquiera tú, puesto que eres un Profeta compasivo. ¡Oh Muhammad! Tú los guías. Yo soy su Rabb. Tú acabas de conocerlos. Yo he observado y vigilo a tu umma desde el pasado hasta la eternidad. ¡Oh Muhammad! Si no me gustase departir con tu umma, no le pediría cuentas en el Día del Juicio. No preguntaría por ninguna de sus transgresiones, ya fueran grandes o pequeñas”.**

Allahu ta’âlâ ordenó: “¡Oh Muhammad! Abre tus ojos bendecidos y mira lo que hay a tus pies”. Yo miré y vi un puñado de tierra. Luego, Haqq ta’âlâ dijo: “Todos los seres creados son esa tierra bajo tus pies. ¿Has traído tú esa tierra a la presencia del amante? Para Mí, es más fácil perdonar a tu umma que perdonar el polvo que ensucia la ropa del amado”.

Oh Mi amado, ¿Era esto lo que deseabas?
¿Era por este puñado de tierra por lo que intercedías?
Oh tú, el honorable; dado que te amo tanto,
¿Acaso no se te conceden ambos mundos?

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, declaró en uno de sus hadîz-i sharîf, que: **“Hice muchas preguntas al Haqq ta’âlâ y obtuve sus respuestas. Y me arrepentí de hacer esas preguntas.** (Algunas fueron): **“¡Oh Mi Rabb! Has dado a Ŷabrâil seiscientas mil alas. A cambio de eso, ¿con qué me beneficias a mí?” Entonces, Haqq ta’âlâ dijo: “Para Mí, uno solo de tus cabellos es más apreciado que las seiscientas mil alas de Ŷabrâil. Gracias a uno de tus pelos, en el Día del Juicio liberaré a miles de transgresores desobedientes. ¡Oh Muhammad! Si Ŷabrâil despliega sus alas, llenarán el oriente y el occidente. En el caso de que los desobedientes llenaran el espacio comprendido entre oriente y occidente, bastaría con tu intercesión, para que Yo los perdone a todos en tu nombre”. Y luego pregunté: “Tú hiciste que los ángeles hiciesen saŷda** (postración) **ante mi padre Âdam,** ’alaihis-salâm. **A cambio de eso, ¿cuál es Tu regalo para mí?” Haqq ta’âlâ dijo: “Los ángeles se postraron ante Âdam porque tu nûr** (luz) **brillaba en su frente. ¡Oh Muhammad! Te he dado cosas más encumbradas que las que le he dado a él. He puesto tu nombre al lado del Mío y lo he escrito en el Arsh-al âlâ. En ese momento, Âdam todavía no había sido creado y no había indicio ni señal de él. He escrito tu nombre en todos los lugares del Paraíso, en las puertas de los cielos, en hiŷâbs, en las puertas de los Paraísos, en las pérgolas y los árboles. No había lugar alguno del Paraíso en el que no fuera escrito “Lâ ilâha illa’llâh Muhammadun Rasûlullâh”. Este rango es más elevado que el que se dio a Âdam”.**

He hecho que tu existencia sea un espejo de la Mía
He escrito tu nombre junto al Mío

“¡Oh Mi Rabb! Tú diste el arca a Nûh, (Noé, ’alaihis-salâm). **A cambio de eso, ¿qué favor me has dado a mí?” Dijo Haqq ta’âlâ: “Te he dado el Burâq para que pudieras ascender desde la tierra hasta el Arsh en una noche. Has visto el Paraíso y el Fuego. Y he dado masŷids** (mezquitas) **a tu umma para que puedan reunirse en ellas, como los que abordan los barcos, y así librarse del Fuego al pasar por el Puente del Sirât en un abrir y cerrar de ojos en el Día del Juicio Final”.**

“¡Oh Mi Rabb! Has enviado maná y codornices al pueblo de Isrâel”. Entonces Haqq ta’âlâ dijo: “te he concedido a ti y a tu umma las bendiciones de este mundo y de la Otra Vida. He

transformado las formas de los hijos de Isrâil, haciendo que tuvieran el aspecto de los osos, los monos y los cerdos. Nada de esto se ha hecho a tu umma. A pesar de que hacen las mismas acciones que ellos (los hijos de Isrâil)**, Yo no he considerado que esa maldición fuera apropiada para tu umma. ¡Oh Muhammad! Te he dado una sûra que no tiene parangón en la Tawrât** (Torah) **ni en el Inŷîl** (Evangelio)**. Esa sûra es la Sûra-ul Fatiha. Para quien recite esa sûra, su cuerpo será harâm** (prohibido) **para el Fuego. Yo alivio el tormento de sus padres. ¡Oh Muhammad! No he creado a nadie más akram** (precioso, superior, honorable) **que tú. He hecho fard** (obligatorio) **para ti y para tu umma, cincuenta tiempos de namâz** (oración) **por la noche y por el día".**

"¡Oh Muhammad! El Paraíso será para los que acepten Mi unidad y no Me atribuyan socio alguno. Para los de tu umma que crean en ello, he dispuesto que el Fuego sea harâm (prohibido). **Mi misericordia supera a Mi ira en lo que respecta a tu umma".**

"¡Oh Muhammad! Para Mí, tú eres el más akram, el más insigne de todos los seres humanos. En el Día del Juicio Final, te otorgaré tales bendiciones que todo el mundo estará asombrado. ¡Oh Mi Habîb! Si tú no entraras en el Paraíso, estaría prohibida la entrada de los demás profetas y sus ummas. ¡Oh Muhammad! ¿Quieres ver lo que he preparado para ti y para tu umma? Dije yo: "¡Sí, me gustaría verlo, oh mi Rabb!" Haqq ta'âlâ se dirigió a Isrâfil diciendo: "¡Oh Isrâfil! Dile a Ŷabrâil, Mi esclavo y fidedigno mensajero, que lleve a Mi Habîb al Paraíso y le enseñe lo que he preparado allí para Mi Habîb y su umma. Así su mente bendecida quedará libre de toda preocupación".

Nuestro amado Profeta, el Maestro de los mundos, fue con Isrâfil, 'alaihis-salâm, a encontrarse con Ŷabrâil, 'alaihis-salâm. Para cumplir la orden de Allahu ta'âlâ, Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, llevó a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, al Paraíso. Los ángeles le estaban esperando y sostenían bandejas en sus manos. En una de las bandejas había una vestimenta del Paraíso y en la otra había nûr. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, dijo: "¡Oh Rasûlullah! estos ángeles fueron creados ochenta mil años antes de Adam, 'alaihis-salâm. Están deseosos de derramar los contenidos de las bandejas sobre ti y tu comunidad. Cuando en el Día de la Resurrección tú y tu comunidad crucéis el umbral de la puerta del Paraíso, cumpliendo las

órdenes de Allahu ta'âlâ, estos ángeles derramarán sobre ti las joyas que contienen las bandejas". Ridwan, el ángel responsable del Paraíso, salió a su encuentro. Comunicó a nuestro Maestro, el Profeta, las siguientes buenas noticias: "Haqq ta'âlâ ha dispuesto que dos partes del Paraíso sean para tu comunidad y una parte para las demás comunidades". Y luego le enseñó todo el Paraíso.

Nuestro Maestro, Habîb-i akram, dijo: **"Vi un río en medio del Paraíso. Discurre por encima del Arsh. Agua, leche, hamr** (otra bebida del Paraíso) **y miel fluían por una de sus partes y nunca se mezclaban. Las orillas eran de crisólito** (una piedra preciosa similar a una esmeralda brillante)**. En el lecho del río, las piedras eran joyas, el barro era ámbar y la hierba era azafrán. A su alrededor había copas de plata, más que estrellas hay en el cielo. También había pájaros con cuellos como los de los camellos. El que se alimente de su carne y beba de ese río, obtendrá la ridâ** (complacencia) **del Haqq ta'âlâ. Pregunté a Ŷabrâil:** '¿Cuál es este río?' **Dijo:** 'Es el Kawzar. Haqq ta'âlâ te lo ha dado a ti. Este río Kawzar alimenta los jardines que hay en ocho Paraísos'. **Vi unas tiendas en la ribera del río. Todas eran de perlas y rubíes. Pregunté por ellas a Ŷabrâil. Contestó:** 'Son las moradas de tus esposas'. **Vi huríes** (jóvenes del Paraíso) **en esas tiendas. Sus rostros resplandecían como el sol y todas cantaban melodías deliciosas. Decían:** 'Estamos alegres y felices. La tristeza nunca nos afecta. Hemos sido vestidas y jamás estaremos desnudas. Somos jóvenes y jamás envejeceremos. Tenemos buen carácter y nunca nos enfadamos. Siempre seremos así y nunca moriremos'. **Propagándose por las pérgolas y los árboles del deleite, sus sonidos y melodías llegaban a todas partes. Tienen unas voces tan agradables que si sus melodías llegasen a este mundo, ya no habría muerte ni sufrimiento. Luego Ŷabrâil me preguntó:** '¿Quieres ver sus rostros?' **Dije yo: "Sí, me gustaría verlos". Ŷabrâil abrió la puerta de una de las tiendas. Miré en el interior. Vi unos aspectos tan hermosos que, aunque hablara de su belleza durante toda mi vida, no podría concluir. Sus caras eran más blancas que la leche, sus mejillas más rojas que los rubíes y más resplandecientes que el sol. Su piel era más suave que la seda y tan luminosa como la luna. Despedían un aroma más delicioso que el almizcle. Sus cabellos eran bastante negros, algunos en trenzas, otros recogidos en un moño y otros sueltos de forma que cuando se sentaban, sus cabellos eran como tiendas a su alrededor. Cuando estaban de**

pie, sus cabellos les llegaban hasta los pies. Delante de cada una de ellas había una joven que actuaba como sirviente. Dijo Ŷabrâil: “Son para tu umma”.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“He visto los huertos, viñedos y todas las bendiciones de los ocho Paraísos. Luego se me ocurrió si también podría ver el Fuego y sus niveles. Ŷabrâil me tomó de la mano y me condujo hasta Mâlik, el ángel más encumbrado del Fuego al que le dijo:** “¡Oh Mâlik! Hadrat Muhammad (sallallâhu ’alaihi wa sallam), quiere ver el lugar de los enemigos en el Fuego. (Muéstrale el Infierno). **Mâlik descubrió los niveles del Fuego. Pude ver los siete niveles del Infierno. El nivel séptimo se llama Hâwiyah. Sus tormentos son mucho mayores que en los demás niveles. Pregunté a Mâlik: ‘¿Qué grupo es atormentado en este nivel?’ Mâlik contestó: “Aquí sufren tormento Faraón, Qârun y los munâfiqs** (hipócritas) **de tu umma”. El nivel sexto es Lazy. Allí son atormentados los politeístas** (los incrédulos)**. El quinto nivel es Hutâmah. Los adoradores del fuego, los que adoran las vacas y los budistas sufren tormento en ese nivel. El cuarto nivel es Ŷahîm. Allí sufren tormento los que adoran el sol y las estrellas. El tercer nivel es Saqar. Allí sufren tormento los cristianos. El segundo nivel es Saîr. Allí sufren tormento los judíos. El primer nivel es Ŷahannam. Allí los tormentos son menores que en los demás niveles.** (A pesar de eso) **vi setenta mil mares de fuego en ese lugar. Cada mar era tan enorme que si los mundos y los cielos se arrojasen a uno de ellos, y se designase a un ángel para hacerlo, sería imposible encontrarlos, aunque pasaran mil años. Los zabânîs** (los ángeles que se encargan del Infierno) **eran tan grandes que si uno de ellos pusiera los mundos y el firmamento en un lado de su boca, serían invisibles. Cuando esos mares se encrespaban, se podían oír sonidos terribles. Si llegara al mundo algo de ese sonido, todas las criaturas vivas serían destruidas. Pregunté: ‘¿Para qué grupo es este nivel?’ Mâlik no respondió. Pregunté otra vez, y permaneció en silencio…**

Ŷabrâil dijo a Mâlik: “Está esperando que le des una respuesta”. Dijo: “Debéis perdonarme”. **Dije yo: “Sea lo que sea, responde para que sea posible encontrar la solución”.** Mâlik dijo: “¡Oh Rasûlullah! Es para los de tu comunidad que no han obedecido. Adviérteles para que puedan protegerse de este lugar tan terrible y eviten las cosas que les llevarán a sufrir este

tormento. Ese día yo no tendré compasión del desobediente. No tendré compasión con los jóvenes ni con los ancianos”.

El Maestro de los mundos empezó a llorar. Quitando el turbante de su cabeza bendecida, empezó a suplicar y pedir a (Allahu ta’âlâ), mencionando la debilidad de su umma y cómo no podrían soportar ese tormento; hasta tal punto, que Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, y los demás ángeles también lloraron. Entonces, Allahu ta’âlâ dijo: **“¡Oh Mi Habîb! Tu honor y valor inapreciables son muy grandes para Mí. Tu súplica ha sido aceptada. Queda satisfecho. He hecho que logres tu deseo. Te confiero un rango tal, que perdonaré a una gran cantidad de los desobedientes gracias a tu intersección y hasta que tú digas basta. ¡Oh Mi Habîb! Quien obedezca Mis órdenes estará a salvo de los tormentos y castigos, obtendrá Mi misericordia y tendrá el honor de verme en el Paraíso. He hecho obligatorio para ti y para tu umma, cincuenta namâz** (oración) **durante la noche y el día.**

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, sigue narrando: **“Una vez obtenido ese rango, llegué al Arsh. Descendiendo por los cielos llegué al rango donde estaba Mûsâ,** ’alaihis-salâm**. Me preguntó: ‘Qué ha hecho fard Haqq ta’âlâ para ti y para tu umma?’ Dije yo: ‘Ha hecho fard que hagamos namâz cincuenta veces por la noche y por el día’. Dijo Mûsâ: ‘Regresa a tu Rabb y suplícale que lo reduzca un poco. Yo lo he experimentado y examinado con los hijos de Isrâil’. Volví entonces a mi Rabb y dije: ‘¡Oh mi Rabb! ¡Por favor, reduce un poco** (ese mandato) **para mi umma!’ Entonces, Él lo redujo cinco veces de las cincuenta. Regresé junto a Mûsâ**, ’alaihis-salâm, **y se lo dije**. **Dijo él: ‘¡Vuelve a tu Rabb! Suplícale que lo disminuya un poco más porque tu umma no podrá cumplir ese mandato’. Y así fue como fui entre Mûsâ,** ’alaihis-salâm, **y mi Rabb hasta que al fin Allahu ta’âlâ ordenó: ‘He reducido las namâz a cinco. Por cada namâz habrá diez zawâb** (recompensa). **De esta manera serán, al menos, como si fueran cincuenta veces. El que intenta obtener una zawâb pero no puede hacer la acción correspondiente, consigue una zawâb. Pero si logra hacer esa acción, obtiene diez zawâb. Por el contrario, si alguien intenta cometer una transgresión y no la comete, no se escribe nada en su contra. Pero si la comete, solo se registra una transgresión’. Tras esto descendí de nuevo a donde esta Mûsâ,** ’alaihis-salâm, **y le conté lo**

sucedido. Él me dijo de nuevo: ‘Vuelve y pide a Allahu ta’âlâ que lo reduzca aún más’. Entonces dije yo: ‘He hecho tantas súplicas a mi Rabb que ahora me siento avergonzado’”.

Así fue cómo Allahu ta’âlâ consoló el corazón bendecido de nuestro amado Profeta, que tantas injurias había padecido. Le concedió bendiciones que no ha dado a ninguna otra de Sus criaturas, bendiciones que nadie conoce ni puede comprender.

Y entonces, en un instante, el Maestro de los mundos regresó a Jerusalén y desde allí a Mecca-i mukarrama, a la casa de Umm-i Hânî. El lugar donde había estado acostado ni siquiera estaba frío, ni se había detenido el movimiento del agua en el recipiente. Umm-i Hânî, que había permanecido en el exterior, estaba adormecida sin darse cuenta de nada. En su viaje de Jerusalén a Mecca, nuestro Maestro, el Profeta, ‘alaihis-salâm, se encontró con una caravana de los Quraysh. Un camello de la caravana se asustó y se cayó.

La mañana siguiente nuestro Maestro, el Rasûlullah, fue a la Ka’ba y contó su Mî’râŷ (ascensión). Al oírlo, los incrédulos se burlaron de él. “Muhammad se ha vuelto completamente loco”, dijeron. Y los que estaban pensando en hacerse musulmanes dudaron. Algunos de ellos, sorprendidos, fueron a la casa de Abû Bakr. Sabían que él era una persona inteligente, con experiencia y un comerciante muy astuto. En cuanto salió a la puerta le preguntaron: “¡Oh Abû Bakr! Tú has ido a Jerusalén muchas veces y debes conocer esa ciudad muy bien. ¿Cuánto se tarda en ir de Mecca a Jerusalén?” Hadrat Abû Bakr dijo: “Sé de sobra que se tarda más de un mes”.

Los incrédulos estaban encantados con esta respuesta y dijeron: “Eso es lo que dice un hombre sabio y experimentado”. Riéndose, burlándose, felices y confiando en que Abû Bakr sería de su misma opinión, dijeron: “Tu maestro dice que fue y regresó de Jerusalén en una noche. Ahora está completamente loco”. Y mostraron a Abû Bakr su simpatía, confianza y respeto por lo que había dicho.

Al oír el nombre bendecido del Rasûlullah, Abû Bakr, ‘radiyallâhu anhu, dijo: “Si él lo dice, será verdad. Yo también creo que fue y volvió en un instante” y volvió a entrar en su casa. Los

incrédulos estaban atónitos. Se fueron de la casa diciendo: “¡Qué asombroso! ¡Qué hechicero tan poderoso es Muhammad! Ha embrujado a Abû Bakr”.

Hadrat Abû Bakr fue a ver al Rasûlullah inmediatamente. Delante de una gran multitud dijo en voz alta: “¡Oh Rasûlullah! Te felicito por tu bendito Mî’râŷ! Gracias infinitas sean dadas a Allahu ta’âlâ porque nos ha concedido el honor de ser los siervos de tan excelso Profeta. Él nos ha bendecido con poder contemplar tu rostro resplandeciente, con escuchar tus dulces palabras que complacen a los corazones y atraen a las almas. ¡Oh Rasûlullah! Cada palabra de lo que dices es verdad. Yo creo en ti. ¡Sacrifico mi vida en tu nombre!” Estas palabras de Abû Bakr desconcertaron a los incrédulos. Sin saber qué decir, se dispersaron. Lo ocurrido fortaleció los corazones de unos pocos que, con un îmân débil, habían dudado. Ese día el Rasûlullah llamó a Abû Bakr “Siddîq ”. Al darle ese nombre, fue ascendido a un grado más elevado.

Los incrédulos estaban iracundos con lo que había pasado. No podían aceptar que los creyentes tuviesen una fe tan arraigada que creyesen de inmediato cada palabra de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, mostrando tanto amor y tanta lealtad. Para avergonzar y desacreditar a nuestro Maestro, el Rasûlullah, empezaron a hacerle preguntas.

“¡Oh Muhammad! Afirmas haber ido a Jerusalén. ¡Dinos! ¿Cuántas puertas y ventanas tiene la masŷid?”, eran algunas de sus preguntas. Al ver que nuestro Maestro, el Rasûlullah, las contestaba todas, Hadrat Abû Bakr dijo: “¡Cierto, Oh Rasûlullah! Es verdad, Oh Rasûlullah!” Lo cierto es que, debido a su pudor, el Rasûlullah ni siquiera miraba a las personas a la cara. Pasado el tiempo, declaraba: **“Ni siquiera había mirado a mi alrededor en la Masŷid-i Aqsâ. No había visto lo que me preguntaban. Pero en ese momento, Hadrat Ŷabrâil,** ’alaihis-salâm **puso la Masŷid-i Aqsâ ante mis ojos y miré, conté y respondí de inmediato a las preguntas”.** Dijo también que, en el camino, había visto unos viajeros montados sobre camellos que llegarían, insha’llah, el miércoles. Ese mismo miércoles, justo antes de la puesta del sol, la caravana llegaba a Mecca.

Los viajeros contaron que habían experimentado algo parecido a un viento y que uno de los camellos se había caído. Esta situación fortaleció el îmân de los creyentes, pero agravó la enemistad de los incrédulos.

Este milagro, que tuvo lugar un año antes de la Hégira, el 27 del mes de Raŷab, un viernes por la noche, se llama Mî'râŷ. Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, ascendió de forma consciente en el Mî'râŷ, en cuerpo y alma. En la Noche del Mî'râŷ, se le mostraron muchas verdades divinas y se hicieron fard cinco namâz (oraciones) a lo largo del día y la noche. Y también fueron reveladas las dos últimas âyat al-karîma (versículos) de la Sûra-al Baqara. Mî'râŷ aparece mencionado en la Sûra-ul-Isrâ' y la Sûra Naŷm del Qur'ân al-karîm y en algunos hadîz-i sharîf (palabras bendecidas del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam).

Tras su Mî'râŷ, y en una ocasión en la que nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, hablaba del Paraíso a sus Ashâb (Los Compañeros de nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam), dijo lo siguiente: **"¡Oh Abû Bakr! He visto tu pérgola. Era de oro rojo. Y he visto las bendiciones que se han preparado para ti".** Entonces Hadrat Abû Bakr dijo: "Oh Rasûlullah, estoy dispuesto a que esa pérgola y su dueño sean sacrificados en tu nombre". Nuestro Maestro, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se dirigió a Hadrat 'Umar y dijo: **"¡Oh 'Umar! He visto tu pérgola. Era de rubí y en ella había muchas huríes. Pero no pude entrar porque pensé en lo celoso que eres".** Hadrat Umar lloró copiosamente. Con lágrimas en los ojos, dijo: "¡Que mi madre, mi padre y mi vida sean sacrificados en tu nombre, Oh Rasûlullah! ¿Cómo es posible tener celos de ti?" Luego el Rasûlullah dijo a Hadrat Uzmân, **"¡Oh Uzmân! Te he visto en todos los cielos. Vi tu pérgola en el Paraíso y pensé en ti".** Y luego dijo a Hadrat Ali: **"¡Oh Ali! He visto tu figura en el cuarto cielo. Pregunté a Ŷabrâil,** 'alaihis-salâm. **Dijo:** "¡Oh Rasûlullah! Los ángeles se enamoran cuando ven a Hadrat Ali. Haqq ta'âlâ ha creado un ángel con su aspecto. Reside en el cuarto cielo. Los ángeles le visitan y consiguen bendiciones". **Luego entré en tu pérgola y pude oler el fruto de un árbol. Del árbol salió una hurí que cubrió su rostro. Le pregunté: '¿Quién eres y de quién procedes?' Contestó: 'He sido creada de Ali, el hijo de tu tío ¡Oh Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam!"**

La mañana siguiente a la noche del Mî’râŷ, vino Ŷabrâîl, ‘alaihis-salâm, e hizo de imâm de las cinco oraciones, en sus tiempos correspondientes, con nuestro Maestro, el Rasûlullah. En un hadîz-i sharîf se declara que: **“Ŷabrâîl,** ’alaihis-salâm, (y yo hicimos namâz juntos, y Ŷabrâîl, ‘alaihis-salâm) **dirigió las oraciones haciendo de imâm para ambos, justo al lado de la puerta de la Ka’ba, y durante dos días enteros. Ambos hicimos la oración de la mañana cuando empezó faŷr** (el alba)**; la oración del mediodía cuando el sol pasó el meridiano; la oración de la tarde cuando la sombra de un objeto era la misma que su longitud; la oración tras la puesta del sol una vez que éste se había puesto** (cuando desapareció su parte superior)**; y la oración de la noche cuando se oscureció el cielo. El segundo día, hicimos la oración de la mañana cuando el amanecer ya estaba avanzado; la oración del mediodía cuando la sombra de un objeto superaba la longitud del objeto; y la oración de la tarde inmediatamente después; hicimos la oración tras la puesta del sol a la hora prescrita para la rotura del ayuno; y la oración de la noche al final del primer tercio de la noche. Y luego, Ŷabrâîl,** ’alaihis-salâm, **dijo: ‘Oh Muhammad, estos son los tiempos de las oraciones para ti y para los profetas que te precedieron. Que tu umma haga estas oraciones entre los dos tiempos en las que las hemos hecho nosotros’”.**

Una vez establecidas las oraciones de esta manera, se envió un mensaje a Abisinia ordenando a los que allí estaban que hiciesen cinco oraciones al día y que hiciesen qadâ (hacer actos de adoración después de los tiempos prescritos) de sus oraciones desde el momento en que la oración era fard hasta el momento en que empezaban a hacerla.

Oh belleza de la luz de unos ojos tan nobles
Ayúdame, oh fuente de la luz del Hudâ
La planta de tu pie es el kohl de los santos
Ayúdame, oh fuente de la luz del Hudâ

Nadie puede llegar al Haqq ta’âlâ sin ti
La aceptación es posible con tu favor
Oh Rasûl, tú eres la misericordia para los mundos
Ayúdame, oh fuente de la luz del Hudâ.

He cometido faltas y ofensas infinitas
He sido amigo de los transgresores
Intercede por mis pecados, Oh benevolente
Ayúdame, oh fuente de la luz del Hudâ.

Oh gran Mensajero, fuente de la generosidad
Este Selîmî es un miserable y actúa erróneamente
Ante tu presencia, suplica misericordia
Ayúdame, oh fuente de la luz del Hudâ.

YAVUZ SULTAN SELİM (SELÎMÎ)

LA HÉGIRA

Cada año nuestro amado Profeta invitaba a la religión a las tribus que venían a visitar la Kâ'ba. Intentaba salvarles del Fuego y llevarlos a conseguir la bienaventuranza eterna. Sin que le importaran los insultos, seguía desempeñando el deber de su misión profética. Se levantaba en medio de las tribus y preguntaba: **"Quién me dará ayuda y cobijo mientras llevo a cabo la misión profética de Allahu ta'âlâ?** (A quien lo haga) **se le dará el Paraíso".** Sin embargo, nadie le ofrecía protección ni ayuda.

Era el año onceavo de su misión profética. En el mercado se encontró con un grupo de gente de Medina que había venido a visitar la Ka'ba. Cuando les preguntó: **"¿Quiénes sois vosotros?"** dijeron que eran de Medina de la tribu de los Hazraŷ. La Señora Salmâ, madre de Abdulmuttalib, el abuelo de nuestro Profeta, había pertenecido a los Banî Naŷrân, una rama de la tribu Hazraŷ. Nuestro Profeta se sentó un rato con esos seis individuos de los Hazraŷ, les recitó los versículos 35 – 52 de la Sûra Ibrâhim y luego les habló sobre el Islam. Y al final les invitó a convertirse a esta religión. Cuando el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, invitó a estas personas –que habían oído de los ancianos de la tribu y de los judíos que vivían en Medina que pronto vendría un Profeta– se miraron unos a otros. Luego, hablando entre ellos, dijeron: "¡Este hombre es el profeta que anunciaban los judíos!"

En Medina, las tribus Aws y Hazraŷ eran enemigas de los judíos, además de atacarse entre sí cada vez que surgía una oportunidad. Pensaron que si se hacían musulmanes antes de los judíos, lograrían el predominio y los expulsarían de Medina. Por este motivo, se hicieron musulmanes en presencia del Rasûlullah diciendo la kalimat ash-shahâdat. Dijeron: "¡O Rasûlullah! Hemos dejado a nuestra gente en guerra contra los judíos. Confiamos en que Allahu ta'âlâ les honre haciendo que se hagan musulmanes en tu nombre. En cuanto volvamos a nuestra tierra, les invitaremos a ellos y a nuestra gente a que acepten tu misión profética. Les diremos que nosotros ya hemos aceptado esta religión. Si Allahu ta'âlâ nos une gracias a esta religión, no habrá nadie más amado ni más honrado que tú".

Estas seis personas eran creyentes auténticos que creían y daban testimonio de lo que Allahu ta'âlâ revelaba a nuestro Profeta. Luego, le pidieron permiso para regresar a su tierra. Estos seis individuos eran Uqba bin Âmir, As'ad bin Zurâra, Awf bin Hâris, Râfi' bin Mâlik, Qutba bin Âmir, y Ŷâbir bin Abdullah, radiyallâhu anhum.

Primer juramento de Aqaba y el sol de Medina

Cuando las seis personas que se habían hecho musulmanes volvieron a su gente en Medina, empezaron a hablar del Islam y de nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, e invitaron a la gente a convertirse al Islam. Hasta tal punto lo hicieron, que no hubo casa en la que no se mencionase a nuestro Profeta y al Islam. De esta manera, el Islam se propagó entre la tribu de los Hazraŷ, y algunos miembros de la tribu Aws también se hicieron musulmanes.

Tras este encuentro de Aqaba, As'ad bin Zurâra y sus doce amigos que se habían hecho musulmanes, volvieron a Mecca el año siguiente en la época del Haŷŷ. Ese año, las crueldades que los politeístas infligían a los musulmanes eran mayores que nunca. Seguían a nuestro Maestro, el Rasûlullah, en secreto y torturaban a todo el que hablaba con él. La gente de Medina, que se había enterado de esto, acordó reunirse con nuestro Profeta una noche en Aqaba. Hicieron declaración de su lealtad, prometieron obedecer todas sus órdenes y deseos y le dieron el bî'at, es decir, juraron ser leales y cumplir sus promesas. El compromiso era: "No creeremos en más dios que Allahu ta'âlâ, no cometeremos adulterio, no robaremos,

evitaremos calumniar, y no mataremos a nuestras hijas por temor a ser criticados o no poder encontrar el sustento necesario”. Entre esas doce personas, dos pertenecían a la tribu Aws y los demás a la tribu Hazraŷ. Su líder era As’ad bin Zurâra.

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, nombró a esas doce personas sus representantes en las tribus correspondientes. Estaban encargados de informar sobre el Islam a sus tribus y actuar como garantes en nombre de las mismas. As’ad bin Zurâra actuaba como representante de todos ellos. Los que estaban presentes en el primer bî’at de Aqaba eran (de los hijos de Mâlik bin Naŷŷâr) As’ad bin Zurâra, Awf bin Hâriz, Mu’âz bin Hâriz, (de los hijos de Zurayk bin Âmir) Râfi’ bin Mâlik, Zakwân bin Abdiqays, (de los hijos de Ghanm bin Awf) Ubâba bin Samit, (de los hijos de Ghusayna) Yazîd bin Sa’laba, (de los hijos de Aŷlân bin Zayd) Abbâs bin Ubâda, (de los hijos de Harâm bin Ka’b) Uqba bin Âmir, (de los hijos de Sawâd bin Ghanm) Qutba bin Âmir, (de los hijos de Abdulashal bin Ŷusham) Abu’l Hayzam Mâlik bin Tayyihân, (de los hijos de Amr bin Awf) Uwaym bin Sâida. Tras este acuerdo, Hadrat As’ad y sus amigos regresaron a Medina donde hablaron del Islam a sus tribus día y noche, invitándoles a la religión verdadera. El resultado de esta invitación fue que el Islam comenzó a propagarse por Medina con gran rapidez. Hasta tal punto fue así, que las tribus Aws y Hazraŷ, que estaban enemistadas con anterioridad, se reunieron y pidieron a nuestro Maestro, el Rasûlullah, alguien que les enseñara el Islam en profundidad. Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, envió a Hadrat Mus’ab bin Umayr para enseñarles el Islam y el Qur’ân-al karîm.

Hadrat Mus’ab se alojó en la casa de Hadrat As’ad. Ambos visitaron cada casa e hicieron que el Islam fuera conocido por todos. Querían que la gente prometiese proteger, con todo su poder, a nuestro amado Profeta frente a sus enemigos. Los estaban preparando para el bî’at.

El jefe de la tribu de Hadrat As’ad bin Zurâra era Sa’d bin Mu’âz. Ambos eran parientes. Entre los árabes de aquellos tiempos, era costumbre evitar insultar a los parientes. En consecuencia, Sa’d bin Mu’âz, que todavía no era musulmán, no fue a la casa de Hadrat As’ad bin Zurâra ni trató de detenerlo. Como jefe de la tribu, Sa’d bin Mu’âz no quería tratar este asunto en persona, así que dijo a Usayd bin Hudayr, uno de los personajes distinguidos de la tribu: “Ve a

nuestro barrio y comprueba quién ha venido. Haz lo que tengas que hacer. Si As'ad no fuera el hijo de mi tía materna, no te habría encargado esta responsabilidad".

Usayd bin Hudayr tomó su lanza y fue a la casa de Hadrat Mus'ab bin Umayr. Cuando llegó, empezó a hablar muy enfadado: "¿Por qué has venido a nosotros? Estás engañando a la gente. Si no queréis perder la vida, iros de aquí de inmediato". Al ver lo iracundo de su estado, Mus'ab bin Umayr le habló con gentileza: "Siéntate un momento. Escucha nuestras palabras. Trata de comprender nuestro objetivo. Si te gusta, acéptalo y si no, trata de impedírnoslo". Usayd se calmó y dijo: "Has dicho la verdad". Clavó la lanza en el suelo y se sentó.

Escuchó las dulces palabras de Hadrat Mus'ab, que afectaron a su corazón, y el Qur'an al-karîm que recitó Hadrat Mus'ab. Dijo Usayd: "¡Qué cosa más hermosa!" Y luego añadió: "¿Qué hace falta para convertirse a esta religión?" Se lo dijeron y Usayd bin Hudayr se hizo musulmán al decir la kalimat ash shahâdat. Llenó de alegría, Hadrat Usayd dijo: "Dejad que me vaya y os envíe a alguien. Si se hace musulmán, no habrá nadie en Medina que no crea". Se levantó y se fue con rapidez. Fue a ver a Sa'd bin Mu'âz. Cuando éste le vio llegar, dijo: "Juro que Usayd no vuelve de la misma manera que se fue".

Le preguntó: "¡Oh Usayd! ¿Qué has hecho?" Hadrat Usayd bin Hudayr quería de tal manera que Sa'd bin Mu'âz se hiciera musulmán que dijo: "He hablado con esa persona (Mus'ab bin Umayr), y no he visto mal alguno. Pero me he enterado que los Banî Hârisa quieren matar a As'âd, el hijo de tu tía materna, por haber alojado a esa persona en su casa".

Estas palabras afectaron mucho a Sa'd bin Mu'âz porque, en una guerra que había tenido lugar hace unos pocos años, habían derrotado a los Banî Hârisa obligándoles a refugiarse en Jaybar. Un año después, los habían perdonado y permitido regresar a su territorio. Sa'd bin Mu'âz se enfadó mucho al considerar su conducta a pesar de lo que había pasado. Pero lo cierto es que no era verdad. Al usar esta artimaña, Usayd bin Hudayr, quería impedir que Sa'd bin Mu'âz causase daño alguno a su tía materna y a su hijo, As'ad bin Zurâra, y a Mus'ab bin Umayr. De esta manera preparaba la situación para que se uniera a su bando y se hiciese musulmán.

Al oír las palabras de Usayd bin Hudayr, Sa'd bin Mu'âz se levantó de un salto y fue a ver a Hadrat As'ad bin Zurâra. Cuando llegó a su casa, vio que As'ad y Mus'ab bin Umayr estaban hablando tan tranquilos. Se acercó a ellos y dijo: "¡Oh As'ad! Si no fuésemos parientes, no podrías estar haciendo esto".

Hadrat Mus'ab bin Umayr dijo: "¡Oh Sa'd! Detente un momento, siéntate y escucha lo que tenemos que decir. Si te gustan nuestras palabras, bienvenido seas. En caso contrario, no te lo ofreceremos y podrás irte". Al oír palabras tan dulces y amables, Sa'd bin Mu'âz se tranquilizó y comenzó a escuchar lo que tenían que decir.

En primer lugar, Hadrat Mus'ab bin Umayr habló a Sa'd bin Mu'âz sobre el Islam. Le explicó sus fundamentos. Y luego recitó una parte del Qur'ân al-karîm con su dulce voz. Conforme recitaba, cambiaba el estado de Sa'd bin Mu'âz. Ante la elocuencia inigualable del Qur'ân al-karîm, su corazón se ablandó y se vio afectado en gran manera. Al final no pudo contenerse y preguntó: "¿Qué hay que hacer para seguir esta religión?"

Para empezar, Mus'ab bin Umayr le enseñó la kalimat ash-shahâdat. Luego se hizo musulmán diciendo: "Ash'hadu an lâ ilâha illa'llâh wa ash'hadu anna Muhammadan 'abdûhu wa rasûluhû". Sa'd bin Mu'âz estaba muy feliz por el sosiego y la alegría de hacerse musulmán. Fue de inmediato a su casa e hizo ghusl (lavado ritual de todo el cuerpo) tal y como le habían enseñado. Luego ordenó a su gente que se reuniera. Acompañado de Usayd bin Hudayr, se dirigió al lugar de la reunión. Hablando a los hijos de Abdulashal, preguntó: "¡Oh hijos Abdulashal! ¿Qué pensáis de mí?" Dijeron al unísono: "Tú eres nuestro líder y el más encumbrado de nosotros. Te debemos obediencia". Tras oír esas palabras, Sa'd bin Mu'âz dijo: "Entonces debo informaros que he tenido el honor de hacerme musulmán. Quiero que creáis en Allahu ta'âlâ y en Su Mensajero. Si no lo hacéis, no volveré a hablaros".

Cuando los hijos de Abdulashal se enteraron de que su líder, Sa'd bin Mu'âz, había abrazado el Islam y les invitaba a hacerlo, se hicieron todos musulmanes. Ese día, y hasta la noche, el cielo de Medina retumbaba con los sonidos de la kalimat ash-shahâdat y los takbîr.

Poco tiempo después de este suceso, toda la gente de Medina, las tribus Aws y Hazraŷ, abrazaron el Islam. Todas las casas estaban iluminadas con las luces del Islam. Sa'd bin Mu'âz y Usayd bin Hudayr rompieron todos los ídolos que pertenecían a sus tribus. Cuando fue informado de lo ocurrido, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se alegró mucho. Los musulmanes de Mecca eran felices. Por este motivo, ese año (621 A.D.) recibió el nombre de *'sanat-us-surûr'*, "el año de la alegría".

Segundo juramento de Aqaba

Habían pasado trece años desde el momento en el que se había comunicado la misión profética a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. La crueldad con la que atormentaban los politeístas de Mecca a los musulmanes había llegado a su clímax y era insoportable. En Medina, gracias a los esfuerzos de As'ad bin Zurâra y Mus'ab bin Umayr, la gente de las tribus Aws y Hazraŷ estaba deseosa de abrazar a los musulmanes y hacer por ellos todos los sacrificios que fueran necesarios. Esperaban con anhelo el momento en el que nuestro Maestro, el Rasûlullah, les honrase con su presencia y, en su nombre, prometían no retener sus vidas y bienes materiales. La estación del Haŷŷ había llegado. Acompañando a Mus'ab bin Umayr, se presentaron en Mecca 73 hombres y 2 mujeres, todos musulmanes. Acabado el Haŷŷ, se reunieron todos con nuestro Profeta en Aqaba una vez más. As'ad bin Zurâra y 12 representantes, en nombre de sus tribus, ofrecieron y solicitaron la emigración del nuestro Profeta a Medina. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, recitó algunas âyat-i karîma (versículos) del Qur'ân al-karîm y les pidió una promesa definitiva: protegerlo de la misma manera que protegían sus vidas y sus familias.

El tío paterno de nuestro Maestro, el Rasûlullah, Hadrat Abbâs todavía no era musulmán. Estaba presente en la reunión y se dirigió al grupo que había venido a proclamar el juramento de fidelidad de la siguiente manera:

"¡Oh gente de Medina! Este es el hijo de mi hermano. De entre toda la gente es a quien más amo. Si creéis en lo que ha traído de Allahu ta'âlâ y queréis llevarlo con vosotros, tenéis que hacerme una promesa que me satisfaga. Como bien sabéis, Muhammad es parte de nosotros.

Le hemos protegido de la gente que no ha creído en él. Vive entre nosotros manteniendo intactos su honor y su dignidad. A pesar de todo esto, ha decidido unirse a vosotros e ir a vuestra ciudad. Asumirlo siempre que tengáis el suficiente poderío militar para resistir a todas las tribus árabes cuando vengan unidas a atacaros. Para evitar controversias futuras, hablarlo y discutirlo entre vosotros desde el principio. ¿Vais a mantener vuestra promesa y protegerlo de sus enemigos? Sería magnífico que lo hicierais de la forma más adecuada. Pero si lo vais a abandonar, una vez emprendido el camino de regreso, abandonad vuestro empeño para que pueda vivir protegido con su honor intacto en su propia tierra".

Los musulmanes de Medina se entristecieron con las palabras de Hadrat Abbâs. Parecían sugerir que cuando llevaran a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, a su tierra, no serían capaces de protegerlo de los politeístas y lo abandonarían si las cosas se ponían difíciles. Hadrat As'ad bin Zurâra, uno de los sahâbî de Medina, se volvió hacia nuestro Maestro, el Profeta, y dijo: "¡O Rasûlullah! Si me lo permites, tengo unas palabras que decir. Dejad que os las comunique". Cuando nuestro Maestro, Fajr-i Kâinât, le concedió permiso, dijo: "¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! Toda invitación tiene un método, ya sea fácil o difícil. Ahora mismo nos invitas a algo que es muy complicado que la gente acepte, porque es muy difícil que abandonen los ídolos que han adorado durante tanto tiempo y que acepten el Islam. A pesar de todo, nosotros hemos aceptado el Islam de forma sincera. Nos has ordenado que cortemos las relaciones con nuestros parientes politeístas y también lo hemos aceptado. Y te hemos aceptado a ti y, a pesar de que incluso tus tíos paternos se habían convertido en tus enemigos y no te protegían, nosotros hemos considerado que era obligación protegerte. Todos nosotros estamos de acuerdo con las promesas hechas. Aprobamos con nuestros corazones las cosas que decimos. Juramos que protegeremos tu existencia bendecida hasta nuestro último aliento, del mismo modo que protegemos a nuestros hijos. Si rompemos esta promesa, aceptamos ser de los que van al Fuego. ¡Oh Rasûlullah! ¡Somos fieles a nuestra palabra! ¡Que Allahu ta'âlâ nos conceda el éxito!"

Luego siguió diciendo: "¡Oh Rasûlullah! Puedes tomar todo lo que quieras como garantía de nuestra promesa y establecerlo como condición". Nuestro Maestro, el Profeta, les animó al

Islam y recitó el Qur'ân al-karîm. Luego dijo: **"La condición que os pongo, en nombre de mi Rabb, es que adoréis a Allahu ta'âlâ y no Le atribuyáis asociado alguno; y la condición que os pongo, en mi nombre y el de mis Ashâb, es que nos deis cobijo, nos ayudéis y nos protejáis de lo que vosotros os protegeríais".**

Barâ bin Ma'rûr dijo: "¡Juro por Allahu ta'âlâ que te ha enviado como Profeta con el Libro y la religión correctos, que te protegeremos de la misma manera que defendemos y protegemos a nuestros hijos! ¡Acepta nuestro juramento de fidelidad, oh Rasûlullah!"

Abbâs bin Ubâda, uno de los musulmanes de Medina, queriendo fortalecer el acuerdo con nuestro Maestro, el Profeta, dijo a sus amigos: "¡Oh gente de los Hazraŷ! ¿Sabéis por qué habéis aceptado a Muhammad?" Dijeron: "Sí". Y luego dijo: "Lo estáis aceptando y prometiendo obediencia tanto para los tiempos de paz como los de guerra. Si vais a abandonarlo y dejarlo indefenso cuando se vean amenazadas vuestra propiedades o sean matados vuestros parientes, hacerlo ahora. ¡Pero juro por Allah que entonces fracasaréis en este mundo y en la Otra Vida! Si veis razonable serle obedientes, aunque se destruyan vuestras propiedades y maten a vuestros parientes, mantened vuestra promesa. ¡Y entonces juro por Allah que eso será bueno para la vida en este mundo y en la Otra Vida!" Sus amigos dijeron: "No abandonaremos a nuestro Profeta aunque se destruyan nuestras propiedades y se maten a nuestros parientes. Nunca le abandonaremos. ¡Moriremos, pero no renunciaremos!"

Dicho esto, se dirigieron a nuestro amado Profeta y le preguntaron: "¡Oh Rasûlullah! ¿Qué conseguiremos si cumplimos esta promesa?" Entonces, nuestro amado Profeta dijo: **"¡La complacencia de Allahu ta'âlâ y el Paraíso!"**

Cada uno de ellos hizo su promesa como representantes de su gente. El primero fue Hadrat As'ad bin Zurâra que hizo musâfaha (estrechar la mano en la manera prescrita por el Islam), y dijo: "Doy el bî'at de cumplir mi promesa a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero, el compromiso de ayudarlo con mi vida y mis bienes materiales". Tras él, todos los demás formularon su bî'at de esta manera y expresaron su deleite y sumisión diciendo: "Hemos aceptado la invitación de Allahu ta'âlâ y Su Mensajero, la hemos oído y nos inclinamos ante ella". Así fue cómo, sin la

menor duda, pusieron a disposición del Rasûlullah sus vidas y sus bienes materiales. El bî’at de las mujeres se hizo de forma verbal (sin musâfaha).

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, afianzó sus promesas añadiendo: **“No atribuir asociado alguno a Allahu ta’âlâ, no robar, no calumniar, no cometer adulterio, no matar a vuestros hijos, no decir mentiras, no oponerse a las acciones de provecho”.**

Cuando los habitantes de Medina estaban dando el juramento de fidelidad a nuestro Maestro, el Profeta, una voz que gritaba desde la colina de Aqaba decía: “¡Oh vosotros que acampáis en Mina! El Profeta y los musulmanes de Medina han establecido un pacto para luchar contra vosotros”. Con respecto a esa voz, nuestro Profeta dijo: **“Ese es el shaytán de Aqaba”.** Y luego dijo al dueño de esa voz: **“¡Oh enemigo de Allahu ta’âlâ! ¡A ti también te venceré!”** Luego ordenó a los habitantes de Medina que había hecho el juramento: **“Regresad de inmediato a vuestro campamento”.** Abbâs bin Ubâda dijo: “¡Oh Rasûlullah! Juro, si así lo deseas, que podemos ir contra los incrédulos de Mina y matarlos mañana por la mañana”. A nuestro Maestro, el Profeta, le agradó la sugerencia; sin embargo dijo: **“No se nos ha ordenado que actuemos de esa manera. De momento, regresad a vuestros alojamientos”.**

Según la transmisión de Imâm-i Nasâî, de Abdullah bin Abbâs, esos Ansâr que estuvieron presentes en el bî'at de Aqaba, se convirtieron en muhâŷirs al estar en la presencia del Rasûlullah.

La Hégira

Con el último juramento de fidelidad de Aqaba, Medina se había convertido en un lugar donde los musulmanes podían sentirse en paz y tener cobijo. Los politeístas de Mecca, que se habían enterado del segundo juramento de Aqaba, habían iniciado formas de comportamiento violentas y peligrosas. Para los musulmanes, permanecer en Mecca era insoportable. Al hablar de la situación con nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le pidieron permiso para hacer hégira (emigración). Un día, nuestro Profeta se reunió feliz con sus Compañeros y le dijo: **“He sido informado del lugar al que tenéis que emigrar. Ese lugar es Yasrib** (Medina)**. Emigrar a ese lugar y reuniros con vuestros hermanos**

musulmanes que viven allí. Allahu ta'âlâ ha hecho que seáis hermanos. Él ha hecho que para vosotros Yasrib sea un territorio en el que encontrar paz y seguridad". Basados en el permiso y consejo de nuestro Maestro, el Rasûlullah, los musulmanes empezaron a emigrar a Medina un grupo tras otro de forma sucesiva.

Nuestro Maestro, el Profeta, advirtió a los emigrantes que fueran extremadamente cautelosos. Para no llamar la atención de los politeístas, los musulmanes partieron en grupos pequeños que se movían con el mayor de los secretos. Los politeístas habían atormentado con gran dureza a Abû Salama, el primer emigrante a Medina. Bastante tiempo después, cuando los politeístas se enteraron de la emigración, comenzaron a obligar a los musulmanes que encontraban en los caminos a que regresaran a Mecca, separando a las mujeres de sus maridos. A los que superaban en poderío los encarcelaban y los atormentaban con todo tipo de crueldades para obligarlos a abandonar su religión. Afortunadamente, como temían que se desatase una guerra civil, no se atrevían a matarlos. A pesar de todo esto, los musulmanes se aprovechaban de cualquier oportunidad para ir hacia Medina.

Un día, Hadrat 'Umar, se ciñó la espada y tomó sus flechas, su arco y su lanza. Hizo tawâf en torno a la Kâ'ba siete veces delante de todo el mundo. Cuando terminó, dijo en voz alta a los politeístas que estaban allí: "Ahora soy yo el que, para proteger mi religión, emigra en el camino de Allahu ta'âlâ. Si hay alguien que quiere que su mujer quede viuda, sus hijos huérfanos y su madre llore por él, ¡que se enfrente a mí más allá de ese valle!"

Así fue cómo, Hadrat 'Umar y otros veinte musulmanes, salieron hacia Medina en pleno día y sin temor alguno. Como ellos sí tenían miedo de Hadrat 'Umar, nadie se atrevió a obstaculizar esa expedición. A partir de ese momento, las emigraciones prosiguieron sin pausa y los Ashâb-i kirâm llegaron a Medina un grupo tras otro. Luego fue Hadrat Abû Bakr el que también pidió permiso para emigrar. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo: **"¡Ten paciencia! Confío en que Allahu ta'âlâ me dé permiso también a mí. En ese caso, emigraríamos juntos".** Cuando Hadrat Abû Bakr dijo: "¡Que mi madre y mi padre sean sacrificados en tu nombre! ¿Existe tal posibilidad?" Nuestro Profeta le hizo feliz al decirle: **"Sí, es posible".**

Hadrat Abû Bakr compró dos camellos por ochocientos dirhams y empezó a esperar el momento de partir. En esos días, los que quedaban en Mecca eran nuestro amado Profeta y Hadrat Abû Bakr, Hadrat Ali, los pobres, los enfermos, los ancianos y algunos creyentes que estaban encarcelados por los politeístas.

Mientras tanto, los habitantes de Medina (Ansâr) recibían a los emigrantes de Mecca (Muhâŷirs) con los brazos abiertos y los alojaban en sus casas. Entre ellos se daba una unidad muy estrecha.

Los politeístas de Mecca estaban alarmados ante la idea de que el Rasûlullah también emigrase y se pusiera al frente de los musulmanes. Decidieron reunirse en Dâr-un-Nadwa, el lugar donde se trataban los asuntos importantes. Comenzaron hablando sobre qué deberían hacer. El shaytán vino a los politeístas con el aspecto de un Shayj-i Naŷdî, es decir, un anciano del Naŷd que escuchó con atención lo que decían. Se propusieron algunas soluciones pero no gustó ninguna. Fue entonces cuando el shaytán dio su opinión: “Nada de lo propuesto puede ser la solución. El rostro sonriente y la dulce lengua que tiene harán que toda medida sea inútil. Pensad en otra solución”.

Abû Ŷahl, el líder de los Quraysh, dijo: “Vamos a elegir a una persona fuerte de cada tribu. Con sus espadas en la mano, que ataquen a Muhammad, lo apuñalen y derramen su sangre. Que no se pueda saber quién lo ha matado. De esta manera, tendrán que aceptar el pago del dinero de sangre. Nosotros lo pagaremos y así eliminamos este problema”. Al shaytán también le gustó la idea que defendió y recomendó con gran ardor.

Cuando los politeístas estaban ocupados con los preparativos, Allahu ta’âlâ ordenó a Su Mensajero que emigrase. Se le presentó Hadrat Ŷabrâil que le informó de la decisión tomada por los politeístas y le dijo que esa noche no durmiese en su cama. Nuestro amado Profeta dijo a Hadrat Ali que ocupara su lugar y luego devolvió todos los bienes que tenía a su cuidado; entonces dijo a Hadrat Ali: **“¡Esta noche duerme en mi cama y tápate con esta jirka mía! No tengas miedo, no sufrirás daño alguno”.**

Hadrat Ali se acostó tal y como le había dicho nuestro Maestro, el Profeta. Sin experimentar ningún temor, estaba dispuesto a sacrificar su vida por la del Amado de Allahu ta'âlâ.

En la noche de la Hégira, los incrédulos habían rodeado la casa de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Nuestro Maestro, el Profeta, salió de su casa bendecida. Recitó los diez primeros versículos de la Sûra Yâsîn y, cogiendo un puñado de tierra, lo tiró hacia las cabezas de los incrédulos. Se ha dicho que todo aquél que recibió tierra en su cabeza, fue matado en la Batalla de Badr. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, pasó a su lado sin problemas y llegó a la casa de Hadrat Abû Bakr. Ninguno de los politeístas pudo verlo.

Pasado un cierto tiempo, alguien se acercó a los politeístas y les preguntó: "¿Qué estáis esperando aquí?" Contestaron: "A que salga Muhammad". La persona dijo: "Juro que Muhammad ha pasado a vuestro lado y se ha ido; y además os echó tierra sobre las cabezas". Los incrédulos se tocaron la cabeza y comprobaron que era cierto. Sin más dilación, forzaron la puerta y entraron en la casa. Cuando vieron a Hadrat Ali en la cama del Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, le preguntaron dónde estaba nuestro Maestro, el Profeta. Hadrat Ali respondió: "¡No lo sé! ¡Acaso me habíais nombrado su guardián?" Al oír estas palabras se lanzaron sobre él. Lo apresaron y lo retuvieron cerca de la Kâ'ba durante un tiempo, pero luego lo soltaron. Los incrédulos partieron en busca de nuestro Maestro, el Rasûlullah.

Fueron primero a la casa de Hadrat Abû Bakr, donde preguntaron a Asmâ, la hija de Hadrat Abû Bakr. Al no darles respuesta alguna, le golpearon. Buscaron por todas partes y al no encontrarlo se enfadaron mucho. Abû Ŷahl, el más cruel de todos, mandó pregoneros por Mecca y sus alrededores prometiendo 100 camellos a quien encontrara y trajera a nuestro amado Profeta y a Hadrat Abû Bakr o dijera dónde estaban. Algunas personas ambiciosas que oyeron la proclama, se pertrecharon de armas y víveres, montaron en sus cabalgaduras y salieron en su busca.

Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, honró con su presencia la casa de Hadrat Abû Bakr y dijo: **"Se me ha dado permiso para emigrar",** Hadrat Abû Bakr preguntó con gran excitación: "Deja que limpie mi rostro con el polvo bendecido de tus pies, ¡Oh Rasûlullah! ¿Iré yo contigo en esta emigración?" Nuestro Maestro respondió: **"Sí"**. Hadrat

Siddîq se echó a llorar de alegría. Con el rostro lleno de lágrimas dijo: “Que mis padres y mi propia vida sean sacrificados en tu nombre, ¡Oh Rasûlullah! Los camellos están preparados. Por favor, acepta el que prefieras”. El Sultán de los mundos dijo: **“No montaré en un camello que no me pertenezca. Pero lo comparé pagando lo que vale”.** Ante esta orden tan clara, Hadrat Siddîq tuvo que confesar el precio del camello.

Hadrat Abû Bakr llamó a un hombre que se llamaba Abdullah bin Urayqit, un guía de gran renombre, al que contrató para el viaje; luego le dijo que, pasados tres días, llevara los camellos a una cueva que estaba en la montaña Sawr. Nuestro Maestro, el Profeta y Abû Bakr-i Siddîq, con unas pocas provisiones, salieron de Mecca el jueves 27 del mes de Safar. En el camino, Hadrat Abû Bakr se ponía en varios lugares alrededor del Rasûlullah: a veces en el lado izquierdo, a veces en el derecho, otras veces delante y otras detrás. Cuando nuestro Profeta le preguntó por qué actuaba de esa manera, Hadrat Abû Bakr respondió diciendo: “Para impedir cualquier peligro que pueda aparecer. Si nos ocurre algún daño, que sea yo el primero que lo reciba. ¡Que mi vida sea sacrificada a cambio de tu ser tan encumbrado, Oh Rasûlullah!” Entonces nuestro Maestro Sarwar-i âlam dijo: **“¡Oh Abû Bakr! ¿Acaso quieres que el desastre que sobrevenga caiga sobre ti?”** Hadrat Siddîq contestó: “¡Sí, Oh Rasûlullah! Juro por Allahu ta’âlâ que te ha enviado como el Profeta verdadero con la religión verdadera, que quiero que el desastre me aflija a mí en vez de a ti”.

Como el calzado que llevaba puesto nuestro amado Profeta era demasiado estrecho, se rompieron en el camino y sus pies bendecidos tenían heridas. Seguir andando le resultaba muy penoso. Subieron la montaña con dificultad. Cuando llegaron a la entrada de una cueva, Hadrat Abû Bakr dijo: “¡En el nombre de Allah, Oh Rasulullah! ¡No entres! Deja que entre yo primero y, si hay algo dañino, yo seré quien lo confronte para que tu cuerpo bendecido no sufra daño alguno”. Hadrat Abû Bakr entró en la cueva. Barrió y limpió el interior. En la cueva había muchos agujeros, grandes y pequeños. Hadrat Abû Bakr rasgó su manto y los llenó. A pesar de todo quedó uno que cubrió con su talón. Entonces invitó al Rasûlullah a entrar en la cueva.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, entró, puso su cabeza bendecida en las rodillas de Hadrat Abû Bakr y se quedó dormido. Al poco tiempo, una serpiente mordió el pie de Hadrat Abû Bakr. Para no despertar al Rasûlullah, aguantó el dolor sin moverse. Pero cuando sus lágrimas cayeron en el rostro bendecido del Rasûlullah, este preguntó: **“¿Oh Abû Bakr, qué ha pasado?”**

Hadrat Abû Bakr dijo: “Me ha mordido una serpiente que estaba en el agujero que tapé con el pie”. Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, puso su saliva en la herida de Abû Bakr, cesó el dolor y se curó la herida.

Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y Hadrat Abû Bakr-i Siddîq estaban en el interior de la cueva, los politeístas, que iban siguiendo las huellas, llegaron a la entrada de la misma. Lo que vieron es que una tela de araña cubría la mayor parte de la entrada y que dos palomas habían construido allí su nido. El rastreador Qurz bin Alqama dijo: “Aquí se detiene el rastro de las huellas”. Los incrédulos dijeron: “Si hubiesen entrado en la cueva, la tela de araña estaría destrozada”.

Cuando algunos dijeron: “Ya que hemos llegado hasta aquí, que alguien entre en la cueva y eche una ojeada”, el incrédulo Umayya bin Halaf dijo: “¿Has perdido la cabeza? ¿Qué ibas a hacer en una cueva que está cubierta con tantas telas de araña? Juro que esta araña ha tejido esta tela antes de que naciera de Muhammad”. Mientras los politeístas discutían en la entrada de la cueva, Hadrat Abû Bakr empezó a preocuparse y dijo: “¡Oh Rasûlullah! Juro por Allah que no estoy preocupado por mí, pero temo que a ti te ocurra algún daño. Si me matan, yo no soy más que una persona, nada cambiará. No obstante, si a ti te dañan, toda la comunidad perecerá y la religión caerá en la ruina”. Nuestro Maestro le dijo: **“¡Oh Abû Bakr! ¡No te aflijas! Ciertamente, Allahu ta’âlâ está con nosotros”.**

Entonces Abû Bakr-i Siddîq dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre! ¡Basta con que uno de ellos incline la cabeza para que nos vean!” Nuestro Maestro dijo: **“¡Oh Abû Bakr! ¿Qué dirías de dos personas cuando la tercera es Allahu ta’âlâ? ¡No te preocupes! Ciertamente, Haqq ta’âlâ está con nosotros”.** Y al poco tiempo los incrédulos se fueron sin mirar en el interior de la cueva.

En el Qur'ân-i karîm Allahu ta'âlâ habla de este suceso de la siguiente manera: **"Si tú no le ayudas** (a Mi Amado), (recuerda que) **Allahu ta'âlâ le ayudó** (al Rasûlullah) **cuando estaba en la cueva** (en la Montaña de Sawr) **cuando los incrédulos le había expulsado** (de Mecca) **siendo el segundo de los dos** (con Hadrat Abû Bakr)**. Y entonces él dijo a su amigo** (Abû Bakr-i Siddîq): **'No te aflijas, la ayuda de Allahu ta'âlâ está ciertamente con nosotros'. Allahu ta'âlâ había hecho descender sobre él la complacencia y le había fortalecido** (a Su Amado) **con ejércitos** (espirituales) **que no podías ver y que derrotaron al mundo de los incrédulos. Y la palabra de Allahu ta'âlâ tiene la supremacía. Allahu ta'âlâ es el vencedor absoluto. Él es el único Poseedor del juicio y la sabiduría".** (Sûra Tawba: 40)

Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y Hadrat Abû Bakr permanecieron en la cueva tres días con sus noches. El hijo de Hadrat Abû Bakr, Abdullah, venía por la noche y les informaba de lo que había oído en Mecca. Además, Âmir bin Fuhayra, su esclavo liberto y pastor de sus rebaños, traía leche por la noche y borraba sus huellas.

El cuarto día, nuestro amado Profeta salió de la cueva de Sawr. Se subió a su camella, de nombre Quswâ. Según una transmisión, también llevó en su camello a Hadrat Abû Bakr. Hadrat Âmir bin Fuhayra y Abdullah bin Uraykit que conocían bien los caminos, montaban el otro camello.

El Maestro de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba a punto de abandonar la tierra que le había visto nacer, Mecca-i mukarrama, la ciudad más distinguida que es alabada por Allahu ta'âlâ. Cabizbajo, hizo girar el camello hacia el Haram-i sharîf, y dijo: "**¡Wallahi** (juro por Allah)**! Tú eres el lugar más bendecido de todos los lugares que ha creado Allahu ta'âlâ, y el lugar más amado a ojos de mi Rabb! De no haber sido expulsado, jamás te abandonaría. Para mí, no hay una patria más hermosa y querida que tú. De no haberme expulsado mi gente, nunca te habría abandonado ni me establecería en otro lugar".**

Viajaron sin ser molestados. A pesar de que los politeístas los buscaban por todas partes, no podían encontrarlos. Ŷanâb-i Haqq protegía a Su amado de todo mal. Cuando llegaron a un lugar llamado Qudayd, nuestro Maestro, el Rasûlullah, se detuvo delante de una tienda cuyo propietario era una mujer de nombre Ummu Ma'bad, famosa por su generosidad, sabiduría y

castidad. Querían comprar dátiles y carne. Ummu Ma'bad dijo: "Si los tuviese, os agasajaría con un banquete, pero por culpa de la sequía y dificultades económicas, ya no nos queda nada". Cuando el Rasûlullah le preguntó: **"¿Hay algo de leche?",** ella contestó: "No, las ovejas están secas". Señalando una oveja débil que estaba cerca de la tienda, el Sultán del universo, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo: **"¡Oh Ummu Ma'bad! ¿Por qué está esa oveja ahí atada?"** Contestó ella: "Se ha quedado retrasada con respecto al rebaño y está débil y enferma. Como no tiene fuerzas, se ha quedado aquí". Cuando nuestro Profeta preguntó: **"¿Tiene algo de leche? ¿Me das permiso para ordeñarla?"** Ella contestó: "Que mis padres sean sacrificados en tu nombre; no tiene leche pero no hay obstáculo para que la ordeñes". Nuestro Maestro, el Rasûlullah, se acercó a la oveja y recitó el nombre de Allahu ta'âlâ. Tras haber pedido abundancia, tocó su ubre con su mano bendecida. En ese mismo instante, la ubre se llenó de leche que empezó a manar. Trajeron a toda prisa un recipiente y lo llenaron. El Profeta ofreció la leche a Ummu Ma'bad en primer lugar. Cuando hubo bebido, lo pasó a Hadrat Abû Bakr y a otros más que bebieron hasta saciarse. Él bebió el último, cuando todos lo habían hecho. Tocó de nuevo con su mano bendecida la ubre de la oveja y la ordeñó, para lo cual fue necesario el recipiente más grande que había en la tienda. Lo llenó y se lo dio a Ummu Ma'bad. En ese momento, descendió Hadrat Ŷabrâil que le preguntó: "¡Oh Rasûlullah! ¿Echas de menos tu tierra natal?" Nuestro Maestro contestó: **"¡Sí, la echo de menos!"** Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, lo consoló recitando el versículo 85 de la Sûra Qasas donde se le dan las buenas noticias de su retorno a Mecca algún día.

Cuando ya habían partido, llegó el marido de Ummu Ma'bad y vio la leche. Se alegró mucho. Cuando preguntó: "¿De dónde viene esta leche?" Ummu Ma'bad contestó: "Vino una persona bendecida que honró nuestra casa con su presencia. Lo que estás viendo es el resultado de su benevolencia". Preguntó el marido: "¿Me la puedes describir? ¿Qué aspecto tiene?"

Ummu Ma'bad dijo: "La persona bendecida que conocí estaba bien formada y tenía la piel suave. Había una cierta rojez en sus ojos y tenía una voz muy cordial. Sus pestañas bendecidas eran largas. El blanco de sus ojos era muy blanco y la parte negra era muy negra. Tenía kohl en los ojos. Es de cabellos negros y barba poblada. Cuando estaba callado, tenía dignidad y sosiego. Sonreía cuando hablaba y sus palabras fluían de forma deliciosa desde su boca como

si fueran perlas engarzadas. Desde la distancia parecía muy majestuoso, pero cuando se acercaba, era afable y atractivo. La gente que lo acompañaba se afanaba, con el alma y el corazón, por cumplir sus instrucciones”. Ummu Ma’bad siguió describiendo muchos otros aspectos. Habiendo oído con asombro estas cosas, su marido dijo: “Juro que ese hombre es el que han estado buscando los Quraysh. Si me hubiese encontrado con él, habría gozado del honor de ponerme a su servicio y jamás lo habría abandonado”. Según una transmisión, la oveja vivió dieciocho años más. Durante todo ese tiempo, esa oveja los alimentó gracias a la abundancia de nuestro Maestro Fajr-i âlam. El marido de Ummu Ma’bad salió en busca de nuestro Maestro, el Rasûlullah, lo alcanzó en el Valle Rîm y se hizo musulmán. Ummu Ma’bad también se convirtió al Islam.

Surâqa bin Mâlik

Los politeístas seguían buscando con insistencia a Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y Hadrat Abû Bakr, porque si no podían encontrarlos sería peligroso para ellos. Los incrédulos pensaban que los musulmanes podrían establecer un estado musulmán que los destruiría en poco tiempo, razón de que ahora utilizasen todas sus capacidades para encontrarlos. Prometieron cien camellos, bienes innumerables y grandes cantidades de dinero para el que matase o atrapase a nuestro Maestro, el Profeta, y a Hadrat Abû Bakr. Estas noticias llegaron a los Banî Mudliŷ, la tribu a la que pertenecía Surâqa bin Mâlik, un rastreador muy avezado. Sobra decir que le interesó mucho lo que estaba pasando.

Los Banî Mudliŷ se habían reunido un martes en la zona de Kudayd, el lugar donde vivía Surâqa bin Mâlik que asistió a la reunión. Mientras tanto, se le acercó un hombre de los Quraysh que le dijo: “¡Oh Surâqa! Juro por Allah que he visto una expedición formada por tres hombres que iban hacia la costa. Es muy probable que sean Muhammad y sus compañeros”. Surâqa comprendía la situación, pero la recompensa era demasiado grande y la quería toda para él. En consecuencia, no quería que nadie se enterase de esas noticias. Restando importancia a la noticia dijo: “No, las personas que viste son fulano y mengano. Han pasado por aquí y nosotros también los hemos visto”.

Surâqa bin Mâlik esperó un poco más y, sin llamar la atención, fue a su casa y mandó a su criado preparar su caballo y sus armas, para llevarlos al otro lado del valle donde debía esperarlo. Cuando llegó y se montó en el caballo, puso la lanza boca abajo para que el brillo no llamase la atención. Se puso al galope, siguiendo la dirección que mencionó el hombre de los Quraysh, hasta que por fin descubrió las huellas. Cuando se acercó al grupo, podía distinguirlos con toda claridad. Surâqa podía incluso oír la recitación del Qur'an al-karîm que hacía nuestro Maestro, el Profeta. A pesar de todo, Rasûl-i Akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, no miró hacia atrás. Cuando Hadrat Abû Bakr sí lo hizo, vio a Surâqa y se preocupó mucho. Nuestro Maestro, el Profeta, le dijo lo mismo que cuando estaban en la cueva: **"¡No te aflijas! Allahu ta'âlâ está con nosotros".**

Según la narración recogida por Hadrat Bujâri, cuando Hadrat Abû Bakr dijo al Rasûl-i akram que se aproximaba un jinete, nuestro Maestro suplicó: **"¡Oh mi Rabb! ¡Haz que se caiga!"** Según otra narración, cuando Surâqa los alcanzó, Hadrat Abû Bakr empezó a llorar. Cuando nuestro Maestro, el Rasûl-i akram, le preguntó por qué lloraba, contestó: "Juro por Allah que no lloro por mí. Estoy llorando porque temo que se te cause algún daño".

Surâqa se acercó a nuestro Maestro, el Profeta, para poder atacarlo. Le dijo: "¡Oh Muhammad! ¿Quién te va a proteger hoy de mí?" Nuestro Maestro, Sarwar-i Âlam, respondió: **"Allahu ta'âlâ, que es el Ŷabbar** (hace lo que Él quiere) **y Qahhar** (el Dominante) **me protegerá".** En ese momento, las patas delanteras del caballo de Surâqa se doblegaron a la altura de las rodillas. Surâqa logró librarse de la situación e intentó atacar de nuevo. Pero las patas de su caballo se doblegaron otra vez. Surâqa obligó al caballo a levantarse, pero no pudo hacerlo. No podía hacer nada. Al verse impotente, empezó a implorar a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Nuestro Profeta, que contenía en su persona toda la buena conducta y cualidades morales, aceptó su deseo. Surâqa le decía: "¡Oh Muhammad! Comprendo que estás bajo una protección. Suplica que recobre mi libertad. Jamás te causaré daño alguno. Ni tampoco diré nada sobre ti a los que te persiguen". Cuando el Maestro del Mundo suplicó: **"¡Oh mi Rabb! Si sus palabras son sinceras, libera a su caballo".** Allahu ta'âlâ aceptó su súplica.

El caballo de Surâqa bin Mâlik había quedado libre tras esa súplica. En ese momento, algo parecido al humo se elevó hacia el cielo, justo donde se habían doblegado las patas del caballo. Surâqa estaba asombrado y, con todo lo ocurrido, comprendió que Muhammad había estado siempre protegido. Surâqa había visto demasiado. Por fin dijo: “¡Oh Muhammad! ¡Yo soy Surâqa bin Mâlik! Por favor no dudes de mí. Te lo prometo. Nunca haré nada que te disguste. Tu gente prometió dar muchas recompensas a los que os atraparan, a ti y a tus amigos”. Luego les contó, uno por uno, lo que habían planeado hacer los politeístas Quraysh. Luego llegó a ofrecerles comida y un camello para el viaje, pero nuestro amado Profeta no lo aceptó y dijo: **“¡Oh Surâqa! A no ser que abraces el Islam, no necesito ni quiero tu camello ni tu ganado. Limítate a ocultar el hecho de habernos visto, eso es suficiente”.**

Ibn-i Sa'd narró: Cuando Surâqa dijo a nuestro Maestro, el Rasûlullah: “Ordéname lo que desees”, éste dijo: **“Quédate en tus tierras. No permitas que nadie nos alcance”.**

Cuando Allahu ta’âlâ lo quiere, todo es posible. Cuando se confía en Él de forma sincera y se sigue Su camino, ocurren cosas incomprensibles. Surâqa bin Mâlik, que había iniciado su camino llevado por la ambición de conseguir un gran botín con la muerte de nuestro Maestro, el Rasûlullah, se había convertido en un niño de carácter afable. El Todopoderoso Allahu ta’âlâ había orientado el corazón de Surâqa hacia el bien para que no causara daño a Su Amado. Sobra decir que Allahu ta’âlâ no dejaría desamparado a Su Amado, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Muhammad era Su amado Profeta al que había enviado como una misericordia para que la gente consiguiese la bienaventuranza eterna en este mundo y en la Otra Vida. Surâqa regresó a su hogar. Jamás contó a nadie lo que había experimentado.

¡Buenas noticias! ¡Buenas noticias! ¡El Maestro del mundo está llegando!

Nuestro Maestro, el Profeta, Hadrat Abû Bakr, Âmir bin Fuhayra y su guía Abdullah bin Uraykit llegaron al pueblo de “Qubâ” en el primer año de la Hégira, el mediodía del lunes 8 del mes Rabî’ul Awwal, (20 de Septiembre del año 622 d.C.). Ese año se ha convertido en el primer año del Hiŷrî Shamsî (Hégira Solar). Se alojaron en la casa de un musulmán llamado Kulsum bin Hidm. Allí construyeron la primera masŷid. El Profeta hizo la primera oración del viernes y dio

el primer jutba (homilía, sermón) en el Valle de Qubâ. La Masŷid de Qubâ aparece alabada en un versículo donde se declara: **"…masŷid que fue establecida basada en taqwa (piedad)"** (Sûra Tawba: 108)**.**

Mientras tanto, Hadrat Ali, que se había quedado en Mecca, se sentaba en la Kâ'ba-i sharîf en el lugar donde siempre lo hacía nuestro Maestro, el Rasûlullah. Se dirigió a la gente diciendo: "¡Los que han confiado bienes para su custodia al Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, pueden venir y reclamarlos!" Todos los que tenían bienes en custodia fueron y alegaron sus demandas. Y así es como fueron devueltos a sus dueños todos los bienes depositados.

Ashâb-i güzin, los que se había quedado en Mecca-i mukarrama, tenían que recurrir a Hadrat Ali. Mientras el hogar de deleite del Rasûlullah seguía estando en Mecca, Hadrat Ali también permaneció allí. Pasado un tiempo, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, ordenó que los bienes de su hogar fueran llevados a Medina-i munawwara.

Hadrat Ali, el león de Allah, fue al lugar donde se reunían los incrédulos Quraysh. Les dijo: "Insha'llah ta'âlâ mañana partiré hacia Medina-i munawwara. ¿Tenéis algo que decir? Sí es así, decírmelo mientras todavía esté aquí". Todos inclinaron la cabeza y permanecieron en silencio. A la mañana siguiente, Hadrat Ali reunió las pertenencias de nuestro Maestro, el Rasûl-i akram, y luego emprendió el viaje con la Ahl-i Bayt de nuestro Maestro, el Rasûlullah, y su familia. Llegó a Qubâ, donde estaba nuestro Maestro, el Rasûlullah, con los pies ensangrentados y llenos de heridas. Al término de su viaje, en el que se escondía durante el día y caminaba por la noche, estaba tan cansado que no pudo presentarse ante nuestro Maestro, el Profeta. Cuando nuestro Maestro, el Rasûl-i akram, se enteró de la situación, fue a ver a Hadrat Ali, se apiadó de él, abrazó a su primo tan amado y fiel, acarició con sus manos bendecidas sus pies doloridos y delicados que habían soportado tantas dificultades en nombre del camino verdadero y suplicó que se curasen. Se ha llegado a decir que la âyat-i ŷalîla que declara: **"Hay una gente que se sacrifica en nombre de Allahu ta'âlâ,"** (Sûra Baqara: 207) fue revelada a propósito de la fidelidad de Hadrat Ali.

Cuando los Ashâb-i kirâm, que ya habían emigrado antes a Medina, y los musulmanes de Medina se enteraron de que el Sultán del universo había partido de Mecca en su emigración,

empezaron a esperar su llegada con pasión y excitación. Por este motivo dispusieron vigías en los barrios periféricos de Medina y esperaban con ansiedad el momento de dar la bienvenida a nuestro Maestro cuando entrase en la ciudad. Los que estaban consumidos por este amor, esperaban día tras día oteando el horizonte, del mismo modo que el ardiente desierto anhela la lluvia. Por fin se oyó un grito: "¡Ya vienen! ¡Ya vienen!..." Los que lo oyeron, se pusieron a mirar hacia el tórrido desierto. "¡Sí!... ¡Sí!..." Ahora podían ver que se aproximaban de forma majestuosa por el terrible desierto a pesar del calor tórrido del sol. Y entonces empezaron a gritarse unos a otros diciendo: "¡Buenas noticias!... ¡Buenas noticias!... El Rasûlullah está llegando! ¡Nuestro Profeta está llegando! ¡Alegraos, oh gente de Medina! ¡Alegraos! ¡El Habîbullah está llegando!... ¡Nuestro amado está llegando!..." La noticia se extendió de inmediato por las calles de Medina-i munawwara. Todo el mundo, desde los niños a los ancianos y los enfermos, esperaba con ilusión esta noticia feliz e inaudita. Todos los habitantes de Medina, ataviados con sus ropas más vistosas, corrieron a dar la bienvenida al Maestro de los mundos. Los takbir (decir "Allahu akbar") resonaban por doquier y se derramaban lágrimas de alegría. La atmósfera era de deleite y felicidad y Medina disfrutaba del día más hermoso de su historia. En uno de los bandos la gente había puesto precio a la cabeza del Habîb de Allahu ta'âlâ, al que todos conocían como "al-Amîn"; en el otro, había gente que estaba dispuesta a protegerlo, a él y a sus compañeros, a darles la bienvenida con los brazos abiertos y a sacrificar sus vidas en nombre de ese nuevo camino.

Los habitantes de Medina querían ver cuanto antes el rostro luminoso de nuestro amado Profeta. Jamás habían vivido un momento tan alegre y bendecido. Era una celebración distinta a todas las que habían disfrutado en el pasado.

Durante esa celebración, las mujeres y los niños recitaban los poemas siguientes, algo sublime que siempre será único:

"Tala'al badru alaynâ
Min saniyyât-il-wadâ',
Waŷab-ash-shukru alaynâ,
Mâ da'allahu dâi.
Ayyuh-al-mab'ûsu fînâ,
Ŷi'ta bil-amr-il muta!.."

Badr se alzó sobre nosotros a partir de la gloriosa despedida,
La glorificación se nos hizo necesaria porque él invita al camino recto.

Nos has traído y enviado los mandatos de Allah,
Bienvenido a Medina, tu invitación nos honra.

Estamos llenos de dignidad y respeto, nos hemos librado de los hábitos pasados,
Satisfechos al alcanzar el honor; estábamos en pérdida y luego obtuvimos beneficio.

La luna aparta la oscuridad y dice: “Decid a la gente que da el salâm:
No hagáis daño alguno a los seguidores de Muhammad (’alaihis-salâm)”.

En el día del juramento, todos habíamos dado esa palabra,
Nuestro camino es la exactitud; en la religión no existe la traición.

Juro que no hubo un solo día sin pesar, nunca lo he olvidado.
Sé testigo, oh estrella matutina, de lo mucho que eran tu amor y tu fidelidad.

Los deseos “Bienvenido, oh Rasûlullah,” “Por favor, sé bienvenido a nuestro hogar”, procedían de todas las direcciones. Algunos de los notables de Medina sujetaban las riendas de Quswâ y decían: “¡Oh Rasûlullah! Por favor, sé bienvenido a nuestro hogar”. Y entonces nuestro Profeta dijo: **“Soltad las riendas, mi camella elegirá. ¡Seré el invitado de la casa ante la cual se arrodille mi camella!** Todo el mundo se puso muy excitado y mostró un enorme interés. Todos se preguntaban dónde se detendría Quswâ que en esos momentos avanzaba hacia el centro de Medina. Cada vez que pasaba ante la puerta de una casa, su dueño decía: “¡Oh Rasûlullah! ¡Por favor, concédenos el honor, por favor, concédenos el honor!” Nuestro Maestro, el Profeta, decía con un rostro sonriente: **“¡Abrid paso a la camella! Se le ha ordenado dónde debe arrodillarse”.** Por fin Quswâ se arrodilló en el lugar donde hoy está la puerta de la masŷid-i sharîf de nuestro Maestro, el Profeta. El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no se bajó de su camella puesto que ésta se levantó y comenzó a andar de nuevo. Pero luego volvió a arrodillarse en el mismo lugar del que ya no se levantó. Entonces nuestro Maestro se bajó de Quswâ y dijo: **“Insha’llah nuestro hogar está aquí”.** Luego preguntó: **“¿Quién es el dueño de este lugar?”** Dijeron: “¡Oh Rasûlullah! Suhayl y Sahl, que son los hijos de Amr”. Estos hermanos eran huérfanos. Nuestro Profeta preguntó: **“¿Cuál es la casa de nuestros parientes más cercana a este lugar?”** Como la madre de Abdulmuttalib, el abuelo de

nuestro Maestro, el Rasûlullah, era de los Banî Naŷŷâr, Hadrat Jâlid bin Zayd Abû Ayyûb al-Ansârî dijo presa de la excitación: “¡Oh Rasûlullah! Mi casa es la más cercana. Esta es mi casa y su puerta”. Luego descargó lo que transportaba Quswâ e invitó a entrar a nuestro Maestro, el Rasûlullah.

Los musulmanes de Medina y los Muhâŷirs se alegraron enormemente con la emigración de nuestro Maestro.

Tu alma es un foco de la nûr de Allahu ta’âlâ, oh Rasûlullah
Tu belleza aumenta el deleite y proporciona satisfacción, oh Rasûlullah

Los musulmanes saben que, el nacimiento de tu cuerpo, muestra de la misericordia
Eliminó las oscuridades de la incredulidad, oh Rasûlullah

Tú eres un rosal en la rosaleda de la Profecía
Sin embargo, tú eres el último rosal que Allah había cultivado, oh Rasûlullah

Ten misericordia, oh guardián, el signo más honorable de Allahu ta’âlâ
Tus rayos de conocimiento son un remedio para los males de Naŷîb, oh Rasûlullah

SULTAN AHMAD III (NAŶÎB)

EL PERIODO DE MEDINA-I MUNAWWARA

El periodo de Medina, que duró diez años, empezó con la Hégira de nuestro amado Profeta a esa ciudad el 12 de Rabî’u-l-awwal del año trece de la bi’zat (el año en que se informó a Hadrat Muhammad, sallallâhu alaihi wa sallam, que era el Profeta) y que coincide con el año 622 d.C.

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu alaihi wa sallam, honró con su presencia la casa de Hadrat Jâlid bin Zayd Abû Ayyûb Al-Ansârî, prefirió alojarse en el piso de abajo. El honor de tener alojado al Maestro del mundo fue la responsabilidad absoluta de esta persona bendecida.

Hadrat Jâlid relata lo siguiente: “Cuando el Rasûlullah honró mi casa, prefirió alojarse en la planta baja. Nosotros estábamos en la planta de arriba y esta situación hacía que nos sintiéramos muy mal. Un día le dije: “¡Oh Rasûlullah, que mi madre y mi padre sean sacrificados en tu nombre! No me siento cómodo con esta situación en la que tú estás abajo y yo estoy arriba. Creo que es algo desagradable que ofende a mis sentimientos. Por favor, permite que nosotros nos traslademos abajo y tú te alojes arriba”. Al oírme decir eso, dijo: **“¡Oh Abû Ayyûb! Que nos quedemos en la planta baja de la casa es más adecuado y conveniente para nosotros”.** Él consideraba conveniente quedarse en la planta baja para poder recibir a los visitantes con mayor facilidad. Así que nosotros seguimos alojados en la planta de arriba.

Un día se rompió el recipiente de barro donde guardábamos el agua. Temiendo que acabase goteando sobre el Rasûlullah y que eso le molestara, mi esposa y yo pusimos de inmediato sobre el agua, para que la absorbiese, la única manta que teníamos para nuestro uso cotidiano”.

Abû Ayyûb Al-Ansârî estaba tan abochornado que, por fin, consiguió mudarse a la planta baja mientras nuestro Maestro, el Profeta se mudaba arriba. Hadrat Abû Ayyûb contaba: “Solíamos preparar la comida que luego enviábamos a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Cuando había terminado nos enviaba las sobras y mi esposa Ummu Ayyûb y yo buscábamos las partes donde había tocado la mano del Rasûlullah y recibíamos la bendición de comer esos restos de alimentos. Una noche preparamos comida con cebolla o ajo, pero el Rasûlullah nos la envió de nuevo. Cuando vi que no había señales de haberla comido, subí llorando y le dije: “¡Oh Rasûlullah! ¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre! Has devuelto la comida y no he podido ver señales tuyas en ella. Ummu Ayyûb y yo solemos buscar las partes donde ha tocado tu mano y éramos bendecidos al comerlas”. El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Olí algo en la comida y no la toqué. Yo soy una persona que habla con los ángeles”.** Pregunté: “¿Acaso es haram (prohibido)? Dijo él: **“¡No, no lo es! pero no me gustó por el olor que tenía”.** Y cuando yo dije: “¡A mí no me gusta lo que no te gusta a ti!”, dijo: **“¡Podéis comerlo!”** Al final lo comimos, pero desde ese entonces no volvimos a preparar una comida con esos ingredientes para el Rasûlullah.

En otra ocasión, preparé suficiente comida para nuestro Maestro, el Rasûlullah, y Abû Bakr se la llevé a donde él estaba. El Rasûlullah dijo: **“¡Oh Abû Ayyûb! Invita a treinta notables de entre los Ansâr”.** Con cierta ansiedad, invité a treinta de los Ansâr que vinieron de inmediato. Comieron de los alimentos que había preparado y quedaron saciados. Al haber comprendido que se trataba de un milagro, se fortaleció su creencia y dieron el juramento de fidelidad una vez más. Una vez hecho eso, se marcharon.

Luego, el Rasûlullah dijo: **“Invita a sesenta personas”.** Al ver que, como si fuera un milagro, la comida no disminuía, me alegré todavía más e invité a sesenta personas a comer con el Rasûlullah. Vinieron y todos comieron.

Una vez atestiguado el milagro del Rasûlullah, todos se fueron. Y entonces nuestro Profeta dijo: **“Invita a noventa de los Ansâr”.** Los invité y vinieron. Siguiendo las instrucciones del Rasûlullah, se sentaron en turnos de diez y comieron hasta quedar satisfechos. Ese día comieron ciento ochenta personas. Lo que quedó fue como lo que se le había subido al principio, parecía que nadie lo había tocado”.

La hermandad de los Ansâr y los Muhâŷirs

Nuestro Maestro, el Profeta, hermanó a los que habían emigrado desde Mecca (Muhâŷirs) y a los habitantes de Medina (Ansâr) que los habían alojado en sus casas. Con ello estableció una estrecha alianza en Medina-i munawwara. Cuando en el proceso de hermanamiento solo quedaba Hadrat Ali, supuso que se había olvidado de él y dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¿Te has olvidado de mí?” Y entonces el Maestro de los mundos dijo: **“Tú eres mi hermano, en este mundo y en la Otra Vida”.** Esta hermandad estaba basada en un apoyo tanto material como espiritual. Gracias a ello, la tristeza por estar lejos de su tierra natal, de sus hogares y parientes, se aliviaba un poco. El hecho es que los musulmanes de Medina ya habían recibido con los brazos abiertos a sus hermanos Muhâŷir que habían abandonado su tierra para vivir y propagar la religión de Allahu ta’âlâ; los habían invitado a sus casas y los ayudaban con la mejor disposición en todo lo que necesitaban. Con el establecimiento de esta hermandad se abrazaron de manera aún más estrecha y sincera. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, había

emparejado a cada Muhâŷir con un hermano Ansâr que tenía una personalidad complementaria. Esta hermandad era de un nivel tal, que llegaban a compartir los bienes que habían heredado de sus padres.

Cada Ansâr de Medina dividió su campo, viñedo, huerto, casa y bienes materiales... todo lo que tenía lo dividía en dos y entregaba la otra mitad a su hermano Muhâŷir. Abdurrahman bin Awf, uno de los Muhâŷirs, relata lo siguiente: "Cuando emigramos a Medina-i munawwara, nuestro Maestro, el Rasûlullah, me hermanó con Sa'd bin Rabî. Mi hermano Sa'd me dijo: "¡Oh hermano Abdurrahmân! En lo que respecta a los bienes materiales, yo soy el más rico de los musulmanes de Medina. He dividido lo que poseo en dos partes y la mitad es para ti". Entonces dije yo: "Que Allahu ta'âlâ bendiga tus bienes y haga que te sean de provecho. Yo no necesito bienes. Pero llévame al mercado donde tú comercias, eso será suficiente".

Esa generosidad solo era posible con la hermandad del Islam. Desde tiempos de Adam, alaihis-salâm, hasta esa época, habían tenido lugar muchas migraciones. No obstante, jamás había habido una Hégira tan honorable y llena de significado, además de una muestra tal de amor y unión sincera. Allahu ta'âlâ lo declaró en un versículo que dice: **"Ciertamente los mu'min** (los creyentes musulmanes) **son hermanos".** (Sûra Huŷurât: 10). Con esto se indica que el amor y la sinceridad auténticos solo se pueden conseguir gracias a la creencia, y no a los intereses materiales. Ese estado de los Compañeros se obtenía con una sola sohbat (estar en la presencia de nuestro Profeta) con nuestro Maestro, el Rasûlullah. Fayz (resplandor) y abundancia que, como océanos, emanaban del corazón bendecido de nuestro amado Profeta y fluían hacia los corazones de los Compañeros; el resultado es que se amaban entre sí con una lealtad extraordinaria y preferían a sus hermanos antes que a sí mismos.

En este nuevo centro del Islam, los Ansâr y los Muhâŷir prometían tener solidaridad, soportar todo tipo de sacrificio con tal de fortalecer la religión islámica y, en último caso, sufrir el martirio. Basados en esto, se reunían en torno al Rasûlullah y establecían un orden nuevo y una vida feliz. Con el acontecimiento de la Hégira, Islam había dado el primer paso para establecer un *"Estado"*. La luminosa Medina se estaba convirtiendo en la cuna y el centro de la religión islámica.

Además de los Ashâb-i kirâm, en Medina había cristianos, judíos e idólatras. Los judíos eran tres tribus: Los Banu Nadir, los Banu Qurayzâ y los Banu Kaynûka. Eran enemigos declarados del Islam y, más en concreto, de nuestro amado Profeta.

Mientras tanto, los politeístas de Mecca consideraban que era una gran amenaza la hermandad que nuestro Maestro, el Profeta, establecía entre sus Compañeros en Medina. Si no podían poner fin a ese asunto lo antes posible, los musulmanes acabarían por fortalecerse y atacar Mecca recuperando sus tierras y sus casas. Desde los politeístas de Mecca que eran de esta opinión, llegaban cartas amenazadoras a los musulmanes de Medina. En una de estas cartas se decía: “No cabe duda de que, hasta hora, no ha habido tribu árabe enemiga que nos haya encolerizado tanto como vosotros lo habéis hecho porque, en vez de entregarnos un hombre de nuestro propio pueblo, lo habéis acogido y protegido. Esto es una falta irreparable. Por favor, no interfiráis en nuestras relaciones con ese hombre y entregárnoslo ya. Si corrige su actitud, nosotros seremos los primeros en alegrarnos. En caso contrario, ¡dejar que seamos nosotros quienes le corrijamos!” Hadrat Ka’b bin Mâlik escribió una respuesta muy hermosa a esta carta en la que alababa a nuestro Profeta.

Los politeístas de Mecca escribieron cartas a los politeístas de Medina con el mismo tipo de contenido. A ellos también los amenazaban diciendo: “¡Si no expulsáis a nuestro hombre de vuestra ciudad o no lo matáis, iremos contra vosotros, os mataremos y tomaremos a vuestras mujeres como esclavas!”

Ante esta situación, los politeístas de Medina se reunieron con Abdullah bin Ubayy, el hipócrita y decidieron causar daño a nuestro Maestro, el Rasûlullah, cada vez que tuviesen la oportunidad de hacerlo.

Cuando los musulmanes se enteraron de esta situación, hicieron todo lo posible para proteger a nuestro amado Profeta y unirse en torno suyo. Eran incapaces de salir por las noches o dormir en sus casas. Ubayy bin Ka’b transmitió: “Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, y sus Compañeros honraron con su presencia Medina-i munawwara, los musulmanes se convirtieron en el objetivo de las tribus árabes politeístas. Los Ashâb, pertrechados con sus armas, hacían guardia todas las noches.

Los Ashâb-i kirâm estaban unidos y dispuestos a ayudar a sus hermanos musulmanes en las situaciones peligrosas. Los lideraba nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Lo mismo que con todos sus buenos atributos, también en valentía era el que más destacaba. Cuando se oía un grito, sin que importase la hora de la noche, nuestro Profeta era el primero en llegar montado en su caballo para luego informar a sus Ashâb que no había motivo para preocuparse y que así quedaran tranquilos.

La Masŷid-i Nabî

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, honró Medina con su presencia, quiso comenzar la construcción de una masŷid donde poder enseñar a sus Compañeros y hacer las oraciones. Entretanto, Ŷabrâil, alaihis-salâm, vino y dijo: “¡Oh Rasûlullah! Allahu ta’âlâ te ordena que construyas una casa para Él (masŷid) de piedra y adobe”. El Habîb-i akram quiso comprar a sus propietarios el solar donde se había arrodillado su camella Quswâ al llegar a Medina. Los dueños del solar dijeron: “¡Oh Rasûlullah! Confiamos en que su precio nos lo pagará Ŷanâb-i Haqq. Te damos esa tierra como regalo en nombre de Allah”. Querían darle el solar a toda costa. No obstante nuestro Maestro, el Profeta, no aceptó la oferta y lo compró pagando mucho más del valor normal.

Mientras el solar era preparado, se hacían los ladrillos de adobe y se tallaban las piedras. Cuando todo estuvo dispuesto, se reunieron para poner los cimientos. Nuestro Maestro Muhammad Mustafâ, sallallâhu ’alaihi wa sallam, puso la primera piedra con sus manos bendecidas. Y luego ordenó de forma sucesiva: **“¡Que Abû Bakr ponga la piedra siguiente al lado de la mía! ¡Que ’Umar ponga su piedra junto a la de Abû Bakr! ¡Que ’Uzman ponga su piedra junto a la de ’Umar! ¡Que Ali ponga su piedra junto a la de ’Uzman!”** Una vez cumplidas sus instrucciones, dijo a los Compañeros que estaban allí: **“Vosotros también podéis poner vuestras piedras”.** Y todos empezaron a poner sus piedras.

Todos los Compañeros, y en especial nuestro amado Profeta, trabajaron sin descanso en la construcción de la masŷid. Él llevaba piedras y bloques de adobe en su espalda bendecida. Establecieron una base de un metro y medio con piedras que luego cubrieron con adobe. Un

día, nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba llevando un bloque de adobe. Uno de sus Compañeros que estaba ante él, le dijo con mucha cortesía: "¡Oh Rasûlullah! ¿Te importa que lleve yo el bloque de adobe?" Nuestro Maestro, Jâtam-ul anbiyâ, no se lo dio diciendo con mayor cortesía que necesitaba obtener zawâb (recompensa, bendición). Luego le aconsejó que trajera piedras.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, fue uno de los que más trabajó en la construcción de la Masŷîd-i Nabî. Acarreaba las rocas más pesadas para llevarlas a los maestros canteros. Cuando llevaba estas piedras y bloques de adobe, daba ánimos a sus Compañeros hablándoles del valor que tenía ese trabajo y dando buenas noticias sobre sus bendiciones.

Los musulmanes, que veían los esfuerzos de nuestro Maestro, trabajaban con ahínco. Más aún, mientras los demás llevaban un bloque de adobe, Ammâr bin Yâsar solía llevar dos, uno por él y otro por nuestro Maestro, el Profeta. Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, lo vio, se dirigió a él. Dando palmadas en la espalda de Hadrat Ammâr con su mano bendecida, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"¡Oh hijo de Sumayya! ¡Mientras los demás solo tienen un zawâb, tú consigues dos!"** Las paredes de la masŷid se completaron con rapidez y luego fue cubierta. Anexa a ella se añadieron dos habitaciones hechas de adobe para nuestro Maestro, el Rasûlullah, que también fueron cubiertas con ramas y troncos de palmera. (Con el paso del tiempo, el número de estas habitaciones llegó a ser nueve). Una vez completada la construcción de la masŷid, nuestro Maestro, el Profeta, se mudó de la casa Hadrat Jâlid bin Zayd a esta nueva casa que se había construido para él.

El lamento del tronco de palmera

Nuestro Maestro, el Profeta, solía dar el jutba (sermón pronunciado por el imâm, desde un lugar elevado, en las oraciones del viernes y las celebraciones islámicas) en su masŷid apoyándose en el tronco de una palmera seca llamada Hannâna. Con el paso del tiempo, hizo construir un mimbar (estrado) con tres escalones. En ese entonces, nuestro Maestro, el Profeta, y sus Compañeros se reunieron el viernes en la Masŷid-i Nabî. Cuando nuestro Maestro subió al nuevo mimbar, el tronco de la palmera, en el que nuestro Maestro solía

apoyarse cuando daba el jutba, empezó a lamentarse y gemir como si fuera una camella preñada; todos los Compañeros oyeron asombrados ese sonido. En todo caso, el sonido no cesaba. Al ver lo que pasaba, el Maestro de los mundos descendió del mimbar y acarició el tronco de palmera con sus manos bendecidas. En ese momento, los lamentos y los gemidos se detuvieron. Al ver el amor del tronco de palmera seca por nuestro Profeta, los Compañeros comenzaron a llorar.

Con respecto a este suceso, Hadrat Anas bin Mâlik dijo: "Incluso la masŷid temblaba con ese sonido" e Ibn-i Abî Wadâ'a dijo: "El tronco de la palmera rompió en sollozos y a temblar. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, se acercó y puso sobre él su mano bendecida hasta que se tranquilizó".

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"Juro por Allahu ta'âlâ, Cuyo poder sostiene mi alma, que si no lo hubiese acariciado, lloraría de esa manera hasta el Día del Juicio por la añoranza y la tristeza que sentía por mí"**. Tras este suceso, el Rasûlullah ordenó que se enterrase el tronco de la palmera seca.

Se ha dicho que en otra transmisión se narra lo siguiente: "El Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo al tronco de la palmera seca: **'Si lo deseas, deja que te ponga en el huerto donde antes estabas. Allí podrás reverdecer y seguir tu crecimiento. O si prefieres, deja que te plante en el Jardín para que los amigos de Allahu ta'âlâ se alimenten con tus frutos'.** Nuestro Maestro, el Rasûlullah, acercó la oreja al tronco y oyó que decía: "Plántame en el Jardín para que los amigos de Allahu ta'âlâ coman de mis frutos y permite que esté en un lugar en el que no perezca". Los que estaban con nuestro Maestro, el Profeta, también oyeron las palabras del tronco de palmera. Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, le dijo: **"Haré lo que me has pedido".** Luego se volvió hacia sus Compañeros y dijo: **"Ha preferido Dâr-i baqa antes que Dâr-i fana** (este mundo)**."**

Matrimonio con Hadrat Âisha

Cuando Sarwar-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y Hadrat Abû Bakr emigraron, dejaron a sus hijos en Mecca. Un año después de la muerte de nuestra madre Hadrat Jadîŷa, se

comprometió con Hadrat Âisha en Mecca. En un hadîz-i sharîf recogido por Imâm-i Bujâri, Hadrat Âisha dijo: "Nuestro Maestro, el Rasûlullah, me dijo: **'¡Oh Âisha! En mi sueño me fuiste mostrada dos veces. Vi tu imagen cubierta con lo que parecía ser una tela de seda verde y se me dijo que la dueña de esa imagen será tu esposa."** Tras ese sueño, nuestro Maestro, el Profeta, y nuestra madre Hadrat Âisha quedaron comprometidos. No obstante, la boda no se celebró de inmediato. Nuestra madre Hadrat Âisha narró lo sucedido de la siguiente manera:

"Cuando el Rasûlullah emigró a Medina, dejó a sus hijas con nosotros en Mecca. Tras honrar con su presencia a Medina, nos envió a su esclavo liberto Zayd bin Jârisa y Abû Râfî' con dos camellos y 500 dirhams para cubrir sus necesidades. Además, mi padre envió con ellos a Abdullah bin Uraykit, con dos o tres camellos y una carta donde ordenaba a mi hermano Abdullah que enviase a mi madre, a mi hermana Asmâ y a mí en los camellos. En el viaje fuimos juntas yo, mi madre Ummu Rûmân y Hadrat Zaynab, una de las hijas del Rasûlullah. Cuando llegamos a Qubayd, Zayd compró otros tres camellos por los que pagó 500 dirhams. Talha bin Ubaydullah se unió a nuestro grupo. Cuando llegamos a Bayd, en un barrio de Mina, mi camello se desbocó y echó a correr. Yo iba en la litera y mi madre iba a mi lado. Mi madre estaba muy nerviosa y gritaba: "¡Ay mi hija, ay mi hija!" Allahu ta'âlâ tranquilizó al camello y nos salvó. Tras este incidente llegamos y desmonté junto con el resto de los miembros de la familia de mi padre". Los familiares del Rasûlullah desmontaron delante de sus aposentos. Nuestra madre Hadrat Âisha se alojó en casa de su padre, Hadrat Abû Bakr, durante un tiempo. Un día, Hadrat Abû Bakr preguntó a nuestro Maestro, Sarwar-i âlam: "¡Oh Rasûlullah! ¿Qué te detiene para casarte con tu futura esposa?" El Rasûlullah contestó: **"Es la mahr** (Mahr son cosas como el oro, la plata o cualquier tipo de bien material que se entrega como dote a la esposa con la que se va a contraer matrimonio**".** Entonces Hadrat Abû Bakr envió dinero al Rasûlullah para la mahr.

Al poco tiempo se celebró la boda de nuestra madre Hadrat Âisha. En esos días, nuestro Maestro, el Profeta, tenía cincuenta y cinco años. Nuestra madre Hadrat Âisha era tan inteligente e ingeniosa que podía describir los sucesos de forma poética e inmediata. Nunca olvidaba lo que aprendía o memorizaba. Era muy inteligente, erudita, considerada, casta y

piadosa. Al tener una memoria tan retentiva, los Ashâb-i kirâm le preguntaban y aprendían muchas cosas con ella. En una âyat-i karîma aparece ensalzada.

Adhân-i Muhammadî

Una vez construida la Masŷîd-i Nabî, cuando llegaba el momento de hacer la oración no había un método que lo anunciase e invitara a los musulmanes a ir a la mezquita. Lo único que se decía era: **"Assalâtu Ŷâmi'a"**.

Un día, nuestro Maestro, el Rasûlullah, preguntó a sus Compañeros cómo debía invitarse a los musulmanes a acudir a la mezquita a las horas de las oraciones. Algunos propusieron utilizar un nâqûs (una especie de campana similar a la de los cristianos); otros sugirieron tocar un cuerno como hacen los judíos. Y otros dieron la opinión siguiente: "En las horas de las oraciones, encendamos un fuego que pueda verse desde un lugar elevado". Nuestro Maestro, el Rasûlullah, no aceptó ninguna de las sugerencias.

Abdullah bin Zayd bin Sa'laba y Hadrat 'Umar oyeron en sus sueños la llamada del adhân. Hadrat Abdullah fue a ver a nuestro amado Profeta y le contó su sueño de la siguiente manera:

"Vi a un hombre vestido de verde que sostenía una campana. Le pregunté: '¿Me venderías la campana que tienes en la mano?' Preguntó él: '¿Qué harías con ella?' Cuando contesté: "La tocaría para anunciar las horas de las oraciones'. El hombre me dijo: 'Deja que te enseñe una manera mejor', y volviéndose hacia la Qibla empezó a dar el Adhân en voz alta: "Allâhu Akbar, Allâhu Akbar...". Cuando terminó, dijo: 'Cuando sea la hora de levantarse para la oración decid', y repitió el Adhân; y cuando llegó al final, añadió la frase: 'Qad Qâmat-is-salâtu'".

Al oír esto, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"¡El sueño es verdadero. Enseña esas palabras a Bilâl y que las diga en voz alta!"** A esto se le llamó el adhân.

Entonces Hadrat Bilâl se subió a un techo elevado cercano a la Masŷid-i sharîf y dio el primer adhân con las palabras que le habían enseñado.

Cuando Hadrat ’Umar oyó la llamada del adhân, fue corriendo a ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Le dijo que, en su sueño, eran las mismas palabras que había empleado Hadrat Bilâl. Esa noche, algunos Compañeros habían tenido el mismo sueño. Mientras tanto, se había revelado la novena âyat-i karîma de la Sûra Ŷumâ.

Una mañana, a la hora de la oración del alba, Bilâl-i Habashî había dicho dos veces *“As-salâtu hayrun minan-nawm”* delante de la puerta de la casa de nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. A nuestro Maestro, el Profeta, le gustó lo que había dicho. Le dijo: **“¡Bilâl, qué palabras tan hermosas has pronunciado! Repítelas cada vez que des el adhân de las oraciones de la mañana”.** Así fue cómo se introdujo esa expresión en el adhân de las oraciones de la mañana.

La voz de Bilâl-i Habashî, que fue el muezzin hasta la muerte de nuestro Profeta, era sonora, muy agradable y emotiva. Cuando empezaba a dar el adhân, todos lo escuchaban extasiados, llenos de amor y sobrecogidos. Cuando daba el adhân hacía que todos llorasen. A los politeístas y judíos de Medina les parecía extraño que los Compañeros utilizasen el adhân-i sharîf para invitarse a ir a la mezquita a las horas de las oraciones. Cuando se estaba dando el adhân lo ridiculizaban y se burlaban. Antes estas burlas, Allahu ta’âlâ declaraba en el Qur’ân al-karîm: **“Se burlan y juguetean cuando llamáis al namâz con el adhân. Esto se debe a que es una gente incapaz de comprender”.** (Sûra Mâida: 58).

La instrucción de los Compañeros

Para instruir y hacer madurar a los Ashâb-i kirâm, nuestro Maestro, Fajr-i kâinat, sallallâhu ’alaihi wa sallam, solía hacer sohbat desconocidos hasta ese entonces (hablar unos con otros, frecuentar la compañía mutua, estar juntos) y derramaba en sus corazones el fayz y las bendiciones que Allahu ta’âlâ le había concedido. A los que tenían el honor de servir a nuestro Maestro, los sohbat del Profeta les hacían sentir un cambio radical en sus corazones, incluso en el primer sohbat, y llegaban a alcanzar ma’rifats muy elevados (conocimiento divino, gnosis). Gracias a las bendiciones de esas sohbat, todos los Ashâb-i kirâm llegaban a amar a los demás antes que a sí mismos; sobra decir que a quien más amaban era a nuestro amado

Profeta. Allahu ta'âlâ los ha ensalzado en varias âyat-i karîma. Solían estar en la presencia de nuestro Maestro, el Rasûlullah, de tal manera, que parecía que unos pájaros estuviesen sobre sus cabezas y que, con decir una sola palabra, saldrían volando. Así fue cómo los Ashâb-i kirâm se convirtieron en seres virtuosos y superiores entre el resto de las criaturas, con un rango solo superado por los profetas y los ángeles.

Allahu ta'âlâ dice en el Qur'ân al-karîm: **"Vosotros** [creyentes] **sois la umma mejor y más beneficiosa elegida entre la gente. Habéis sido creados para el provecho de los demás. Ordenáis el bien y prohibís las malas acciones..."** (Sûra Al-i Imrân: 110).

"Allahu ta'âlâ está complacido con los primeros que se hicieron musulmanes tanto entre los Muhâŷir como entre los Ansâr y los que les siguieron en hacer el bien. Y ellos, a su vez, están complacidos con Allahu ta'âlâ. Allahu ta'âlâ ha preparado Jardines para ellos por cuyo suelo corren los ríos y en los que serán inmortales para siempre". (Sûra Tawba: 100).

"Muhammad (sallallâhu 'alaihi wa sallam) **es el Profeta de Allahu ta'âlâ, y todos los que están con él** (los Ashâb-i kirâm) **son duros con los incrédulos. Y sin embargo son compasivos y delicados entre ellos. Los verás haciendo rukû'** (inclinados con las manos en las rodillas cuando hacen la oración llamada namâz o salât) **y haciendo saŷda** (postración en el namâz). **Suplican a Allahu ta'âlâ que dé a todo el mundo el bien y la supremacía en esta vida y en la Otra Vida. También desean ridwân, es decir, que Allahu ta'âlâ esté complacido con ellos. En sus rostros se podrá ver que han hecho muchas saŷdas. Estos hechos sobre sus estados y honores han sido recogidos en la Torah y en el Inŷîl** (el Evangelio original revelado a Îsâ, 'alaihis-salâm). **Tal y como se dice en el Inŷîl, son como las cosechas. En la tierra aparece un brote que se hace más alto y más grueso; eran débiles y pocos pero, en un periodo de tiempo corto, se propagan por doquier. Todo lo han llenado con las luces del îmân. Todos se maravillan de la rapidez con la que crece un brote; y al mismo tiempo que todos se asombraban y admiraban la fama y hermosas maneras de esta gente que se propagaba por la tierra, los incrédulos se enfurecían".** (Sûra Fath: 29).

Al hablar de la grandeza y los rangos elevados de los Ashâb-i kirâm, nuestro Maestro, el Profeta, declaraba en uno de sus hadîz-i sharîf: **"No habléis en contra de ninguno de mis**

Compañeros. ¡No digáis nada que ofenda su gloria! Juro por Allahu ta'âlâ que si alguien de mi umma da una limosna de oro tan grande como la Montaña de Uhud, no conseguirá tanta zawâb como la que se dará a mis Ashâb por una limosna equivalente a un mud de cebada". (Un mud equivale a dos ritls; un ritl son ciento treinta dirham-i shar'î. Un dirham-i shar'î son 3.365 gramos. Un mud es una unidad de peso que equivale a 875 gramos.) Y también: **"Cada uno de mis Ashâb es como las estrellas del cielo. Seguir a cualquiera de ellos te guiará a la salvación**".

Los Compañeros de Suffa

En la pared de la Masŷid-i Nabî que daba al norte, nuestro Maestro, el Profeta, había mandado preparar una zona con sombra hecha con ramas de palmera. Luego ordenó que se alojaran allí a los Compañeros solteros que había emigrado desde Mecca y carecían de bienes materiales. Estos Compañeros, cuyo número variaba entre diez y cuatrocientos, nunca abandonaban a nuestro Maestro, el Rasûlullah y siempre asistían a sus sohbat. Día y noche recitaban el Qur'ân al-karîm y memorizaban los hadîz-i sharîf. Ayunaban la mayoría de los días y siempre estaban rezando y haciendo actos de adoración.

Los que eran instruidos allí, se enviaban a las tribus que acababan de convertirse al Islam para enseñarles el Qur'ân al-karîm y los hadîz-i sharîf, es decir, la religión del Islam. Esos Compañeros bendecidos que tenían muchas cualidades excelentes, eran un ejército numeroso de educadores. Nuestro Maestro, el Profeta, los amaba profundamente, se sentaba, hacía sohbat y comía con ellos, Se les llamaba *Ashâb-i Suffa* (Los Compañeros de Suffa).

Un día, nuestro Maestro, el Rasûlullah, estaba mirando a los Ashâb-i Suffa y pensaba en lo pobres que eran. A pesar de esa condición, rezaban con una conciencia clara y con brillantez. Apiadándose de ellos, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"¡Oh los Compañeros de Suffa! ¡Buenas noticias para vosotros! Si entre los de mi umma hay una persona que admite las condiciones tan difíciles en las que vosotros estáis, no hay duda de que es uno de mis amigos".**

Antes de cualquier otra cosa, Habîb-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, solía satisfacer las necesidades de estos Compañeros tan especiales, y luego la de su Ahl-i Bayt. Abû Hurayra relata lo siguiente: “Juro por Allahu ta’âlâ, que es el único Dios, que a veces, tenía tanta hambre que solía poner mi estómago contra el suelo o apretar contra él una piedra que había encontrado en el camino. En una ocasión me encontraba en ese estado. Ese día me había sentado en un lado del camino que utilizaba el Rasûlullah para ir al masŷid. En ese preciso momento, el ornamento de los dos mundos, que ha sido enviado como una misericordia para los mundos, se acercó a mí con una nûr radiante. Al darse cuenta de mi situación, sonrió y dijo: **“¡Oh Abû Hurayra!”** Y cuando yo dije: “Que mi vida se sacrifique por tu causa; por favor, ¡dime Oh Rasûlullah!” Dijo él: **“¡Ven conmigo!”** Fui con él de inmediato y entré en su casa bendecida. En la casa había un recipiente con leche. Dijo: **“Ve a los Ahl-i Suffa y diles que vengan aquí”.** Cuando salí para llamarlos, no pude evitar pensar: “¿Cómo va a ser suficiente un tazón de leche para todos los Compañeros Suffa? ¿Me tocará alguna gota? Me pregunto…” Los llamé, llegamos a su casa bendecida, pedimos permiso y entramos. Cuando nos habíamos sentado, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“¡Oh Abû Hurayra! ¡Coge este tazón de leche y dáselo a ellos!”** Así lo hice pasándolo de uno a otro de forma sucesiva. Cada uno de los Compañeros Suffa bebía del tazón hasta quedar saciado y cuando bebieron todos me lo pasaron a mí. Cuando recibí el tazón me di cuenta de que no había disminuido y que estaba tan lleno como al principio. Lo mismo ocurrió con todas las personas que conocía y aparecieron en ese lugar. Todos bebieron y el tazón seguía lleno. Luego, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tomó en sus manos el tazón y me dijo sonriendo: **“¡Oh Abû Hurayra! Solo quedamos tú y yo sin haber bebido. ¡Siéntate tu también y bebe!”** Me senté y bebí. Dijo él: **“¡Bebe otra vez!”** Y yo bebí otra vez. Nuestro Maestro me ordenó que bebiera varias veces y yo así lo hice. Por fin tuve que decir: “¡Que mis padres sean sacrificados por tu causa, Oh Rasûlullah! Ya no puedo beber más. Juro por Allahu ta’âlâ, que te ha enviado con la religión verdadera, que estoy lleno”. Entonces dijo: **“Dame entonces el tazón a mí”.** Yo se lo di y, tras alabar a Allahu ta’âlâ, pronunció la Basmala y bebió la leche”.

Los Compañeros de Medina sentían un afecto definido e incomparable por los Ashâb distinguidos que estaban estudiando y no perdían un solo sohbat de nuestro Maestro, el

Rasûlullah. Una tarde, uno de los Compañeros de Suffa, que estaba exhausto por el hambre que tenía, fue a ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah y le habló de su situación. Nuestro Maestro, el Profeta, preguntó a los miembros de su familia bendecida si había algo para comer. Cuando recibió la respuesta, “de momento, en la casa no hay más que agua”, dijo a los Compañeros que estaban presentes: **“¿Quién puede invitar a esta persona hambrienta?”** Un hombre de Medina, de entre los Ashâb-i kirâm, se adelantó a todos los demás y dijo: “¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, Oh Rasûlullah! Yo me encargo de él”.

Cuando fue a la casa con su invitado, dijo a su esposa: “Prepara algo de comer para el invitado de nuestro Maestro, el Rasûlullah”. Su esposa dijo: “Ahora mismo solo tengo la cena para nuestros hijos”. Dijo él: “Primero lleva los niños a la cama y luego trae la comida”. Luego trajo la cena, que solo era suficiente para una persona, y entró en la habitación donde estaba el invitado. Le puso los alimentos delante y le invitó a comer. Justo cuando iban a comer juntos, el anfitrión se levantó con la excusa de hacer algo con la iluminación y dejó la habitación casi a oscuras. Luego se sentó otra vez a la mesa, fingió comer y esperó a que el invitado estuviese saciado. Luego retiró las cosas y se fueron a dormir. Esa noche, el matrimonio y sus hijos no comieron cosa alguna. A la mañana siguiente, cuando fue a ver a nuestro Maestro, el Profeta, éste le dijo: **“Allahu ta’âlâ está complacido con lo que hiciste anoche”.** A propósito de lo ocurrido, Allahu ta’âlâ reveló la novena âyat-i karîma de la Sûra Hashr que declara: **“A pesar de que sufran pobreza y necesidad, ellos** (Ansâr) **dan preferencia a los** (Muhâŷir) **antes que a sí mismos”.**

El hadîz de Ŷibrîl

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, solía explicar y enseñar en profundidad los mandatos y las prohibiciones de nuestra religión, la “Religión del Islam”: los pilares de la creencia y el îmân, la oración, el ayuno, la peregrinación, las reglas del zakât, las interpretaciones del Qur’ân al-karîm, los alimentos permitidos y prohibidos, la forma de vestir; los juramentos, promesas, kaffârat (expiación), el intercambio de información; la conducta a la hora de comer, vestirse, conversar y saludarse; la relaciones entre vecinos, parientes y amigos; las normas del matrimonio, la manutención y pensión alimenticia y las herencias; conflictos, sanciones,

acuerdos y sociedades; conocimiento de la salud y de la higiene, confrontaciones con el enemigo, las leyes de la guerra... Todo lo explicaba a sus Compañeros de manera fácil de entender, llegando a repetir tres veces las cuestiones que consideraba importantes. Cuando se trataba de mujeres, sus esposas bendecidas eran las encargadas de dar la información.

El valiente imâm de los musulmanes, uno de los Ashâb-i kirâm más encumbrados, famoso por decir siempre la verdad, nuestro amado antepasado, ’Umar bin Jattâb, radî-Allâhu ’anhu, cuenta lo siguiente:

“Un día determinado estábamos unos pocos Compañeros en presencia y al servicio del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Ese día y esa hora eran tan preciosos y honorables que no podrían repetirse. Se nos había concedido la bendición de estar al lado del Rasûlullah, atendiendo su sohbat y contemplando su belleza, que es alimento para las almas y un deleite para los espíritus. (A fin de explicar el honor e importancia de ese día, dijo: ‘Era un día tal que… ¿Acaso es posible encontrar un día tan precioso y honorable como ese, en el que se nos dio la posibilidad de ver a Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm’ (Arcángel Gabriel) con forma humana, oír su voz y escuchar la información que desean todas las criaturas, de forma hermosa y clara, de la boca bendecida del Rasûlullah?)”

En ese momento, una persona que parecía la luna en plena ascensión, se acercó a nosotros. Sus ropas eran muy blancas y sus cabellos muy negros. No tenía muestras de haber viajado, como polvo, tierra o sudor. Ninguno de nosotros, los Compañeros del Rasûlullah, conocían a ese hombre. Se sentó ante el Rasûlullah, poniendo sus rodillas junto a las suyas. (Ese hombre era Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, con forma humana. Que Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, se sentase de esa manera significaba que iba a decirle algo importante. Es decir, iba a demostrar que uno no debe avergonzarse a la hora de aprender algo sobre la religión y que el maestro no debe ser arrogante ni presuntuoso. Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, lo enseñó con su conducta a los Ashâb-i kirâm, para que todo el mundo pregunte a los maestros con libertad y sin duda, todo lo que él o ella quiera aprender sobre la religión. El motivo es que no es conveniente sentir vergüenza cuando se quiere aprender la religión y cumplir, enseñar y aprender los derechos de Allahu ta’âlâ).

Esa noble persona puso sus manos en las rodillas bendecidas de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, y dijo: “¡Oh Rasûlullah! Dime qué es el Islam y cómo se es musulmán”.

El Rasûl-i akram dijo: **“El primero de los cinco fundamentos del Islam es decir la Kalima-i shahâdat”.** (La persona debe decir: “Ash’hadu an lâ ilâha illa’llâh wa ash’hadu anna Muhammadan ’abdûhu wa rasûluh”. Dicho con otras palabras: la persona sensata que ha llegado a la pubertad y puede hablar, tiene que decir: “Atestiguo que en la tierra y en el cielo no hay nada que merezca ser adorado excepto Allâhu ta’âlâ. El único ser verdadero que debe ser adorado es Allahu ta’âlâ. Él es el Wâŷib al-wuŷûd (Ser Indispensable). En Él existe toda cualidad superior y Él no tiene defecto alguno. Su nombre es Allah”. Y debe creerlo con todo el corazón. Y también se debe decir y creer: “Y esa persona encumbrada que tenía la piel de color rosado, un rostro blanco y rojizo, radiante y hermoso, con ojos negros y largas pestañas; que tenía una frente ancha y bendecida y que poseía buen carácter; que no proyectaba sombra al pasar, hablaba con dulzura y se le llamaba árabe, porque había nacido en Mecca, es el esclavo y Mensajero de Allahu ta’âlâ”).

“Luego, hacer la oración ritual (namâz, salât) **cuando llega el tiempo para la oración. Dar el zakât de los bienes que se poseen. Ayunar cada día del mes del Ramadân-i sharîf. Y para quien pueda hacerlo, hacer el haŷŷ** (peregrinación) **al menos una vez en la vida”.** Cuando el hombre oyó del Rasûlullah estas respuestas, dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Has dicho la verdad!” Nosotros que estábamos escuchando, quedamos asombrados con la conducta de esta persona que hacía una pregunta y luego confirmaba que la respuesta era correcta.

El hombre preguntó otra vez: “¡Oh Rasûlullah! Dime ahora qué es el îmân (creencia)”.

(No debemos pensar en el significado literal del îmân en este hadîz-i sharîf, puesto que, en Arabia, no había persona que no conociera su significado literal: ‘confirmar y creer’. No hay duda de que los Ashâb-i kirâm también lo conocían, pero Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, quería enseñar su significado a los Ashâb-i kirâm al preguntar qué es el îmân en el Islam). Y el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo que îmân era creer en seis hechos indiscutibles:

“En primer lugar, es creer en Allahu ta’âlâ, en Sus ángeles, en los Libros que Él ha revelado, en Sus Profetas, en el Último Día, en el Qadar (destino)**, y en que el jair** (bien) **y el sharr** (mal) **proceden de Allahu ta’âlâ”.** El hombre volvió a decir: “¡Has dicho la verdad!” y confirmó su respuesta. Luego preguntó otra vez: “¡Oh Rasûlullah! Dime ahora qué es ihsân”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“Adorar a Allahu ta’âlâ como si Lo vieras. Porque aunque tú no Lo ves, Él siempre te ve a ti”.** El hombre preguntó de nuevo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Háblame sobre el Último Día!” El Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“En lo que respecta a esta pregunta, el preguntado no sabe más que el que pregunta”.** La persona dijo: “Háblame de las señales que indican el Último Día”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“Las ŷariyas darán a luz a sus amos y se verán pastores pobres, descalzos y semidesnudos** (que se harán ricos) **y competirán unos contra otros para construir edificios elevados”.** Tras esto, la persona abandonó el lugar.

Dirigiéndose a mí, el Rasûlullah preguntó: **“¡Oh ’Umar! ¿Sabes quién era el hombre que hacía las preguntas?”** Dije yo: “Allahu ta’âlâ y Su Rasûl saben más”. Entonces el Rasûlullah Dijo: **“Era Ŷibril,** (Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm)**, que vino para enseñaros vuestra religión”.**

Nuestro amado Profeta explicaba las cosas a sus Compañeros según fuera el nivel de su religión. Un día, ’Umar, radî-Allâhu anh, vio al Rasûlullah, sallallâhu ‘alaihi wa sallam, que decía algo a Hadrat Abû Bakr justo cuando pasaba a su lado. Se acercó a ellos y se puso a escuchar lo que decía. Otros también lo habían visto, pero dudaron a la hora de acercarse y escuchar. Al día siguiente, cuando vieron a Hadrat ’Umar, le preguntaron: “¡Oh ’Umar! Ayer el Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, te estaba diciendo algo. Dínoslo, para que podamos saber de qué se trata”. El Profeta solía decir: **“¡Contad a vuestros hermanos en el Islam lo que me habéis oído decir! ¡Hacedlo saber entre vosotros!”** Hadrat ’Umar dijo: “Ayer Abû Bakr, radî-Allâhu ’anh, le había preguntado por el significado de un âyat que no podía entender y el Rasûlullah se lo estaba explicando. Yo escuché durante una hora, pero no pude entender nada”. Lo estaba explicando basándose en el grado elevado de Abû Bakr. Hadrat ’Umar era tan encumbrado que el Rasûlullah dijo: **“Yo soy el Último Profeta, ningún otro me sucederá. Si hubiese un profeta que lo hiciera, ‘Umar sería ese profeta”.** A pesar de ser tan encumbrado y conocer muy bien su lengua nativa, el árabe, no pudo comprender la

explicación del Qur’ân que el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaba dando a Hadrat Abû Bakr. El Rasûlullah lo explicaba según el nivel de la persona. El nivel de Abû Bakr era mucho más elevado que el de Hadrat ’Umar. Pero también él, e incluso Hadrat Ŷabrâil, solían preguntar al Rasûlullah sobre los significados, sobre los misterios del Qur’ân. Rasûlullah hablaba de la interpretación de todo el Qur’ân a los Ashâb-i kirâm. Nuestro amado Profeta, además de enseñar la religión a sus Compañeros, arbitraba litigios, oía a los testigos y solventaba los contenciosos más difíciles.

Salmân-i Fârisî se hace musulmán

Día tras día, la propagación de la luz del Islam y del nombre bendecido de nuestro Maestro, el Rasûlullah, dondequiera que lo oyesen lo corazones, era una realidad que había comenzado. La gente de conocimiento que anhelaba su venida, se apresuraban a ir a Medina llenos de excitación deseando hacerse musulmanes. Una de estas personas era Hadrat Salmân-i Fârisî. Él mismo describe la forma en que se hizo musulmán:

“Soy del barrio Dŷay de la ciudad de Isfahán en Persia. Mi padre era la persona más rica del lugar y teníamos muchos bienes materiales. Yo era hijo único y el bien amado de mi padre que me protegía en demasía. No me dejaba salir de la casa. Mi padre era un adorador del fuego, motivo de que me enseñara ese culto de forma completa. En nuestra casa ardía un fuego día y noche y nos postrábamos ante él. Como mi padre tenía mucha riqueza, un día me hizo salir de la casa para decirme: “¡Hijo mío! Cuando yo muera, tú serás el dueño de todos estos bienes. En consecuencia, ve y conoce tus propiedades y tus campos”. Yo dije: “De acuerdo”, y estuve andando por nuestros campos”.

“Un día que estaba paseando por los campos, vi una iglesia y oí las voces de los cristianos. Cuando me acerqué, vi que estaban haciendo su adoración dentro del edificio. Quedé asombrado, porque nunca había visto nada parecido. Nuestra adoración no consistía más que en encender un fuego y hacer saŷda ante él. Sin embargo, ellos estaban adorando a un Allah invisible. Me dije: “Juro que su religión es verdadera y la nuestra falsa”. Presa del interés, los estuve contemplando hasta bien entrada la tarde. Antes de volver a los campos, cuando ya

caía la oscuridad, les pegunté: “¿Dónde está el centro de esta religión? “En Damasco” contestaron. Entonces dije: “¿Si voy a Damasco me aceptarán a mí también?” Dijeron: “Sí lo harán”. Y cuando pregunté: “¿Hay alguien que vaya pronto a Damasco?”, respondieron diciendo que una caravana salía hacia esa ciudad en unos pocos días. Las personas con las que había hablado no eran muchas y habían venido a Isfahán desde Damasco”.

“Al estar ocupado con estas cosas, se hizo tarde para regresar a casa. Cuando mi padre vio que yo no volvía, empezó a buscarme mandando hombres para hacerlo. Por mucho que buscaron no pudieron encontrarme. Cuando ya estaban atemorizados, regresé a casa. Mi padre dijo: “¿Dónde has estado todo este tiempo? ¡Te hemos buscado por todas partes!” Dije yo: “¡Padre! Estaba caminando por los campos cuando, en el camino, descubrí una iglesia cristiana. Entré en el edificio. Estaban adorando a un Allah que no veían. Quedé asombrado con sus adoraciones y me quedé mirando hasta bien entrada la tarde. Luego, he comprendido que su religión es verdadera”. Al oír mis palabras, mi padre dijo: “¡Oh hijo mío! Estás equivocado. La religión de tus antepasados es más correcta que la suya. Su religión es falsa. ¡Nunca creas en ellos!” Dije yo: “No, su religión es mejor que la nuestra; la suya es verdadera y la nuestra es falsa”. Mi padre se enfureció al oírme; me ató las manos y los pies y me encerró en la casa”.

“Mientras estaba en esta situación, intentaba saber algo sobre la caravana que partiría hacia Damasco. Por fin me enteré que los sacerdotes cristianos la habían preparado. Me libré de mis ataduras y fui a la iglesia donde estaba la caravana. Les dije que no podía permanecer en ese lugar, me uní a ellos y salimos hacia Damasco. Una vez allí, pregunté quién era el hombre de mayor conocimiento en la religión cristiana. Me lo describieron, fui a verlo y le hablé de mi situación. Le dije que deseaba quedarme con él y servirle para que me enseñara el cristianismo y hacerme conocer a Allahu ta’âlâ. El hombre aceptó. Yo empecé a servirlo y trabajar para la iglesia. Mientras tanto, el me enseñaba el cristianismo”.

“No obstante, con el paso del tiempo me di cuenta de que no era una buena persona porque se quedaba con el oro y la plata que los cristianos le traían para los pobres. Nunca se los daba a los necesitados. Tenía guardados siete cofres llenos de oro y plata. Nadie sabía esto excepto

yo. Pasado un tiempo, el hombre falleció y los cristianos se reunieron para el funeral. Les dije: "¿Por qué respetáis tanto a esta persona? ¡No se merece tal respeto!" Dijeron: "¿Cómo puedes decir eso?" sin creer en mis palabras. Entonces les enseñé donde tenía guardado el oro y la plata. Cuando vieron los siete cofres con el oro y la plata dijeron: "Este individuo no merece un funeral ni un entierro". Dejaron su cuerpo en un lugar cualquiera y lo cubrieron con piedras. Y se le dio su puesto a otra persona".

"Este hombre era piadoso y un auténtico erudito que no daba importancia a este mundo. Su anhelo era la Otra Vida para la que siempre trabajaba. Hacía actos de adoración día y noche. Me gustó mucho y me quedé con él mucho tiempo. Le servía encantado y adorábamos juntos".

"Un día le dije: "¡Oh maestro! Te he estado sirviendo durante mucho tiempo y estoy encantado contigo porque obedeces los mandatos de Allahu ta'âlâ y te abstienes de lo que Él ha prohibido. ¿Qué me aconsejas que haga? ¿Qué debo hacer cuando te mueras?" Respondió: "¡Oh hijo mío! En Damasco ya no queda nadie que corrija a la gente. A quien quiera que vayas, te extraviará. No obstante, en Mosul hay un hombre. Te recomiendo que lo busques".

"Cuando falleció, fui a Mosul y encontré al hombre que me había descrito. Le conté la historia de mi vida y me aceptó a su servicio. Como mi anterior maestro, este hombre era muy valioso, piadoso y un adorador muy estricto. Le estuve sirviendo mucho tiempo. Pero un día cayó enfermo. Cuando ya estaba cerca su muerte, le hice las mismas preguntas. Me recomendó un hombre que vivía en Nusaybin. Tras su muerte, fui a Nusaybin de inmediato. Encontré al hombre mencionado y le dije que quería quedarme con él. Aceptó y me quedé a su servicio durante un tiempo. Cuando cayó enfermo le pedí que me enviara a otra persona. Me describió a un hombre que vivía en Amuriya, una ciudad romana. Al poco tiempo de su muerte, fui a Amuriya y encontré al hombre. Me quedé a su servicio durante mucho tiempo".

"En un momento dado, también se acercó su final. Cuando le pedí que me enviara a otra persona, me habló de los signos que le caracterizaban diciendo: "Juro que no conozco a ese hombre, pero la llegada del Profeta de la Última Era está muy cerca. Surgirá de entre los árabes, emigrará desde su tierra natal y se establecerá en una ciudad donde hay muchas

palmeras datileras que crecen en terrenos rocosos. Acepta regalos pero no sadaqa (limosnas). Entre sus hombros tiene el sello de la profecía”. Tras la muerte de esta persona, decidí ir a las tierras de los árabes conforme a lo que me había dicho”.

“Como en Amuriya había trabajado, poseía varios bueyes y algunas ovejas. Me enteré de que una caravana de los Banî Kalab salía para Arabia. Cuando les dije: “Os doy estos bueyes y estas ovejas si me lleváis a Arabia”, aceptaron mi oferta. Pero cuando llegamos al lugar llamado Wâdiy-ul-Kurâ, me traicionaron y me vendieron a un judío diciendo que yo era un esclavo. Entonces vi los palmerales que había en el lugar donde vivían los judíos y pensé: “Es posible que este sea el lugar hacia donde emigre el Profeta de la Última Era”. No obstante, no me gustaba ese lugar. Trabajé para el judío durante un tiempo y luego me vendió al hijo de su tío paterno. Este me trajo a Medina. Cuando llegué a Medina me gustó como ya si la hubiera visto antes. Desde ese entonces he pasado mis días en Medina trabajando en el huerto y la granja del judío que me compró. Y al mismo tiempo, esperaba mi objetivo con impaciencia”.

“Un día había subido a una palmera en la que estaba trabajando. Mi amo estaba hablando con alguien bajo la palmera. Decían lo siguiente: “Que perezcan las tribus Aws Hazraŷ. Ha llegado a Qubâ un hombre de Mecca que dice que es un Profeta y esas tribus se están convirtiendo a esa religión”. Casi me desmayé al oír esas palabras. Bajé a toda prisa de la palmera y pregunté: “¿De qué estáis hablando?” Mi amo me abofeteó y dijo: “¿A ti qué te importa? ¿Qué tiene que ver contigo? ¡Haz lo que tienes que hacer!” Al atardecer de ese día, preparé unos dátiles y fui a Qubâ. Fui a ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y le dije: “Eres una persona piadosa. Contigo debe haber muchos pobres. He traído estos dátiles como limosna”.

“El Rasûlullah dijo a los Compañeros: **“Acercaos y comed estos dátiles”.** Ellos comieron pero él no comió ninguno. Yo pensé: “Este es uno de los signos. No acepta limosnas”. Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, honró Medina estableciéndose allí, volví a preparar algunos dátiles y se los llevé. Dije: “¡Estos dátiles son un regalo!” Esta vez, tanto él como sus Compañeros los comieron y yo pensé: “El segundo signo ha demostrado ser verdadero”. Los dátiles que había traído eran unos veinticinco. Sin embargo, los huesos que dejaron eran mil.

Gracias al milagro de nuestro Maestro, el Rasûlullah, la cantidad de dátiles había aumentado. Así que pensé: "He visto un signo más". En otra ocasión fui a visitar de nuevo al Rasûlullah. Estaba dirigiendo un funeral. Me acerqué porque quería ver el sello de la profecía. Él se dio cuenta de mis intenciones. Cuando lo vi, lo besé y me puse a llorar. En ese momento dije la Kalimat ash shahâdat y me hice musulmán".

"Luego le conté con detalle todo lo que había vivido. El Rasûlullah quedó asombrado con mi situación. Me pidió que lo contara a los Compañeros. Los Ashâb-i kirâm se reunieron y les conté con todo detalle las cosas que había experimentado..."

Cuando Salmân-i Fârisî se hizo musulmán, necesitaba un traductor porque no conocía la lengua árabe. En un momento en el que estaba alabando a nuestro amado Profeta, el traductor judío transmitía significados opuestos. En ese momento, vino Hadrat Ŷabrâil e informó al Rasûlullah de lo que había dicho en realidad Hadrat Salmân. Cuando el traductor judío se dio cuenta de lo que pasaba, se hizo musulmán recitando la Kalimat ash-shahâdat.

Tras hacerse musulmán, Salmân-i Fârisî siguió siendo un esclavo durante un tiempo. Pero cuando nuestro amado Profeta le ordenó: **"¡Líbrate de la esclavitud, Oh Salmân!",** fue a ver a su amo y le dijo que quería ser liberado. El judío aceptó a regañadientes con una condición: Salmân tenía que plantar trescientas palmeras datileras; tenía que cuidarlas hasta que empezaran a dar fruto y tenía que darle cuarenta ruqyas de oro (una cantidad de esa época).

Salmân se lo contó a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo a sus Compañeros: **"Ayudar a vuestro hermano".** Reunieron trescientas palmeras datileras todavía muy jóvenes. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo a Salmân: **"Cava los agujeros y dime cuando estén listos".** Cuando hizo los agujeros y le informó de ello, nuestro Maestro, sallallâhu 'alaihi wa sallam, honró el lugar con su presencia y plantó las palmeras con sus propias manos. Una de ellas había sido plantada por Hadrat 'Umar. Con el permiso de Allahu ta'âlâ, todas las palmeras, excepto la plantada por Hadrat 'Umar, dieron fruto ese mismo año. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, arrancó la palmera y volvió a plantarla con sus manos bendecidas. Nada más plantarla, dio dátiles.

Hadrat Salmân-i Fârisî contaba: “Un día, una persona estaba buscándome y preguntando: ‘¿Dónde está Salmân-i Fârisî? ¿Dónde está el Mukâtab-i faqîr? (un esclavo que ha llegado a un acuerdo con su amo para obtener la libertad a cambio de una cantidad determinada de dinero)’ Cuando me encontró, me dio un pedazo de oro que tenía en la mano que era tan grande como un huevo. Lo cogí y fui a ver a nuestro Profeta para contarle lo sucedido”.

El Rasûlullah me devolvió el oro y dijo: **“¡Toma este oro y paga tu deuda!”** Cuando yo dije: “¡Oh Rasûlullah! Este oro no tiene el peso suficiente para lo que exige el judío”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, cogió el oro y lo tocó con su lengua bendecida. Luego me dijo: **“¡Toma esto! Allahu ta’âlâ pagará tu deuda con ello”.** En el nombre de Allah, pesé el oro y vi que tenía el peso necesario. Se lo di al judío y me libré de la esclavitud”.

Tras ese día, Salmân-i Fârisî se unió a los Ashâb-i Suffa.

Los ángeles venían a escuchar

Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, recitaba el Qur’ân al-karîm de forma tan hermosa, dulce y eficaz, que los no musulmanes quedaban admirados. Mucha gente se hizo musulmana con solo escucharlo. Hadrat Barâ bin Âzib contaba: “En una oración de la noche escuché a nuestro Maestro, el Rasûlullah, recitar la Sûra Tîn. Recitó de una forma tan hermosa, que jamás había oído a nadie con una voz y recitación más perfectas”.

Entre los Compañeros había muchos que tenían voces muy hermosas, que lloraban y hacían llorar a los demás cuando recitaban el Qur’ân al-karîm. Uno de ellos era Usayd bin Judayr. Una noche, ató el caballo y empezó a recitar la Sûra Baqara. Cuando estaba recitando, el caballo se espantó. Hadrat Usayd dejó de recitar y el caballo se calmó. Cuando empezó a recitar de nuevo, el caballo se espantó otra vez. Al callarse, el caballo se calmó. Cada vez que recitaba el caballo se espantaba y cuando callaba, se tranquilizaba. Yahya, el hijo de Usayd bin Hudayr, estaba tumbado en el suelo, cerca del caballo. Preocupado por si el caballo dañaba al niño, dejó de recitar. Cuando alzó la vista al cielo, vio cosas brillantes, parecidas a lámparas de aceite, en medio de una neblina similar a una nube blanquecina. Cuando dejaba de recitar veía que las cosas brillantes ascendían al cielo. A la mañana siguiente, fue a ver a nuestro

amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y le contó lo sucedido esa noche. Nuestro Profeta le preguntó: **“¿Sabes lo que eran?”** Hadrat Usayd respondió: “¡Que sean sacrificados mis padres en tu nombre, oh Mensajero de Allah! No sé lo que eran”. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Eran ángeles. Se habían acercado para oír tu voz. Si hubieses seguido recitando, se habrían quedado escuchando hasta la mañana y la gente podría haberlos visto. No se habrían ocultado a ojos de la gente”.**

Uno de los que recitaban el Qur’ân al-karîm de forma muy emotiva era Hadrat Abû Bakr-i Siddîq. Cuando empezaba a recitarlo durante la oración ritual, no podía contener el llanto. Los que lo veían quedaban maravillados con su estado. Un día, los politeístas se reunieron y dijeron: “Este hombre recita con emoción y lágrimas en los ojos lo que ha traído el Profeta. Mucho nos tememos que nuestros hijos y nuestras esposas sean cautivadas por ese estado y se hagan musulmanes”.

Uno de esos hombres admirados que llegó a ser un musulmán modélico, que amó a nuestro amado Profeta nada más ver su rostro, se hizo musulmán oyendo sus palabras bendecidas y cuando le escuchó recitar el Qur’ân al-karîm: hablamos de Hadrat Abdullah bin Salâm.

Abdullah bin Salâm era un erudito judío antes de convertirse al Islam. Conocía al detalle la Torah y el Inŷîl. Narra su conversión al Islam de la siguiente manera: “Yo había aprendido de mi padre la Torah y sus comentarios. Un día, mi padre me habló de los atributos, signos y acciones del Profeta que vendría en la Última Era. Y luego añadió: ‘Si es uno de los hijos de Hârûn (Aarón), ’alaihis-salâm, le obedeceré; pero si no lo es, no lo haré’. Mi padre murió antes de que el Rasûlullah llegara a Medina”.

“Cuando me enteré de que el Rasûlullah había anunciado su misión profética en Mecca, yo ya conocía sus atributos, su nombre y la época en la que vendría. Y lo mantuve en secreto ante los judíos ni dije cosa alguna hasta saber que se alojaba en la casa de los hijos de Amr bin Awf en el lugar llamado Qubâ, cerca de Medina”.

“Un día que estaba recolectando dátiles frescos de una palmera que tenía en mi huerto, un individuo de los Banî Nâdir gritó: “Hoy ha llegado el hombre de los árabes”. Empecé a temblar

e inmediatamente dije takbîr "Allahu Akbar." En ese momento, mi tía paterna, Jâlida binti Jâris, estaba sentada bajo el árbol. Era una mujer muy anciana. Cuando me oyó decir el takbîr, dijo: "¡Que Allah haga que tu mano esté vacía y te impida conseguir lo que deseas! Juro por Allah que no estarías tan feliz si te dijeran que iba a venir Mûsâ bin Imrân (Profeta Moisés)". Dije yo: "¡Oh tía mía! Juro por Allah que él es el hermano de Mûsâ bin Imrân y que es un Profeta como él. Está en su mismo camino y ha sido enviado con la misma creencia del tawhid (creer en la unicidad, en la unidad de Allahu ta'âlâ)".

"Entonces ella preguntó: "¡Oh hijo de mi hermano! ¿Es el profeta que se nos dijo sería enviado cerca del Último Día?" "Sí", contesté yo. "Así que entonces tienes razón", dijo ella".

"Cuando el Rasûlullah emigró a Medina, corrí a mezclarme entre la multitud para poder verlo. Nada más ver su belleza bendecida y su rostro luminoso, pensé: "¡Su cara no puede ser la de un mentiroso!" El Rasûlullah estaba hablando del Islam y dando consejos a la gente que se había reunido a su alrededor. Fue entonces cuando oí el primer hadîz-i sharîf del Rasûlullah:"

"Propagad el salâm (saludo) **entre vosotros, dad de comer a los hambrientos, haced sila-i rahm** (visitar a los parientes cercanos)**, haced la oración ritual cuando la gente está dormida. Y así entraréis en el Paraíso con seguridad".**

"Gracias a la luz de la profecía, Fajr-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, me reconoció y dijo: **"¿Eres tú Ibn-i Salâm, el erudito de Medina?"** Cuando respondí "sí", nuestro amado Profeta dijo: **"Acércate más"** y me hizo una pregunta: **"¡Oh Abdullah! ¡Di en el nombre de Allahu ta'âlâ! ¿Acaso no has leído y aprendido mis atributos en la Torah?"** Dije yo: "¿Me hablarías tú de los atributos de Allahu ta'âlâ?" Ante la pregunta, nuestro Maestro, el Rasûlullah, esperó un momento y Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, descendió con la Sûra Ijlâs. Cuando escuché esta Sûra, recitada por nuestro Maestro, el Rasûlullah, me hice musulmán de inmediato diciéndole a nuestro Profeta: "¡Sí, oh Rasûlullah! ¡Estás diciendo la verdad y yo doy testimonio de que no hay más dios que Allahu ta'âlâ y que tú eres Su esclavo y Su Mensajero!"

"Luego dije: "¡Oh Rasûlullah! Los judíos son un pueblo cruel que dice mentiras, que pretenden cosas sin fundamento alguno y que calumnian de tal manera que asombran a quien les oye. Si

se enteran de que yo he abrazado el Islam, antes de que les hayas preguntado por mi persona y mi carácter, urdirán calumnias inimaginables en mi contra. ¡Pregúntales primero sobre mí!" Dicho esto, me oculté en la casa. Al poco tiempo entró un grupo de judíos prominentes. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, preguntó a los judíos: **"¿Qué reputación tiene entre vosotros Abdullah bin Salam?"** Dijeron los judíos: "¡Es nuestro erudito más encumbrado, hijo de nuestro erudito más prominente! ¡Ibn-i Salam es el mejor de nosotros, hijo del mejor de nosotros!" Tras estas palabras, nuestro Profeta preguntó: **"¿Qué diríais si se ha hecho musulmán?"** Dijeron los judíos: "Que Allah le salve de hacer tal cosa".

"En ese preciso momento, salí de mi escondite y confirmé lo que se había dicho con estas palabras: "¡Oh comunidad judía! ¡Temed a Allahu ta'âlâ! Aceptad lo que os ha llegado. Juro por Allahu ta'âlâ que vosotros también sabéis que esta persona es el Profeta de Allahu ta'âlâ, cuyo nombre y atributos habéis visto en la Torah que tenéis. 'Atestiguo que no hay más dios que Allah y atestiguo además que Muhammad es Su esclavo y Mensajero'". Al oírlo, los judíos dijeron: "¡Él es el peor de nosotros y el hijo del peor de nosotros!" Y empezaron a inventar calumnias sobre mí y a acusarme de varias transgresiones. Dije yo: "Esto es lo que me temía. ¡Oh Rasûlullah! ¿No te había dicho que son un pueblo cruel, mentiroso y calumniador que no dejan de cometer el mal? Todo esto ha ocurrido". El Rasûlullah dijo a los judíos: **"Vuestro primer testimonio es suficiente para nosotros, el segundo no es necesario".** Tras esto, regresé de inmediato a mi casa e invité a mi familia y parientes al Islam. Todos se hicieron musulmanes, incluida mi tía paterna".

"Mi conversión al Islam enfadó mucho a los judíos que empezaron a provocarme. Algunos eruditos judíos intentaron que abandonase el Islam diciéndome: 'Ningún profeta viene de los árabes. Tu maestro es un gobernante'. Pero a pesar de sus esfuerzos no tuvieron éxito alguno'".

Además de Ibn-i Salam, hubo más judíos que se hicieron musulmanes de forma sincera, como fue el caso de Sa'laba bin Sa'ya, Usayd bin Sa'ya y Asad bin Ubayd. No obstante, algunos eruditos judíos decían: "Solo los peores de nosotros han creído en Muhammad. Si hubiesen sido de los mejores, jamás habrían abandonado la religión de sus antepasados". Ante esta

situación, Allahu ta'âlâ hizo descender un âyat-i karîma que declara: **"Ellos** (Ahl-i Kitab, la Gente del Libro) **no son todos iguales. Entre la Ahl-i Kitab hay una comunidad que adora y reza y recitan las âyats de Allahu ta'âlâ postrándose durante las noches".** (Sûra Âl-i Imrân: 113).

Otros sucesos del primer año de la Hégira

En el primer año de la Hégira murieron los siguientes Compañeros: As'ad bin Zurâra, Barâ bin Ma'rûr, Kulsum bin Hidm de los Ansâr y 'Uzman bin Maz'ûn de los Muhâŷir. También se concedió el permiso para luchar contra los incrédulos. Por otra parte, Hadrat Abû Bakr y Hadrat Bilâl-i Habashî, que no podían soportar las consecuencias negativas del clima y el agua de Medina, contrajeron la malaria. Al verlo, Rasûlullah suplicó: **"¡Oh mi Rabb! Haz que amemos Medina como nos hiciste amar Mecca y concédenos en esta ciudad abundancia y bendiciones".** Ŷanâb-i Haqq aceptó su súplica e hizo que los Muhâŷir también amaran Medina.

Las expediciones militares de Abwâ y Waddan, en las que participó nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, tuvieron lugar en ese año. En el comienzo del segundo año, les siguieron las expediciones militares de Buwât, Safawân, Zulushayra, sin que hubiese combate en las mismas.

El primer pacto escrito

Los politeístas de Mecca no permanecían ociosos. En lo que respecta a nuestro Maestro, el Rasûlullah, intentaban hacer en Medina lo que no podían hacer en Mecca. Del mismo modo que enviaban cartas amenazadoras a los politeístas de Medina, también enviaban mensajes llenos de amenazas a las tribus judías de Medina. Estas amenazas hicieron que los judíos fueran a ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah.

Cuando los judíos llegaron a la presencia de nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijeron: "Hemos venido a hacer las paces contigo. Hagamos un pacto para no hacernos daño alguno". Nuestro

Profeta hizo un pacto con ellos que contenía cincuenta y cinco cláusulas. Algunas de ellas eran las siguientes:

1- Este pacto es un documento establecido por el Rasûlullah Muhammad entre los musulmanes de Mecca y Medina, los que les obedecen, los luego que se unan a ellos y los que luchen a su lado.

2- Ciertamente, esta es una comunidad aparte del resto de la gente.

3- Cada tribu pagará el rescate de los miembros apresados de forma colectiva (según la justicia que existe entre los musulmanes).

4- Los musulmanes confrontarán a los que causen desunión entre ellos, incluso si son sus propios hijos.

5- Los judíos que obedezcan a los musulmanes no sufrirán opresión alguna y se les prestará ayuda.

6- Los judíos establecerán una alianza con los musulmanes y cada uno seguirá las exigencias de su propia religión.

7- Ninguno de los judíos participará en una expedición militar sin tener el permiso de Muhammad.

8- Nadie causará daño a una persona con la que ha llegado a un acuerdo. Los oprimidos serán ayudados en toda situación.

9- Para las partes que subscriben este pacto, el valle de Medina es un territorio intocable, inviolable.

10- Los politeístas de Mecca y los que les ayuden no serán protegidos en absoluto.

11- Los musulmanes y los judíos se ayudarán a la hora de luchar contra los que ataquen Medina.

Con este tratado, los judíos (supuestamente) serían amigos de los musulmanes, no propiciarían la inquina y no los tratarían como enemigos.

¡Oh Amado mío! ¡No te entristezcas!

Antes de la Hégira de nuestro Maestro, el Rasûlullah, Abdullah bin Ubayy, jefe de la tribu Hazraŷ de Medina, iba a ser elegido gobernador de Medina. Con los bî'at de Aqaba y luego la Hégira, la mayoría de las tribus Aws y Hazraŷ se hizo musulmana; el gobierno de Abdullah bin Ubayy no llegó a tener lugar. Por este motivo, Abdullah bin Ubayy estaba resentido con nuestro Maestro, el Profeta, con los Muhâŷir Ashâb-i Kirâm, y con los sahâbî de Medina. Pero sin embargo, no podía mostrar su enemistad de forma explícita. Formó un grupo de hipócritas compuesto de personas que eran como él. Esta gente, cuando estaba con los musulmanes, declaraban haber abrazado la religión islámica; no obstante, y a espaldas de los musulmanes, se burlaban de ellos y, en secreto, comenzaron a sembrar la discordia. Llegaban incluso a intentar cambiar y distorsionar las palabras bendecidas de nuestro amado Profeta.

Los judíos, que también ocultaban su hostilidad, habían hecho un pacto con nuestro Maestro, el Profeta, al que visitaban en grupos. Le hacían preguntas que consideraban ser muy difíciles. De las respuestas obtenidas comprendían que nuestro Maestro era un Profeta verdadero. Pero al estar dominados por los celos y la terquedad, no creían. Nuestro amado Profeta llegó a decir: **"Si diez eruditos judíos hubiesen creído en mí, todos los judíos habrían creído".** Como nuestro Maestro, el Profeta, llegaba a entristecerse, Allahu ta'âlâ lo consoló con la siguiente âyat-i karîma que declara: **"**(¡Oh Amado Mío!) **¡Oh glorioso Rasûl! No dejes que te entristezcan los que dicen creer con la palabra mientras no lo hacen con el corazón** (hipócritas) **ni los judíos que se precipitan a la incredulidad. Espían** (a los hijos de Qurayza) **a los que siempre prestan atención a las mentiras y a la otra tribu que no se presentó ante ti** (los judíos de Jaybar)**. Tergiversan las palabras que han sido puestas en su lugar** (por Allahu ta'âlâ)**. Dicen: 'Si se os da eso** (fatwa)**, aceptarlo, pero si no, rechazadlo'. Si Allahu ta'âlâ quiere que algunos sean presas de la fitna** (mala conducta)**, no podrás impedir, de manera alguna, la voluntad de Allahu ta'âlâ'. Esos son aquellos cuyos corazones Allahu ta'âlâ no quiere que se purifiquen. Para ellos habrá humillación y desolación en este mundo y un castigo amargo en la Otra Vida".** (Sûra Mâida: 41)

Debido al pacto que se había hecho, algunos Compañeros se hicieron amigos de los judíos que eran sus vecinos. Allahu ta'âlâ se lo prohibió con esta âyat-i karîma que declara: **"¡Oh creyentes! Nos toméis como amigos a la gente** (incrédulos e hipócritas) **excepto a vuestros compañeros de religión. Ellos** (incrédulos e hipócritas) **no dudan a la hora de causaros daño, planear maldades y causaros dificultades. Su rencor y enemistad contra vosotros había asomado por sus bocas, pero lo que ocultan en sus corazones es aún peor. Os hemos explicado los signos relacionados con su enemistad, tomadlos en consideración y comprended".** (Sûra Âl-i Imrân: 118).

Los politeístas de Mecca seguían provocando y amenazando sin descanso a los politeístas, hipócritas y judíos de Medina y las tribus circundantes. Intentaban apagar la luz de Islam lo antes posible, además de buscar la manera de poner fin a la existencia de nuestro amado Profeta.

A pesar de todas estas acciones de los hipócritas y los politeístas, nuestro Maestro, el Rasûlullah, siempre actuaba de manera pacífica. Algunos Ashâb-i kirâm creían que había llegado el momento de enfrentarse al enemigo y suplicaban: "¡Oh nuestro Rabb! Para nosotros no hay nada más valioso que luchar en Tu nombre en contra de esos politeístas. Esos Quraysh incrédulos negaron la misión profética de Tu amado y le obligaron a abandonar Mecca. ¡Oh Allah nuestro! ¡Confiamos en que nos permitas luchar contra ellos!"

En lo que respecta a nuestro Maestro, el Rasûlullah, estaba esperando la orden de Allahu ta'âlâ y actuaba conforme a lo que Él decretaba. Había llegado el momento. La revelación divina que trajo Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, decía: **"Combatid en el nombre de Allahu ta'âlâ contra los que os declaran la guerra. Pero no abuséis ni traspaséis los límites.** (No hagáis daño a los que no luchan contra vosotros. No matéis mujeres, niños o ancianos, incluso si luchan contra vosotros. No torturéis). **Ciertamente Allahu ta'âlâ no ama a los que se exceden. Matadlos** (a los incrédulos) **dondequiera que los encontréis. Y expulsadlos como ellos os han expulsado a vosotros** (de Mecca)**. La maldad de su politeísmo es peor que el homicidio. No luchéis contra ellos en la Masŷid-i haram a no ser que os combatan allí. Pero si ellos os matan allí, matadlos vosotros también. Ese es el castigo de los incrédulos. Pero si dejan de luchar y de**

negar a Allahu ta'âlâ, (abandonad la lucha porque) **Allahu ta'âlâ es Misericordioso y Compasivo)".** (Sûra Baqara: 190-192).

En otra âyat-i karîma que se reveló después se dice: **"Luchad contra esos politeístas hasta que no quede más maldad politeísta y la religión sea solo la de Allahu ta'âlâ** (hasta que solo se adore a Allahu ta'âlâ)**.** (Y no habrá crueldad contra ellos), **si renuncian** (al politeísmo). **Tras ello, la hostilidad** (el castigo) **será solo contra los injustos".** (Sûra Baqara Sûra: 193).

Las primeras sariyyas

Nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, sallallâhu 'alaihi wa sallam, organizó sariyyas, o pequeñas unidades militares, para proteger Medina y comprobar los movimientos de los enemigos. El número de los que formaban estas sariyyas podía oscilar entre cinco y cuatrocientos individuos. Las guerras en las que participaba y lideraba personalmente nuestro Maestro, el Profeta, se llamaban ghazâ. Nuestro amado Profeta tomó las medidas necesarias para impedir los ataques enemigos por sorpresa estableciendo un sistema de vigilancia en Medina.

Era necesario debilitar a los politeístas en lo político y lo económico además de subyugarlos. Por este motivo, necesitaban cortar las rutas comerciales que llevaban a Siria. En esos momentos, se enteraron de que una caravana de los politeístas iba a pasar cerca de Medina. Nuestro amado Profeta ordenó la preparación inmediata de una expedición militar y puso a Hadrat Hamzâ al mando de treinta jinetes. Tras recomendar a Hadrat Hamzâ que temiese a Allahu ta'âlâ y tratase bien a los que estaban bajo su mando, le dijo: **"¡Parte hacia la guerra santa recitando el nombre de Allahu ta'âlâ, en el camino de Allahu ta'âlâ! Lucha contra los que niegan a Allahu ta'âlâ..."** Luego le dio a Hadrat Hamzâ un estandarte blanco y se despidió de él.

Hadrat Hamzâ, con los jinetes a su mando, avanzó hacia la caravana politeísta que estaba protegida por trescientos jinetes. Cuando la caravana, en su camino de Damasco a Mecca, llegó a un lugar llamado Sîfr-ul-Bahr, se encontraron con los muŷâhids. Los gloriosos compañeros, organizados en formación de combate, se prepararon de inmediato para la lucha. En ese momento, Maŷdî bin Amr al-Ŷuhanî, que estaba presente en ese lugar, se acercó

a ellos e intentó mediar. Maŷdî bin Amr al-Ŷuhanî era un aliado de ambos bandos. Cuando vio que el número de musulmanes era escaso y el de politeístas considerable, pensó que los musulmanes iban a ser derrotados. Esperando que el estado de los musulmanes perdurara para siempre, intervino y disuadió a ambos bandos de que lucharan. Tras este incidente, Hadrat Hamzâ y su grupo regresó a Medina. Cuando informaron a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, de lo que había hecho Maŷdî, expresó su satisfacción diciendo: “Ha hecho una cosa bendecida, buena y correcta”.

Tras esta primera escaramuza, ya no cesaron las expediciones militares. A Hadrat Ubayda bin Hâris, se le dieron sesenta u ochenta muŷâhids y fueron enviados a Rabig. Los politeístas, temiendo a los musulmanes, consiguieron salvarse huyendo a toda prisa.

Un día, nuestro Maestro, el Profeta, quiso organizar una expedición militar a Nahla para observar a los politeístas Quraysh. Quería poner a Hadrat Abû Ubayda bin Ŷarrah al mando de los soldados que iban a partir. Cuando recibió la orden, Abû Ubayda bin Ŷarrah empezó a llorar por el dolor de estar lejos de nuestro Profeta. El Rasûlullah nombró entonces a Hadrat Abdullah bin Ŷahsh en sustitución de Hadrat Abû Ubayda bin Ŷarrah.

Abdullah bin Ŷahsh era uno de los que vivían el Islam con profunda emoción. Cuando se hizo musulmán, y a pesar de que los incrédulos lo torturaron con crueldad, los había resistido con el poder de su fe y había soportado los tormentos sin queja alguna. Por este motivo, nuestro Maestro, el profeta, había dicho de él a sus Ashâb: **“Entre todos vosotros, él es el que más resiste el hambre y la sed”.** Al oír las buenas noticias dadas por nuestro Maestro, el Profeta, sobre los mártires, Abdullah bin Ŷahsh deseaba ser uno de ellos. En las batallas siempre luchaba con valentía en la primera línea.

Hadrat Abdullah bin Ŷahsh contaba: “En esa ocasión, el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, hizo la oración de la noche, me llamó y dijo: **“Ven a verme por la mañana temprano. Trae tus armas contigo. Te voy a enviar a un lugar”.**

Al día siguiente por la mañana fui a la masŷid. Llevaba mi espada, arco y una aljaba con flechas, además de mi escudo. Tras haber dirigido la oración de la mañana, el Rasûl, sallallâhu

’alaihi wa sallam, regresó a su casa. Yo había llegado antes que él y le esperaba en la puerta. En el camino el Rasûl había encontrado a varios muhâŷirs que iban a acompañarme. Dijo: **“Te he nombrado jefe de esta gente”.** Luego me dio una carta y dijo: **“¡Iros ya! Cuando hayáis pasado dos noches de viaje, abre la carta y actúa conforme lo que ordena”.** Pregunté: “¡Oh Rasûlullah! ¿Qué dirección debemos tomar?” Contestó: **“Tomad el camino de Naŷdiyya. Hacia el pozo de Rakiyya”.**

Al dársele el mando de la expedición a Nahla, Abdullah bin Ŷahsh recibía por primera vez el título de Amîr al-Mu’minîn. En la historia del Islam, él fue el primer gobernante que fue designado con ese nombre. Cuando llegaron al lugar llamado Malal, siendo un grupo de ocho o doce soldados, abrió la carta en la que estaba escrito:

“Bismillâhirrahmânirrahîm. Cuando hayas leído esta carta, id al valle de Nahla entre Mecca y Tâif, en el nombre y con la bendición de Allahu ta’âlâ. ¡No obligues a ninguno de tus hombres a que te acompañe! Vigilar y seguir los movimientos de los Qurayshîs y de su caravana por el valle de Nahla. Tenednos informados de lo que hacen”.

Una vez leída la carta, el Amîr al-Mu’minîn, Abdullah bin Ŷahsh, dijo: “Somos los esclavos de Allahu ta’âlâ y todos nosotros volveremos a Él. Escucho y obedezco. Cumpliré la orden de Allahu ta’âlâ y Su amado Profeta”. Besó la carta y se la llevó a la frente como muestra de respeto. Luego se dirigió a sus compañeros y dijo: “El que anhele el martirio que venga conmigo. Quien no quiera hacerlo, puede regresar. No os obligo a ninguno. Si nadie me acompaña, iré solo y cumpliré la orden del Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam”. Sus compañeros respondieron al unísono: “Hemos escuchado las órdenes de nuestro Maestro, el Profeta. Obedeceremos las órdenes de Allahu ta’âlâ, del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y las tuyas. Ve a donde desees con la bendición de Allahu ta’âlâ”.

Esta pequeña expedición, que incluía a Hadrat Sa’d bin Abî Waqqâs, se dirigió hacia el Hiŷaz hasta llegar a Nahla. Se ocultaron como pudieron y empezaron a vigilar a los Qurayshîs que pasaban por allí. En ese tiempo, pasó una caravana Quraysh con los camellos muy cargados. Los muŷâhids se acercaron a la caravana y los invitaron al Islam. Al no aceptar, empezaron a luchar. Mataron a uno e hicieron prisioneros a dos. Un tercero se escapó al tener un caballo.

Todas las mercancías de los incrédulos pasaron a manos de los muŷâhids. Abdullah bin Ŷahsh separó un quinto del botín para nuestro Maestro, el Rasûlullah. Ese fue el primer botín de guerra que consiguieron los musulmanes.

La Masŷid-i Qiblatayn

Habían pasado diecisiete meses desde la Hégira de nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, a Medina-i munawwara. Hasta ese entonces, hacían las oraciones rituales orientándose hacia la Bayt-i Maqdis en Qudus-i sharîf (Jerusalén). Había llegado a oídos de nuestro Maestro, el Rasûlullah, que los judíos decían: "¡Qué cosa más extraña! ¡Su religión es diferente, pero su qibla es la misma que la nuestra!" Esas palabras ofendieron el corazón bendecido de nuestro Profeta. Un día que había venido Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, nuestro Profeta le dijo: **"¡Oh Ŷabrâil! Desearía que Allahu ta'âlâ orientase mi rostro hacia la Kâ'ba en vez de hacia la qibla de los judíos".** Entonces Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, dijo: "Yo solo soy un esclavo de Allahu ta'âlâ. ¡Suplica que te lo conceda!" Tras esto, descendió el âyat-i karîma 144 de la Sûra Baqara que declara: **"**(¡Oh Mi Amado!) **Ciertamente, hemos visto que volvías tu rostro hacia el cielo** (para la revelación divina)**. Por esta razón, vamos a orientarte hacia una qibla con la que estarás satisfecho. A partir de ahora vuelve tu rostro hacia la Masŷid-i Haram** (la Kâ'ba)**.** (¡Oh Musulmanes!) **En vuestras oraciones, volveos también vosotros hacia allí cuando hagáis vuestras oraciones dondequiera que estéis. Ciertamente, la Gente del Libro sabe que esta nueva qibla es una verdad procedente de su Rabb. Y Allahu ta'âlâ no está inadvertido de lo que hacen".**

Cuando descendió esta âyat-i karîma, nuestro Maestro, el Rasûlullah estaba dirigiendo la oración del mediodía. Estaban justo en medio de la oración ritual. Nada más recibir la revelación, cambió su orientación hacia la Kâ'ba-i mu'azzama. Los Ashâb-i kirâm imitaron a nuestro Maestro, Habîb-i akram, y se volvieron hacia esa dirección. Esa masŷid recibió el nombre de *Masŷid-i Qiblatayn*, esto es, la masŷid con dos qiblas. Nuestro Maestro, el Rasûlullah fue a Qubâ y, con sus propias manos, reconstruyó el mihrab de la primera masŷid que se había construido y además mandó cambiar las paredes de la masŷid.

LA SAGRADA BATALLA DE BADR

El hecho de que los Ashâb-i kirâm tenían éxito en sus expediciones militares, comenzó a atemorizar a los incrédulos. A partir de ese entonces, sus caravanas iban acompañadas de soldados. En el segundo año de la Hégira, los politeístas de Mecca recogieron encargos de cada familia y enviaron a Damasco una caravana de mil camellos. Su jefe era Abû Sufyân, que todavía no se había hecho musulmán. ¡Unos cuarenta soldados acompañaban la caravana para protegerla! Una vez vendidas las mercancías, podrían comprar, con ese dinero, armas que luego usarían en la guerra contra los musulmanes.

Cuando el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se enteró de que los politeístas enviaban una gran caravana a Damasco para comerciar, eligió a varios muhâŷirs para averiguar su situación. Cuando llegaron a un lugar llamado Zul'ashîra, descubrieron que la caravana ya había pasado. Si conseguían quitarles a los incrédulos las armas y las mercancías, ya no podrían causar daños a los musulmanes y quebrarían su resistencia. En consecuencia, nuestro Maestro, el Rasûlullah, envió a Hadrat Talha bin Abdullah y Hadrat Sa'îd bin Zayd en misión de reconocimiento para averiguar cuándo regresaba la caravana.

Era una oportunidad que no podía perderse. Nuestro Maestro, el Profeta, hizo los preparativos con rapidez y nombró como representante en Medina para dirigir a las oraciones a Abdullah ibn Umm Maktûm. Encargó una serie de responsabilidades a Hadrat 'Uzmân, cuya esposa estaba enferma, y a otras seis personas, y les ordenó que permanecieran en Medina. Para acompañarlo preparó un grupo de trescientos cinco sahâbî. En el día doce del Sagrado Ramadán partieron hacia un lugar llamado Badr. Su número total, contando con los que tenían responsabilidades en Medina, era de 313 hombres. Badr era el lugar donde se conectaban las rutas entre Mecca, Medina y Siria.

Hubo adolescentes, e incluso mujeres, que suplicaron a nuestro Maestro, el Profeta, que le permitieran unirse a la expedición militar. Cuando Ummu Waraka vino ante nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: "¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, ¡Oh Rasûlullah! Si me lo

permites, me gustaría ir contigo. Podría vendar las heridas y cuidar a los enfermos. ¡E incluso es posible que Allahu ta'âlâ me conceda el martirio!" Habîb-i Akram dijo: **"Quédate en casa y recita el Qur'ân al-karîm. Ciertamente, Allahu ta'âlâ te concederá el martirio".**

Sa'd bin Abî Waqqâs ha transmitido: "Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, enviaba de nuevo a sus hogares a los niños que querían venir con nosotros a la guerra, vi que mi hermano, Umayr, estaba intentando esconderse para que no le vieran. Tenía dieciséis años. Le pregunté: "¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te escondes?" Contestó: "¡Tengo miedo de que nuestro Maestro, el Rasûlullah, crea que soy demasiado joven y me haga regresar! A mí me gustaría tomar parte en la guerra y lo que deseo es que Allahu ta'âlâ me conceda el martirio". En ese preciso instante, al haber sido informado del caso de mi hermano, nuestro Maestro, el Rasûlullah, le dijo: **"¡Regresa!"** Esta vez, mi hermano Umayr empezó a llorar. Nuestro Maestro, Habîb-i akram, el océano de misericordia, no pudo resistirse a sus lágrimas y le dio permiso para acompañarnos. Yo mismo tuve que encargarme de ceñir la espada a mi hermano, porque él no podía hacerlo.

El estandarte de nuestro amado Profeta, el Maestro de los mundos, lo llevaban Mus'ab bin Umayr, Sa'd bin Mu'âz y Hadrat Ali. Los Ashâb-i kirâm solo tenían dos caballos y setenta camellos que montaban de forma sucesiva. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, Hadrat Ali, Abû Lubâba y Marsad bin Abî Marsad se alternaban a la hora de montar el camello. No obstante, todos le suplicaban: "¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en tu nombre, Oh Rasûlullah! No desmontes. Nosotros iremos andando en vez de ti". No querían que fuese andando. Pero el Sultán del universo no se consideraba diferente a ellos y decía: **"Ni vosotros sois más fuertes que yo a la hora de caminar, ni yo soy menos necesitado que vosotros en lo que respecta a las recompensas".** Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y sus encumbrados Compañeros avanzaban por el desierto bajo un calor abrasador. Y además, estaban ayunando. A fin de difundir el Islam por todas partes, los Ashâb-i kirâm seguían a nuestro Maestro, el Profeta, con gran anhelo y soportando muchas dificultades. A fin de cuentas, se trataba de complacer a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero. Su gran anhelo era el martirio y el Paraíso. Nuestro amado Profeta miraba a sus Compañeros y suplicaba: **"¡Oh Allah! ¡Van a pie, dales cabalgaduras! ¡Oh Allah! ¡Van descubiertos y medio desnudos.**

Vístelos! ¡Oh Allah! ¡Están hambrientos. Dales de comer! ¡Son pobres, haz que sean ricos con Tu fadl-i karam!”

Mientras nuestro amado Profeta y su grupo bendecido avanzaban hacia Badr bajo ese tórrido calor, la caravana de los politeístas había llegado cerca de Badr. Dos sahâbî, que habían sido enviados por nuestro Maestro, el Profeta, para obtener información sobre la caravana, se enteraron de que llegaría a Badr en unos pocos días; así pues, regresaron al grupo a toda prisa. Cuando la gente de la caravana llegó al lugar donde los dos sahâbî habían obtenido la información, preguntaron a sus habitantes: “¿Sabéis algo de los espías musulmanes?” Respondieron: “No, no sabemos nada. No obstante, vinieron dos individuos que estuvieron sentados un rato y luego se levantaron y se fueron”.

Cuando Abû Sufyân fue a inspeccionar el lugar descrito, se fijó en los excrementos de camello y dijo: “Este alimento procedía de Medina. Supongo que los dos hombres eran espías de Muhammad (sallallâhu ’alaihi wa sallam)”. Calculó que los musulmanes estaban demasiado cerca y le entró miedo. Estaba preocupado por la caravana. En consecuencia, decidió ir a Mecca por la costa del Mar Rojo caminando día y noche. Y además envió a uno de sus hombres, Damdam bin Amr Ghifârî, para que contase a los de Mecca lo que ocurría.

Cuando ese hombre llegó a Mecca, desgarró la parte delantera y trasera de su camisa. Arrojó al suelo la silla de montar de su camello. Y de manera estridente empezó a gritar: “¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Oh Quraysh! ¡Venid! Muhammad y sus Compañeros han atacado vuestra caravana y vuestros bienes que estaban a cargo de Abû Sufyân. ¡Si los alcanzáis a tiempo, podréis salvar vuestra caravana!”

Los habitantes de Mecca que lo habían oído se reunieron de inmediato e hicieron los preparativos. Reunieron una caballería formada por setecientos camellos y cien caballos, además de ciento cincuenta hombres de infantería. Cuando dijeron a Abû Lahab: “¡Ven! ¡Únete a nosotros!” Presa del miedo, puso una enfermedad como excusa. Envió en su lugar a As bin Hishâm. El politeísta Umayya bin Halaf se movía con lentitud en sus preparaciones. Había oído que nuestro Maestro, el Profeta, había dicho: **“Mis Compañeros matarán a Umayya”.** Tenía mucho miedo porque sabía que nuestro Profeta decía siempre la verdad.

Ante la insistencia de Abû Ŷahl, declaró ser ya viejo y estar demasiado gordo. No obstante, cuando Abû Ŷahl le acusó de ser un cobarde, decidió ir.

La mayoría de los politeístas llevaban armadura. Con ellos iban mujeres de voces muy hermosas. Tampoco olvidaron llevar instrumentos musicales y bebidas alcohólicas. Asumían que, con un ejército tan poderoso, vencerían de inmediato, no solo a trescientos, sino incluso a mil. Antes de salir de Mecca, algunos individuos ya habían decidido a quién iban a matar y qué botín iban a obtener. No obstante, su objetivo principal era destruir el Islam. El feroz ejército de politeístas partió entre el resonar de los tambores y las canciones de las mujeres.

Mientras tanto, Abû Sufyân se había alejado de Badr y estaba cerca de Mecca. Cuando estuvo seguro de que la amenaza ya no existía, envió a los Quraysh a uno de sus hombres, Qays bin Imru-ul-Qays, para que dijera: “¡Oh comunidad Quraysh! Habéis salido de Mecca para proteger vuestra caravana, vuestros hombres y vuestras propiedades. Pero hemos sido salvados de la amenaza. Así pues, ¡Regresad!” Y también aconsejó: “¡Mucho cuidado con ir a Medina para luchar contra los musulmanes!”

Cuando Qays llevó las noticias al ejército politeísta, Abû Ŷahl dijo: “Juro que iremos a Badr y celebraremos un festejo durante tres días y tres noches en el que sacrificaremos camellos y beberemos vino. Las tribus vecinas nos verán y querrán ser como nosotros. Se darán cuenta de que no tememos a nadie. Tras eso, y dada nuestra grandeza, nadie se atreverá a atacarnos. ¡Oh el ejército invencible de los Quraysh! ¡Adelante!”

Qays vio que Abû Ŷahl no estaba dispuesto a escuchar consejos. Regresó a la caravana e informó a Abû Sufyân de la situación. Abû Sufyân era una persona cautelosa y con visión de futuro. No pudo evitar decir: “¡Ay! ¡Qué pena para los Quraysh! Esto debe ser cosa de Amr bin Hishâm (Abû Ŷahl). Lo habrá hecho llevado por el deseo de liderazgo. No obstante, este tipo de extremismo es un gran defecto y una muestra de nada bueno. Si los musulmanes se encuentran con ellos ¡qué lástima será para los Quraysh!” Abû Sufyân ordenó que la caravana fuera a Mecca y fue a reunirse con el ejército politeísta”.

Entretanto, nuestro Maestro, Sarwar-i-kâinât, sallallâhu ’alaihi wa sallam, junto con sus Compañeros, se acercaba a Badr. En un momento dado vio que Jubayb bin Yasâf y Qays bin Muharris, de los politeístas de Medina, estaban en el grupo de los musulmanes.

Reconoció a Jubayb por su casco de hierro y dijo a Hadrat Sa’d bin Mu’âz: **“¿No es ese hombre Jubayb?”** Respondió: “¡Sí, Oh Rasûlullah!” Jubayb era un guerrero valiente que conocía bien el arte de la guerra. Acompañado de Qays, fueron ante nuestro Maestro, el Rasûlullah. Nuestro Maestro, el Profeta, les preguntó: **“¿Por qué venís con nosotros?”** Dijeron: “Tú eres el hijo de nuestra hermana y eres nuestro vecino. Así que, ¡venimos con nuestra gente para conseguir un botín!” Cuando nuestro Maestro preguntó a Jubayb: **“Es que crees en Allahu ta’âlâ y Su Mensajero?”** Respondió: **“No”.** Entonces, el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“¡Entonces vete! ¡Los que no siguen nuestra religión no pueden estar con nosotros!”**

Jubayb dijo: “Todo el mundo conoce mi valor, heroísmo y el gran guerrero que soy, capaz de herir los pechos del enemigo. A tu lado, por el botín, lucharé contra tus enemigos”. Nuestro Maestro, el Profeta, no aceptó su ayuda.

Pasado un tiempo, Jubayb repitió su petición. Sin embargo, nuestro Profeta le dijo que no podía aceptarlo a no ser que se hiciera musulmán. Cuando llegaron al lugar llamado Rawha, Jubayb se presentó ante nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y dijo: “¡Oh Rasûlullah! Yo creo que Allahu ta’âlâ es el Rabb de los mundos y que tú eres Su Profeta”. Nuestro Maestro, el Profeta, se alegró mucho. Qays, radî-Allâhu anh, también tuvo el honor de convertirse al Islam cuando regresó a Medina.

Cuando la tropa islámica llegó al valle de Safra, se enteraron de que los habitantes de Mecca habían reunido un ejército e iban hacia Badr para salvar su caravana. Nuestro Maestro, el Profeta, reunió a sus Compañeros y les consultó sobre la situación. Porque, a pesar de que los musulmanes de Medina habían jurado fidelidad a nuestro Maestro, el Rasûlullah, en Aqaba, diciendo: “¡Oh Rasûlullah! Ven a nuestra ciudad. Incluso si nos cuesta la vida, te protegeremos contra tus enemigos y te obedeceremos”, la situación era ahora diferente porque habían salido de Medina. Frente a ellos tenían a un ejército muy superior en número, armamento y pertrechos. Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, pidió sus opiniones a los Compañeros,

Abû Bakr-i Siddîq y 'Umar al Fâruq se levantaron y dijeron que no era necesario luchar contra el ejército enemigo. Luego, de entre los Muhâŷir se levantó Mikdâd bin Aswad y dijo: "¡Oh Rasûlullah! ¡Cumple la orden de Allahu ta'âlâ'! Avanza con Su mandato. Nosotros estamos contigo en cada instante. Jamás te abandonaremos. No diremos nada parecido a lo que los hijos de Israil dijeron a Mûsâ, 'alaihis-salâm: **"¡Oh Mûsâ! Mientras esa nación cruel esté en ese territorio, nosotros no iremos allí ni entraremos en ese lugar. Tú y tu Rabb podéis ir y combatirlos. Nosotros permaneceremos aquí sentados".** (Sûra Mâida: 24). Nosotros estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas en el camino de Allahu ta'âlâ y Su Mensajero. Juramos por Allah, que te ha enviado como Profeta verdadero, que incluso si nos mandas allende los mares, a Abisinia, nosotros iremos. No te desobedeceremos en absoluto. Estamos dispuestos a hacer lo que desees. ¡Que nuestros padres y nuestras vidas sean sacrificados en tu nombre, Oh Rasûlullah!" Las palabras de Mikdâd alegraron mucho a nuestro amado Profeta que hizo súplicas por él.

La opinión de los musulmanes de Medina era muy importante, porque eran muchos, en lo que número se refiere, y habían prometido proteger al Rasûlullah en Medina. Pero no habían prometido luchar fuera de Medina. Cuando se comprendió esta cuestión, Sa'd bin Muâzm, de los Ansâr, se levantó y dijo: "¡Oh Rasûlullah! Si me lo permites, hablaré en nombre de los Ansâr". Cuando tuvo permiso para hacerlo, dijo: "¡Oh Rasûlullah! Nosotros hemos creído en ti, hemos dado testimonio de tu misión profética. Todo lo que nos has traído es correcto y verdadero. Hemos hecho un juramento y la promesa definitiva de escucharte y obedecerte. Jamás romperemos nuestra promesa. Estamos a tu servicio dondequiera que estés. Para nosotros, tus órdenes son sublimes y de gran valía. Estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas por tu causa. Juro por Allahu ta'âlâ, que te ha enviado como un Profeta verdadero, que si te tiras al mar nosotros también lo haremos. Ninguno de nosotros se quedará detrás. No importa lo que pienses; tú ordena que nosotros obedeceremos. Que nuestros bienes materiales y nuestras vidas sean sacrificados. Nunca huiremos ante el enemigo. Somos firmes en la lucha. Nuestra esperanza es hacerte feliz y conseguir tu complacencia. Que la misericordia de Allahu ta'âlâ sea contigo". Los Compañeros que escucharon estas palabras

estaban eufóricos. Todos afirmaron con sinceridad estar de acuerdo con las mismas. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, estaba encantado e hizo súplicas por Hadrat Sa'd y sus Compañeros.

Todas las dudas habían desaparecido. Los gloriosos Ashâb, sin vacilación alguna, iban a seguir a nuestro amado Profeta hasta el martirio y conseguirían la complacencia de Allahu ta'âlâ y Su Mensajero, sea cual fuese el número y el poder del enemigo. Si el Maestro del mundo los lideraba, no había lugar al que no irían. Cuando nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, vio la lealtad y el entusiasmo de sus Ashâb, les dio buenas noticias diciendo: **"¡Adelante! ¡Sed felices con la bendición de Allahu ta'âlâ. Juro por Allah que, en este momento, estoy viendo los lugares donde los Quraysh caerán y serán heridos en el campo de batalla!"** Tras estas palabras, y llenos de entusiasmo, los Ashâb-i kirâm avanzaron siguiendo a nuestro Maestro, el Rasûlullah.

La ayuda de los ángeles

Era un viernes por la noche cuando llegaron a las inmediaciones de Badr. Nuestro amado Profeta dijo a sus Compañeros: **"Espero que podáis obtener algo de información en aquél pozo que está junto a esa colina pequeña".** Para ello, envió al león de Allahu ta'âlâ, Hadrat Ali, Sa'd bin Abî Waqqâs, Zubayr bin Awwâm y otros pocos Ashâb.

Hadrat Ali y su grupo salieron hacia el pozo de inmediato. Vieron el agua y los cuidadores de los camellos de los Quraysh que, cuando vieron a los musulmanes, huyeron despavoridos. A pesar de todo, apresaron a dos de ellos. Uno era Ashlam, esclavo de los hijos de Haŷŷâŷ, y el otro era Arîz Abû Yasâr, esclavo de los hijos de As bin Sa'îd. Cuando fueron llevados ante nuestro Maestro, el Profeta, les preguntó: **"¿Dónde están los Quraysh?"** Respondieron: "Están acampados detrás de aquella duna". Nuestro Maestro preguntó: **"¿Cuántos son los Quraysh?"** Contestaron: "Eso no lo sabemos". Nuestro Maestro, el Profeta, preguntó: **"¿Cuántos camellos sacrifican cada día?"** Contestaron: "Un día nueve y al otro diez". Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"Son menos de mil y más de novecientos".** Luego preguntó: **"¿Quiénes están de entre los importantes de los Quraysh?"** Cuando contestaron: "Utba, Shayba, Hâris bin Amr, Abu'l-Buhtarî, Hâkim bin Huzâm, Abû Ŷahl, Umayya bin Halaf...", nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se volvió hacia sus Compañeros y

dijo: **“La gente de Mecca os ha sacrificado a sus hombres más queridos”.** Luego preguntó a los dos prisioneros: **“¿Se ha dado la vuelta alguno de los Quraysh cuando venían hacia aquí?”** Contestaron: “Sí, regresó Ahnas bin Abî Sharik, un hombre de los Banî Zuhra”. Nuestro Maestro dijo: **“A pesar de no estar en el camino recto y no conocer a Allahu ta’âlâ y a Su Libro, ha mostrado el camino correcto a los miembros de Banî Zuhra… ¿Alguien más se ha vuelto aparte de ellos?”** La respuesta fue: “También regresaron los Banî Adî bin Ka’b”.

Nuestro Maestro, el Profeta, envió a Hadrat ’Umar a los Quraysh con una última advertencia y para hacer un pacto. ’Umar bin Jattâb les dijo: “¡Oh gente testaruda! El Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dice: **“Abandonemos esta contienda y regresemos a nuestros hogares sanos y salvos. Porque, para mí, ¡es mejor luchar contra cualquiera que contra vosotros!”**

Ante esta propuesta, Hâkim bin Huzâm, uno de los politeístas Quraysh, se adelantó y dijo: “¡Oh comunidad de los Quraysh! Muhammad os trata con justicia. Aceptad su oferta inmediatamente. Si no hacéis lo que dice, ¡juro que no volverá a apiadarse de vosotros!” Abû Ŷahl se enfadó mucho con estas palabras de Hâkim y dijo: “Jamás aceptaremos eso ni tampoco regresaremos a no ser que nos venguemos de los musulmanes; si lo hacemos, nadie volverá a atacar nuestras caravanas”. Así fue cómo Abû Ŷahl impidió el camino hacia la paz. Hadrat ’Umar regresó.

Esa noche, nuestro Maestro, el Profeta, y sus gloriosos Ashâb llegaron a Badr antes que los politeístas y se detuvieron en un lugar cercano a los pozos. Nuestro Maestro, el Profeta, reunió a sus Ashâb y les pidió su opinión sobre dónde instalar la base de operaciones. Uno de ellos, Hadrat Habbâb bin Munzir, que en ese entonces solo tenía treinta y tres años, se levantó y pidió permiso para hablar. Cuando se le concedió, preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Es este el lugar donde Allahu ta’âlâ te ha ordenado establecer nuestra base principal, pase lo que pase? ¿O ha sido elegido por una opinión personal y una táctica de guerra?” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡No! ¡Ha sido elegido como táctica de guerra!”**

Al oírlo, Hadrat Jabbâb dijo: “Que mis padres y mi vida sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah. Nosotros somos guerreros y conocemos bien esta zona. En el pozo donde se instalarán los Quraysh hay agua buena y abundante. Si nos das permiso, instalémonos allí.

Vamos a ocultar los pozos que hay por aquí, y luego hagamos una charca llena de agua. Cuando combatamos contra el enemigo, podremos venir y beber cada vez que estemos sedientos. Mientras tanto, el enemigo no podrá encontrar agua y eso será su perdición”.

En ese momento, Ŷabrâil, alaihis-salâm, trajo la revelación que corroboraba su opinión. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Oh Jabbâb! La opinión correcta es la que tú has mencionado”**, y se levantó para dirigirse al pozo mencionado. Taparon todos los pozos, excepto el que tenía mejor agua, y construyeron una gran charca. La llenaron de agua y pusieron recipientes a su alrededor para poder beber.

Luego, Hadrat Sa’d bin Mu’âz, se presentó ante nuestro Maestro, el Profeta, y le dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¿Debemos construir un sombrajo con ramas de palmera para que puedas sentarte debajo?” A nuestro Maestro, Fajr-i âlam, le gustó la idea de Sa'd e hizo súplica por él. El refugio se construyó de inmediato.

El Sultán de los Profetas, acompañado de sus notables Compañeros, estudió y examinó el campo de batalla. De vez en cuando se detenía y, con su mano bendecida, mostraba los lugares donde serían matados los politeístas Quraysh; decía: **“¡Inshâ-Allah** (si Allâhu ta’âlâ quiere**), ese es el lugar donde fulano será herido y caerá mañana por la mañana! ¡Justo ahí! Y ahí...”.**

Pasado el tiempo, Hadrat ’Umar lo mencionaba diciendo: “Vi cómo cada uno de ellos era herido y matado en los lugares precisos que el Rasûl-i akram había indicado con su mano bendecida, ni más ni menos”.

El Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dividió a los Ashâb-i kirâm en tres grupos. Dio el estandarte de los muhâŷirs a Mus’ab bin Umayr, el de los Aws a Sa’d bin Mu’âz y el de los Hazraŷ a Jabbâb bin Munzir. Cada grupo se reunió en torno a su estandarte. Nuestro Maestro, el Profeta, dispuso en filas a su ejército.

Mientras disponía al grupo en filas, con un palo que llevaba en su mano bendecida, tocó el pecho de Sawâd bin Gaziyya, que se había salido de la fila, y dijo: **“¡Ponte en la fila, oh Sawâd!”** Entonces Sawâd dijo: “¡Oh Rasûlullah! El palo que llevas en la mano me ha hecho

daño. En el nombre de Allahu ta'âlâ que te ha enviado con la religión verdadera, el Libro y la justicia: yo también quisiera tocarte de la misma manera". Todos los Compañeros quedaron asombrados ante estas palabras. Era increíble querer vengarse del Maestro de los mundos. ¿Era posible hacer tal cosa? No obstante, nuestro Maestro, el Rasûlullah abrió el frente de su camisa bendecida y dijo: **"¡Vamos! ¡Véngate y ejerce tu derecho!"**

Entonces, Hadrat Sawâd besó el pecho bendecido de nuestro Maestro, Habîb-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, con cariño y con fervor. Como todo el mundo esperaba venganza, al ver la escena todos admiraron a su hermano Sawâd y lo envidiaron. Cuando nuestro amado Profeta le preguntó: **"¿Por qué has hecho eso?"**, él contestó: "¡Oh Rasûlullah, que mis padres y yo mismo seamos sacrificados en tu nombre! Hoy he podido ver que mi vida ha terminado por orden de Allahu ta'âlâ y he temido abandonar tu encumbrada persona. Por este motivo, he querido que mis labios tocaran tu cuerpo bendecido en estos últimos minutos que me quedan. Quería propiciar que intercedieras por mí y así conseguir salvarme del castigo en el Día del Juicio Final". Al darse cuenta de su estima, nuestro Maestro, el Profeta, se emocionó e hizo súplicas por Hadrat Sawâd.

El flanco derecho del bendito ejército islámico estaba bajo el mando de Zubayr bin Awwâm y el izquierdo lo mandaba Mikdâd bin Aswad.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, quiso consultar cómo empezar la batalla a sus gloriosos Compañeros. Les preguntó: **"¿Cómo lucharías vosotros?"** Entonces Asim bin Zabit se levantó y dio su opinión mientras tenía en sus manos su arco y unas flechas; dijo: "¡Oh Rasûlullah! Podemos empezar lanzando flechas cuando los politeístas Quraysh se acerquen a una distancia máxima de cien metros. Luego, cuando estén a menor distancia, podemos tirarles piedras. Y cuando se aproximen lo suficiente como para usar las lanzas, luchemos con ellas hasta que se rompan. Y por último, ¡desenvainemos las espadas y luchemos!" A nuestro Maestro, el Profeta, le gustó esta táctica. Entonces dio a sus Compañeros la orden siguiente:

"No abandonéis las filas. Permanecer en vuestros lugares sin moveros. No empecéis la lucha hasta que yo lo ordene. No desperdiciéis vuestras flechas hasta que el enemigo no se

acerque lo suficiente. Cuando el enemigo baje los escudos, lanzar vuestras flechas. Cuando esté aún más cerca, tiradle piedras. Utilizad las lanzas cuando esté a la distancia adecuada. Y cuando estemos frente a frente, luchad con las espadas”.

Luego, se posicionaron centinelas y se permitió descansar a los Ashâb-i kirâm. Por una acción oculta de Allahu ta’âlâ, durmieron tan profundamente que ni siquiera pudieron abrir los ojos. Cuando nuestro Maestro, el Profeta, fue al refugio hecho con ramas de palmera, Hadrat Abû Bakr y Sa’d bin Mu’âz desenvainaron sus espadas y se pusieron de guardia en la puerta. Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, alzó sus brazos al cielo y, muy apenado, comenzó a suplicar a Allahu ta’âlâ, **“¡Oh mi Señor! Si haces que muera esta pequeña comunidad, en la tierra no habrá quien Te adore”.** Y continuó con esta triste invocación hasta que llegó la mañana.

El bendito ejército islámico había establecido su base en un terreno arenoso. Por esta razón, era difícil andar porque los pies se hundían en la arena. Gracias a la benevolencia de Allahu ta’âlâ y la bendición de la súplica de nuestro Maestro, el Rasûlullah, esa noche empezó a llover de manera abundante. Los arroyos se desbordaron, los hoyos se llenaron de agua y el suelo se puso tan duro que los pies ya no se hundían al andar.

Sin embargo, los politeístas estaban rodeados de barro y corrientes de agua. Cuando llegó el alba, nuestro Maestro, el Rasûlullah, despertó a sus Compañeros para hacer la oración de la mañana. La dirigió y cuando terminó, habló de las virtudes de la guerra santa y el martirio. Alentó a los Ashâb-i kirâm para que lucharan. Dijo: **“Ciertamente, Allahu ta’âlâ ordena lo que es real y verdadero. Él no acepta las acciones que no se hacen para complacer a Allahu ta’âlâ. Esforzaos por cumplir el mandato de nuestro Rabb en el que ha prometido Su misericordia y compasión y ¡superar así la prueba! Como Su promesa es verdadera, Su palabra es correcta y Su castigo es intenso. Tanto yo como vosotros estamos unidos a Allahu ta’âlâ que es Hayy y Qayyûm. Hemos buscado refugio en Él. Dependemos de Él. Nuestro último retorno es a Él. ¡Que Allahu ta’âlâ nos perdone a mí y a todos los musulmanes!**”.

El día diecisiete del Ramadân-i Sharîf, salió el sol del viernes. En unos instantes iba a comenzar la batalla más despiadada, importante, desequilibrada, en cuanto al número de combatientes,

y decisiva de toda la historia. En uno de los bandos estaban Fajr-i âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y un puñado de sus gloriosos Compañeros que no dudaban lo más mínimo a la hora de sacrificar sus vidas; en el otro, un grupo cruel y desaforado de incrédulos que se habían reunido para destruir por completo el Islam y matar un Profeta que había sido honrado al convertirse en el Amado de Allahu ta’âlâ. Por desgracia, entre ellos también estaban los parientes del Rasûl-i akram. Habían venido a Badr para luchar contra su amado primo.

Nuestro Maestro, el Profeta, revisó la disposición de su tropa y repitió las instrucciones. Mientras tanto, los politeístas Quraysh salieron de su base y empezaron a inundar el valle de Badr. La mayoría iban cubiertos con armadura. Llevados por una gran arrogancia, habían atacado el ejército islámico. Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah vio esta situación, entró en su refugio con Hadrat Abû Bakr. Alzó las manos al cielo y comenzó a suplicar al Ŷanâb-i Haqq: **“¡Oh mi Rabb; los politeístas Quraysh están viniendo con toda su arrogancia!... ¡Te desafían a Ti, están negando a Tu Profeta, oh mi Allah! ¡Te pido que cumplas Tu promesa de ayuda y me concedas la victoria, oh mi Allah! Si lo que quieres es que mueran estos pocos musulmanes, ¡no habrá nadie que Te adore!”**

De esta manera suplicaba una y otra vez a Allahu ta’âlâ, pidiéndole Su ayuda. Nuestro Maestro, El Profeta siguió suplicando hasta que su ridâ se cayó de sus hombros bendecidos. Hadrat Abû Bakr, muy conmovido por lo sincero de su súplica, levantó el ridâ con gran respeto y volvió a colocarlos sobre los hombros bendecidos de nuestro Maestro al tiempo que lo consolaba diciendo: “¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! ¡Tanta súplica será suficiente! ¡Has perseverado en la invocación a tu Rabb! No hay duda de que Allahu ta’âlâ te concederá pronto la victoria que Él te ha prometido”. En ese momento, el Maestro de los mundos salió del refugio recitando unas âyat-i karîma que declaran:

“Esta comunidad (los incrédulos en Badr) **será pronto derrotada, huirán despavoridos y darán la espalda** (al campo de batalla). **Pero para ser más precisos, el tiempo de su castigo será en la Otra Vida. Y ese tormento es más terrible y más amargo”.** (Sûra Qamar: 45,46)

Nuestro amado Profeta llegó para dirigir sus tropas. Y entonces recitó las siguientes âyat-i karîma, que declaran: **“¡Oh creyentes! Cuando os encontréis con un grupo enemigo, sed**

inquebrantables y mencionad con frecuencia el nombre de Allahu ta'âlâ para que podáis prevalecer... Demostrad tener paciencia y firmeza. Porque Allahu ta'âlâ está con lo que son pacientes". (Sûra Anfâl: 45, 46). Esta iba a ser la primera batalla contra un enemigo numeroso y estaba a punto de empezar. Todo el mundo estaba muy nervioso. Al ser recitada, por nuestro Maestro Rasûl-i akram, la âyat-i karîma que declara: **"mencionad con frecuencia el nombre de Allahu ta'âlâ…"** los Compañeros empezaron a gritar al unísono, "Allahu akbar!... Allahu akbar!..." y a pedir a Ŷanâb-i Haqq que les diera la victoria. A partir de ese momento estaban esperando la señal de nuestro Maestro, el Profeta.

Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos cuando se enfrentaban dos tropas, los más valientes de cada bando se adelantaban y luchaban entre sí. Con estos combates aumentaba la ira, la pasión y las ganas de pelear. Pero Âmir bin Jadramî, sin respetar e incluso violando esta norma no escrita, lanzó una flecha contra el ejército islámico. La flecha alcanzó a Mihŷâ, uno de los Muhâŷirs, que cayó como mártir y su alma ascendió al Paraíso. El Maestro de los profetas dio buenas noticias con respecto a este primer mártir diciendo: **"Mihŷâ es el señor de los mártires".** Los Ashâb-i kirâm apenas se podían contener. No obstante, eran conscientes de que no se debían mover sin tener la orden explícita de nuestro Maestro, el Profeta. Pero sus corazones estaban a punto de explotar, como si fueran volcanes.

Al poco tiempo, se adelantaron tres individuos del grupo politeísta. Eran enemigos feroces del Islam y de los Banî Rabîa: Utba, su hermano Shayba y su hijo Walîd. Luego, gritaron a los muŷâhids: "¿Hay alguien que se atreva a luchar contra nosotros?" Cuando Hadrat Abû Huzayfa empezó a andar hacia su padre Utba, para luchar contra él, el Sultán de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, le ordenó: **"¡Detente!"** Los hijos de la Señora Afra, Mu'âz, Mu'awwaz y Abdullah bin Rawâha, de los muŷâhids de Medina, se adelantaron y se pararon ante Utba, Shayba y Walîd. Empuñando sus espadas, esperaban listos para luchar.

Los politeístas, al no saber quiénes eran, preguntaron: "¿Quiénes sois?" Cuando respondieron: "Somos musulmanes de Medina," los politeístas dijeron: "¡No tenemos nada contra vosotros! Queremos a los hijos de Abdulmuttalib. ¡Queremos luchar contra ellos!", y se

volvieron hacia el ejército islámico gritando: “¡Oh Muhammad! ¡Envía en contra nuestra a nuestros iguales de entre tu gente!”

Tras hacer súplicas por sus tres valientes Compañeros en el campo de batalla, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, les ordenó volver a sus puestos. Luego, dirigiendo la mirada a sus Compañeros, dijo: **“¡Oh hijos de Hâshim! ¡Preparaos! Luchad en el camino recto con el que Allahu ta’âlâ ha enviado a vuestro Profeta, contra aquellos que han venido para apagar la luz de Allahu ta’âlâ con sus religiones vacías. ¡Oh Ubayda, prepárate! ¡Oh Hamzâ, prepárate! ¡O Ali, prepárate!”**

Hadrat Hamzâ, Hadrat Ali y Hadrat Ubayda, los leones de Allahu ta’âlâ, se pusieron el casco y avanzaron hacia el frente. Cuando llegaron ante ellos, los politeístas preguntaron: “¿Quiénes sois vosotros? Lucharemos si sois nuestros iguales”. Respondieron: “¡Yo soy Hamzâ! ¡Yo soy Ali! ¡Yo soy Ubayda!” Los politeístas dijeron: “Sois personas honorables como nosotros. Aceptamos el combate”. Los heroicos muŷâhids invitaron al Islam a los politeístas, pero la oferta fue rechazada. En ese momento, los tres desenvainaron las espadas y atacaron a los politeístas. Hadrat Hamzâ y Hadrat Ali mataron a los incrédulos Utba y Walîd. Hadrat Ubayda hirió a Shayba. Pero Shayba también hirió a Ubayda. Hadrat Hamzâ y Hadrat Ali fueron en su ayuda y mataron a Shayba. Alzaron en sus brazos a Hadrat Ubayda y lo llevaron ante nuestro Maestro, el Rasûlullah.

Del tobillo bendecido de Hadrat Ubayda bin Jâris manaba la sangre y se podía ver la médula. Sin prestar atención a su estado, preguntó a nuestro Profeta: “¡Oh Rasûlullah! ¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre! Si muero en estas circunstancias, ¿seré un mártir, no es cierto?” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Sí, eres un mártir”**, y le dio las buenas noticias de merecer el Paraíso. (Hadrat Ubayda murió en Safra, en el camino de regreso de la batalla).

Los politeístas, que habían perdido a tres hombres importantes en ese combate, estaban asombrados. A pesar de todo, Abû Ŷahl intentó elevar los ánimos de su ejército diciendo: “Que no os preocupen las muertes de Utba, Shayba y Walîd. Se precipitaron demasiado en el combare y murieron sin necesidad alguna. Juro que no regresaremos hasta que no atrapemos y colguemos a los musulmanes de unas cuerdas”.

En lo que respecta a los heroicos Compañeros, estaban deseando, lo antes posible, castigar con sus espadas a este grupo de politeístas. Nuestro amado Profeta repetía esta súplica una y otra vez: **"¡Oh Allah! ¡Cumple la promesa que me hiciste!... ¡Oh Allah! ¡Si destruyes en la tierra a esta pequeña comunidad de musulmanes, no quedará nadie que Te adore!"**

Mientras tanto, y en el bando de los politeístas, uno de los arqueros más valientes y expertos de los Quraysh, Abdurrahmân, se adelantó hacia el campo de batalla. Era el hijo de Hadrat Abû Bakr que todavía no se había hecho musulmán. En ese momento se vio que un hombre de las filas de los Muŷâhids desenvainaba su espada de inmediato y salía a su encuentro. Se trataba de Hadrat Abû Bakr, que había sido honrado con haber sido el primer musulmán y obtener el grado de Siddîq, y que era la persona más elevada después de los profetas. Se había adelantado para luchar contra su propio hijo. No obstante, el Maestro de los mundos le dijo: **"¡Oh Abû Bakr! ¿Acaso no sabes que tú eres como mi ojo cuando ve, mi oído cuando escucha...?"** Y le prohibió que luchara. Pero Abû Bakr no pudo evitar decir a su hijo: "¡Oh villano! ¿Qué ha pasado con tu relación conmigo?"

Entonces, el Sultán de los Profetas, nuestro Maestro, sallallâhu 'alaihi wa sallam, cogió del suelo un puñado de tierra. Lo tiró hacia el enemigo y dijo: **"¡Que se ennegrezcan vuestros rostros! ¡Oh Allah! ¡Infunde miedo en sus corazones, haz que tiemblen sus piernas!"** Luego, se volvió hacia sus Compañeros y ordenó: **"¡Atacad!"** Los gloriosos Compañeros que esperaban la señal, comenzaron a actuar siguiendo las instrucciones que les había dado. Entre los gritos de "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!", las flechas zumbaban, las piedras daban en el blanco y las lanzas traspasaban las armaduras. Allí estaban los leones de Allahu ta'âlâ: Hadrat Hamzâ luchaba empuñando dos espadas; Hadrat Ali, Hadrat 'Umar, Zubayr bin Awwâm, Sa'd bin Abî Waqqâs, Abû Dujâna, Abdullah bin Ŷahsh dispersaban las filas de los politeístas y asombraban a los incrédulos, como si se enfrentasen una fortaleza invencible. Los gritos de "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!" llenaban los cielos y enseñaban a los incrédulos la grandeza de Allahu ta'âlâ. Nuestro Maestro, el Profeta, invocaba a Allahu ta'âlâ diciendo: **"¡Yâ Hayyum! ¡Yâ Qayyûm!"** Hadrat Ali dijo: "En Badr, el más valiente de todos nosotros fue el Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Era el que más cerca estaba de las filas de los politeístas. Cada vez que nos veíamos en dificultades, corríamos a refugiarnos junto a él".

Los politeístas se agrupaban en torno a Abû Ŷahl, su líder. Eligieron a uno de ellos al que vistieron como Abû Ŷahl para que se pareciese a él. El nombre de este desgraciado era Abdullah bin Munzir. Hadrat Ali atacó a Abdullah y le cortó la cabeza delante del verdadero Abû Ŷahl. Los politeístas hicieron lo mismo con Abû Qays. Fue matado por Hadrat Hamzâ.

Hadrat Ali estaba luchando contra un politeísta. El politeísta arremetió con su espada contra Hadrat Ali y ésta se hundió en el escudo quedando allí atrapada. Hadrat Ali blandió su espada, llamada Zulfikâr, contra la armadura del politeísta. La atravesó y le infligió un corte que iba desde el hombro hasta el pecho. En ese momento, Hadrat Ali vio una espada que brillaba sobre su cabeza. Mientras se agachaba con rapidez, el hombre cuya espada brillaba decía al politeísta: "¡Toma! ¡Esto es de Hamzâ bin Abdulmuttalib!" La cabeza del politeísta, con yelmo y todo, cayó al suelo. Cuando Hadrat Ali se dio la vuelta, vio a su tío paterno Hadrat Hamzâ que luchaba con dos espadas. Cuando nuestro Profeta vio a sus Ashâb luchando con tal valentía, dijo: **"Son los leones de Allahu ta'âlâ en la Tierra"**, y su corazón se llenó de amor por ellos.

Pasado un tiempo, se rompía la espada de Hadrat Uqâsha, que luchaba al lado de nuestro Maestro, el Profeta. Al verlo, nuestro amado Profeta cogió un palo que vio en el suelo y se lo dio diciendo: **"¡Oh Uqâsha! ¡Lucha con esto!"** Cuando Uqâsha empuñó el palo, por milagro de nuestro Profeta, se convirtió en una espada larga, afilada y resplandeciente. Cuando finalizó la batalla, había matado a muchos politeístas con esa espada.

Mientras luchaba, el Maestro de los mundos, el Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, decía el siguiente y bendecido hadîz-i sharîf que daba ánimo a sus Compañeros: **"Juro por Allahu ta'âlâ Cuyo poder sostiene mi alma, que Haqq ta'âlâ llevará a Su Paraíso a los que hoy luchan buscando la complacencia de Ŷanâb-i Haqq, demostrando paciencia y firmeza, y son matados mientras avanzan sin volver la espalda".** Al oír estas palabras bendecidas, Umayr bin Humâm aumentó sus ataques al tiempo que decía: "¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! ¡Esto significa que lo único que necesito para entrar en el Paraíso es conseguir el martirio!" Por un lado luchaba contra el enemigo y por el otro decía: "Uno puede ir hacia Allahu ta'âlâ sin provisiones materiales; lo necesario es temer al Haqq ta'âlâ, hacer acciones

para la Otra Vida y tener paciencia y firmeza en el ŷihad. ¡No hay duda de que las demás provisiones se acabarán!” Y de esta manera siguió luchando hasta que murió mártir.

Aumentó la intensidad de la batalla. Por cada Compañero eran tres los politeístas que atacaban. Pero nada podía hacer retroceder a los gloriosos Ashâb que se enfrentaban a ellos con sus espadas. Su fortaleza la obtenían gritando: “¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!” Los continuos ataques no les cansaban. En un momento dado, la ofensiva politeísta se intensificó sobremanera. Los Ashâb-i kirâm atravesaban una situación difícil.

En ese momento, nuestro Maestro, el Rasûlullah, acompañado de Hadrat Abû Bakr, entró en su refugio hecho con ramas de palmera. Nuestro Profeta comenzó de nuevo a suplicar a Allahu ta’âlâ: **“¡Oh mi Rabb! ¡Dame la ayuda que me has prometido!”** Justo en ese momento descendió una revelación que decía: **“Cuando buscabas la ayuda y la victoria de tu Rabb, Él aceptó tu súplica diciendo: Yo ayudo ciertamente con mil ángeles en turnos sucesivos”.** (Sûra Anfâl: 9) Nuestro Maestro, el Profeta, se levantó de inmediato y dijo: **“¡Oh Abû Bakr, buenas noticias! ¡La ayuda de Allahu ta’âlâ os ha llegado! ¡Ese es Ŷabrâil! Está armado, sujeta las riendas de su caballo y espera órdenes en las dunas”.**

Tal y como se declara en la Sûra Anfâl, Ŷanâb-i Haqq ordenó a los ángeles lo siguiente: **“Cuando tu Rabb inspiró a los ángeles** (diciendo)**: Yo estoy con vosotros** (para ayudar a los musulmanes)**. Dad firmeza a los que creen. Yo provocaré terror en los corazones de los incrédulos. Luego, golpead sus cuellos y rompedles todos los dedos. Esto es porque se han opuesto a Allahu ta’âlâ y a Su Mensajero. ¡Y quien se opone a Allahu ta’âlâ y a su Mensajero,** (sufrirá Su castigo). **Allahu ta’âlâ es duro castigando!”** (Sûra Anfâl: 12, 13).

Al recibir esta orden, Ŷabrâil, Mikâîl, Isrâfil, ’alaihimus-salâm, cada uno dirigiendo a mil ángeles, ocuparon sus lugares a la derecha y a la izquierda de nuestro amado Profeta.

Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, se había puesto un turbante amarillo en la cabeza. Los demás ángeles llevaban turbantes blancos. Los extremos de los mismos caían sobre sus espaldas y montaban caballos blancos. Nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, dijo a sus Compañeros: **“Los ángeles llevan signos y distinciones. ¡Poneos también vosotros algún tipo de signo y distinción!”** Entonces

Zubayr bin Awwâm se puso como turbante un tejido amarillo y Abû Duŷâna uno de color rojo. Hadrat Ali se puso una pluma blanca y Hadrat Hamzâ se puso en el pecho una pluma de ala de avestruz.

Con la participación de los ángeles en la batalla, la situación cambió de inmediato. A pesar de que los Compañeros todavía no habían atacado al enemigo con sus espadas, las cabezas eran cortadas y rodaban por el suelo. Era evidente que personas desconocidas luchaban contra los politeístas ayudando a nuestro Maestro, el Profeta.

Hadrat Sahl relató: “Durante la Batalla Sagrada de Badr veíamos que cuando dirigíamos nuestras espadas contra las cabezas de los politeístas, éstas se separaban de sus cuerpos y caían al suelo ¡antes de que nuestras espadas las tocaran!”

Muerte de Abû Ŷahl

Abû Azîz bin Umayr, el abanderado de los politeístas, fue hecho prisionero. Su jefe, Abû Ŷahl, para dar ánimos a los Qurayshîs, recitaba poemas sin cesar e intentaba elevar la moral de sus soldados. Atacaba al enemigo como si estuviese en su temprana juventud. Fanfarroneaba diciendo: “¡Mi madre me ha parido para que viviese estos días!” Así incitaba a los jóvenes a luchar.

Ubayda bin Sa’îd, un politeísta, llevaba una armadura completa. Solo se le veían los ojos. Daba vueltas con su caballo diciendo: “¡Yo soy Abû Zâtulkarish! ¡Yo soy Abû Zâtulkarish!”, es decir, “Yo soy el padre de la panza (yo tengo una barriga enorme)”. Retaba a los musulmanes con esta forma peculiar. Hadrat Zubayr bin Awwâm, un muŷâhid heroico, se acercó a él, apuntó a los ojos y lanzó su lanza diciendo: “¡Allahu Akbar!” La lanza dio en el blanco e hizo caer del caballo a Ubayda bin Sa’îd. Cuando Hadrat Zubayr llegó a su lado, Ubayda estaba muerto. Cuando puso el pié en su mejilla y tiró de la lanza con todas sus fuerzas, la sacó con dificultad. Estaba doblada.

La valentía que Hadrat Zubayr demostró tener en la Batalla de Badr fue inmensa. En su cuerpo no había lugar que no tuviese heridas. Su hijo Urwa hablaba de su estado de la siguiente

manera: “Mi padre había recibido tres heridas de espada bastante serias. Una de ellas era en el cuello y era tan profunda que podía meter mi dedo”.

Abdurrahman bin Awf también luchó contra los Quraysh con mucha valentía. Derrotaba a todo el que confrontaba sin que le preocuparan sus propias heridas. Hadrat Abdurrahman narra un suceso del que había sido testigo:

“Hubo un momento en el que no había nadie frente a mí. Cuando miré a mi alrededor, vi a dos jóvenes de los Ansâr. Yo quise acercarme al más poderoso. Uno de los jóvenes me miró con atención y luego dijo: “¡Oh tío mío! ¿Conoces a Abû Ŷahl?” Respondí: “Sí, lo conozco”. Y cuando le pregunté: “¡Oh hijo de mi hermano! ¿Por qué me preguntas por Abû Ŷahl?” Contestó: “Me han dicho que blasfema contra el Rasûlullah. Juro por Allahu ta’âlâ que, cuando lo vea, no lo dejaré hasta que lo mate o sea yo el que muera”. Yo quedé asombrado con estas palabras decididas y valientes de un joven llevado por la excitación”.

“El otro joven también me observó con detalle y habló como su compañero. ¡Y mientras tanto, yo había visto a Abû Ŷahl! Se movía de un lado para otro entre las filas enemigas. Cuando dije: “¡Oh jóvenes! Ese hombre que va a toda prisa de un lado para otro es Abû Ŷahl”. Los jóvenes empuñaron sus espadas y avanzaron hacia Abû Ŷahl. Empezaron a luchar. Estos jóvenes eran los hermanos Mu’âz y Mu’awwaz, hijos de la Señora Afra”.

“Mientras tanto, Mu’âz bin Amr, uno de los grandes guerreros de los Ashâb-i kirâm, vio la oportunidad de acercarse a Abû Ŷahl que montaba un caballo de cola muy larga. Mu’âz bin Amr golpeó con su espada la pierna de Abû Ŷahl que cayó cercenada al suelo. Al verlo, Ikrima, que todavía no se había hecho musulmán, llegó en ayuda de su padre y empezó a luchar contra Hadrat Mu’âz bin Amr”.

“En ese momento, los hermanos Mu’âz y Mu’awwaz salieron corriendo como si fueran halcones. Derrotaron a todos los que encontraron en el camino y alcanzaron a Abû Ŷahl al que golpearon con sus espadas hasta darlo por muerto”.

“En su lucha con Ikrima, Hadrat Mu’âz bin Amr había sido herido en la mano y en el brazo. La mano estaba cortada a la altura de la muñeca y colgaba de un trozo de piel. Mu’âz bin Amr,

que estaba en pleno combate, no tenía tiempo que perder con su mano ni para siquiera vendarla. A pesar de colgar de un poco de piel, seguía luchando heroicamente. "¡Allahu akbar!" ¡Qué creencia más poderosa! ¡Qué escena más memorable! Tras seguir luchando un rato de esta manera, Hadrat Mu'âz se dio cuenta de que su libertad de movimientos comenzaba a decrecer. La culpa era de la mano herida. La sujetó con el pie, tiró de ella, y la arrojó lejos de sí".

Nawfal bin Huwaylid, un enemigo feroz del Islam, era uno de los guerreros más famosos de los Quraysh. Siempre estaba gritando e intentando animar y enfervorizar a la tropa politeísta. Cuando nuestro Maestro, el Profeta, vio su forma de actuar, suplicó lo siguiente: **"¡Oh Allah! Ayúdame contra Nawfal bin Huwaylid. Derrótalo".** Cuando Hadrat Ali, el león de Allahu ta'âlâ, vio al politeísta Nawfal, se abalanzó sobre él. Le dio un mandoble tan poderoso que, a pesar de ir protegido con una armadura, le cortó ambas piernas y luego le cortó la cabeza.

Umayya bin Halaf, que obligaba a Bilâl-i Habashî a tumbarse en la arena caliente y ponía rocas enormes sobre su pecho, era uno de los politeístas más despiadados. Ese enemigo del Islam que utilizaba cada oportunidad para denigrar a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba intentando reunir a los politeístas en el valle de Badr para extinguir la luz del Islam. Hadrat Bilâl, que vio cómo actuaba, se acercó, se puso ante él con la espada desenvainada y lo atacó diciendo: "¡Oh Umayya bin Halaf, el jefe de la incredulidad! ¡Si tú sobrevives, yo prefiero no hacerlo!" Y mientras tanto decía: "¡Oh hermanos Ansâr! ¡Ayudadme, el jefe de la incredulidad está aquí!" Los Ashâb-i kirâm rodearon a Umayya y lo mataron sin más dilación.

En el ejército politeísta ya no había un líder. No sabían qué hacer e intentaban huir como podían. La fortaleza de la incredulidad se había derrumbado. Los gloriosos Compañeros salieron en su persecución. Algunos politeístas fueron alcanzados y hechos prisioneros. Entre los cautivos estaba Abbâs, el tío paterno de nuestro Maestro, el Profeta.

Victoria de los creyentes

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, preguntó a sus gloriosos Compañeros: **“¿Alguien sabe algo de Nawfal bin Huwaylid?”** Hadrat Ali se adelantó y dijo: “¡Oh Rasûlullah! Yo lo he matado”. Nuestro amado Profeta se alegró mucho al oírlo y tras decir takbîr dijo: **“¡Allahu akbar! “Allahu ta’âlâ ha aceptado la súplica que hice respecto a él”.**

Cuando le dijeron que Umayya bin Jalaf había sido matado, se alegró también y dijo: **“¡Alhamdulillâh! Gracias sean dadas a Allahu ta’âlâ. Mi Rabb ha confirmado a Su esclavo y ha dado la supremacía a Su religión”.**

Con respecto a Abû Ŷahl, nuestro Maestro, Rasûl-i Akram, preguntó: **“¿Qué ha hecho Abû Ŷahl? ¿Qué le ha sucedido? ¿Quién va a ir a buscarlo?”** Y les ordenó que lo buscaran entre los muertos; pero no pudieron encontrarlo. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Buscadlo, porque he hecho una promesa respecto a él. Si no podéis reconocerlo, buscad la cicatriz que tenía en la rodilla. Un día, cuando todavía éramos jóvenes, estábamos en el festín de Abdullah bin Ŷud’ân. Yo era un poco más grande que él. Al no haber sitio para mí, le empujé y cayó de rodillas. Una de ellas quedó herida y la cicatriz nunca desapareció”.**

Al oírlo, Abdullah bin Mas’ûd fue a buscar a Abû Ŷahl. Pronto lo reconoció. Estaba herido. Le preguntó: “¿Eres tú Abû Ŷahl?” Puso su pie en la garganta de Abû Ŷahl le agarró la barba y tiró de ella. Luego dijo: “¡Oh enemigo de Allahu ta’âlâ! ¿Acaso Allahu ta’âlâ te ha convertido al fin en algo tan patético?” Abû Ŷahl contestó: “¿Por qué iba Él a convertirme en deplorable? ¡Oh pastor de ovejas! Que Allah haga de ti algo lastimoso. ¡Has venido a un lugar al que es muy difícil ascender! Dime, ¿a qué bando pertenece la victoria?” Hadrat Ibn-i Mas’ûd dijo: “La victoria pertenece a Allah y a Su Mensajero”. Luego comenzó a quitarle el yelmo al tiempo que decía: “¡Oh Abû Ŷahl! Te voy a matar”. Abû Ŷahl mostró entonces la incredulidad y arrogancia que tenía diciendo: “No serás el primero que ha matado a los más encumbrados de su pueblo. No obstante, me va a resultar muy penoso que seas tú quien me mates. Al menos, corta lo más cerca del pecho para que mi cabeza tenga un aspecto majestuoso”.

Como Ibn-i Mas’ûd no podía decapitar a Abû Ŷahl con su propia espada, cortó la cabeza con la espada de Abû Ŷahl. Luego llevó ante nuestro Maestro, el Profeta, la espada, la armadura y

yelmo y la cabeza y dijo: “¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! Esta es la cabeza de Abû Ŷahl, el enemigo de Allahu ta’âlâ.” Nuestro amado Profeta dijo: **“Allah, no hay dios excepto Él”.** Luego se levantó y se acercó al cuerpo de Abû Ŷahl. Y dijo: **“Alabado sea Allahu ta’âlâ por haberte humillado. ¡Oh enemigo de Allah! Tú eras el faraón de esta comunidad”.** Y luego dio gracias a Allahu ta’âlâ, diciendo, **“¡Oh mi Rabb! Has cumplido la promesa que me hiciste”.**

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, hizo que se atendiera a las heridas de los Compañeros. Luego mandó buscar a los que habían muerto mártires. Eran catorce, seis de los Muhâŷirs y ocho de los Ansâr. Mientras sus almas bendecidas volaban hacia el Paraíso, entre los politeístas se contaron setenta muertos que habían intentado apagar la luz del Islam. Otros setenta fueron hechos prisioneros.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah envió a Medina a Abdullah bin Rawâha y Zayd bin Hâriza para que dieran las buenas noticias de la victoria. Nuestro Maestro, el Profeta, dirigió las oraciones ŷanâza por los mártires e hizo que fueran enterrados.

Veinticuatro cadáveres de los politeístas fueron arrojados a un pozo seco; el resto fue arrojado a unas fosas y cubiertos con tierra.

El Maestro de los mundos se puso, acompañado de sus Compañeros, junto al pozo seco, y dijo: **“¡Oh los que habéis sido arrojados al pozo!”** y empezó a recitar los nombres de los politeístas muertos junto con los de sus padres: **“¡Oh Utba bin Rabîa! ¡Oh Umayya bin Halaf! ¡Oh Abû Ŷahl bin Hishâm!... Qué gente más mala habéis sido enfrentándoos a vuestro Profeta. Me habéis negado cuando otros me confirmaban y daban testimonio. Me expulsasteis de mi ciudad, de la tierra que me vio nacer. Pero otros me abrieron sus puertas y me dieron la bienvenida con los brazos abiertos. Luchasteis contra mí y mientras tanto otros me ayudaban. ¿Habéis conseguido lo que os prometía mi Rabb? Yo he obtenido la victoria que me prometió mi Rabb”.**

Hadrat ’Umar preguntó a nuestro Profeta: “¡Oh Rasûlullah! ¿Dices estas cosas a unos cadáveres?” Y nuestro Maestro, Rasûl-i akram, respondió: **“En el nombre de mi Rabb que me**

ha enviado como Profeta verdadero, te digo que me oyen tan bien como tú me oyes. Pero ellos no pueden responder”.

Cuando los politeístas huían del campo de batalla para salvar la vida, tuvieron que abandonar lo que habían traído. Todos esos bienes pasaron a manos de los musulmanes. Nuestro Maestro, el Profeta, repartió el botín entre los Ashâb que habían luchado en la Batalla de Badr y los que habían sido dejados con responsabilidades en Medina.

Mientras tanto, Abdullah bin Rawâha y Zayd bin Hâriza, que habían sido enviados como portadores de las buenas noticias, se acercaban a Medina. Luego se separaron cuando, a media mañana del domingo, llegaron a un lugar llamado Aqiq. Abdullah bin Rawâha y Zayd bin Hâriza entraron en Medina por lugares diferentes. Se detuvieron e cada casa para informar de la victoria. Abdullah bin Rawâha, el poeta de nuestro Maestro, el Rasûlullah, proclamaba en voz alta la victoria recitando:

“¡Oh Ansar! Soy portador de buenas noticias:
El Profeta de Allah está vivo y a salvo.

Los politeístas han sido matados o hechos prisioneros,
Y entre ellos, son muchos los famosos.

Todos los hijos de Rabîa y de Haŷŷâŷ también,
Abû Ŷahl Amr bin Hishâm fue matado en Badr”.

Hadrat Asim bin Adiy preguntó: “¡Oh Ibn-i Rawâha! ¿Es verdad lo que dices?” Abdullah bin Rawâha dijo: “¡Sí, juro por Allah que es verdad! ¡Insha’llah (si Allah quiere), el Rasûlullah vendrá mañana con los prisioneros cuyas manos están atadas!”

Ese día había fallecido Hadrat Ruqayya, la hija de nuestro amado Profeta. Su esposo, Hadrat ’Uzmân había hecho la oración ŷanâza. Esta noticia sobre la victoria, había aliviado un poco su pesar.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, junto con sus Compañeros, dieron gracias a Allahu ta’âlâ por haberles concedido la victoria en Badr e hicieron la saŷda

(postración) de agradecimiento; luego, emprendieron el camino hacia Medina-i munawwara acompañados por los prisioneros.

Antes de eso, Abdullah bin Rawâha y Zayd bin Hârisa habían traído las buenas noticias sobre la victoria hablando de lo ocurrido en la Batalla Sagrada de Badr y de quiénes habían caído mártires. Los niños, las mujeres y los hombres que se habían quedado al cargo de algo en Medina, estaban muy felices con la victoria. Salieron de la ciudad para dar la bienvenida a nuestro Maestro, el Profeta. Hârisa bin Surâka había sido uno de los mártires. Su madre, Rabî, se había enterado que su hijo había muerto por una flecha enemiga cuando bebía agua de la charca. Cuando nuestra madre Rabî oyó la noticia, dijo: “No lloraré por mi hijo hasta que no llegue el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Cuando honre Medina con su presencia, le preguntaré. Si mi hijo está en el Paraíso, jamás lloraré. Si está en el Fuego, mis ojos derramarán sangre, en vez de lágrimas”.

Cuando nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, acompañado de sus benditos Ashâb-i kirâm, honró Medina con su presencia, Rabî se presentó ante él y dijo: “¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! Tú sabes lo mucho que quiero a mi hijo Hârisa. ¿Ha muerto mártir e ido al Paraíso? Si es así, seré paciente. De lo contrario, mis ojos derramarán sangre en vez de lágrimas”. Nuestro Maestro, Habîb-i akram, le dio buenas noticias: **“¡Oh Ummu Hârisa! Tu hijo no está en uno, sino en varios Paraísos. Su lugar es el Firdaws** (uno de los Paraísos)**”.** Al oír estas palabras, Rabî dijo: “A partir de ahora, jamás lloraré por mi hijo”. Nuestro Maestro le pidió un poco de agua. Movido por la compasión, puso su mano y luego la retiró. Luego hizo que la madre y la hermana de Hadrat Hârisa bebieran de ese agua. Y además humedeció con ella sus caras y sus cabezas. A partir de ese día, las caras de Rabî y su hija fueron muy luminosas. Y también tuvieron una vida muy larga.

Nuestro Maestro, hâŷa-i kâinât alayhi afdalus-salawât, repartió entre sus Compañeros los setenta prisioneros que habían traído a Medina y ordenó que se les tratase bien. Allahu ta’âlâ todavía no había enviado una revelación sobre el destino de los prisioneros. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, tras consultarlo con sus Compañeros, decidió que se les podía liberar a cambio de un rescate. Este se estableció según los bienes que poseía cada cautivo. Los que no tenían

bienes pero sabían leer y escribir, tendrían que enseñar a diez analfabetos de Medina; luego podrían ir a Mecca. Entre los prisioneros estaba Abbâs, el tío paterno de nuestro Maestro, el Profeta. Nuestro Maestro le dijo: **“¡Oh Abbâs! Tú eres rico, así que paga por el rescate del hijo de tu hermano Uqayl bin Abî Tâlib, por el de Nawfal bin Hâris y por el tuyo propio”.** Entonces Hadrat Abbâs dijo: “¡Oh Rasûlullah! Yo soy musulmán. Los Quraysh me llevaron a Badr a la fuerza”. El Rasûlullah dijo: **“Allahu ta’âlâ sabe si eres o no musulmán. Si dices la verdad, no hay duda de que Allahu ta’âlâ te dará Su recompensa. Pero en lo que a la apariencia se refiere, tú estás en contra nuestra. Por esta razón debes pagar por tu rescate”.** Cuando Abbâs dijo: “¡Oh Rasûlullah! Solo tengo conmigo 800 dirhams que habéis tomado como botín de guerra”. Nuestro Maestro, el Profeta dijo: **“¡Oh Abbâs! ¿Por qué no menciones ese oro?”** Cuando él preguntó: “¿Qué oro?”, nuestro amado Profeta dijo: **“¡Las monedas de oro que diste a Umm-ul-Fadl, la hija de Hâris, el día que saliste de Mecca! Allí solo estabas tú. Las monedas de oro que, al dárselas, dijiste a Umm-ul-Fadl: ‘No sé lo que va a pasarme en esta expedición; si algo me ocurre y no puedo regresar, estas monedas de oro son para ti, estas para Fadl, estas para Abdullah, estas para Ubaydullah y estas para Qusam.’”** Hadrat Abbâs estaba asombrado y dijo: “Juro que nadie más estaba presente cuando di esas monedas de oro a mi esposa. ¿Cómo puedes saberlo?” Nuestro Maestro, el Profeta, respondió: **“Allahu ta’âlâ me ha informado”.** Entonces Hadrat Abbâs dijo: “Doy testimonio de que eres el Mensajero de Allahu ta’âlâ y que dices la verdad” y recitó la Kalima-i shahâdat. Cuando Hadrat Abbâs se hizo musulmán, nuestro Maestro, el Profeta, le puso a cargo de Mecca. Le ordenó que protegiese a los musulmanes que allí vivían y que le informase de lo que hacían los enemigos del Islam.

Los Quraysh, que habían sido abrumadoramente derrotados en la Batalla Sagrada de Badr, fueron informados de que podían liberar a los prisioneros pagando un rescate. Sin embargo, Nadr bin Hâriz, que había acosado al Maestro de los Profetas mucho antes de la Hégira, había sido decapitado. Lo mismo ocurría con Uqba bin Abî Mu’ayt, que había puesto las entrañas de un camello en la espalda de nuestro amado Profeta cuando hacía la oración ritual junto a la Kâ’ba. Cuando se cortó la cabeza a este feroz enemigo del Islam, nuestro Maestro, el Rasûlullah, alabó a Allahu ta’âlâ. Se puso frente al cadáver y dijo: **“Juro por Allah, que no he**

conocido a nadie tan malo como tú, que ha negado a Allahu ta'âlâ, a Su Mensajero y al Qur'ân al-karîm y que tanto atormentó a Su Mensajero".

Los prisioneros habían sido alojados en las casas de los Compañeros hasta el momento de su liberación a cambio del rescate. Todos los Compañeros los trataron muy bien y compartían su comida con ellos. Uno de los prisioneros era Abû Aziz, el hermano de Mus'ab bin Umayr. Contaba lo siguiente: "Estaba prisionero en la casa de un musulmán de Medina. Me trataban muy bien, dándome los panes que ellos solían hacer por la mañana y por la noche, con lo cual ellos solo comían dátiles. Cada vez que alguien conseguía un trozo de pan, me lo daba a mí inmediatamente. Al sentirme avergonzado, devolvía el pan a quien me lo había dado, pero este me lo devolvía de nuevo.

Otro de los prisioneros que era de los Quraysh y se llamaba Yazid, contaba lo siguiente: "Cuando los musulmanes regresaban a Medina desde Badr, hicieron que nosotros, los prisioneros, montáramos los animales mientras ellos iban a pie".

Que los politeístas fueran derrotados en Badr y huyeran del campo de batalla en un estado deplorable, causó una conmoción en Mecca. El resultado había sido totalmente inesperado. Abû Lahab y los demás politeístas no daban crédito a las palabras del primer informador. Cuando Abû Sufyân, que había huido del campo de batalla, llegó a Mecca, le llamaron de inmediato. Abû Lahab le preguntó: "¡Oh hijo de mi hermano! Dinos, ¿Cómo ha ocurrido?" Abû Sufyân se sentó entre ellos. Había mucha gente de pie ansiando escuchar lo que decía. Abû Sufyân les dijo:

"¡No preguntéis! Cuando nos enfrentábamos a los musulmanes era como si tuviéramos las manos atadas; ellos hacían lo que querían. Mataron a unos y tomaron prisioneros a otros. Juro que no condeno ni critico a ninguno de los nuestros. En plena batalla nos encontramos con unos que cabalgaban sobre caballos de color blanco e iban entre el cielo y la tierra. ¡Nada podía resistirlos; nadie pudo oponerse a ellos!"

El esclavo de Abbâs, Hadrat Abû Râfi', que se había hecho musulmán en los primeros días del Islam, pero no confesaba su fe por temer los tormentos de los politeístas, estaba presente en

la reunión. A pesar de estar escuchando en el silencio más absoluto, Abû Râfi', embargado por la alegría, se olvidó de todo y dijo de repente: "Juro por Allah que eran ángeles". Abû Lahab le abofeteó con violencia, lo agarró y lo tiró al suelo donde le golpeó con saña. Al verlo, Ummu Fadl, la esposa de Hadrat Abbâs, no pudo soportarlo, porque ella también se había hecho musulmana. Ummu Fadl cogió uno de los palos que había en la habitación y dijo: "Como no tiene quien le ayude, le habéis tomado por alguien indefenso ¿no es verdad?" Y golpeó a Abû Lahab con todas sus fuerzas. La cabeza de Abû Lahab estaba herida. Rastrero y patético, salió de la habitación cubierto de sangre. Siete días más tarde, Allahu ta'âlâ le hizo sufrir una enfermedad llamada fiebre roja que le provocó la muerte. Sus hijos dejaron el cuerpo sin enterrar durante dos o tres noches hasta que el hedor era casi insoportable. Todo el mundo evitaba el lugar donde estaba el cadáver porque aborrecían la enfermedad que había contraído Abû Lahab, como si se tratase de una plaga. Ante esta situación, uno de los Quraysh dijo a los hijos de Abû Lahab, "¡Qué lástima! ¿No os da vergüenza? Habéis dejado a vuestro padre abandonado hasta que ha empezado a oler. ¡Lo menos que podéis hacer es llevarlo a alguna parte y enterrarlo!" Sus hijos dijeron a ese hombre: "Tenemos miedo de la enfermedad que lo ha matado". Esta vez, el hombre les dijo: "Yo iré con vosotros y os ayudaré". Se reunieron los tres, levantaron en vilo el cadáver y lo llevaron a un lugar retirado. Luego lo cubrieron con piedras hasta hacerlo desaparecer por completo. Así fue cómo Abû Lahab entró en su nueva tierra, un pozo oscuro del Infierno donde permanecerá para siempre rodeado del fuego y los tormentos.

Walîd bin Walîd fue uno de los prisioneros Quraysh en la Batalla Sagrada de Badr. Lo había capturado Abdullah bin Ŷahsh. Sus hermanos, Hishâm y Jâlid bin Walîd, que todavía no era musulmán, fueron a Medina. Abdullah bin Ŷahsh no estaba dispuesto a liberarlo hasta que no se pagara el rescate. Jâlid estaba de acuerdo pero Hishâm, su hermanastro, no lo aceptaba. Eran hijos de madres diferentes. Nuestro Maestro, el Rasûlullah sugirió como rescate la entrega de las armas y pertrechos de su padre. Esta oferta fue aceptada por Hishâm pero no por Jâlid. Finalmente acordaron entregar la espada del padre (tenía un valor de 100 dinares), su armadura y su yelmo. Liberaron a Walîd y partieron hacia Mecca. Sin embargo, Walîd los abandonó en un lugar llamado Zu'l Hulayfa, que estaba a unos seis kilómetros de Medina,

regresó ante nuestro Maestro, el Profeta, y abrazó el Islam convirtiéndose en uno de los Compañeros. Pasado un tiempo, fue a Mecca a reunirse con sus hermanos. Cuando Jâlid bin Walîd le preguntó: “Al tener decidido hacerte musulmán, ¿por qué no lo hiciste antes de que pagáramos el rescate? Has hecho que entregáramos los recuerdos de nuestro padre. ¿Por qué has hecho eso?” Contestó: “Tenía miedo de que los Quraysh dijeran: ‘No podía soportar la cautividad y por eso decidió someterse a Muhammad’”.

Muy enfadados por la respuesta, sus hermanos lo encerraron con otros musulmanes de los Banî Manzum, además de con Iyâsh bin Abî Rabîa y Salama bin Hishâm. Walîd bin Walîd había estado encarcelado durante años, desde el momento en que había sido un creyente. Había sido oprimido y atormentado por su tío Hishâm, un enemigo feroz del Islam, y sus parientes politeístas. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, pidió a Allah por Iyâsh bin Abî Rabîa, Salama bin Hishâm y Walîd, de la siguiente manera: **“¡Oh mi Rabb! Salva a Walîd bin Walîd, Salama bin Hishâm, Iyâsh bin Rabîa y a otros musulmanes que parecen débiles** (e impotentes ante el cautiverio de los infieles). **¡Oh mi Rabb! Aplasta a Mudar** (un Quraysh) **con vehemencia** (de la peor manera)**. Asemeja estos años a los años de Yûsuf** (José)**.”** Gracias a la bendición de la súplica de nuestro Maestro, el Rasûlullah, Walîd tuvo una oportunidad y escapó de donde estaba encerrado. Fue a Medina-i munawwara y se presentó ante nuestro amado Profeta. Cuando nuestro Maestro, el Habîbullah, le preguntó por la situación de Iyâsh bin Rabîa y Salama bin Hishâm, le dijo que estaban atadas una a la otra por los pies y que sufrían terribles tormentos y torturas.

El Sultán del universo se entristeció mucho con estas noticias y buscó soluciones para su rescate. Cuando preguntó quién podría hacerlo, y a pesar de haber sufrido torturas durante años, Walîd respondió con valentía y entusiasmo: “¡Oh Rasûlullah! Yo los rescataré; yo los traeré a tu presencia”. Fue a Mecca y se enteró dónde estaban al seguir a una mujer que les llevaba comida. Ambos estaban encerrados en un lugar que no tenía techo. Esa noche, arriesgando su vida y con gran valentía, Walîd descendió por la pared y llegó a donde estaban sus amigos. Estas dos personas inocentes, cuyo único delito era ser creyentes, estaban atadas a una piedra y sufrían la tortura del tórrido calor de Arabia. Walîd liberó a sus hermanos bendecidos e hizo que montaran su camello. Partieron hacia Medina-i Munawwara; él iba

caminando, con los pies descalzos y con la única intención de llegar al Rasûlullah lo antes posible. Lo que más le quemaba no era el asfixiante calor del desierto, sino el anhelo por encontrarse con el Maestro de los mundos.

Llegó a Medina en tres días, descalzo, sin agua ni comida. Los dedos de sus pies estaban llenos de heridas causadas por las piedras del camino. Pero al fin Walîd bin Walîd llegó ante el Habîbullah, a quien tanto amaba.

Si alguien que se ha enamorado de ti, se quema, se convierte en luz.
El corazón que ha sido destruido por los azares del amor, siempre prospera.

La victoria de Badr causó gran euforia entre los musulmanes. Los politeístas se sumieron en la decepción y la tristeza. Cuando se enteró de que nuestro Maestro, el Rasûlullah, había obtenido la victoria, Negus, el gobernante de Abisinia, felicitó a los Ashâb-i kirâm diciendo: "Alabado sea Allahu ta'âlâ que, en Badr, ha concedido la victoria a Su Mensajero".

Matrimonio de Hadrat Ali y Hadrat Fâtima

Era el segundo año de la Hégira cuando Hadrat Fâtima, la hija de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, cumplía quince años.

Un día, Hadrat Fâtima estaba en presencia de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, haciendo alguna tarea. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, se dio cuenta de que su hija había alcanzado la edad de contraer matrimonio. A partir de ese día fueron muchas las personas que pidieron la mano de nuestra madre Fâtima-tuz-Zahrâ. El Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, no lo tomaba en consideración y decía: **"Su matrimonio depende del decreto del Haqq ta'âlâ".**

Un día que estaban sentados en la masŷid, Hadrat Abû Bakr, Hadrat 'Umar y Hadrat Sa'd bin Mu'âz dijeron: "Todo el mundo, excepto Hadrat Ali, ha pedido la mano de Hadrat Fâtima. Pero nadie ha sido aceptado". Hadrat Siddîq dijo: "Supongo que este matrimonio será concedido a Ali. Vamos a visitarlo para hablar del tema. Si presenta alguna excusa podemos ayudarle". Entonces Hadrat Sa'd dijo: "¡Oh Abû Bakr! Tú siempre eres muy caritativo. Levantémonos y deja que te acompañemos". Los tres salieron del masŷid y fueron a la casa de Hadrat Ali.

Hadrat Ali había salido con su camello y estaba regando un palmeral que pertenecía a uno de los Ansâr. Cuando lo vio, les saludó y dio la bienvenida. Hadrat Abû Bakr preguntó: "¡Oh Ali! Cada vez que se presenta una acción de bien, siempre te adelantas y, a ojos del Rasûl-i akram, gozas de un grado cuya elevación nadie ha tenido jamás. Todo el mundo ha pedido la mano de Hadrat Fâtima pero nadie ha sido aceptado. Pero nosotros creemos que tú sí lo serías. ¿Por qué no lo intentas?"

Cuando Hadrat Ali oyó estas palabras, sus ojos bendecidos se llenaron de lágrimas y dijo: "¡Oh Abû Bakr! Tus palabras me entristecen mucho. No hay nadie, excepto yo, que la quiera de verdad. No obstante, mi pobreza es un obstáculo en este asunto". Entonces Hadrat Abû Bakr dijo: "No hables de esa manera. La riqueza no es nada a ojos de Allahu ta'âlâ y Su Mensajero. La pobreza no puede ser un obstáculo. Ve y pide su mano en matrimonio".

Hadrat Ali narraba: "Apocado y tímido, me presenté ante el Rasûlullah que estaba serio y majestuoso. Me senté ante él, pero no pude hablar. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, preguntó: **"¿Por qué has venido, necesitas algo?"** Yo seguí callado. Cuando me dijo: **"Quizás has venido a pedirme la mano de Fâtima"**, lo único que pude decir fue: "Sí". (Nuestro Maestro, el Profeta, hizo que Fâtima oyese que Hadrat Ali la pedía en matrimonio. Ella también permaneció callada). Nuestro Maestro, el Profeta, preguntó: **"¿Qué tienes para darle a Fâtima como mihr** (dote)**?"** Dije yo: "¡Oh Rasûlullah! "No tengo nada que darle". Entonces él preguntó: **"¿Dónde está la cota de malla Jutamî que te di una vez, qué ha pasado con ella?"** Cuando respondí: "Todavía la tengo", me dijo: **"Véndela y tráeme el dinero. Eso será suficiente como mihr".** Según otra narración, cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, preguntó a Hadrat Ali: **"¿Qué tienes para darle?"**, este contestó: "Tengo mi caballo y mi cota de malla". Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Necesitarás el caballo pero puedes vender la cota de malla".** Según otra transmisión, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: "¡**Oh Ali! Ve y alquila una casa para ti".**

Hasta que contrajo matrimonio, Hadrat Ali solía alojarse con nuestro Maestro, el Profeta. Cuando oyó lo que le decía, alquiló la casa de Hâriza bin Nu'mân, cercana a la Masŷid-i Nabawî, enfrente de las dependencias de Hadrat Aisha. Vendió su cota de malla a Hadrat

’Uzmân por 480 dirhams. Hadrat ’Uzmân, tras haber comprado la cota de malla, se la devolvió como regalo.

Cuando Hadrat Ali volvió de nuevo ante nuestro Profeta con la cota de malla y los dirhams, nuestro Maestro, el Profeta, pidió muchas bendiciones para Hadrat ’Uzman y dijo: **“’Uzman es mi compañero en el Paraíso”.** Luego llamó a Bilâl-i Habashî y, tras darle algo de dinero, le dijo: **“¡Toma este dinero y compra unas cosas! Compra un poco de agua de rosas y miel; luego mézclalas con agua en un recipiente limpio en un rincón de la masŷid. Prepara sorbete de miel que beberemos una vez celebrado el matrimonio. Invita a todos mis Compañeros que puedan asistir, de entre los Ansâr y los Muhâŷir, e informa a la gente que Fâtima y Ali se van a casar”.**

Bilâl-i Habashî salió e informó a la gente que Hadrat Ali y Hadrat Fâtima iban a contraer matrimonio. Los Ashâb-i kirâm fueron a la Masŷid-i Nabawî llenando el interior y el exterior de la misma. Luego, nuestro Maestro, el Profeta, se levantó y pronunció las palabras siguientes: **“Todas alabanza y glorificación pertenecen al Rabb que es el Dueño absoluto de todo lo que existe. Él es alabado por las bendiciones que ha concedido, Él es adorado por su Poder y Fortaleza eternos. Su castigo y rendición de cuentas son temidos por todos y Su decreto y Su mandato gobierna los cielos y la tierra. Él es el que crea a los seres vivo con Su poder, los distingue con Sus reglas justas y honra a los pueblos con Su religión** (el Islam) **y con Su Profeta Muhammad** (sallallâhu ’alaihi wa sallam)**”.**

“Allahu ta’âlâ me ha ordenado que case a mi hija Fâtima con Ali bin Abî Tâlib. Ahora os hago testigos de que (por el mandato de Allahu ta’âlâ) **ha casado a Fâtima con Ali bin Abî Tâlib con una mihr de 400 mizqals de plata. Pido a mi Rabb que los una y que esto sea para ellos una bendición. Le pido que les dé una descendencia pura, llave de toda bendición, mina de sabiduría y fidelidad para la comunidad de Muhammad. Estas palabras son todo lo que quería decir. Y pido a mi Rabb misericordia para mí y para todos vosotros”.**

Luego Hadrat Ali se levantó y dijo lo siguiente: “…pido salât y salâm (bendiciones y saludos) por Muhammad, en cuya presencia nos encontramos, que ha consentido a mi matrimonio con su bendita hija Fâtima con una mihr de 400 mizqals de plata. ¡Oh mis compañeros de religión!

Habéis oído y atestiguado lo que ha dicho nuestro Maestro, el Profeta. Yo también doy mi testimonio y mi consentimiento. Lo acepto en todo su detalle. Allahu ta'âlâ conoce todas nuestras palabras y Él es una ayuda para todos nosotros".

Una vez terminada la ceremonia del matrimonio, nuestro Maestro, el Profeta, ordenó que trajeran dátiles frescos y dijo: **"Ahora tomad estos dátiles y comed".** Todo el mundo los comió. Luego Hadrat Bilal distribuyó el sorbete de miel; todos bebieron y todos los Compañeros dijeron: "Bârakallahu fî kumâ wa alaykumâ wa ŷama'a shamlakumâ". (¡Que Allahu ta'âlâ haga que los dos seáis mubarak, que haga que todo lo que os llegue sea mubarak y que Él bendiga vuestra unión!)

Hadrat Fâtima lloraba tras haber hecho el nikâh (contrato matrimonial que exige el Islam). Nuestro Maestro, el Profeta, se acercó a ella y dijo: **"¡Oh Fâtima! ¿Qué ha pasado, por qué lloras? Juro por Allahu ta'âlâ, que de entre todos los que han pedido tu mano, te he casado con el mejor en cuanto a conocimiento, gentileza y sabiduría".** Hadrat Fâtima contestó: "¡Oh padre querido! En el caso de cada joven que se casa, la mihr se evalúa y determina basada en oro y plata. Si mi mihr ha sido determinada de la misma manera, ¿cuál sería la diferencia entre tú y los demás? En el Día del Juicio, tú intercederás por muchos musulmanes entre los que habrá transgresores; a mí también me gustaría interceder por sus esposas. Este es mi deseo".

Cuando Allahu ta'âlâ reveló que el deseo de Hadrat Fâtima había sido aceptado, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"¡Oh Fâtima! ¡Has demostrado ser la hija de un Profeta!"**

Hadrat Ali dijo: "Había pasado un mes desde que ocurrieran esos hechos sin que se mencionara cosa alguna sobre el tema. A causa de mi inseguridad, es decir, al ser tan tímido, no era capaz de abrir la boca para decir una palabra al respecto. Pero, de vez en cuando, nuestro Maestro, el Rasûlullah, cuando me veía en un lugar solitario, me decía: **"¡Qué buena mujer es tu esposa! Son buenas noticias para ti que ella sea superior al resto de mujeres del mundo".** Un mes más tarde, el hermano de Hadrat Ali, Hadrat Uqayl, dijo: "¡Oh Ali! Este matrimonio nos ha complacido mucho, pero mi deseo es que esas dos personas felices estén cerca una de la otra". Hadrat Ali dijo: "Yo también deseo lo mismo, pero me siento avergonzado". Hadrat Uqayl, tomó a Hadrat Ali de la mano y lo llevó a casa de nuestro

Maestro, el Profeta. Cuando llegaron, se encontraron con Ummu Ayman, la jâriya del Rasûlullah, a la que explicaron la situación. Ummu Ayman dijo: “No hace falta que vengáis para este asunto. En lo que a ello respecta, llegaremos a un acuerdo con las esposas del Rasûlullah y luego os lo haremos saber. En estas cuestiones es necesario tener en cuenta el consejo de las mujeres”. Ummu Ayman habló del tema con las esposas del Rasûlullah. Luego fueron a casa de Hadrat Aisha’. Mencionando a Hadrat Jadîŷa, dijeron: “Si ella estuviese viva, no tendríamos de qué preocuparnos”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, lloró y dijo: **“¿Acaso hay una esposa como Jadîŷa? Cuando la gente estaba en contra mía, ella me confirmó y gastó todos su bienes en mi causa. Ayudó enormemente a la religión del Islam. Cuando todavía estaba viva, Haqq ta’âlâ me ordenó que diera a Jadîŷa estas buenas noticias: en el Paraíso se había construido para ella un pabellón hecho de esmeraldas”.**

Las esposas de nuestro Maestro, el Rasûlullah, le informaron del deseo de Hadrat Ali. Al oírlo, el Rasûlullah dijo a Ummu Ayman que hiciera pasar a Hadrat Ali. Cuando Ali entró, las esposas de nuestro Profeta salieron de la habitación. Hadrat Ali, bajó la cabeza y se sentó. El Rasûlullah le preguntó: **“¿Quieres a tu esposa, Oh Ali?”**

Entonces Ali, radiyallâhu anh, respondió: “¡Sí, oh Rasûlullah! ¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre!” Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, dijo a Asma bint Umays: **“Ve y prepara la casa de Fâtima”.** A continuación Asma fue a la casa en la que Hadrat Fâtima iba a entrar como nueva esposa. Preparó un almohadón hecho con cuero nuevo, otro parcheado y otro de junco tejido y luego los rellenó con fibras de dátil. Tras la oración de la noche, nuestro Maestro, el Rasûlullah, fue a la casa de Fâtima para comprobar los preparativos.

Nuestro Profeta ordenó que se comprasen alimentos, adornos y perfumes con dos tercios del dinero y ropas con el tercio restante; Hadrat Ali lo trajo y completó lo necesario en cuanto a enseres para el hogar. El ajuar de Hadrat Fâtima y los enseres domésticos estaban compuestos por: tres almohadones preparados por Asma bint Umays, una alfombra con flecos, una almohada rellena de fibras de dátil, dos molinos de mano, un odre para agua, una cuba para el agua, un recipiente para beber hecho de cuero, una toalla, una falda, una piel curtida de carnero, una alfombra deshilachada y multicolor del Yemen, un asiento hecho de

hojas de palmera, dos vestidos de colores del Yemen y una manta de terciopelo. Además de lo anterior, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dio algo de dinero a Hadrat Ali para que comprase dátiles y aceite. Hadrat Ali narra lo ocurrido de la siguiente manera:

"Compré dátiles con cinco dirhams y aceite con cuatro dirhams. Luego los llevé ante el Rasûlullah que pidió una bandeja hecha de cuero para servir la comida. Luego mezcló dátiles, harina, aceite y yogur como si fuera una especie de alimento. Luego me dijo: **"¡Oh Ali! Ve e invita a todos los que encuentres".** Salí y me encontré con mucha gente. Los invité a todos, entramos en la casa y luego dije: "Oh Rasûlullah, ha venido mucha gente".

El Maestro de los mundos, nuestro Maestro Fajr-i kâinât, ordenó: **"Hazlos pasar de diez en diez para comer".** Yo hice lo que me pidió. Luego se estimó que setecientas personas, entre hombres y mujeres, habían comido hasta saciarse.

Una vez terminada la comida de la boda de Hadrat Ali y Hadrat Fâtima, y según una narración de Ummu Ayman, nuestro Maestro, el Profeta, dijo a Hadrat Ali: **"Oh Ali, mi hija Fâtima ha ido a tu casa como recién desposada. Yo volveré tras la oración que sigue a la puesta del sol. Esperadme".** Cuando Hadrat Ali volvió a la casa, se sentó en un rincón. Hadrat Fâtima también se sentó en otro rincón. Al poco tiempo, nuestro Maestro, el Rasûlullah llamó a la puerta que abrió Ummu Ayman. El Rasûlullah preguntó: **"¿Está aquí mi hermano?"** Ummu Ayman preguntó: "¡Que mis padres seas sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! ¿Quién es tu hermano?" Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Es Ali bin Abi Tâlib",** Ummu Ayman preguntó: "¿Has hecho que tu hija se case con tu hermano?" Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Sí".** Cuando Rasûlullah preguntó si su hermano estaba allí, Ummu Ayman supuso que el matrimonio no sería permitido. Pero cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Sí"** quería indicar que el obstáculo para el matrimonio es cuando se es hijo de la misma madre. (Nota: Hadrat Ali era el hijo del tío de nuestro Profeta).

Luego nuestro Maestro, el Rasûlullah, preguntó a Ummu Ayman, **"¿Está también ahí Asmâ bint Umays?"** Cuando ella contestó "sí", él dijo: **"¿Ha venido a servir a la hija del Rasûlullah?"** Cuando Ummu Ayman dijo que sí, nuestro amado Profeta suplicó: **"Que tenga muchas bendiciones".**

Tras esto, hizo que trajeran un recipiente con agua en el que se lavó las manos. Luego puso un poco de almizcle en el agua y llamó a Hadrat Fâtima. Llevada por la modestia, Hadrat Fâtima estaba mirándose sus ropas. Tomando un poco de agua, nuestro Maestro, el Rasûlullah, la roció con ella el pecho, la cabeza y la espalda al tiempo que suplicaba: **"Allahumma innî a'îzuhâ bika wa zurriyatihâ min-ash-shaytân-ir raŷîm** (Oh mi Rabb, me refugio en Ti buscando protección para ella y para sus descendientes del shaytán que ha sido apedreado).**"** Luego hizo lo mismo con Hadrat Ali y suplicó: **"Allahumma bâriq fîhimâ wa bâriq alayhimâ wa bâriq lahumâ fî naslihimâ".** Tras recitar la Sûra Ijlâs y Mu'awwizatayn, le dijo: **"Ve con tu mujer en el nombre y con la bendición de Allahu ta'âlâ".** Luego sujetó ambos lados de la puerta con sus manos bendecidas, pidió bendiciones y se fue.

Hadrat Ali dijo: "Cuatro días después de nuestra boda, nuestro Maestro, el Rasûlullah, nos honró con su visita. Nos dio consejos con sus palabras que deleitan a los corazones y están llenas de sabiduría; luego ordenó: **"¡Oh Ali! ¡Trae agua!"** Yo me levanté y traje agua. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, recitó un âyat-i karîma y dijo: **"Bebe un poco de esta agua y deja un poco".** Así lo hice. Luego roció mi cabeza y mi pecho con el agua que sobraba. Entonces dijo de nuevo: **"Trae agua".** Yo la traje y él hizo lo mismo a Fâtima. Luego me dijo que saliese de la habitación".

Cuando hubo salido, nuestro Profeta preguntó a su hija sobre Hadrat Ali. Fâtima dijo: "Oh padre mío; él posee todos los atributos de la perfección. Pero algunas mujeres Quraysh me dice: "Tu marido es pobre". Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"¡Oh hija mía! Tu padre y tu marido no son pobres. Todas las tierras y los cielos me han ofrecido sus tesoros y maravillas. Pero yo no los he aceptado. Yo acepté lo que es mejor a los ojos de Allahu ta'âlâ. ¡Oh hija mía! Si tú supieras lo que yo sé, este mundo sería para ti algo despreciable. En lo que respecta a los derechos de Allahu ta'âlâ, tu marido es uno de los primeros Compañeros. Tiene un grado elevado en el Islam y un conocimiento muy profundo. ¡Oh hija mía! Allahu ta'âlâ ha elegido a dos individuos de la Ahl-i Bayt. Uno de ellos es tu padre y el otro tu marido. Jamás le desobedezcas ni te opongas a sus mandatos".**

Tras dar este consejo a su hija, nuestro Maestro, Fajr-i kâinât alaihi afdalus-salawât, pidió a Hadrat Ali que entrase. Le encomendó a Hadrat Fâtima y le dijo: **“¡Oh Ali! Ten cuidado con sus sentimientos. Ella es parte de mí. Trátala bien. Si le causas alguna pena, me la estarás causando a mí”.** Luego encomendó a ambos a Allahu ta’âlâ. Cuando se levantó y estaba a punto de salir, Hadrat Fâtima dijo: “¡O Rasûlullah! Yo me ocuparé de las tareas de la casa y Ali de lo que tiene que ver con el exterior. Si me concedes una ŷariya (esclava hembra), podría ayudarme en algunas tareas domésticas. Con eso me harías feliz”. Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“¡Oh Fâtima! ¿Quieres que te consiga una criada o quieres algo mejor que eso?”**

Nuestra madre Hadrat Fâtima respondió diciendo: “Dame algo mejor que una criada”. Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“Cada noche, cuando vayas a acostarte, di treinta y tres veces Subhânallah** (que significa ‘no hay defecto en Allah’) **treinta y tres veces Alhamdulillah** (que significa alabarle y agradecerle a Él todo lo que se tiene, porque Él es el Único que otorga todos los favores) **y treinta y tres veces Allahu akbar** (que significa que la inmensidad de Allah no se puede comprender con el intelecto, el conocimiento o la reflexión) **y una vez ‘Lâ ilâha illa’llâh wahdahû lâ sharika lah. Lahul mulku wa lahul hamdu wa hua alâ kulli shay’in qadîr’. En total son cien palabras. En el Día del Juicio verás que tienes mil hasana** (bien, beneficio) **por cada una de ellas. Y en la Mîzân** (balanza) **las buenas acciones serán las que prevalezcan”.** Luego nuestro Maestro, el Profeta, salió de la casa de su hija para irse a su hogar bendecido.

El matrimonio de Hadrat Ali y Hadrat Fâtima tuvo lugar cinco meses después de la Hégira y la boda se celebró después de la Batalla Sagrada de Badr.

Muerte de Ka’b bin Ashraf

La victoria de Badr hizo que se llenaran de miedo los corazones de los judíos y los idólatras de Medina. Algunos judíos actuaron con sensatez y se hicieron musulmanes diciendo: “No hay duda de que este es el hombre sobre cuyos atributos hemos leído en nuestros libros. No será posible resistirse a él porque siempre tendrá la victoria”. Otros decían: “Muhammad luchó

contra los Quraysh que no saben nada de las guerras. Esa es la razón de que saliera victorioso. Si hubiese combatido contra nosotros, le habríamos enseñado cómo luchar y cómo vencer".

Un judío llamado Ka'b bin Ashraf, al enterarse de la victoria del ejército islámico en Badr, y llevado por su enemistad contra los musulmanes, fue a Mecca. Congregó a los politeístas y recitó poemas para hacerlos atacar Medina; les estaba provocando. Llegó a un acuerdo con ellos para luchar contra nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Llegó incluso a planear el asesinato de nuestro amado Profeta. Allahu ta'âlâ informó a nuestro Maestro, el Rasûlullah sobre estas situación y declaró lo siguiente: **"Hay gente a la que Allahu ta'âlâ ha maldecido (esos a los que Allahu ta'âlâ ha privado de Su misericordia)…"** (Sûra Nisâ: 52).

El resultado fue que nuestro Maestro, el Rasûl-i Akram, preguntó a sus nobles Ashâb, **"¿Quién va a matar a Ka'b bin Ashraf? Porque ha ofendido a Allahu ta'âlâ y a SU Mensajero".** Muhammad bin Maslama preguntó: "¡Oh Rasûlullah! ¿Quieres que yo lo mate?" Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Sí, lo quiero"** Muhammad bin Maslama pensó sobre ello e hizo planes durante varios días. Fue a ver a Abû Nâila, Abbâs bin Bishr, Hâris bin Aws y Abû Abs ibn Ŷabr, que eran algunos de sus amigos más cercanos y les habló del tema. A todos les pareció bien y dijeron: "Lo mataremos juntos". El grupo fue a ver a nuestro Maestro, el Profeta. Dijeron: "¡Oh Rasûlullah! Si nos das tu permiso y mientras lo matamos ¿podemos decir a Ka'b unas palabras sobre ti que seguramente le gustarán?" Nuestro Maestro, el Profeta, les dio permiso para decir lo que quisieran.

Tras esto, Muhammad bin Maslama y sus amigos fueron a ver a Ka'b bin Ashraf. Muhammad bin Maslama le dijo: "Ese Muhammad nos pide que demos dinero. Nos obliga a pagar impuestos excesivos. Así que he venido a pedirte un préstamo". Ka'b, regocijándose con lo que había oído, pensó que Muhammad bin Maslama pensaba como él y dijo: "Y os va a desvalijar todavía más". Muhammad bin Maslama dijo: "En todo caso, como ya le hemos obedecido una vez vamos a seguir obedeciéndole. Ya veremos cuál será el final de todo esto. Ahora, préstanos algunos dátiles". Ka'b dijo: "Sí, lo haré. ¡Pero tenéis que darme algo como garantía!" Muhammad bin Maslama y los que le acompañaban preguntaron: "¿Qué es lo que quieres?" Ka'b respondió: "Como garantía quiero a vuestras mujeres". Ellos no aceptaron.

Ka’b dijo: “Entonces, dadme a vuestros hijos como garantía”. Dijeron ellos: “Tampoco podemos empeñarlos. Si lo hacemos, se hablará de ellos como prendas dadas a cambio de una o dos cargas de dátiles, y eso será una vergüenza imperdonable para nosotros. Pero lo que sí podemos darte como prenda son nuestras armas y armaduras”. Ka’b aceptó la oferta y les preguntó cuándo se haría el trato.

Una noche, Muhammad bin Maslama llegó cerca de donde estaba Ka’b. Abû Nâila le acompañaba. Ka’b les dijo que fueran a la fortaleza y bajó para darles la bienvenida. La esposa de Ka’b le preguntó: “¿Dónde vas a estas horas de la noche?” Dijo Ka’b: “Estos que han venido son Muhammad bin Maslama y mi hermano Abû Nâila”. Su esposa dijo: “La voz que he oído no me ha sonado nada bien. Es como si estuviese goteando sangre”. Ka’b dijo: “No, no, son Muhammad bin Maslama y mi hermanastro Abû Nâila. Es un buen hombre. Viene sin dudarlo, incluso cuando es invitado a un duelo a espada en plena la noche. Es esa clase de persona”. Muhammad bin Maslama llevó con él a dos personas al interior de la fortaleza (según otra narración eran tres): Abû Abs bin Ŷabr, Jaris bin Aws, Abbâd bin Bishr. Hadrat Muhammad bin Maslama había dicho a sus amigos: “Cuando llegue Ka’b, le diré que quiero oler sus cabellos. Entonces le cogeré la cabeza y la oleré. Cuando veáis que la sujeto con firmeza, golpeadle con vuestras espadas”.

Ka’b bin Ashraf se acercó a ellos. Iba bien vestido y perfumado. Ibn-i Maslama dijo: “Nunca hasta ahora había olido un perfume tan agradable”, y se acercó a él. Entonces Ka’b alardeó: “Las mujeres más fragantes de los árabes están conmigo”. Muhammad bin Maslama dijo: “¿Me permites que huela tus cabellos?” Ka’b le dio permiso para hacerlo. Maslama los olió e hizo que sus amigos también lo hicieran. Luego dijo que quería olerlos otra vez. Esta vez, Muhammad bin Maslama sujetó la cabeza de Ka’b e hizo señas a sus amigos para que lo golpearan con sus espadas. Cuando recibió el primer golpe, Ka’b lanzó un grito agudo, pero no murió. Al verlo, Muhammad bin Maslama lo mató con su puñal. Los muŷâhids que habían matado a Ka’b se fueron de inmediato y llegaron a Medina. Cuando le dieron las buenas noticias a nuestro Maestro, el Rasûlullah; nuestro Profeta dio gracias a Allahu ta’âlâ y pidió bendiciones para los muŷâhids.

La muerte del incrédulo Ka’b bin al-Ashraf atemorizó a los judíos en gran manera. Tras la muerte de un líder tan destacado como Ka’b, la llegada de su hora solo era una cuestión de tiempo. Por la mañana se reunieron y fueron a visitar a nuestro Maestro, el Profeta. Se quejaron de lo sucedido. Nuestro Maestro, Rasûl-i Akram, dijo: **“Él solía provocarnos y recitar poemas en nuestra contra. Si alguno de vosotros hace lo mismo, ha de saber que el castigo es la espada”.** Ante esta amenaza, e impelidos por el miedo, los judíos hicieron un pacto contra nuestro Maestro, el Rasûlullah.

Los judíos de Banî Kaynûka

Un día, un judío de Banî Kaynûka se había burlado de una mujer musulmana. Al verlo, un sahâbî desenvainó la espada de inmediato y lo mató. Los judíos se reunieron y martirizaron al bendito sahâbî. Nuestro Maestro, el Profeta, fue informado del suceso. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, los reunió en la plaza del mercado de los Kaynûka y dijo: **“¡Oh comunidad de los judíos! Debéis temer ser víctimas de un tormento como el que Allahu ta’âlâ hizo sufrir a los Quraysh. Haceos musulmanes. Sabéis de sobra que yo soy un Profeta que ha sido enviado por Allahu ta’âlâ. Esto es algo que ya habéis leído y la promesa que Allahu ta’âlâ os ha hecho está en vuestro libro”.**

A pesar de esta muestra de compasión, los judíos rompieron el pacto que habían hecho y desafiaron al Sultán de los mundos diciendo: “¡Oh Muhammad! ¡No te dejes engañar por haber derrotado a una gente que no sabe cómo combatir! ¡Nosotros juramos ser guerreros y cuando luches contra nosotros verás qué grandes luchadores somos!”

Así fue cómo violaron el acuerdo que habían suscrito y manifestaban su reto. Ante esta situación, Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, trajo una revelación que declara: **“**(¡Oh Mi Habîb!) **Si te preocupa la traición de una gente que había hecho un pacto** (contigo y que han violado)**, diles con corrección y justicia que lo has rechazado** (antes de declararles la guerra)**. Porque a Allahu ta’âlâ no Le gustan los traidores”.** (Sûra Anfâl: 58).

En otra âyat-i karîma se declara: **“¡Oh Mi Rasûl! Di a esos judíos incrédulos: Seréis sin duda vencidos y empujados al Fuego que es un terrible lugar para el descanso”.** (Sûra Âl-i Imrân: 12).

Nuestro Maestro, Habîb-i akram, dispuso un ejército de inmediato y salió hacia la fortaleza donde vivían los judíos Kaynûka. El estandarte blanco lo llevaba Hadrat Hamzâ. Abû Lubâba se quedó en Medina como delegado. Las bendecidas tropas musulmanas sitiaron la fortaleza Kaynûka. Los judíos, que habían dicho “nosotros somos lo que los guerreros llaman héroes” no se atrevían a lanzar flechas desde su fortaleza, no digamos ya resistir. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, controlaba quién salía o entraba a la fortaleza. Esta situación se prolongó durante quince días. Los judíos se asustaron mucho y se rindieron. A pesar de que deberían haber sido matados, nuestro amado Profeta, que había sido enviado como una misericordia para los mundos, se apiadó de ellos y dejó que los judíos de Kaynûka partieran hacia Damasco. En ese momento fueron expulsados de las tierras de Medina.

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se veía confrontado, no solo por los politeístas y los judíos, sino por hipócritas como Abdullah bin Ubayy que pretendían ser musulmanes. No obstante, invitaba al Islam a las tribus politeístas vecinas a Medina y se esforzaba para conferirles el honor de hacerse musulmanes. Toda una serie de batallas sagradas, como Sawîk, Ghatafân, Karda, Bahran… tuvieron lugar después de la Batalla Sagrada de Badr.

En esos días se había hecho obligatorio el zakât [una dádiva anual (obligatoria) que implica dar una cantidad determinada de algunos tipos de bienes a unas clases determinadas de personas; gracias a ello, los bienes restantes quedan purificados y bendecidos y el musulmán que lo da queda a salvo de ser calificado de avaro]. También se ordenó el pago del zakât al-fitr, las oraciones de los dos ‘Ids y el sacrificio de animales. Nuestro Maestro, el Rasûlullah dio a su hija Ummu Ghulzum en matrimonio a Hadrat’ Uzmân. Nuestro Maestro, el Profeta, se casó con Zaynab bint Ŷahsh y con Hafsa, la hija de Hadrat ’Umar. Y nació Hadrat Hasan, el hijo de Hadrat Ali.

LA SAGRADA BATALLA DE UHUD

Los politeístas de Mecca no habían aprendido la lección que supuso su aplastante derrota en la Batalla Sagrada de Badr, ni tampoco podían olvidar la amargura que sentían. En esa batalla, los Quraysh habían perdido a muchos personajes prominentes. Y además, el hecho de que la ruta comercial hacia Damasco estuviese ahora bajo el control de los musulmanes, les tenía soliviantados.

Una caravana comercial, bajo el mando de Abû Sufyân, había regresado a Mecca doblando el beneficio. Como la mayor parte de los que habían invertido en la misma habían muerto en la Batalla Sagrada de Badr, los beneficios de la caravana se guardaban en un edificio llamado Dâr-un-Nadwa, el lugar donde los politeístas se reunían para tomar decisiones.

Algunas personas que había perdido en Badr a sus padres, hermanos, hijos y maridos, como Saffân bin Umayya, Ikrima bin Abû Ŷahl y Abdullah bin Rabîa, se dirigieron a Abû Sufyân diciendo: “Los musulmanes han matado a nuestros mayores. Han hecho que seamos desgraciados. Ahora es el momento de la venganza. Preparemos un ejército con los beneficios de la caravana y arrasemos Medina. Ha llegado la hora de vengarnos”.

Como los incrédulos más vehementes ya habían muerto, como era el caso de Abû Ŷahl, Utba y Shayba, el líder de los politeístas era Abû Sufyân que todavía no se había hecho musulmán. El resultado económico de la caravana a Damasco había sido cien mil monedas de oro. La mitad era capital y el resto beneficio. El capital se repartió entre los inversores y el beneficio se dividió en dos partes. La primera se utilizó para conseguir armas y la otra para reclutar soldados. También se dio dinero a poetas y oradores que incitaban a la gente y recitaban poemas llamando a la guerra; las mujeres participaban tocando tambores. Los politeístas, cuyo objetivo era expulsar a los musulmanes de Medina, matar a nuestro amado Profeta y erradicar el Islam, visitaron las tribus vecinas reclutando soldados.

El resultado fue un ejército de tres mil hombres. 700 llevaban armadura, 200 montaban a caballo y tenían un total de 3000 camellos. Este numeroso ejército, acompañados de músicos y mujeres, estaba mandado por Abû Sufyân. Su esposa, Hind, iba a la cabeza de las mujeres y

era una partidaria extrema de la guerra porque había perdido a su padre y a sus dos hermanos en la Batalla Sagrada de Badr. No podía olvidar el dolor y silenciaba a la gente que se oponía a la participación de las mujeres en la guerra diciendo: “¡Recordad la batalla de Badr! ¡Huisteis de Badr para uniros a vuestras mujeres y vuestros hijos! ¡De ahora en adelante, el que quiera huir se encontrará con nuestra oposición!” Así es como, con todo su poder, incitaba a los Quraysh a participar en la guerra.

Ŷubayr bin Mut’im, uno de los politeístas, tenía un esclavo de nombre Wahshî, que era un experto en arrojar la lanza. Hind y Ŷubayr querían vengarse de Hadrat Hamzâ que en Badr había matado a Utba, el padre de Hind, y a Tuayma, el tío de Ŷubayr. Este le dijo a su esclavo Wahshî, “Si matas a Hamzâ te daré la libertad”. Y Hind le dijo: “Si lo matas, ¡te daré joyas y muchas monedas de oro!”

Una vez completados los preparativos, el ejército Quraysh desplegó sus banderas; una la llevaba Talha bin Abî Talha, otra uno de los Ahabish, y otra Sufyân, hijo de Uwayf.

Cuando todo estaba dispuesto, Hadrat Abbâs envió una carta a Medina mediante una persona en la que confiaba, declarando que los politeístas habían preparado un ejército de tres mil hombres; setecientos con armadura, doscientos jinetes, tres mil camellos y una enorme cantidad de armas. Decía que el ejército estaba a punto de partir y pedía que se tomaran medidas al respecto.

Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, encargó a varios de sus Compañeros que inspeccionaran la situación. Estos partieron hacia Mecca y, en el camino, se enteraron de que venía el ejército de los politeístas. Completaron la misión con rapidez y regresaron a Medina. La información que habían obtenido confirmaba la carta de Hadrat Abbâs.

El Maestro de los mundos inició los preparativos inmediatamente. Puso además una serie de centinelas en los alrededores de Medina para impedir un ataque súbito del enemigo. Los Ashâb al-kirâm se prepararon con rapidez. Tras despedirse de sus familias, se reunieron con nuestro Maestro.

Ese día era viernes. Nuestro Maestro, el Profeta, dirigió la oración. En el jutba (sermón) enfatizó la importancia de ŷihad para propagar la religión de Allahu ta'âlâ y combatir en el camino de Allah. Dio buenas noticias a los mártires que, muriendo en Su nombre, irían al Paraíso. Dijo también que Allahu ta'âlâ ayudaría a los que se mantuviesen firmes ante el enemigo y soportasen las dificultades.

Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, dijo a sus Ashâb-i kirâm que le gustaría consultarles sobre el lugar donde tener la batalla. Les habló también de un sueño que había tenido esa noche. Dijo: **"En mi sueño, me vi recubierto con una armadura. Vi también que en el filo de mi espada Zulfikâr había una mella. Luego vi una vaca sacrificada y que traían un carnero".** Sus compañeros preguntaron: "¡Oh Rasûlullah! ¿Cuál es tu interpretación de ese sueño?" Respondió: **"Estar recubierto con una armadura es el signo de Medina, permanecer en Medina. Ver una mella en el filo de mi espada es un signo de algún daño que voy a padecer. La vaca sacrificada significa que algunos de mis Compañeros serán mártires. Y en lo que respecta al carnero, es el signo de una tropa militar que, insha'llah, Ŷanâb-i-Haqq va a destruir".**

Según otra narración: **"Golpeé el suelo con mi espada y se melló el filo. Esto indica que algunos de mis Compañeros serán mártires el día de Uhud. Golpeé el suelo de nuevo y mi espada volvió a su estado anterior. Eso indica que vendrá una victoria de Allahu ta'âlâ, que los creyentes estarán unidos".**

Cuando el Rasûlullah no recibía información sobre los asuntos mediante wahy (revelación), solía consultar a sus Compañeros y actuar conforme a ello. Hablando de dónde enfrentarse al enemigo, algunos Compañeros dijeron: "Permanezcamos en Medina y hagamos una batalla a la defensiva". Esta propuesta estaba de acuerdo con los deseos de nuestro Maestro, el Profeta. Los más notables de los Ashâb, como Hadrat Abû Bakr, Hadrat 'Umar y Sa'd bin Mu'âz, radiyallâhu anhum, tenían la misma opinión que nuestro Maestro, el Profeta.

No obstante, los Compañeros jóvenes y heroicos que no habían participado en la Batalla Sagrada de Badr estaban muy apenados por no haberlo hecho, máxime tras haber oído de nuestro Maestro, el Profeta, las recompensas y los grados elevados que obtuvieron los que sí

habían luchado. Por este motivo, querían enfrentarse al enemigo fuera de Medina y luchar cara a cara.

Hadrat Hamzâ, Nu'mân bin Mâlik y Sa'd bin Ubâda, que habían estado en la Batalla Sagrada de Badr, eran del grupo de Compañeros que quería enfrentarse al enemigo fuera de Medina y luchar cuerpo a cuerpo. Hadrat Haysama pidió permiso y dijo: "¡Oh Rasûlullah! Los politeístas Quraysh han reclutado soldados de varias tribus árabes. Han montado en sus caballos y camellos y entrado en nuestro territorio. Asediarán nuestras casas y fortalezas y luego regresarán. Y luego hablarán con frecuencia a nuestras espaldas. Esto les dará nuevos ánimos y organizarán más asedios. Si no los confrontamos ahora, las demás tribus árabes se creerán superiores a nosotros. Yo espero que Allahu ta'âlâ nos dé la victoria ante los politeístas".

"Si ocurre lo segundo, habrá martirio; Badr me privó de ello a pesar de que lo anhelaba con pasión. Cuando mi hijo se enteró de que yo quería ir a la batalla de Badr lo echó a suertes conmigo. Tuvo más suerte que yo y disfrutó del honor de conseguir el martirio".

"¡Oh Rasûlullah! ¡He echado tanto de menos haber sido mártir! La noche pasada he visto a mi hijo en un sueño. Paseaba entre los jardines y ríos del Paraíso y me decía: '¡Únete a la gente del Paraíso! ¡Yo conseguí la verdad que Allahu ta'âlâ ha prometido!"'

"¡Oh Rasûlullah! Juro por Allah que, por la mañana, empecé a desear acompañar a mi hijo en el Paraíso. Ahora ya soy mayor y lo único que quiero es encontrarme con mi Rabb".

Y luego suplicó: "¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! ¡Pídele a Allahu ta'âlâ mi martirio y que pueda disfrutar del honor de acompañar a mi hijo en el Paraíso!" Nuestro Maestro, el Profeta, no rechazó su deseo y suplicó que obtuviera el martirio.

Al ver que la mayoría defendía esta opinión, nuestro amado Profeta decidió enfrentarse al enemigo fuera de Medina. Y luego dijo: **"**(¡Oh mis Compañeros!) **Si tenéis paciencia y tenacidad, Ŷanâb-i-Haqq os dará de nuevo Su ayuda. Nuestro deber es tener la decisión y hacer todo lo posible".**

Tras haber dirigido la oración del mediodía, nuestro Maestro, el Profeta, fue a su casa bendecida. Tras él, Hadrat Abû Bakr y Hadrat ’Umar pidieron permiso y entraron en la misma. Ayudaron a nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, a ponerse la armadura y el turbante. Nuestro Maestro se ciñó la espada y se echó el escudo a la espalda.

Mientras tanto, los Ashâb-i kirâm se habían reunido en el exterior de la casa y esperaban a nuestro Maestro, el Profeta. Los que querían permanecer en Medina y tener una batalla a la defensiva dijeron a los demás: “El Rasûlullah no quería salir de Medina pero aceptó hacerlo basado en vuestras palabras. No obstante, el Rasûlullah recibe órdenes de Allahu ta’âlâ. Dejar el tema en sus manos y haced lo que él ordene”. Otros se sintieron apenados y dijeron: “No debemos estar en desacuerdo con el Rasûlullah”, y renunciaron a su opinión anterior. Cuando nuestro amado Profeta salió de su casa bendecida, le pidieron perdón diciendo: “¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en tu nombre, oh Mensajero de Allah! Haz lo que tú desees. Si quieres permanecer en Medina, quedémonos aquí. Buscamos la protección de Ŷanâb-i-Haqq por habernos opuesto a tus deseos”. Nuestro Maestro, Habîb-i akram, dijo: **“Un Profeta no se quita la armadura, sin haber combatido, hasta que Allahu ta’âlâ decide entre él y sus enemigos. Mi consejo es que si obedecéis mis órdenes, sois pacientes y tenéis tesón al recitar el nombre de Allahu ta’âlâ, Él os ayudará”.**

Al mismo tiempo, Hadrat Amr bin Ŷamûh decía a sus cuatro hijos en su casa: “¡Hijos míos! Llevadme a esta batalla sagrada”. Sus hijos intentaban disuadirle diciendo: “¡Padre! Debido a la enfermedad que tienes en el pie, Allahu ta’âlâ ha aceptado tu excusa. El Rasûlullah no te permitió ir a la batalla. Tú no estás obligado a ir al ŷihad. ¡Nosotros iremos en tu lugar!” No obstante Hadrat Amr dijo: “Me avergüenzo de tener hijos como vosotros. Me impedisteis obtener el Paraíso en la Batalla Sagrada de Badr diciendo estas mismas cosas. ¿Me lo vais a quitar otra vez?” Luego fue ante nuestro amado Profeta y dijo: “¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Mensajero de Allah! Mis hijos quieren impedir que vaya a esta batalla alegando unas excusas. Yo juro por Allahu ta’âlâ que quiero ir a la guerra contigo y disfrutar del honor de entrar en el Paraíso. ¡Oh Rasûlullah! ¿No te parece correcto que luche en el nombre de Allah, muera mártir y me pasee por los jardines del Paraíso con estos pies lisiados que tengo?” Nuestro Maestro respondió: **“Sí, me parece correcto”.** Hadrat Amr bin Ŷamûh se

alegró mucho, hizo los preparativos y pasó a formar parte del ejército. Abdullah bin Ummi Maktûm se quedó en Medina para dirigir las oraciones.

El Sultán de los Mensajeros preparó tres estandartes. Uno de ellos se lo dio a Jabbâb bin Munzir, otro a Usayd bin Judayr y el otro a Mus'ab bin Umayr. El ejército estaba formado por unos mil soldados; dos eran jinetes y cien llevaban armadura.

En un viernes por la tarde, acompañado por los takbîr, **"¡Allahu Akbar!"** nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, salió hacia Uhud. Al frente del ejército iban Hadrat Sa'd bin Ubâda y Sa'd bin Muaz cubiertos con sus armaduras. Los Muhâŷirs iban a la derecha y los Ansâr a la izquierda.

En el camino se encontraron con una tropa de unos seiscientos judíos. Eran los aliados del jefe de los hipócritas, Abdullah bin Ubayy bin Salûl, y querían unirse al ejército musulmán. Nuestro Maestro, el Profeta, preguntó: **"¿Se han hecho musulmanes?"** Contestaron: "No, oh Rasûlullah". Esta vez, nuestro Maestro dijo: **"Id y decidles que regresen. Para luchar contra los politeístas no queremos la ayuda de los incrédulos".**

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, llegó al lugar llamado Shayjayn que estaba entre Medina y Uhud y se detuvieron para pasar la noche. El sol no se había puesto todavía. En el ejército musulmán había algunos niños de los Compañeros que querían luchar contra el enemigo y morir mártires. Cuando nuestro amado Profeta revisó las tropas, vio que había diecisiete niños. Uno de ellos, Râfi bin Hadîŷ, intentaba parecer más alto poniéndose de puntillas. Cuando Hadrat Zuhayr dijo: "¡Oh Rasûlullah! Râfi es un buen arquero", le dejaron quedarse. Samûra bin Ŷundub vio lo ocurrido y dijo: "Yo puedo vencer a Râfi a la hora de luchar, así que yo también quiero estar presente en el ŷihad". Nuestro Maestro, el Profeta, sonrió y ordenó que lucharan. Cuando Hadrat Samura derrotó a Râfi, se le dijo que se incorporara a las filas de los muŷâhid. El resto de los niños fue enviado de nuevo a Medina para proteger a la gente que se había quedado allí.

Los adhan de las oraciones de la puesta del sol y de la noche fueron dados por Bilâl-i Habashî. Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dirigió las oraciones. Luego puso a

Muhammad bin Maslama al mando de cincuenta hombres y le ordenó hacer guardia hasta la mañana. Los Compañeros se pusieron a descansar. El honor de hacer guardia junto al Rasûlullah le correspondió a Hadrat Zakvân.

Mientras tanto, el ejército enemigo se había enterado que los musulmanes descansaban en Shayjayn. Pusieron a Ikrima al mando de unos jinetes para que patrullasen la zona. Ikrima, que todavía no era musulmán, se acercó al ejército islámico hasta llegar a Harra, pero se dio la vuelta al temer las patrullas de los muŷâhids.

Cuando llegó faŷr, el Maestro de los mundos despertó a sus Ashâb y partieron hacia la colina de Uhud. Desde ese punto los dos ejércitos podían verse. Bilâl-i Habashî dio el adhan de la oración de la mañana con esa voz tan dulce que tenía y conmovía los corazones. Los muŷâhids, con sus armas, hicieron la oración ritual en el grupo dirigido por nuestro amado Profeta. Luego hicieron sus du'as (súplicas, invocaciones. Nuestro Maestro se puso el yelmo y la armadura exterior.

Mientras tanto, Abdullah bin Ubayy, el líder de los hipócritas, decía: "¿Hemos venido aquí para que nos maten? ¿Por qué no nos hemos dado cuenta desde el principio?" Y decidió regresar a Medina con unos trescientos hipócritas.

El número de los que creían, estaban unidos, arriesgaban su vida y no tenían duda alguna, anhelando conseguir el martirio, era de unos setecientos. Todos prometieron que protegerían a nuestro amado Profeta hasta el final.

El Maestro de los Profetas, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dispuso en filas a los muŷâhids (guerreros musulmanes).

Colocó al ejército de forma que la retaguardia daba a la colina de Uhud y el frente hacia Medina. Nombró a Ukâsha bin Mihsan jefe del flanco derecho y a Abu Salama bin Abdulasad del izquierdo. Sa'd bin Abî Waqqâs y Abû Ubayda bin Ŷarrah estaban al frente como jefes de los arqueros. Zubayr bin Awwâm era el jefe de las fuerzas con armaduras y Hadrat Hamzâ de las que carecían de ellas. Mikdad bin Amr estaba a cargo de la retaguardia.

En el flanco izquierdo del ejército islámico estaba la colina Aynayn en la que había un pasadizo estrecho. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, colocó allí a cincuenta arqueros bajo el mando de Abdullah bin Ŷubayr. Los arqueros ocuparon sus puestos en el pasaje. Nuestro amado Profeta fue hacia ellos y les dio una orden precisa: **“Proteged nuestra retaguardia. Permanecer en vuestros puestos sin abandonarlos jamás. No los dejéis a no ser que os lo digamos o enviemos un mensajero, y aunque veáis que hemos derrotado al enemigo. No vengáis en nuestra ayuda por mucho que creáis que el enemigo nos ha matado o nos va a matar. No tratéis de protegernos del enemigo. Disparar vuestras flechas a los jinetes enemigos cada vez que intenten llegar a vuestras posiciones. Los jinetes no pueden avanzar cuando se les disparan flechas. ¡Oh Allah! ¡Tú eres testigo de que les he ordenado todas estas cosas!”**

Nuestro amado Profeta repitió esta orden varias veces. Dijo: **“Aunque veáis que las aves se alimentan de nuestros cadáveres, no dejéis vuestros puestos hasta que os envíe a un mensajero. Lo repito: nunca abandonéis vuestro puesto hasta que os dé la orden, por mucho que veáis que hemos derrotado a los incrédulos y caminamos sobre sus cadáveres”.**

Luego dio el estandarte a Mus’ab bin Umayr. Hadrat Umayr, alzando la bandera, ocupó su puesto delante de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Mientras tanto, Hadrat Hanzala, que estaba recién casado, llegó a Uhud desde Medina y se unió a las filas de los muŷâhids.

El ejército politeísta, que había llegado a Uhud tres días antes, estaba mandado por Abû Sufyân. Ocuparon sus puestos de forma que sus espaldas daban hacia Medina. Los jinetes del flanco derecho estaban bajo el mando de Jâlid bin Walîd, y los del flanco izquierdo bajo el de Ikrima. Se ha transmitido que Safwân bin Umayya también estaba al mando de varios jinetes. El abanderado de los politeístas era Talha bin Abî Talha.

En lo que respecta al equilibrio de poder había una gran diferencia entre los dos ejércitos. El grupo de los Quraysh era más de cuatro veces superior al islámico en cuanto número, armas y pertrechos.

En el ejército Quraysh había un clamor y conmoción incesante protagonizados por mujeres que estaban obsesionadas con el deseo de venganza, tocando tambores, cantando y alentando a los soldados para que lucharan, además de suplicando ayuda a los ídolos que adoraban.

En el bando de los muŷâhids se hacía súplicas y se gritaba takbir, "¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!" Pedían la ayuda de Allahu ta'âlâ a la hora de proteger y propagar la religión del Islam. Nuestro amado Profeta animaba a sus Compañeros al ŷihad y a luchar en el nombre de Allahu ta'âlâ, hablándoles de las recompensas que obtendrían y diciendo: **"¡Oh mis Ashâb! A los que son menos en número les resulta difícil luchar contra el enemigo. Pero si demuestran tener ánimo y perseverancia, Allahu ta'âlâ se lo hace fácil. Allahu ta'âlâ está con los que Le obedecen… Pedid la recompensa que Allahu ta'âlâ os ha prometido…"** Con respecto a la Batalla Sagrada de Uhud, las siguientes âyat-i karîma declaran: **"**(¡Oh los creyentes musulmanes!) **Obedeced a Allahu ta'âlâ y a Su mensajero para que se os dé misericordia. Apresuraos a pedir el perdón de vuestro Rabb para entrar en el Paraíso. ¡Esforzaos! La extensión del Paraíso es tan grande como los cielos y la tierra y ha sido preparado para los que temen a Allahu ta'âlâ. Gastan su riqueza en el nombre de Allah sin que importe que ésta sea grande o pequeña. Refrenan su enfado y perdonan a todo el mundo. Allahu ta'âlâ está complacido con los que hacen el bien".** (Sûra Âl-i Imrân: 132-134).

"Y su recompensa es un perdón de su Rabb y Paraísos por los que corren los ríos. En ellos serán inmortales. ¡Qué hermosa es la recompensa de los que actúan de esta manera y obedecen a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero!" (Sûra Âl-i Imrân: 136).

Los corazones de los Ashâb-i kirâm rebosaban de creencia. Sus ojos resplandecían de valentía. Estaban poseídos del deseo del martirio. Querían atacar al enemigo sin más dilación. Como ya ocurriera en la batalla de Badr, Hadrat Ali se puso un turbante blanco, Zubayr bin Awwâm uno amarillo y Abû Duŷâna uno rojo. Hadrat Hamzâ llevaba su pluma de ala avestruz.

Los dos ejércitos se acercaron. En ese momento la excitación estaba en el momento álgido. En unos instantes iba a comenzar una batalla campal. En uno de los bandos estaban los muŷâhids islámicos que no dudaban a la hora de luchar contra sus parientes más cercanos con tal de

propagar la religión de Allahu ta'âlâ; en el otro, estaban los enemigos del Islam que se aferraban a sus falsas creencias.

Cuando estaban a la distancia de tiro de flecha, se adelantó un politeísta revestido con armadura y montado en su camello. Preguntó quién se atrevía a luchar contra él. Suponía que todos le tenían miedo, así que lo repitió tres veces. De repente se vio que un muŷahid alto y heroico, con un turbante amarillo avanzaba hacia el campo de batalla. Era Zubayr bin Awwâm, hijo de la tía paterna de nuestro Maestro, el Profeta. Gritos de "¡Allahu akbar!" surgieron en el ejército islámico que rezaba por la victoria de Hadrat Zubayr. Cuando estuvo cerca del politeísta, Zubayr bin Awwâm se abalanzó sobre su camello y empezó una lucha a muerte. En ese momento se oyó a nuestro amado Profeta que le decía: **"¡Haz que caiga al suelo!"** Nada más oírlo, Hadrat Zubayr cumplió la orden e hizo caer a su rival. Luego, él también desmontó y cortó la cabeza del politeísta. Nuestro Maestro pidió bendiciones para Hadrat Zubayr.

Entonces el abanderado de los politeístas, Talha bin Abî Talha, se adelantó hacia el campo de batalla gritando: "¿Hay alguno entre vosotros que me desafíe?" El que avanzó esta vez fue Hadrat Ali, el león de Allâhu ta'âlâ. Con un solo golpe cortó la cabeza del politeísta que estaba cubierto con una armadura. Al verlo, nuestro amado Profeta dijo takbîr, **"¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!"** Cuando se le unieron los Ashâb-i kirâm, el lugar entero vibraba con el sonido de los takbîr.

El hermano de Talha bin Abî Talha, 'Uzmân bin Abî Talha, que vio caer la bandera de los politeístas, corrió hacia el frente. Levantó el estandarte y preguntó quién se atrevía a luchar contra él. Hadrat Hamzâ fue quien se adelantó. Le dio un golpe tan fuerte con la espada en el hombro, al tiempo que decía "¡Ya Allah!", que cortó el brazo que sujetaba el estandarte, cayó al suelo y murió.

El siguiente politeísta que se adelantó fue Abû Sa'd bin Abî Talha. Él también iba protegido con una armadura desde la cabeza hasta los pies. Recogió la bandera del suelo, se volvió hacia el ejército del Islam y empezó a gritar: "Yo soy el padre de Qusam. ¿Quién me desafía?" Nuestro Maestro, el Profeta, envió de nuevo a Hadrat Ali que también mató a este politeísta. La

bandera cayó de nuevo al suelo y Hadrat Ali volvió a ocupar su puesto en las filas de los muŷâhids.

Tras esto, fueron muchos los politeístas que se adelantaron. Alzaban sus estandartes, que luego caían al suelo, y retaban a los muŷâhids para que lucharan contra ellos. Pero una y otra vez, y con el permiso de Allahu ta'âlâ, los valientes sahâbî obtenían la victoria. Cada vez que moría un abanderado politeísta y retumbaba el sonido del takbîr entre las filas islámicas, la pesadumbre y la desesperación se apoderaban de los incrédulos. Incluso las ruidosas mujeres politeístas insultaban a sus propios soldados diciendo: "¡Avergonzaos!" al tiempo que les incitaban a combatir preguntando: "¿A qué esperáis?"

Durante todo ese tiempo, nuestro amado Profeta empuñaba una espada en la que estaban escritas estas frases: **"En la cobardía hay vergüenza, en al avance hay honor. El miedo no nos libra del destino".** Preguntó: **"¿Quién quiere quitarme esta espada?"** Al oírlo, muchos Compañeros extendieron los brazos para cogerla. Nuestro Profeta dijo otra vez: **"¿Quién la quiere para darle lo que se merece?"** Los Compañeros se callaron y quedaron quietos. Zubayr bin Awwâm, que quería la espada con todas sus fuerzas, dijo: "Yo la tomaré, oh Rasûlullah". Pero nuestro amado Profeta no le dio la espada a Hadrat Zubayr. Las peticiones de Hadrat Abû Bakr, 'Umar y Ali tampoco fueron aceptadas por nuestro Profeta.

Abû Duŷâna preguntó: "¡Oh Rasûlullah! ¿Qué es lo que se merece esa espada?" Nuestro amado Profeta contestó: **"Merece golpear al enemigo hasta que se doble. Merece que no mates musulmanes ni huyas de los incrédulos. Merece luchar en el nombre de Allah hasta que Él conceda la victoria o el martirio".** Abû Duŷâna dijo: "Oh Rasûlullah, yo estoy dispuesto a hacerlo". Nuestro Profeta le puso la espada en la mano. A pesar de ser muy valiente y heroico, Abû Duŷâna actuaba con mucha cautela en los campos de batalla y seguía al pie de la letra el hadiz que dice: **"La guerra son argucias".** Cuando empuñó la espada, comenzó a andar hacia el campo de batalla de forma arrogante y recitando poemas. Iba vestido con una túnica larga y un turbante de color rojo.

A los Compañeros no les pareció correcto que Abû Duŷâna actuara de esa manera. Al darse cuenta de ello, nuestro amado Profeta dijo: **"Es una forma de andar que, excepto en lugares**

como éste, provoca la ira de Allahu ta'âlâ". De esta forma confirmó que, solo en caso de enfrentarse al enemigo, está permitido andar con arrogancia.

Entre la filas de los politeístas, Jâlid bin Walîd, que ya no podía esperar más, inició una ofensiva con las tropas que tenía a su mando. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, ordenó a los excitados Compañeros que también atacaran. En un minuto, los gritos de "Allahu Akbar" llenaban el campo de batalla. En la primera línea, Hadrat Hamzâ, al mando de las tropas sin armadura, comenzó a golpear con sus espadas a todo incrédulo que encontraba en su camino. Las fuerza de Jâlid bin Walîd, a pesar de atacar con gran ímpetu, fueron rechazadas de inmediato. Esta vez Jâlid bin Walîd, para eludir bajas y volver a atacar, dio una vuelta y llegó a la colina Aynayn. No obstante, Hadrat Abdullah bin Ŷubayr y los cincuenta héroes bajo su mando, los obligaron a retirarse bajo una lluvia de flechas.

El combate crecía en intensidad. Ambos bandos luchaban con todas sus fuerzas. Cada Compañero trataba de avanzar luchando contra cuatro politeístas por lo menos. Hadrat Hamzâ gritaba "¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!" al tiempo que avanzaba matando a enemigos. Safwân bin Umayya estaba preguntando a la gente que le rodeaba: "¿Dónde está Hamzâ? Mostrarme quién es", y lo buscaba por todo el campo de batalla. En un momento dado, vio un hombre que luchaba con dos espadas. Preguntó: "¿Quién es ese hombre?" La gente a su alrededor dijo: "¡Es el que estás buscando! ¡Es Hamzâ!" Safwân dijo: "Hasta ahora nunca he visto a nadie que, con tanta pasión y valentía, ataque para matar a su propia gente".

En ese momento, cuando la batalla alcanzaba la máxima intensidad, Zubayr bin Awwâm, apenado porque no se le había dado la espada, se dijo a sí mismo: "Yo quería la espada del Rasûlullah pero él se la dio a Abû Duŷâna. Y sin embargo, yo soy el hijo de su tía paterna Safiyya. Además soy de los Quraysh. Y yo la quería primero. Voy a ver si Abû Duŷâna lo hace mejor que yo lo haría" Y empezó a seguir a Abû Duŷâna. Abû Duŷâna decía takbir, "¡Allahu akbar!", y mataba a todo incrédulo que encontraba en su camino. En un momento dado, uno de los politeístas más feroces, con un cuerpo enorme recubierto por una armadura excepto los ojos, se enfrentó a Abû Duŷâna y lo atacó. Abû Duŷâna se protegió con el escudo donde se

hundió la espada del politeísta. Por mucho que tiraba de ella no podía sacarla. Ahora era el turno de Abû Duŷâna que mató a su enemigo con un solo golpe.

Tras esto, Abû Duŷâna, que derrotaba a todo incrédulo con el que se enfrentaba, llegó al lugar en la falda de la colina donde las mujeres animaban a los politeístas con sus tambores. Alzó la espada pero cambió de opinión y no mató a Hind, la esposa de Abû Sufyân. Al verlo, Zubayr bin Awwâm pensó; "Allahu ta'âlâ y Su Mensajero sabían mejor que yo a quién debía darse la espada. Juro por Allah que jamás he visto un guerrero que, en el combate, sea mejor que él".

Mikdâd bin Aswad, Zubayr bin Awwâm, Hadrat Ali, Hadrat 'Umar, Talha bin Ubaydullah y Mus'ab bin Umayr eran como fortalezas impenetrables. Los Compañeros que veían a nuestro Maestro, el Profeta, luchando contra los enemigos cuerpo a cuerpo y atacándoles una y otra vez, no pudieron contenerse. Comenzaron a agruparse a su alrededor y, temiendo que sufriese algún daño, no daban tregua a los enemigos con armadura. Entretanto habían visto que Hadrat Abdullah bin Amr había muerto mártir. Era el primer mártir de Uhud. Sus amigos, que habían visto su martirio, atacaron el centro de las filas enemigas como si fueran leones enfurecidos.

Justo cuando la batalla llegaba a su punto álgido, Hadrat Abdullah bin Ŷahsh, que era el ejemplo del heroísmo, y Hadrat Sa'd bin Abî Waqqâs, que era el maestro de los arqueros, se encontraron frente a frente. Ambos estaban heridos. Hadrat Sa'd bin Abî Waqqâs narraba lo siguiente: "Era un momento muy difícil en la batalla de Uhud. De repente, Abdullah bin Ŷahsh vino a mí, me tomó de la mano y me llevó a la base de una roca. Me dijo: "Haz una súplica y yo diré Âmîn (amén). Luego yo haré una súplica y tú dirás Âmîn". Yo acepté hacerlo y supliqué: "¡Oh Allah! ¡Envíame enemigos fuertes y robustos! Permite que luche contra ellos con dureza. Permite que los mate a todos y pueda regresar a mi hogar siendo ghâzi (veterano de la guerra santa)". Cuando terminé, Abdullah bin Ŷahsh dijo "Âmîn" con toda su alma y con todo su corazón.

Luego fue Hadrat Abdullah bin Ŷahsh quien empezó a suplicar a Allahu ta'âlâ: "¡Oh Allah! Envía contra mí ejércitos poderosos y permite que luche contra ellos con ardor. Déjame que dé a la Guerra Santa lo que se merece. Permite que los mate a todos. Y al final, que uno de

ellos me haga mártir. Que me corte los labios, la nariz y las orejas. Y permite que, cubierto de sangre, me presente ante Tí. Y cuando Tú me preguntes: "¡Abdullah! ¿Qué ha pasado con tus labios, tu nariz y tus orejas?" Déjame que conteste: "¡Oh Allah! Con ellas he cometido muchos errores. No pude usarlas de la manera correcta y me avergonzaba traerlas ante Tí. He mordido el polvo en una guerra en la que participaba Tu amado Profeta, (sallallâhu 'alaihi wa sallam), y he venido de esta manera". Yo no quise decir Âmîn a esa súplica. Pero como él quería y yo lo había prometido, lo dije a regañadientes.

Luego desenvainamos las espadas y seguimos luchando. Matábamos a todos los que nos confrontaban. Él atacaba con valentía y aplastaba las filas del enemigo. Lo hacía una y otra vez llevado por el irresistible deseo de ser mártir. Cuando estaba luchando y gritando "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!", se rompió su espada. En ese momento, nuestro amado Profeta le dio una rama de palmera y le ordenó que siguiera luchando. Y entonces ocurrió un milagro: la rama se convirtió en espada y siguió luchando. Hacia el final de la batalla Hadrat Abdullah bin Ŷahsh murió mártir, que era lo que tanto deseaba, por la flechas disparadas por un politeísta llamado Abu'l Hakam. Cuando cayó, los incrédulos atacaron su cuerpo y le cortaron la nariz, los labios y las orejas. Todo su cadáver estaba cubierto de sangre.

Entre las filas de los muŷâhids un hombre llamado Kuzman desenvainó la espada y atacó a los politeístas diciendo "morir es mucho mejor que huir", y actuó con gran valentía. Llegó a matar a siete u ocho incrédulos. Al final, recibió varias heridas y cayó al suelo. Asombrados por su heroísmo, los Compañeros se lo dijeron al Profeta. Pero éste dijo: **"Se merece el Fuego".** Hadrat Qatâda bin Nu'mân fue a Kuzman y dijo: "¡Oh Kuzman! ¡Bendito sea tu martirio!" Kuzman dijo: "Yo no he luchado en nombre de la religión, ¡sino para que los Qurayshîs no vengan a Medina y destruyan mi palmeral!" Y luego se suicidó cortándose las venas de las manos con una flecha. Y entonces se comprendió por qué nuestro Maestro había dicho: **"Se merece el Fuego".**

Desde el comienzo de la batalla, junto con nuestro amado Maestro el Rasûlullah, todos los Compañeros se esforzaron al máximo. A base de ataques llenos de ímpetu hicieron retroceder al ejército politeísta. Ante estas acciones heroicas de los muŷâhids, los politeístas que

invocaban a sus ídolos hechos de piedra y madera y de nombres Lât, Uzzâ, Hubal, empezaron a huir. Las mujeres, que habían venido para incitarlos a luchar, intentaban detenerlos dando grandes gritos.

Cuando los politeístas empezar a huir hacia Mecca abandonando todos sus pertrechos, los soldados musulmanes se alegraron mucho y dieron gracias a Allahu ta'âlâ por darles la victoria que Él había prometido. A pesar de su supremacía en número y poder, los politeístas habían sido destrozados por los musulmanes. En su huída, los gloriosos Compañeros los perseguían y mataban cada vez que los alcanzaban. Entretanto, Hadrat Hanzala bin Abû Amîr alcanzó a Abû Sufyân, el jefe del ejército politeísta que intentaba huir con su caballo. Hadrat Hanzala hirió las patas del caballo que se desplomó en el suelo. Abû Sufyân, que también había caído, empezó a gritar: "¡Oh Qurayshîs! ¡Ayuda! ¡Soy Abû Sufyân! ¡Hanzala quiere cortarme con su espada!" A pesar de verlo los politeístas, huían para salvar la vida y no querían saber nada de sus jefes.

Justo en ese momento, el politeísta Shaddâd bin Aswad, que estaba detrás de Hadrat Hanzala, le clavó su lanza en la espalda. Aunque Hadrat Hanzala quiso atacarle diciendo "¡Allahu Akbar!", cayó y murió mártir. Su alma bendecida subió a los cielos. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo: **"He visto ángeles que, entre los cielos y la tierra, lavaban a Hanzala con un recipiente de plata lleno de agua de lluvia".** Abû Usaydî dijo: "Cuando oí decir esto al Rasûlullah, me acerqué al cadáver de Hanzala y vi que en su cabeza había gotas de lluvia. Regresé y se lo dije al Rasûl-i akram". A Hadrat Hanzala se le llamó *Gasîl-ul-malâika*.

Al ver que los politeístas huían, algunos arqueros que estaban en el pasadizo de Aynayn abandonaron sus puestos creyendo que la batalla había terminado. Su jefe, Abdullah bin Ŷubayr, y otros doce arqueros permanecieron en sus lugares.

El heroísmo de Hadrat Ali

Justo en ese momento, al ver que el número de arqueros muŷâhids en el pasaje había disminuido, el jefe de la caballería Quraysh, Jâlid bin Walîd, siempre alerta e intentando aprovechar cualquier oportunidad, hizo avanzar a los jinetes bajo sus órdenes. En pocos

minutos, acompañado entre otros de Ikrima bin Abî Ŷahl, llegaron al pasadizo de Aynayn. Hadrat Abdullah bin Ŷubayr y sus leales compañeros se pusieron en fila y dispararon sus flechas contra el enemigo hasta agotarlas. Gritando "¡Allahu akbar! Allahu akbar!" demostraron tener gran valentía, primero con las lanzas y luego con las espadas en la lucha cuerpo a cuerpo. Entre los dos bandos había una gran desigualdad. La proporción era de uno a veinticinco. Los gloriosos Ashâb-i kirâm lucharon para cumplir la orden de su Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Uno tras otro tuvieron el honor de morir como mártires; sus cuerpos bendecidos cayeron al suelo y sus almas volaron hacia el Paraíso, radiyallâhu anhum.

Los politeístas, impelidos por el resentimiento, desnudaron a Hadrat Abdullah y atravesaron con las lanzas su cuerpo bendecido. Luego, le abrieron el torso y sacaron los órganos internos.

Una vez que Jâlid bin Walîd e Ikrima martirizaron a los muŷâhids en el pasadizo, atacaron con rapidez la retaguardia del ejército islámico. Cuando los Ashâb-i kirâm vieron aparecer al enemigo no tuvieron la oportunidad de organizarse; muchos incluso habían dejado sus armas. Todo cambió de repente. Los politeístas Quraysh, que huían del frente, vieron que Jâlid bin Walîd estaba atacando la retaguardia de los musulmanes y regresaron a toda prisa. Ahora los muŷâhids estaban atrapados entre dos líneas. El enemigo atacaba por delante y por detrás. Los Compañeros perdieron contacto unos con otros y comenzaron a dispersarse.

Hadrat Ali lo narraba de la siguiente manera: "Ataqué el centro de las líneas politeístas donde también estaba Ikrima bin Abî Ŷahl. Me rodearon. Herí a la mayoría con los golpes de mi espada. Me lancé contra otro grupo y también eliminé a casi todos. Como no había llegado mi última hora, nada me ocurría. Durante un momento no pude ver al Rasûlullah. Pensé: "Juro que él no es de los que abandonarían el campo de batalla. ¡Es posible que Allahu ta'âlâ lo haya hecho ascender alejándolo de nosotros por lo incorrecto de nuestras acciones! A mí ya no me queda otro camino que morir luchando contra el enemigo". Rompí la vaina de mi espada y ataqué de nuevo a los incrédulos. Cuando los dispersé, vi que el Rasûlullah había estado atrapado en medio de ellos. Entonces comprendí que Allahu ta'âlâ estaba protegiendo a Su Mensajero con Sus ángeles.

Los soldados enemigos se habían acercado a nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam. La situación era muy peligrosa. Nuestro amado Profeta no abandonaba su puesto; seguía firme como si fuese un pelotón de soldados. Al tiempo que luchaba contra el enemigo, trataba de reagrupar a los Compañeros dispersos diciendo: **“¡Oh Fulano, ven hacia mí! ¡Oh Mengano, ven hacia mí! ¡Yo soy el Mensajero de Allah! ¡El Paraíso será para el que vuelva a mi lado!”** Hadrat Abû Bakr, Abdurrahman bin Awf, Talha bin Ubaydullah, Ali bin Abî Tâlib, Zubayr bin Awwâm, Abû Duŷâna, Abû Ubayda bin Ŷarrâh, Sa’d bin Mu’âz, Sa’d bin Abî Waqqâs, Habbâb bin Munzir, Usayd bin Hudayr, Sahl bin Hanîf, Asim bin Zâbit y Jâris bin Simma, aparecieron de repente, hicieron un círculo en torno a nuestro amado Profeta y establecieron una fortaleza para protegerlo.

Mientras tanto, Hadrat Abbâs bin Ubâda que intentaba reagrupar a los dispersos Ashâb-i kirâm, gritaba: “¡Oh hermanos míos! Esta catástrofe se debe a no haber obedecido las órdenes de nuestro Profeta. ¡No os disperséis! ¡Reuníos en torno a nuestro Profeta! Si no nos unimos a quienes le protegen y somos la causa de que el Rasûlullah sufra algún daño, no tendremos excusa ante nuestro Rabb (Allah)!” Hadrat Abbâs bin Ubâda, acompañado de Jâriŷa bin Zayd y Aws bin Arkam, se abalanzaron contra las filas enemigas gritando “¡Allahu Akbar!” Lucharon como héroes en nombre del Rasûlullah para protegerlo. Jâriŷa bin Zayd había recibido diecinueve heridas. Los demás no tenían menos que él. Así fue cómo los tres alcanzaron el martirio que tanto deseaban.

En ese momento tan peligroso, los Ashâb-i kirâm empezaron a reunirse, una tras otro, alrededor de nuestro Maestro, el Profeta. Los politeístas tenían rodeado a nuestro amado Profeta y sus gloriosos Compañeros ponían sus propios cuerpos como escudos. Uniéndose en pequeños grupos provenientes de todas direcciones iban cerrando el círculo. El Maestro de los mundos, viendo que un grupo de Qurayshîs se adelantaba, preguntó a los Compañeros que le rodeaban: **“¿Quién se va a enfrentar e ese grupo?”** Entonces se vio que Hadrat Wahb bin Kâbus dijo: “¡Que mi vida se sacrifique a cambio de la tuya, oh Rasûlullah! Yo lo haré” y salió hace delante. Con la espada desenvainada, este héroe que repetía el nombre sagrado de Allahu ta’âlâ sin cesar, se abalanzó sobre los politeístas. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Te**

doy las buenas noticias del Paraíso”. Cuando vio su tenacidad y firmeza ante el enemigo, dijo: **“¡Oh Allah! ¡Ten misericordia de él! ¡Apiádate de él!”**

Sa’d bin Abî Waqqâs, que vio cómo los politeístas rodeaban a Hadrat Wahb y lo convertían en mártir con sus lanzas, se adelantó para ayudarlo demostrando gran heroísmo al ser rodeado por el enemigo. Mató a muchos incrédulos e hizo retroceder a otros. Cuando regresó junto a su amado Profeta, éste dijo de Hadrat Wahb, **“Yo estoy complacido contigo. Pido a Allahu ta’âlâ que Él también esté complacido contigo”.**

Cuando nuestro Maestro, Habîb-i akram, vio que un pelotón enemigo había roto el círculo de muŷâhids y avanzaban hacia él, dijo a Hadrat Ali: **“¡Atácalos!”** Hadrat Ali atacó, mató a Amr bin Abdullah e hizo huir a los demás. Cuando se rompió su espada, nuestro Maestro, el Profeta, le dio la espada que se llamaba Zulfikâr. Cuando se vio que venía otro grupo enemigo, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Oh Ali! Aleja de mí la maldad de esa gente”.** El león de Allahu ta’âlâ, que estaba dispuesto a sacrificar su vida en nombre del Rasûlullah, atacó de inmediato. Mató a Shayba bin Mâlik y rechazó a los demás. En ese momento, Ŷabrâil, alaihis-salâm, vino y dijo a nuestro Maestro, el Profeta: **“¡Oh Rasûlullah! El heroísmo de Ali es extraordinario”.** Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“Él es de mí y yo soy de él”.** Ŷabrâil, alaihis-salâm, dijo: “Yo soy de vosotros dos”. En ese momento se oyó una voz que decía: **“No hay héroe como Ali y no hay espada como Zulfikâr”.**

Cuando los politeístas se dieron cuenta de que no podían acercarse a nuestro amado Profeta, empezaron a lanzar flechas. Sus flechas le pasaban por encima, caían delante, a su derecha o a su izquierda. Cuando los Ashâb-i kirâm, que luchaban hasta la extenuación para rechazar al enemigo, vieron la situación, se agruparon en torno al Maestro de los mundos y con sus propios cuerpos hicieron escudos contra las flechas que caían. Cuando nuestro Maestro, el Profeta, ordenó a sus Compañeros que respondieran también con flechas, los sahâbî empezaron a lanzarlas contra el enemigo. Nuestro amado Profeta ordenó a Hadrat Sa’d bin Abî Waqqâs que se sentara delante de él. Hadrat Sa’d, que tenía una puntería extraordinaria, empezó a disparar flecha tras flecha. Cada vez que sacaba una flecha de su aljaba, decía: “¡Oh mi Rabb! ¡Esta es tu flecha! ¡Mata a Tu enemigo con ella!” Nuestro amado Profeta decía: **“¡Oh**

Allah! ¡Acepta la súplica de Sa'd! ¡Oh Allah! ¡Haz que la flecha de Sa'd sea certera! ¡Sigue Sa'd! ¡Sigue! ¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre!" En cada nuevo disparo, nuestro Maestro, el Profeta, repetía estas mismas súplicas.

Cuando se terminaron las flechas de Hadrat Sa'd, nuestro amado Profeta le dio las suyas y le hizo dispararlas contra el enemigo. Cada flecha de Hadrat Sa'd bin Abî Waqqâs alcanzaba un enemigo o su montura.

Bajo la nube de flechas que disparaban los politeístas, Hadrat Abû Talha estaba de pie delante de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, protegiéndolo con su escudo y su cuerpo contra las flechas. De vez en cuando lanzaba unos gritos que asombraban al enemigo. Nuestro Maestro, el Profeta dijo: **"Entre los soldados, la voz de Abû Talha es mejor que cien hombres".** Cada vez que tenía la oportunidad, Abû Talha no cesaba de disparar flechas a los politeístas, algo que hacía con mucha fuerza y rapidez sin fallar el objetivo. Cada vez que nuestro Maestro, Rasûl-i akram, queriendo saber si había acertado con las fechas, levantaba la cabeza, Abû Talha, temiendo que le alcanzara una flecha, decía: "¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! ¡No levantes tu cabeza bendecida para que no te alcance y dañe una flecha del enemigo! ¡Mi cuerpo es un escudo que se sacrifica por tu existencia! ¡A no ser que me maten, jamás podrán alcanzarte! ¡Nada te ocurrirá a no ser que yo muera!" Abû Talha prefería a nuestro amado Profeta antes que su propia vida.

Por todo el campo de batalla de Uhud, se luchaba de forma encarnizada. Continuaba el combate entre la creencia y la incredulidad, algunos a caballo y otros a pie. Los Ashâb-i kirâm seguían sin poder rehacer sus líneas. Alrededor del nuestro Maestro, el Profeta, había una treintena de Compañeros que con sus cuerpos habían hecho un escudo contra las flechas, lanzas y espadas. Su único deseo era cumplir la orden de nuestro Maestro, el Profeta, y repeler cualquier peligro que pudiera hacerle daño. En ese caos, Hadrat Hamzâ, el más valiente de los valientes, se apartó del lado de nuestro Maestro, el Profeta. Luchaba con una espada en cada mano e infundía el miedo en los corazones de los enemigos con sus gritos "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!" Hasta ese momento ya había matado a más de treinta politeístas y cortado los brazos y piernas de muchos más. Cuando dispersaba a un grupo de

politeístas que le rodeaban, Sibâ bin Ummu Anmâr desafió a Hadrat Hamzâ diciendo: “¿Hay algún valiente que se atreva a enfrentarse a mí?” Hadrat Hamzâ dijo: “¡Ven aquí, oh hijo de una mujer circuncidora! ¿Te atreves a retar a Allahu ta’âlâ y a Su Mensajero?” En un instante, Hadrat Hamzâ le inmovilizaba las piernas y lo tiraba al suelo donde la cortó la cabeza. Luego vio que Wahshî, detrás de una roca, le apuntaba con una lanza que tenía en la mano. Sin pensarlo un instante avanzó hacia él. Pero cuando llegó a un agujero que había sido hecho por la lluvia, resbaló y cayó de espaldas. Con la caída, la armadura dejó al descubierto el tórax. ¡Wahshî aprovechó la oportunidad y lanzó la lanza que se clavó en el cuerpo bendecido de Hadrat Hamzâ! El más encumbrado de los héroes cayó allí diciendo: “¡Oh Allah!” He obtenido el martirio y alcanzado el grado que tanto deseaba”. Hadrat Hamzâ, radiyallâhu anh’, sacrificó su vida en el camino de Allahu ta’âlâ, al servicio de su amado Profeta.

Mientras tanto, un hombre en las filas del enemigo estaba incitando a los politeístas para que atacasen al Maestro del mundo, sallallâhu ’alaihi wa sallam, diciendo: “¡Oh comunidad Quraysh! No dejéis de combatir contra Muhammad que no respeta los derechos del parentesco y ha dividido a vuestra nación. Si Muhammad sobrevive, que no lo haga yo”. Esta voz pertenecía a Âsim bin Abî Awf. Hadrat Abû Duŷâna la había oído. Sin dejar de luchar, encontró a Âsim bin Abî Awf y lo mató de inmediato. No obstante, el politeísta Ma’bad, que estaba detrás de Âsim bin Abî Awf, blandió su espada con todas sus fuerzas. Como si fuese un favor de Allahu ta’âlâ, Abû Duŷâna se agachó con rapidez y eludió el golpe mortal. Se levantó de nuevo, golpeó con su espada y mató a Ma’bad.

El objetivo de los politeístas Quraysh era el Maestro de los mundos (Hadrat Muhammad). Hacían todo lo posible para acercarse a él. No obstante, eran incapaces de sobrepasar a los gloriosos Ashâb que no dudaban en sacrificar sus vidas para que él no sufriera daño alguno. Estos treinta héroes decían: “¡Oh Rasûlullah! Nuestra cara es un escudo que protege tu cara bendecida; nuestro cuerpo se sacrifica por tu cuerpo bendecido. Lo único que deseamos es que estés a salvo”. Los politeístas atacaban en grupos. Cuando nuestro Maestro, Fajr-i âlam, señaló a un grupo de enemigos y preguntó a sus heroicos Compañeros que lo rodeaban y hacía un escudo con sus cuerpos, **“¿quién está dispuesto a sacrificarse para protegernos en el camino de Allahu ta’âlâ?”**, cinco Compañeros de Medina se adelantaron inmediatamente.

Ante la mirada de nuestro Maestro, el Rasûlullah, lucharon con bravura repitiendo el takbîr. Al final, cuatro de ellos murieron mártires. Cuando el quinto, que había recibido catorce heridas, cayó al suelo, el Maestro de los mundos dijo: **"Traerlo a mi lado".** Todo su cuerpo estaba cubierto de sangre. Nuestro amado Profeta se sentó y estiró sus piernas bendecidas para que sirvieran de almohada para la cabeza de ese Compañero. El feliz sahâbî, que conseguía la felicidad del martirio de esa manera, era Hadrat Umâra bin Yazid.

El heroísmo de Talha bin Ubaydullah

En un nuevo ataque de los politeístas, nuestro Profeta preguntó: **"¿Quién se enfrentará a esos, quién los detendrá?"** Hadrat Talha bin Ubaydullah respondió: "¡Yo lo haré, oh Rasûlullah!", queriendo abalanzarse sobre ellos. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"¿Quién más, como él, está disponible?"** Un sahâbî de Medina pidió permiso diciendo: "¡Oh Rasûlullah! ¡Yo lo estoy!" Cuando nuestro amado Profeta le dijo **"de acuerdo, hazlo tú",** saltó hacia delante y atacó a los incrédulos demostrando un heroísmo sin precedentes. Tras haber matado a varios politeístas tuvo el honor de morir mártir.

De nuevo preguntó nuestro Maestro, Rasûl-i akram: **"¿Quién se enfrentará a esos?"** Antes que ningún otro, Hadrat Talha se volvió a presentar. Cuando nuestro Maestro, el Profeta, preguntó **"¿quién más, como él, está disponible?",** un hombre bendecido de los Ansâr dijo: "Yo lo haré, oh Rasûlullah". Nuestro Profeta dijo: **"Entonces, hazlo".** El hombre también murió mártir luchando contra los incrédulos. Todo los Compañeros que en esos momentos estaban presentes al lado de nuestro Maestro, el Profeta, murieron mártires luchando contra el enemigo. Al final ya no quedaba nadie con el Maestro del universo excepto Hadrat Talha bin Ubaydullah. Hadrat Talha estaba angustiado pensando que el Rasûlullah podía sufrir algún tipo de daño. Iba de un lado para otro combatiendo los incrédulos. Blandía la espada con gran rapidez; rechazaba los ataques de los enemigos en pocos minutos; su forma de proteger con su cuerpo al Rasûlullah contra flechas, lanzas y golpes de las espadas era algo nunca visto. Hadrat Talha iba de acá para allá sin que le preocuparan lo más mínimo las espadas que cortaban su cuerpo. Su única preocupación era proteger al Maestro del universo y alcanzar el martirio haciéndolo, lo mismo que sus hermanos anteriores. No había parte del cuerpo que no

estuviese herida. Tan ensangrentado estaba que no se veía la ropa que vestía. Y a pesar de esas circunstancias, cubría todos los flancos. En ese momento llegaron junto a nuestro Maestro, Rasûl-i akram, Hadrat Abû Bakr y Sa'd bin Abî Waqqâs.

El más encumbrado de los héroes, Hadrat Talha, se desmayó y cayó al suelo por toda la sangre que había perdido. Tenía heridas de espada, lanza y flechas, sesenta y seis considerables e innumerables más pequeñas. Nuestro amado Profeta ordenó a Hadrat Abû Bakr que ayudase a Hadrat Talha con rapidez. Abû Bakr-i Siddîq salpicó agua en su cara para despertarlo. Cuando Hadrat Talha bin Ubaydullah volvió en sí, preguntó: "¡Oh Abû Bakr! ¿Cómo está el Rasûlullah?" Así demostraba su amor y lealtad hacia él. Ese era el grado definitivo del amor al Rasûl-i akram, sacrificar la propia vida por su causa. Cuando Hadrat Abû Bakr respondió: "Está bien. Él es quien me ha enviado". Talha se sintió aliviado y dijo: "Gracias infinitas sean dadas a Allahu ta'âlâ. Mientras él esté vivo, las dificultades no son nada". Mientras esto ocurría, otros Compañeros habían llegado.

El Maestro de los mundos, Muhammad Mustafâ, sallallâhu 'alaihi wa sallam, honró con su presencia a Hadrat Talha. El malherido muŷâhid lloró de alegría cuando vio que el Rasûlullah estaba vivo. Nuestro Maestro, el Profeta, acarició su cuerpo y luego, alzando las manos al cielo, suplicó: **"¡Oh Allah! Cúralo y dale fuerzas".** Como si fuera un milagro de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, Hadrat Talha se levantó en perfecto estado y empezó a luchar contra el enemigo una vez más. Nuestro amado Profeta dijo de él: **"En el día de Uhud, en toda la tierra, no vi a nadie más cercano a mí que Ŷabrâil a mi derecha y Talha bin Ubaydullah a mi izquierda. El que quiera ver a un hombre del Paraíso caminando sobre la tierra, debe fijarse en Talha bin Ubaydullah".**

La batalla seguía con gran intensidad en todo el frente. Alrededor de nuestro Maestro, el Profeta, estaban Compañeros como Abû Duŷâna, el abanderado Mus'ab bin Umayr, Talha bin Ubaydullah, además de la Señora Nasîba y algunos más que habían venido desde la retaguardia para proteger al Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Reunidos en torno al Rasûlullah, estaban luchando contra los politeístas. Un incrédulo despiadado, Abdullah bin Hunayd, con armadura de cuerpo entero y totalmente armado, vio a nuestro amado Profeta.

Gritaba: “Yo soy el hijo de Zuhayr. Mostradme a Muhammad que lo mataré o moriré a su lado”. Montado a caballo, avanzaba hacia nuestro Maestro, el Profeta. Hadrat Abû Duŷâna se plantó ante él y dijo: “¡Vamos! Yo protejo la bendita existencia de Muhammad con mi propio cuerpo. ¡Para alcanzarlo tendrás que aplastarme!” Tras decir esto, golpeó con su espada las patas del caballo de Abdullah bin Hunayd y le hizo caer. Luego alzó la espada y le golpeó con ella al tiempo que decía: “¡Toma esto, de parte del hijo de Harasha!” Al ver lo sucedido, el Maestro de los mundos suplicó: **“¡O Allah! ¡Ojalá estés tan complacido con el hijo de Harasha** (Abû Duŷâna), **como yo lo estoy con él!”**

Mâlik bin Zuhayr, uno de los politeístas que era un arquero muy preciso que siempre alcanzaba el blanco son sus flechas, buscaba a nuestro Maestro, el Profeta, para matarlo con una flecha en cuanto fuera posible. Cuando llegó cerca de nuestro Maestro, el Rasûlullah, tensó el arco, apuntó a la cabeza bendecida de nuestro amado Profeta y disparó una flecha. No había tiempo ni de parpadear. Hadrat Talha se convirtió en objetivo abriendo su mano con rapidez. La flecha dio en la mano de Hadrat Talha y la destrozó en pedazos. Había cortado todos los nervios de los dedos y los huesos estaban rotos. Nuestro Maestro, Fajr-i âlam, sallallâhu alaihi wa sallam, vio lo ocurrido y dijo: **“Si hubieses dicho Bismillah** (cuando extendiste la mano abierta para desviar la flecha y protegerme)**, los ángeles te habrían elevado a los cielos con todo el mundo mirando”.**

Cuatro politeístas de Mecca, de nombres Abdullah bin Kamîa, Ubayy bin Halaf, Utba bin Abî Waqqâs y Abdullah bin Shihâb-i Zuhrî habían jurado matar a nuestro Maestro Rasûl-i akram. En esos momentos tan difíciles, nuestro Maestro, el Rasûlullah, protegido por algunos de sus Compañeros, luchaban con bravura contra el enemigo. Delante de nuestro Maestro, el Profeta, estaba el abanderado, Hadrat Mus’ab bin Umayr. La armadura que le recubría era similar a la de nuestro amado Profeta. Sosteniendo la bandera del ejército islámico en la mano derecha, había estado luchando contra los politeístas con gran intensidad. En ese momento Ibn-i Kamîa, con armadura y a caballo, se acercó y se puso a gritar: “¡Mostradme a Muhammad! ¡Que yo no me salve si él se salva!” Hizo avanzar su caballo hacia nuestro Maestro, el Profeta. Hadrat Mus’ab y la Señora Nasîba se pusieron delante y empezaron a luchar contra él utilizando sus cuerpos como escudos para proteger a nuestro Maestro, el

Profeta. Le dieron muchos golpes de espada que no le afectaban por llevar armadura. Ibn-i Kamîa golpeó a la Señora Nasîba con la espada y le desgarró el hombro. Luego cortó la mano derecha de Hadrat Mus'ab. Mus'ab bin Umayr, cuya mano derecha estaba cortada, sostuvo el estandarte bendecido del Islam con la izquierda sin dejarlo caer. En ese momento recitaban la âyat-i karîma que declara: **"Muhammad es un Mensajero. Antes de él también hubo otros Mensajeros".** (Sûra Âl-i Imrân: 144). Esta vez, Ibn-i Kamîa golpeó con su espada la mano izquierda de Hadrat Mus'ab. El glorioso abanderado, cuya mano izquierda ahora estaba también cortada, no permitió que cayera la bandera del Islam. El heroico sahâbî sostuvo el estandarte entre sus brazos y lo apretó contra el cuerpo para asegurarse de que ondeara. Ibn-i Kamîa clavó su lanza en el cuerpo de este glorioso sahâbî. Pasó a la Otra Vida siendo mártir, como otros de sus Compañeros.

Mientras Hadrat Mus'ab caía, el glorioso estandarte del Islam no cayó al suelo; un ángel, con la forma de Mus'ab, lo había cogido. Cuando nuestro amado Profeta ordenó: **"¡Adelante, oh Mus'ab! ¡Adelante!"** El ángel que sostenía la bandera dijo: "Yo no soy Mus'ab". Entonces, nuestro Maestro, el Sultán de los mundos, comprendió que era un ángel y dio el estandarte a Hadrat Ali.

Ibn-i Kamîa creyó que Hadrat Mus'ab era nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Se dirigió hacia los politeístas a toda velocidad y empezó a gritar: "¡He matado a Muhammad!" Al oírlo, y encantados por haber logrado su objetivo, los politeístas aumentaron la presión. Los Ashâb-i kirâm, que no sabían la verdad de lo ocurrido, fueron presa de la desmoralización. La pena era enorme. Incluso Hadrat 'Umar estaba desesperado sin poder moverse de donde estaba sentado con algunos Compañeros. Cuando Anas bin Nadr los vio en ese estado, preguntó: "¿Por qué estáis sentados?"

Contestaron: "¡El Rasûlullah ha sido martirizado!" Hadrat Anas dijo: "Aunque el Rasûlullah haya muerto, su Rabb (Allahu ta'âlâ) es eterno. ¿Qué va a ser de nosotros si sobrevivimos al Rasûlullah? ¡Venga, levantaros! Sacrifiquemos nuestras vidas por lo mismo que nuestro Maestro, el Profeta, ha sacrificado su vida bendecida". Rompió la vaina de su espada (un gesto que se hacía en las batallas para demostrar que no dejaría de luchar, que no retrocedería

hasta haber conseguido su objetivo) y atacó al enemigo con la espada desenvainada gritando "¡Allahu Akbar!" Mató a muchos incrédulos y murió mártir. Solo en su cara tenía más de setenta heridas. Al tener una cantidad tan enorme de heridas en el cuerpo, solo lo pudo reconocer su hermana.

Muchos de los Ashâb-i kirâm se habían dispersado y algunos había muerto mártires. Los politeístas se aprovecharon de la situación y se agolparon en torno a nuestro Maestro, Rasûl-i akram. Con piedras y espadas intentaban matarlo. Al tener una doble armadura, los golpes no le afectaban. Las piedras, arrojadas por Utba bin Abî Waqqâs, dieron en la cara de nuestro amado Profeta e hirieron su labio inferior. En ese momento llegó el politeísta Ibn-i Kamîa que golpeó con su espada la cabeza del Maestro del mundo. El yelmo de nuestro amado Profeta estaba aplastado y los lados se incrustaron en sus sienes bendecidas. Otro golpe de la espada de Ibn-i Kamîa lo hirió en el hombro y lo hizo caer en un agujero profundo excavado por Abû Âmir. Nuestro amado Profeta suplicó con respecto a Ibn- i Kamîa: **"¡Pido a Allahu ta'âlâ que te haga ser servil y desconsolado!"** Ibn-i Kamîa se alegró sobremanera. Gritando "¡He matado a Muhammad! ¡He matado a Muhammad! fue hacia Abû Sufyân. ¡Los politeístas habían conseguido su objetivo! Ya no estaban interesados en nuestro Profeta. Se habían retirado del agujero donde había caído nuestro Maestro, el Profeta y luchaban contra los Compañeros.

Cuando nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, cayó en el pozo, sus mejillas bendecidas estaban sangrando. Cuando se tocó la cara con las manos, vio que la cara y la barba estaban cubiertas de sangre. Pero antes de que una sola gota de sangre pudiese caer al suelo, Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, vino y recogió esa gota bendecida diciendo: "¡Oh el Amado de Allah! En el nombre de Allahu ta'âlâ que, si su sangre cayera, no volvería a haber una planta verde en la tierra hasta el Último Día". Nuestro Maestro suplicaba que se diera la guía a la gente que trataba de matarlo, que lo golpeaban con espadas, le rompían los dientes y ensangrentaban la cara diciendo: **"Si una sola gota de mi sangre cayese en la tierra, la calamidad vendría desde los cielos. ¡Oh mi Rabb! ¡Perdona a mi gente porque no sabe".**

En ese momento, Hadrat Ka'b bin Mâlik gritó: "¡Oh Musulmanes! ¡Buenas noticias! ¡El Rasûlullah está aquí!" Los gloriosos Ashâb que oyeron esa voz, corrieron como si les hubiesen

dado una nueva vida. Hadrat Ali y Talha bin Ubaydullah llegaron de inmediato y lo sacaron del agujero. Hadrat Abû Ubayd bin Ŷarrâh, con sus propios dientes, sacó los anillos del yelmo que se habían incrustado en las sienes de nuestro amado Profeta. Al sacar estas piezas de hierro perdió sus dos dientes frontales. Hadrat Mâlik bin Sinân, uno de los Ashâb-i kirâm, lamió la sangre del rostro bendecido de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Al verlo, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"El fuego del infierno no tocará a aquel cuya sangre se ha mezclado con la mía".**

Los politeístas lanzaron una nueva ofensiva. Los Ashâb-i kirâm, con la alegría de haberse reunido de nuevo con nuestro Maestro, el Profeta, formaron un anillo a su alrededor en un instante y no permitieron que politeísta alguno rompiera ese círculo. Los politeístas, comprendiendo que no podían hacer nada a nuestro Maestro, el Profeta, comenzaron a ir colina arriba. El Sultán de los mundos dijo a Hadrat Sa'd bin Abî Waqqâs: **"Hazlos volver".** Hadrat Sa'd dijo: "¡Oh Rasûlullah! Solo me quedan dos flechas. ¿Cómo puedo hacer que regresen solo con eso?" Nuestro Maestro, el Rasûlullah, repitió la misma orden. Entonces, Hadrat Sa'd bin Abî Waqqâs, el jefe de los arqueros, sacó una flecha de su aljaba y la disparó. La flecha dio en el objetivo e hizo caer a un politeísta. Cuando metió la mano en la aljaba otra vez, vio que había otra flecha. La miró con atención y vio que era la misma de antes. Otro politeísta cayó alcanzado. Repitió la misma acción varias veces. Como milagro de nuestro amado Profeta, Hadrat Sa'd volvía a encontrar la misma flecha en su aljaba una y otra vez. Cuando los Quraysh vieron que sus hombres eran matados uno tras otro, dejaron de subir por la colina y se retiraron.

Uno de ellos, Ubayy bin Halaf, avanzó con su caballo hacia nuestro Maestro, el Profeta, y empezó a gritar: "¿Dónde está ese hombre que declara ser profeta? ¡Que se enfrente a mí si se atreve!" A pesar de que los Ashâb-i kirâm querían enfrentarse a él, nuestro amado Profeta no lo permitió. Tomó la lanza de Hadrat Haris bin Simma y avanzó. El despreciable Ubayy espoleó su caballo y avanzó diciendo: "¡Oh Muhammad! ¡Que yo no sobreviva si tú vives!" Llevaba una armadura de la cabeza a los pies. El Maestro de los mundos lanzó la lanza a la garganta de Ubayy. La lanza voló por los aires y se clavó en su garganta, ente el yelmo y el cuello de la armadura. Ubayy cayó gritando como un animal herido. Tenía las costillas rotas.

Los politeístas lo levantaron y se lo llevaron. Muriendo en el camino gritando: “¡Muhammad me ha matado!”

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, acompañado muy de cerca por sus Compañeros, comenzó a subir hacia las rocas de Uhud. Cuando llegó, quería subir más. Al estar tan cansado, llevar una doble armadura y haber recibido más de setenta golpes de espada, no pudo hacerlo. Al verlo, Hadrat Talha puso a nuestro Maestro, el Profeta, en su espalda y empezó a subir. Nuestro amado Profeta dijo: **“Cuando Talha ayudó al Rasûlullah, el Paraíso se le hizo necesario”.** Al no tener casi fuerzas, tuvo que hacer sentado la oración del mediodía.

En las faldas de la colina los Compañeros, como si fueran leones, atacaban a los politeístas. Estaban haciendo la vida insufrible a los que habían atacado a nuestro Profeta. Mientras tanto, Hâtib bin Baltaa se presentó ante nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y le dijo: “¡Que mi vida se sacrifique en tu nombre, oh Rasûlullah! ¿Quién te ha hecho esto?” Nuestro Maestro respondió: **“Utba bin Abî Waqqâs me tiró una piedra, me dio en la cara y me ha roto el cuarto diente”.** Al oírlo, Hadrat Hâtib preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Hacia dónde ha ido?” Nuestro Maestro, el Profeta, le indicó hacia donde se había ido. Hadrat Hâtib corrió en esa dirección. Lo buscó y encontró a Utba. Le derribó del caballo y le cortó la cabeza con un solo golpe. Luego llevó la cabeza al Rasûlullah y le dio las buenas noticias. Nuestro Maestro, el Profeta, pidió bendiciones por él: **“Pido a Allahu ta’âlâ que esté complacido contigo. Pido a Allahu ta’âlâ que esté complacido contigo”.**

Los politeístas ya no podía hacer nada contra los Ashâb-i kirâm que se resistían y atacaban de nuevo. Sufriendo las bajas de otros setenta muertos, abandonaron el campo de batalla y salieron para Mecca. Las falsas noticias de la muerte de nuestro Maestro, el Profeta, habían llegado a Medina. Mujeres como Hadrat Fâtima, Hadrat Âisha, Ummu Sulaym, Ummu Ayman, Hamna binti Ŷahsh y Quayba corrieron hacia Uhud. Cuando Hadrat Fâtima vio que su padre, nuestro amado Profeta, había sido herido, se puso a llorar. Nuestro Maestro, el Rasûlullah la consoló. Hadrat Ali trajo agua en su escudo. Con esa agua nuestra madre Fâtima limpió la cara bendecida de nuestro Maestro, el Profeta, y trató de detener la sangre que aún manaba. No

obstante, la herida de su cara siguió sangrando. Cuando Hadrat Fâtima quemó un poco de paja y apretó sus cenizas contra la herida, la sangre se detuvo.

Luego, nuestro Maestro, el Profeta, fue al campo de batalla. En primer lugar, se identificó a los que estaban lastimados y se atendió a sus heridas. Los politeístas habían desfigurado por completo algunos de los mártires. Les habían cortado las orejas, narices y otros miembros y les habían sacado las entrañas. Hadrat Abdullah bin Ŷahsh era uno de ellos. Nuestro amado Profeta y sus Compañeros quedaron muy apenados al verlo. Sus Compañeros más distinguidos habían muerto mártires regando con su sangre la tierra de Uhud para luego ascender al Paraíso. No obstante, el salvaje trato que les habían dado era insoportable. Nuestro Maestro, el Profeta, y todos los Compañeros estaban llenos de tristeza. Derramando lágrimas, el Maestro de los mundos dijo: **"En el Día del Juicio yo daré testimonio de que estos mártires sacrificaron sus vidas en el nombre de Allahu ta'âlâ. Enterradlos ensangrentados. Juro por Allah que irán al Mahshar** (la Rendición de Cuentas) **del Día del Juicio con sus heridas todavía sangrando. El color de su sangre será tan rojo como ahora y el olor será como el del almizcle".**

Entonces nuestro amado Profeta dijo: **"No veo a Hamzâ. ¿Qué le ha pasado?"** Hadrat Ali lo buscó y lo encontró. Cuando el Profeta se acercó y vio lo terrible de la escena, no pudo soportarlo. Las orejas de Hadrat Hamzâ, la nariz y otros miembros habían sido cortados; la cara era irreconocible; le habían sacado las entrañas y los pulmones. Mientras nuestro Maestro, el Profeta, tenía llenos de lágrimas sus ojos bendecidos, se dirigió a Hadrat Hamzâ y dijo: **"¡Oh Hamzâ! No ha habido ni habrá nadie que sufra tanto como tú has sufrido. ¡Oh tío paterno del Rasûlullah! ¡Oh Hamzâ, el león de Allahu ta'âlâ y Su Mensajero! ¡Oh Hamzâ, el que hacía las buenas acciones! ¡Oh Hamzâ, el protector del Rasûlullah! ¡Pido a Allahu ta'âlâ que dé descanso a tu alma!..."**

Mientras tanto se vio a una mujer que venía a toda prisa. Era la tía paterna de nuestro amado Profeta, nuestra madre Hadrat Safiyya. Como otras mujeres, había corrido hacia Uhud cuando oyó las noticias falsas de la muerte de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Cuando nuestro Maestro, Rasûl-i akram, vio a su tía paterna, y tuvo en cuenta que no podría soportar la

condición en que estaban los mártires, dijo a su hijo Zubayr bin Awwâm: **“Haz que regrese tu madre y no permitas que vea el cadáver de su hermano”.** Hadrat Zubayr corrió y alcanzó a su madre. La bendita mujer preguntó a su hijo presa de la excitación: “¡Oh hijo mío! ¡Dame noticias sobre el Rasûlullah!” Hadrat Ali se les había acercado. Cuando Hadrat Ali dijo, “el Rasûlullah está bien y a salvo” no pudo impedir que ella dijera: “Dejadme verlo”. Hadrat Ali señaló hacia donde estaba el Maestro de los mundos. Cuando nuestra madre, Hadrat Safiyya, vio que nuestro Maestro, el Profeta, estaba bien y a salvo, se alegró mucho y alabó a Allahu ta’âlâ. Entonces quiso saber cómo se encontraba su hermano, Hadrat Hamzâ. Cuando su hijo Zubayr dijo: “¡Oh madre mía! El Rasûlullah te ordena que regreses” dijo ella: “Si debo regresar para no ver lo que le ha sucedido, ya me he enterado que el cuerpo de mi hermano ha sido cortado y desmembrado. Ha sufrido esa situación en el camino de Allahu ta’âlâ. Estamos preparados para situaciones peor que ésta. La única recompensa que esperamos es la de Allahu ta’âlâ. Insha’llah, seré paciente y podré soportarlo. Cuando Hadrat Zubayr bin Awwâm fue y se lo contó, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Está bien, déjale que lo vea”.**

Hadrat Safiyya se sentó junto al cuerpo de Hadrat Hamzâ y lloró en silencio.

Hadrat Safiyya había traído con ella dos piezas de lana. Las dio y dijo: “Las traje para mi hermano Hamzâ, por favor, envolvedlo con ellas”. La mortaja de Sayyid-ush-Shuhadâ, esto es, el maestro de los mártires, Hadrat Hamzâ, fue una de esas piezas de lana.

Nuestro Maestro, el Habîbullah, llegó a donde estaba el abanderado Mus’ab bin Umayr. Las manos de Hadrat Mus’ab habían sido cortadas y tenía muchas heridas en varias partes del cuerpo. En la zona que rodeaba al cuerpo había un charco de sangre. Nuestro Maestro, el Profeta, volvió a apenarse mucho y, dirigiéndose a esos mártires gloriosos, recitó el âyat-i karîma 23 de la Sûra Ahzâb. Dice: **“Entre los creyentes musulmanes los hay muy valientes que mostraron lealtad a las promesas que habían hecho a Allahu ta’âlâ. Algunos mantuvieron su palabra de luchar hasta morir como mártires. Y algunos están esperando alcanzar el martirio. Jamás cambiaron su promesa”.** Tras esto, nuestro Maestro, el Profeta, añadió: **“Y el Mensajero de Allahu ta’âlâ da testimonio de que, en el Día del juicio, seréis resucitados como mártires en presencia de Allahu ta’âlâ”.**

Luego, se volvió a la gente que estaba a su alrededor y dijo: **“Visitad a estos hombres. Saludadlos. Juro por Allahu ta’âlâ que quien los salude en este mundo, serán estos mártires bendecidos los que, en el Día del Juicio, les devuelvan el saludo”.**

No podían encontrar algo con lo que amortajar a Hadrat Mus’ab bin Umayr. Su camisa no cubría todo el cuerpo. Si tapaban la cabeza los pies quedaban al aire. Si cubrían los pies no llegaba a tapar la cabeza. Nuestro Maestro, Habîb-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Cubrid la cabeza con su camisa y los pies con la planta izhir”.** Este Compañero feliz que dedicó su vida al servicio del Islam y había muerto como mártir, dejó este mundo con media mortaja.

Una vez hecha la oración ŷanâza por los demás mártires, fueron enterrados con sus ropas ensangrentadas y puestos en las tumbas en grupos de dos o tres. En la Batalla Sagrada de Uhud, setenta personas murieron mártires. Sesenta y cuatro eran de los Ansâr, y seis de los Muhâŷirs.

En muchas familias hubo Ashâb-i kirâm que habían muerto mártires. Por esta razón, la pena era muy grande. Para consolar a los parientes que habían sobrevivido, nuestro Maestro, Habîb-i akram dijo: **“Juro por Allah que hubiese deseado alcanzar el martirio con mis Compañeros y pasar la noche en el centro mismo de Uhud. Cuando vuestros hermanos cayeron mártires, Allahu ta’âlâ puso sus almas en los estómagos de pájaros verdes. Van a los ríos del Paraíso y beben su agua. Comen las frutas que allí hay. Pueden contemplar todo el Paraíso. Vuelan por sus rosaledas. Entran bajo las velas doradas que cuelgan del ’Arsh-i âlâ** (el fin de la materia que rodea los siete cielos y el Kursî, está en el exterior del séptimo cielos y en el interior del ’Arsh) **y pasan allí la tarde. Cuando ven la belleza y deleite de esos alimentos y bebidas dicen:** “Si nuestro hermanos supieran lo que Allahu ta’âlâ nos ha concedido, no dejarían de hacer el ŷihad, no tendrían miedo a combatir y no huirían ante el enemigo”. **Allahu ta’âlâ ha dicho: “Yo les informaré de vuestra situación”.** (Y lo ha decretado haciendo descender un âyat-i karîma que declara:) **“¡No supongáis que están muertos lo que obtuvieron el martirio en el camino de Allahu ta’âlâ! Lo cierto es que están vivos en la presencia de su Rabb. Se regocijan con el rango del martirio que Allahu ta’âlâ les ha**

otorgado y reciben las bendiciones del Paraíso. Y les gustaría dar buenas noticias a los que los siguen sin todavía haber obtenido el martirio: no tendrán nada que temer ni se entristecerán. Se regocijan por una bendición, o quizás incluso más, que procede de Allahu ta'âlâ y por las buenas noticias que dicen que Allahu ta'âlâ no deja que se pierda la recompensa de los creyentes". (Sûra Âl-i Imrân: 169-171) **Allahu ta'âlâ, decreta para ellos: "¡Oh Mis esclavos! Quedaos tanto tiempo como queráis que Yo os daré con abundancia". Y entonces ellos dicen:** "¡Oh nuestro Rabb! No deseamos bendiciones mayores que las que Tú nos has dado. Estamos comiendo en el Paraíso todo lo que queremos. No obstante, lo que sí deseamos es que nuestras almas vuelvan a los cuerpos para poder regresar al mundo y volver morir en Tu nombre".

Ya no había otra cosa que hacer en ese lugar. Empezaron a recoger sus pertenencias. En Uhud se había combatido una guerra santa única en la historia para propagar la religión de Allahu ta'âlâ. Se habían visto actos de heroísmo inimaginables por parte de los Ashâb-i kirâm y se había dado otra lección a los incrédulos.

El Maestro de los mundos, sallallâhu alaihi wa sallam, partió hacia la radiante Medina acompañado de sus Compañeros bendecidos. Cuando llegaron a un lugar llamado Harra, hizo que sus Compañeros se pusieran en filas y alzando sus manos bendecidas suplicó a Allahu ta'âlâ de la siguiente manera: **"¡Oh Allah! La alabanza y la gloria son todas para Tí. ¡Oh Allah! Nadie podrá mostrar el camino verdadero a quien Tú has extraviado, ni nadie podrá desviar a quien Tú has guiado al camino verdadero... ¡Oh Allah! Haz que amemos la creencia. Embellece nuestros corazones con la creencia. Haz que odiemos la incredulidad, lo desmedido y los excesos. Haz que sepamos lo que es perjudicial para nuestra religión y para los asuntos de este mundo. Haz que seamos de aquellos que han encontrado el camino verdadero. ¡Oh Allah! Haz que vivamos y muramos como musulmanes y que seamos buenos y piadosos, de los que nunca pierden el honor, ni la dignidad, ni son apóstatas. ¡Oh Allah! ¡Castiga a los incrédulos que han refutado a Tu Mensajero, que se han apartado de Tu camino y que han luchado contra Tu Mensajero! Haz que descienda sobre ellos Tu tormento que es real y verdadero. ¡Âmîn!"** Los Ashâb-i kirâm también participaron en esa súplica diciendo: "¡Âmîn! ¡Âmîn!"

Nuestro amado Profeta había llegado cerca de Medina acompañado de sus Ashâb. Las mujeres y los niños que se habían quedado en Medina salieron a los caminos con curiosidad y tristeza; querían ver al Maestro de los mundos en el ejército que venía. Cuando vieron su rostro resplandeciente, que iluminaba al mundo entero, dieron gracias a Allahu ta'âlâ. Luego, buscaban en el grupo a sus padres, maridos, hijos y tíos. Si no podían verlos, no podían contener las lágrimas. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, que veía el estado de sus Compañeros, estaba muy apenado y sus ojos bendecidos derramaron lágrimas.

En un momento dado se vio que la Señora Kabsha, madre de Sa'd bin Mu'âz, se acercaba a nuestro Maestro, el Profeta. Su hijo Amr había muerto mártir en Uhud. Cuando estuvo más cerca del Profeta dijo: "¡Oh Rasûlullah, que mis padres sean sacrificados en tu nombre! Alhamdulillah que veo que estás bien y a salvo. ¡Si tú estás bien, nada puede afectarme!" Ni siquiera había preguntado por su querido hijo. Cuando nuestro amado Profeta le hubo consolado por la pérdida de su hijo Amr, le dijo: **"¡Oh madre de Sa'd! Buenas noticias para ti y para los tuyos porque todos los que han muerto mártires se han reunido en el Paraíso y allí se han hecho amigos. Y también van a interceder por sus familias".** Entonces, la Señora Kabsha dijo: "¡Oh Rasûlullah, acatamos todo lo que viene de Allahu ta'âlâ! ¿Quién lloraría por ellos tras estas buenas noticias? Por favor, pide bendiciones para los que han sobrevivido". Al oírlo, el Maestro de los mundos hizo la siguiente súplica: **"¡Oh Allah! ¡Aparta la tristeza de sus corazones! ¡Y haz que los que han sobrevivido, sean los supervivientes más benevolentes!"**

Hablando de la lucha contra los deseos del cuerpo, nuestro Maestro, el Profeta, dijo a sus Ashâb: **"**(¡Oh mis Ashâb!) **Ahora que hemos vuelto del pequeño ŷihad, empezamos el gran ŷihad".** Luego aconsejó a todos que descansaran en sus casas y que los heridos fueran curados. Él también estaba herido y fue directamente a su casa bienaventurada.

La expedición a Hamrâ-ul Asad

Cuando el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, regresó a Medina, tomó una serie de medidas para impedir la posibilidad de un ataque politeísta repentino. Al día siguiente, a pesar de estar herido, para dar a conocer que los musulmanes no habían sido debilitados y para

irritar al enemigo, para que así no atacase Medina, dijo a Bilâl-i Habashî, **“¡Diles que el Rasûlullah** (sallallâhu alaihi wa sallam) **os está ordenando perseguir y dar caza al enemigo! Los que no han luchado ayer con nosotros no deben venir. ¡Solo vendrán los que han participado en la batalla!”** Cuando se informó de esta orden a los Ashâb, y a pesar de que muchos estaban heridos, hicieron los preparativos de inmediato. Cuando dos hermanos gravemente heridos, de nombre Abdullah y Râfi, se enteraron de este mandato de nuestro amado Profeta, y a pesar de los dolores que tenían, corrieron hacia las filas de los muŷâhids diciendo: “¿Acaso vamos a dejar pasar la oportunidad de ir a la Guerra Santa con el Rasûlullah?”

Nuestro amado Profeta, junto con sus gloriosos Compañeros, empezaron a perseguir a los politeístas. Se habían enterado de que los incrédulos estaban congregados en un lugar llamado Rawha y habían decidido atacar Medina y matar a los musulmanes. Se había comprendido que esta medida tomada por nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu alaihi wa sallam, era uno de sus milagros.

Cuando los politeístas se enteraron de que nuestro Maestro, el Profeta, iba tras ellos, tuvieron miedo y abandonaron sus posiciones regresando de nuevo a Mecca.

Nuestro Maestro, el Profeta, los persiguió hasta un lugar llamado Hamrâ-ul Asad. Dos incrédulos fueron hechos prisioneros. Los musulmanes permanecieron en ese lugar tres días y luego regresaron a Medina.

Allahu ta’âlâ ensalzó a los gloriosos Ashâb que fueron a Hamrâ-ul Asad en una de Sus âyat-i karîma, que declara: **“Habrá una gran recompensa para los que, a pesar de estar heridos, respondieron con premura a la invitación de Allahu ta’âlâ y Su Mensajero; y en especial para los que hacen las buenas obras y evitan el mal”.** (Sûra Âl-i Imrân: 172).

Ibn-i Kamîa, uno de los que en Uhud había jurado matar a nuestro amado Profeta, sallallâhu alaihi wa sallam, había regresado a Mecca. Un día fue a la montaña para cuidar a su rebaño. Los encontró en la cima de la misma. De repente, un carnero le embistió e Ibn-i Kamîa murió aplastado.

Cuando iba hacia Mecca, una serpiente con manchas blancas mordió a Abdullah Shihâb-i Zuhrî. Todos los hombres que habían intentado matar a nuestro Maestro, el Profeta, fueron castigados y murieron en el plazo de un año.

El suceso de Raŷi’

Hadrat Âsim bin Zâbit, uno de los arqueros más destacados en la Batalla Sagrada de Uhud, había matado en esa batalla al politeísta Musâfi bin Talha y su hermano Hâris. Su madre, Sulâfa binti Sa’d, muy conocida por la vehemencia de su rencor, había prometido cien camellos a quien le trajese la cabeza de Hadrat Âsim bin Zâbit que había matado a sus dos hijos. Había jurado beber vino en el cráneo de Hadrat Âsim. Además de esto, los Banî Lihyân habían hecho un pacto con las tribus de los Adal y los Kara, porque Abdullah bin Unays había matado a Jâlid bin Sufyân, uno de los Banî Lihyân.

Estas dos tribus, que estaban establecidas en las cercanías de Medina, hicieron un plan y prepararon emisarios. Les dijeron: “Decir que os habéis hecho musulmanes y que pagaréis el zakât; y pedir gente que recoja el zakât y os enseñe el Islam. Si lo hacéis, mataremos a algunos de los que envíen y podremos vengarnos. Los demás los llevaremos a Mecca y los venderemos a los Quraysh”.

En el mes de Safar del año cuarto de la Hégira, un grupo de seis o siete personas de estas tribus se presentaron ante nuestro Maestro, el Profeta, y dijeron: “Nos hemos hecho musulmanes. Envíanos a gente que nos enseñe el Islam y el Qur’ân al-karîm”. En ese tiempo, nuestro amado Profeta había preparado una expedición militar de diez hombres para comprobar si los politeístas de Mecca estaban preparándose para la guerra. Cuando vino la delegación de las tribus Aday y Kara, envió a su patrulla con este grupo para inspeccionar la situación. En lo que respecta a los Ashâb-i kirâm, esta expedición militar llevaba a Marsad bin Abî Marsad, Jâlid bin Abî Bukayr, Âsim bin Zâbit, Hubayb bin Adiy, Zayd bin Dasinna, Abdullah bin Târik, Mu’attib (Mugir) bin Ubayd y otros tres sahâbî cuyos nombres se desconocen.

Este pelotón de reconocimiento se escondió durante el día y avanzó por la noche hasta llegar a las aguas de Raŷî’ poco antes de despuntar el alba. Descansaron un rato y comieron un tipo

de dátiles deliciosos de Medina que se llaman Aŷwa. Luego partieron, subieron a una montaña cercana y se escondieron. Una mujer de la tribu Huzayl, había ido a las aguas del Raŷî' con su rebaño de ovejas. Al ver los huesos de los dátiles comprendió que eran de Medina. Para informar a su tribu, gritó: "¡Una gente de Medina ha estado aquí! Mientras tanto, uno de los enviados por las tribus Adal y Kara fingió un pretexto y abandonó el grupo. Fue de inmediato a los Banî Lihyân y les informó sobre lo que ocurría.

Estas noticias excitaron mucho a los Banî Lihyân. Enviaron una fuerza de doscientos hombres para atacar a ese pequeño grupo. Cien de ellos eran arqueros. El grupo politeísta descubrió a Hadrat Âsim bin Zâbit y sus amigos en la montaña y los rodearon. Mientras tanto, el hombre que había informado del pequeño grupo a los politeístas se había unido a ellos. Los Compañeros comprendieron que habían sido traicionados. Se prepararon para la lucha y desenvainaron las espadas. Al ver la situación, los politeístas intentaron engañarlos diciendo: "Si bajáis, no mataremos a ninguno. Os lo prometemos. Juramos por Allahu ta'âlâ que no queremos mataros sino pedir una recompensa a los de Mecca".

Âsim bin Zâbit, Marsad bin Abî Marsad y Jâlid bin Abî Bukayr rechazaron la oferta diciendo: "Jamás aceptaremos las promesas ni los pactos de los politeístas". Hadrat Âsim bin Zâbit dijo: "He jurado no aceptar la protección de los politeístas. Juro por Allah que no me rendiré creyendo sus promesas y palabras de protección". Luego, alzando las manos al cielo suplicó: "¡Oh Allah! Informa al Profeta sobre nuestra situación". Allahu ta'âlâ aceptó la súplica de Hadrat Âsim e informó a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sobre el suceso.

Hadrat Âsim dijo a los politeístas: "No tememos la muerte porque somos de los que perseveramos en nuestra religión. (Si morimos, lo haremos como mártires e iremos al Paraíso)". El jefe de los politeístas dijo entonces: "¡Oh Âsim! No os pongáis en peligro tú ni tus amigos. ¡Rendíos!" Âsim bin Zâbit le respondió disparando flechas. Mientras lo hacía, recitaba estos versos:

"Soy fuerte, no tengo defecto alguno.
La gruesa cuerda de mi arco está tensa.
La muerte es cierta, la vida es falsa y efímera.

Todas las cosas del destino habrán de ocurrir.
Al final, la gente volverá a Allahu ta'âlâ.
Si no lucho contra vosotros, mi madre
(Desesperada) perderá la cordura".

En la aljaba de Âsim quedaban siete flechas. Con cada flecha que disparaba mataba a un politeísta. Cuando se quedó sin ellas, mató a muchos con su lanza. Pero por desgracia, la lanza se rompió. Desenvainó la espada de inmediato y rompió la vaina. (En esos tiempos significaba: "Lucharé hasta morir; jamás me rendiré".) Luego hizo la siguiente súplica: "¡Oh Allah! Hasta este momento he protegido Tu religión. Te suplico protejas mi cuerpo hasta que termine el día". Los gritos de "¡Allahu akbar!" de Âsim bin Zâbit y los demás Compañeros resonaban por las montañas. Diez muŷâhids luchaban a muerte contra doscientos incrédulos; todo el que se les acercaba pagaba por las obras que había hecho. Al final, Hadrat Âsim, herido en ambas piernas, cayó al suelo. Como los incrédulos le tenían un miedo terrible, y a pesar de que había caído, no se atrevían a acercarse. Hadrat Âsim murió mártir acribillado por las flechas que le dispararon desde lejos. Ese día, siete de los diez Compañeros lograron el martirio y los tres restantes fueron hechos prisioneros.

Los Banî Lihyân querían cortar la cabeza bendecida de Âsim bin Zâbit para vendérsela a Sulâfa bint Sa'd. No obstante, Allahu ta'âlâ, que había aceptado la súplica de Hadra Âsim bin Zâbit, envió un enjambre de abejas que, como una nube, rodearon a Âsim bin Zâbit impidiendo que se acercaran los politeístas. Al final dijeron: "Dejémoslo en paz; cuando llegue la tarde, las abejas se irán, le cortaremos la cabeza y nos la llevaremos".

Esa tarde Allahu ta'âlâ hizo que lloviera de forma incesante. Las cañadas se inundaron y arrastraron el cuerpo bendecido de Âsim bin Zâbit a un lugar desconocido. A pesar de buscarlo por todas partes no pudieron encontrarlo. Los politeístas no pudieron cortarle la cabeza a Hadrat Âsim bin Zâbit. Cuando se mencionó este suceso, Hadrat 'Umar dijo: "Ciertamente, Allahu ta'âlâ protege a Su esclavo creyente. Del mismo modo que Âsim bin Zâbit fue protegido en su vida, Allahu ta'âlâ protegió su cuerpo tras su muerte y no permitió

que los politeístas lo dañaran”. Esta es la razón de que, cada vez que se recuerda a Âsim bin Zâbit, se diga que fue **“el hombre al que protegieron las abejas”.**

Los Banî Lihyân mataron a siete sahâbî, el primero Âsim bin Zâbit, e hicieron prisioneros a tres. Estos tres sahâbî cautivos eran Hubayb bin Adiy, Zayd bin Dasinna y Abdullah bin Târik. Los Banî Lihyân los ataron con cuerdas de arco. Abdullah bin Târik se negó a ser llevado a los politeístas de Mecca. Se resistía y gritaba: “Mis compañeros mártires han sido honrados con el Paraíso”. Llegó incluso a romper sus ataduras. Al final, los Banî Lihyân lo hicieron mártir matándolo con piedras. Hadrat Hubayb bin Adiy y Hadrat Zayd bin Dasinna aguantaron pensando que tendrían la oportunidad de cumplir la orden del Rasûlullah con respecto a reconocer la situación.

Los Banî Lihyân los llevaron a Mecca. Los politeístas cuyos familiares habían sido matados en las batallas de Badr y Uhud estaban consumidos por el deseo de venganza y buscaban cualquier oportunidad para conseguirla. A Hubayb lo compró el politeísta Huŷayr bin Abî İhâb-i Tamîmî para vengarse de la muerte de su hermano en el Batalla de Badr y Zayd bin Dasinna fue comprado por Safwân bin Umayya para vengarse de la muerte de su padre Umayya bin Halaf que también había sido matado en la Batalla de Badr. La intención de los politeístas era matarlos a ambos. No obstante, al estar en los meses en lo que estaba prohibido hacer la guerra, los encarcelaron para esperar a que pasara el tiempo. Los mantuvieron separados y ambos Compañeros demostraron tener gran paciencia, fortaleza y dignidad en su cautiverio.

Mâwiya, una esclava liberta (que luego se haría musulmana), estaba presente en la casa donde tenían apresado a Hubayb bin Adiy y narraba lo siguiente:

“Hubayb estaba encerrado en la misma habitación de la casa en la que yo estaba. Jamás he visto un prisionero mejor que él. Un día vi que estaba comiendo uvas de un gran racimo. Cada día se le veía con un racimo de uvas. Lo curioso es que, en esa estación, era imposible encontrar uvas en Mecca. Allahu ta’âlâ se encargaba de su sustento. Hacía las oraciones rituales y recitaba Qur’ân-i karîm en la celda en la que estaba encerrado. Las mujeres que oían su recitación del Qur’ân-i karîm solían llorar y compadecerse de él. Cuando a veces le preguntaba si quería alguna cosa, me decía: ‘Dame agua limpia, no me traigas carne que ha

sido sacrificada a ídolos e infórmame de antemano cuándo van a matarme; eso es todo lo que quiero'. Cuando se estableció el día de su ejecución fui y se lo dije. Al oírme no mostró pesar alguno ni tampoco cambió su actitud. Cuando se acercó ese día, dijo que quería afeitarse el cuerpo y me pidió un cuchillo para hacerlo. Le di un cuchillo de afeitar a mi hijo y lo envié para que se lo diera. Pero nada más salir me entró miedo. Pensé: 'Este hombre va a hacer daño al niño con el cuchillo de afeitarse. De todas formas lo van a matar'. Y salí corriendo hacia donde estaba encerrado".

"Hubayb había recibido el cuchillo del niño y lo había sentado en su regazo. Cuando vi la escena grité por el miedo que tenía. Cuando él se dio cuenta de lo que pasaba dijo: '¿Acaso imaginas que mataría a este niño? En nuestra religión no se hacen cosas de ese tipo. Matar a alguien sin una razón válida no es parte de nuestra conducta ni de nuestra gloria'".

Llegó el día establecido por los politeístas para matar a Hubayb bin Adiyy y Zayd bin Dasinna. Por la mañana temprano, los incrédulos los habían llevado al lugar llamado Tamîm, en las afueras de Mecca. La gente de Mecca y los politeístas más distinguidos se habían congregado para ver la ejecución. La multitud era considerable.

Los politeístas habían preparado dos patíbulos donde ejecutar a los prisioneros. Cuando querían subirlo para atarlo, dijo: "Dejad que haga una oración ritual de dos rak'ats". Lo soltaron y dijeron: "Hazla aquí mismo". Hubayb comenzó la oración ritual de inmediato y la hizo con temor de Allahu ta'âlâ. Los politeístas allí reunidos, además de mujeres y niños, lo observaron con gran emoción. Una vez terminada la oración dijo: "Juro por Allahu ta'âlâ que si habéis pensado que he prolongado la oración por miedo a la muerte, no rezaría más". Hadrat Hubayb bin Adiyy fue la primera persona que hizo una oración de dos rak'ats antes de su ejecución. Cuando nuestro Maestro, el Profeta, se enteró de que lo había hecho, dijo que su comportamiento había sido correcto, y se convirtió en una sunnat para todo aquel que va a ser ejecutado.

Acabada la oración lo subieron al patíbulo, lo ataron y cambiaron su orientación de la Qibla a Medina. Entonces le dijeron: "¡Vamos, abandona tu religión! ¡Si lo haces, te dejaremos libre!" Dijo él: "¡Juro por Allah que no lo haré! ¡Aunque me dieran el mundo entero, jamás

renunciaré al Islam!" Al oír la respuesta, los politeístas dijeron: "¿Querrías que Muhammad estuviese aquí para ser matado en tu lugar? Si dices que sí, quedarás libre y podrás ir a tu casa en paz" Hubayb dijo: "¡Jamás consentiría que se hiciera daño, incluso al dedo de a un pie de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam!" Los politeístas, burlándose y riéndose, dijeron: "¡Oh Hubayb! ¡Renuncia al Islam! ¡De lo contrario te mataremos sin vacilar!" Hubayb les dijo: "Siempre que esté en el camino de Allahu ta'âlâ, que me matéis no me importa en absoluto".

Tras esto, Hubayb suplicó: "¡Oh Allah! Aquí solo veo caras enemigas. ¡Oh Allah! Transmite mis saludos a Tu Mensajero e infórmale de lo que nos ocurre". Y luego añadió: "Assalâmu alayka yâ Rasûlullah". Mientras Hubayb hacía esta súplica, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba sentado con sus Compañeros. De repente dijo: **"Wa 'alaihis-salâm".** Los Ashâb-i kirâm preguntaron: "¡Oh Rasûlullah! ¿A qué saludo estás contestando?" Dijo él: **"Es la respuesta al saludo de vuestro hermano Hubayb. Ŷabrâil** ('alaihis-salâm) **me ha traído el saludo de Hubayb".**

Los politeístas Quraysh reunidos en torno a Hubayb, incitaron a los jóvenes a que lo atravesaran con sus lanzas diciendo: "Este es el hombre que mató a vuestro padres". Los jóvenes empezaron a herir su cuerpo bendecido. En ese momento, el rostro de Hubayb se volvió hacia la Kâ'ba. Los politeístas lo orientaron de nuevo hacia Medina. Entonces Hubayb suplicó: "¡Oh Allah! Si crees que soy un buen esclavo, vuelve mi rostro hacia la Kâ'ba. En ese instante su cara se volvió de nuevo hacia la Ka'ba sin que ningún politeísta pudiera orientarlo hacia otra dirección. En ese momento Hubayb recitó un poema que decía cómo estaba siendo martirizado, rodeado de enemigos. Cuando los politeístas empezaron a arrojar lanzas a su cuerpo, dijo: "Juro por Allah que, siempre que muera como musulmán, no me importa de qué lado vaya a caer, porque todos estarán en el camino de Allahu ta'âlâ".

Y luego Hubayb maldijo a los politeístas: "¡Oh Allahu ta'âlâ! ¡Destruye a todos los politeístas Quraysh! ¡Dispersa a su comunidad! Acaba con sus vidas, uno tras otro; ¡no dejes que sobrevivan!" Cuando los politeístas oyeron esta maldición, tuvieron mucho miedo y algunos se fueron de inmediato. Uno de los que se quedó, le atravesó el pecho con una lanza que le clavó por la espalda. Cuando la sangre salía a borbotones de su cuerpo, todavía atado al árbol

de patíbulo, Hubayb declaró: “Ash-hadu an lâ ilâha illa’llâh wa ashadu anna Muhammadan abduhû wa rasûluh”, y Hubayb murió como mártir.

El cadáver de Hubayb bin Adiy permaneció atado al árbol de patíbulo durante cuarenta días. Y sin embargo, su cuerpo no se descompuso ni emitía mal olor. La sangre fluía continuamente. Nuestro amado Profeta envió a dos Ashâb-i kirâm para que trajeran el cuerpo a Medina: Zubayr bin Awwâm y Mikdâd bin Aswad. Una noche entraron en secreto en Mecca. Desataron el cuerpo del árbol, lo pusieron en un camello y partieron hacia Medina. Cuando los politeístas se enteraron comenzaron a reunirse. Para evitar la confrontación, los dos Compañeros pusieron en el suelo el cadáver de Hubayb. Tras unos instantes, vieron que el lugar donde lo habían puesto se había abierto, engullido el cadáver y cerrado de nuevo. Luego siguieron su camino hacia Medina.

A Zayd bin Dasinna también lo ataron a un árbol que habían preparado. Intentaron obligarle a que renunciara a su religión. No obstante, no solo no lo consiguieron, sino que la creencia de Zayd se fortalecía aún más. Al verlo, le dispararon flechas. Al final, Zayd fue convertido en mártir por Nistâs, el esclavo liberto de Safwân bin Umayya.

El suceso de Bi’r-i Maûna

En el mes de Safar de ese mismo año, Abû Barâ Âmir bin Mâlik, jefe de los Banî Âmir de la región del Naŷd en Arabia, vino a Medina y fue a visitar a nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Nuestro Maestro, el Profeta, le habló del Islam y le recomendó que se hiciese musulmán. Abû Barâ no lo hizo pero afirmó que el Islam era una religión muy hermosa y honorable. Lo que sí pidió a nuestro Maestro, el Profeta, para difundir el Islam por el Naŷd, es que enviara a esa región a algunos Ashâb-i kirâm. Nuestro amado Profeta dijo: **“¡Con respecto a las personas que podría enviar, no me fío mucho de la gente del Naŷd!”** Âmir dijo: “Yo las protegeré; nadie podrá hacerles daño alguno”.

El Maestro de los mundos aceptó la misión y preparó una delegación de setenta personas de los Ashâb-i Suffa. Los envió bajo el mando de Hadrat Munzir bin Amr.

Abû Barâ, que quería que su tribu tuviese el honor de abrazar el Islam, partió antes que los Ashâb-i Suffa y se dirigió a su tribu. Les dijo que iba a llegar una delegación que estaba bajo su protección y que nadie debía molestarlos. Todo el mundo lo aceptó, excepto su sobrino Âmir bin Tufayl. Formó un grupo de hombres armados de tres tribus diferentes, se puso a la cabeza de los mismos y cuando los Compañeros llegaron a Bi'r-i Maûna los rodeó. Los Compañeros desenvainaron sus espadas y lucharon hasta que todos, excepto uno, murieron mártires.

Las últimas palabras de ese bendito Compañero fueron: "¡Oh mi Rabb! Nadie sino Tú puede informar al Rasûlullah de nuestra situación. ¡Dale nuestros saludos!" En ese momento, Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, llegó apesadumbrado, le dio sus saludos y dijo a nuestro Maestro, el Profeta: **"Han llegado a Allahu ta'âlâ. Han conseguido la aceptación de Allahu ta'âlâ y Él está complacido con ellos".** Entonces nuestro amado Profeta devolvió el saludo: **"Alaihimus salâm".** Se volvió hacia sus Compañeros y les informó de lo sucedido diciendo con tristeza: **"Vuestros hermanos se han encontrado con los politeístas que los mataron y los acribillaron con sus lanzas".**

En este suceso, cuando Hadrat Âmir bin Fuayra luchaba contra el enemigo, alguien llamado Ŷabbâr clavó su lanza en la espalda de Hadrat Âmir. En ese momento, Hadrat Âmir había dicho: "¡Juro por Allah que me he ganado el Paraíso!" Y su cuerpo ascendió a los cielos en la presencia de Ŷabbâr y otros politeístas Todo el mundo quedó asombrado con lo ocurrido; no obstante, de entre todos los politeístas solo Ŷabbâr, que lo había matado, se hizo musulmán.

Nuestro Maestro, el Profeta, se apenó mucho con los sucesos de Raŷi' y Bi'r-i Mâuna. Durante todo un mes, al término de cada oración ritual, profirió maldiciones contra las tribus que habían cometido esos despropósitos. Allahu ta'âlâ aceptó las súplicas de Su Mensajero y asoló esas tribus con una sequía y una hambruna insufribles. Con el paso del tiempo, setecientas personas de esas tribus murieron a causa de una epidemia.

Los judíos de Banî Nâdir

Tras la Batalla Sagrada de Uhud, en el año cuarto de la Hégira, una tribu judía llamada Banî Nâdir, conspiró para matar a nuestro amado Profeta. Hadrat Ŷabrâil (Arcángel Gabriel)

informó a nuestro amado Profeta de sus intenciones y el intento de asesinato se frustró. Ante esta situación, el Maestro de los mundos envió a Muhammad bin Maslama a la tribu judía que había roto el pacto y le dijo: **“¡Ve a los judíos de los Banî Nâdir! Diles que el Rasûlullah me ha enviado para daros este orden: ¡Salid de mi tierra patria! ¡No os quedéis aquí conmigo! Habéis conspirado para matarme. Os doy diez días. Pasado ese tiempo, el que se encuentre en estas tierras será decapitado”.**

Cuando Hadrat Muhammad bin Maslama transmitió la orden, se atemorizaron y empezaron a hacer los preparativos para su partida. Sin embargo, Abdullah bin Ubayy, el jefe de los hipócritas les envió un mensaje que decía: “Nunca abandonéis vuestra fortaleza. No abandonéis vuestras propiedades ni vuestro territorio. Iré a ayudaros con dos mil de mis hombres”. Al enterarse, el Maestro de los mundos, acompañado de sus Ashâb-i kirâm, partió hacia la fortaleza de los Banî Nâdir que estaba a unos cuatro kilómetros de Medina. El estandarte lo llevaba Hadrat Ali. Se puso sitio a la fortaleza. Los judíos, que antes había retado a los Ashâb-ı kirâm, no se atrevieron a salir de la fortaleza. La ayuda de los hipócritas nunca llegó. Los Ashâb-i kirâm controlaban todos los alrededores de la fortaleza. Tras un asedio de veinte días, los judíos se rindieron. Entregando todas sus armas, oro y plata a los musulmanes, unos fueron expulsados a Damasco y otros a Jaybar. Tras este episodio, los únicos judíos que quedaron en Medina fueron los Banî Qurayzâ.

Muerte de Fâtima Bint Asad

El âyat-i karîma que prohíbe las bebidas alcohólicas descendió en el año cuarto de la Hégira. El marido de Hadrat Ummu Salama había sido herido en la Batalla Sagrada de Uhud y luego fallecía. Dejaba tras de sí a varios hijos. Nuestra madre Ummu Salama era mayor y tenía dificultades. Nuestro amado Profeta se compadecía mucho de ella y la honró con el matrimonio.

En ese mismo año, se luchó en la Batalla Sagrada de Zâturrika’ y los politeístas que se rindieron quedaron desmoralizados.

Abdullah, el hijo de Hadrat ’Uzman y la hija de nuestro Maestro, el Profeta, Hadrat Ruqayya, murió cuando tenía seis años. El Maestro de los mundos dirigió la oración ŷanâza por su nieto y lo puso en la tumba con sus propias manos. Estaba muy apenado. Las lágrimas caían en la tumba. Puso la piedra sobre la tumba con sus manos bendecidas y dijo: **“Allahu ta’âlâ tiene misericordia con Sus esclavos que son benévolos y de corazón tierno”.**

Fâtima bint Asad, madre de Hadrat Ali, también falleció ese año. Nuestro Maestro, el Profeta, se entristeció mucho y dijo: **“Hoy ha muerto mi madre”.** Tras la muerte de su abuelo, Abdulmuttalib, nuestro amado Profeta había crecido a su lado. Cuando dio a conocer su misión profética, ella se hizo musulmana inmediatamente. Por esta razón, el Maestro de los mundos la consideraba como una madre y le tenía mucho cariño. Por compasión hacia ella, dio su túnica para que la utilizaran como mortaja. Tras dirigir la oración ŷanâza por ella, dijo que setenta mil ángeles habían estado presentes en la oración. Luego fue a la tumba. Para que su vida en ella fuese cómoda y fácil, hizo signos hacia las esquinas de la tumba como si estuviese ampliándola. Y luego se tumbó en ella.

Cuando salió de la tumba sus ojos bendecidos estaban llenos de lágrimas que caían en el interior. ¡Oh mi Rabb! ¿Qué compasión era esa? ¡Qué mujer tan afortunada! El mismo Hadrat ’Umar no pudo soportarlo y dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre! ¡Has hecho por esta mujer lo que hasta ahora no has hecho por nadie!” Y entonces nuestro amado Profeta, que es el más leal de los leales, dijo: **“Después de Abû Tâlib, no ha habido nadie que me haya hecho tantos favores como esta mujer. Era mi madre. Cuando sus propios hijos estaban hambrientos, me daba de comer el primero. Cuando sus hijos estaban cubiertos de polvo y suciedad, yo era el primero al que peinaba y ponía aceite de rosas en el pelo. ¡Era mi madre!”**

“Hice que tuviese mi túnica como mortaja para que vistiese ropas del Paraíso. Me tumbé a su lado para que su vida en la tumba sea fácil y cómoda para ella. Ŷabrâil me trajo noticias de Allahu ta’âlâ que decían: ‘Esta mujer se merece el Paraíso”. Luego suplicó por nuestra madre Fâtima bint Asad de la siguiente manera: **“Pido a Allahu ta’âlâ que te perdone y recompense. ¡Oh madre mía! Pido a Allahu ta’âlâ que tenga compasión de ti. Cuando tú**

tenías hambre hacías que yo comiera. A la hora de comer o vestir pensabas antes en mí que en ti misma. Allahu ta'âlâ es el que resucita y toma las almas. Él está vivo y nunca muere. ¡Oh Allah! ¡Perdona a mi madre Fâtima bint Asad! Infórmale de Tu decreto. Ensancha su tumba. ¡Oh Allah! El más compasivo. En el nombre de Tu Profeta y de todos los anteriores, acepta mi súplica".

Luego también falleció Hadrat Zaynab bint Huzayma, una de las esposa bendecidas de nuestro Maestro, el Profeta, a la edad de treinta años. Y en ese mismo año nació Hadrat Husayn, el segundo hijo de Hadrat Ali y Hadrat Fâtima.

Y también en ese año, Abû Sufyân, a la cabeza de dos mil soldados, salió hacia Badr para impedir la propagación del Islam. El Maestro de los mundos, con sus mil quinientos valiente Compañeros, llegó a Badr antes que ellos. El miedo se apoderó de los corazones de los politeístas que se enteraron que los Muŷâhids ya estaban en Badr. Solo pudieron avanzar hasta Marrazzahrân. Al no atreverse a confrontar a los soldados heroicos del Islam, regresaron a Mecca. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, acompañado de sus gloriosos Ashâb, esperó a los politeístas en Badr ocho días. Pasado ese tiempo partió hacia Medina.

La Batalla Sagrada de Banî Mustaliq

En el año quinto de la Hégira, Haris bin Abî Dirâr, jefe de los Banî Mustaliq, había reunido a muchos hombres para luchar contra nuestro Maestro, el Profeta. Estaban bien armados y avanzaban hacia Medina. Cuando nuestro amado Profeta se enteró, se iniciaron los preparativos y se dispuso de inmediato una tropa de setecientos hombres para luchar contra los Banî Mustaliq. La base del campamento se estableció en el pozo de Muraysî. Para empezar, los Banî Mustaliq fueron invitados al Islam. No lo aceptaron e iniciaron las hostilidades disparando flechas. Los Ashâb-i kirâm cumplieron la orden de nuestro Maestro, el Rasûlullah, **"Atacarlos, todos juntos y de repente"**, y mataron a diez de los Banî Mustaliq. El jefe de la tribu se había escapado y salvado la vida, pero su hija Barra y seiscientos de su tribu habían sido hechos prisioneros. Se distribuyó el botín. Cuando Barra llegó ante nuestro Maestro, el Profeta, dijo: "He acordado con mi dueño, al que he sido asignada, que obtendría

mi libertad a cambio de nueve monedas de oro. ¡Ayúdame!" Compadeciéndose de ella, nuestro Maestro, el Profeta, pagó el rescate y la liberó. Barra se hizo musulmana tras ser informada sobre el Islam por nuestro amado Profeta. Alegrándose mucho de su conversión, nuestro Maestro, el Profeta la honró convirtiéndola en su esposa. Al verlo, todos los Ashâb-ı kirâm dijeron: "Sería vergonzoso que utilizáramos como esclavos a los parientes de la esposa del Rasûlullah, que es ahora nuestra madre". Así que liberaron a sus prisioneros. La boda hizo que se liberaran cientos de prisioneros. Nuestro amado Profeta cambió el nombre de su esposa bendecida de Barra a Ŷuwayriyya. Hablando de nuestra madre Hadrat Ŷuwayriyya, nuestra madre Hadrat Âisha solía decir: "No he visto una mujer más bendecida y auspiciosa que Ŷuwayriyya".

Conforme el ejército islámico iniciaba su regreso hacia la luminosa Medina, las tribus politeístas de los alrededores se sentían intimidadas y eran conscientes de lo peligroso que era atreverse a atacar a los musulmanes.

Tú eres el médico de los mundos y yo estoy tan enfermo,
Que te he traído mi corazón confiando en que se cure.

En mis espaldas hay una montaña de pecados, mi rostro está blanco del horror.
Pero estoy lleno de esperanza; He traído aquí mis pecados para ponerles fin.

¡Oh líder de los conocedores! Yo a ti te admiro;
Lloro día y noche por estar tan lejos.

Tu gran compasión es un elixir y yo estoy sediento;
Si no consigo aunque sea una sola gota, moriré.

Cuando se trata de alabarlo, la mente lo encuentra difícil.
Que Allah la proteja, porque su capacidad es limitada.

Es un esfuerzo inútil alabarlo basado en su conducta.
Tratar de describirlo con palabras es mucho más difícil.

Es indulgente y generoso, la perla viene del agua,
El metal de la piedra, la rosa de la espina.

Si el sol ilumina, es por su luz,

El agua que cae sobre la rosa, viene de su rostro de rosa.

Sin embargo, describirlo es algo superior a todo esto,

Pero si lo digo abiertamente, el negligente lo negará.

Es posible condensar todo el mundo en una mota,

Para mí, describirlo a él es más difícil.

MAWLÂNÂ JÂLİD-İ BAGHDÂDÎ

LA SAGRADA BATALLA DEL FOSO

Era el año quinto de la Hégira. Los judíos de Banî Nâdir, que habían sido causa de anarquía y turbulencia, habían sido expulsados de Medina; divididos en grupos, algunos habían ido a Damasco y otros a Jaybar. No obstante, sus corazones estaban llenos de hostilidad y deseos de venganza contra el Islam y contra nuestro Maestro, el Profeta. Su líder, Huyayy, fue a Mecca con veinte personajes distinguidos de su gente. Se reunieron con Abû Sufyân y empezaron a conspirar para matar a nuestro amado Profeta. Dijeron: “Estaremos contigo y no te abandonaremos hasta que se acabe este asunto”. Abû Sufyân dijo: “Nosotros apreciamos a los enemigos de nuestro enemigo. No obstante, para que podamos confiar en vosotros tenéis que adorar a nuestros ídolos. Solo si lo hacéis, podremos aceptar que sois sinceros y que podemos fiarnos de vosotros”. Los traicioneros judíos, que estaban dispuestos a renunciar a su religión para conseguir sus objetivos, se postraron en el suelo ante los ídolos. Mientras que antes eran incrédulos con un libro sagrado, tras postrarse ante los ídolos se habían convertido en incrédulos sin libro sagrado. Juraron matar a nuestro amado Profeta y destruir el Islam.

Los politeístas empezaron los preparativos para la guerra de forma inmediata. Enviaron mensajeros a las tribus vecinas. Los judíos también se encargaron de persuadir a otras tribus. Consiguieron alianzas prometiendo dinero y dátiles. Los politeístas reclutaron un ejército de cuatro mil hombres de Mecca y sus alrededores. Abû Sufyân desplegó su estandarte en Dâr-

un-Nadwa y se lo dio a ’Uzman bin Abî Talha. En el ejército había trescientos caballos, gran cantidad de armas y mil quinientos camellos.

Cuando el ejército politeísta de cuatro mil soldados llegó a Marrazzahrân, se sumaron muchas tribus, como los Banî Sulayman, Banî Fazâra, los Ghatafânidas, los Banî Murra y los Banî Asad, incrementando el número de hombres hasta diez mil. Para esa época, este era un ejército enorme.

La tribu Juzâa, que mantenía relaciones amistosas con nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había informado a Medina de la situación. Un jinete había recorrido en cuatro días un camino que exigía diez días de viaje para informar a nuestro Maestro, el Profeta, de lo que ocurría con los politeístas.

Nuestro amado Profeta, que siempre pedía consejo a sus Compañeros en este tipo de situaciones, los reunió para hablar del tema. Cada Compañero dio su opinión sobre dónde y cómo plantear la batalla. En plena reunión, Hadrat Salmân-i Fârisî pidió permiso para hablar y dijo: “¡Oh Rasûlullah! En mi tierra tenemos una táctica de guerra. Cuando temíamos que el enemigo nos iba a asaltar, construíamos un foso alrededor para que sirviese de defensa”. A nuestro Maestro, el Profeta, y a los Compañeros les gustó la idea y se decidió luchar contra el enemigo de esa manera.

Nuestro Maestro, el Profeta fue a ver dónde se debería excavar el pozo. En el sur de Medina había huertos llenos de árboles. La posibilidad de un ataque masivo politeísta por esa zona era escasa y un grupo no muy grande podía encargarse de su defensa. En el oriente estaba establecida una tribu judía, los Banî Qurayzâ, con los cuales se había hecho un pacto. Por estas razones, los politeístas solo podían atacar por los terrenos abiertos al norte y occidente. Se definieron los lugares donde cavar el foso. A cada Compañero se le asignó un espacio de unos tres metros de largo, con una profundidad de dos personas (unos 3,5 metros) y con una anchura mayor que la que podría sortear un caballo. El tiempo para hacerlo era limitado. El enemigo había salido de Mecca y avanzaba hacia Medina. Era necesario cavar el pozo lo antes posible.

Nuestro amado Profeta, junto con sus heroicos Compañeros, eligió el primer lugar diciendo **'Bismi'llâhi'r-rahmâni'r-rahîm'**. Estaban intentando cavar el foso con todas sus fuerzas para acabar lo antes posible. Incluso los niños participaban en el trabajo. Se preparó una tienda para nuestro Maestro, el Profeta, en la colina Zubâb. La tierra del foso se tiraba alrededor de esta colina y de la montaña de Sal' se traían piedras. Los que no tenían un recipiente para llevar la tierra la llevaban con sus propias ropas. Nuestro amado Profeta también trabajaba hasta la extenuación. Los Compañeros que lo veían le decían: "¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en su nombre, oh Rasûlullah! Nuestro trabajo será suficiente. Tú no trabajes, descansa. Pero él contestaba diciendo: **"Quiero participar de las recompensas que obtenéis con vuestro trabajo**".

En esos días, el clima era muy frío. Pero además, ese año había una hambruna por sequía. Era muy difícil encontrar comida. Todos los Compañeros, incluido el Maestro de los mundos, pasaban hambre. Para aguantarla, ataban piedras a sus estómagos para que la presión atenuara la sensación de hambre.

Nuestro amado Profeta, que había sido enviado como una misericordia para los mundos, no pensaba en el hambre; lo que más le apenaba eran las dificultades de Sus compañeros que trabajaban pasando frio y hambre. Suplicaba: **"¡Oh Allah! No hay vida** (que se deba desear) **excepto la Otra Vida. ¡Oh mi Rabb! Perdona a los Ansâr y a los Muhâŷirs"**. Estos replicaban a nuestro Maestro, al que amaban más que a sus vidas, diciendo: "Hemos prometido obedecer a nuestro Maestro, el Rasûlullah, en el camino de Allah, para propagar la religión del Islam hasta el fin de nuestros días". Este amor mutuo les hacía olvidar dificultades como el hambre y la sed.

La excavación del foso comenzaba por la mañana temprano y continuaba hasta bien entrada la tarde. Un día, en plena excavación, Hadrat Ali bin Hakam se hirió en un pie. Lo subieron a un caballo y lo llevaron ante nuestro Maestro, el Profeta. El Maestro de los mundos le frotó el pie al tiempo que decía **'Bismi'llâhi'r-rahmâni'r-rahîm'**. Por milagro de nuestro Maestro, el dolor y el flujo de sangre se detuvieron de inmediato.

La excavación del foso seguía su curso. En esos momentos, los Compañeros se encontraron con un suelo de tierra apelmazada. No era posible cavar. Fueron a ver a nuestro Maestro, el Profeta, para informarle de la situación. El Rasûlullah fue al foso y pidió un recipiente con agua. Tomó una gota que devolvió al recipiente. Luego salpicó la tierra con el agua. Entonces pidió un mazo grande y con un solo golpe rompió el suelo como si hubiese sido arena. A partir de ese entonces fue muy fácil cavar. Cuando dio el golpe, la prenda de vestir que le cubría el torso se había abierto y los Compañeros vieron que tenía una piedra atada al estómago para mitigar el hambre. Hadrat Ŷabir bin Abdullah lo vio y pidió permiso diciendo: "¡Que mi madre y mi padre sean sacrificados en tu nombre, oh Mensajero de Allah! Dame permiso para ir un momento a casa y luego volver". Una vez obtenido el permiso, Hadrat Ŷabir cuenta lo sucedido de la siguiente manera:

"Fui a casa y le dije a mi mujer: 'He visto en el Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, indicios de hambre que no es posible soportar. ¿Hay algo de comida en casa?' Dijo ella: 'A no ser esta cabra y unos puñados de cebada, no hay otra cosa'. A toda prisa sacrifiqué la cabra mientras mi esposa convertía la cebada en harina con un molino de mano. Puso la cabra en una olla y comenzó a cocinarla. Cuando estuvo lista, fui a nuestro Maestro, el Rasûlullah, y dije: "¡Oh Rasûlullah! Tengo un poco de comida; por favor, ven con unas pocas personas a comer a mi casa".

"El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, preguntó: **"¿Cuánta comida tienes?"** Yo le dije lo que había. Al oírlo dijo: **"Es una comida deliciosa y abundante. Dile a tu mujer que no saque del fuego la carne ni el pan hasta que yo llegue".** Luego, dirigiéndose a sus Compañeros dijo: **"¡Oh gente del foso! ¡Dejad el trabajo y vayamos al banquete de Ŷabir!"** Los Ashâb-i kirâm se congregaron y fueron andando detrás de nuestro amado Profeta. Yo fui a mi casa a toda prisa y conté a mi esposa lo que había pasado. Cuando pregunté: '¿Qué vamos a hacer ahora?' Dijo ella: '¿No preguntó el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, sobre la cantidad de comida que tenemos?' Dije: 'Sí lo hizo, y yo se lo conté'. Mi mujer preguntó: '¿Nuestro Maestro, el Rasûlullah, ha invitado a los Ashâb-i kirâm?' Cuando yo dije: "Sí, el Rasûlullah los ha invitado" ella me tranquilizó diciendo: 'El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, sabe más que nadie'".

“Tras unos momentos, el rostro luminoso de nuestro Maestro, el Profeta, apareció en nuestra puerta. Entonces dijo a la multitud de sahâbî: **‘Entrad sin molestaros unos a otros’.** Mis hermanos sahâbî se sentaron en grupos de diez. Nuestro amado Profeta suplicó que tuviéramos abundancia de pan y carne. Luego, sin retirar la olla del fuego, cogió algo de carne con el cucharón, la puso sobre el pan y lo fue pasando a sus Compañeros. Siguió haciéndolo de esta manera hasta que todos los Ashâb quedaron saciados. Juro que a pesar de que éramos más de mil, no disminuyó la cantidad de carne ni de pan. Tras haber comido todos nosotros, también distribuimos comida entre los vecinos”.

Hadrat Salmân-i Fârisî era muy bueno cavando fosos. Él solo hacía el trabajo de diez hombres. Cuando cavaba en un lugar ayudado por unos amigos, encontraron una roca blanca, dura y muy grande. Por mucho que intentaban romperla sus esfuerzos eran en vano. Hadrat Salmân fue a ver a nuestro amado Profeta y le informó de la situación diciendo: “¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! Hemos encontrado una roca muy dura. Aunque nuestras herramientas, que son de hierro, han llegado a romperse, ni siquiera la hemos podido mover”. Nuestro Maestro, Habîb-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, fue al lugar y pidió un mazo. Los Ashâb-i kirâm esperaban el resultado con curiosidad.

Nuestro Maestro, el Sultán de los Profetas, se metió en el foso. Levantó el mazo diciendo **‘Bismi’llâhi’r-rahmâni’r-rahîm’** y luego golpeó la roca con tanta fuerza que el golpe produjo un rayo, que iluminó Medina, y rompió un trozo de la roca. Nuestro Maestro, el Profeta, dio un takbir, **“¡Allahu Akbar!”** Los Ashâb que lo oyeron también dijeron takbîr. Luego golpeó la roca con el mazo por segunda vez. De nuevo surgió un rayo y se rompieron trozos de la roca. Nuestro amado dio de nuevo el takbîr, **“¡Allahu Akbar!”** Los Ashâb-i kirâm lo repitieron tras él. Cuando el mazo golpeó por tercera vez, surgió otro rayo y la roca se rompió en pedazos. El Maestro de los mundos repitió el takbîr y sus honorables Ashâb lo dijeron con él.

Hadrat Salmân extendió la mano para ayudarlo y nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, salió del foso. Cuando Salmân-i Fârisî preguntó: “¡Que la vida de mis padres y la mía sean sacrificadas en tu nombre, oh Rasûlullah! Acabo de ver algo que nunca había visto antes. ¿Qué explicación tiene?” Nuestro Maestro, el Profeta, se volvió hacia sus Compañeros y

preguntó: **“Vosotros también visteis lo que vio Salmân?”** Contestaron: “¡Sí, oh Rasûlullah! Cuando golpeaste la roca con el mazo vimos una especie de relámpago muy intenso. Y cuando dijiste el takbîr, nosotros también lo dijimos”. Nuestro Maestro, el Profeta, les dijo: **“Con la luz del primer golpe se me mostraron los pabellones del gobernante de Irán** (que estaban en Madâyin)**. Ŷabrâil** (’alaihis-salâm) **vino y me dijo:** ‘Tu comunidad será dueña de esas tierras’. **Con el segundo golpe se me mostraron los pabellones rojos de la provincia romana** (es decir, Damasco). **Ŷabrâil** (’alaihis-salâm) **vino y me dijo:** ‘Tu comunidad también será dueña de esa tierra’. **Con el tercero, vi los pabellones de San ‘a** (el Yemen)**. Ŷabrâil** (’alaihis-salâm) **me dijo:** ‘Ese lugar también pertenecerá a tu comunidad’”.

Tras esto, cuando el Sultán de los mundos describió el palacio del Shah persa en Madâyin, Hadrat Salmân, que era de ese lugar, dijo: “¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! Juro por Allahu ta’âlâ que te mandó con una religión y un Libro verdaderos, que esos pabellones son exactamente como tú los has descrito. Doy testimonio de que tú eres el Mensajero de Allahu ta’âlâ”. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Oh Salmân! No hay duda de que Damasco será conquistada. Heraclio tendrá que huir a la parte más desolada de su territorio y vosotros tendréis el control de todo Damasco. Nadie podrá oponerse a vosotros. No hay duda de que el Yemen será conquistado. Y no hay duda de que ese Territorio Oriental será conquistado y el Shah será matado. Allahu ta’âlâ os concederá esas conquistas cuando yo ya no esté”.**

Hadrat Salmân-i Fârisî dijo: “Yo fui testigo de cómo se hicieron verdad esas buenas noticias de nuestro Maestro, el Rasûlullah”.

El enemigo estaba a punto de llegar. El foso se excavaba con rapidez y se intentaba completar lo antes posible. Solo en los casos de necesidad extrema, y tras pedir permiso a nuestro Maestro, el Profeta, los muŷâhids dejaban de trabajar para satisfacer esa necesidad y luego volver con rapidez al trabajo.

Los hipócritas trabajaban con una pereza extrema. Iban a trabajar cuando querían y lo abandonaban, sin pedir permiso, también cuando querían. Y lo que es aún peor: se burlaban de los esfuerzos de los Ashâb-i kirâm. Y además se burlaban de las buenas noticias que dio

nuestro Maestro, el Profeta, diciendo: “Por un lado, nos refugiamos tras un foso por miedo al enemigo. Y por el otro, os está prometiendo los pabellones de los territorios del Yemen, Roma y Persia. ¡Nunca cesaréis de asombrarnos!”

En el âyat-i karîma, que descendió con respecto a los muŷâhids, se declara: **“Solo son creyentes los que** (con sinceridad) **creen en Allah y en Su Mensajero, y cuando colaboran con él** (Rasûlullah) **en un asunto que exige el trabajo colectivo** (como la Guerra Santa y sus preparativos, las reuniones de los viernes y los ‘Ids) **no lo abandonan sin pedir permiso.** (¡Oh amado Mío!) **Los que te piden permiso son los que creen en Allah y en Su Mensajero. Así pues, cuando te pidan permiso para hacer algún asunto, dáselo a quien desees y pide a Allah que los perdone. Allah es el más Perdonador, el más Misericordioso”.** (Sûra Nûr: 62).

En las âyat-i karîma que descendieron a propósito de los hipócritas, se declara: **“¡No llaméis al Mensajero como os llamáis entre vosotros** (que a veces aceptáis y a veces no; acudid de inmediato a su llamada y no os vayáis sin su permiso)**! Ciertamente Allahu ta’âlâ conoce a aquellos de vosotros que se van escudándose unos con otros. ¡Que se guarden los que se oponen al mandato del Mensajero de que les sobrevenga una calamidad en este mundo y un castigo amargo en la Otra Vida! ¡Prestad atención! A Allahu ta’âlâ pertenece todo lo que hay en los cielos y en la tierra. Él conoce la creencia que tenéis** (si eres un creyente o un hipócrita) **y el Día del Juicio, cuando ellos** (hipócritas e incrédulos) **regresen a Él, Allahu ta’âlâ les hará saber lo que han hecho en el mundo. Allahu ta’âlâ es Conocedor de toda cosa”.** (Sûra Nûr: 63, 64).

Habían pasado seis días desde que se comenzase a excavar el foso y todos habían completado la tarea asignada. No obstante, al no haber tenido tiempo suficiente, había un lugar que no era lo suficientemente ancho y profundo. Nuestro Maestro, el Profeta, manifestó su preocupación y dijo: **“Este es el único lugar por donde pueden pasar los politeístas”.** En ese lugar puso de guardia a unos Compañeros.

Cuando el ejército politeísta estuvo muy cerca de Medina, Huyayy, el jefe de los judíos Banî Nâdir, informó al líder de los Quraysh que los judíos Qurayzâ de Medina tenían un pacto con los musulmanes; no obstante, él podía engañar a su jefe, Ka’b bin Asad, y hacer que se

unieran a sus filas. El líder Quraysh dijo: “¡Oh Huyayy! Ve de inmediato a Ka’b bin Asad. Dile que rompa el pacto que ha hecho con los musulmanes y nos ayude a nosotros”. Una de las cláusulas del tratado era: “unirse a los musulmanes para resistir un ataque enemigo contra Medina”.

Durante la noche, Huyayy, salió desde el ejército politeísta y fue a la casa de Ka’b, el jefe de los Banî Qurayzâ. Llamó a la puerta y se dio a conocer. Dijo: “¡Oh Ka’b! He traído a todo el ejército de los Quraysh, además de otras tribus como los Banî Kinâna y los Ghatafânidas; es un ejército de diez mil soldados. Muhammad y sus Ashâb no podrán sobrevivir. ¡Nosotros hemos jurado a los Qurayshîs que no nos iremos de aquí hasta que no los hayamos destruido por completo!” Ka’b manifestó su preocupación: “Si no se puede matar a Muhammad y sus Compañeros, y los Quraysh y los Ghatafânidas regresan a sus tierras, nosotros nos quedaremos solos y mucho me temo que acabarán matándonos a todos”. Huyayy dijo: “Para eliminar ese temor, pide que te den setenta hombres como rehenes. Mientras estén contigo, no podrán irse. Si son derrotados y se van, yo no te abandonaré. Cualquier desgracia que te ocurra, yo también la sufriré”. En primer lugar engañó a Ka’b, y luego a los demás judíos a los que hizo romper el pacto suscrito con los musulmanes.

Huyayy regresó al ejército politeísta y les informó sobre la nueva situación. Les dijo que los Banî Qurayzâ apuñalarían a los musulmanes por la espalda.

En el séptimo día, los politeístas, con un ejército de diez mil hombres llegaron por los flancos norte y oeste de Medina y establecieron su campamento base en el mismo lugar donde se había excavado el foso. El plan de los politeístas y su enorme ejército era destruir Medina por completo y, al matar a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y a sus Ashâb, poner fin al Islam. En principio, era un ejército muy grande e imposible de vencer.

Cuando los politeístas vieron el foso, que jamás esperaban encontrar, quedaron perplejos y desmoralizados. El foso tenía una anchura imposible de franquear por un caballo. Y el que cayese en él no podría salir con facilidad, especialmente en el caso de hombres con armadura.

Nuestro amado Profeta se enteró de que habían llegado los politeístas. Reunió inmediatamente a sus Compañeros, que estaban cansados después de seis días de trabajo incesante, y estableció su campamento base en la falda de la colina Sal. Tras ellos estaban la colina y Medina, delante el foso y más allá el enemigo. Ibn-i Umm-i Maktûm se quedó de nuevo en Medina como representante de nuestro Maestro, el Profeta. Las mujeres y los niños estaban en las fortalezas. En el ejército islámico de tres mil soldados había treinta y seis jinetes. Los estandartes los llevaban Hadrat Zayd bin Hârisa y Hadrat Sa'd bin Ubâda. La tienda de campaña de nuestro Maestro, el Rasûlullah, se puso en la falda de la colina Sal.

Los Ashâb-i kirâm, que una vez más demostrarían su heroísmo, empezaron a observar los movimientos del enemigo con gran atención. Mientras tanto, Hadrat 'Umar se presentó ante nuestro amado Profeta y le dijo: "¡Oh Rasûlullah! ¡Me he enterado que los judíos de Qurayzâ han roto el pacto que tenían con nosotros y se preparan para combatirnos!" El Maestro de los mundos respondió a estas inesperadas noticias diciendo: **"Hasbunallâhu wa ni'mal waqîl - Allahu ta'âlâ es suficiente para nosotros. Él es un socorro maravilloso".** Pero estaba muy apenado. Ahora, el ejército islámico estaba entre dos fuegos. En el norte y occidente estaba el ejército politeístas, en el sureste los judíos.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah envió a Hadrat Zubayr bin Awwâm a la fortaleza de los Banî Qurayzâ. Hadrat Zubayr fue y vio lo que pasaba. Cuando regresó dijo: "¡Oh Rasûlullah! Les he visto reparar la fortaleza y hacer ejercicios con las armas. También están recogiendo a sus animales". Al oírlo, nuestro Maestro, Habîb-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, envió a Sa'd bin Mu'âz, Sa'd bin Ubâda, Hawwât bin Ŷubayr, Amr bin Awf, y Abdullah bin Rawâha a los Banî Qurayzâ para aconsejarlos y renovar el pacto que tenían.

Estos cinco Compañeros fueron a la fortaleza de los judíos Qurayzâ para aconsejarlos. Sin embargo los consejos no sirvieron de nada. Los judíos empezaron a insultarlos. Al final dijeron: "Al expulsar a nuestro hermanos, los Banî Nâdir, de sus tierras habéis rotos nuestros brazos y nuestras alas. ¿Quién es Muhammad? Entre él y nosotros no hay promesas ni pacto alguno. Hemos hecho un juramento para atacar entre todos a vuestro Profeta y matarlo. ¡No hay duda de que respaldaremos a nuestros hermanos y les daremos nuestra ayuda!"

Hadrat Sa’d bin Mu’âz y sus amigos fueron ante nuestro Maestro, el Rasûlullah y le informaron de la situación de forma velada para que no se enterara todo el mundo. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Mantener las noticias en secreto. Decírselo solamente a los que ya lo saben. Porque la guerra contiene argucias y mesura”.**

Los Ashâb-i kirâm, en su lado del foso, esperaban a nuestro Maestro, el Profeta preguntándose qué hacer. Pasado un tiempo, el Sultán de los mundos honró con su presencia el lugar donde estaban sus heroicos Compañeros. Pronunció una serie de takbîr: **“¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!”** Al oírlos, los gloriosos sahâbî dijeron takbîr al unísono proclamando lo encumbrado del nombre bendecido del Ŷanâb-i Haqq. El miedo se apoderó de los corazones de los politeístas que se agrupaban al otro lado del foso. Cuando los politeístas oyeron la serie de takbîr, dijeron: “Parece que Muhammad y sus Ashâb han recibido muy buenas noticias”.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo a sus Ashâb: **“¡Oh comunidad musulmana! ¡Alegraos con la victoria y ayuda de Allahu ta’âlâ!”** Con estas palabras les decía que lograrían la victoria. Los gloriosos Ashâb habían estado presentes en muchas expediciones militares, como las Sagradas Batallas de Badr y Uhud. Con el permiso de Allahu ta’âlâ y la bendición de la súplica de nuestro Profeta, habían derrotado a los politeístas que les superaban en número y poderío. Mientras la “Corona de las Criaturas” estuviese con ellos, no había tarea imposible ni dificultad insuperable. El tiempo era frío, la escasez severa y el hambre intensa. Muchos de ellos, incluido nuestro Maestro, el Profeta, llevaban piedras atadas a sus estómagos bendecidos. ¡Se enfrentaban a innumerables enemigos! Sin embargo, para los gloriosos Ashâb, el número del enemigo y las dificultades a soportar carecían de importancia. Allahu ta’âlâ es un socorro maravilloso. Dependían de Él, confiaban en Él y se refugiaban en Él.

Antes de llegar a una decisión sobre cómo atacar, los jefes más prominentes de los Quraysh y los líderes de las otras tribus que se habían unido a ellos, comenzaron a buscar un lugar por donde atravesar el foso. Comprobaron todo el perímetro del mismo hasta que llegaron al lugar donde no estaba del todo completado por la falta de tiempo. Los soldados politeístas que seguían a sus jefes estaban asombrados. Miraban al foso y a los gloriosos Ashâb y decían:

“Juramos que esta no es una táctica que utilizan los árabes. ¡No hay duda de que lo ha recomendado el hombre de Persia!”

Cuando los jefes Quraysh señalaron la parte más estrecha del foso y preguntaron “¿quién puede saltar y pasar al otro lado?”, se presentaron cinco jinetes. Estaban dispuestos a pasar al otro lado y luchar cuerpo a cuerpo. Los gloriosos Ashâb-i kirâm y los soldados politeístas observaban las acciones de los cinco jinetes con gran curiosidad. Se retrasaron para coger carrerilla. Entonces dirigieron las cabezas de los caballos hacia la parte más estrecha del foso. Lanzados al galope, los cinco caballos pura sangre lograron pasar de un salto al otro lado. Muchos jinetes quisieron seguirlos pero no lo consiguieron. Entre los que habían pasado estaba un hombre muy fuerte que se llamaba Amr bin Abd. Tenía una armadura completa y un aspecto majestuoso. Este hombre, a quien solo mirar ya daba miedo, gritó a los muŷâhids: “Si alguien se atreve a luchar contra mí que se adelante en el campo de batalla”.

Entonces se vio que Hadrat Ali se presentaba ante nuestro amado Profeta y le pedía permiso diciendo: “¡Que mi vida se sacrifique por tu causa, oh Rasûlullah! Deja que luche contra él”. Hadrat Ali ni siquiera tenía puesta su armadura. Los Ashâb-i kirâm lo miraban admirados. Nuestro amado Profeta se quitó su bendita armadura y se la puso a Hadrat Ali. Le dio su espada y, quitándose el turbante de su cabeza bendecida lo puso en la cabeza de Hadrat Ali. Y luego suplicó: **“¡Oh Allah! En la Batalla de Badr, Ubayda, el hijo de mi tío, y en la Batalla de Uhud, Hamzâ, mi tío, murieron mártires. Aquí está ahora conmigo Ali, que es mi hermano y el hijo de mi tío. Protégelo. Dale Tu ayuda. No le dejes solo”.** Los Ashâb-i kirâm dijeron: “¡Âmîn!”

El león de Allahu ta’âlâ, se adelantó acompañado de súplicas y takbîr y se detuvo ante Amr bin Abd que parecía un monstruo. Amr, totalmente cubierto por la armadura excepto los ojos, no pudo reconocer a este héroe y preguntó quién era. Hadrat Ali respondió: “Yo soy Ali bin Abî Tâlib”. Como apiadándose de él, Amr dijo: “¡Oh hijo de mi hermano! (Una forma acostumbrada de dirigirse a una persona). Tu padre era mi amigo, así que no quiero derramar tu sangre. ¿No hay alguno de tus tíos que quiera enfrentarse a mí?” Hadrat Ali lo provocó diciendo: “¡Oh Amr! Juro por Allah que yo sí quiero derramar tu sangre. ¿Pero acaso no es

necesario que estemos en igualdad de condiciones? ¿No es lo más apropiado para definir la valentía? ¡Yo voy a pie y tú a caballo!”

Al oír estas palabras, la pretensión de valentía de Amr se apoderó de él. Desmontó de inmediato y cortó las patas de su caballo con la espada. Luego se plantó ante Hadrat Ali. Justo antes de atacar, el león de Allahu ta’âlâ le dijo: “¡Oh Amr! He oído decir que, cuando te encontrases con un Quraysh, juraste acceder a uno de sus dos deseos. ¿Es esto verdad?” Respondió el otro: “Sí, es verdad”. Entonces Hadrat Ali lo invitó al Islam diciendo: “Mi primer deseo es que creas en Allahu ta’âlâ y en Su Mensajero y que abraces el Islam”. Al oírlo, Amr se enfadó mucho. “¡No me hables de eso! ¡No lo necesito!” Hadrat Ali dijo: “Mi segundo deseo es que renuncies al combate y regreses a Mecca porque, ¡si el Rasûlullah vence al enemigo, tú le habrás ayudado con esa acción!” Amr dijo: “¡No me hables de eso tampoco! He jurado no utilizar perfumes hasta que no me haya vengado. Si tienes otro deseo, dímelo”. Hadrat Ali dijo: “¡Oh enemigo de Allahu ta’âlâ! ¡Lo único que me queda por hacer es luchar contra ti!”

Amr se rió con esas palabras. Dijo: “¡Increíble! ¡Nunca pensé que habría en Arabia un guerrero que pidiera retarme! ¡Oh hijo de mi hermano! Juro que no quiero matarte, porque tu padre era mi amigo. Lo que yo quisiera es que me desafiase uno de los notables de los Quraysh, como Abû Bakr o ’Umar”. Hadrat Ali dijo: “Aunque así fuera, yo he venido a matarte”. Amr se enfureció y blandió la espada con gran velocidad. El león de Allahu ta’âlâ esperaba algo parecido; se echó hacia un lado y detuvo el golpe con el escudo. Pero Amr había destrozado más de un escudo con esos golpes. Ni siquiera los más robustos podían resistirlos. Ocurrió lo mismo. El escudo de Hadrat Ali quedó hecho añicos y, como la espada pasó muy cerca de su cabeza, también fue herido. Pero ahora el turno para atacar era de Hadrat Ali. Diciendo “¡Yâ Allah!” lanzó Zulfikâr (nombre de la espada de nuestro Profeta) contra el cuello de Amr al tiempo que el ejército islámico gritaba “¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!” El ejército de los incrédulos también gritaba porque vieron que sí, la súplica de la Corona de las Criaturas, del Sultán de los Profetas, había sido aceptada. El monstruoso Amr había caído al suelo y la sangre salía a borbotones de su cuerpo. La cabeza, todavía con el yelmo puesto, había salido volando. Al ver que Amr era derrotado, sus compinches atacaron a Hadrat Ali. Pero los Ashâb-i kirâm ya corrían hacia allí. Zubayr bin Awwâm hirió a Nawfal bin Abdullah y le hizo caer al foso

junto con su caballo. Hadrat Ali bajó al foso y partió en dos a Nawfal. Los demás se retiraron atravesando el foso con dificultad. En el comienzo mismo de la batalla, el jefe del ejército politeísta ya estaba desesperado.

La disposición de la batalla había quedado establecida. El foso impedía la lucha cuerpo a cuerpo. Intentaron causarse daño disparando flechas, pero solo servían para retrasar el final. Los politeístas comprendían que debían atacar a lo largo de todo el foso. Así lo hicieron. El enorme ejército enemigo de diez mil hombres trataba de atravesar el foso y los tres mil musulmanes, con flechas y piedras, intentaban impedírselo. Había comenzado una lucha terrorífica que duró hasta bien entrada la tarde.

Esa noche, nuestro Maestro, el Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, puso centinelas en varios lugares del foso. Él mismo comenzó la guardia en un lugar donde el foso era estrecho. Luego envió a Medina un grupo de quinientos soldados con la orden de decir takbîr en voz alta por las calles. Quería que las mujeres y los niños estuviesen protegidos del peligro que suponían los politeístas Quraysh y los judíos.

Los judíos Qurayzâ enviaron a Huyayy bin Ajtab a los politeístas para pedir dos mil soldados con los que hacer ataques por la noche. El objetivo eran las mujeres y los niños que estarían indefensos. Pero los takbîr de los muŷâhids y sus patrullas nocturnas por la ciudad les atemorizaron, haciendo que regresaran a su fortaleza donde esperar una oportunidad mejor. De vez en cuando trataban de entrar en Medina con grupos pequeños.

Una noche, Ghazzâl, uno de los Banî Qurayzâ más prominentes, logró llegar con un grupo de diez soldados a los aposentos de nuestra madre Safiyya, tía materna de nuestro amado Profeta. En el interior había mujeres y niños que no tenían arma alguna con la que defenderse. Al principio, los judíos dispararon flechas contra el edificio y luego trataron de entrar. Uno de los hombres llegó al patio interior y se puso a buscar un lugar conveniente para entrar en la casa. Mientras tanto, la valiente tía de nuestro amado Profeta dijo a los que estaban en el interior que guardasen el más absoluto silencio. Hizo un turbante con una pañoleta y se disfrazó de hombre. Luego cogió un palo y un cuchillo. Abrió la puerta que daba al patio con mucho sigilo, se acercó al judío por detrás y le golpeó en la cabeza con el palo. Sin

perder un instante, cuando el judío cayó al suelo lo mató con el cuchillo, lo decapitó y lanzó la cabeza hacia donde estaban sus amigos que disparaban flechas desde el exterior. Cuando estos vieron la cabeza de su compañero, tuvieron miedo y huyeron a toda prisa. Decían: “¡Nos habían dicho que todos los hombres musulmanes habían abandonado sus casas para ir a la batalla!”

A la mañana siguiente la batalla continuó con la misma intensidad. Se dispararon muchas flechas. El Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo a sus gloriosos Compañeros: **“Juro por Allahu ta’âlâ que es el dueño de mi existencia, que todas las dificultades que encontramos serán eliminadas y quedaréis tranquilos”.** Les aconsejó que fuesen pacientes y les dio las buenas noticias de que la victoria sería de los creyentes. Al oír sus palabras, los heroicos Compañeros se olvidaron del hambre y de la sed. Hacían todo lo que podían. Ni un solo politeísta pudo atravesar el foso. Hadrat Sa’d bin Mu’âz, uno de los Ashâb-i kirâm más prominentes, luchaba con gran ardor. Durante la batalla había sido herido en el brazo por una flecha disparada por un politeísta llamado Hibbân bin Qays bin Araka. La flecha se había clavado en una arteria y la pérdida de sangre era muy grande. Al ver cómo se afanaban sus compañeros para detener la hemorragia, comprendió que estaba en una situación peligrosa, así que suplicó: “¡Oh mi Rabb! Si los Quraysh siguen combatiendo dame una vida más larga, porque no hay nada que más desee que luchar contra los politeístas que han denunciado y atormentado a Tu Mensajero. Pero si la batalla está a punto de finalizar, haz que alcance el grado de mártir. Pero no te lleves mi alma hasta que no vea el fin de los Banî Qurayzâ”. Su súplica fue aceptada y la hemorragia se detuvo.

Los hipócritas, como Abdullah bin Ubayy, que simulaban combatir al lado de los Compañeros, se mostraban muy remisos y jamás se acercaban al frente de la batalla. Pero además de eso, hacían todo lo posible para desmoralizar a los muŷâhids. Intentaban sembrar cizaña diciendo: “Muhammad está siempre prometiéndoos los tesoros del Emperador de Roma y del Shah de Irán, pero lo cierto es que estamos atrapados tras este foso. Del miedo que tenemos ni siquiera podemos aliviar nuestras necesidades corporales. ¡Lo único que hacen Allah y Su Mensajero es engañarnos sin prometernos cosa alguna!” Cada vez que se veían en dificultades

abandonaban sus puestos aduciendo que el enemigo podía atacar sus hogares. Esto tipo de acciones de los hipócritas eran un problema añadido.

A fin de conseguir resultados lo antes posible, el ejército politeísta utilizaba todo su poder; pero no podían hacer nada ante la defensa heroica de los gloriosos Compañeros. El lugar donde concentraban sus ataques era donde el foso era más estrecho. Nuestro Maestro, el Profeta, no abandonaba el lugar y animaba a luchar a sus Ashâb. Los Ashâb-i kirâm, que querían tener el honor de luchar al lado de nuestro Maestro, el Profeta, demostraban tener un heroísmo sin precedentes en el campo de batalla. En un momento dado se vio que los politeístas disparaban una enorme cantidad de flechas. Su único objetivo era la tienda de campaña donde estaba el Sultán de los mundos.

El cuerpo de nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba cubierto con una armadura y se había puesto el yelmo. Estaba de pie delante de su tienda de campaña dando órdenes a sus Compañeros según se desarrollaba la batalla. En ciertas ocasiones, los politeístas atacaban en grupo uno de los puntos que consideraban débiles; los benditos Compañeros iban al lugar a toda prisa y luchaban contra ellos hasta conseguir rechazarlos. Esta batalla sin precedentes era muy intensa; los heroicos compañeros ni siquiera podían mirar a su alrededor. Ese día la batalla comenzó por la mañana temprano y continuó hasta bien entrada la noche. Cada vez que llegaba la hora de una oración, los gloriosos Compañeros decían: "¡Oh Rasûlullah! No hemos podido hacer la oración ritual". Y el Maestro de los mundos les contestaban diciendo: **"Juro por Allah que yo tampoco he podido".** Por la noche lanzaron un ataque para dispersar al grupo politeísta que no les permitía hacer sus actos de adoración. Los Quraysh y los Ghatafânidas no se pudieron reorganizar y se retiraron a sus campamentos. Los muŷâhids fueron a la tienda de nuestro amado Profeta. Entonces, Fajr-i âlam, que había sido enviado como una misericordia para todos los mundos, cambió su costumbre y maldijo a los politeístas: **"Pido a Allahu ta'âlâ que, por habernos tenido luchando hasta la noche e impedirnos hacer nuestras oraciones rituales, ¡llene de fuego sus casas, sus estómagos y sus tumbas!"** Una vez rezadas las oraciones atrasadas del mediodía, la tarde y la de después de la puesta del sol, dirigió la oración de la noche.

Tras sus intentos por destruir el Islam por completo, los politeístas comprendieron que no podían vencer a los musulmanes a plena luz del día. Para ellos, la única solución era lanzar ataques repentinos en plena noche. Esa sería la única manera de derrotar a los musulmanes. Sin vacilar un solo instante, llevaron a cabo su decisión. Comenzaron a lanzar ataques nocturnos ayudados por los judíos Banî Qurayzâ. Los politeístas habían dividido en grupos sus soldados y atacaban en turnos sucesivos. Estos ataques duraron muchos días. Nuestro amado Profeta y sus valientes Compañeros seguían defendiéndose a pesar del hambre, el cansancio y la falta de sueño. El resultado fue que ningún soldado enemigo pudo atravesar el foso. Esta enconada resistencia fue más terrible, intensa y difícil que todas las batallas precedentes.

Entre los politeístas que llevaban luchando varios días comenzaron a escasear los alimentos. Al ni siquiera poder encontrar unas pocas plantas secas en el terreno, sus caballos y camellos empezaron a morir. Al verlo, el jefe de los politeístas mandó un grupo de hombres, bajo las órdenes de Dirâr bin Jattâb, a los Banî Qurayzâ para conseguir provisiones. Los judíos sacrificaron todo lo que tenían para dárselo a los incrédulos: veinte cargas de camello llenas de trigo, cebada, dátiles y paja para los animales. Cuando Dirâr regresaba feliz con sus soldados, se encontraron con un grupo de sahâbî cerca de Qubâ. Los heroicos Ashâb atacaron de inmediato. Tras una lucha encarnizada hicieron huir a los enemigos. Luego llevaron los camellos cargados a nuestro Maestro, el Profeta que pidió muchas bendiciones para ellos.

El Sultán de los mundos, nuestro Maestro, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, tuvo gran compasión por sus valientes Compañeros que vivieron momentos muy difíciles en esta batalla encarnizada que duró casi un mes. Al ver los esfuerzos extraordinarios de sus Compañeros, suplicaba por ellos diciendo: **“¡Oh Allah! ¡Tú que ayudas a la gente en dificultad! ¡Oh Allah! ¡Tú que aceptas las súplicas de los necesitados! No hay duda de que ves y conoces mi situación y la de mis Compañeros. ¡Oh mi Rabb! Desarraiga a los incrédulos. Fomenta su desunión. ¡Concédenos la victoria sobre ellos!”**

En los últimos días nuestro amado Profeta repetía con frecuencia esta súplica.

Con la dificultad añadida de la escasez de provisiones, los politeístas utilizaban todo su poder para destruir a los musulmanes lo antes posible. Una tarde, un hombre en cuyo corazón había

amor por el Islam, llegó ante nuestro Maestro, el Profeta. Era Nu'aym bin Mas'ûd de la tribu Ghatafân. Dijo a nuestro amado Profeta: "¡Oh Rasûlullah! He venido aquí para dar testimonio de que Allahu ta'âlâ es Uno y tú eres un Profeta verdadero. Doy gracias a Allahu ta'âlâ por concederme el honor de hacerme musulmán. Hasta hoy en luchado contra ti, pero de ahora en adelante lucharé contra los incrédulos. ¡Estoy dispuesto a hacer lo que me ordenes, oh Rasûlullah! ¡Ni siquiera mi gente sabe que me he hecho musulmán!" Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, dijo: **"¿Puedes infiltrarte en las filas de esos incrédulos y separarlos propiciando disputas entre ellos?"** Dijo él: "¡Oh Rasûlullah! Con la ayuda de Allahu ta'âlâ, podré separarlos. No obstante, ¿me permites decir lo que yo quiera?" Nuestro Maestro dijo: **"La guerra está llena de argucias. Puedes decirles lo que quieras".**

Hadrat Nu'aym bin Mas'ûd fue en primer lugar a los judíos de Qurayzâ y les dijo: "Vosotros sabéis cuánto os amo. Lo que voy a deciros debe quedar entre nosotros. ¡Nadie debe saberlo!" Los judíos prometieron que nadie sabría nada. Entonces Hadrat Nu'aym dijo: "Ese hombre (nuestro Maestro, el Profeta) es un auténtico problema. Ya sabéis lo que hizo con los Banî y los Banî Kaynûka. Habéis visto que los ha expulsado de sus tierras. Ahora han venido los Quraysh y los Ghatafânidas para luchar contra los musulmanes. Vosotros les estáis ayudando, pero a pesar de haber luchado durante muchos días no obtenemos resultados. Parece que el asedio se va a prolongar. A diferencia de vosotros, los Quraysh y los Ghatafânidas no tienen aquí sus bienes, propiedades o familias. Si tienen la oportunidad y logran la victoria, cogerán el botín y se irán. Y si pierden, también se irán y os dejarán solos ante los musulmanes, y el problema es que no tenéis poder suficiente para vencerlos. El progreso actual de la batalla demuestra que los musulmanes obtendrán la victoria y, si ocurre lo que imagino, os pasarán a cuchillo. Por esta razón debemos tomar medidas urgentes.

Los judíos, que escuchaban estas palabras con miedo y excitación, se alegraron mucho de que Hadrat Nu'aym se preocupara tanto por ellos. Le dijeron: "Nos has demostrado de sobra tu amistad. Dinos qué medidas deberíamos tomar". Nu'aym bin Mas'ûd, que esperaba esta reacción, dijo: "La verdad es que a no ser que tengáis como rehenes a algunos notables de los Quraysh y los Ghatafânidas, ¡no declaréis la guerra a los musulmanes! Pero si tenéis a los

rehenes con vosotros no podrán abandonar la batalla”. Lo aceptaron como una excelente precaución, se lo agradecieron mucho y le dieron regalos.

Hadrat Nu’aym dejó a los judíos y fue directamente al campamento de los Quraysh y les dijo a los jefes: “Todos conocéis mi enemistad hacia Muhammad y lo mucho que os amo. Movido por nuestra amistad, considero mi deber informaros de lo que me he enterado. Pero tenéis que prometerme y jurar que no vais a contar a nadie lo que me oigáis decir”. Hicieron el juramento y preguntaron con curiosidad: “Habla, te escuchamos”. Dijo Hadrat Nu’aym: “Debéis saber que los judíos de Qurayzâ han lamentado aliarse con vosotros y han enviado un mensaje a Muhammad. Les han dicho que esperan tomar prisioneros a algunos notables de los Quraysh y los Ghatafânidas para luego entregárselos a él. Hecho esto, lucharían a su lado contra los politeístas hasta destrozarlos por completo. La condición es que tiene que perdonar a los Banî Nâdir, sus hermanos, y dejarles sus territorios. Muhammad ha aceptado las peticiones de los judíos. ¡Si los de Qurayzâ os piden rehenes, no aceptéis porque los matarán a todos!” Los Quraysh agradecieron profusamente a Hadrat Nu’aym por darles noticias tan importantes y le trataron con mucho respeto.

Nu’aym bin Mas’ûd dejó a los Quraysh y fue a ver a los Ghatafânidas a quienes dijo lo mismo que había dicho a los Quraysh.

Al día siguiente, el jefe de los Quraysh envió un mensaje a los Banî Qurayzâ: “Se está haciendo muy difícil para nosotros permanecer en este lugar. El tiempo es frío y nuestros animales se mueren de hambre. Preparémonos bien esta noche y mañana lancemos un ataque definitivo”. Los judíos contestaron: “En primer lugar, nosotros no combatimos en un sábado. Lo segundo es que, para que nos unamos al combate, tenéis que entregarnos como rehenes a una serie de notables de vuestra gente. Si el asedio se prolonga, os sentís impotentes y regresáis a vuestra tierra, significaría que nos habéis dejado en manos de Muhammad. ¡Pero si nos dais algunos rehenes, no nos abandonaréis!” Cuando esta respuesta llegó al jefe Quraysh, dijo: “¡Así que las palabras de Nu’aym bin Mas’ûd eran ciertas!” Volvió a mandar otro mensaje a los judíos: “No os vamos a dar a nadie como garantía. Si mañana venís para luchar codo con

codo será estupendo. ¡En caso contrario, regresaremos a nuestra tierra y os quedaréis solos ante Muhammad y sus Compañeros!”

Al ver la respuesta, los judíos Qurayzâ pensaron que las palabras de Nu’aym eran verdad. Contestaron: “En ese caso, no nos uniremos a vosotros y no lucharemos contra los musulmanes”. Así fue cómo el miedo se apoderó de los corazones de ambos bandos.

Entonces vino Ŷabrâil, ’alaihis-salâm. Dio a nuestro Maestro, el Profeta, la siguiente buena noticia: Allahu ta’âlâ iba a asolar a los politeístas con un viento huracanado. Al oírlo, el Maestro del universo se arrodilló, elevó sus manos bendecidas y dio gracias a Allahu ta’âlâ diciendo: **“¡Oh Allah! Agradezco que Te hayas compadecido de mí y de mis Compañeros”.** Y luego informó a sus heroicos Ashâb de las buenas noticias.

Eso era un sábado por la noche. La oscuridad era absoluta. En esos momentos se levantó un viento gélido y muy intenso. Hadrat Huzayfa-t-ibn Yamân narró lo siguiente:

“Era una noche tan oscura que jamás habíamos algo parecido. Además de la impenetrable oscuridad, se levantó un viento horripilante con un ruido parecido a un trueno. Mientras tanto nuestro Maestro, el Profeta, nos dijo que el ejército politeísta esta aterrado y desunido. Nosotros no podíamos permanecer de pie por el frío tan intenso, el hambre y el terror que infundía la noche. Nos cubrimos con unas mantas y nos quedamos donde estábamos”.

“El Rasûlullah empezó a hacer una oración ritual. Rezó durante una parte de la noche. Luego, se volvió hacia nosotros y preguntó: **“¿Hay alguno de vosotros que esté dispuesto a ir cerca del ejército politeísta, inspeccionar la situación y traerme las noticias? Yo pediré a Allahu ta’âlâ que quien me traiga las noticias sea mi amigo en el Paraíso”.** Debido a lo terrible del frío y el hambre, nadie se levantó. Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, se acercó a mí. Yo estaba sentado sobre mis rodillas agobiado por el hambre y el frío. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, me tocó y preguntó: **“¿Quién eres?”** Respondí: “Soy Huzayfa, oh Rasûlullah”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, me dijo: **“¡Ve y observa lo que hace esa gente! Hasta que no regreses a mí, no dispares flechas ni tires piedras a nadie, ni los ataques con tu espada o con**

tu lanza. Hasta que no vuelvas a mí, el frío ni el calor no te causarán daño alguno ni serás capturado ni torturado".

"Cogí mi espada y mi arco y me dispuse a ir. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, pidió bendiciones por mí diciendo: **"¡Oh Allah! Protégelo por delante y por detrás, por la derecha y por la izquierda, por encima y por debajo".**

Empecé a andar hacia los politeístas. Era como si estuviese andando en un baño de agua. Juro por Allah que no sentía miedo, ni frío ni tampoco temblaba. En un momento dado llegué al campamento de los politeístas. Sus jefes habían hecho un fuego en torno al cual se estaban calentando. Abû Sufyân estaba diciendo: "Deberíamos irnos de aquí". En ese momento pensé en matarlo. Saqué una flecha de la aljaba y la coloqué en el arco. Quería disparar aprovechando la luz de la hoguera. Cuando estaba a punto de hacerlo, recordé que el Rasûlullah me había dicho: **"No provoques incidente alguno hasta que vuelvas a mí".** Así pues, decidí no hacerlo. Entonces me embargó una gran valentía. Me acerqué a los politeístas y me senté cerca del fuego. El fuerte viento desconocido hasta ese entonces, y el ejército invisible de Allahu ta'âlâ (ángeles) les estaba devastando. A causa del viento se caían los utensilios para cocinar, se apagaban las luces y las hogueras y las tiendas de campaña se derrumbaban sobre sus cabezas. En un momento dado, Abû Sufyân, el jefe del ejército politeísta se levantó y dijo: "¡Estad alertas! Es posible que haya espías entre vosotros. ¡Que cada uno compruebe quién es la persona que está a su lado! Dar la mano al que está sentado a tu lado". Abû Sufyân había presentido la presencia de un extraño entre ellos. Yo extendí mis manos inmediatamente, cogí las de las dos personas que estaban a mi lado y les pregunté sus nombres antes de que ellos me preguntaran el mío. Así es como impedí ser reconocido.

Por último, Abû Sufyân se dirigió a su ejército: "¡Oh Quraysh! No estáis en el lugar adecuado. Los caballos y los camellos han empezado a morir. El hambre nos asola por doquier y ya veis lo que nos pasa por culpa del viento. ¡Levantaos e iros de inmediato! Yo me voy ahora mismo". Dicho esto, se montó en su camello. El ejército politeísta, en una condición lamentable, se reunió e inició el regreso a Mecca. Estaban en medio de una terrible tormenta de arena.

Cuando se fue el ejército Quraysh, inicié el regreso hacia nuestro Maestro, el Rasûlullah. Recorrido la mitad del camino, me encontré con veinte jinetes (ángeles) con turbantes blancos. Me dijeron: **“Dile al Rasûlullah que Allahu ta’âlâ ha arruinado al enemigo”.** Cuando llegué a donde estaba el Rasûlullah, vi que estaba haciendo la oración ritual. Lo curioso fue que, nada más regresar, la condición de estar aterido de frío y temblando había empezado de nuevo. Terminada la oración, nuestro Maestro, el Rasûlullah me preguntó qué noticias traía. Le dijo que los politeístas estaban maltrechos y se habían ido. El Rasûlullah se alegró mucho al oírlo y sonrió. Llevábamos varios días sin dormir. Nuestro Maestro, el Profeta, me cubrió con parte de la estera que había utilizado para rezar y me quedé dormido. A la mañana siguiente no se veía rastro alguno del ejército politeísta. Hasta que llegaron a las cercanía de Mecca, fueron perseguidos por un viento irresistible y oyeron todo el tiempo los sonidos del takbîr.

Cuando los politeístas Quraysh dejaron su campamento y huyeron, las otras tribus que habían venido con ellos también se fueron de Medina. Estaban muy apesadumbrados por la absoluta derrota que jamás podrían olvidar. Mientras ellos sufrían esta gran pérdida, el Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y sus honorables Compañeros hacía saŷdas de agradecimiento, dando gracias y alabando a Allahu ta’âlâ. Los muŷâhids iniciaron el camino hacia la luminosa Medina con gritos de “¡Allahu akbar!... ¡Allahu akbar!” Las calles de Medina estaban llenas de niños. Había salido para dar la bienvenida al Sultán de los mundos y a sus padres bendecidos, a sus hermanos mayores, sus tíos paternos y sus tíos maternos. Nuestro Maestro, el Profeta, correspondía a sus saludos sonriendo.

En la Batalla Sagrada del Foso murieron mártires seis musulmanes. Con respecto a esta Guerra Santa, Allahu ta’âlâ hizo descender las siguientes âyat-i karîma: **“Allahu ta’âlâ** (en la Batalla del Foso) **hizo regresar a esos incrédulos llenos de ira. No consiguieron victoria ni bien alguno. Así fue cómo Allahu ta’âlâ** (con ángeles y viento) **fue suficiente para** (la victoria de) **los creyentes en esa batalla. El poder de Allahu ta’âlâ es más que suficiente. Él es el Victorioso en todo asunto”.** (Sûra Ahzâb: 25)

“¡Oh creyentes! Recordad las bendiciones que Allahu ta’âlâ os ha concedido. Cuando os atacaron los ejércitos (en la Batalla del Foso) **Nosotros enviamos contra ellos un viento y ejércitos** (de ángeles) **que no podíais ver”.** (Sûra Ahzâb: 9)

Tras esta guerra, nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Ahora os toca a vosotros. Desde ahora en adelante, los Quraysh no podrán ir contra vosotros”.**

Los judíos de Banî Qurayzâ

Cuando nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu alaihi wa sallam, regresó a Medina, fue a la casa de nuestra madre Âisha. Allí se despojó de sus armas y de la armadura. Su cuerpo bendecido estaba cubierto de tierra y fue a darse un baño. En ese momento, apareció un jinete con armas y recubierto con una armadura bajo la forma de Hadrat Dihya. Era el Arcángel Gabriel. Cuando nuestro Maestro, el Profeta lo saludó, éste le dijo lo siguiente: “¡Oh Mensajero de Allahu ta’âlâ! ¡Ŷanâb-i Haqq te ordena que vayas contra los Banî Qurayzâ inmediatamente!” El Maestro de los mundos llamó a Hadrat Bilâl y le dijo que informase a los Compañeros: **“¡Oh mis Ashâb! ¡Levantaos y montad vuestros caballos y camellos! Los que obedezcan harán la oración ritual de la tarde en las tierras de los Banî Qurayzâ!”**

Nuestro Maestro, Habîb-i-akram, se puso la armadura y se ciñó la espada con rapidez. Llevaba el yelmo en su bendita cabeza y el escudo a la espalda. Cogió su lanza y se montó en su caballo. Al reunirse con sus Compañeros, dio el estandarte del Islam a Hadrat Ali y lo envió como vanguardia a la fortaleza de los judíos Qurayzâ. Como ya era habitual, dejó a Abdullah Ibn-i-Umm-i-Maktûm como su representante en Medina.

Los gloriosos Compañeros rodearon a nuestro amado Profeta y salieron de Medina diciendo el takbîr “¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!” En el camino encontraron a los Banî Ghanm que estaban armados y esperando por nuestro Maestro, el Rasûlullah. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu alaihi wa sallam, les preguntó: **“¿Os habéis encontrado con alguien?”** Respondieron: “¡Oh Rasûlullah! Hemos visto a Dihya-i Kalabî que montaba una mula blanca sobre la que había terciopelo de seda”. Nuestro amado Profeta les dijo: **“Era Ŷabrâil que ha sido enviado a los Banî Qurayzâ para hacer temblar su fortaleza e infundir temor en sus**

corazones”. Cuando llegaron a la fortaleza de los hijos de Qurayzâ, el número de hombres que componía el ejército islámico había aumentado hasta llegar a tres mil.

Hadrat Ali plantó el estandarte del Islam delante mismo de la fortaleza de los judíos Qurayzâ. Al verlo, los judíos hablaron mal de nuestro Maestro, el Profeta. Hadrat Ali informó a nuestro Maestro de la situación. El Rasûl-i akram, sallallâhu alaihi wa sallam, llevado por la compasión y acompañado de tres mil hombres que tenían el honor de estar en ese lugar, invitó a los judíos al Islam. Los Banî Qurayzâ no aceptaron esta hermosa oferta y también rechazaron la orden bendecida: **“En ese caso, salid de la fortaleza y rendíos a la orden de Allahu ta’âlâ y Su Mensajero”.** Luego, el Maestro de los mundos ordenó al el jefe de los arqueros, Sa’d ibn Abî Waqqâs: **“¡Oh Sa’d! ¡Adelantaos y disparad flechas contra ellos!”** Hadrat Sa’d y los demás arqueros empezaron a disparar flechas contra la fortaleza judía al tiempo que decían el takbîr. Los judíos respondieron tirando flechas y piedras; había comenzado la batalla.

Este grupo de judíos, que había apuñalado por la espalda a los musulmanes cuando eran débiles y que no aceptaban la misión profética de Muhammad, sallallâhu alaihi wa sallam, por culpa de los celos, no tuvieron la valentía de abrir las puertas de la fortaleza para salir al campo de batalla.

El asedio continuó. Los hipócritas infiltrados entre los soldados musulmanes enviaron mensajes secretos a la fortaleza que decían: “¡No os rindáis nunca! ¡No lo aceptéis incluso si lo único que quieren es que abandonéis Medina! Si seguís luchando nosotros os ayudaremos con todas nuestras fuerzas sin negaros cosa alguna. ¡Si os expulsan de Medina, nos iremos con vosotros!” Al recibir estas noticias, los judíos siguieron defendiéndose con renovada esperanza y determinación. Confiaban en la ayuda de los hipócritas. El asedio se prolongó hasta llegar casi al mes y la ayuda de los hipócritas no llegaba. Los judíos tenían miedo y solicitaron hacer un pacto.

A fin de establecer un nuevo tratado, un judío llamado Nabbâsh bin Qays se presentó ante nuestro Maestro, el Rasûlullah, y dijo: “¡Oh Muhammad, (sallallâhu alaihi wa sallam)! Ten con nosotros la compasión que tuviste con los Banî Nâdir. ¡Te damos nuestras armas y nuestras posesiones! No derrames nuestra sangre. Este es nuestro único deseo. Permite que

abandonemos nuestra tierra con nuestras esposas e hijos. Excepto las armas, deja que llevemos por familia una carga de camello con nuestros bienes”. El Maestro de los mundos contestó: **“¡No, no puedo aceptar esa oferta!”** Entonces el judío dijo: “Está bien, renunciamos a la idea de llevarnos nuestro bienes. ¡Pero no derrames nuestra sangre! Y permite que llevamos con nosotros a nuestras esposas e hijos”. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡No! ¡La única posibilidad que tenéis es acatar mi veredicto sin condición alguna y rendirse obedeciéndolo!”** El judío Nabbâsh regresó a la fortaleza completamente abatido. Esta vez, los judíos de Qurayzâ eran presa de la pesadumbre y el desánimo más absolutos.

Ka’b bin Asad, uno de los líderes judíos, actuó con justicia e hizo a su pueblo la siguiente propuesta: “¡Oh pueblo mío! Como bien podéis ver, nos ha sobrevenido una gran catástrofe. En esta situación tengo tres consejos que daros. Podéis elegir uno y actuar según alguno de ellos. En primer lugar, mostremos obediencia a esta persona y aceptemos su misión profética. Juro por Allah que todos conocemos que es un Profeta que ha sido enviado por Allah y cuyos atributos conocemos por nuestros libros. Si creemos en él, nuestra sangre, esposas, hijos y bienes materiales estarán a salvo. El único motivo de nuestra desobediencia es la envidia ante los árabes porque no es uno de los Banî Israil. Pero en todo caso, esto es algo que solo Allah conoce. ¡Obedezcámosle!” Pero los judíos lo rechazaron al unísono y dijeron: “¡No! No lo aceptamos y jamás obedeceremos a alguien que no sea de los nuestros”.

Entonces Ka’b presentó el segundo consejo: “Matemos a nuestras esposa e hijos. Cuando no dejemos tras nosotros preocupación alguna, salgamos y luchemos contra los musulmanes hasta vencer o morir”. Los judíos también rechazaron esta propuesta.

En el tercer consejo Ka’b dijo: “Esta es la noche del sábado. Los musulmanes saben que no lucharemos esta noche. Se sentirán seguros y actuarán con negligencia. Desenvainemos las espadas y salgamos juntos por la puerta. ¡Con este ataque es posible obtener la victoria!” Los judíos también rechazaron esta propuesta alegando que no se podía transgredir la prohibición de combatir los sábados. Los hermanos Asîd y Sa’laba, junto con Asad, el hijo de su tío paterno, aceptaron el primer consejo y tuvieron el honor de hacerse musulmanes. Salieron de la fortaleza y se unieron a los Ashâb-i kirâm.

Los judíos discutieron durante mucho tiempo las posibles alternativas. Al final decidieron rendirse y pedir a nuestro Maestro, el Profeta, un árbitro que diera un veredicto al respecto. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam', les dijo que eligieran a un Compañero como árbitro. Los judíos dijeron que aceptarían el veredicto que diera Sa'd bin Mu'âz. Nuestro Maestro, el Profeta, lo aceptó y ordenó que se acercase Hadrat Sa'd bin Mu'âz.

Sa'd bin Mu'âz había sido malherido en la Batalla del Foso. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, había ordenado que lo cuidaran en una tienda puesta en la Masŷîd-i Nabî. Cuando fue elegido como árbitro, llevaron a Hadrat Sa'd en una camilla hasta la fortaleza de loa Banî Qurayzâ. En el camino, Hadrat Sa'd se dijo a sí mismo: "¡Juro por Allah que, en lo que respecta al camino de Allahu ta'âlâ, no escucharé a nadie que me critique!" Lo llevaron ante nuestro Maestro, el Rasûlullah, que le dijo: **"¡Oh Sa'd! Esta gente ha aceptado rendirse conforme a tu veredicto. Dime qué piensas al respecto".** Sa'd bin Mu'âz dijo: "¡Sea mi vida sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! La verdad es que en esta cuestión Allahu ta'âlâ y Su Mensajero saben más". Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Allahu ta'âlâ te ha ordenado dar una sentencia en el caso de esta gente".** Hadrat Sa'd hizo prometer a los judíos que acatarían lo que iba a decir. Ambos bandos esperaban la sentencia con gran expectación. Entonces, Hadrat Sa'd promulgó su veredicto con el que mostraba lo elevado de su grado: "Mi sentencia es que ¡todos los hombres cuerdos y que han alcanzado la pubertad deben ser decapitados! Sus hijos y mujeres serán hechos prisioneros. Y sus bienes y propiedades se distribuirán entre los musulmanes".

Al oír esta sentencia definitiva, los judíos quedaron petrificados. La razón era que, en sus propios libros, este era el castigo que se imponía a la gente que se había excedido, lo cual era precisamente su caso. Sus textos decían: "Cuando llegues a una ciudad para combatir, invítalos a la paz. Si lo aceptan y abren sus puertas, sus habitantes te han de pagar un impuesto y ponerse a tu servicio. Si deciden combatir, sométélos a asedio. Si consigues la victoria con la ayuda de Allahu ta'âlâ, ¡pasa a cuchillo a todos los hombres y toma como botín a sus mujeres, niños y bienes materiales!

Al estar el veredicto de Hadrat Sa'd bin Mu'âz de acuerdo con la sentencia divina, el Maestro de los mundos, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, le felicitó y manifestó su contento diciendo: **"¡Has dado un veredicto que está de acuerdo con la sentencia de Allahu ta'âlâ, escrita en la Lawh-i mahfûz por encima de los siete cielos!"**

Los judíos no pudieron objetar a una sentencia que aparecía mencionada en sus propias escrituras. Se reunió a todos los hombres cuerdos que habían alcanzado la pubertad y se ejecutó la sentencia. Los niños, mujeres y bienes materiales se distribuyeron entre los Ashâb-i kirâm.

Así fue cómo fue purgado de Medina este pueblo que había apuñalado a los musulmanes por la espalda en los tiempos más difíciles, que había roto los tratados suscritos y que había intentado matar a nuestro Maestro, el Profeta, desde su niñez.

Los Ashâb-i kirâm, llenos de felicidad y prosperidad, regresaron a la luminosa Medina.

Entre los prisioneros hubo una mujer que obtuvo la bendición de hacerse musulmana. Nuestro Maestro el Profeta, se alegró mucho con ello. Como quería hacerla feliz y que obtuviese grados muy elevados en el Paraíso, la tomó como esposa. Esta señora era nuestra madre Rayhâna.

El martirio de Sa'd bin Mu'âz

Una vez emitido el veredicto sobre los judíos Banî Qurayzâ, Sa'd bin Mu'âz fue llevado de nuevo a su tienda. Sus heridas habían empeorado y su estado era grave. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, fue a verlo y lo abrazó. Y luego suplicó: **"¡Oh Allah! Sa'd hizo la Guerra Santa en Tu camino buscando Tu aprobación. Ha creído en Tu Mensajero. Dale facilidad".** Cuando Hadrat Sa'd bin Mu'âz oyó estas palabras de nuestro amado Profeta, abrió los ojos y susurró: "¡Oh Rasûlullah! Yo te saludo y doy testimonio de que tú eres el Profeta de Allahu ta'âlâ". Luego, sus parientes lo llevaron a la casa de los hijos de Abdulashal. Esa noche su estado empeoró aún más. Ŷabrâil, 'alaihis salâm, vino y preguntó: "¡Oh Rasûlullah! ¿Quién es la persona de tu comunidad que ha muerto esta noche y cuya muerte

ha sido anunciada entre los ángeles?” Tras esto, el Maestro de los mundos preguntó por Sa’d bin Mu’âz. Le dijeron que lo habían llevado a su casa. Nuestro Maestro, el Profeta, acompañado por algunos Compañeros fue a ver a Sa’d bin Mu’âz. Estaban yendo a un paso muy rápido. Los Ashâb-i kirâm dijeron: **“¡Estamos muy cansados, oh Rasûlullah!”** Nuestro Maestro, el Profeta, explicó el motivo de tanta prisa: **“Los ángeles van a llegar a su funeral antes que nosotros, como ya ha pasado con el funeral de Hanzala. No vamos a poder verlo antes que ellos”.** Cuando llegó nuestro Maestro, el Profeta, vio que Sa’d bin Mu’âz ya había fallecido. Utilizando el apodo de Sa’d bin Mu’âz, dijo: **“¡Oh Abû Amr! Tú eras el mejor de los jefes. ¡Pido a Allahu ta’âlâ que te conceda la bienaventuranza y la mejor recompensa! Has cumplido tu promesa a Allahu ta’âlâ. ¡Allahu ta’âlâ también te dará lo que Él ha prometido!”** Entretanto, la madre de Sa’d bin Mu’âz lloraba y recitaba estos versos:

“¡Cómo puede ella soportarlo!
¡Ay qué pena siente su madre!
La paciencia es necesaria.
¡Lloro por lo que me ha tocado vivir!”

Aslam bin Hâris transmitió lo siguiente: “El Rasûlullah vino a la casa de Sa’d bin Mu’âz. Nosotros estábamos esperando en la puerta cuando entró el Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Venía dando pasos muy largos. Cuando fuimos a seguirlo, el Rasûlullah indicó que nos detuviéramos; nosotros lo hicimos y regresamos a la puerta de la casa. En el interior solo estaba el cadáver de Sa’d. El Rasûlullah permaneció allí durante un tiempo y luego salió. Llevado por la curiosidad le pregunté: “¡O Rasûlullah! ¿Por qué dabas esos pasos tan largos?” Contestó: **“Nunca he estado en una reunión tan atestada.** (Los ángeles llenaban todo el espacio). **Uno de los ángeles permitió que me sentase en una de sus alas”.** Luego, nombró a Sa’d bin Mu’âz con su apodo y dijo: “**¡Disfruta de las bendiciones, oh Abâ Amr!** “**¡Disfruta de las bendiciones, oh Abâ Amr!,** “**¡Disfruta de las bendiciones, oh Abâ Amr!”**

“Su muerte apenó mucho al Rasûlullah y a los Ashâb-i kirâm que derramaron lágrimas de tristeza. Al funeral asistieron todos los Ashâb-ı kirâm. Nuestro amado Profeta dirigió la oración ŷanâza y ayudó a llevar el cadáver. Los Ashâb-ı kirâm que ayudaron a llevarlo dijeron: “¡Oh

Rasûlullah! Hasta ahora no hemos visto que se llevara un cuerpo con tanta facilidad”. Al oírlo, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Los ángeles han descendido y lo están llevando!”**

“En pleno funeral, y para hablar mal de él, los hipócritas dijeron: “¡Qué poco impresionante!” Nuestro amado Profeta dijo: **“Para el funeral de Sa’d han descendido setenta mil ángeles. Hasta este momento, jamás había descendido al mundo tal multitud de ángeles”.**

Abû Sa’îd-il Hudrî narró que su abuelo le había dicho: “Yo fui una de las personas que cavó la tumba de Sa’d bin Mu’âz. ¡Cuando empezamos a cavar su tumba, emanó de ella un olor a almizcle!” Shurahbil Bin Hasana transmitió: “Cuando se estaba enterrando a Sa’d bin Mu’âz, una persona había cogido un puñado de tierra de su tumba. Cuando lo llevó a su casa, la tierra se transformó en almizcle. Cuando su cadáver estaba siendo depositado en la tumba, nuestro Maestro, el Profeta, se sentó al borde de la misma con los ojos llenos de lágrimas, cogiéndose la barba y lleno de tristeza. Dijo: **“Con la muerte de Sa’d bin Mu’âz, el Arsh se ha estremecido”.**

En una ocasión, a nuestro Profeta le habían dado como regalo una prenda de vestir sumamente valiosa. Cuando Ashâb-i kirâm la vieron y comentaron su belleza, él dijo: **“Los pañuelos que tiene Sa’d bin Mu’âz en el Paraíso son más bellos que esta prenda”.**

Otros acontecimientos importantes del año quinto de la Hégira son los siguientes: nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, con una tropa de mil soldados, fue contra las tribus que vivían en Dûmat-ul-Ŷandal. Estas tribus molestaban a los que viajaban por la ruta hacia Damasco y estaban amenazando a Medina. Cuando estas tribus se enteraron que venía un ejército islámico huyeron a toda prisa. Tras pasar unos días en Dûmat-ul-Ŷandal regresaron a Medina.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se casó con Zaynab bint Ŷahsh en el mes de Zilkâda. Ese año descendieron las hiŷâb âyat-i karîma donde se ordena a las mujeres musulmanas que se cubran. Otro suceso fueron las calumnias de los hipócritas con respecto a nuestra madre Hadrat Âisha. Algunos musulmanes llegaron a creer esas calumnias. A propósito de ellos descendieron âyat-i karîma, las calumnias de los hipócritas se desvelaron y

Hadrat Âisha fue alabada. La tribu Muzayna, que vivían en las cercanías de Medina, envió mensajeros y se hicieron musulmanes. Se les consideró muhâŷirs. También en ese año hubo un terremoto y un eclipse luna. Y además, ese año se hizo fard (una acción o una cosa que es ordenada por Allâhu ta'âlâ en al-Qur'ân al-karîm) el haŷŷ.

Al anhelarte, mi corazón se ensangrentó; estoy cubierto de rojo, oh Rasûlullah
No sé cómo voy a poder soportar este fuego, oh Rasûlullah
Yo era un lamento inconsolable en la asamblea del pasado, oh Rasûlullah
Hazme feliz con tu belleza porque estoy abrasado, oh Rasûlullah

Tú eres un remedio para el corazón ardiente y una cura sin igual
Tú eres una gran salvación y el mejor guía
Tú eres el amado por Allah, tú eres Muhammad Mustafâ
Hazme feliz con tu belleza porque estoy abrasado, oh Rasûlullah

Si no fuera por tu nûr las rosas no florecerían y las cascadas no fluirían,
El mundo se marchita y el aliento se termina si tú no miras al cielo
La separación llora y la unión también lo hace si la eternidad no es tu secreto
Hazme feliz con tu belleza porque estoy abrasado, oh Rasûlullah

YAMAN DEDE

EL TRATADO DE PAZ DE HUDAYBIYA

Tras la Batalla Sagrada del Foso, algunas de las tribus vecinas reconocieron el poder del Estado Islámico y empezaron a pensar que lo mejor era ser amigos de los musulmanes e incluso abrazar el islam. Algunas se presentaron ante nuestro Maestro, el Profeta, y tuvieron el honor de hacerse musulmanes.

El Maestro de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estableció unidades militares formadas por sus Ashâb para propagar la religión del Islam. En el caso de algunas tribus, fue a visitarlas en persona. Algunas, como es el caso de Dûmat-ul-Ŷandal, aceptaron el consejo que se les daba y se hicieron musulmanes. Otras, como los Ghatafânidas y los Banî Lihyân, tuvieron

miedo de enfrentarse a los soldados musulmanes y huyeron. Las tribus de la zona estaban amedrantadas.

En el sexto año de la Hégira hubo una sequía muy severa. Del cielo no cayó una sola gota y en la tierra no había nada verde. Los humanos y los animales estaban hambrientos. Un viernes del sagrado mes de Ramadán, la gente suplicó a nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam: “¡Oh Rasûlullah! ¡Pídele a Allahu ta’âlâ que nos conceda la lluvia!” Acompañado de sus Compañeros, nuestro Maestro, el Profeta, salió al campo abierto. Sin dar el adhan o recitar el iqamat, hicieron una oración ritual de dos rak’ats. Terminada esta, nuestro Maestro, el Profeta, se puso su ridâ al revés (prenda de vestir). Luego alzó los brazos al cielo, hasta que se podían ver sus sobacos bendecidos por las mangas, y suplicó: **“¡Oh Allah! ¡Danos la lluvia!”** Los Ashâb-i kirâm decían: “¡Âmîn! ¡Âmîn!”

En ese momento, en el cielo no había una sola nube. Pero cuando nuestro Maestro, Rasûl-i akram, estaba invocando, se levantó un viento y se pudo ver que el cielo se llenaba de nubes. Al poco tiempo llovía de forma moderada. Esta vez, el Maestro de los mundos suplicó: **“¡Oh Allah! ¡Haz que llueva en abundancia y que sea beneficioso para nosotros!”** En ese preciso instante comenzó un gran chaparrón de agua.

Las ropas de nuestro Maestro, el Profeta, y de los Ashâb-i kirâm, estaban empapadas. Cuando llegaron a sus casas el agua lo cubría todo. Y seguía lloviendo. Llovió ese día, el siguiente y el siguiente. En la oración del viernes siguiente, los Ashâb-i kirâm le dijeron: “¡Oh Rasûlullah! Con tanta lluvia nuestras casas han empezado a desmoronarse y los animales se ahogan. ¡Pide por favor a Allahu ta’âlâ que detenga la lluvia! Nuestro amado Profeta sonrió y alzando las manos al cielo suplicó: **“¡Oh mi Rabb! ¡Envía esta lluvia a las aldeas, los bosques y los valles!”** En ese momento, la lluvia que duraba toda una semana se detuvo y empezó a llover en los lugares mencionados.

Era el mes de Dhu’l-qa’da del año sexto de la Hégira. Una noche, nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tuvo un sueño en el que, acompañado de sus Compañeros, iba a Mecca, hacía tawâf en torno a la Kâ’ba, alguno de ellos se recortaban el pelo y otros se lo afeitaban. Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah contó este sueño a sus Ashâb, se sintieron

muy emocionados. Iban a ir a Mecca, a su hermosa tierra en la que habían crecido y de la que tenían tantos recuerdos. Iban a poder visitar y circunvalar la Kâ'ba hacia la que se orientaban en sus cinco oraciones diarias. ¡Qué buenas noticias! Cuando recibieron estas buenas nuevas de boca de nuestro amado Profeta, **"¡no hay duda de que entraréis en la Masŷid al Haram!"** los Ashâb-i kirâm comenzaron a hacer los preparativos a toda prisa.

Una vez completados los preparativos, nuestro Maestro, Habîb-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, nombró a Abdullah bin Umm-i Maktûm su representante en Medina. El primer día del mes de Dhu'l-qa'da, un lunes, se montó en su camella de nombre Quswâ. Acompañado de mil quinientos Compañeros, se despidieron de la gente que se quedaba en Medina. Pusieron la intención de hacer Umra y se encaminaron hacia la sagrada ciudad de Mecca. Llevaban armas apropiadas para el viaje, sus espadas y setenta camellos para sacrificar. A la expedición se habían unido doscientos jinetes y dos mujeres sahâbî. Una de ellas era Hadrat Ummu Salama, la bendita y casta esposa de nuestro amado Profeta.

Cuando llegaron al mîkât (lugares en los alrededores de Mecca donde los musulmanes se reúnen antes de entrar en el Haram. Al llegar a estos lugares se preparan física y espiritualmente para este sagrado deber), que se llamaba Zu'l-Hulayfa, se pusieron el ihrâm (prenda de vestir) e hicieron la oración ritual del mediodía. Luego marcaron las orejas de los camellos que iban a ser sacrificados y ataron cuerdas a sus cuellos. Se dieron ayudantes a Nâŷiya-t-ubnu Ŷundub Aslamî y se les encargó cuidar de los camellos. Abbâd bin Bishr fue puesto al mando de un grupo de veinte jinetes que fueron enviados por delante en misión de reconocimiento. Bushr bin Sufyân fue enviado a Mecca como mensajero.

Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y sus valientes Compañeros, vestidos con el ihrâm blanco, empezaron a alabar a Allahu ta'âlâ, confirmando Su gloria y suplicándole: **"¡Labbayk! ¡Allâhumma Labbayk! ¡Labbayk! ¡Lâ sharîka laka Labbayk! ¡Innal hamda wanni'mata laka wal-mulka lâ shârika lak!"** Los cielos y la tierra resonaban con esta talbiya bendecida y Zu'l Hulayfa se convirtió en un lugar espiritual. Todo el mundo estaba emocionado. Salieron de Zu'l Hulayfa para llegar a Mecca lo antes posible.

Estando de camino, Hadrat ’Umar y Hadrat Sa’d bin Ubâda se acercaron a nuestro Maestro, Habîb-i akram, y manifestaron su preocupación diciendo: “¡Oh Rasûlullah! ¿Vamos hacia la gente que está en guerra contigo sin llevar arma alguna? Mucho nos tememos que dañen tu cuerpo bendecido”. El Maestro de ambos mundos dijo: **“He puesto la intención de hacer umra** (peregrinación sunnat a Mecca)**. En este estado, no quiero llevar arma alguna”.**

El viaje transcurrió sin incidentes. Mientras iban de camino, convocaron a varias tribus y nuestro Maestro, el Profeta, las invitó al Islam. Algunas dudaron a la hora de aceptar y otras le dieron regalos. Siguieron su camino de esta manera hasta llegar a un lugar llamado Gadîr-ul-Ashtât, detrás de Usfân. Fue aquí donde regresó Hadrat Bushr bin Sufyân, que había sido nombrado emisario para hablar con los Quraysh. Dijo a nuestro amado Profeta lo que había visto: “¡Oh Rasûlullah! Los Quraysh se han enterado que vas de camino a Mecca. Presas del miedo, han invitado a banquetes a las tribus vecinas para pedirles su ayuda. Han enviado un grupo de doscientos jinetes para enfrentarse a ti. Por otra parte, las tribus vecinas han aceptado la petición y se han congregado en un lugar llamado Baldah. Han construido una serie de baluartes y han jurado no dejarte entrar en Mecca”.

El Maestro de los mundos se entristeció con estas noticias y dijo: **“Los Quraysh se han destruido a sí mismos. La guerra los ha consumido... ¿Acaso creen los politeístas Quraysh que tienen poder alguno? Juro por Allahu ta’âlâ que, hasta que esta religión sea la que domine –para cuya propagación me ha enviado Allahu ta’âlâ– o hasta que mi cabeza se separe del cuerpo, ¡jamás dudaré a la hora de combatirlos!”**

Luego se dirigió a sus heroicos Compañeros y les preguntó qué opinaban al respecto. Los gloriosos Compañeros, que estaban entregados por completo a la causa del Rasûlullah, dijeron: “Allâhu ta’âlâ y Su Mensajero saben más. ¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en tu nombre, oh Rasûlullah! Hemos iniciado este viaje con la intención de hacer tawâf en torno a la Baytullah. No hemos venido a luchar ni a matar a nadie. No obstante, si quieren impedirnos visitar la Kâ’ba, ¡lucharemos contra ellos y conseguiremos nuestro objetivo!”

A nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le gustó la determinación de los Ashâb-i kirâm. Dijo: **“En ese caso, ¡caminad en el nombre bendecido de Allahu ta’âlâ!”** Los

Compañeros, que rodeaban a nuestro Maestro, el Profeta, se pusieron en marcha hacia Mecca diciendo talbiya (¡Labbayk! ¡Allahumma Labbayk!) y takbîr (¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!)

Al mediodía, Hadrat Bilâl-i Habashî dio el adhân con toda la belleza de su voz y proclamó que había llegado la hora de la oración. Entretanto, el grupo de doscientos jinetes Quraysh se había interpuesto entre los Compañeros y Mecca listos para atacar. A pesar de todo, el Maestro de los mundos y sus encumbrados Compañeros formaron las filas y empezaron a rezar. Era una escena inigualable: nuestro amado Profeta y sus mil quinientos Compañeros en qiyâm (de pie, en la oración ritual) y luego en rukû (inclinados en la oración ritual). Su saŷda fue como si una gran montaña se desmoronara para luego levantarse otra vez.

Esa demostración de humildad que consistía en poner sus frentes honorables en el suelo ante Allahu ta'âlâ, hizo que a algunos de los jinetes Quraysh les gustara el Islam. Cuando los Ashâb-i kirâm finalizaron la oración ritual con el salâm, el jefe de la caballería Quraysh se apenó. Decía: "¡Si hubiésemos atacado, aprovechándonos de la situación, habríamos matado a casi todos! ¿Por qué no hemos atacado mientras rezaban?" Luego dijo a sus compañeros que no debían dejar pasar la oportunidad la próxima vez: "¡No os preocupéis! No cabe duda de que harán otra de esas oraciones rituales que aman más que a sus hijos y a sus propias vidas".

Allahu ta'âlâ hizo descender una revelación por medio de Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, en la que informaba al Profeta de esas palabras.

En esa âyat-i karîma, se declara: **"**(¡Oh Mi amado!) **Cuando estés entre ellos y en contra** (del enemigo) **haz la oración ritual** (dividiéndolos en dos grupos)**; que algunos se queden contigo** (haciendo la oración ritual y los otros frente al enemigo). **Haz que cojan sus armas. Y luego haz que los que estaban contigo y habían hecho un rak'at se enfrenten al enemigo. Tras esto, que vengan los que no habían hecho la oración y hagan el segundo rak'at de la misma contigo. Permite que ellos también tengan sus armaduras, escudos y armas.** (Que reciten el tashahhud contigo. Cuando digas el salâm, que se enfrenten al enemigo sin decir el salâm; que vengan entonces los que habían rezado un rak'at, que hagan uno más y digan salâm. Luego, que regresen los que habían hecho el segundo rak'at con imâm, que hagan otro más y digan el

salâm para completar la oración ritual)**. Los incrédulos quieren que dejéis a un lado vuestras armas y pertrechos para lanzar un ataque por sorpresa. Si estáis bajo una lluvia intensa o enfermos, no seréis responsables de abandonar las armas. No obstante, tomad todo tipo de precauciones. Ciertamente, Allahu ta'âlâ ha preparado un castigo ignominioso para los incrédulos".** (Sûra Nisâ: 102).

Por la tarde, cuando Hadrat Bilâl llamó el adhân, los jinetes Quraysh, dispuestos para atacar, se interpusieron otra vez entre los Ashâb-i kirâm y Mecca. Nuestro Maestro, el Profeta, dirigió la oración conforme a las instrucciones del âyat-i karîma.

Los politeístas quedaron asombrados con esa forma tan cautelosa de rezar. Allahu ta'âlâ infundió el terror en sus corazones. No se atrevieron a atacar y abandonar el lugar para informar a Mecca. Nuestro Maestro, el Profeta, y sus Compañeros se encaminaron hacia el lugar llamado Hudaybiya.

Cuando llegaron a los alrededores de la Sagrada Mecca, Quswâ, la camella de nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se sentó de repente sin motivo alguno. Intentaron levantarla utilizando todo medio, pero se negaba a hacerlo. Al verlo, el Sultán de los mundos dijo: **"No acostumbra a sentarse de esta manera. No obstante, Allahu ta'âlâ que impidió la entrada en Mecca del elefante** (de Abraha), **ahora detiene a Quswâ. ¡Juro por Allahu ta'âlâ que cualquier cosa que me pidan los Quraysh –de lo que Allahu ta'âlâ ha prohibido sea haga en el interior del Haram** (como renunciar a la lucha y el derramamiento de sangre)– **hará que acate sin duda alguna sus peticiones!"**

Tras estas palabras intentó que Quswâ se levantase. La camella se levantó de un salto, pero no traspasó los límites del Haram. Se detuvo en Hudaybiya que estaba justo en el mismo borde. Nuestro Maestro, el Profeta, y sus Ashâb-i kirâm permanecieron es ese lugar donde había menos agua.

Rasûl-i akram había establecido su tienda en las afueras de la bendita Mecca, donde su dispuso a esperar con sus Compañeros. Cuando llegaba la hora de hacer la oración, la hacían dentro de los límites de Mecca-i mukarrama. En los pozos ya no quedaba agua, ni para beber

ni para otros usos. La única que quedaba era la de una jarra que tenía nuestro Maestro, el Profeta. Los Compañeros, que sufrían estas dificultades, dijeron: “¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en tu nombre, oh Rasûlullah! Solo queda ese agua en tu jarra. Estamos arruinados”.

El Maestro de los mundos dijo: **“Mientras yo esté entre vosotros, jamás estaréis arruinados”.** Dijo **“Bismillah”** y puso su mano bendecida sobre la jarra. Luego, la levantó y ordenó: **“¡Cogedla!”**. De entre sus dedos comenzó a manar agua. Los Ashâb-i kirâm bebieron, hicieron las abluciones rituales, llenaron sus odres y dieron de beber a sus caballos y camellos. Nuestro amado Profeta, el océano de compasión, contemplaba a sus Ashâb sonriendo. Luego dio gracias a Allahu ta’âlâ.

Ese día estaba presente Hadrat Ŷabir bin Abdullah. Dijo: “Éramos mil quinientas personas. Pero incluso si fuésemos cien mil, ese agua habría llegado para todos”.

Todo el que oiga esa agua que,
Manando de sus dedos dio a los Ansâr
En ese día tan ardiente,
No cabe duda de que, asombrado, decidirá quedarse.

Bî’at-i Ridwân

Mientras nuestro Maestro, Rasûl-i akram, estaba en Hudaybiya, Budayl, el jefe de la tribu Huzâa que tenía relaciones amistosas con los musulmanes, vino para informar que el ejército Quraysh, al que se le habían unido las tribus vecinas, se había detenido en Hudaybiya y había jurado luchar hasta que el ejército fuese derrotado. Al oírlo, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“No hemos venido aquí para combatir contra persona alguna. Solo hemos venido para hacer Umra, visitar y circunvalar la Kâ’ba-i Muazzama. Si a pesar de ello no lo permiten, lucharemos contra todo el que nos impida visitar la Baytullah. En un hecho que las guerras han debilitado mucho a los Quraysh y les han hecho sufrir. Pero si lo desean, estoy dispuesto a establecer un periodo de tregua. Durante ese tiempo estarán a salvo bajo mi palabra. Pero no deben interferir en los asuntos entre mí y otras tribus. Tienen que dejarme**

solo con ellas. Si yo consigo vencerlas, o el Ŷanâb-i Haqq les concede su guía y se hacen musulmanes, los politeístas Quraysh deben tener presente que a ellos les puede pasar lo mismo. Si yo no consigo la victoria sobre otras gentes, como ellos suponen, se quedarán tranquilos y habrán obtenido poder. Si los politeístas Quraysh no aceptan estos términos e intentan combatirme, juro por Allahu ta'âlâ que, en nombre de esta religión que intento propagar, lucharé contra ellos hasta que mi cabeza se separe del cuerpo. Pero que tengan en cuenta que, sin duda alguna, ¡Allahu ta'âlâ cumplirá Su promesa de ayudarme!"

Budayl, el jefe de la tribu Huzâa, partió para transmitir a los Quraysh lo que nuestro Maestro, el Profeta, tenía que ofrecer. Los politeístas escucharon de los labios de Budayl lo que nuestro Maestro, el Rasûlullah, había dicho. Luego enviaron a uno de sus hombres más prominentes, Urwa bin Mas'ûd, para conversar con nuestro Maestro, el Profeta. Cuando Urwa declaró que los Quraysh estaban decididos a no permitirles la entrada en Mecca, nuestro Maestro, Habîb-i akram, preguntó: **"¡Oh Urwa! ¡Dime en el nombre de Allah! ¿Es permisible impedir el sacrificio de estos camellos, visitar la Kâ'ba-i Muazzama y circunvalarla?"** Y luego dijo a Urwa lo mismo que había dicho al jefe de los Huzâa.

Mientras Urwa escuchaba a nuestro Maestro, el Profeta, se fijaba también en los Ashâb-i kirâm, en su actitud, respeto y reverencia entre ellos y ante el Maestro de los mundos. Una vez oída la oferta de nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se levantó y se fue para transmitir a los Quraysh esas palabras. Cuando estuvo ante ellos dijo: "¡Oh Quraysh! Sabéis muy bien que he ido como mensajero a muchos gobernantes, como ha sido el caso del Emperador Romano, el Negus y el Shâh de Persia. Juro que, hasta ahora, no había visto tanto respeto y reverencia ante un gobernante como el que los musulmanes tienen con Muhammad. Ninguno de sus Compañeros habla a no ser que él se lo permita. Cada vez que un pelo cae de su cabeza, lo recogen y lo ponen en su pecho para obtener bendiciones. Cuando hablan a su lado, bajan la voz de tal manera que apenas se les puede oír. Por el respeto que le tienen, no pueden mirarle a la cara; bajan la cabeza y miran al suelo. Cada vez que él da una señal o una orden a sus Compañeros, intentan llevarla a cabo aunque les cueste la vida.

¡Oh Quraysh! Por mucho que desenvainéis vuestras espadas, por mucho que intentéis una u otra cosa, no os entregarán un solo pelo de su Profeta. No permitirán que le dañe cosa alguna, no dejarán que nadie le toque. Esta es la situación. ¡Pensad bien sobre el futuro! Siendo este el caso, Muhammad no está ofreciendo un armisticio, ¡aprovechaos de ello!”

Los politeístas Quraysh no aceptaron las palabras de Urwa al que ofendieron y maltrataron.

Al no tener noticias de los Quraysh, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, envió a Hirâsh bin Umayya para que repitiese su oferta. Los politeístas trataron al enviado de forma abominable. Mataron su camello y se lo comieron. Y luego lo atacaron a él con la intención de matarlo. Hirâsh bin Umayya se salvó de milagro. Cuando llegó de nuevo ante nuestro Maestro, el Profeta, y le contó lo sucedido, nuestro Maestro se entristeció mucho por el insulto que había sufrido su enviado.

A continuación, Hulays, el jefe de la tribu Ahâbish, vino del campamento militar de los politeístas y se dirigió hacia donde estaba nuestro Maestro, el Profeta. Los politeístas lo habían elegido como enviado. Cuando nuestro amado Profeta vio que venía Hulays, dijo: **“Este hombre procede de un pueblo que respeta los sacrificios y hace todo lo posible para adorar y cumplir las órdenes de Allahu ta’âlâ.** (¡Oh Compañeros!) ¡**Acercad los camellos que serán sacrificados para que pueda verlos!”** Los Ashâb-i kirâm así lo hicieron al tiempo que decían la talbiya, “¡Labbayk! ¡Allâhumma Labbayk!”

Cuando Hulays vio los animales para el sacrificio con guirnaldas en los cuellos y las orejas marcadas, los contempló un largo rato. Sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo contenerse a la hora de decir: “Es evidente que lo único que quieren los musulmanes es visitar la Kâ’ba y hacer tawâf. ¡Qué atrocidad es impedírselo! Juro por el Rabb de la Kâ’ba que los Quraysh serán destruidos por esta mala acción”. El Maestro de los mundos, que le oyó decir estas palabras, dijo: **“Sí lo serán, oh hermano que perteneces a los Banî Kinân”.** Hulays, totalmente avergonzado, no pudo presentarse ante nuestro Maestro, el Profeta. Ni siquiera podía mirarle a la cara. Cuando volvió al campamento de los Quraysh dijo lo que había visto y dio su opinión: “No me parece correcto que les prohibáis visitar la Kâ'ba.” Los politeístas Quraysh se enfadaron mucho y acusaron a Hulays de ser ignorante.

Esta vez, los politeístas enviaron a Mikraz bin Hafs, un hombre bien conocido por su falta de compasión. Mikraz escuchó la misma oferta que los anteriores enviados y regresó al campamento. Tras el fracaso de su misión, los politeístas temieron un ataque súbito de los musulmanes.

Nuestro Maestro, el Profeta, no quiso cortar la comunicación y decidió enviar a uno de sus Compañeros que gozaba de la estima de los Quraysh. Este fue Hadrat ʼUzmân. Nuestro amado Profeta dijo a ʼUzmân bin Affan: **“Diles que no hemos venido para combatir contra nadie. Solo queremos visitar la Kâʼba-i Muazzama, hacer tawâf, y sacrificar los camellos que hemos traído. ¡E invítalos al Islam!”** Y además le dijo que, a los musulmanes de Mecca, les diera las buenas noticias de que Mecca sería conquistada en un periodo de tiempo muy corto.

Hadrat ʼUzmân fue a los politeístas para transmitir lo que le había dicho nuestro Maestro, el Profeta. Pero éstos también rechazaron la oferta de Hadrat ʼUzmân. Pero le dijeron que si quería, solo él podría hacer tawâf en torno a la Baytullah. Hadrat ʼUzmân respondió: “¡Si el Rasûl, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, no puede hacer tawâf a la Baytullah, yo tampoco lo haré!”

Muy enfadados por su respuesta, los politeístas lo hicieron prisionero. A los Ashâb-i kirâm les llegó la noticia de que “Uzmân había sido asesinado”. Cuando se lo contaron a nuestro Maestro, el Profeta, se apenó mucho y dijo: **“Si esta información es verdadera, no abandonaremos este lugar sin combatir contra esta gente”.** Luego se sentó bajo un árbol llamado Samûra y dijo: **“Allahu taʼâlâ ha ordenado que me deis juramento de lealtad”**, e invitó a sus Compañeros a darle el bîʼat.

Los heroicos Ashâb pusieron sus manos sobre la manos bendecida de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, y juraron: “¡Te damos nuestra promesa de que, hasta que Allahu taʼâlâ te conceda la victoria, estaremos luchando delante de ti o conseguiremos el martirio en este camino!” Nuestro Maestro, el Profeta, puso una de sus manos sobre la otra y se juró lealtad a sí mismo en nombre de Hadrat ʼUzmân, que no estaba presente. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, estaba muy contento con este bîʼat de sus Ashâb y dijo: **“De los que han jurado lealtad bajo ese árbol, ninguno entrará en el Fuego”.** Este bî'at se llamó Bîʼat-i Ridwân.

Los Ashâb-i kirâm habían desenvainado sus espadas con gran entusiasmo; esperaban anhelantes una señal del Rasûl, sallallâhu ʼalaihi wa sallam.

Mientras tanto, los espías Quraysh que vigilaban el campamento islámico, habían visto que los muŷâhids habían jurado, a nuestro amado Profeta, luchar hasta alcanzar el martirio. Veían también que se estaban preparando. Los espías fueron a toda prisa al campamento Quraysh y les informaron de lo sucedido.

Por si acaso, nuestro Maestro, el Profeta, estableció turnos de guardia por la noche para proteger a sus Ashâb. En una de las noches en las que Hadrat ʼUzmân estaba prisionero, atacó un grupo politeísta de unos cincuenta hombres a las órdenes de Mikraz; su objetivo era sorprender a los musulmanes mientras dormían. Esa noche, Muhammad bin Maslama y un grupo de Compañeros estaban de guardia. Tras una breve lucha, hicieron prisioneros a los incrédulos. Solo pudo escaparse Mikraz. Luego llevaron a los cautivos ante nuestro Maestro, el Rasûlullah. Parte de ellos quedaron como prisioneros y otros fueron perdonados. La noche siguiente los politeístas lanzaron otro ataque. De nuevo fueron atrapados, y nuestro Maestro, el Profeta, los perdonó y dejó en libertad.

¡Sálvame, oh Rasûlullah!

El ejército de los incrédulos comprendió que los musulmanes estaban vigilantes día y noche, listos para luchar, y que podían atacar en cualquier momento. Este hecho les aterrorizó. Habían visto que no había más solución que hacer un pacto. Con toda urgencia enviaron un grupo de mensajeros a las órdenes de Suhayl bin Amr. Se les había dicho que hicieran un pacto con la condición de que los musulmanes no entraran en Mecca en ese año.

Nuestro amado Profeta se reunió con los enviados de los Quraysh. Su primera petición era que se liberaran a los prisioneros. El Maestro de los mundos dijo: **“A no ser que liberéis a mis Compañeros que tenéis prisioneros en Mecca, yo no dejaré en libertad a vuestros hombres”.** Al decir Suhayl: “Hay que admitir que nos tratas de forma justa y razonable”, se garantizó la liberación de Hadrat ʼUzman y otros diez sahâbî que estaban prisioneros en

Mecca. Como contrapartida, los politeístas que habían sido capturados en el ataque nocturno también fueron liberados.

Tras largas conversaciones se llegó a un acuerdo. Llegó el momento de ponerlo por escrito. Para hacerlo se eligió a Hadrat Ali a quien le dieron lo necesario para escribirlo. Nuestro Maestro, el Habîbullah, que había sido enviado como una misericordia para todos los mundos, dijo a Hadrat Ali, **“Escribe: ¡Bismillâhirrahmânirrahîm!”** Suhayl protestó enseguida diciendo: “Juro que no conozco el significado de la palabra Rahmân. No escribas eso, pon ¡Bismika Allahumma! ¡De lo contrario, no aceptaré la paz!” Nuestro Maestro, el Profeta, veía necesario establecer la paz. En consecuencia dijo: **“Bismika Allahumma también es muy hermoso”** y dijo a Hadrat Ali que lo escribiera. Una vez escrito, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Estas son las cláusulas que Muhammad Rasûlullah ha acordado con Suhayl bin Amr que serán respetadas por ambas partes”.** De nuevo se vio que la mano de Suhayl impedía que escribiese Hadrat Ali. Se volvió hacia nuestro Maestro, el Profeta, y dijo: “Juro que si aceptásemos que eres el Mensajero de Allah no nos opondríamos a ti ni te impediríamos visitar la Kâ’ba. ¡Así que mejor escribe Muhammad, hijo de Abdullah, en vez de el Mensajero de Allah!”

Nuestro Maestro, el Profeta, también aceptó eso, pero dijo: **“Juro por Allah que, aunque me neguéis, yo soy sin duda alguna el Mensajero de Allahu ta’âlâ. Escribir mi nombre y el de mi padre no pondrá fin a mi condición de Profeta. ¡Oh Ali! Bórralo y escribe Muhammad, hijo de Abdullah”.**

Ninguno de los gloriosos Compañeros estaba dispuesto a consentir que se quitara la palabra Rasûlullah. Olvidándose de todo dijeron: “¡Oh Ali! Escribe Muhammad Rasûlullah puesto que, de no hacerlo, ¡nuestro problema con los politeístas solo podrá resolverse con la espada!” A nuestro Maestro, el Profeta, le complacía el fervor de sus Compañeros, pero indicó que se callaran con un gesto de sus manos bendecidas. Cuando ordenó a Hadrat Ali que lo borrase, este pidió ser perdonado diciendo: “¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! No soy capaz de borrar tu bendito atributo”. Nuestro Maestro, el Profeta, le pidió que le enseñase la palabra en cuestión. Cuando Hadrat Ali se la enseñó, tomó el tratado y borró la palabra con su dedo bendecido. Luego hizo que se escribiese ‘hijo de Abdullah’.

A continuación, se empezaron a escribir las cláusulas:

1- El pacto será válido por diez años. Durante este periodo, ambas partes no combatirán entre sí.

2- Este año los musulmanes no visitarán la Kâ'ba, pero sí podrán hacerlo el año siguiente.

3- Los musulmanes que vayan a visitar la Kâ'ba, permanecerán en Mecca durante tres días y no podrán llevar más armas que las necesarias para viajar.

4- Cuando los musulmanes hagan tawâf en torno a la Kâ'ba, los politeístas saldrán de la misma para facilitar el tawâf de los musulmanes.

5- Si alguien de los Quraysh se hace musulmán y va a Medina sin permiso de su tutor, se le hará regresar. Si un musulmán cambia de bando y va a Mecca, no se le hará regresar. Con respecto a este artículo, Hadrat 'Umar preguntó: "¡Oh Rasûlullah! ¿También vas a aceptar esta cláusula?" Nuestro amado Profeta sonrió y dijo: **"Sí. ¡Y que Allahu ta'âlâ nos aparte de los que deserten nuestro grupo para ir hacia ellos!"**

6- Si un Compañero va a Mecca para hacer Haŷŷ o Umra, su vida y sus bienes deberán estar a salvo.

7- Si un politeísta de detiene en Medina en su viaje hacia Damasco, Egipto o cualquier otro lugar, su vida y sus bienes también estarán a salvo.

8- El resto de tribus árabes podrán aceptar la protección del bando que deseen. Tendrán la libertad de unirse a los musulmanes o a los politeístas.

Llegaba el momento de firmar el tratado. En ese instante se vio a una persona que venía hacia el ejército islámico arrastrando las cadenas que tenía en sus pies. Se acercó y gritó: "¡Sálvame!" Al oír la voz, el jefe del grupo de enviados Quraysh se levantó de inmediato. Partió la rama de un árbol lleno de espinas y comenzó a golpear al hombre en la cabeza y en la cara. El hombre encadenado se echó a los pies de nuestro Maestro, el Rasûlullah y suplicó: "¡Sálvame, oh Rasûlullah!" Este hombre había abrazado el Islam en Mecca, motivo por el cual su propio padre le había encadenado. Cada día era sometido a grandes penalidades y era obligado a adorar ídolos. Cuando los politeístas salieron para Hudaybiya había aprovechado

esa oportunidad, consiguió romper las cadenas, salir de Mecca y alcanzar a los musulmanes sin ser visto. Esta persona bendecida que había obtenido la guía, Hadrat Abû Ŷandal, era hijo de Suhayl, el jefe de la delegación politeísta. Suhayl señaló a su hijo Abû Ŷandal y dirigiéndose a nuestro amado Profeta dijo: "Este es el primer hombre que debes devolverme basado en el tratado que acabamos de redactar".

Nuestro Maestro, el Profeta, y los Compañeros se apenaron. Todos esperaban con curiosidad la respuesta de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Por un lado estaba el tratado de paz pero, por el otro, un Compañero sufría penalidades. El Maestro de los mundos dijo a Suhayl: **"¡Todavía no hemos firmado el tratado!"** Suhayl insistió diciendo: "¡Oh Muhammad! Lo hemos escrito y especificado todas las cláusulas antes de que llegara mi hijo. ¡Si no me lo devuelves, jamás firmaré este pacto!"

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"No lo incluyas en el pacto como favor a mí".** Pero los politeístas no lo aceptaron. Cuando Suhayl bin Amr se estaba llevando a su hijo, Abû Ŷandal suplicaba: "¡Oh Rasûlullah! ¡Oh mis hermanos musulmanes! ¿Me entregáis a los politeístas a pesar de haber recibido el honor de ser musulmán y buscar refugio en vosotros? ¿Os parece justo que me torturen todos los días de forma insoportable? ¡Oh Rasûlullah! ¿Me haces regresar para que me obliguen a renunciar a mi religión?"

Era muy difícil soportar esas súplicas tan desgarradoras. Los Compañeros sentían una tristeza inmensa. Empezaron a llorar. El océano de compasión, los ojos bendecidos de nuestro amado Profeta estaban llenos de lágrimas. Fue a Suhayl y le pidió: **"¡No hagas eso! ¡Dámelo a mí!"** Pero Suhayl respondió: "¡No es posible, no le perdonaré!"

Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, intentó consolarlo diciendo: **"¡Oh Abû Ŷandal! ¡Ten un poco más de paciencia! ¡Aguanta lo que te hacen! Desea las recompensas de Allahu ta'âlâ. Ciertamente, Allahu ta'âlâ te dará, a ti y a otros musulmanes que son débiles y están solos como tú, un desenlace fácil".** Y luego añadió: **"No es propio de nosotros no cumplir nuestras promesas".**

Incluso los politeístas de la delegación se sintieron abrumados con esta situación tan dolorosa. Dijeron: “¡Oh Muhammad! Como favor a ti, tomamos a Abû Ŷandal bajo nuestra protección. ¡No permitiremos que Suhayl lo torture!” Al oír esto, nuestro Maestro, el Rasûlullah, y los Ashâb-i kirâm se sintieron más aliviados. (Tras la conquista de Mecca, Suhayl bin Amr se hizo musulmán y pasó a formar parte de los Ashâb-i kirâm). Se escribieron dos copias del Convenio de Paz y fue firmado por ambas partes. Los politeístas regresaron a su campamento.

La delegación Quraysh estaba muy contenta porque, al menos en apariencia, las cláusulas parecían poco ventajosas para los musulmanes. Pero la realidad era que el pacto había sido una gran victoria y las cláusulas eran muy favorables para los musulmanes. Para empezar, los politeístas reconocían la existencia de un Estado Islámico. La vida y los bienes materiales de un politeísta de Mecca que estaba de visita en Medina camino de Damasco o Egipto, para comerciar u otra razón, tenían garantizada su seguridad. Esto significa que los politeístas podían observar de cerca la forma de vida de los musulmanes y admirar la justicia del Islam y la hermosa conducta entre los Compañeros, razones que les llevarían a amar el Islam, hacerse musulmanes y unirse a las filas de los sahâbî.

Con este pacto, cuya validez era de diez años, los musulmanes aumentarían en número y poder y el Islam se propagaría por doquier.

No obstante, la cláusula que decía: “si alguien de los Quraysh se hace musulmán y quiere refugiarse en Medina, se le hará regresar”, entristecía a nuestro Maestro el Profeta. No obstante dijo: **“No hay duda de que Allahu ta’âlâ dará una oportunidad, creará una solución para esos”.**

Ya no había más que hacer con los politeístas. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, ordenó a los Ashâb-i kirâm: **“¡Levantaos! Sacrificad los animales destinados para ello. Tras afeitar vuestras cabezas, salir del ihrâm”.** Nuestro Maestro, el Profeta, fue el primero en sacrificar su animal. Hadrat Jirâsh bin Umayya, su peluquero, lo afeitó. Los Ashâb-i kirâm recogían esos pelos bendecidos antes de que cayeran al suelo y los guardaban para obtener bendiciones. Los sahâbî también sacrificaron sus animales y luego, algunos se afeitaron la cabeza y otros se recortaron el pelo.

Habían permanecido veinte días en Hudaybiya. Nuestro Maestro, el Profeta, acompañado de sus Compañeros, partió hacia Medina. En el camino, Allahu ta'âlâ reveló la Sûra Fath a nuestro Maestro, el Profeta, y le dio las buenas noticias de que Él completaría Su ayuda y Sus bendiciones.

En los días en los que el Sultán de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, honraba con su presencia la luminosa Medina, Abû Basîr, de la tribu Sakîf de los Quraysh, había tenido el honor de abrazar el Islam. Abû Basîr, que comprendía la imposibilidad de vivir entre los politeístas, había ido a pie hasta Medina. De acuerdo con el Pacto de Hudaybiya, abandonó Medina y se estableció en la costa del Mar Rojo, en un lugar llamado Îs.

Ese lugar estaba en la ruta comercial que los Quraysh utilizaban para ir a Damasco. Siguiendo su ejemplo, los Quraysh que se hacían musulmanes abandonaban Mecca y, en vez de ir a Medina, se establecían en Îs, cerca de Abû Basîr. El primero fue Hadrat Abû Ŷandal. El proceso continuó de esta manera y llegaron a juntarse cien personas, luego doscientas e incluso trescientas. Las caravanas Quraysh que se dirigían a Damasco tenían que pasar por ese lugar. Hadrat Abû Basîr, con los musulmanes que vivían con él, se encontraba con los politeístas que iban de camino y quería hacerlos musulmanes. También luchaban contra los no musulmanes y les causaban problemas.

Cuando los politeístas de Mecca vieron que sus rutas comerciales hacia Damasco estaban comprometidas, enviaron una delegación a Medina. Querían anular la cláusula que decía: "Si alguien de los Quraysh se hace musulmán y va a Medina sin permiso de su tutor, se le hará regresar". Nuestro Maestro, el Profeta, se apiadó de ellos y aceptó su petición. Con este cambio se volvió a abrir la ruta hacia Damasco. Los musulmanes, gracias a su paciencia, podían ahora venir a Medina, al lado de nuestro Maestro, el Profeta.

Cuando se llega a ti, aparecen la compasión y el deleite, oh Rasûlullah,
Tu aparición es la cura de los problemas del amante, oh Rasûlullah.

Cuando la condición de Âdam estaba entre el agua y la arcilla, tú ya eras Profeta.
No hay duda que es correcto afirmar que eres el líder de los profetas, oh Rasûlullah.

Los seres humanos perfectos llegan a la perfección gracias a tu luz, oh Rasûlullah,
Tu cuerpo es el mazhar-ı tâm de Allah, oh Rasûlullah,

Gracias a ti, han llegado a las esencias de todos los sabores más dulces,
Tu acción es benevolencia para los que ayudan a los demás, oh Rasûlullah.

Intercede por Hudâyî, en lo que respecta a lo interno y lo externo.
¡Él es un mendigo que se ha refugiado en tu puerta!

AZIZ MAHMÛD HUDÂYÎ

CARTAS DE INVITACIÓN

Las cartas enviadas a los gobernantes

Cuando regresó de Hudaybiya, Nabiyy-i muhtaram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, quiso que el Islam se propagase por todo el mundo para que la gente se salvase del castigo del Fuego y obtuviese la bienaventuranza verdadera. Había sido enviado como una misericordia para todo el universo. Para conseguirlo, decidió enviar mensajeros a todos los gobernantes e invitarlos al Islam. Para el gobernante romano eligió a Dihya-i Kalabi; para el de Abisinia a Amr bin Umayya, y Jâtib bin Abî Baltaa sería el enviado al gobernante de Egipto. Además, y con la misma misión, envió a Salît bin Amr a Yamâma; Shuŷa’ bin Wahb a Ghassân y Abdullah bin Huzâfa a Irán.

Estos emisarios eran los Ashâb-i kirâm más distinguidos. Eran los que tenían rostros y palabras más hermosas. Se escribieron cartas de invitación al Islam para cada gobernante de forma separada. Nuestro amado Profeta las sellaba estampando su anillo de plata que decía: **“Muhammad, el Mensajero de Allahu ta’âlâ”.** Y como milagro de nuestro Maestro, el Profeta, los emisarios despertaron una mañana sabiendo los lenguajes de los lugares a los que estaban destinados.

Hadrat Amr bin Umayya, encargado de ir a Abisinia, pediría además al Negus Ashama que enviara a Medina a los Ashâb-i kirâm que habían emigrado a ese lugar.

Amr bin Umayya llegó a Abisinia y se presentó ante el Negus Ashama. El Negus descendió de su trono y tomó la carta con gran amor y respeto. La besó y, tras pasarla por su cara y ojos, la abrió y leyó en alta voz:

¡Bismillâhirrahmânirrahîm! ¡De Muhammad, el Mensajero de Allahu ta'âlâ, al Negus Ashama, gobernante de Abisinia!

¡Que la paz sea con los que siguen la guía correcta! ¡Oh Gobernante! Te deseo que estés a salvo y alabo a Allahu ta'âlâ por las bendiciones que te ha concedido. No hay más dios que Él. Él es Al-Malik (el Dueño del universo y todo lo que contiene y Aquel cuyo dominio y soberanía son eternos)**. Él es Al-Quddûs** (el que carece de defectos y merece toda alabanza y santidad)**. Él es As-Salâm** (el que salva a Sus esclavos de todo mal y saluda en el Paraíso a Sus esclavos afortunados)**. Él es Al Mu'min** (el que otorga seguridad y serenidad, el que protege a Sus criaturas y el que concede la luz del îmân)**. Él es Al-Muhaymin** (el que vigila y protege a Su creación y el que sabe lo que hace cada ser creado)**.**

Yo doy testimonio de que Îsâ (Jesús, 'alaihis-salâm) **es el alma y la palabra de Allahu ta'âlâ que Él puso en Maryam** (María) **que era inmaculada y se apartaba de la vida mundana. En consecuencia, quedó embarazada de Îsâ. Allahu ta'âlâ, con Su poder, creó a Îsâ como había creado a Âdam.**

¡Oh Gobernante! Yo te invito a creer en Allahu ta'âlâ que no tiene asociado alguno, a que Lo adores y me obedezcas y a que creas en lo que Allahu ta'âlâ me ha enviado, porque yo soy el Mensajero de Allahu ta'âlâ que tiene el deber de transmitirlo.

Te acabo de informar de lo que se me ha exigido y te he dado el consejo necesario para obtener la bienaventuranza en la vida de este mundo y en la Otra Vida. ¡Acepta mi consejo! Salâm para todos los que consiguen la guía y siguen el camino verdadero".

El gobernante Ashama, que había leído la carta de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, con gran humildad y respeto, se hizo musulmán de inmediato al proclamar las palabras de la Shahâdat “Ash-hadu an lâ ilâha illa’llâh wa ashhadu anna Muhammadan abduhu wa rasûluh”. Y luego dijo: “Yo juro que él es el Profeta cuya llegada esperaba la Gente del Libro (judíos y cristianos) y que es el Profeta que había sido anunciado por los profetas anteriores”.

“¡Si pudiera ir a él, lo haría sin duda alguna y tendría el honor de estar a su servicio!” Luego, puso la carta con todo respeto en una caja muy hermosa y dijo: “Mientras estén aquí estas cartas, la bendición y la buena fortuna no abandonarán Abisinia”.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, había enviado dos cartas al Negus. Siguiendo las instrucciones de la primera, Ashama envió en barcos a Medina a la esposa bendecida de nuestro Profeta, Ummu Habîba, y a los Compañeros que vivían en su país, además de muchos regalos. En una carta declaraba que era creyente.

Hadrat Dihya-i Kalabî había sido elegido para invitar al Islam al emperador de Roma. Tenía que dar la carta a Jâris, el gobernante Gassân de Busra que, a su vez, la enviaría a Heraclio, el emperador romano.

Hadrat Dihya, que con todo respeto había recibido la carta de invitación de manos de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, fue hacia Busra con rapidez. Allí se encontró con Jâris a quien informó de la situación. Jâris entregó a Adiy bin Hâtam, que todavía no se había hecho musulmán, a Dihya y los envió a Heraclio que en esos días estaba en Jerusalén. Hadrat Dihya y Adiy bin Hâtam llegaron a Jerusalén e intentaron ver al emperador. Sus cortesanos dijeron a Hadrat Dihya: “Cuando llegues a la presencia del emperador, caminarás inclinando la cabeza y cuando estés cerca de él, tendrás que hacer saŷda (postrarse ante él). A no ser que te dé permiso para levantarte, no despegues la cabeza del suelo”.

Para Hadrat Dihya, estas eran palabras excesivas. Les dijo: “Nosotros, los musulmanes, no hacemos saŷda ante nadie excepto Allahu ta’âlâ. Más aún: va en contra de la naturaleza humana hacer saŷda ante otro ser humano”. Al oírlo, los hombres del emperador dijeron: “En

ese caso, el emperador jamás aceptará tu carta y te hará salir”. Hadrat Dihya dijo: “Nuestro Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no permite que nadie haga saŷda ante él; ni siquiera permite que alguien se incline ligeramente. Aunque la persona que quiera hablar con él sea un esclavo, le escucha con atención. Le acepta en su presencia, escucha sus deseos, elimina sus preocupaciones y le consuela. Por esta razón, todos los que le obedecen son libres y honorables”.

Uno de los presentes dijo: “Como no aceptas postrarte ante el emperador te enseñaré otra forma de cumplir tu misión. En la fachada del palacio hay un lugar donde descansa el emperador. Todas las tardes, sale de su salón y da un paseo. Allí hay una especie de atril. Si alguien ha dejado algo para ser leído, lo lee y luego descansa. Ir y poner vuestra carta en el atril y esperar fuera. Cuando vea la carta os llamará y entonces podréis desempeñar vuestra misión”.

Hadrat Dihya puso la carta en el lugar mencionado. Heraclio la cogió y llamó a alguien que conociese el árabe. El traductor comenzó a leer en voz alta la carta de nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Al comienzo de la carta estaba escrito: **“¡Bismillâhirrahmânirrahîm! De Muhammad, el Mensajero de Allahu ta’âlâ a Heraclio, el decano de los romanos”**. Cuando oyó esto Yennak, hijo del hermano de Heraclio, se enfadó mucho y golpeó con el puño el pecho del traductor que cayó al suelo. La carta bendecida también cayó al suelo desde sus manos. Cuando Heraclio preguntó a Yennak, “¿por qué has hecho eso?”, este respondió: “¿No has oído esa carta? Empieza con su nombre antes que el tuyo y no menciona que eres un gobernante; se refiere a ti como ‘Heraclio, el decano de los romanos’. ¿Por qué no ha puesto ‘el gobernante de los romanos’ y por qué no ha comenzado con tu nombre? Hoy no se leerá esta carta en voz alta”.

Al oír estas palabras Heraclio dijo: “Juro por Allah que eres muy estúpido o que estás completamente loco. No sabía que eras así. ¿Quieres romper la carta antes de saber su contenido? Juro por mi vida que, si tal y como dice es el Mensajero de Allah, tiene todo el derecho a poner su nombre antes que el mío y a mencionarme como el decano de los romanos. Solo soy el de más edad, no su gobernante”. Y ordenó salir a Yennak.

Luego hizo venir a una persona llamada Uskûf, que era el líder y el de mayor conocimiento entre los cristianos. Era el consejero de Heraclio. Le hizo leer la carta. En la parte siguiente de la carta aparecía escrito: **"¡La paz sea con los que obedecen la guía de Allahu ta'âlâ, los que siguen el camino verdadero!" Tras esto, "**(¡Oh decano de los romanos!)**, yo te invito al Islam. Abraza el Islam para que puedas salvarte. Sé musulmán para que Allahu ta'âlâ te conceda Sus recompensas. ¡Si no lo haces, todos los pecados de los cristianos recaerán sobre tus hombros!" "Di: ¡Oh Gente del Libro! Seguid las palabras que ambos compartimos: no adorar a nadie excepto a Allahu ta'âlâ, sin atribuirle socio alguno, no abandonemos a Allahu ta'âlâ y no nos tomemos unos a otros como señores. Si se apartan de esto, di: Sed testigos de que somos musulmanes".** (Sûra Âl-i Imrân: 64).

Mientras se leía la carta de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, la frente de Heraclio sudaba profusamente. Cuando se terminó de leer, Heraclio dijo: "Desde los tiempos de Sulayman, 'alaihi-salâm, no he visto una carta que comenzara con **'Bismillâhirrahmânirrahîm'**". Cuando Heraclio preguntó a Uskûf su opinión al respecto, dijo: "Juro por Allahu ta'âlâ que es el Profeta que anunciaron Mûsâ (Moisés) e Îsâ, alaihimus-salâm. Estábamos esperando su llegada".

Heraclio preguntó: "¿Qué me recomiendas con respecto a esta cuestión, qué es lo más apropiado según tu opinión?" Uskûf respondió: "Creo que lo más conveniente es que le obedezcas". Heraclio dijo: "Sé muy bien lo que has dicho. No obstante, no tengo poder para obedecerle y abrazar el Islam porque, de hacerlo, terminaría mi mandato y me matarían". Luego llamó a Hadrat Dihya y Adî bin Hâtem. Adî dijo: "¡Oh gobernante! Esta persona que está a mi lado, que es uno de los árabes que poseen vacas y camellos, habla de un suceso extraordinario que ocurre en su tierra". Cuando Heraclio preguntó: "¿Cuál es ese suceso del que hablas?" Hadrat Dihya dijo: "Ha aparecido una persona entre nosotros que declara ser un profeta. Algunos le obedecen otros se oponen. Hay enfrentamientos entre nosotros, entre los creyentes y los no creyentes".

Tras estas palabras, Heraclio empezó a preguntar sobre nuestro Maestro, el Profeta. Mientras tanto, ordenó al gobernador de Damasco que encontrase a alguien del mismo linaje que

nuestro Maestro, Rasûl-i akram. También escribió una carta a un erudito de Roma en la que le preguntaba sobre este asunto. Este hombre era amigo suyo y conocía el hebreo. En su respuesta, el erudito decía que la persona descrita en la carta era el Profeta de la Última Era. El gobernador de Damasco encontró una caravana Quraysh que había ido a comerciar. Entre ellos estaba el líder de los politeístas Quraysh, Abû Sufyân, que todavía no era musulmán.

Abû Sufyân relataba: "Cuando estábamos en Gaza, vino el gobernador de Heraclio en Damasco como si fuera a atacarnos. Preguntó: '¿Sois vosotros de la gente de este hombre en el Hiŷaz?' 'Sí' contestamos. Dijo: '¡Preparaos! Vais a venir conmigo para presentaros al emperador'. Los llevó a Damasco donde el gobernador llevó a Abû Sufyân y sus compañeros para tener una audiencia con Heraclio. Pero en esos momentos, Heraclio estaba en una iglesia de Jerusalén sentado con un sacerdote. Llevaba puesta la corona. Allí fue donde Heraclio recibió a Abû Sufyân acompañado de treinta habitantes de Mecca.

Heraclio hizo venir a un traductor y les preguntó: "¿Quién de vosotros es el familiar más cercano a la persona que declara ser Profeta?" Abû Sufyân respondió: "Yo soy su pariente más cercano". Heraclio preguntó cuál era el grado de su parentesco. Dijo Abû Sufyân: "Es el hijo de mi tío paterno". Heraclio hizo que se acercase Abû Sufyân al tiempo que decía a los demás que se pusieran detrás. Al principio Abû Sufyân pensaba decir mentiras, pero la amenaza que suponía estar ante tal gobernante le impidió hacerlo. Entonces tuvo lugar la siguiente conversación. Heraclio preguntó:

"- ¿Qué grado de nobleza tiene la persona que afirma ser profeta?
- Es la persona más noble. Tiene los ancestros más distinguidos.
- ¿Alguien afirmó ser profeta antes que él?
- No, nadie.
- ¿Hubo algún gobernante entre sus antepasados?
- No.
- ¿La gente que le obedece son los más notables o los pobres y débiles?
- Los que le obedecen son los pobres, los débiles, los jóvenes y las mujeres. No hay muchos ancianos ni notables.

- ¿El número de sus seguidores aumenta o disminuye?

- Está aumentando.

- ¿Hay alguien que abandone su religión porque no le gusta o por enfado?

- No.

- ¿Antes de decir que es un profeta se le ha oído decir mentiras alguna vez?

- No.

- ¿Este profeta ha incumplido su palabra o roto sus promesas?

- No. Sin embargo, hemos hecho un armisticio con él y hemos dejado de combatir durante un tiempo. No sabemos qué hará en ese entonces.

- ¿Qué os pide que hagáis?

- Nos ordena que adoremos solo a Allah, que es el único dios, y que no Le atribuyamos asociado alguno. Nos prohíbe que adoremos las cosas (ídolos) que adoraban nuestros antepasados. Nos ordena hacer oraciones rituales, que seamos honestos, que ayudemos a los pobres, nos alejemos de las prohibiciones, que cumplamos la palabra dada, que no usurpemos la propiedad que ha sido confiada y que mantengamos los vínculos familiares".

Esta conversación había tenido lugar en la iglesia y la carta del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se había leído en voz alta. Cuando Heraclio besó la carta y se la pasó por los ojos, los murmullos entre los romanos aumentaron. El emperador ordenó que salieran Abû Sufyân y el resto de los Quraysh. Abû Sufyân, que todavía no había abrazado el Islam, juró allí mismo creer que la causa de nuestro amado Profeta tendría éxito.

Hadrat Dihya permaneció ante Heraclio. Con su hermoso rostro y dulce voz, dijo a Heraclio: "¡Oh emperador! Un hombre (Hâris) de Busra me ha enviado a ti. Esta persona es más auspiciosa que tú. Pero juro por Allahu ta'âlâ que quien me envió a verlo (Rasûlullah) es más auspiciosa que vosotros dos. ¡Te ruego que escuches mis palabras con humildad y aceptes el consejo que contienen! Si eres humilde, comprenderás el consejo. Si no lo aceptas, no podrás ser una persona de bien".

Cuando Heraclio le dijo "continúa", Hadrat Dihya dijo: "Te invito a que creas en Allahu ta'âlâ al que Isâ (Jesús), 'alaihis-salâm, rezaba de forma ritual. Te invito a creer en ese Profeta ummî

[que no ha sido educado por persona alguna] del que hablaron y dieron las buenas noticias de su llegada Mûsâ, ’alaihis-salâm, y luego Isâ, ’alaihis-salâm. Si ya sabes algo sobre esto y quieres obtener la bienaventuranza en este mundo y en el Otro, piensa sobre ello. De lo contrario, perderás el deleite en la Otra Vida y te quedarás en la incredulidad y el politeísmo. Sé plenamente consciente de que Allahu ta’âlâ, que es tu Rabb, es el que destruye al cruel y cambia las bendiciones”.

Dijo Heraclio: “No hay escrito que no lea, ni erudito a quien no pregunte lo que es desconocido para mí. Al hacerlo, lo único que obtengo es el bien y las bendiciones. Dame algo de tiempo para pensar y descubrir la verdad”. Pasado un tiempo llamó a Hadrat Dihya y habló con él en privado. Fue entonces cuando desveló lo que había en su corazón: “Sé que el hombre que te ha enviado es el Profeta de la Última Era, anunciado en los libros y al que se esperaba. No obstante, si le obedezco, mucho me temo que los romanos me matarán. Te voy a enviar a Dagatir que es su erudito más encumbrado y al que respetan más que a mí. Todos los cristianos le obedecen. Si él cree, todos los romanos creerán. En ese caso, yo declararé mi creencia y lo que está en mi corazón”.

Heraclio escribió una carta, se la dio a Hadrat Dihya y lo envió a Dagatir.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, también había enviado una carta a Dagatir. Cuando Dagatir la leyó y se enteró de los atributos de nuestro Maestro, el Profeta, no tuvo la menor duda de que Hadrat Muhammad era el Profeta de la Última Era cuya venida había sido anunciada por Hadrat Mûsâ y Hadrat Îsâ. Dagatir abrazó el Islam y se fue a su casa. Durante tres semanas no apareció a dar el sermón, algo que hacía cada domingo. Los cristianos gritaban: “¿Qué le ha pasado a Dagatir que ha desaparecido desde el día en que habló con ese árabe? ¡Queremos verlo!”

Dagatir se quitó su hábito negro de sacerdote y se puso una túnica blanca. Luego fue a la iglesia apoyándose en su bastón. Mandó reunirse a la gente de la ciudad, se levantó y dijo: “¡Oh cristianos! Habéis de saber que me ha llegado una carta de Ahmad (sallallâhu ’alaihi wa sallam), en la que nos invita a la religión verdadera. Debo decir de forma pública y manifiesta que sé y creo que es el Mensajero verdadero de Allahu ta’âlâ”. Cuando los cristianos oyeron

estas palabras le atacaron y lo golpearon hasta que murió mártir. Hadrat Dihya fue a ver a Heraclio y le contó lo sucedido. Heraclio dijo: “¿Acaso no te lo dije? Para los cristianos Dagatir es más amado y superior a mí. Si se enterasen, me matarían lo mismo que lo han matado a él”.

En su libro titulado *‘Sahih’*, Bujâri recoge la siguiente narración de Zuhrî: “Heraclio pidió a los notables romanos que vinieran a su pabellón en Humus y ordenó que se cerraran las puertas. Subiéndose a un estrado, dijo: “¡Oh comunidad romana! ¿Queréis obtener la felicidad y la facilidad, la continuación de vuestro dominio y cumplir las enseñanzas de Hadrat Îsâ?” Dijeron los romanos: “¡Oh gobernante nuestro! ¿Qué tenemos que hacer para conseguirlo?” Heraclio respondió: “¡Oh comunidad romana! Os he reunido aquí por una buena razón. He recibido la carta de Hadrat Muhammad en la que me invita a la religión del Islam. Yo juro por Allahu ta’âlâ que él es el Profeta que estábamos esperando, que aparece mencionado en nuestros libros y cuyos signos conocemos. Seámosle pues obedientes y conseguiremos la salvación en este mundo y en el Otro”. Al oír estas palabras, todos empezaron a maldecir, protestar y corrieron hacia las puertas para salir, cosa que no pudieron hacer porque estaban cerradas. Al verlos actuar de esta manera, Heraclio comprendió que rechazaban el Islam. Temiendo que lo mataran, dijo: “¡Oh comunidad romana! Las palabras que acabo de decir eran una prueba para comprobar vuestra fidelidad a nuestra religión. Ahora que la he visto y vuestra forma de reaccionar me siento muy feliz”. Al oír esto, los romanos hicieron saŷda ante Heraclio y salieron cuando se abrieron las puertas del pabellón.

Heraclio hizo llamar a Hadrat Dihya y le contó lo sucedido. Le dio muchos regalos de gran valor. Y además escribió una carta a nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Envió esta carta y los regalos para nuestro amado Profeta con Hadrat Dihya. Heraclio había querido hacerse musulmán, pero no lo hizo por temor a perder su posición y su vida. En su carta a nuestro Maestro, el Profeta, decía: “¡A Muhammad, el Mensajero de Allahu ta’âlâ cuya venida había sido anunciada por Hadrat Îsâ, de parte de César, el emperador romano! Tu enviado me ha entregado tu carta. Yo doy testimonio de que tú eres el verdadero Mensajero de Allah. Te hemos encontrado mencionado en la Biblia. Hadrat Îsâ nos había dado buenas noticias con respecto a ti. He invitado a los romanos a creer en ti, pero se han negado a ello. Si me

hubiesen escuchado, sería lo mejor para ellos. Me gustaría mucho estar cerca de ti, servirte y lavarte los pies”.

Hadrat Dihya abandonó el palacio de Heraclio y fue a Hismâ. En el camino, en el Valle Shanâr, uno de los valles de Ŷuzâm, Hunayd bin Us, su hijo y sus hombres, robaron a Hadrat Dihya. Le despojaron de todo excepto de su ropa ya gastada. En ese lugar, Dubayb bin Rifâa bin Zayd y su gente habían abrazado el Islam. Cuando Hadrat Dihya llegó hasta ellos y les contó lo que había ocurrido, atacaron a Hunayd bin Us y su tribu y recuperaron todo lo robado. Pasado un tiempo, nuestro Maestro, el Rasûlullah, envió a Zayd bin Hâris contra Hunayd bin Us y sus hombres. Todos los que vivían en esa zona se habían hecho musulmanes. Cuando Hadrat Dihya llegó a Medina, y antes de ir a su propia casa, fue a ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Llamó a la puerta de su casa y cuando nuestro Maestro, el Profeta, preguntó: **“¿Quién es?”** Dihya contestó: “Dihya-al-Kalabî”. El Maestro de los mundos dijo: **“Entra”.** Hadrat Dihya entró en la casa y contó lo sucedido con todo detalle. Leyó en voz alta la carta de Heraclio a nuestro Maestro, el Profeta. El Rasûlullah dijo: **“Permanecerá** (en su trono) **durante un tiempo. Mientras mi carta esté en su poder, permanecerá su gobierno”.**

Heraclio había escrito en su carta que creía en nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. No obstante, nuestro Maestro, el Rasûlullah dijo: **“Está mintiendo. No ha abandonado su religión”.** Heraclio había envuelto en un tejido de seda la carta de nuestro amado Profeta y la había guardado en una caja redonda de oro. Su familia la guardó y la mantuvo en secreto. Decían y creían que, mientras tuvieran la carta, continuaría su mandato. Esto fue exactamente lo que ocurrió.

Antes de enviar a Jâtib bin Abî Baltaa al gobernante de Egipto, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, preguntó: **“¡Oh mis Ashâb! ¿Quién de vosotros está dispuesto a entregar esta carta al gobernante de Egipto confiando en una recompensa de Allahu ta’âlâ?”** Hadrat Jâtib se adelantó de inmediato y dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Yo la entregaré!” Entonces nuestro Profeta dijo: **“¡Oh Jâtib! ¡Pido a Allahu ta’âlâ que bendiga esta misión tuya!”**

Hadrat Jâtib bin Abî Baltaa tomó la carta de nuestro amado Profeta. Se despidió y fue a su casa donde preparó su montura. Tras despedirse de su familia, emprendió el camino. Se había enterado que Muqawqas, el gobernante de Egipto, estaba en Alejandría. Cuando llegó a su palacio, el guardián de la puerta, que conocía su objetivo antes de dejarle entrar, le trató con mucho respecto. No le hizo esperar. En ese momento, Muqawqas estaba en un barco en el mar hablando con sus hombres. Hadrat Jâtib se subió a una embarcación y se dirigió al lugar donde estaba Muqawqas. Jâtib le dio la carta de nuestro Maestro, el Profeta. Muqawqas cogió la carta y empezó a leer:

"Bismillâhirrahmânirrahîm!

"¡De Muhammad, el esclavo y Mensajero de Allahu ta'âlâ a Muqawqas, el decano de los Coptos (antiguo pueblo de Egipto)**! Sea la paz con todos los que siguen la guía. Te invito al Islam para que consigas tu salvación. Hazte musulmán para conseguir la salvación y las recompensas de Allahu ta'âlâ. ¡Si lo rechazas, todos los pecados de los coptos estarán sobre tus hombros!" "Di: ¡Oh Gente del Libro! Seguid las palabras que ambos compartimos: no adorar a nadie excepto a Allahu ta'âlâ, sin atribuirle socio alguno, no abandonemos a Allahu ta'âlâ y no nos tomemos unos a otros como señores. Si se apartan de esto, di: Sed testigos de que somos musulmanes".** (Sûra Âl-i Imrân: 64)

Cuando se leyó la carta del Sultán del universo, Muqawqas dijo a Hadrat Jâtib: "¡Esperemos lo mejor!" El gobernante de Egipto reunió a sus jefes y hombres de Estado e inició una conversación con Jâtib. Dijo:

"Te voy a hacer una serie de preguntas que quiero comprender antes de hablar sobre este asunto". Cuando Hadrat Jâtib respondió: "Muy bien, hablemos", Muqawqas dijo:
- Dime algo sobre la persona que te ha enviado. ¿Es un profeta? Háblame de él.
- Sí, es un profeta.
- Si de verdad es un profeta, ¿por qué no profirió una maldición contra le gente que lo expulsó de su tierra obligándole a refugiarse en otro lugar?
- ¿Tú crees que Îsâ bin Maryam, 'alaihis-salâm, es un profeta, no es así? Cuando su gente quiso atraparlo y matarlo, él no profirió maldición alguna en su contra y Ŷanâb-i Haqq hizo

que ascendiera a los cielos. Le recompensó. ¿Fue necesario que maldijera a su gente? No, no lo hizo.

- Has dado una respuesta muy buena. No hay duda de que eres una persona sabia que viene del grupo de ese hombre sabio. Quédate esta noche con nosotros y mañana te daré una respuesta.

Hablando del Faraón en la época de Hadrat Mûsâ, Jâtib dijo a Muqawqas:

- Existió un gobernante en una época anterior a la tuya. Pretendía la divinidad diciendo: “¡Yo soy el dios más grande!” Pero Allahu ta’âlâ lo castigó con tormentos en esta vida y en la Otra. Allahu ta’âlâ se vengó. ¡Aprende esa lección y no seas tú una lección para los demás!

- Nosotros ya disponemos de una religión. A no ser que haya una mejor, no la abandonaremos.

- Sin duda esa religión es Islam; es mejor que la que vosotros seguís y afirmáis no abandonar a no ser que haya una mejor. Os invitamos al Islam, la última religión de Allahu ta’âlâ. Allahu ta’âlâ ha completado Su religión valiéndose de él y ha hecho que sea suficiente para todos los seres humanos. Este Profeta no solo te ha invitado a ti al Islam, sino a todos los seres humanos. En sus días, los Quraysh fueron los más groseros y contrarios; los judíos fueron el adversario más vehemente y los cristianos los más cercanos a él. Juro por Allahu ta’âlâ que Mûsâ, ’alaihis-salâm y su anuncio de la llegada de Isâ, ’alaihis-salâm, es como el anuncio de Isâ, ’alaihis-salâm, hablando de la llegada de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. En consecuencia, que te invitemos al Qur’ân al-karîm es lo mismo que cuando vosotros invitáis a los judíos al Inŷîl (el Evangelio). Sabéis sin duda alguna que cada profeta ha sido enviado a la gente que podía comprenderle y que esa gente le siguiera era obligatorio. Ahora tú eres uno de los que ha alcanzado este Profeta y, en consecuencia, te estamos invitando a esta nueva religión.

Una vez oídas estas palabras de Hadrat Jâtib, Muqawqas dijo:

- He estudiado la guía de este Profeta y en sus mandatos y prohibiciones no he encontrado nada que no sea razonable. Por lo que puedo entender, no es un hechicero, ni un adivino ni un mentiroso. También he visto en él señales de la cualidad profética. Desvelar las cosas

ocultas es uno de esos signos. Proporcionar información sobre ciertos secretos es algo que ha aparecido en esta persona. Luego Muqawqas pidió más tiempo diciendo: "Permite que reflexione un poco más sobre ello".

Por la noche, Muqawqas despertó a Hadrat Jâtib y le dijo que quería hacerle más preguntas sobre nuestro amado Profeta. Entonces tuvo lugar la siguiente conversación:

- Contesta con honestidad las preguntas que te voy a hacer. Son tres:
- ¡Pregunta lo que quieras! Siempre te diré la verdad.
- ¿A qué llama Muhammad a la gente?
- Les invita a que adoren solamente a Allahu ta'âlâ. Les ordena que hagan namâz (oración ritual) cinco veces al día, a ayunar en Ramadân, mantener las promesas y les prohíbe comer carroña.

Luego Muqawqas preguntó:

- Descríbeme su forma y rasgos externos (aspecto físico).

Hadrat Jâtib describió su aspecto con brevedad sin mencionar muchos de sus rasgos. Cuando Muqawqas dijo:

- Hay una serie de rasgos que no has mencionado: tiene una cierta rojez en sus ojos y la marca de la profecía entre los hombros. Monta un asno. Se viste con ropas de lana. Le bastan los dátiles y las comidas con un poco de carne. Está protegido por sus tíos paternos o los hijos de sus tíos paternos.

Hadrat Jâtib dijo:

- Es cierto. Esos también son sus atributos.

Muqawqas volvió a preguntar a Hadrat Jâtib sobre nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam:

- ¿Usa kohl?

- ¡Sí! Utiliza un espejo, se peina el pelo y siempre lleva con él su espejo, una caja de kohl y un miswâk, ya sea cuando viaja o cuando está en casa.
- Yo sabía que faltaba un profeta por venir y pensaba que aparecería en la región de Siria, porque los profetas anteriores han venido de esa zona. No obstante, vi en los libros que este último profeta provendría de Arabia que es una tierra de dificultades, escasez y hambrunas. Ciertamente esta es la época para que aparezca el profeta cuyos atributos hemos visto escritos en los libros. Algunos de ellos es que no permite que dos hermanas estén casadas al mismo tiempo con un hombre, otro es que acepta regalos pero no limosnas y que camina y se sienta con los pobres. Pero mucho me temo que los coptos no me harán caso con respecto a obedecerle. Y yo no estoy dispuesto a abandonar mi reinado. Soy muy codicioso al respecto. Este profeta ejercerá el dominio sobre varios países y, tras él, sus compañeros vendrán y se apoderarán de nuestros territorios. ¡Pero no diré nada de esto a los coptos ni a persona alguna!

Tras esta conversación, Muqawqas llamó a su secretario que sabía escribir en árabe. Luego hizo que escribiese la siguiente respuesta a la carta de nuestro Maestro, el Profeta:

"¡A Muhammad, hijo de Abdullah! ¡De Muqawqas, el decano de los coptos!

La paz sea contigo. He leído la carta que me has enviado. He comprendido lo que mencionas y también tu invitación. Yo sabía que vendría un profeta pero pensaba que aparecería en la región de Siria. He tratado con honor a tu enviado. Te envío como regalo dos esclavas y ropas muy apreciadas por los coptos. Y además te envío una mula como montura".

Muqawqas no hizo nada más. Tampoco se hizo musulmán. Agasajó a Hadrat Jâtib en Egipto durante cinco días, tratándole con mucho respeto y dándole regalos. Pasado ese tiempo dijo: "¡Vuelve de inmediato junto a tu Maestro! He ordenado que se le den dos esclavas, dos animales como montura, mil mizqâles de oro (un mizqâl son 4.8 gramos), veinte vestiduras egipcias de gran valía y algunos regalos más. He ordenado también, que a ti se te den cien dinares y cinco vestiduras. ¡Ahora déjame y vete ya! ¡No permitas que los coptos escuchen una sola palabra de ti!"

Otros regalos que Muqawqas envió a nuestro Maestro, el Profeta, fueron un vaso para beber hecho de cristal, miel aromatizada, un turbante, un tejido de lino característico de Egipto, un perfume parecido al almizcle, un bastón, kohl en una caja, aceite de rosas, un peine, unas tijeras, miswâk [un retoño del árbol arak que crece en Arabia y se utiliza para limpiarse los dientes], un espejo, agujas e hilo.

Muqawqas preparó para Hadrat Jâtib bin Abî Baltaa, el emisario islámico, una escolta de soldados para acompañarle en el camino. Cuando entraron en territorio árabe, encontraron una caravana que iba a Medina. Jâtib hizo regresar a los soldados de Muqawqas y se unió a la caravana.

Jatîb bin Abî Baltaa llegó a Medina con los regalos y fue a ver al Rasûlullah. Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, aceptó los regalos de Muqawqas. Cuando Jatîb le dio la carta de Muqawqas y le informó de lo que había dicho, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"¡Qué hombre más perverso! No fue capaz de renunciar a su posición. ¡No obstante, esta jefatura que le impidió creer, no le durará mucho tiempo!"**

Los nombres de las dos jâriya (esclavas) que Muqawqas envió como regalo a nuestro Profeta, eran Mâriya y su hermana Sîrîn. Cuando estando de viaje Jâtib bin Abî Baltaa les invitó a hacerse musulmanas, habían aceptado. Nuestro Maestro, el Profeta, se alegró mucho de la conversión de nuestra madre Hadrat Mâriya, y le concedió el honor de hacerla su esposa. Luego tendría con ella un hijo al que llamaría Ibrâhim. En lo que respecta a Sîrîn, nuestro Profeta la casó con uno de sus Compañeros, Hassan bin Zâbit, que era el poeta de nuestro Profeta. De las dos monturas pura sangre con el pelo blanco grisáceo, la mula se llamaba Duldul y el asno se llamaba Ufayr o Yâfûr. Hasta ese día, nunca se había visto en Arabia una mula con el pelo blanquecino. Nuestro Profeta solía beber agua en el vaso de cristal que le habían regalado.

Muqawqas tenía un gran aprecio por la carta de nuestro Profeta que guardó en una caja de marfil. Selló la caja y se la confió a una de sus esclavas. (Esta carta se encontró en el año 1267 H. (1850 d.C.) entre unos libros coptos en un antiguo monasterio de la región egipcia llamada

Ahmin). Fue comprada por el sultán otomano Abdul-Mayîd Jan, el Califa 96. Fue depositada en la Sección de Objetos Sagrados del Palacio Topkapi en Estambul.

Abdullah bin Huzâfa había sido enviado al gobernante de Irán. Cuando Hadrat Abdullah presentó la valiosa carta del Maestro de los mundos al arrogante gobernante de Irán, este la entregó a su secretario para que la leyera en voz alta.

“¡Bismillâhirrahmânirrahîm!”

“De Muhammad (sallallâhu ’alaihi wa sallam)**, el Mensajero de Allahu ta’âlâ a Kisrâ, el decano de los persas”.** Cuando el secretario llegó a este punto de la carta, el arrogante Shah se enfureció, cogió la carta y la rompió en mil pedazos. Le había enfurecido que nuestro Maestro, el Profeta, hubiese empezado la carta con su nombre bendecido. Cuando iba a expulsar de su presencia a Hadrat Abdullah bin Huzâfa, el emisario islámico, éste se dirigió al Shah y a los adoradores del fuego que estaban allí reunidos: “¡Oh persas! Vosotros no creéis en los profetas ni aceptáis las Sagradas Escrituras. ¡Vivís en un sueño con vuestros días limitados acabándose en los territorios donde vivís!

¡Oh Shah! Antes de ti se han sentado muchos gobernantes en ese trono. Todos han desaparecido de este mundo; los que han cumplido las órdenes de Allahu ta’âlâ han conseguido la bienaventuranza en la Otra Vida y los que no lo han hecho, sufren ahora la Ira Divina.

¡Oh Shah! La carta que he traído y te he entregado era una gran bendición para ti. Pero la has despreciado. ¡Juro por Allahu ta’âlâ que cuando llegue aquí la religión que ahora desprecias, buscarás algún lugar donde refugiarte!”

Dicho esto, salió del palacio del gobernante y, subiéndose a su montura, salió de allí a toda prisa. Cuando llegó a Medina y contó lo que había pasado al Sultán de los mundos, éste suplicó: **“¡Oh Allah! ¡Destrózalos en pedazos, a él y a su reino, lo mismo que él ha destrozado mi carta!”**

Allahu ta’âlâ aceptó la súplica de Su Mensajero y una noche el rey persa fue apuñalado por su propio hijo. En los días de Hadrat ’Umar, los territorios iraníes fueron invadidos y sojuzgados por los musulmanes.

Hadrat Shuŷa’ bin Wahb había sido enviado a Haris bin Abî Shimr, el gobernante de Ghassân. En primer lugar, Shuŷa’ habló con el guardián de la puerta del palacio del gobernante. Cuando lo invitó al Islam, el guardián aceptó y envió sus respetos y saludos a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Luego, preparó el encuentro de Hadrat Shuŷa’ con el gobernante. Cuando Haris bin Abî Shimr leyó la carta, se enfadó mucho y la tiró al suelo. Hadrat Shuŷa’ regresó a Medina de inmediato y contó al Amado de Allahu ta’âlâ lo que había ocurrido. Nuestro amado Profeta se apenó de que su carta fuera tirada al suelo. Dijo: **“¡Que perezca su mandato!”** Poco tiempo después, Hâris bin Abî Shimr fallecía y su territorio era disgregado.

Salît bin Amr había sido enviado a Hawza bin Ali, el gobernante de Yamâma. Hawza era cristiano. Nuestro Maestro, el Profeta, decía en su carta:

“¡Bismillâhirrahmânirrahîm!”

¡De Muhammad (sallallâhu ’alaihi wa sallam)**, el Mensajero de Allahu ta’âlâ, a Hawza bin Ali!**

¡La paz sea con los que han obtenido la guía, el camino verdadero! Has de saber (¡Oh Hawza!) **que el Islam se extenderá hasta los lugares más remotos a los que pueden llegar los camellos y los caballos y que triunfará sobre las demás religiones. Acepta el Islam para poder conseguir la salvación. Si te haces musulmán, dejaré que sigas administrando los territorios que ahora están bajo tu mando”.**

Hawza, el gobernante de Yamâma, rechazó aceptar esta bendita invitación. Quería el dominio, codiciaba el rango y la posición. Por esta razón, se vio privado de obtener la bendición que conllevan las súplicas del Sultán de los mundos. Hadrat Salît bin Amr, el emisario islámico, se apiadó de él y dijo: “¡Oh Hawza, gobernante de Yamâma! ¡Tú eres el decano de este pueblo! Los césares, a los que imaginas encumbrados, hace tiempo que murieron y se han convertido en polvo”.

“Los que son realmente encumbrados son los que cumplen las órdenes de Allahu ta’âlâ, se apartan de Sus prohibiciones y merecen por ello el Paraíso. ¡Si un grupo se ve honrado con la creencia, ten cuidado a la hora de desviarlos del camino recto con tu creencia equivocada! Te aconsejo con toda sinceridad que sigas las órdenes de Allahu ta’âlâ y evites Sus prohibiciones. Si crees en Allahu ta’âlâ y cumples lo que Él ha ordenado, entrarás en el Paraíso. Si sigues a shaytán, te quedarás en el Fuego”.

“Si aceptas mi consejo, estarás a salvo de todo lo que temes y obtendrás todo lo que esperas. Si rechazas mi consejo, no podré hacer nada por ti. ¡De ti depende!”

Hawza tampoco aceptó este sublime consejo del emisario islámico. Sâlit bin Amr comprendió que ya no era necesario permanecer más tiempo en Yamâma y regresó a Medina donde informó al Profeta del resultado de la entrevista. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, se entristeció porque Hawza se había negado a conseguir la bienaventuranza que supone abrazar el Islam. Al final, su amor por el parentesco y codicia por el rango y la posición acabaron en la tumba que fue un pozo en el Fuego.

Seis emisarios del Islam habían cumplido su misión anunciando la existencia del Islam a las grandes naciones de la época. Les informaron de la verdadera bienaventuranza y no dejaron la posibilidad de aducir en el Día del juicio: “No habíamos oído nada al respecto”.

Ashama, el gobernante de Abisinia, había sido bendecido con hacerse musulmán al haber visto a los Ashâb-i kirâm y aceptar los buenos consejos de nuestro Maestro, el Profeta. Heraclio, el emperador del Imperio Romano Oriental y Muqawqas, el sultán de Egipto, no se habían hecho musulmanes; no obstante, atesoraron las cartas con gran estima y dieron respuestas afables, trataron bien a los emisarios y enviaron regalos a nuestro Maestro, el Rasûlullah. Los gobernantes de Ghassân e Irán no trataron bien a los emisarios y mostraron su animosidad de forma manifiesta. En lo que respecta al gobernante de Yamâma, trató al emisario islámico de forma más o menos cortés.

Las almas languidecen en su anhelo por esa esencia de rosa de la benevolencia,
Mira: el sol brilla y arde con el deseo de contemplar tu rostro.

Una súplica miserable se lamenta al final de la vida:
Alíviame con tu gentileza, porque estoy ardiendo, oh Rasûlullah.

Aunque esté sin agua y muera en los tórridos desiertos no siento dolor,
En mi pecho hay volcanes, no siento la humedad de los mares.

Aunque lluevan las llamas y las toque, no les presto atención alguna.
Alíviame con tu gentileza, porque estoy ardiendo, oh Rasûlullah.

LA CONQUISTA DE JAYBAR

En la gloriosa Medina quedaban algunos judíos que, aunque eran musulmanes en apariencia, en realidad eran hipócritas. Entre ellos había un hombre conocido por practicar la brujería cuyo nombre era Labîd bin A'sam. Los judíos le dieron oro y le dijeron: "Sabes muy bien que Muhammad expulsó a nuestra gente de Medina y mató a nuestros hombres. ¡Queremos que hagas un hechizo para castigarle!" Lo aceptó e intentó conseguir algún pelo de nuestro amado Profeta que hubiese quedado en su peine. Con la ayuda de un niño judío que estaba al servicio de nuestro Maestro, el Profeta, consiguió su objetivo.

Labîd ató un hilo, que tenía once nudos, al pelo bendecido de nuestro Maestro, el Profeta, y a los dientes del peine, luego sopló sobre ellos y lo escondió en un pozo bajo una piedra. Al poco tiempo, nuestro Maestro, el Profeta, se sintió enfermo y no pudo levantarse durante varios días. Cuando los Ashâb-i kirâm iban a visitarlo y veían cómo se agravaba su enfermedad, derramaban lágrimas de sangre. Por el contrario, los hipócritas estaban tan felices como si celebrasen algo grande.

Un día, nuestro Maestro, el Profeta, dijo a nuestra madre Hadrat Âisha, **"¡Oh Âisha! ¿Sabes qué? Allahu ta'âlâ me ha informado dónde está mi cura. Vinieron a mí dos personas** (Ŷabrâil y Mikâîl)**. Una de ellas se sentó a mis pies y la otra junto a mi cabeza. Luego, una le preguntó a la otra:** "¿Cuál es la enfermedad de este hombre?" **El otro respondió:** "Está bajo un hechizo". **Preguntó:** "¿Quién lo ha hechizado?" **El otro ángel dijo:** "Labîd bin A'sam". **Luego**

preguntó: “¿Cómo se hizo el hechizo?” **Respondió:** “Con un peine y los restos de pelos que contenía”. “¿Dónde está?”, **preguntó el otro**. “En el pozo de Zarwân”**.**

Zarwân era un pozo que estaba en Medina, en el huerto de la tribu de los Banî Zurayk. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, envió al pozo a Hadrat Ali, Zubayr, Talha y Ammâr. Lo vaciaron y movieron la piedra que estaba en el fondo. Allí encontraron un hilo que tenía once nudos. Lo cogieron y lo llevaron a nuestro amado Profeta. Pero por mucho que lo intentaron no pudieron desatarlos. Entonces, el arcángel Gabriel trajo las Sûra Falâq y Nâs. Mientras nuestro Maestro, el Rasûlullah, recitaba cada sûra, que tienen once versículos, los nudos se deshicieron con cada versículo. Cuando los nudos se desataron, el Maestro de los mundos recuperó la salud y el bienestar.

Labîd, el judío, fue apresado y llevado ante nuestro Maestro, el Rasûlullah. Cuando le dijo: **“Allahu ta’âlâ me ha informado sobre tu hechizo y me ha enseñado dónde estaba. ¿Por qué has hecho eso?”** Labîd respondió: “¡Por lo mucho que me gusta el oro!” Algunos Ashâb-i kirâm dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Si nos das permiso, le cortaremos la cabeza a este judío!” Nuestro amado Profeta, que nunca castiga a nadie por su propia voluntad, no permitió su ejecución diciendo: **“El castigo divino al que se enfrentará al final, será más contundente”.**

Cuando los judíos fueron expulsados de Medina habían ido al norte de Arabia. Algunos se establecieron en Jaybar. Otros fueron a Damasco, que también estaba en el norte. Habían sido expulsados de sus tierras por haber intentado matar a nuestro Maestro, el Rasûlullah. A pesar de todo, sus sentimientos de odio, rabia y venganza contra los musulmanes no solo no se habían extinguido, sino que aumentaban cada día. Querían acabar con la vida del Amado de Allahu ta’âlâ y destruir la religión del Islam lo antes posible. Algunos de sus personajes más notables decían: “¡Vamos a la gente de Ghatafân para pedirles ayuda y luchar contra los musulmanes!” Otros decían: “Llamemos también a los judíos de Fadak, Taymâ y Wâd-il-Kurâ para pedirles ayuda y obtengamos la venganza atacando las ciudades musulmanes antes de que nos ataquen ellos”.

Los judíos de Jaybar aceptaron estas propuestas y pidieron ayuda a las tribus judías vecinas y a la gente de Ghatafân que envió un gran número de soldados de elite; los preparativos comenzaron en Jaybar.

Cuando se estaban preparando para atacar, el Maestro de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se enteró de lo que planeaban los judíos. Envió de inmediato a Jaybar a Hadrat Abdullah bin Rawâha con tres Compañeros para averiguar lo que pasaba. Jaybar era un enclave próspero con ocho fortalezas bien construidas y tierras con muchos campos y huertos. Hadrat Abdullah envió a uno de sus compañeros al fuerte Shikk, otro al fuerte Katiba y el otro al fuerte Natat mientras él vigilaba otra de las fortalezas. Pasados tres días se reunieron en el lugar acordado de antemano y volvieron a Medina con rapidez donde informaron con todo detalle a nuestro Maestro, el Profeta, de los preparativos de los judíos.

Nuestro amado Profeta ordenó a sus Compañeros que se preparasen de inmediato. A fin de anticiparse a un ataque de los judíos contra Medina decidió ir contra Jaybar. Cuando los judíos de Medina se enteraron de esta decisión fueron presas de un terror enorme. A fin de intimidar a los musulmanes dijeron: "¡Juramos que si vieseis las fortaleza de Jaybar y sus valientes soldados, jamás podríais entrar en ese lugar! Las fortalezas en las cumbres de las montañas están protegidas por soldados cubiertos de armaduras y han venido miles de soldados para ayudarlos. ¿Acaso pensáis que os será posible conquistar Jaybar?" Como respuesta a estas palabras los heroicos Compañeros dijeron: "Allahu ta'âlâ ha prometido a Su Amado que conquistará Jaybar". Y luego declararon que jamás tendrían miedo a los judíos. Esta intrepidez de los Compañeros hizo que los judíos se sintieran más ansiosos y entristecidos.

Abdullah bin Ubayy, el líder de los hipócritas, envió un mensaje urgente a Jaybar que decía: "Muhammad va hacia vosotros con un grupo pequeño. No es necesario tener miedo, pero sed precavidos y llevad vuestros bienes materiales a las fortalezas. ¡Enfrentaros a los musulmanes saliendo de ellas!"

Los Ashâb-i kirâm completaron sus preparativos y luego se reunieron en torno a nuestro Maestro, el Profeta. Eran doscientos jinetes y mil cuatrocientos hombres a pie. A las órdenes

de su amado Profeta estaban dispuestos a propagar la religión de Allahu ta'âlâ, a combatir en la Guerra Santa y a alcanzar el martirio. También hubo mujeres que pidieron a nuestro Maestro, el Profeta, poder ayudar en las tareas de la guerra, como preparar la comida para los Ashâb-i kirâm, atender a los heridos y otras cosas que podían hacer. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sintió compasión por ellas y no quiso privarlas de las recompensas de esas acciones. Veinte mujeres, lideradas por Hadrat Ummu Salama, la esposa bendecida de nuestro amado Profeta, se unieron a los muŷâhids.

El Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dejó como su representante en Medina a Hadrat Sibâ', de la tribu Ghifâr, y ordenó salir hacia Jaybar. (Se ha transmitido también que el representante fue Numayla bin Abdullah). El viaje comenzó con gritos de "¡Allahu akbar!" Los que no podían unirse al combate, por tener un impedimento o por ser demasiado jóvenes, despidieron a nuestro Maestro, el Profeta, con súplicas y admiración, además de a sus valientes padres, abuelos, tíos maternos y paternos y a sus hermanos mayores.

El calendario registraba que era el año séptimo de la Hégira. El estandarte sagrado de nuestro Maestro, el Profeta, lo llevaba Hadrat Ali; Hadrat 'Umar estaba al mando del flanco derecho. El viaje transcurrió con alegría. Los poetas agradecían a Allahu ta'âlâ Sus bendiciones, pedían salawât por nuestro amado Profeta y alababan a los gloriosos Ashâb. Los Sahâbî, como si fueran a una celebración, cantaban "¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!"

¡OH RASÛLULLAH!

¡Oh Rasûlullah! El esclavo a tu puerta,
No cree en las palabras de esos mentirosos,
Que no besan la tierra que ha tocado tus pies,
Y que, por este amor, no sacrifican sus vidas.

Quisiera poder besar, secar mis ojos, hacerme un trono.
La tierra que has pisado es la cura de mi corazón;
Quisiera poder transformarla en una lámpara para encontrar el camino verdadero;
Y quisiera poder verte, con amor y aderezo.

Olfateo cada brisa que procede del lugar en el que estás.
Lo compruebo para ver si contiene tu aroma tan hermoso;
Que mis hijos sean sacrificados en tu nombre;
Mi madre, mi padre y miles más.

Mawlâna Jâlid dice que él es tu amante sincero.
¡Oh sultán del universo! ¡Oh el amado del mundo!
Yo solo tengo una vida y esta te pertenece.
Así que no puedo decir que me pertenece para sacrificarla.

Los que no ponen el sello en sus frentes
Y afirman que son tus esclavos, y los que no llevan en sus cuellos
Los collares del amor;
Y los que no se sienten anonadados por tu visión inigualable,
No deberían declarar que te aman.

De todos los que te han alabado durante mil trescientos años,
De todos cuyos corazones están enamorados, que te alaban todo el tiempo,
De todos los que van a tu puerta suplicando intercesión,
El peor es este esclavo, el más pobre soy yo, este sacrificio.

Él dice: oh amado de Allah, deja que me acerque a ti.
Permite que lo olvide todo y te conozca solo a ti.
Deja que salga a los campos abiertos, me queme y me derrita.
En cada momento, buscándote, con amor y aderezo.

Permite que bese el polvo del lugar donde estás enterrado,
A fin de aliviar mis labios que se han quemado con tu amor.
Deja que bese la tierra pura de tu lugar.
Deja que lo transforme en cura para mi alma y remedio para el cuerpo enfermo.

Permite que suplique a Allah en tu presencia.
Y permanecer en ese estado durante horas, días y meses.
Deja que siempre pida perdón y haga salât.

Yo confieso mi incapacidad a la hora de expresarte mi gratitud de forma apropiada.

Permite que te ofrezca mi corazón llorando y lamentándome.
Y deja que derrame lágrimas ardientes de amor por ti.
Quisiera que se secaran mis lágrimas, derramar sangre y derretirme como una vela.
Permite que muera donde estás enterrado, ese lugar más elevado que el Arsh.

Tú eres los medios más hermosos y el guía más verdadero.
Solo tú puedes mostrar la bienaventuranza eterna.
Tú das buenas noticias a los que te siguen.
La pluma no puede expresarlo y la lengua no puede confesarlo.

Muéstrate por favor a mí como un sultán de los pobres.
Como Ken'ân a Ya'qûb, cuyos ojos se cegaron de tanto llorar.
Como una luna luminosa en una noche oscura.
Para que mi corazón arruinado alcance la prosperidad en un instante.

Lo que decían resonaba por doquier: "¡Allahu akbar! ¡Lâ ilâha illa'llâh wallahu akbar!" En cada parada, el Maestro de los mundos suplicaba: **"¡Oh Allah! ¡Me refugio en Ti de tener ansiedad con respecto al futuro, de preocuparme por el pasado, de la debilidad y la pereza, de la mezquindad, de la cobardía, de la pesada carga de las deudas, del maltrato de las personas crueles e injustas!"** Cuando estaban cerca de Jaybar, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, hizo detenerse a sus Compañeros. Alzó las manos y suplicó: **"¡Oh Allah! ¡Tú que eres el Rabb de los cielos y de los que hay bajo ellos! "¡Oh Allah! ¡Tú que eres el Dueño de la tierra y en lo que hay en ella! "¡Oh Allah! ¡Tú que eres el Rabb de los shaytanes y de los que estos desvían! "¡Oh Allah! ¡Tú que eres el Rabb de los vientos y de sobre lo que estos soplan! ¡De Tí deseamos el bien y el bienestar de esta tierra, el bien y el bienestar de los que en ella viven, el bien y el bienestar de todo lo que hay en ella! ¡Nos refugiamos en Ti del mal de esta tierra, del mal de la gente y del mal de todo lo que hay en ella!** Los Compañeros decían: "Âmîn, Âmîn". Y luego dijo a sus Compañeros: **"Avanzar diciendo Bismillâhirrahmânirrahîm".**

Los Ashâb-i kirâm, empezaron a avanzar de nuevo rodeando a nuestro Maestro, el Rasûl-i akram. Llegaron a la fortaleza Natât, una de las más sólidas de Jaybar. Allí establecieron su campamento. Era la tarde y la práctica honorable de nuestro Maestro, el Rasûlullah, era invitar primero al enemigo al Islam y no atacar hasta la mañana. Los Ashâb i kirâm se dispusieron a esperar. Los judíos no se habían dado cuenta de la llegada de la tropa islámica.

Una vez acabada la oración ritual, el Maestro de los mundos completó los preparativos y movilizó a los muŷâhids. Doscientos jinetes y mil cuatrocientos hombres de a pie avanzaron hacia el fuerte Natât. Ignorando lo que pasaba, los judíos salían de la fortaleza para atender a sus labores. Quedaron muy sorprendidos cuando vieron a los soldados musulmanes. Dijeron: "¡Juramos que estos son Muhammad (sallallâhu 'alaihi wa sallam) y su ejército!" Y comenzaron a huir. Al ver su condición, nuestro amado Profeta, dijo: **"¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar! Jaybar ha sido arruinado"** repitiendo tres veces estas palabras bendecidas.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo a los judíos que se hiciesen musulmanes o que se rindiesen y pagasen el jaraŷ (impuesto sobre la tierra que pagan los no musulmanes) y la ŷizya (impuesto sobre los no musulmanes que viven en un país islámico); de lo contrario habría guerra y un baño de sangre. Los judíos fueron a Sallâm bin Mishkan, uno de los personajes notables de los judíos, y le informaron sobre la situación. Sallâm los incitó a que lucharan diciendo: "Cuando antes os dije que lucharais contra Muhammad no lo aceptasteis. Espero que, al menos ahora, no lo dudéis. Morir en un combate contra él es mejor que seguir vivo sin amigos ni familiares". Los judíos reunieron a sus mujeres y niños en la fortaleza Katiba y los soldados fueron al fuerte Natât.

A la invitación al Islam los judíos respondieron lanzando flechas. Los muŷâhids se protegieron de las flechas con sus escudos. Cuando nuestro amado Profeta dio la orden, tensaron sus arcos y esta vez fueron sus flechas, acompañadas con el grito de ¡Allahu Akbar!, las que se lanzaron contra los judíos en los bastiones. La batalla había comenzado. En uno de los bandos, el Maestro de los mundos y sus heroicos Compañeros luchaban para propagar el Islam y para que los judíos lo aceptaran y se salvaran del Fuego. En el otro, estaban los judíos que no aceptaban consejo alguno, que querían apuñalar a los musulmanes por la espalda cada vez

que tenían una oportunidad y que se negaban con denuedo a aceptar la verdad. Cuando por fin comprendieron que el Último Profeta no era uno de los suyos, cegados por los celos, no lo aceptaron. Habían intentado matar a nuestro amado Profeta desde su niñez. Utilizaron todo tipo de ardides, pero no pudieron hacer nada gracias a la protección de Allahu ta'âlâ.

Más de diez mil judíos disparaban flechas a mil seiscientos gloriosos muŷâhids. Ante esa lluvia incesante de flechas, los Ashâb-i kirâm se protegían con sus escudos y, cuando tenían una oportunidad, disparaban contra los judíos las flechas de éstos que caían al suelo. A pesar de todo, algunos Compañeros fueron heridos.

Mientras tanto, Hadrat Habbâb bin Munzir fue con todo respeto a ver a nuestro Maestro, el Habîbullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y le dijo: "¡Sea mi vida sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! ¿No deberíamos establecer nuestra base en otro lugar?" Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"¡Insha'llah ta'âlâ, esta tarde cambiaremos de lugar!"** Los muŷâhids estaban al alcance de las flechas judías que llegaban hasta la retaguardia del campamento islámico.

¡HE VENIDO A TI!

¡Oh refugio de los transgresores, he venido a refugiarme!
¡He cometido muchas malas acciones; he venido a suplicar!

Me he desviado hacia la oscuridad, atrapado en una ciénaga.
He venido a la fuente de luz que ilumina el camino recto.

¡Solo tengo una vida que dar, oh sultán de todas las almas!
Y no sé si es correcto decir que he venido a sacrificar mi alma.

Tú eres el médico de los que tienen dolores, mi corazón está enfermo.
He venido a llamar a tu puerta para encontrar una cura para mi corazón.

Llevar algo a la puerta del generoso es un error.
Yo he venido para besar el suelo que has honrado con tu paso.

Mis pecados son muchos, como una montaña; mi cara oscura, como el alquitrán.
He venido para desembarazarme de este peso y esta oscuridad.

Una gota del océano de tu misericordia lo limpiará todo.
Por muy oscura que sea mi cara y aunque mis cuentas estén llenas de pecados.

Si tan solo pudiera limpiar mi cara en tu puerta.
¡Oh Amado, esa tierra limpia mucho más que el agua!

Ese día, el combate duró hasta bien entrada la tarde con esa lluvia de flechas. Unos cincuenta Compañeros fueron heridos. Avanzada la tarde, se confió a Hadrat Muhammad bin Maslama la misión de encontrar un nuevo lugar para el campamento base. Cuando declaró que lo más apropiado era un lugar llamado Raŷî, se trasladó allí el centro de operaciones y los heridos empezaron a ser tratados.

El día siguiente, los heroicos Ashâb que se presentaron ante Natât, lucharon hasta la tarde. El asedio continuó los días tercero, cuarto y quinto. Los judíos luchaban siempre a la defensiva. Nuestro amado Profeta tenía un dolor de cabeza terrible y no pudo estar entre los muŷahidun durante dos días. El primer día entregó el estandarte a Hadrat Abû Bakr y el segundo a Hadrat 'Umar. Al mando de los Ashâb-i kirâm, ambos combatieron contra los judíos con gran fiereza, pero seguía siendo imposible conquistar la fortaleza.

En un momento dado, los judíos, cuya valentía había aumentado, abrieron las puertas de la fortaleza y lanzaron un ataque. Ahora empezaban a luchar cuerpo a cuerpo. La batalla se había intensificado. Mientras tanto, nuestro Maestro, el Profeta, dijo a sus Ashâb: **"Decir takbîr: ¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!"** Golpeaban a sus enemigos con las espadas llenos de fervor. En un lance de la lucha murió mártir Mahmûd, el hermano de Muhammad bin Maslama. El fragor de la batalla continuó hasta la tarde.

El día siguiente Marhab, uno de los jefes más conocidos de Jaybar, salió recubierto con una armadura. Era un hombre muy fuerte parecido a un gigante. Hasta ese día nadie pudo enfrentarse a él. Se dirigió a los muŷâhids y empezó a fanfarronear diciendo: "¡Yo soy Marhab, de sobra conocido por mi valor y bravura!" Mientras alardeaba de esta manera, uno de los muŷâhids avanzó hacia él y le dijo: "Yo soy Âmir, el que no teme participar en batallas horribles y sangrientas". Y lanzando un grito de guerra se plantó ante Marhab. El gigante golpeó a Hadrat Âmir con su espada en la que estaba escrito: "¡A quien yo toque, le haré

morir!” El valiente Âmir alzó su escudo de inmediato. Cuando la gruesa espada dio en el escudo se puso oír un ruido estremecedor. Se había quedado clavada en el escudo.

Hadrat Âmir invocó a Allah gritando “¡Yâ Allah!”, y golpeó con su espada las piernas de Marhab protegidas con la armadura. Cuando la espada golpeó la armadura de hierro, rebotó y le dio a Âmir en la pierna cortándole la arteria. Los Ashâb-i kirâm corrieron y levantando en brazos a Âmir lo llevaron al campamento para curarlo. No obstante, no fue posible hacerlo y Hadrat Âmir murió mártir.

La batalla continuó desarrollándose con gran intensidad. Cuando se acercaba la tarde, nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, propuso a los Ghatafânidas politeístas, que habían venido con cuatro mil hombres para ayudar a los judíos, que abandonaran la lucha y regresaran a sus tierras. En caso de hacerlo, les prometía darles la cosecha de dátiles de todo un año de los palmerales de Jaybar. No obstante, los Ghatafânidas rechazaron la oferta. Ante esta situación, el Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, ordenó a sus Ashâb que pasaran la noche alrededor del fuerte donde estaban los Ghatafânidas. Estos se sintieron presas de la ansiedad temiendo que los muŷâhids atacasen por la noche. Ni siquiera podían dormir. Esa noche, una voz declaró que las tierras de los Ghatafânidas habían sido atacadas y sus familias y bienes tomados como botín. La voz lo repitió tres veces y todos los Ghatafânidas lo oyeron horrorizados. Su jefe, Uyayna, también la había oído. Antes del alba, reunió a sus tropas y salieron de Jaybar con destino a sus territorios. Cuando llegó la mañana, los judíos quedaron asombrados al ver que los Ghatafânidas se habían ido de Jaybar sin motivo alguno. Perdieron la esperanza y sintieron mucho haber pedido ayuda a los Ghatafânidas.

El heroísmo de Hadrat Ali

Una vez más, durante ese día la lucha ante Jaybar fue muy intensa, pero la fortaleza no pudo ser conquistada. Por la tarde, el Sultán del universo anunció buenas noticias al decir: **“Mañana daré el estandarte a un guerrero que ama a Allahu ta’âlâ y a Su Mensajero. Y Allahu ta’âlâ y Su Mensajero también lo aman a él. ¡Allahu ta’âlâ hará que la conquista tenga lugar gracias a este guerrero!”** Esa noche los Ashâb-i kirâm esperaron la mañana llenos de excitación.

Todos querían ser quien recibiera el estandarte y suplicaban a Allahu ta'âlâ que así fuera. Hadrat Bilâl-i Habashî recitó el adhân de la oración de la mañana con su voz hermosa y conmovedora. Cuando se oía el adhân se apoderaba de todo el mundo una sensación de deleite absolutamente única. Era una degustación de lo sagrado. Tras dirigir la oración de la mañana en grupo, nuestro amado Profeta se levantó y ordenó que se trajera el estandarte bendecido del Islam. Mientras llegaba, los Ashâb-i kirâm estaban llenos de curiosidad esperando las palabras que pronunciarían los labios bendecidos de nuestro amado Profeta. Por fin, el Maestro de los mundos dijo: **"Juro por Allahu ta'âlâ que ha honrado a Muhammad con la profecía, que entregaré esta bandera a un guerrero que no sabe lo que es huir".** Luego, miró con detalle a los Compañeros y preguntó: **"¿Dónde está Ali?"** Los sahâbî contestaron: "¡Oh Rasûlullah! Le duelen mucho los ojos". Nuestro Maestro dijo: **"Decirle que venga".** Durante esos días, Hadrat Ali sufría un dolor de ojos tan intenso que ni siquiera podía abrirlos. Fueron a verlo y le informaron de los deseos del Profeta. Llevándolo del brazo llegaron ante el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. El Sultán del universo pidió a Allahu ta'âlâ por el bienestar de Hadrat Ali. Luego humedeció sus dedos bendecidos con saliva y acarició los ojos de Hadrat Ali. En ese instante, el dolor que sufrían los ojos de Hadrat Ali desapareció por completo. Y además nuestro Maestro, el Profeta, imploró a Allahu ta'âlâ diciendo: **"¡Oh mi Rabb! Aparta de esta persona las molestias del frío y el calor".** Luego ayudó a Hadrat Ali a ponerse la armadura y le ciñó su propia espada. Le entregó el estandarte blanco del Islam y le ordenó: **"¡Lucha hasta que Allahu ta'âlâ te conceda la victoria! ¡No huyas jamás!"**

Hadrat Ali dijo: "¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! Los combatiré hasta que acepten la religión del Islam". Nuestro amado Profeta dijo: **"Juro por Allah que si Allahu ta'âlâ hace que uno de ellos consiga la guía, gracias a ti, será mejor que si poseyeras muchos camellos rojos para luego darlos como limosna en el camino de Allahu ta'âlâ".**

Mientras Hadrat Ali, enarbolando el estandarte, avanzaba hacia la fortaleza de los judíos, era seguido por los gloriosos Compañeros. Cuando llegaron a la fortaleza y el estandarte se clavó junto a una piedra, se vio que las puertas del fuerte Natât se abrían de repente. Las fuerzas de asalto de los judíos salían a su encuentro. Eran la elite de los guerreros de Jaybar. Todos

estaban protegidos con armadura de hierro doble. Uno de ellos avanzó hacia Hadrat Ali y se detuvo ante él listo para luchar. Este hombre era Jâris, hermano de Marhab, y extraordinariamente valiente. Atacó de inmediato. Cuando las dos espadas se encontraron, se vio que la espada Zulfikâr se movía hacia abajo de repente y la cabeza de Jâris se separaba de su cuerpo. En ese momento los gritos de "¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!" llenaron los cielos.

Cuando Marhab se enteró que su hermano había sido matado, fue al campo de batalla acompañado de los hombres que tenía a sus órdenes. Se detuvo ante Hadrat Ali. Marhab también llevaba una armadura doble. Con su enorme cuerpo y dos espadas, parecía un gigante. Lleno de ira, empezó a fanfarronear: "¡Yo soy Marhab que se lanza al combate y lucha con valentía en las batallas más enconadas! ¡Yo abato los leones más feroces con mi espada o con mi lanza!"

Hadrat Ali dijo: "Yo soy un hombre tal que mi madre me llamó Haydar (León). ¡Soy como un león majestuoso! ¡Yo soy el guerrero que te hará caer con un solo golpe!" Cuando Marhab oyó la palabra Haydar, sintió miedo porque, en un sueño que había tenido, era destrozado por un león. ¿Era este hombre el león con el que había soñado? En ese momento se vio que el gigante Marhab atacaba. Hadrat Ali detuvo el golpe con su escudo. Luego, buscando refugio en Allahu ta'âlâ, golpeó la cabeza del incrédulo con Zulfikâr. El escudo de Marhab y su yelmo de hierro se rompieron en pedazos y su cabeza quedó dividida en dos hasta llegar al cuello. El sonido terrible de Zulfikâr se había oído por todo Jaybar.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo entonces: **"¡Alegraos! Ahora, la conquista de Jaybar será fácil".** Los Ashâb-i kirâm admiraban la valentía de Hadrat Ali. Los cielos tronaban con los gritos de "Allahu akbar!" La batalla continuó con fiereza. Cuando los Ashâb-i kirâm llegaban a las puertas del fuerte, un judío golpeó con su espada el escudo de Hadrat Ali. El escudo cayó pero no había tiempo para recogerlo. El judío no quiso perder la oportunidad; se apoderó del escudo y echo a correr. El león de Allahu ta'âlâ estaba muy molesto. Tras dispersar a los enemigos que tenía a su alrededor con la espada Zulfikâr, intentó procurarse un escudo con la puerta de la fortaleza. Diciendo **"Bismillâhirrahmânirrahîm"** tiró de los aros de la gran puerta de hierro y logró sacar los ganchos que la sujetaban a la pared. Cuando Hadrat Ali arrancó la

puerta el fuerte se estremeció. Hadrat Ali hizo de la puerta un escudo con el que protegerse y siguió luchando. Esa puerta no la habrían podido mover diez hombres.

Seis de los guerreros más valientes de los judíos se enfrentaron a él de forma sucesiva. Con el permiso de Allahu ta'âlâ, Hadrat Ali los derrotó a todos. Luego, acompañado de sus heroicos Compañeros entró en la fortaleza. La lucha transcurría ahora en el interior de los límites de la fortaleza. En muy poco tiempo no quedó nadie que les hiciera frente. Plantaron el estandarte del Islam y Natât, la fortaleza más impresionante de los judíos, quedaba conquistada.

Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, besó los ojos de Hadrat Ali y luego dijo: **"Por la valentía que has demostrado tener, Allahu ta'âlâ y Su Mensajero están complacidos contigo".** Al oír estas palabras bendecidas, Hadrat Ali lloró de alegría. Cuando nuestro Maestro, el Profeta, le preguntó: **"¿Por qué estás llorando?"** Hadrat Ali contestó: "¡Que mi vida sea sacrificada por ti, oh Rasûlullah! Lloro por la alegría que me da saber que Allahu ta'âlâ y Su Mensajero están complacidos conmigo". Al oírlo, nuestro amado Profeta dijo: **"No solo yo, sino que también Ŷabrâil, Mikâîl y todos los ángeles están complacidos contigo".**

Mientras tanto, cuatrocientos musulmanes de la tribu Daws vinieron a ayudar a nuestro Maestro, el Profeta. La batalla continuó hasta que todas las fortalezas fueron conquistadas. Cuando cayeron las otras siete fortalezas de Jaybar, los judíos, impotentes, enviaron una delegación y solicitaron la paz. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, aceptó la propuesta y acordaron las siguientes condiciones:

1- No se derramará la sangre de los judíos que lucharon contra los musulmanes en esta batalla.

2- Los judíos que abandonen Jaybar solo podrán llevarse a sus hijos y los utensilios del hogar que puedan llevar como carga de un camello.

3- Los bienes restantes, trasladables o no, todas las armas, tales como armaduras, espadas, escudos, arcos, flechas, las prendas de vestir, excepto las necesarias para cubrirse, el oro u otros tesoros, y animales tales como caballos, camellos y ovejas, serán entregados a los musulmanes.

4- De lo que debe entregarse a los musulmanes no podrá haber cosa alguna que se oculte. Los que lo hagan, dejarán de estar bajo el pacto y la protección de Allahu ta'âlâ y Su Mensajero.

Kinâna bin Rabî, que no había cumplido estas condiciones envolviendo sus tesoros en pieles y enterrándolos, fue castigado. El botín de guerra conseguido fue enorme. Las fértiles tierras de Jaybar y sus palmerales pasaron a manos del ejército islámico.

Mientras tanto, los Ghatafânidas regresaban de nuevo a Jaybar para ayudar a los judíos. Al ver que nuestro Maestro, el Profeta, había conquistado Jaybar y los había derrotado, dijeron: "¡Oh Muhammad! Prometiste que si nos íbamos de Jaybar nos darías la cosecha de dátiles de todo un año. Nosotros hemos cumplido la promesa, así que danos lo prometido". Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"Que sea vuestra la montaña tal y tal".** Los Ghatafânidas se pusieron en tono amenazador diciendo: "En ese caso, lucharemos contra ti". Nuestro Maestro, el Rasûl-i akram, dijo: **"Que el lugar de la batalla sea Ŷanafa".** Ŷanafa era el nombre de uno de los territorios de los Ghatafânidas. Al oír estas palabras, se atemorizaron y abandonaron Jaybar.

La conquista de Jaybar había dejado exhaustos a nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y a sus heroicos Compañeros. Los heridos estaban siendo tratados y todos necesitaban descansar. Zaynab, la esposa de Sallâm bin Mishkan, uno de los personajes más prominentes de los judíos, quería matar a nuestro Maestro, el Profeta, envenenándole. Para ello sacrificó a una cabra, la cocinó y añadió una gran cantidad de veneno a la carne. Cuando estuvo lista fue a ver a nuestro Maestro, Rasûl-i akram, diciendo que le traía un regalo. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, lo aceptó y llamó a sus Compañeros. Cuando llegaron, se dispusieron a comer.

El Maestro de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, cogió un trozo de carne de la paletilla de la cabra al tiempo que decía **"Bismillâhirrahmânirrahîm".** Empezó a masticar y de repente lo escupió diciendo: **"¡Oh mis Compañeros! ¡No comáis más! Esta carne me ha dicho que ha sido envenenada".** Los Compañeros no tocaron la carne. A pesar de todo, el cuerpo de Hadrat Bishr bin Barâ, que ya había comido un trozo de carne, se puso de color morado y falleció. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, vino a nuestro amado Profeta y le dijo que extrajera sangre de entre los

hombros para librarse del efecto del veneno al mezclarlo con su saliva bendecida. Así se hizo y se enterró la carne envenenada. Luego se apresó a Zaynab, la responsable del envenenamiento, que se llevó ante nuestro Maestro, el Profeta. Nuestro Maestro le preguntó: **"¿Has sido tú la que ha envenenado esta cabra?"** La mujer confesó: "¡Sí! ¡Yo la he envenenado!" Nuestro Maestro, el Profeta, preguntó: **"¿Por qué lo has hecho?"** Respondió ella: "Porque tú has matado a mi marido, a mi padre y a mi tío paterno. Así que pensé: 'Si de verdad es un Profeta, Allahu ta'âlâ le avisará del peligro. Si no lo es, el veneno lo matará y nos habremos librado de él'". Los Ashâb-i kirâm estaban afligidos por lo ocurrido. Dijeron: "¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en tu nombre, oh Rasûlullah! ¿Debemos matar a esta mujer?" El Maestro de los mundos, que perdonada toda afrenta contra su persona, la perdonó a ella también. Al ver tal muestra de compasión, Zaynab pronunció la Kalima-i shahâdat y se convirtió al Islam.

Entre el botín y los prisioneros conseguidos en Jaybar, estaba Safiyya, hija de Huyay bin Ajtab. Como derecho del jefe al mando, le había tocado a nuestro Maestro, el Profeta. El Maestro de los mundos le concedió la libertad. Safiyya se sintió conmovida y abrazó el Islam de forma sincera diciendo la Kalima-i shahâdat. Nuestro amado Profeta, que se había alegrado mucho, honró con el matrimonio a Hadrat Safiyya convirtiéndola en madre de los creyentes. La boda se celebró en un lugar llamado Sahbâ y hubo una comida nupcial en la que hubo dátiles y melones.

Uno de los ojos bendecidos de nuestra madre Hadrat Safiyya estaba amoratado. Cuando nuestro amado Profeta preguntó: **"¿Qué es esa marca?"** Ella dijo: "Una noche había tenido un sueño en el que la luna descendía y entraba en mi pecho. Cuando se lo dije a mi marido, Kanâna, me golpeó en el ojo diciendo: 'Siempre has deseado ser la esposa de ese gobernante árabe que ha venido en contra nuestra'. Así es como me ha quedado esta señal'".

Tras la conquista de Jaybar, los judíos dijeron a nuestro Maestro, el Profeta: "¡Oh Muhammad! Estamos dispuestos a irnos de Jaybar. No obstante y dado que conocemos bien la agricultura y el cuidado de los campos y los huertos, podrías alquilarnos estas tierras tan fértiles siempre que accedieras a ello. ¡Trabajaríamos la tierra y te daríamos la mitad de la

cosecha! Nuestro amado Profeta y los sahâbî no disponían de tiempo para ocuparse de los trabajos agrícolas. Sus esfuerzos estaban dirigidos a propagar la religión del Islam y combatir en el camino de Allah. A nuestro Maestro, el Profeta, le agradó la oferta y dijo: **“Con la condición de poder echaros cuando queramos”.** Los judíos aceptaron y comenzaron a trabajar las tierras de Jaybar.

Nuestro Maestro, el Profeta, acompañado de sus Ashâb, regresaron vencedores a Medina. En ese tiempo también habían vuelto, bajo el mando de Hadrat Ŷa’far bin Abî Tâlib, los Compañeros que habían emigrado a Abisinia. El Profeta estaba muy feliz. Abrazó a Hadrat Ŷa’far, lo besó en la frente y dijo: **“No sé por qué alegrarme más, si por la conquista de Jaybar o por el regreso de Ŷa’far. Tu emigración ha sido doble. Has emigrado a Abisinia y ahora a mi tierra”.**

Los botines de guerra conseguidos en Jaybar se repartieron entre los Ashâb-i kirâm que estuvieron presentes en el Pacto de Hudaybiya, los que habían participado en la Batalla Sagrada de Jaybar, los Ashâb que habían emigrado a Abisinia y la tribu Daws que había participado en la conquista.

Con la conquista de Jaybar, todos los judíos de Arabia estaban bajo el control de nuestro Maestro, el Profeta. Ya no tenían la capacidad de ayudar a los politeístas. Los territorios y tribus de los alrededores comprendían ahora que los musulmanes, que habían conquistado Jaybar que parecía inexpugnable, tenían un gran poder. Comenzaron a temer la nación del Islam. Los politeístas de Mecca estaban apenados y acongojados. Muchas tribus, grandes y pequeñas, fueron a Medina-i munawwara para abrazar el Islam y tener el honor de convertirse en Ashâb-i kirâm. Incluso los Ghatafânidas fue una de esas tribus. En lo que respecta a algunas tribus rebeldes, se las obligó a ser obedientes enviando expediciones militares en su contra.

LA EXPEDICIÓN A UMRAT-UL-KAZÂ

Había pasado un año desde el Tratado de Paz de Hudaybiya. Un mes antes del ‘Id al-Adha (la Celebración del Sacrificio), nuestro Maestro, el Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam,

ordenó a sus Ashâb-i kirâm que se preparasen para hacer Umra. Podrían hacerla todos los que habían estado en Hudaybiya y participaron en la Bî'at-ur Ridwân. Al enterarse de esta orden, dos mil sahâbî completaron sus preparativos. Se llevarían setenta camellos para ser sacrificados. Se dieron instrucciones a Nâŷiya bin Ŷundub y sus cuatro amigos para que llevaran los camellos a Mecca y pastorearlos en el camino. Para completar la expedición, se enviaron cien jinetes a las órdenes de Hadrat Muhammad bin Maslama para transportar armaduras, lanzas y espadas. No era posible fiarse de los politeístas. En caso de ataque, esas armas podrían ser utilizadas. Algunos Ashâb-i kirâm dijeron: "¡Oh Rasûlullah! Según el Tratado de Paz de Hudaybiya, no iríamos a hacer Umra con armas, a no ser con espadas envainadas". El Maestro de los mundos dijo: **"No llevaremos esas armas al Haram, cerca de los Qurayshîs. No obstante, las tendremos cerca por si hubiera un ataque de los Quraysh".**

Abî Zarr-il-Ghifârî fue nombrado representante de nuestro Profeta en Medina-i Munawwara. Se ha transmitido también que la persona nombrada como tal fue Abû Ruhm-ul-Ghifârî. Dos mil compañeros, acompañando a nuestro amado Profeta, salieron para Mecca. Los Ashâb-i kirâm estaban muy emocionados. Iban a poder ver sus casas y la tierra que les vio nacer y tuvieron que abandonar en nombre de Allahu ta'âlâ y nuestro amado Profeta. Visitarían la Kâ'ba hacia la que se orientaban en cada una de sus cinco oraciones diarias. Se encontrarían con familiares que se habían hecho musulmanes pero no pudieron ir a Medina a causa del Tratado de Paz. Iban a mostrar el honor y la grandeza del Islam a los politeístas Quraysh que les habían hecho llorar sangre durante años, que los habían oprimido con dureza y habían martirizado a muchos de sus hermanos para obligarles a adorar a los ídolos. ¡Quizás esos politeístas vieran todo eso, amaran el Islam y acabaran haciéndose musulmanes!

Los que se iban a quedar en Medina acompañaron al Maestro de los mundos hasta la subida de Wadâ y luego regresaron.

Cuando nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, llegó a Zulhulayfa, que estaba a unos diez kilómetros de Medina, su puso el ihrâm. Los gloriosos sahâbî le imitaron. Todos iban de blanco. Ahora es cuando comenzaba el viaje a Mecca para hacer Umra. Todos los lugares se estremecían con los gritos de **"¡Labbayk! ¡Allâhumma Labbayk! ¡Lâ sharîka laka labbayk!**

Innal hamda wan-ni'mata laka wal-mulka, lâ sharîka lak". El viaje fue un deleite alabando a Allahu ta'âlâ, suplicándole e invocando Su nombre bendecido.

Cuando se acercó a Mecca la avanzadilla bajo las órdenes de Muhammad bin Maslama, los politeístas los vieron. Presas del temor, se acercaron y preguntaron: "¿Qué es esto?" Que en realidad significaba: "¿Hemos hecho un pacto hace un año para llegar a esto?" Muhammad bin Maslama les dio una respuesta que les heló la sangre: "Estos son los jinetes del Mensajero de Allahu ta'âlâ. ¡Si Allahu ta'âlâ lo permite, mañana mismo honrará este lugar con su presencia!" Los politeístas regresaron atemorizados y dieron las noticias en Mecca. Los politeístas dijeron: "Juramos haber cumplido el tratado de paz. ¿Por qué iba a luchar Muhammad contra nosotros?" Sin más dilación enviaron una delegación para hablar con nuestro Maestro, el Profeta.

Mientras tanto, el Maestro de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, había llegado a un lugar llamado Batn-i Ŷa'ŷaŷ, desde el que se podía ver Mecca. Allí dejaron todas sus armas a excepción de las espadas. El Profeta ordenó que doscientos sahâbî se quedaran como centinelas para proteger las armas.

Cuando se acabaron estos preparativos, la delegación Quraysh pidió permiso para hablar con nuestro Maestro, el Profeta. Cuando fue concedido, dijeron: "¡Oh Muhammad! Desde el Pacto de Hudaybiya no hemos hecho nada en contra tuya. Y a pesar de esto, ¿vienes a Mecca, a tu gente, con todas estas armas? ¡Según lo pactado no podéis llevar armas excepto espadas envainadas!" El Maestro de los mundos contestó diciendo: **"Desde mi niñez hasta el día de hoy, soy conocido por mantener mi palabra y cumplir mis promesas. Solo entraremos en el Haram con las espadas envainadas. Sin embargo, quiero que el resto de las armas estén cerca de mí".** Al ver que las noticias que les habían dado eran incorrectas, la delegación se tranquilizó. Dijeron: "¡Oh Muhammad! La verdad es que en ti solo hemos visto veracidad y benevolencia. Eso es lo más característico de tu conducta". La delegación regresó a Mecca e informó a los Quraysh sobre la situación. Todos se tranquilizaron.

Pero llevados por sus celos y rencores, los más prominentes de los Quraysh no quisieron ser testigos de estos momentos felices que iban a vivir nuestro Maestro, el Profeta, y sus Compañeros. Para evitarlo salieron de Mecca con dirección a las montañas.

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, ordenó que los camellos destinados para el sacrificio se adelantaran hasta llegar a un lugar llamado Zîtuwâ. Luego, tanto él como sus Compañeros completaron los preparativos y avanzaron para entrar en Mecca, la Ciudad Sagrada. Los Ashâb-i kirâm rodeaban al Maestro de los mundos que iba montado en su camella Quswâ. Su resplandor era como el de un sol que eclipsaba miles de estrellas. ¡Oh mi Rabb! ¡Qué escena más hermosa y majestuosa! Los gritos “¡Labbayk! ¡Allahumma Labbayk! ¡Labbayk! ¡Lâ sharîka laka Labbayk!” resonaban por doquier. Los corazones estaban llenos de amor por Allahu ta’âlâ y Su Mensajero. Avanzaban paso a paso hacia la Kâ’ba-i Muazzama. Conforme se acercaban aumentaba la emoción. Los gritos de la talbiya llenaban toda Mecca. Al ver esta escena los politeístas se sintieron conmovidos y muchos sintieron en sus corazones el amor por el Islam. Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, conseguía por fin la victoria.

Nuestro amado Profeta y sus gloriosos Compañeros entraban en la zona donde estaba la Kâ’ba. Llevaban ceñidas a la cintura las espadas envainadas. Hadrat Abdullah bin Rawâha sostenía las riendas de Quswâ, la camella de nuestro Maestro, el Profeta. Algunos politeístas de Mecca, incluidos mujeres y niños, observaban desde Dâr-un Nadwa a nuestro amado Profeta y sus heroicos Compañeros. Conforme avanzaba, Abdullah bin Rawâha recitaba estos versos que se grababan en las cabezas de los politeístas:

¡Oh incrédulos! Apartaos del camino del Mensajero,
Sobre el que Allahu ta’âlâ ha hecho descender el Qur’ân.

En Su religión está todo tipo de bien.
La muerte mejor es morir por esta religión.

Él es el Mensajero verdadero; lo he aceptado con sinceridad.
Yo creo en todas y cada una de sus palabras; me he sometido.

¡Oh incrédulos! Cuando negasteis que el Qur'ân,
Había sido hecho descender por Allahu ta’âlâ,

Recordad que os atacamos de inmediato,
Recordad que cortamos vuestras cabezas de vuestros cuerpos.

Hadrat ’Umar no pudo evitar advertirle con estas palabras: “¡Oh Ibn-i Rawâha! ¿Cómo puedes recitar versos ante el Rasûlullah y en el Haram-i sharîf?” Sin embargo, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Oh ’Umar! ¡No se lo impidas! Juro por Allahu ta’âlâ que, en lo que respecta a estos politeístas Quraysh, sus palabras son más eficaces que dispararles flechas. ¡Oh Ibn-i Rawâha! ¡Continúa!”** Pasado un tiempo, nuestro Maestro, el Profeta, ordenó a Hadrat Abdullah bin Rawâha:

“¡Di: No hay más dios que Allahu ta’âlâ! Él es Uno. ¡Él es el que cumple Su promesa! ¡Él es el que ha ayudado a éste, Su esclavo! ¡Él es el que ha dado poder a sus soldados! Él, y solo Él, es el que ha destruido a las tribus coaligadas”.

Al oírlo, Abdullah bin Rawâha empezó a recitar:

“¡No hay más dios,
Que Allahu ta’âlâ!
¡Él no tiene asociado,
Lâ ilâha illa’llâh!

¡Él es el que ha dado poder,
A los soldados musulmanes!
¡Y Él es el que ha arruinado
Y dispersado a los incrédulos!”

Los musulmanes repetían estos versos de Abdullah bin Rawâha.

Cuando nuestro amado Profeta entró en la Baytullah, descubrió su hombro derecho bendecido. La gente admiraba la belleza de su bendita piel. Luego dijo: **“Pido a Allahu ta’âlâ que sea misericordioso con esos paladines que demuestren ser fuertes y enérgicos contra esos politeístas”.** Tras estas palabras, los Ashâb-i kirâm descubrieron sus hombros derechos e hicieron tawâf tres veces en torno a la Kâ’ba. Caminaban con paso rápido, pero aminoraban la

marcha entre el Rukn-i Yamâni y la esquina de Haŷar-ul-Aswad. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y sus Compañeros, se acercaban a la Haŷar-ul-Aswad, la besaban y extendían sus brazos hacia ella.

Los politeístas observaban a los Ashâb. Estaban asombrados con su forma de andar majestuosa y espectacular. Les habían dicho que los musulmanes estaban debilitados y enfermos. Eran rumores que se habían propagado por doquier. Pero lo que ahora veían era algo totalmente diferente. Los politeístas estaban cada vez más desconcertados.

Los cuatro tawâf restantes los hicieron a un paso más lento. Terminado el tawâf, hicieron una oración ritual de dos rak’ats en el lugar llamado Maqâm-i Ibrâhim. A continuación recorrieron siete veces la distancia entre las colinas Safâ y Marwa. Una vez sacrificados los animales, nuestro Maestro, el Profeta, se afeitó la cabeza. Los Ashâb-i kirâm cogían sus cabellos al vuelo; ellos también se afeitaron la cabeza. De esta manera se cumplía el sueño que había tenido un año antes nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

La Umra se había completado y comenzaba el tiempo de la oración del mediodía. El Maestro de los mundos ordenó a Hadrat Bilâl que diera el adhân junto a la Kâ’ba. Bilâl-i Habashî cumplió la orden de inmediato. Cuando recitaba el adhân en la Kâ’ba, toda Mecca empezó a temblar. Los Ashâb-i kirâm escuchaban el adhân con enorme respeto y repetían sus palabras en silencio. Una vez terminado, nuestro Maestro, el Habîbullah, se puso de imâm. La oración del mediodía, hecha en grupo, tuvo efectos diferentes en los corazones de los politeístas.

En el lugar llamado Abtah se había preparado una tienda con pieles para nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Los Compañeros se alojaron en tiendas contiguas durante tres días. Cuando llegaba la hora de hacer las cinco oraciones diarias se reunían en la Baytullah y las hacían en ŷamâ’at (grupo). En otros momentos visitaban a sus parientes y eran un ejemplo para ellos por las cualidades de carácter que habían adquirido con el Islam. Al ver el comportamiento tan hermoso de los Ashâb, la gente no podía evitar demostrar su admiración. Parecía que, en esos tres días, Mecca había sido conquistada desde el interior de la propia ciudad.

Los tres días habían pasado. Llegaba la hora de partir. Cuando se acercaba la tarde, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Ningún musulmán** (de los que han venido para hacer Umra) **pasará la tarde en Mecca, ¡todos deben partir!”** Todos recogieron sus pertenencias y salieron para Medina.

Qué gran bendición es seguir tu camino.
¿Será acaso mi destino morir en tu sagrada morada?
Será fácil morir anhelándote cuando mis ojos comiencen a perder su luz.
Hazme feliz con tu belleza porque estoy abrasado, oh Rasûlullah.

He inclinado mi cabeza, soy un desgraciado, tú tienes la cura para mi dolor.
Mis labios están quemados por el fuego buscando tus pies, recordando tu nombre.
Recompensa a este perro cada vez que mi corazón quiera verte.
Hazme feliz con tu belleza porque estoy abrasado, oh Rasûlullah.

LA SAGRADA BATALLA DE MÛTA

Cuando nuestro Maestro, Habîb-i-akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, que ha sido enviado como una misericordia para los mundos, fue a Mecca para hacer Umra, había preguntado a Hadrat Walîd bin Walîd, uno de sus Ashâb, **“¿Dónde está Jâlid? No es correcto que una persona como él no conozca el Islam. ¡Qué cosa más extraordinaria sería que mostrase su heroísmo y sus esfuerzos luchando con los musulmanes en contra de los politeístas!** (De haber sido así) **Nosotros le habríamos amado y respetado”.** En el pasado y con cierta frecuencia, Walîd bin Walîd solía escribir cartas a su hermano mayor apremiándole para que se convirtiese al Islam. Cuando le comunicó estas palabras bendecidas de nuestro Maestro, el Profeta, aumentó la inclinación al Islam de Jâlid bin Walîd. Los Compañeros habían regresado a Medina una vez completada la Umra. Los días habían pasado y el año octavo de la Hégira había comenzado. Jâlid bin Walîd estaba muy excitado. Anhelaba llegar a Medina, sentarse ante el Maestro de los mundos y tener el honor de hacerse musulmán. El mimo Jâlid narra lo siguiente:

"Allahu ta'âlâ me había otorgado el amor por nuestro Maestro, el Profeta. Había puesto en mi corazón amor por el Islam. Me había puesto en un estado en el que no podía distinguir entre el bien y el mal. Me decía a mí mismo: 'He estado presente en todas las batallas contra Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Cada vez que abandonaba el campo de batalla, sentía que estaba siguiendo un camino equivocado y que un día él conseguiría la victoria sobre todos nosotros. Cuando el Rasûlullah vino a Hudaybiya yo era el jefe de la caballería enemiga. En Usfân, me acerqué tanto a los musulmanes que podían vernos. Sintiéndose seguro con respecto a nosotros, el Rasûlullah dirigió la oración de la tarde con todo el grupo de sus Compañeros. Nosotros quisimos lanzar un ataque por sorpresa, pero no fue posible. Pero eso estuvo bien. Es probable que el Rasûlullah conociera nuestras intenciones y, mientras rezaban, eran precavidos'".

"Lo que había ocurrido me afectó mucho. Me dije que era posible que esa persona estuviese protegida por Allah. Estaba tan sumido en mis pensamientos que, cuando vino a Mecca para hacer Umra, no fui a verlo. Había venido con mi hermano Walîd, pero no pudo encontrarme. Mi hermano dejó una carta para mí que decía: 'Bismillâhirrahmânirrahîm! Tras agradecer y alabar a Allahu ta'âlâ y saludar y pedir bendiciones por el Rasûlullah, debo decir que nada me sorprende más que tu alejamiento con respecto al Islam. Y ni siquiera eres capaz de comprender que tu camino es equivocado. ¿Por qué no razonas? Es muy extraño que no conozcas ni entiendas una religión como el Islam. Nuestro Maestro, el Profeta, me ha preguntado por ti. Quiere que conozcas el Islam y que utilices tus esfuerzos y tu heroísmo en el bando de los musulmanes en su lucha contra los politeístas. ¡Oh hermano mío! ¡No te retrases más!'"

"Cuando me llegó la carta de mi hermano, mi deseo de hacerme musulmán se intensificó mucho. Quería ir a toda prisa. Lo que había dicho el Rasûlullah me hizo muy feliz. Cuando dormía esa noche tuve un sueño en el que, desde lugares lúgubres, estrechos, áridos y desérticos me trasladaba a un lugar verde, amplio y extenso. Decidí que, cuando llegase a Medina, le pediría que lo interpretase a Hadrat Abû Bakr".

“Cuando hacía los preparativos para ir a ver al Rasûlullah, pensaba en quién podría acompañarme en el viaje. Me encontré con Safwân bin Umayya y le hablé de mi situación, pero rechazó mi ofrecimiento. Luego vi a Ikrima bin Abû Ŷahl. Cuando también se negó, fui directamente a mi casa. En el camino fui a ver a ’Uzmân bin Talha. Le dije que iba a ver al Rasûlullah para hacerme musulmán y le pedí que me acompañara. Aceptó sin la menor duda. Al día siguiente salimos antes del amanecer. Cuando llegamos al lugar llamado Hadda, encontramos a Amr bin Âs que también iba a Medina para abrazar el Islam”.

“Llegamos a Medina. Me puse mis mejores ropas y me preparé para el encuentro con nuestro Maestro, el Rasûlullah. En ese entonces llegó mi hermano Walîd que me dijo: “¡Apresúrate! Nuestro Profeta se ha enterado de tu llegada y está muy contento. Te está esperando”. Fui a toda presa a ver al gran Profeta. Cuando llegué ante él, lo saludé y dije: “Doy testimonio de que no hay más dios que Allahu ta’âlâ y que tú eres el Profeta de Allahu ta’âlâ”. Dijo él: **“Hamd** (alabanzas) **sean dadas a Allahu ta’âlâ que te ha mostrado el camino recto y te ha guiado hacia él”.** Luego le pedí que suplicara por el perdón de mis transgresiones. Suplicó y dijo: **“Islam redime todos los pecados que se han cometido antes de entrar en él”.** Los dos amigos que habían venido conmigo también abrazaron el Islam”.

Y así fue cómo estos tres paladines, de entre los más valientes de Mecca, que no habían dudado a la hora de entregar sus vidas para conseguir sus objetivos, tuvieron el honor de unirse a los Ashâb-i kirâm en la presencia de nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Ahora, con todo su poder, iban a intentar eliminar la incredulidad. Los sahâbî se alegraron muchísimo con su entrada en el Islam. Expresaron su alegría con takbîr (¡Allahu akbar!)

En el año octavo de la Hégira, nuestro Maestro, Sarwar-i kâinat, que es una misericordia para los mundos, envió mensajeros a las diversas tribus y pueblos para propagar el Islam. Algunos tuvieron resultados positivos. No obstante, Hadrat Haris bin Umayr, enviado para encontrarse con el gobernante de Busrâ, había sido hecho prisionero por soldados cristianos en un lugar llamado Mûta de la región de Balkâ perteneciente a Damasco. Hadrat Haris, que fue llevado

ante Shurahbil Bin Amr, el gobernador de Damasco, fue asesinado a pesar de ser un mensajero.

Muy apenado por este suceso, nuestro amado Profeta ordenó que se reunieran sus Ashâb. Los Compañeros fueron de inmediato al campamento de Ŷurf dejando a un lado toda obligación familiar. Nuestro Maestro, el Habîb-i akram, dirigió la oración de la tarde y cuando terminó dijo: **"He nombrado a Zayd bin Hâriza jefe de los que van a ir al ŷihad. Si Zayd bin Hâriza muere mártir, que Ŷa'far bin Abî Tâlib tome su lugar. Si Ŷa'far bin Abî Tâlib muere mártir que Abdullah bin Rawâha ocupe su lugar. Si Abdullah bin Rawâha muere mártir que los musulmanes elijan la persona más apropiada y lo hagan su jefe".** Al oír estas palabras, los Ashâb-i kirâm comprendieron que los héroes cuyos nombres habían sido mencionados morirían mártires. Empezaron a llorar y dijeron: "¡Oh Rasûlullah! Nos gustaría que siguiesen vivos para poder beneficiarnos de su compañía". Nuestro Maestro, el Profeta, permaneció tranquilo sin decir palabra alguna.

Hadrat Zayd, Ŷa'far y Abdullah, que estaban presentes en la reunión, oyeron estas palabras y se alegraron mucho, porque su objetivo más importante era morir mártires estableciendo la religión de Allahu ta'âlâ. Y en ese preciso momento se habían dado buenas noticias que habían oído de forma directa. Los muŷâhids habían completado sus preparativos y esperaban a sus jefes. Nuestro Profeta entregó el estandarte blanco del Islam a Hadrat Zayd bin Hâriza. Le ordenó que fuese a donde Haris bin Umayr había muerto mártir y les hablara del Islam. Si no lo aceptaban, le ordenó que luchara contra ellos.

Hadrat Abdullah bin Rawâha estaba llorando cuando se despedía de sus amigos. Le preguntaron: "¡Oh hijo de Rawâha! ¿Por qué lloras?" Abdullah bin Rawâha, que era poeta, dijo:

"La razón por la que lloro,
No es porque ame la vida,
Y juro por Allahu ta'âlâ,
Que la razón no es por echaros de menos.

La razón verdadera es que,

En el Qur'ân al-karîm,
Nuestro Rabb afirma,
En uno de sus versículos:

'Habéis de saber que ciertamente,
No habrá ninguno de vosotros
Que no se salve de
Pasar por el Fuego'

Yo había oído ese âyat,
Cuando la recitó el Rasûlullah.
Tengo miedo, porque si paso por el Fuego,
¿Cómo voy a poder soportar estar allí?

Sus amigos pidieron bendiciones por él: "Pedimos a Allahu ta'âlâ que te haga ser uno de Sus esclavos amados. ¡Ojalá seas uno de los Piadosos!" Entonces Hadrat Abdullah bin Rawâha, dijo: "Espero y deseo ser perdonado por Allahu ta'âlâ. ¡Pero además quisiera morir mártir por el golpe feroz de una espada o por una lanza que queme mi hígado y mis intestinos!" Cuando la tropa estaba lista para partir, Hadrat Abdullah bin Rawâha se despidió de todos y luego se acercó a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y le dijo: "¡Oh Rasûlullah! ¿Podrías darme un consejo que memorice y atesore en mi mente?" Nuestro Maestro, el Profeta, le ordenó: **"Mañana llegarás a un país donde apenas se hacen saŷdas ante Allahu ta'âlâ. Cuando estés allí, aumenta el número de tus saŷdas y oraciones rituales".** Abdullah bin Rawâha dijo de nuevo: "¡Oh Rasûlullah! ¿Me darías otro consejo?" Nuestro Profeta dijo: **"Recuerda a Allahu ta'âlâ todo el tiempo. Recordar a Allahu ta'âlâ te ayudará a conseguir lo que deseas".**

El grupo islámico de tres mil hombres, acompañado por los gritos "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!", inició la marcha. Nuestro amado Profeta y los Compañeros que se quedaban en Medina siguieron a los muŷahid ghâzis hasta la cuesta de Wadâ. Allí, el Maestro de los mundos se dirigió al ejército islámico con las siguientes palabras: **"Os aconsejo que cumpláis las órdenes de Allahu ta'âlâ, que evitéis Sus prohibiciones y que tratéis bien y con**

benevolencia a los musulmanes que os rodeen. Luchad en el camino de Allahu ta'âlâ invocando Su nombre. ¡No traicionéis la confianza con los bienes tomados como botín! No incumpláis vuestra promesa. ¡No matéis a los niños! En las iglesias de los cristianos de ese país encontraréis algunos que viven en soledad y se han entregado a la adoración. ¡No causéis daño a esas personas! Excepto ellos, los demás que vais a encontrar son gente en cuyas cabezas anidan los shaytanes. Cortadles la cabeza con vuestras espadas. ¡No matéis a las mujeres ni a los ancianos. No queméis ni cortéis los árboles. No destruyáis las casas!"

Luego dijo a Zayd bin Hâriza, el jefe del grupo: **"¡Cuando os encontréis con los enemigos politeístas, invitarlos a una de tres alternativas posibles!** (Si se hacen musulmanes) **¡Invitadles a emigrar Medina, al hogar de los Muhâŷirs! Si aceptan vuestra invitación, decidles que tendrán los mismos derechos y los mismos deberes que los Muhâŷirs. Si prefieren abrazar el Islam y establecerse en sus propios países, decidles que serán como árabes nómadas musulmanes a los que se les aplicarán las mismas normas divinas y los que luchen al lado de los musulmanes se beneficiarán del botín. Si no aceptan el Islam invitarlos a pagar la ŷizya** (una especie de impuesto). **¡No causéis daño alguno a los que acepten eso! ¡Pero si tampoco aceptan pagar la ŷizya, combatidlos refugiándoos en la ayuda de Allahu ta'âlâ!"**

Tras dar estos consejos, se despidió de los muŷâhids. El ejército del Islam partió rodeado de takbîr. La gente que quedaba despedía con la mano a los que se iban y suplicaban: "Pedimos a Allahu ta'âlâ que os proteja de todo peligro y os haga volver sanos y salvos". Y los miraban con lágrimas en los ojos hasta que desaparecieron tras el horizonte.

El estandarte sagrado ondeaba en las manos de Zayd bin Hâriza. Los muŷâhids emprendían un viaje largo y desconocido para servir a la religión de Allahu ta'âlâ. El ejército islámico avanzaba con rapidez hacia Siria. El viaje transcurrió con alegría y sin incidentes dignos de mención. Los muŷâhids deseaban encontrarse con el enemigo lo antes posible. Uno de los que más deseaba alcanzar el martirio era Hadrat Abdullah bin Rawâha. Zayd bin Arkam narraba lo siguiente:

“Yo era un huérfano que había crecido bajo la tutela de Abdullah bin Rawâha. Cuando fue a la expedición de Mûta, me llevó con él a lomos de su camello. Una vez que avanzamos un trecho por la noche recitó estos versos:

“¡Oh camello mío! Si puedes llevarme,
A las arenas, hasta el pozo,
Y desde allí,
Una distancia extra de cuatro días,

Prometo que ya no,
Te traeré en otro viaje.
Pronto estarás,
Sin dueño alguno.

Es posible que ya no regrese,
A mi hogar.
Espero ser un mártir,
En esta batalla.

Oh hijo de Rawâha,
En la última parada, los creyentes,
Incluso mis parientes más cercanos,
Me adelantan a toda prisa.

Han pasado
Rompiendo los vínculos de la hermandad,
Te han dejado a merced de Haqq ta’âlâ,
Y se han alejado.

Yo no pienso,
Cuánto dinero tengo,
¡Ni tampoco me preocupan,
Los árboles ni las palmeras datileras!”

“Cuando oí esos versos, me puse a llorar. Abdullah bin Rawâha me tocó con su látigo y dijo: “¡Oh bribón! ¿Qué te pasa? ¿Qué mal te causa que yo hable de esta manera? Si Allahu ta’âlâ me concede el martirio, tú regresarás montado en este animal y llegarás a tu tierra. Y en lo que a mí respecta, me libraré de todos los problemas y pesares de este mundo y conseguiré la tranquilidad”. Luego desmontó e hizo una oración ritual de dos rak'ats. Tras suplicar a Allah durante largo tiempo, me llamó: ¡Oh muchacho!” Cuando yo dije: “Sí”, dijo él: “¡En esta expedición se me concederá el martirio, insha’llah!”

Mientras los valientes Compañeros se acercaban a Siria, el gobernador de Damasco, Shurahbil bin Amr, se había enterado que venía el ejército islámico. Cuando informó de ellos al emperador bizantino Heraclio, recibió una gran cantidad de refuerzos. Esto le tranquilizó mucho porque, según los informes que tenía, los musulmanes solo eran unos tres mil, mientras que él disponía de cien mil hombres. En lo que respecta al armamento, era innumerable.

Cuando los Ashâb-i kirâm, alaihim-ur-ridwân, llegaron a Muân, uno de los territorios que pertenecía a Damasco, se enteraron de que los romanos orientales venían hacia ellos con un ejército de cien mil soldados. Decidieron detenerse y permanecer en ese lugar dos noches. Hadrat Zayd bin Hâriza, el jefe de los musulmanes, reunió a sus compañeros y les informó de la situación. Les preguntó qué opinaban con respecto al ejército romano. Algunos sahâbî dijeron: “No nos enfrentemos al ejército romano; en vez de eso, podemos hacer ataques sorpresa contra su país, hacer prisioneros y regresar a Medina”. Otros dijeron: “Podemos escribir una carta al Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, para informarle de cómo es el ejército enemigo y pedirle que nos envíe más hombres o nos aconseje qué hacer”. Cuando estaban a punto de elegir la segunda opinión como la más apropiada, Hadrat Abdullah bin Rawâha dijo:

“¡Oh gente mía! ¿Cuál es el motivo
De vuestra duda?
¿Acaso no hemos venido a luchar,
Con la intención de conseguir el martirio?

No ha habido caso,

En el que lucháramos,

Contra los incrédulos,

Siendo superiores en número.

Hemos luchado,

Como si fuéramos leones,

Con el poder de la religión,

Que nos daba Allahu ta'âlâ,

Vayamos y peleemos,

Al término de este asunto,

El bien es absoluto:

El martirio o la victoria.

Juro por Allahu ta'âlâ que,

En el día de Badr, teníamos dos caballos.

En Uhud, poseíamos un caballo,

Y unas pocas armas.

Si está en nuestro destino,

Que venzamos en esta batalla,

Es algo ya prometido,

Por Allah y Su Mensajero (sallallâhu 'alaihi wa sallam).

El Haqq ta'âlâ nunca

Falta a Su promesa,

Así que, ¡Oh creyentes!

Vamos adelante.

Si el martirio es

Parte de nuestro destino,

Nos reuniremos con nuestros hermanos

En el Paraíso".

Estas palabras de Hadrat Abdullah bin Rawâha dieron ánimos a los muŷahidun que dijeron: “Juramos por Allah que el hijo de Rawâha está diciendo la verdad”.

La decisión se había tomado. Iban a luchar hasta el martirio. Cuando llegaron a un pueblo llamado Mûta, los gloriosos sahâbî se encontraron con el ejército romano formado por cien mil soldados. Valles y colinas estaban atestados de enemigos. En un bando estaba un ejército islámico de tres mil hombres que había venido de Medina a Damasco para propagar la religión de Allahu ta’âlâ; en el otro, los incrédulos que se había reunido para eliminar el Islam. El desequilibrio de ambas fuerza era, al menos en apariencia, enorme. Un musulmán tendría que enfrentarse a más de treinta soldados romanos.

Ambos bandos adoptaron la formación de combate. A continuación, siguiendo las órdenes de nuestro Maestro, el Profeta, una delegación del ejército islámico avanzó hacia el campamento romano. Ofrecieron al ejército romano aceptar el Islam o, en caso contrario, pagar la ŷizya (un impuesto que pagan los súbditos no musulmanes). La propuesta no fue aceptada. Ya no había tiempo que perder. El jefe de los musulmanes, Hadrat Zayd bin Hâriza, sosteniendo en sus manos el estandarte sagrado del Islam, dio la orden de atacar. Los muŷâhids, que esperaban ese momento, desenvainaron sus espadas y avanzaron con rapidez hacia las filas enemigas. El aire se llenó de relinchos de caballos, choques de espadas, gritos de los heridos. Nada más comenzar la lucha, el campo de batalla ya era un baño de sangre. Con cada golpe de las espadas de los gloriosos Compañeros caía un brazo o una cabeza.

Al tiempo que sostenía el estandarte blanco del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, Hadrat Zayd luchaba diciendo “Allah, Allah”. Estaba completamente rodeado de enemigos a los que, con golpes de sus espadas, hacía retroceder y lamentar haberse enfrentado a él. Cuando los Compañeros vieron la lucha heroica de su jefe, atacaron como él lo hacía. Cada uno de los Compañeros se enfrentaba a treinta soldados enemigos. En la lucha, varias lanzas traspasaron el pecho bendecido de Hadrat Zayd, a las que pronto siguieron varias más. El cuerpo de este glorioso sahâbî estaba acribillado. Zayd bin Hâriza cayó al suelo ardiente muriendo mártir, algo que tanto deseaba.

Hadrat Ŷa'far siguió a Zayd bin Hâriza. Cogió el estandarte y lo hizo ondear. Al verlo, los muŷâhids siguieron luchando con ánimos renovados. Hadrat Ŷa'far luchó con tanto heroísmo como Zayd bin Hâriza. Por un lado atacaba al enemigo y por el otro daba ánimos a sus Compañeros. Este nuevo jefe era muy rápido con la espada y no daba oportunidades al enemigo. Pero en el fragor de la batalla, Hadrat Ŷa'far se había alejado de los demás y estaba solo, rodeado de romanos. No tardó en darse cuenta de que no había marcha atrás. El valiente comandante dijo: "Mi deber es golpear con mi espada a todos los incrédulos", al tiempo que repetía una y otra vez el bendito nombre de Allahu ta'âlâ. Luchaba sin descanso. En un momento dado, un soldado enemigo cortó con su espada la mano derecha de Hadrat Ŷa'far que agarró el sagrado estandarte del Islam con la mano izquierda impidiendo que cayera al suelo. Pronto recibió otro golpe de espada y perdió la mano izquierda. Esta vez Hadrat Ŷa'far intentó evitar que cayera el estandarte apretándolo contra el pecho con sus brazos. No obstante, los muchos golpes del enemigo hicieron que muriera mártir alcanzando así su gran deseo. Su alma bendecida voló hacia los niveles más elevados del Paraíso. Su cuerpo había recibido más de noventa heridas de espada y lanza.

Los heroicos muŷâhids, que vieron cómo morían mártires sus jefes, recogieron el estandarte del Islam que había caído al suelo y se lo dieron a Hadrat Abdullah bin Rawâha que lo hizo ondear mientras atacaba al enemigo montado en su caballo. Mientras mataba a todo el que se le ponía por delante, decía:

"Oh nafs mío,
Tendrás que obedecerme, sin duda alguna,
Porque he jurado que en esta batalla,
Yo seré un mártir.

O lo aceptas,
De buen grado,
O yo haré
Que te sometas.

¡Dime! Si no mueres

En esta batalla

¿Acaso crees

Que nunca morirás?

Has de saber que estará muy bien

Que hagas eso.

Ŷa'far bin Abî Tâlib y

Zayd bin Hâriza ya lo han hecho.

¡Ellos han muerto mártires, oh nafs mío!

No te quedes atrás

Porque lo lamentarás.

¡No dudes, ataca!"

Dando gritos de "Allahu akbar!", Hadrat Abdullah luchaba con ferocidad contra los enemigos. En un momento dado, una espada dio en uno de sus dedos haciendo que colgase de la mano. Este héroe bendecido, que amaba profundamente a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero, saltó de su caballo a toda prisa. Pisó con el pie el dedo herido que le impedía luchar y lo cortó diciendo: "¿Acaso no eres más que un dedo herido? ¡Esto te ha pasado luchando en el camino de Allahu ta'âlâ!" Montó en el caballo y empezó a luchar otra vez. Pero empezó a criticarse a sí mismo porque, a pesar de todos sus esfuerzos, no alcanzaba el martirio. Atacó al enemigo una y otra vez. Por fin, acribillado a lanzazos, cayó muerto luchando en el nombre de Allahu ta'âlâ y Su Mensajero. Murió como mártir y su alma bendecida ascendió al Paraíso.

En ese momento, Abû'l-Yusr Ka'b Bin Umayr, que luchaba cerca de Hadrat Abdullah, intentó hacer ondear el estandarte al tiempo que buscaba, entre los Compañeros, a alguien mayor y más experimentado que él. Vio a Zâbit bin Akram y le entregó el estandarte. Hadrat Zâbit puso el estandarte delante de los muŷâhids y dijo: "¡Oh hermanos! Elegid con rapidez a un jefe y juradle obediencia". Dijeron ellos: "Te hemos elegido a ti". Pero Hadrat Zâbit no quiso aceptarlo. Entonces vio a Hadrat Jâlid bin Walîd. Le dijo: "¡Oh Abû Sulayman! ¡Coge el estandarte!" Hadrat Jâlid se había hecho musulmán hace poco tiempo y, por cortesía, no quiso tener derecho a ese honor; dijo: "¡No puedo permitir que me lo des! Tú lo mereces más

que yo porque eres mayor y tuviste el honor de luchar junto al Rasûlullah en la batalla de Badr”.

No obstante, el tiempo pasaba y la situación era urgente. Los Ashâb-i kirâm luchaban a su alrededor contra un ejército enemigo de cien mil hombres intentando forzar su retirada. Hadrat Zâbit repitió sus palabras: “¡Oh Jâlid! ¡Rápido, coge la bandera del Rasûlullah! Juro por Allah que mi intención era dártela desde el principio. ¡Tú conoces las tácticas de la guerra mejor que yo!” Y luego preguntó a los muŷâhids que les rodeaban: “¡Oh hermano! ¿Qué opináis sobre Jâlid siendo el jefe supremo? La respuesta fue unánime: “Ya lo hemos hecho nuestro jefe”.

Aceptándolo con gran respeto y decoro, Hadrat Jâlid besó el estandarte que el Maestro de los mundos había entregado con sus propias manos bendecidas. Luego saltó sobre su caballo y atacó al enemigo con toda su majestad y esplendor.

Los heroicos sahâbî atacaron siguiendo a su nuevo líder. Hadrat Jâlid luchaba con una valentía y una destreza hasta entonces desconocida. Derrotaba a todo el que se le ponía por delante. Mientras tanto, Hadrat Kutba bin Qatâda, decapitaba a Mâlik bin Zâfila, uno de los jefes del enemigo. La moral de los romanos se vio afectada. El tiempo pasaba; había llegado la tarde y empezaba a oscurecer. Y luchar por la noche era muy peligroso porque se podía matar a alguien del mismo bando de forma accidental.

Los dos bandos en contienda se retiraron a sus campamentos donde se atendió a los heridos. Hadrat Jâlid era un genio de la estrategia militar. Quiso enfrentarse al enemigo con una táctica nueva para poder confundirlo. Esa noche cambió la posición de sus hombres. Puso en la izquierda los que habían estado a la derecha y viceversa. Y luego puso en el frente a los de la retaguardia y en la retaguardia a los que habían peleado en el frente.

Los valientes muŷâhids atacaron de nuevo por la mañana. Empezaron a luchar con los gritos de “¡Allahu akbar!” Los soldados enemigos veían a los del otro bando por primera vez. No eran los mismos contra los que habían combatido el día anterior. ¡Han llegado refuerzos para ayudar a los musulmanes! Atenazados por el miedo, la moral de los romanos se desmoronó.

Fueron presas del pánico. Hadrat Jâlid y los valientes sahâbî aprovecharon la oportunidad. Lucharon todavía con más ardor y enviaron al Infierno miles de almas enemigas. Ese día se habían roto nueve espadas en las manos de Hadrat Jâlid bin Walîd. Con el permiso de Allahu ta'âlâ y las súplicas de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, tres mil muŷâhids ghâzis había vencido a cien mil soldados enemigos. En esa gran batalla, quince musulmanes murieron mártires. Ahora, el Imperio Bizantino había sido intimidado y se le impedía atacar los territorios del sur.

Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, nuestro Noble Profeta, había reunido a sus Compañeros en la masŷid para informarles de los que había sucedido en Mûta. Esto ocurría antes de que hubiesen llegado noticias del campo de batalla. Al ver el rostro bendecido de nuestro amado Profeta, los Compañeros comprendieron que estaba muy apenado. Nadie se atrevía a preguntar cosa alguna. Temían darle otro motivo con el que entristecerlo. Por fin, uno de los Ashâb-i kirâm dijo: "¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en tu nombre, oh Rasûlullah! ¡Al ver tu pena nosotros también estamos tristes y solo Ŷanâb-i Haqq conoce lo mucho que sufrimos!" Al oír estas palabras, nuestro amado Profeta lloró y dijo: **"La razón de mi tristeza es el martirio de mis Compañeros. Este estado continuó hasta que los vi sentados en tronos en el Paraíso. Zayd bin Hâriza sostenía el estandarte. En un momento dado, murió mártir. Pero ahora ha entrado en el Paraíso donde se deleita. Luego fue Ŷa'far bin Abî Tâlib el que llevó el estandarte. Atacó los ejércitos enemigos, luchó y también murió mártir. Pero al morir de esa manera, ha entrado en el Paraíso donde vuela hacia donde desea con alas hechas de rubíes. Tras Ŷa'far, Abdullah bin Rawâha ondeó el estandarte. Lo enarboló, luchó y murió mártir. Se me han mostrado los tres, sentados en tronos de oro en el Paraíso. ¡Oh Allah! ¡Perdona a Zayd!.... ¡Oh Allah! ¡Perdona a Ŷa'far! ¡Oh Allah! ¡Perdona a Abdullah bin Rawâha!"**

Las lágrimas seguían fluyendo de los ojos bendecidos del Maestro de los mundos. Todavía llorando, siguió diciendo: **"Jâlid bin Walîd ha tomado el estandarte tras Abdullah bin Rawâha. La batalla se ha intensificado. ¡O Allah! Él** (Jâlid bin Walîd) **es una espada que es una de Tus espadas. ¡Ayúdale!"**

Como si fuera un milagro, con el permiso de Allahu ta'âlâ, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, había visto lo que ocurría en el campo de batalla que estaba a más de mil kilómetros de distancia y le contaba a sus Compañeros lo que pasaba. Tras narrar lo ocurrido el día en el que Hadrat Ŷa'far bin Abî Tâlib murió mártir, se levantó y fue a la casa de Hadrat Ŷa'far. Su esposa, Asmâ, había terminado las tareas domésticas; había bañado a sus hijos y peinado sus cabellos. Nuestro amado Profeta dijo: **"¡Oh Asmâ! ¿Dónde están los hijos de Ŷa'far? ¡Tráemelos!"** Cuando la Señora Asmâ trajo a los niños, nuestro Maestro, el Rasûlullah, los abrazó sin poder detener las lágrimas. Al verlo, la esposa de Hadrat Ŷa'far preguntó: "¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! ¿Por qué tienes con mis hijos la misma compasión que tienes con los huérfanos? ¿Has recibido noticias alarmantes sobre Ŷa'far y sus compañeros?" El Maestro de los mundos se puso muy triste. Contestó: **"¡Sí! ¡Hoy han muerto mártires!"** Hadrat Asmâ abrazó a sus hijos y empezó a llorar. Nuestro amado Profeta no pudo soportar la escena y salió de la casa.

Nuestro Maestro, Habîb-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, regresó a su hogar bendecido y dijo a sus esposa puras: **"¡No olvidéis preparar comida para la familia de Ŷa'far!"** Durante tres días se envió comida a las casas de los mártires.

Habían pasado varios días. Hadrat Ya'lâ bin Umayya traía a Medina las buenas noticias de la victoria. Antes de comenzar su relato de lo sucedido, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, le dijo: **"Si quieres, cuéntanos lo que ha pasado; pero si no, yo lo contaré".** Y procedió a relatar con todo detalle lo que había sucedido en el campo de batalla. Al oír sus palabras, Ya'lâ bin Umayya dijo: "Juro por Allahu ta'âlâ que te ha enviado con una Religión y un Libro verdaderos, que no has dejado sin mencionar cosa alguna de lo que vivieron los muŷâhids". Nuestro Maestro dijo: **"Allahu ta'âlâ eliminó para mí la distancia, así que pude ver el campo de batalla con mis propios ojos".**

A los pocos días se anunciaba la llegada a Medina del ejército islámico. Nuestro Maestro, el Profeta, salió con sus Ashâb para recibirlo. En la distancia se veía avanzar una nube de polvo en la que ondeaba el estandarte sagrado del Islam. Los escudos, las lanzas y las espadas

brillaban como espejos. Todos los musulmanes estaban profundamente emocionados. Pocos momentos después, los muŷâhid ghâzi, a las órdenes de Jâlid bin Walîd, entraban en Medina.

LA CONQUISTA DE MECCA

Era el año octavo de la Hégira. Una de las cláusulas del Tratado de Paz de Hudaybiya decía: “Las tribus árabes, distintas a las dos que firman este Tratado, podrán aceptar la protección de cualquier bando pudiendo aliarse libremente con los musulmanes o los politeístas”. Basándose en esto, la tribu Juzâa, aliada de nuestro Maestro, el Profeta, se alió con los musulmanes y la tribu de los Banî Bakr se alió con los politeístas. Los Juzâa y los Banî Bakr eran antiguos enemigos que se atacaban cada vez que tenían la oportunidad de hacerlo. Cumpliendo el Tratado de Paz de Hudaybiya habían detenido las agresiones durante un tiempo. No obstante, la tribu de los Banî Bakr solo pudo cumplirlo durante dos años. Una persona de los Banî Bakr había recitado un poema en el que se insultaba a nuestro amado Profeta; un joven de la tribu Juzâa que lo había oído no pudo soportarlo y le golpeó haciéndole una herida en la cabeza. Aprovechándose de este suceso, los Banî Bakr atacaron a los Juzâa que, según el tratado, estaban a salvo de cualquier ataque. Los politeístas Quraysh les habían ayudado proporcionándoles en secreto armas y hombres. El resultado fue que mataron a más de veinte miembros de la tribu Juzâa en el Haram-i sharîf. Durante la pelea, unos musulmanes de los Juzâa habían pedido ayuda a nuestro Maestro, el Profeta. Algunas personas de la tribu Juzâa habían visto que, en la lucha, había politeístas Quraysh peleando en el bando de los Banî Bakr.

Esa noche nuestro amado Profeta estaba en la casa de nuestra Madre Hadrat Maymûna. Cuando estaba haciendo la ablución para la oración ritual oyó con el permiso de Allahu ta’âlâ, como si fuese un milagro, la petición de ayuda de los musulmanes de Mecca. Contestó diciendo: **“¡Labbayk**! (¡Acepto vuestra petición!)**”** Nuestra Madre Maymûna, que vio a nuestro Maestro, el Profeta, hablar sin que hubiese nadie, preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Hay alguien contigo?”

Nuestro amado Profeta le contó lo que había pasado en Mecca y la participación de los Quraysh en el suceso.

Al ayudar a los Banî Bakr en su ataque contra la tribu Juzâa y el asesinato de algunos de sus miembros, los politeístas Quraysh habían violado el tratado de Paz de Hudaybiya. Habían roto la tregua. No obstante, Abû Sufyân, el líder de los Quraysh no sabía nada de lo ocurrido. Había ido a Damasco para comerciar. Cuando regresó el contaron lo sucedido. Le dijeron: "Esto es un problema que se debe solucionar. No es posible ocultarlo. ¡Si no se soluciona, Muhammad nos expulsará de Mecca!" Abû Sufyân dijo: "A pesar de no saber nada de lo ocurrido, debo ir urgentemente a renovar la tregua antes de que las noticias de la masacre lleguen a Medina".

No obstante, nuestro amado Profeta se había enterado del suceso de forma inmediata. Pero además, tres días después de lo ocurrido, Amr bin Sâlim, de la tribu Juzâa, había venido a Medina con cuarenta jinetes para contar al Rasûl-i akram, sallallahu 'alaihi wa sallam, los detalles del suceso. Nuestro Maestro, el Amado de Allahu ta'âlâ dijo: **"¡Que no reciba yo ayuda alguna si ahora no socorro a los Banî Juzâa!"** Ordenó escribir una carta dirigida a los politeístas Quraysh en la que nuestro amado Profeta decía: **"¡Si no rompéis vuestra alianza con los Banî Bakr y dejáis de ayudarlos, pagaréis el dinero de sangre por los que habéis matado de los Juzâa! ¡Y si no cumplís lo que acabo de mencionar, os aviso que lucharé contra vosotros!"**

Los Quraysh no eran capaces de comprender esa compasión. Enviaron un mensaje que decía: "No romperemos nuestra alianza ni pagaremos dinero de sangre. Lo único que haremos será luchar". No obstante, impulsados por el miedo, se arrepintieron profundamente de sus actos; enviaron a Abû Sufyân a Medina con toda rapidez.

Antes de que Abû Sufyân llegara a Medina, nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, ya había dicho a sus Ashâb-i kirâm que Abû Sufyân estaba a punto de llegar. Dijo: **"Tengo entendido que Abû Sufyân viene para renovar la tregua y prolongar el periodo de paz. Pero regresará sin conseguir su objetivo".**

Abû Sufyân, que todavía no era musulmán, llegó a Medina-i munawwara y fue a casa de su hija, Umm-i Habîba, madre de los creyentes y esposa bendecida de nuestro amado Profeta. Abû Sufyân quiso sentarse en lo que era la cama de nuestro amado Profeta. Nuestra madre Umm-i Habîba se movió con rapidez y le apartó de la cama. Su padre se entristeció y manifestó su asombro: "¡Oh hija mía! ¿No me dejas sentarme en esa cama?" Hadrat Umm-i Habîba, madre de los creyentes, dijo a su padre: "Esta cama es del Mensajero de Allahu ta'âlâ. Los politeístas no se pueden sentar en ella. Tú eres un politeísta y no estás purificado. No es correcto que te sientes en esa cama".

Cuando su padre dijo: "¡Oh hija mía! ¡Desde que dejaste mi casa algo te ha ocurrido!" Dijo ella: "¡Alhamdulillâh! Allahu ta'âlâ me ha concedido el Islam. ¡Y sin embargo tú todavía adoras ídolos hechos de piedra que no pueden ver ni oír! ¡Oh padre! ¿Cómo puede no estar en el Islam una persona que es el más encumbrado y el de mayor edad de los Quraysh?" Su padre se enfadó mucho y dijo: "¿Estás acusándome de ignorancia y me faltas al respeto? ¿Acaso debo abandonar los dioses de mis antepasados y seguir la religión de Muhammad?"

El líder de los Quraysh llegó ante nuestro amado Profeta y dijo: "He venido a renovar el Tratado de Paz de Hudaybiya y prolongar su duración. Pongamos por escrito la renovación de este tratado". Habîb-i-akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo: **"No hemos hecho nada en contra del Tratado de Paz de Hudaybiya y no vamos a cambiarlo".** A pesar de que el líder de los Quraysh repitió una y otra vez: "¡Vamos a cambiarlo y renovarlo!", nuestro amado Profeta no le dio respuesta alguna. Cuando el líder de los Quraysh vio que sus esfuerzos fracasaban, regresó a Mecca y contó a los politeístas lo que había ocurrido. Estos le criticaron diciendo: "¿Así que has vuelto sin conseguir nada, no es cierto?" No podían hacer otra cosa que esperar.

Quien se refugia en el Masŷîd-i Haram…

Cuando Abû Sufyân salió de Medina, nuestro amado Profeta decidió conquistar Mecca. Los Quraysh no habían cumplido su promesa y habían roto el Tratado de Paz. No obstante, lo mantuvo en secreto; quería conquistar Mecca sin dar a los politeístas la oportunidad de

prepararse y no quería derramar sangre en el Haram-i sharîf. Esto era parte de una estrategia militar porque, cuando se conquistase Mecca, mucha gente se haría musulmana.

Se lo contó a Hadrat Abû Bakr y a algunos de sus Compañeros más destacados. Les ordenó que se preparasen para una expedición sin decirles donde irían. Los Ashâb-i kirâm empezaron los preparativos para el ŷihad. Nuestro Maestro, el Profeta, envió mensajes a las tribus musulmanas de la vecindad: Aslam, Ashŷa', Ŷuhayna, Husayn, Gifar, Muzayna, Sulaym, Damra y los Banî Juzâa. El mensaje decía: **"Los que crean en Allahu ta'âlâ y en la Otra Vida, que se presenten en Medina al principio de Ramadán".** Estaban siendo invitados a participar en la guerra.

A modo de precaución, nuestro Maestro, el Amado de Allahu ta'âlâ, sallallâhu 'alaihi wa sallam, encargó a Hadrat 'Umar que cortase los canales de comunicación mediante el bloqueo de los caminos que llevaban a Mecca. Sin más demora, Hadrat 'Umar puso centinelas en los pasos de montaña, caminos principales y resto de accesos y les ordenó: "¡A todo el que quiera ir a Mecca obligadle a regresar!"

Para que sus intenciones se mantuvieran en secreto, nuestro amado Profeta suplicó: **"¡Oh mi Rabb! Hasta que lleguemos de repente a sus territorios, detén a los espías y mensajeros de los Quraysh, haz que sean ciegos y sordos. Que cuando nos vean y oigan sea por sorpresa".**

Para dar la impresión de que sería una expedición contra los politeístas del norte o los bizantinos, nuestro Maestro, el Profeta, envió a Hadrat Abû Katâda con tropas hacia el norte, hacia el valle de Izâm.

Mientras tanto nuestro amado Profeta, como si fuese un milagro, dijo que alguien había enviado una carta a Mecca hablando de los preparativos que se hacían en Medina. Envió a Hadrat Ali y consiguió interceptarla.

La ayuda de las tribus vecinas había estado llegando hasta el segundo día del mes de Ramadan; estaban acampados en torno al pozo de Abû Inaba. Los Ashâb-i kirâm eran doce mil. Cuatro mil eran Ansâr, setecientos Muhâŷirs, y los demás eran musulmanes de las tribus vecinas.

Nuestro amado Profeta nombró a Hadrat Abdullah bin Ummi Maktûm su representante en Medina. Y envió como columna de reconocimiento a Hadrat Zubayr bin Awwâm, al mando de doscientos jinetes.

El Maestro de los mundos, al mando de su ejército de doce mil hombres cuyos corazones rebosaban de amor por Allahu ta'âlâ y Su Mensajero, partió mencionando el nombre de Allahu ta'âlâ. Iban a Mecca, la patria de la que habían sido expulsados con tormentos y torturas ocho años antes. Iban a liberar a la Gran Kâ'ba de los ídolos. Iban a mostrar el camino de la verdad, la justicia y la compasión a los politeístas que nunca quisieron abandonar su obstinación. Iban a difundir la religión de Allahu ta'âlâ, iban a ser la causa de la salvación de los tormentos del Fuego. ¡Oh mi Rabb! ¡Qué gran compasión!

Cuando el ejército islámico llegó a Zul'l-Hulayfa, se encontraron con Hadrat Abbâs, el tío paterno de nuestro Maestro, el Profeta, que emigraba desde Mecca con su familia. Nuestro amado Profeta se alegró mucho con la llegada de su tío. Le halagó diciendo: **"¡Oh Abbâs! Lo mismo que yo soy el último de los profetas, tú eres el último de los muhâŷirs".** Luego hizo enviar a Medina los bienes de Hadrat Abbâs. Hadrat Abbâs se quedó con nuestro Maestro, el Profeta, para participar en la conquista de Mecca.

Cuando llegaron a Kudayd, cerca de Mecca, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, ordenó a sus gloriosos Compañeros que adoptaran la formación de batalla. A los abanderados de cada tribu les dio banderas y estandartes diferentes. Las banderas de los muhâŷirs las llevaban Hadrat Ali, Zubayr bin Awwâm y Sa'd bin Abî Waqqâs. Los Ansâr tenían doce abanderados, los Ashŷâ y los Sulaym tenían uno, los Muzaynâ tres, los Aslam dos, los Juzâa tres y los Ŷuhayna tenían cuatro abanderados.

Habían pasado diez días desde su partida desde Medina. Al llegar la tarde estaban muy cerca de Mecca y, a la hora de la oración de la noche, estaban en Marruz-zahrân. Nuestro Maestro, el Profeta, ordenó a sus Compañeros que se detuvieran en ese lugar. Luego ordenó a Hadrat 'Umar que se cerciorara de que cada muŷahid encendía una hoguera. Cuando estuvieron encendidos más de diez mil fuegos, Mecca quedó totalmente iluminada. Los politeístas de Mecca estaban asombrados sin saber lo que ocurría. Confiaron a Abû Sufyân la

responsabilidad de descubrir lo que pasaba. Este se hizo acompañar de algunos hombres y se acercaron en secreto al ejército islámico. Mientras tanto, nuestro amado Profeta había dicho a algunos de sus Compañeros: **“Buscad a Abû Sufyân. ¡Seguro que lo encontraréis!”**

Conforme los dos Quraysh iban avanzando, su asombro aumentó y se transformó en miedo. ¡Qué enorme cantidad de soldados rodeaban Mecca! ¡Qué gran cantidad de hogueras había encendido! Comentando lo que veían, llegaron al lugar llamado Erak.

En un momento dado, nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Abû Sufyân está ahora en Erak”.** Hadrat Abbâs los vio y los llevó ante nuestro Maestro, el Profeta. En el camino, Abû Sufyân preguntó a Hadrat Abbâs: “¿Qué está ocurriendo?” Contestó: “¡Oh Abû Sufyân! ¡Qué vergüenza! El Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, viene contra vosotros con un ejército que no podréis resistir. Juro que los Quraysh lo van a pasar muy mal. ¡Ay de ellos!” Abû Sufyân y sus acompañantes, aterrorizados, pasaron entre los muŷâhids hasta llegar ante nuestro Maestro, el Profeta. El Sultán de los mundos los trató con cordialidad y les preguntó por los habitantes de Mecca. Tras hablar con ellos hasta bien entrada la noche, los invitó al Islam. Hâkim bin Hizâm y Budayl pronunciaron la Kalimat ash-Shahâdat y se hicieron musulmanes. No obstante, Abû Sufyan seguía teniendo dudas.

Cuando llegó la mañana, nuestro amado Profeta, que era un océano de compasión, dijo: **“¡Oh Abû Sufyân! ¡Avergüénzate! ¿Todavía no sabes que no hay más dios que Allahu ta’âlâ?”** Contestó: “¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre! No hay nadie superior a ti en afabilidad, honor y respetar los derechos de los parientes. Y tras todos los tormentos por los que te hemos hecho pasar, sigues invitándonos al camino de la guía recta. ¡Qué generosidad más hermosa tienes! Yo creo que no hay más dios que Allah. Si lo hubiese habido, me habría reportado algún beneficio. Y yo creo que tú eres el Mensajero de Allah”. Así fue cómo Abû Sufyan tuvo el honor de unirse a los Ashâb-i kirâm.

Hadrat Abbâs dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¿Puedes conceder algo a Abû Sufyân que le permita obtener credibilidad entre los habitantes de Mecca?” Nuestro Maestro, el Profeta, aceptó la sugerencia y dijo: **“Todo el que entre en la casa de Abû Sufyan buscando refugio, será protegido y estará a salvo de ser matado”.** Hadrat Abû Sufyân imploró: “¡Oh Rasûlullah!

¿Puedes aumentarlo?” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Todo el que entre en la Masŷid al-Haram buscando refugio, estará protegido! Todo el que cierre la puerta y permanezca en su casa, estará protegido”.**

Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo a Hadrat Abbâs: **“Llévalo al paso donde el valle se estrecha y los caballos se amontonan para poder pasar; de esa manera podrá ver el esplendor de los musulmanes, del ejército de Allahu ta’âlâ”.** El Rasûl quería que Abû Sufyân viese la grandeza del ejército islámico para que dijese a los politeístas de Mecca que era imposible enfrentarse a él. De esta manera no se derramaría sangre en el Haram-i sharîf.

Mientras Hadrat Abbas iba con Abû Sufyân al paso del valle, los muŷâhids se pusieron en formación de batalla. Todos estaban cubiertos con armadura. Una vez desplegadas las banderas, cada tribu comenzó a pasar por esa parte del valle diciendo el takbîr. Hadrat Abû Sufyân preguntó: “¿Quiénes son esos?” Hadrat Abbâs respondía a sus preguntas diciendo: “Esos son los Banî Sulayman! ¡Su jefe es Jâlid bin Walîd!” “¡Esos son los Banî Gifâr!” “¡Esos son los Banî Kâb!” Por todas partes se oían los gritos de “¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!” La cantidad de muŷâhids y el resplandor de sus armas cegaban los ojos.

Hadrat Abû Sufyân tenía mucho interés en observar a nuestro Maestro, Fajr-i âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Imaginaba que el despliegue de los soldados a su alrededor sería diferente, motivo por el que no podía dejar de preguntar: “¿Es este el grupo del Rasûlullah?” Por fin, el más encumbrado de los profetas, el Maestro de los mundos, apareció montado en su camella Quswâ. Brillaba como el sol. A su alrededor había Muhâŷirs y Ansâr, todos cubiertos con armadura. Llevaban las espadas en la cintura y montaban caballos y camellos pura sangre.

Cuando Hadrat Abû Sufyân los vio, preguntó con curiosidad: “Oh Abbâs, ¿quién es esa gente?” Respondió: “El hombre en el centro es el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam. ¡La gente que lo rodea son Ansâr y Muhâŷirs que arden con el deseo de morir mártires!”

Cuando pasaron junto a ellos, nuestro amado Profeta, sallallahu ’alaihi wa sallam, dijo a Hadrat Abû Sufyân: **“Hoy es el día en el que Allahu ta’âlâ aumentará la fama de la Kâ’ba. Hoy**

es el día en el que la Baytullah será velada. Hoy es el día de la compasión… Hoy es el día en el que Allahu ta'âlâ honrará a los Quraysh (con el Islam)**..."**

Lo que Hadrat Abû Sufyân había visto y oído era suficiente. Dijo: "He visto el esplendor del Emperador de Roma y el Emperador de Irán. Y sin embargo, jamás he visto algo tan espléndido como esto. Hasta hoy, nunca he visto ejército o comunidad parecidos a esto. Nada podrá resistir a un ejército como este. Nadie podrá hacerle frente". Y luego partió hacia Mecca.

Abû Sufyân llegó a Mecca donde declaró que se había hecho musulmán ante los politeístas que lo esperaban con ansiedad. Luego dijo: "¡Oh Quraysh! Muhammad ha venido con un ejército enorme al que no podréis enfrentaros. No os engañéis sin necesidad. Haceros musulmanes para conseguir la salvación. He visto cosas que vosotros no habéis visto. He visto innumerables guerreros, caballos y armas. Nadie podrá detenerlos. Todo el que entre en la casa de Abû Sufyân, estará protegido y se salvará de ser matado. El que se refugie en la Baytullah, tendrá asegurada su seguridad. El que entre en su casa y cierre la puerta, también tendrá asegurada su seguridad.

Al oír estas palabras, algunos de los politeístas más recalcitrantes insultaron y se opusieron a Hadrat Abû Sufyân. Llegaron incluso a iniciar los preparativos para enfrentarse al ejército islámico. No obstante, su número era reducido. Los demás no les hicieron caso y corrieron hacia sus casas. Algunos fueron a refugiarse a la Masŷid-i-Harâm.

Sarwar-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y sus gloriosos sahâbî se reunieron en el valle de Zîtuwâ. El Maestro de los mundos observaba con sus ojos bendecidos cada uno de los Ashâb-i kirâm. En ese momento recordó su salida de Mecca, la Hégira. Había sido hace ocho años. Recordó que los politeístas habían rodeado su casa de la que había salido recitando unas âyat-i karîma de la Sûra Yâsin; luego, cuando entró en la cueva de Sawr con Hadrat Abû Bakr sin que nadie los viera, había mirado hacia la ciudad de Mecca, antes de abandonar su territorio, y dijo: **"**(¡Oh Mecca!) **Juro por Allah, que tú eres el mejor lugar que Allahu ta'âlâ ha creado. Eres el más amado por mi Rabb y por mí. De no haber sido expulsado, jamás te hubiera abandonado".** Al ver su tristeza, Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, le había recitado el âyat-i karîma 85 de

la Sûra Kasas y le había consolado dándole las buenas noticias de su regreso a Mecca-i Mukarrama, acompañado por algunos de sus Compañeros con los que había vencido al enemigo en las batallas de Badr, Uhud, el Foso, Jaybar y Mûta. Los Compañeros que ahora le acompañaban eran doce mil. Esperaban anhelantes la orden de entrar en Mecca. Nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, alabó a Allahu ta'âlâ, que le había concedido todas esas bendiciones, con una profunda y sentida gratitud. Luego inclinó la cabeza con humildad.

Nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, dividió a sus gloriosos Compañeros en cuatro grupos. Puso a Hadrat Jâlid bin Walid al mando del flanco derecho, a Hadrat Zubayr bin Awwâm del izquierdo, a Hadrat Abû Ubayda bin Ŷarrâh de la infantería y a Hadrat Sa'd bin Ubada del grupo restante. Hadrat Jâlid entraría a Mecca desde el sur, castigando a todo politeísta que se resistiese, para luego reunirse de nuevo con nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, sallallâhu 'alaihi wa sallam, en la colina de Safâ. Hadrat Zubayr entraría en Mecca por el norte; plantaría el estandarte en Haŷun, donde esperaría por nuestro Maestro, Sarwar-i âlam. Hadrat Sa'd bin Ubâda avanzaría desde el occidente.

Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo a sus jefes: **"No luchéis contra nadie a no ser que seáis atacados. No matéis a persona alguna. Pero si se atrapa alguno de los quince proclamados, será decapitado aunque se esconda tras las cortinas de la Kâ'ba".**

La verdad ha llegado; la superstición ha desaparecido

Era viernes, día trece del mes de Ramadán. Entre los muŷâhids, Hadrat Jâlid bin Walîd fue el primero en entrar en acción. Cuando llegaron a la falda de la montaña Handama, en el sur de Mecca, vio que un grupo de politeístas Quraysh les estaban tirando flechas. Dos muŷâhids murieron mártires. Hadrat Jâlid ordenó a sus soldados que adoptaran la formación para la batalla: "Solo no se matará a los que huyan". Y atacaron sin más dilación. En un instante rechazaron el ataque de los politeístas. En la lucha murieron setenta politeístas. Los demás huyeron a las cimas de las montañas o a sus casas.

Los gloriosos Compañeros que entraron en la Sagrada Mecca desde otras direcciones no encontraron resistencia alguna. Se apresó a cinco de los que se había ordenado matar, y fueron ejecutados conforme a lo ordenado. Otros huyeron a Mecca. Los muŷâhids estaban muy emocionados. Entraban en Mecca en sucesivas oleadas dando takbîr "¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!" Nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, entró en la Sagrada Mecca montado en su camella Quswâ. Agradeció a Allahu ta'âlâ que le permitiera conquistar Mecca. Recitaba la Sûra Fatih, en la que se habían dado las buenas noticias de la conquista.

Nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se dirigió hacia la Kâ'ba lleno de alegría. A su derecha iba Hadrat Abû Bakr y a su izquierda Hadrat Usayd bin Hudayr. Tras besar la Haŷar-ul Aswad, dijo la talbiya y gritó el takbir. Los sahâbî lo imitaron y en los cielos de Mecca resonaban los gritos de "¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!" Ante esta emocionante escena los musulmanes derramaban lágrimas de felicidad. Los politeístas, que se habían refugiado en el Haram-i sharîf y en sus casas, esperaban los nuevos acontecimientos llenos de temor.

El Maestro de los mundos y sus gloriosos Compañeros empezaron a hacer tawâf (circunvalación) en torno a la Kâ'ba. Una vez completada la séptima vuelta del tawâf, nuestro amado Profeta bajó de su camella e hizo una oración ritual de dos rak'ats en el lugar llamado maqâm-i Ibrâhim. Luego bebió agua de Zamzam que Hadrat Abbâs había sacado del pozo. Quiso hacer la ablución ritual con agua de Zamzam. Mientras nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, hacía la ablución, los Ashâb-i kirâm recogían las gotas de agua que habían tocado a nuestro amado Profeta antes de que tocaran el suelo. Los politeístas que observaban la escena estaban asombrados. Dijeron: "En toda nuestra vida jamás hemos visto ni oído cosa alguna sobre un líder semejante".

Nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, quiso destruir todos los ídolos hechos de piedra y de madera que había en torno a la Kâ'ba. Recitó el âyat-i karîma que declara: **"Cuando llega la verdad la superstición desaparece; es cierto que la falsedad**

siempre ha de perecer". (Sûra Isrâ: 81). El Profeta avanzó con su bastón hacia los ídolos. Cada vez que tocaba uno, caía al suelo. Ese día se destrozaron trescientos sesenta ídolos.

Cuando llegó la hora de la oración de la tarde, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, ordenó a Hadrat Bilâl que diera el Adhân en la Kâ'ba, cosa que hizo sin demora. Cuando se estaba recitando el Adhân, una alegría profunda embargó los corazones de los musulmanes al tiempo que los politeístas sufrían un gran pesar.

Nuestro amado Profeta pidió la llave de la Kâ'ba. Cuando del interior se quitaron las imágenes y los ídolos fueron destruidos, entró en la Ka'ba. Estaba acompañado por Hadrat Usâma bin Zayd, Hadrat Bilâl y Hadrat 'Uzmân bin Talha. En el interior nuestro amado Profeta hizo una oración ritual de dos rak'ats. En cada esquina dijo takbîr y rezó. Hadrat Jâlid bin Walid hacía guardia en la entrada para impedir que la gente se amontonase.

El Sultán de los mundos mantenía abiertos los dos batientes de la puerta de la Ka'ba. Todos los Quraysh se reunieron en la Masŷid al-Haram donde, con temor y esperanza, miraban a nuestro Maestro, el Profeta. Habían torturado a nuestro Maestro, el Profeta, y a sus Compañeros. Los politeístas habían puesto cuerdas alrededor de sus cuellos para luego arrastrarlos por el suelo. Los había arrojado al fuego queriendo quemarlos. Había puesto rocas calientes sobre sus pechos atormentándolos hasta que se desmayaban. Les habían clavado hierros al rojo vivo. Los habían encerrado durante tres años privándolos de todo. Los habían desmembrado atándolos a camellos que avanzaban en direcciones opuestas. Y sobre todo, los habían expulsado de su patria. Y por si eso no fuera suficiente, los habían combatido en varias ocasiones para destruirlos por completo.

Y a pesar de todo, tenían esperanzas porque ante ellos estaba el océano de compasión que había sido enviado como una misericordia para los mundos. Tras observarlos durante unos instantes, nuestro amado Profeta preguntó: **"¡Oh Quraysh! Decidme, ¿qué pensáis que voy a hacer con vosotros?"** Contestaron: "Lo que esperamos de ti es benevolencia, porque tú eres un hermano generoso. Eres el hijo de un hermano que tenía generosidad y benevolencia. Tú nos has derrotado y lo que esperamos de ti es tu gracia y tu favor".

El Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, sonrió y dijo: **“Las relaciones entre nosotros serán como cuando Yûsuf** (’alaihis-salâm) [el Profeta José] **dijo a sus hermanos:** ‘(A partir de) **Hoy** (y a pesar vuestras transgresiones) **no habrá críticas ni descalificación** (por mi parte)**. Que Allahu ta’âlâ os perdone.** (Sûra Yûsuf: 92) **¡Podéis iros! Sois libres”.**

Esta enorme compasión ablandó los corazones y convirtió la animosidad en amor. Cuando el Maestro de los mundos los invitó al Islam se reunieron para aceptarlo y hacerse musulmanes. Nuestro amado Profeta se subió a la colina de Safâ donde había anunciado su misión profética a los Quraysh y los había invitado al Islam por primera vez. Y ahora, por segunda vez, recibió el juramento de fidelidad de todos los habitantes de Mecca, hombres y mujeres de todas las edades. Así fue cómo los Quraysh se hicieron musulmanes y tuvieron el honor de unirse a los Ashâb-i kirâm.

Tras llegar a un acuerdo con los hombres, las mujeres prometieron obedecer una serie de cuestiones.

Algunas de estas fueron: no atribuir asociado alguno a Allahu ta’âlâ, no desobedecer a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no robar, proteger la castidad y no matar a las hijas. Entre las mujeres que se habían hecho musulmanas estaba Hind, la esposa de Abû Sufyân, que estaba en la lista de los que debían ser ejecutados. A pesar de todo, nuestro amado Profeta, que había sido enviado como una misericordia para los mundos, también la perdonó. Todos los que abrazaron el Islam rompieron los ídolos que tenían en sus casas. Se enviaron expediciones militares a las tribus vecinas para destruir los ídolos. La verdad había llegado y la superstición era eliminada. Algunos de los que se beneficiaron de la compasión fueron Ikrima, el hijo de Abû Ŷahl y Wahshî, que había matado a Hadrat Hamzâ. Hadrat Ikrima murió mártir en la Batalla de Yarmuk y Hadrat Wahshî mató a Musaylamat-ul Kazzâb en la Batalla de Yamâma.

Esa fuente de generosidad hacia la gente, con su amor o enemistad,
No lo hacía por su persona, sino en el nombre de Allahu ta’âlâ.

Él nunca se reía a carcajadas ni profería juramentos.
Esa fuente de generosidad era de rostro sonriente y palabras hermosas.

Era un benefactor lleno de modestia y afabilidad.
Esa fuente de generosidad no despojaba a los necesitados.

Tenía la cortesía más elevada y perdonaba a los que le ofendían.
Esa fuente de generosidad era extremadamente compasiva.

LA SAGRADA BATALLA DE HUNAYN

Cuando nuestro Maestro, Sarwar-î âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, salió de Medina con la intención de conquistar Mecca, dos grandes tribus de los alrededores de esta ciudad, Hawâzin y Sakîf, empezaron a prepararse para la guerra al suponer que los musulmanes irían contra ellos. Cuando se enteraron que el Maestro de los mundos quería conquistar Mecca se tranquilizaron un poco. No obstante, siguieron con sus preparativos pensando que les tocaría a ellos tras los Quraysh. Pero además decían: “Juramos que, hasta ahora, los musulmanes no se han enfrentado a guerreros tan buenos como nosotros. Vamos contra él antes de que venga contra nosotros y enseñémosle cómo se lucha”. Pronto estuvieron dispuestos con un ejército de veinte mil hombres a las órdenes de Mâlik bin Awf, el jefe de la tribu Hawâzin. Para incrementar el valor de sus soldados e impedir que huyeran en caso de dificultad, unieron al ejército a sus mujeres, sus niños y sus bienes más preciados.

La noticia se difundió con rapidez. Nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, sallallâhu ’alaihi wa sallam, envió a Abdullah bin Abî Hadrad a la tribu Hawâzin para comprobar la veracidad de la noticia. Hadrat Abdullah se disfrazó y se introdujo entre sus filas. Se enteró de sus opiniones y forma de actuar y luego informó de todo ello a nuestro amado Profeta.

Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, reunió a sus gloriosos Compañeros de inmediato. Nombró gobernador de Mecca a Hadrat Attâb bin Asîd, que en ese entonces tenía veinte años, y partió con rapidez. Con su ejército de doce mil hombres quiso sorprender a las tribus Hawâzin y Sakîf en sus campamentos militares. Hadrat Ali llevaba el estandarte de los muŷâhids, y Hadrat Jâlid bin Walîd era el jefe de la vanguardia. El Maestro de los mundos montaba su mula de nombre Duldul, y llevaba puesto el yelmo y su doble armadura. En el día once del mes de Shawwâl llegaron al valle de Hunayn. Esa noche, nuestro

Maestro, Sarwar-î âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, inspeccionó su ejército al que puso en formación de combate. Una vez hecha la oración de la mañana, se pusieron en marcha.

Aprovechándose de la oscuridad de la noche, el jefe de los politeístas había colocado a su ejército a ambos lados del valle en situación de emboscada. Hadrat Jâlid bin Walîd llevó a su caballo justo al medio sin darse cuenta de la situación. La escasa luz de la mañana le impedía ver a sus enemigos. De repente, miles de flechas comenzaron a caer sobre los muŷâhids que se vieron obligados a retirarse para eludir la inesperada lluvia de flechas. Esta súbita retirada provocó un gran desorden en las filas de soldados que venían detrás. Cuando ellos también iniciaban la retirada, un ejército enemigo de veinte mil hombres entraba en el valle.

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, avanzó a toda prisa para atacar él solo a los politeístas. Los únicos que pudieron alcanzar a nuestro Maestro, Rasûl-i akram, arriesgando sus vidas, fueron Hadrat Abbâs, Hadrat Abû Bakr y unos cien heroicos sahâbî que con sus cuerpos hicieron un escudo para proteger a nuestro amado Profeta. Hadrat Abbâs sujetó las riendas de la mula Duldul y Hadrat Sufyân bin Haris sujetó el estribo para impedir que nuestro Maestro, el Rasûlullah, se lanzara contra las filas enemigas. El Maestro de los mundos, entristecido al ver que la religión de Allahu ta’âlâ podía desaparecer, ordenó: **“¡Oh Abbâs! Grítales: ‘¡Oh gente de Medina! ¡Oh sahâbî que jurasteis fidelidad bajo el árbol de Samura!’”** Hadrat Abbâs tenía una estatura imponente. Cuando gritaba, su voz se podía oír desde muy lejos. Con todas sus fuerzas gritó: “¡Oh gente de Medina! ¡Oh Ashâb que disteis vuestra promesa al Profeta bajo el árbol de Samura! ¡No os disperséis! ¡Reuníos aquí!” Los Ashâb-i kirâm que lo oyeron quisieron regresar, pero sus animales estaban muy asustados y les impedían hacerlo. Al final no tuvieron más remedio que desmontar llevando su armadura, lanzas y espadas. Alcanzaron de inmediato a nuestro Maestro, el Rasûlullah, y empezaron a luchar ferozmente contra el enemigo al que aterrorizaban con los gritos de “¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar!” Los Ashâb que habían demostrado su heroísmo en Badr, Uhud, Handak y Jaybar, en especial Hadrat Ali, Abû Duŷâna y Zubayr bin Awwâm, luchaban con ardor y repelían al enemigo.

El Maestro de los mundos observaba la forma de luchar de sus Compañeros. Sus súplicas se podían oír sobre el fragor de la batalla: **“¡Oh Allah! Haz descender Tu ayuda sobre nosotros. Ciertamente, Tú no quieres que ellos nos derroten”.** Tras hacer esta petición a Allahu ta’âlâ, Nuestro amado Profeta tomó del suelo un puñado de tierra y lo tiró hacia los politeístas diciendo: **“Que sus rostros se ennegrezcan”.** El milagro de nuestro amado Profeta fue que no hubo un solo soldado enemigo cuyos ojos no se llenaran de tierra. Los ángeles también habían venido en su ayuda. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Juro por Allahu ta’âlâ que han sido derrotados”.** Los politeístas habían empezado a dispersarse y huir. Cada vez que intentaban regresar se encontraban con Compañeros gloriosos que los perseguían; huían dejando en el campo de batalla a sus esposas, hijos y posesiones más preciadas.

Dejaron tras de sí a setenta muertos, seis mil prisioneros y una enorme cantidad de posesiones. Algunos de los que habían huido se refugiaron en la fortaleza de Tâif. Otros fueron a Nahla y otros a Awtas. Su jefe, Mâlik bin Awf, fue uno de los que se refugió en Tâif. Los Ashâb-i kirâm los persiguieron durante un tiempo. En Awtas hubo de nuevo combates enconados, pero el enemigo ya había sido derrotado.

En esta guerra santa, la victoria había sido de los musulmanes gracias al permiso de Allahu ta’âlâ y la benevolencia del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Cuatro Compañeros murieron mártires y algunos otros habían sido heridos. Al enterarse que Hadrat Jâlid bin Walîd también estaba herido, nuestro amado Profeta había ido a verlo; cuando llegó, pasó sus manos bendecidas sobre las heridas de Hadrat Jâlid bin Walîd que curaron inmediatamente.

Que mi vida sea sacrificada en tu nombre,
Muhammad, cuyo nombre y cuya persona son hermosos.
Espero y confío que intercederá por sus siervos imperfectos.
Muhammad, cuyo nombre y cuya persona son hermosos.

Los que son creyentes tienen muchos problemas.
Su regocijo y felicidad están en la Otra Vida.
Muhammad es el Mustafâ de los dieciocho mil mundos.
Muhammad, cuyo nombre y cuya persona son hermosos.

Muhammad ha viajado por los siete cielos.
Ha pasado sobre el Kursî.
En su ascensión ha pedido la salvación de su umma.
Muhammad, cuyo nombre y cuya persona son hermosos.

Sin ti, qué puede hacer Yunus con los dos mundos.
Ciertamente tú eres el Profeta verdadero, no hay la menor duda.
Los que no te siguen morirán como incrédulos.
Muhammad, cuyo nombre y cuya persona son hermosos.

LA EXPEDICIÓN A TÂIF

El Maestro de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, quería una victoria definitiva contra el enemigo que se había refugiado en Tâif. Esta fortaleza cercana a Mecca era una de los últimos, pero más robustos, refugios de la incredulidad. Nuestro Maestro, el Profeta, había ido a Tâif antes de la Hégira y les había llamado a la verdad durante todo un mes. Sin embargo, la gente de Tâif le había castigado con severidad llegando a ensangrentar sus pies bendecidos. Para nuestro Maestro y para Hadrat Zayd bin Hâriza, habían sido los días más difíciles de sus vidas. Nuestro amado Profeta envió por delante a Hadrat Jâlid bin Walîd que llegó a Tâif acompañado de sus gloriosos Compañeros. La tribu Sakîf había acumulado una gran cantidad de provisiones en su fortaleza. Cuando vieron que llegaban los Ashâb-i kirâm, cerraron las puertas y comenzaron la defensa. Lanzaron flechas a los muŷâhids que se aproximaban. La confrontación continuó de esta manera. La gente de Tâif no se atrevía a salir de la fortaleza para luchar cuerpo a cuerpo.

Algunos Ashâb-i kirâm sugirieron tirar piedras a la fortaleza con una catapulta. Nuestro Maestro, el Profeta, dio su aprobación y se construyeron catapultas. El asedio continuó tirando piedras a los politeístas. Los Ashâb-i kirâm se esforzaban con ahínco y con fervor. Querían conquistar la fortaleza lo antes posible. En ese tiempo, catorce Compañeros habían muerto mártires. Lo inexpugnable de la fortaleza impedía la conquista.

Una noche, cercana al día veinte del asedio, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallahu ’alaihi wa sallam, vio en un sueño que recipiente con mantequilla que le habían regalado, estaba siendo picoteado, y por fin volcado, por un gallo. Interpretando el suelo como una señal de que Tâif no podría ser conquistado ese año, puso fin al asedio.

La gente de Tâif había atormentado ocho años antes a nuestro amado Profeta, el océano de misericordia, sallallahu ’alaihi wa sallam. Sin embargo, cuando el ángel había venido para decirle: “si me lo permites, haré que esas montañas caigan sobre sus cabezas”, nuestro amado Profeta le había dicho: **“He sido enviado como un océano de misericordia para los mundos. Lo único que deseo es que, a partir de la crueldad de estos politeístas, Allahu ta’âlâ cree una generación que Lo adore sin asociarle cosa alguna”.** Y una vez más, suplicó: **“¡Oh mi Rabb! ¡Muestra el camino recto a la gente de Saqîf! Tráela a nosotros”.**

Nuestro Maestro, Habîb-i akram, acompañado de sus Compañeros, salió de Tâif para ir a Ŷirâna donde estaban reunidos los prisioneros y el botín capturado en Hunayn. Este lo formaban más de seis mil prisioneros, unas veinte mil reses de ganado vacuno, cuarenta mil ovejas y cabras y un gran número de joyas. Todo lo repartió entre los muŷâhids que tenían derecho al mismo. En ese momento se supo que una delegación de la tribu Hawâzin solicitaba una audiencia. Cuando se concedió el permiso, la delegación declaró que toda la tribu Hawâzin había abrazado el Islam. Al oírlo, el Maestro de los mundos se alegró mucho y procedió a liberar a los prisioneros que le habían correspondido en su parte del botín. Los Ashâb-i kirâm siguieron el ejemplo de nuestro amado Profeta, cuya misericordia propició la libertad de seis mil prisioneros. Cuando las noticias de este suceso llegaron al jefe de la tribu Hawâzin, Mâlik bin Awf, que se había refugiado en Tâif, salió de ese lugar y también se hizo musulmán, Nuestro Maestro, el Profeta, le dio muchos regalos.

Allí ya no quedaba nada por hacer. Como ya era la costumbre, el Sultán de los mundos, junto con sus Compañeros, regresó a Mecca victorioso. Nombró a Attâb bin Asîd gobernador de Mecca y dijo que se quedase Hadrat Muâz bin Ŷabal para que enseñase las cuestiones religiosas. Tras hacer tawâf alrededor de la Kâ’ba y la Umra, regresó de nuevo a Medina con sus gloriosos Compañeros.

Un año más tarde la gente de Tâif envió una delegación de seis personas a Medina con la intención de hacerse musulmanes. Cuando el año anterior el Maestro de los mundos se iba de Tâif, había suplicado: **“¡Oh mi Rabb! ¡Muestra el camino recto a la gente de Saqîf! Tráela a nosotros”.** Y ahora, los de Saqîf habían venido para hacerse musulmanes. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallahu ’alaihi wa sallam, estaba encantado de que abrazaran el Islam. Les otorgó una serie de privilegios y los mandó de nuevo a Tâif nombrando gobernador a Hadrat ’Uzmân bin Abi’l-As.

LA EXPEDICIÓN A TABÛK

Cuando nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, volvió a honrar a Medina-i munawwara con su presencia, envió mensajeros a varias naciones para invitarlos al Islam. Los gobernantes de Omán y Bahrain, junto con sus súbditos, tuvieron el honor de hacerse musulmanes. Además de estos, vinieron delegaciones de muchas tribus que, al declarar su sometimiento al Maestro de los mundos, obtuvieron la bienaventuranza.

El Islam se estaba propagando con rapidez. Para enseñar las normas del Islam y gobernar las tribus y naciones vecinas, se enviaron gobernadores. En Medina, en el año noveno de la Hégira, los que enseñaban recibieron muchas delegaciones que se habían convertido al Islam.

Un día del mes de Raŷab del año noveno de la Hégira, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo a sus Compañeros: **“Hoy ha fallecido uno de vuestros hermanos piadosos. Levantaos y hagamos la oración ŷanâza por él”.** Nuestro Maestro, el Profeta, hizo de imâm y dirigió la oración ritual ŷanâza en ausencia de la persona fallecida. Luego dijo: **“Pedimos a Allahu ta’âlâ que perdone a vuestro hermano Ashama, el Negus”.**

Pasado un tiempo llegaron noticias de Abisinia diciendo que el Negus había fallecido. La fecha mencionada coincidía con el día en el que nuestro Maestro, el Profeta, había dirigido la oración ŷanâza.

En este año noveno de la Hégira, cuando Islam se extendía con rapidez por la Península Arábiga, los árabes cristianos escribieron una carta a Heraclio, el Emperador de Bizancio, que

tenía celos del "Estado Islámico" y quería impedir que se propagase. La carta decía: "La persona que pretendía ser profeta ha fallecido. Ahora los musulmanes son pobres y pasan hambre. Si quieres que se conviertan a tu religión, este es el momento adecuado". La respuesta de Heraclio fue mandar un ejército de cuarenta mil hombres a las órdenes de Kubâd.

Cuando se enteró de ello nuestro Maestro, el Profeta, reunió a sus Compañeros y les ordenó se preparasen para la guerra. Al ser un año de extrema sequía, los Compañeros tenían muchas dificultades económicas. Los únicos que, en comparación, tenían una situación buena eran los comerciantes. Nuestro Maestro, el Profeta, quería que sus Compañeros ayudaran económicamente para equipar a los soldados que irían a la guerra. Este deseo de nuestro Maestro, sallallâhu 'alaihi wa sallam, hizo que los sahâbî entraran en acción. Todos traían lo que tenían e intentaban prepararse para el ŷihad con sus bienes y sus vidas.

Hadrat Abû Bakr, el Compañero de nuestro Profeta en la Cueva, había traído todo lo que tenía. Cuando Rasûl-i akram le preguntó: **"¡Oh Abû Bakr! ¿Qué has dejado para tu familia?"** Contestó: "Les he dejado a Allahu ta'âlâ y Su Mensajero". Hadrat 'Umar había traído la mitad de lo que poseía. Nuestro Maestro, el Profeta le preguntó: **"¡Oh 'Umar! ¿Qué has dejado para tu familia?"** Contestó: "Les he dejado tanto como he traído". Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"La diferencia entre vosotros dos es como la que hay entre vuestras palabras".** Al oírlo, Hadrat 'Umar dijo: "¡Oh Abû Bakr! Que mis padres sean sacrificados en tu nombre. En el camino hacia el bien, siempre me ganas. Ahora comprendo de sobra que nunca podré superarte en cosa alguna". Con estas palabras, Hadrat 'Umar demostraba lo mucho que apreciaba la valía de Hadrat Abû Bakr.

Los Ashâb-i kirâm intentaban ayudar en todo lo posible. Sin embargo, los hipócritas se burlaban diciendo: "Estáis dando todo eso para alardear". Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"El que hoy da de sus bienes, estos serán un testigo a su favor en el Día del Juicio".** Al oír estas palabras bendecidas de Nuestro Maestro, el Profeta, los creyentes ayudaron todavía más. Hadrat 'Uzmân bin Affan pertrechó un tercio del ejército, convirtiéndose en el musulmán que más contribuyó. Hadrat 'Uzmân sufragó las necesidades del ejército de manera tan

perfecta, que ni siquiera se olvidó de poner las agujas que se necesitarían para arreglar los contenedores de agua que eran de piel. Al ver su generosidad, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, dijo: **“A partir de ahora, de ’Uzmân no se anotará transgresión alguna”.** Uno de los sahâbî más pobres había estado sacando agua de un pozo toda la noche. Con el salario obtenido compró dátiles que llevó a nuestro Maestro, el Profeta, diciendo: “¡Oh Rasûlullah! He traído lo que tengo para complacer a mi Rabb. Por favor, acéptalos”.

Mientras los hombres trabajaban para ayudar todo lo posible, las mujeres hacían sus tareas con gran diligencia.

Cuando tuvieron que prepararse para la expedición a Tabûk, los musulmanes atravesaban un periodo de grandes dificultades. La hambruna era tan intensa que muchos Ashâb-i kirâm, a los que no quedaba nada, fueron a ver a nuestro Maestro, el Profeta, para decirle: “¡Oh Rasûlullah! ¡Nos hemos convertido en indigentes! ¡No tenemos qué comer! Pero queremos conseguir las recompensas de este ŷihad y no abandonarte en esta Guerra Santa”. Nuestro Maestro, el Profeta, les decía que no tenía caballerías para ellos. En otra ocasión, Sâlim bin Umayr, Abdullah bin Mugaffal, Abû Laila Mâzînî, Ulba bin Zayd, Amr bin Humâm, Haramî bin Abdullah e Irbâd bin Sâriya, se presentaron ante nuestro amado Profeta y le pidieron lo mismo. Nuestro Maestro les dijo apesadumbrado: **“No puedo encontrar nada que os sirva de cabalgadura”.** Sintieron tal tristeza que empezaron a llorar por no poder unirse al ŷihad y tener que separarse de nuestro Maestro, el Profeta. Ante esta situación, Allahu ta’âlâ hizo descender el âyat-i karîma que declara: **“No hay falta alguna para aquellos a los que dijiste ‘No puedo encontrar nada que os sirva de cabalgadura’ cuando vinieron ante ti pidiéndote que les llevaras a la expedición. Al no poder encontrar los medios necesarios se fueron llorando y con los corazones destrozados”.** (Sûra Tawba: 92). Al final, Hadrat Abbâs y Hadrat Uzmân los pertrecharon para la Guerra Santa.

Cuando se terminaron los preparativos, nuestro Maestro, el Profeta, reunió al ejército en Saniyat-ul Wadâ. Eran pocos los que no iban a participar en la guerra. Cuando nuestro Maestro, Rasûl-i akram, estaba dispuesto para partir, dejó como representante suyo en

Medina a Muhammad bin Maslama. Justo antes de salir dijo: **“Llevad calzado de repuesto. Si tenéis calzado de repuesto no tendréis dificultades”.**

Cuando partía el ejército, Abdullah bin Ubayy, el líder de los hipócritas, decía cosas absurdas para atemorizar a los musulmanes. Llegó a decir: “Juro que es como si estuviese viendo que él y sus Compañeros van atados unos a otros”. Los Ashâb-i kirâm no hicieron caso a esas palabras. Su anhelo por unirse al ŷihad aumentaba cada vez más. Al verlo, los hipócritas quedaron frustrados.

Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se dispuso a ir desde Saniyyat-ul-Wadâ a Tabûk, ordenó que se desplegaran las banderas del ejército. Había dado el estandarte más grande a Hadrat Abû Bakr y la bandera más grande a Hadrat Zubayr bin Awwâm. Dio la bandera de la tribu Aws a Usayd bin Hudayr y la de los Hazraŷ a Abû Duŷâna. Los Ashâb-i kirâm a las órdenes de nuestro Maestro, el Profeta, eran treinta mil, de los cuales diez mil eran jinetes. Hadrat Talha bin Ubaydullah quedó a cargo del flanco derecho y Hadrat Abdurrahmân bin Awf del izquierdo.

Los gloriosos Compañeros a las órdenes de su Profeta iban a emprender la acción soportando un clima extremadamente caluroso. Pero siempre que estuviesen bajo las órdenes del Amado de Allahu ta’âlâ, la escasez de comida y bebida no podría apartarles de su camino, ni tampoco el destino o el número de los soldados enemigos podrían desanimarlos. En esas condiciones podían ir a cualquier lugar.

Descansando en cada parada del camino, nuestro amado Profeta y sus valientes Compañeros avanzaban hacia su objetivo. La octava parada fue en Hiŷr, el lugar donde fue exterminado el pueblo de Sâlih, ’alaihis-salâm. Allahu ta’âlâ los había destruido con un sonido atronador por haber desobedecido a su Profeta. El Sultán de los mundos dijo a sus Compañeros: **“Esta noche vendrá una tormenta muy violenta desde la dirección opuesta. Nadie debe levantarse a no ser que tenga cerca un compañero. Todos debéis atar las patas de los camellos. Este es el lugar donde había descendido la tormenta. ¡Que nadie beba de este agua ni haga con ella la ablución ritual!”** Todos obedecieron esta orden. Por la noche empezó una tormenta que volcó todas las cosas a su alrededor. Un hombre que había olvidado atar a su camello se levantó

para buscarlo. La tormenta lo lanzó a las faldas de la montaña Tayy. Otro tuvo que ir a aliviarse. En el lugar donde fue contrajo una enfermedad llamada Hunak. Se curó gracias a la súplica de nuestro Maestro, el Profeta.

La mañana siguiente no quedaba agua alguna en los contenedores de piel. Todos iban a morir de sed. Los hipócritas lo entendieron como una oportunidad para sembrar cizaña y dijeron: "Si Muhammad fuese el Profeta verdadero, haría una súplica para que empezase a llover". Cuando informaron al Maestro de los mundos de la gravedad de la situación, elevó las manos al cielo y pidió lluvia a Allahu ta'âlâ. A pesar de ser un día tórrido y sin nubes, estas aparecieron de repente y empezó a llover con una fuerza inusitada. Se llenaron los recipientes, se dio de beber a los animales y se hicieron las abluciones rituales. Cuando cesó la lluvia y se dispersaron las nubes, se vio que sólo había llovido sobre el ejército musulmán. Nuestro amado Profeta y sus Compañeros proclamaron varios takbîr dando gracias a Allahu ta'âlâ. Luego dijeron a los hipócritas: "Ahoya ya no tenéis excusa. ¡Creed en Allahu ta'âlâ y en Su Mensajero y sed musulmanes piadosos!" Pero los abyectos hipócritas dijeron: "¿Qué tiene de extraordinario? ¡Una nube pasó, llovió y luego cesó!"

El hambre también había alcanzado un grado extremo. Cada dátil era compartido por dos personas. Pero habían llegado hasta Tabûk a pesar del calor sofocante, el hambre y la sed. Nuestro Maestro, Habîb-i-akram, sallallahu 'alaihi wa sallam, dijo: **"Insha'llah** (si Allahu ta'âlâ quiere), **llegaremos al río de Tabûk mañana al mediodía. Hasta que lleguemos, no toquéis el agua".** Al día siguiente llegaron. El río llevaba poca agua. Nuestro amado Profeta hizo que echaran un poco de agua del río en un recipiente. Luego puso su mano bendecida en el mismo e hizo una súplica. Cuando echó de nuevo el agua al río, el caudal del mismo creció de forma inesperada. Y a pesar de beber el ejército islámico de treinta mil hombres, el caudal no disminuyó. Pasado el tiempo, toda esa región se regó con ese agua que había sido un milagro de nuestro Maestro, el Profeta, convirtiéndose en una llanura extremadamente verde.

Cuando nuestro Maestro, Rasûl-i arkam, con sus gloriosos Compañeros, llegó a Tabûk, no pudieron encontrar al ejército romano compuesto de bizantinos y tribus árabes cristianizadas, como los Âmila, Lahm y Ŷuzam. En Mûta, un ejército romano de cien mil hombres había sido

derrotado por tres mil muŷâhids. Ahora, estos eran treinta mil y su jefe era el Maestro de los mundos. Cuando los romanos se enteraron de que nuestro amado Profeta había reunido a sus heroicos Compañeros y estaba de camino, se habían escondido.

Tras haber pedido consejo a sus Compañeros, nuestro Maestro, Rasûlullah, no avanzó más allá de Tabûk. Entretanto, algunas tribus y pueblos de la zona habían oído hablar de la llegada de un ejército islámico. Impelidos por el miedo, enviaron delegaciones a nuestro Maestro, el Profeta, pidiéndole misericordia y accediendo a pagar la ŷizya. Nuestro Maestro, el Profeta, se apiadó de ellos y aceptó la oferta. Se hicieron pactos con cada grupo y se les garantizó su seguridad.

Emboscada…

Nuestro Maestro, Sarwar-i kâinât, sallallâhu 'alaihi wa sallam, esperó durante casi veinte días al enemigo. Habló con sus Ashâb-i kirâm en Tabûk y lavó sus corazones en un océano de luz. Derramó sobre ellos bendiciones y favores que, partiendo de su corazón, fueron directamente a los suyos. En una de esas alocuciones extraordinarias, preguntó: **"¿Queréis que os hable de quién es el más honorable y el mejor de la humanidad?"** Los Ashâb-i kirâm respondieron: "¡Sí, oh Rasûlullah!" Y entonces dijo: **"El mejor del género humano es el que se esfuerza en nombre de Allahu ta'âlâ, montado en su caballo, en su camello, o yendo a pie, hasta el último aliento. El peor de la humanidad es la persona transgresora que recita el Libro de Allahu ta'âlâ sin obtener beneficio alguno al hacerlo".**

Al hablar a una persona sobre el morir mártir, le dijo: **"Juro por Allahu ta'âlâ que tiene mi existencia bajo Su poder, que en el Día del Juicio los mártires vendrán con sus espadas ceñidas a la espalda. Se sentarán en tronos deslumbrantes".**

Durante los preparativos para regresar de Tabûk a Medina, los sahâbî que sufrían un hambre insoportable se lo comunicaron a nuestro Maestro, el Profeta. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, ordenó que se juntara la comida que quedaba en un trozo de tela. La cantidad era tan escasa que no podría llenar un recipiente pequeño. Nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, renovó su ablución e hizo una oración ritual de dos rak'ats. Al terminar, elevó las

manos al cielo y pidió que hubiese abundancia de comida. Luego pidió a sus Compañeros que trajeran sus escudillas. Tras el reparto, todos los platos estaban llenos de comida. Ni uno solo quedó vacío. Y luego se vio que, aunque los muŷâhids comieron hasta hartarse, la comida no había disminuido.

Los muŷâhids habían salido de Tabûk con destino Medina. Una noche, los hipócritas se habían puesto de acuerdo para lanzar una emboscada en un paso estrecho y matar a nuestro amado Profeta. Se ocultaron y esperaron en dicho paso. Ammâr bin Yâsar llevaba las riendas del camello de nuestro Maestro, el Profeta. Les seguía Hadrat Huzayfa bin Yamân. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, le informó que los hipócritas habían conspirado para matarlo. Cuando el Rasûl-i akram, sallallahu 'alaihi wa sallam, llegó cerca del lugar, el grupo de hipócritas, con las caras cubiertas, iniciaron el ataque. Hadrat Huzayfa empezó a golpear a los hipócritas y sus cabalgaduras con su bastón al tiempo que gritaba: "¡Oh enemigos de Allahu ta'âlâ!" El grupo de doce hipócritas, aterrorizados por los gritos y los ruidos, se infiltraron entre las filas del resto del ejército. Nuestro Maestro, el Profeta, dijo sus nombres a Hadrat Huzayfa pero le pidió que no se los dijera a los demás.

Al enterarse de lo ocurrido, Hadrat Usayd bin Hudayr se adelantó e imploró: "¡Oh Rasûlullah! ¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre! ¡Dime quiénes han sido para que te traiga sus cabezas!" Pero a pesar de todo, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, no lo permitió.

Masŷîd-i Dirâr

Una vez aterrorizados los bizantinos y destruida su resistencia, nuestro amado Profeta y sus heroicos Compañeros se acercaban de nuevo a Medina. El Sultán de los mundos ordenó a sus Compañeros que acampasen en un lugar llamado Zî-Awân que estaba muy cerca de Medina. Mientras los Compañeros descansaban, un pequeño grupo de hipócritas fue a ver a nuestro amado Profeta pidiéndole que honrase la mezquita Dirâr.

La mezquita Dirâr estaba en Qubâ. Había sido construida por los hipócritas para competir con la primera mezquita que nuestro Maestro, el Rasûlullah, había construido también en Qubâ durante su emigración a Medina. Cuando regresaba de Tabûk con sus Compañeros, los

hipócritas se habían presentado ante él diciendo: “¡Oh Rasûlullah! Hemos construido una mezquita nueva. ¿Querrías honrarla y dirigir nuestra oración ritual?” Al estar en una expedición militar, el Maestro de los mundos había contestado diciendo que quizás la visitase al regresar de Tabûk.

Lo que querían los hipócritas era dividir a la comunidad musulmana, utilizar la mezquita para sus propios objetivos, causar la disensión y enfrentarlos unos a otros. Estaban incluso dispuestos a invitar a los soldados bizantinos a Medina para luego ayudarlos con armas ocultas en esa mezquita. Si conseguían que nuestro Maestro, el Profeta, rezase en ella la oración ritual, daría la impresión de que la mezquita Dirâr era un lugar sagrado. Entonces los musulmanes competirían entre sí para rezar en ese lugar y, supuestamente, caerían en la trampa de los hipócritas.

Nuestro Maestro, Sarwar-î âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había aceptado la invitación de los hipócritas con respecto a rezar en ese lugar. Pero Allahu ta’âlâ hizo descender las âyats 107 y 108 de la Sûra-ut-Tawba en las que se desvelaba la cuestión. Entonces, el Maestro de los mundos ordenó a Mâlik bin Duhshum y Âsim bin Adiyy: **“¡Ir a esa mezquita de los crueles! ¡Destruirla y quemarla!”** Fueron entre las oraciones de después de la puesta del sol y de la noche. Prendieron fuego al edificio y lo destruyeron. Los hipócritas no pudieron decir cosa alguna.

Al enterarse que nuestro Maestro, el Profeta, y sus gloriosos Compañeros estaban de camino, la gente de Medina se reunió de inmediato y salió a recibirlos.

Dos meses después del regreso de nuestro amado Profeta de la expedición de Tabûk, fallecía el líder de los hipócritas, Abdullah bin Ubayy. Poco tiempo después, la unidad de los hipócritas se rompía y se dispersaban. Al final, no solo los hipócritas sino también los politeístas y los judíos de Arabia habían quedado descartados y sus movimientos de oposición y animosidad contra el Islam habían terminado.

EL HAŶŶ (PEREGRINACIÓN) DE LA DESPEDIDA

El Haŷŷ, uno de los cinco pilares fundamentales del Islam, fue ordenado en el año noveno de la Hégira. En la âyat-i karîma que ha descendido se declara: **“En ella** (en la Kâ’ba) **hay signos claros: la estación de Ibrâhim. Quien entre en ella estará a salvo de ser atacado. Es uno de los derechos que Allahu ta’âlâ tiene sobre la gente, uno de Sus mandatos, que los que encuentren la forma de hacerlo** (los que tengan medios para ello) **cumplan con el haŷŷ** (y visiten) **esa Bayt. Y quien niegue este fard** (debe saber que) **ciertamente, Allahu ta’âlâ no necesita a ninguna de sus criaturas”.** (Sûra Âl-i Imrân: 97).

Nuestro Maestro, Fajr-i Âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dio a conocer a sus Compañeros este mandato de Allahu ta’âlâ. Ese año nombró a Hadrat Abû Bakr jefe de un grupo de trescientos peregrinos que partió hacia Mecca. Entretanto, descendieron los primeros versículos de la Sûra Barâa. En ellos se especifican algunas sentencias sobre los pactos y tratados. Nuestro amado Profeta envió a Mecca a Hadrat Ali para darlos a conocer.

En aquella época, según una costumbre entre los árabes, si se hacía o rompía un pacto se informaba a cada una de las partes que lo habían suscrito o a uno de sus familiares. Nuestro Maestro, el Profeta, envió a Hadrat Ali con esta misión después de que hubiese partido el grupo para hacer el Haŷŷ. Hadrat Ali alcanzó el grupo y entraron juntos en Mecca.

Hadrat Abû Bakr dio un sermón y habló sobre el Haŷŷ. Los Ashâb-i kirâm lo hicieron según las normas que se les habían enseñado. Mientras se hacían los actos de adoración del Haŷŷ, Hadrat Ali dio un sermón en un lugar llamado Ŷamra-i Aqaba, en Mina. Su alocución decía lo siguiente:

“¡Oh gente! El Rasûlullah me ha enviado a vosotros”. Luego recitó la primera âyat-i karîma de la Sûra Barâa. Tras ello dijo: “Se me ha encargado que os diga cuatro cosas que son las siguientes”:

1- Solo podrán entrar en el Paraíso los musulmanes.

2- Después de este año, ningún politeísta podrá acercarse a la Kâ’ba.

3- Nadie podrá circunvalar la Kâ’ba desnudo. (En esa época, los politeístas circunvalaban la Kâ’ba desnudos).

4- Quien haya hecho un acuerdo con el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, será válido hasta que se cumpla su plazo. A todos los demás pactos se les da cuatro meses. Pasado ese tiempo, no habrá seguridad o protección garantizada para ningún politeísta.

A partir de ese día, ningún politeísta se acercó a la Kâ’ba ni nadie hizo el tawâf desnudo. Tras el anuncio de estas disposiciones, la mayoría de los politeístas se hicieron musulmanes. Una vez terminada el Haŷŷ, Hadrat Abû Bakr, Hadrat Ali y los Ashâb-i kirâm que estaban con ellos regresaron a Medina.

En el décimo año de la Hégira el Islam se había propagado por toda la Península de Arabia. La gente de todos los rincones de Arabia iba a Medina compitiendo entre sí para tener el honor de hacerse musulmanes y obtener la bienaventuranza eterna. En Arabia ya no quedaba poder alguno que pudiese confrontar a los musulmanes. Solo quedaban unas pocas tribus judías y cristianas que no habían abrazado el Islam.

En el año décimo de la Hégira, nuestro amado Profeta envió a Hadrat Jâlid bin Walîd con cuatrocientos muŷâhids a los Banî Hâris bin Ka’b, en los alrededores del Yemen, para invitarlos al Islam. Cumpliendo la orden de nuestro Maestro, el Rasûlullah, Hadrat Jâlid bin Walîd invitó al Islam a esta tribu durante tres días consecutivos. Al final, aceptaron la invitación y se hicieron musulmanes. En ese mismo año, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallahu ’alaihi wa sallam, firmó un tratado de paz con los cristianos de Naŷrân. Con el paso del tiempo, algunos se hicieron musulmanes. Ese año fue enviado Hadrat Ali, con trescientos hombres de los Ashâb-i kirâm, para invitar al Islam a la tribu Madlaŷ del Yemen. Al principio se negaron, pero luego aceptaron. También en ese año nuestro Maestro, el Profeta, envió gobernadores y recaudadores autorizados (âmil, sâi) para recaudar el zakât en todos los territorios donde se había propagado el Islam.

En el año décimo de la Hégira, nuestro Maestro, el Profeta, sallallahu ’alaihi wa sallam, se preparó para hacer el Haŷŷ y ordenó a todos los musulmanes de Medina que se prepararan para hacerlo. También avisó a los que vivían en los alrededores de Medina. El resultado fue que se reunieron en esta ciudad miles de musulmanes. Terminados los preparativos, nuestro amado Profeta salió de Medina acompañado de cuarenta mil personas. Partieron después de

la oración del mediodía el día 25 del mes de Zilka'da. Nuestro Maestro, Sarwar-i kâinât, suplicó: **"¡Oh Allah! Haz que este sea para mí un Haŷŷ aceptado en el que no haya alarde ni fama".** Se puso el ihrâm (el ihrâm consiste de dos trozos de tejido blancos, como toallas de baño, que no tienen costura alguna; una se pone alrededor del cuerpo por debajo de la cintura y la otra alrededor de los hombros). Siguiendo las órdenes de Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, empezó a decir la talbiya en voz alta. Cuando se le unieron los Ashâb-i kirâm, cielos y tierra retumbaban con el sonido de "¡Labbayk! ¡Allahumma Labbayk! ¡Labbayk! ¡Lâ sharîka laka labbayk! ¡Innal hamda wanni'mata laka wal mulka lâ sharîkalak!" Nuestro amado Profeta llevaba cien camellos para ser sacrificados. Tras un viaje de diez días, llegaron a Mecca el día cuarto del mes de Zilhiŷŷa. Al unírseles los que venían del Yemen y otros lugares, el número de musulmanes para hacer el Haŷŷ sobrepasaba los ciento veinticuatro mil. Nuestro amado Profeta fue a Mina el día 8 de Zilhiŷŷa y a Arafat el día 9. En medio del valle de Arafat, por la tarde, subido en su camella Quswâ, pronunció su Sermón de la Despedida y se despidió de los Ashâb-i kirâm.

EL JUTBA DE LA DESPEDIDA

¡Oh Gente! ¡Prestad mucha atención a mis palabras! No sé si, después de este año, volveré a estar con todos vosotros una vez más.

¡Oh Gente! Estos días son sagrados, estos meses son sagrados y vuestra ciudad (Mecca) es sagrada; y vuestras vidas, vuestros bienes y vuestro honor también son sagrados. Han sido protegidos ante cualquier tipo de ataque.

¡Oh mis Ashâb! En un futuro cercano llegaréis ante vuestro Rabb y seréis preguntados sobre vuestra conducta y actitud. ¡Tener cuidado! ¡Después de mí no volváis a vuestras herejías del pasado ni os decapitéis unos a otros! ¡Y que los que estén aquí presentes informen de mis deseos a los que no están! Es muy posible que quien sea informado de mi voluntad la comprenda y proteja mejor que quien hoy no está aquí.

¡Oh mis Ashâb! ¡Que todos a los que se les ha confiado alguna cosa la devuelvan a su dueño! Han sido prohibidos todos los tipos de interés (usura). Están bajo mi pie. No obstante, el

principal de las deudas debe ser pagado. No atormentéis ni seáis atormentados. Por el mandato de Allahu ta'âlâ, la usura está prohibida desde ahora en adelante. Todo tipo de esta horrible costumbre, que ha sido heredada de los días de la ignorancia y el olvido, está bajo mi pie. El interés que he abolido en primer lugar, ha sido el de (mi tío) Abbâs, hijo de Abdulmuttalib.

¡Oh mis Ashâb! Todas las vendettas que surgieron en los días de la ignorancia y el olvido también han sido prohibidas por completo. La primera vendetta que he prohibido ha sido la de Rabîa (el hijo de mi tío), que es el nieto de Abdulmuttalib.

¡Oh Gente! Alterar los meses en los que está prohibido combatir, para así poder hacerlo, es una infidelidad extrema. Esto es lo que propició que los incrédulos cayeran en la herejía. Llegaban a considerar que el mes de un año que aceptaban como permitido al año siguiente era prohibido. Lo hacían para intentar cumplir el número de meses que Ŷanâb-i Haqq ha decretado permitidos y prohibidos. Permiten lo que Allahu ta'âlâ ha prohibido y prohíben lo que Allahu ta'âlâ ha permitido.

No cabe duda de que el tiempo ha vuelto a ser conforme a la forma y normativa del día que Allahu ta'âlâ lo había creado.

¡Oh Gente! Hoy el shaytán ha perdido para siempre el poder de restablecer su dominio y sus efectos en vuestros territorios. No obstante, si os avenís con él en cuestiones que consideráis de poca importancia, diferentes a las que yo he prohibido, esos actos vuestros harán que él esté complacido. ¡A fin de proteger vuestra religión, tener cuidado con eso!

¡Oh Gente! Os aconsejo que respetéis los derechos de las mujeres y que, en esta cuestión, temáis a Allahu ta'âlâ. Habéis aceptado a las mujeres como una concesión de Allahu ta'âlâ; habéis conseguido su honor y castidad; esto se os ha permitido al dar una promesa en el nombre de Allahu ta'âlâ. Vosotros tenéis derechos con respecto a las mujeres y ellas tienen derechos sobre vosotros. El derecho que tenéis sobre ellas es no permitir que la gente que no goza de vuestra aprobación perturbe vuestra privacidad familiar. Si permiten que entre en vuestros hogares alguien que no aceptáis, podéis impedírselo amonestándolas y con un

castigo físico ligero. El derecho que las mujeres tienen sobre vosotros es proporcionarles comida y alimentos a través de los medios permitidos.

¡Oh Mu'mins (creyentes que temen a Allahu ta'âlâ)! Os dejo un legado tal que, siempre que lo cumpláis con firmeza, no permitirá que os extraviéis. Este legado es el Libro de Allahu ta'âlâ, el Qur'ân al-karîm. (En otras transmisiones se ha narrado que dijo "Mi Sunnat" y "Mi Ahl-i Bayt").

¡Oh Mu'mins! ¡Prestar mucha atención a mis palabras y atesorarlas con sumo cuidado! El musulmán es hermano de otro musulmán, es decir, todos los musulmanes son hermanos. No está permitido vulnerar los derechos de tu hermano en la religión a no ser que os dé permiso.

¡Oh mis Ashâb! No atormentéis a vuestro nafs (a ti mismo). Tú también tienes derechos con respecto a ti mismo.

¡Oh Gente! Allahu ta'âlâ ha dado (en el Qur'ân al-karîm) el derecho a quien tiene derecho. No es necesario dejar en herencia. El niño pertenece a aquél de cuya cama ha nacido. Para el adúltero hay privación absoluta. ¡Que incurra en la ira de Allah ta'âlâ, sea maldecido por los ángeles y por todos los musulmanes el bastardo que pretende tener ancestros distintos a su padre o el ingrato que asume entrar al servicio de otro que no es su amo! Ŷanâb-i Haqq no acepta el arrepentimiento ni el testimonio de esa gente.

¡Oh Gente! Vuestro Rabb es uno. Vuestro padre también es uno. Todos sois los hijos de Âdam, 'alaihis-salâm. En lo que respecta a Âdam, 'alaihis-salâm, fue creado a partir de arcilla. A ojos de Allahu ta'âlâ, los mejores de vosotros son lo que tienen taqwâ (temor de Allahu ta'âlâ, evitar lo haram). El árabe no es superior al no árabe. La supremacía depende solo de la taqwâ.

¡Oh Gente! Cuando en la Otra Vida se os pregunte por mí, ¿qué diréis? Los Ashâb-i kirâm contestaron: "Daremos testimonio de que nos has comunicado la religión de Allahu ta'âlâ, de que cumpliste tu misión, de que nos aconsejaste y nos diste tu legado".

En ese momento, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, Alzó su dedo índice bendecido y señalando hacia la gente congregada dijo: “¡Oh mi Rabb, sé testigo! ¡Oh mi Rabb, sé testigo! ¡Oh mi Rabb, sé testigo!”

El día en el que nuestro amado Profeta pronunció su jutba de la despedida, se reveló la tercera âyat-i karîma de la Sûra Mâida que declara: **“En este día os he perfeccionado vuestra religión. He culminado Mi favor sobre vosotros y he aceptado daros el Islam como religión”.** Cuando nuestro Maestro, el Profeta, recitó esta âyat-i karîma a sus Compañeros, Hadrat Abû Bakr empezó a llorar. Cuando los Ashâb-i kirâm le preguntaron por qué lo hacía, dijo: “Esta âyat-i karîma indica que se acerca el momento de la partida del Rasûlullah. Por eso estoy llorando”.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, permaneció diez días en Mecca, hizo el Haŷŷ de la Despedida y, tras hacer el Tawâf de la Despedida, regresó a Medina. Una vez completado el Haŷŷ de la Despedida, los Ashâb-i kirâm regresaron al lugar de donde habían venido y transmitieron a la gente lo que el Rasûlullah había aconsejado y ordenado.

Otro acontecimiento que tuvo lugar en el año noveno de la Hégira fue la aparición de mentirosos que declaraban ser profetas. Uno de ellos fue Aswad-i Ansî que apareció en el Yemen. Por orden de nuestro amado Profeta, fue matado por los musulmanes del Yemen en su propia casa. (El otro fue Musailama-ul Qadhdhâb. Tras la muerte de nuestro Maestro, el Profeta, Hadrat Abû Bakr envió un ejército a las órdenes de Jâlid bin Walîd. Musailama fue matado por Wahshi, radiyallahu anhu).

Él prefería la pobreza a la riqueza, y estaba orgulloso de ello.
Él, esa fuente de generosidad que amparaba a los desvalidos.

Él remendaba sus ropas e incluso se ponía almadreñas.
Él, esa fuente de generosidad que visitaba a los enfermos y los curaba.

Él servía a su familia en persona.
Él, esa fuente de generosidad que hacía fáciles todas las dificultades.

Si era invitado a una comida de solo lentejas y pan de cebada,

Esa fuente de generosidad aceptaba ser un invitado.

A veces montaba en camello o a caballo, a veces en mula o en asno.

En otras ocasiones esa fuente de generosidad simplemente caminaba.

SU MUERTE

Era el año undécimo de la Hégira. Cuando Ŷabrâil, ʼalaihis-salâm, vino ese año, recitó a nuestro amado Profeta el Qur'ân al-karîm dos veces, desde el principio hasta el final. En los años anteriores solo lo había hecho una vez al año. Cuando nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, oyó a Ŷabrâil, ʼalaihis-salâm, recitar la Sûra Nasr del Qur'ân al-karîm que dice: **"¡Cuando llegue la victoria de Allahu ta'âlâ y la conquista y veas a la gente entrar en grupos en la religión de Allahu ta'âlâ** (Islam)**, alaba a tu Rabb y pídele Su perdón! Puesto que Él siempre acepta a quien a Él se vuelve** (con Su gracia y misericordia)**",** dijo: **"¡Oh Ŷabrâil! Tengo la impresión que se acerca mi partida".** Entonces Ŷabrâil, ʼalaihis-salâm, recitó las âyat-i karîma que dicen: **"Para ti la Otra Vida tienes más bendiciones que este mundo. Tu Rabb te dará lo que desees hasta que digas que estás satisfecho".** (Sûra Duhâ: 4, 5).

Nuestro amado Profeta pidió a todos sus Compañeros que estuviesen ese día en Medina, que fueran a la masŷid a la hora de la oración del mediodía. Una vez dirigida la oración, nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, dio un jutba (sermón). Fue un jutba tal que hizo estremecer los corazones y derramar lágrimas a los presentes. Luego dijo: **"¡Oh Gente! ¿Qué pensáis de mi como vuestro Profeta?"** Los presentes contestaron diciendo: "¡Oh Rasûlullah! En lo que a nosotros respecta pedimos a Allahu ta'âlâ que te dé muchas bendiciones. Has sido un padre y un hermano compasivo que siempre nos ha aconsejado. Has cumplido la misión profética que Allahu ta'âlâ te había encomendado. Has transmitido lo que te ha sido revelado. Has invitado al camino de tu Rabb, al Islam con buenos consejos. Pedimos que Allahu ta'âlâ te dé por todo ello la más hermosa y elevada recompensa".

A continuación nuestro amado Profeta dijo: **"¡O Mu'mins! En el nombre de Allah… Que todo aquel que tenga algún derecho sobre mí, venga y lo consiga antes de la Otra Vida".** No obstante, no hubo nadie que reclamase derecho alguno. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, lo

repitió una segunda y una tercera vez diciendo: **“Venid y conseguid vuestros derechos”.** En ese momento se levantó un hombre muy anciano de los Ashâb-i kirâm llamado Uqâsha. Se acercó al Rasûlullah y dijo: “¡Oh Rasûlullah, que mis padres sean sacrificados en tu nombre! Yo estaba contigo en la Batalla Sagrada de Tabûk. Cuando nos fuimos de ese lugar, nuestros camellos iban uno junto al otro. Yo desmonté del mío y me acerqué a ti. Mi objetivo era besar tu cuerpo bendecido, pero me golpeaste la espalda con tu látigo. Y aún no sé por qué lo hiciste”.

Entonces nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Oh Uqâsha! Que Allahu ta’âlâ te proteja de ser golpeado con un látigo por Su Mensajero sin haber motivo alguno”.** Y luego ordenó: **“¡Oh Bilâl! Ve a la casa de mi hija Fâtima y tráeme ese látigo”.** Hadrat Bilâl salió de la masŷid. Se llevó las manos a la cabeza pensando asombrado: “El Rasûlullah va a permitir que se ejerza contra él una represalia”. Cuando llegó a la casa llamó a la puerta y dijo: “¡Oh hija del Rasûlullah! ¡Dame su látigo por favor!” A lo que nuestra madre Hadrat Fâtima dijo: “¡Oh Bilâl! ¡No hay guerra santa ni estamos en la época de la peregrinación! ¿Qué va a hacer mi padre con el látigo?” Hadrat Bilâl contestó: “¡Oh Fâtima! ¿Acaso no lo sabes? ¡Es para ejercer una represalia contra el Rasûlullah!”

Nuestra madre Fâtima amonestó con firmeza a Hadrat Bilâl diciendo: “¡Oh Bilâl! ¿Quién puede permitirse satisfacer su derecho tomando represalias contra el Rasûlullah? Pero como él lo ha pedido, te lo daré. No obstante, diles a Hasan y Husayn que permitan a esa persona que ejerza contra ellos el derecho a la represalia. Que no permitan que se ejerza contra el Rasûlullah”. Hadrat Bilâl regresó a la masŷid y entregó el látigo a nuestro Maestro, el Rasûlullah, quien a su vez se lo dio a Hadrat Uqâsha.

Cuando Hadrat Abû Bakr y Hadrat ’Umar vieron esta escena, suplicaron: “¡Oh Uqâsha! Ya que estamos aquí presentes, ejerce tu derecho sobre nosotros. Por favor, no lo apliques contra el Rasûlullah!” Pero nuestro Maestro, el Profeta, dijo a Abû Bakr: **“¡Oh Abû Bakr! Déjalo estar y apártate. ¡Oh ’Umar! Tú también ponte a un lado. Allahu ta’âlâ conoce lo elevado de vuestros rangos”.** Entonces Hadrat Ali se levantó y dijo: “¡Oh Uqâsha! No consiento que azotes al Rasûlullah. Aquí están mi espalda y mi torso. Ven y ejerce tu derecho sobre mí. ¡Si

quieres, azótame cien veces, pero no toques al Rasûlullah!” No obstante, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Oh Ali! Siéntate tú también. Allahu ta’âlâ también conoce tu situación y tu rango elevado”.** Esta vez se levantaron Hadrat Hasan y Husayn que dijeron: “¡Oh Uqâsha! Tú también sabes de sobra que somos los nietos del Rasûlullah. En consecuencia, la represalia que se nos aplique equivale a la represalia contra el Rasûlullah. ¡Ejerce tu derecho sobre nosotros y por favor no azotes al Rasûlullah!” Nuestro Maestro, el Rasûlullah, les dijo: **“Sentaros vosotros también, oh alegría de mis ojos”.** Y luego dijo: **“¡Oh Uqâsha! ¡Ven y azótame!”**

Y cuando Uqâsha dijo: “¡Oh Rasûlullah! Cuando me diste con el látigo yo tenía la espalda al descubierto”, nuestro amado Profeta descubrió su espalda bendecida. En ese momento se pudo oír cómo sollozaban los Ashâb-i kirâm que dijeron a Uqâsha: “¡Oh Uqâsha! ¿Vas a azotar la espalda bendecida del Rasûlullah?” Todo el mundo estaba esperando entristecido. Cuando Hadrat Uqâsha vio el Sello de la Profecía en la espalda bendecida de nuestro Maestro, el Rasûlullah, lo besó de repente diciendo: “¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! ¿Quién podría armarse de valor y atreverse a azotar tu espalda bendecida para satisfacer su derecho?” No obstante, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“No, no; azótame o perdóname”** Y entonces Hadrat Uqâsha dijo: “¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! Te he perdonado. Me pregunto si Allahu ta’âlâ, a cambio, me perdonará a mí el Día de la Resurrección”.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“El que quiera ver a mi amigo en el Cielo, debe fijarse en este anciano”.** Los Ashâb-i kirâm que oyeron estas palabras bendecidas de nuestro Maestro, el Rasûlullah, empezaron a besar a Hadrat Uqâsha entre sus dos ojos. Todos decían: “¡Qué afortunado eres! “¡Qué afortunado eres! ¡Oh Uqâsha! Al poder ser el compañero del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, has alcanzado rangos elevados en el Paraíso”.

En los últimos días del mes de Safar, el Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaba pensando invitar otra vez al Islam a los bizantinos del norte (romanos de oriente) antes de que se convirtieran en una amenaza para los musulmanes. En el caso de no aceptar la invitación, quería combatirlos y someterlos al gobierno del Estado Islámico. En consecuencia,

ordenó a sus heroicos Compañeros que se preparasen para luchar contra los bizantinos. Los Ashâb-i kirâm se dispersaron para hacer los preparativos. Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, llamó a Hadrat Usâma bin Zayd y le dijo: **“¡Oh Usâma! Ve en el nombre y con la bendición de Allahu ta’âlâ a Damasco, la frontera Balqâ, Darum en Palestina hasta llegar al lugar donde tu padre murió mártir. Hacer que vuestros caballos pisoteen esos territorios. Te he nombrado jefe absoluto de este ejército. Avanza de inmediato hacia los Ubnâls y atácalos como el rayo. Llega a tu destino con una rapidez tal que no puedan recibir noticias vuestras antes de que lleguéis. Llevar guías con vosotros que sirvan de espías y de avanzadilla. Si Allahu ta’âlâ te concede la victoria, quédate entre ellos durante un periodo de tiempo no muy largo”.** Luego le ordenó establecer el campamento en Ŷurf, preparó el estandarte con sus manos bendecidas y se lo entregó.

Nuestro Profeta se subió al minbar de la masŷid y dijo: **“¡Oh mis Compañeros! En el pasado Zayd, el padre de Usâma, mereció tener el liderazgo porque era el más amado para mí; del mismo modo, su hijo también se lo merece después de él. Usâma es una de las personas que más amo”.**

A las órdenes de Hadrat Usâma y entre los que iban a la guerra, había Compañeros tan distinguidos como Hadrat Abû Bakr, Hadrat ’Umar, Hadrat Abû Ubayda bin Ŷarrah y Hadrat Sa’d bin Abî Waqqâs.

No obstante, al enfermar al día siguiente el Sultán del universo, la partida del ejército se pospuso hasta después de lo que sería la muerte de nuestro Maestro, el Profeta. Nuestro amado Profeta tenía la malaria. La fiebre aumentaba de forma constante y la enfermedad se agravaba. Una noche en la que habían disminuido sus dolores, se levantó de la cama, se vistió y preparó para salir. Cuando lo vio nuestra madre Hadrat Âisha, preguntó a nuestro Profeta: “¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre! ¿Dónde vas?” Nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, respondió: **“He recibido la orden de pedir perdón por los que están enterrados en el Cementerio Baqî. Por eso voy hacía allí”.** Fue acompañado por Abû Muwayhib y Abû Râfi. Una vez en el cementerio estuvo haciendo súplicas durante mucho tiempo, pidiendo perdón a Allahu ta’âlâ por los que estaban allí enterrados. Cuando los Compañeros que estaban con el

Rasûlullah oyeron las súplicas insistentes de nuestro Maestro, el Profeta, dijeron: “¡Ojalá fuéramos nosotros los enterrados aquí para ser honrados con las súplicas de nuestro Maestro, el Profeta!” En ese momento, nuestro amado Profeta se volvió hacia Abû Muwayhib y dijo: **“¡Oh Abû Muwayhib! Se me ha ofrecido elegir con libertad entre los tesoros de este mundo y las bendiciones de la Otra Vida. Y se me dijo: ‘Si así lo deseas, puedes permanecer en este mundo e ir luego al Paraíso o tener el Liqâullah** (encuentro con Allahu ta’âlâ) **y luego entrar en el Paraíso. Yo elegí esto último”.**

Otro día fue a suplicar perdón por los mártires enterrados en Uhud. Y de nuevo pasó mucho tiempo invocando y suplicando a Allahu ta’âlâ por esos mártires. Luego fue a la masŷid y dijo a sus Compañeros: **“De entre todos nosotros, yo seré el primero en llegar al Estanque del Kawzar para luego encontrarme con vosotros en ese lugar. Allí será donde nos encontraremos… No me preocupa la posibilidad de que volváis al politeísmo cuando yo ya no esté; no obstante, lo que sí me preocupa es que seáis presa de los deseos mundanos, envidiándoos y matándoos unos a otros por su causa tal y como hicieron vuestros predecesores”.** Tras estas palabras, regresó a su hogar.

Su enfermedad se agravó aún más. Sus benditas esposas le dijeron que sería mejor que permaneciese en la casa de nuestra madre Hadrat Âisha declarando que para ello renunciaban a sus derechos conyugales. Nuestro Profeta se alegró ante tal muestra de consideración por parte de sus benditas esposas y pidió por todas ellas; a partir de ese momento pasó sus últimos días en la casa de nuestra madre Hadrat Âisha.

La fiebre de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había aumentado de forma alarmante y las molestias producidas por la misma hacían que nuestro Profeta estuviese en la cama muy agitado. Estando en esta condición, los Compañeros le visitaban y se entristecían sobremanera al ver su sufrimiento. Abû Sa’îd-i Judrî narra lo siguiente: “Había ido a visitar al Rasûlullah. Estaba cubierto con un tejido de terciopelo. El calor de la fiebre podía sentirse a través del tejido y ni siquiera podíamos tocarlo. Al ver nuestra pena y nuestro asombro, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: ‘**Las aflicciones más duras son las que padecen**

los profetas. Y sin embargo, se alegran más por estas aflicciones que por las benevolencias'".

Ummu Bishr bin Barâ relató: "Había ido a visitar al Rasûlullah. Su cuerpo bendecido estaba tan caliente que parecía estar ardiendo. Entonces dije: '¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! ¡Nunca he visto un enfermedad tan devastadora!' Y entonces dijo él: **'¡Oh Ummu Bishr! La intensidad de la fiebre es para aumentar mis zawâb** (recompensas)**. El daño que sufro se debe a la carne envenenada que probé en Jaybar. He estado sufriendo ese dolor todo el tiempo. Por culpa del veneno que tomé, mi aorta no funciona bien ahora'**".

Nuestro amado Profeta dijo a Hadrat Abdullah bin Mas'ud: **"¡Cuando un musulmán cae enfermo, sus errores y transgresiones son perdonados por Allahu ta'âlâ y desparecen como el árbol se despoja de sus hojas!"**

Con el paso del tiempo la enfermedad se agravaba. Los Ashâb-i kirâm estaban muy apenados y no podían encontrar descanso en sus hogares. Se reunieron en la masŷid. Con el fin de obtener información sobre el estado de nuestro Maestro, el Profeta, enviaron a su casa a Hadrat Ali. Cuando lo vio, el Maestro de los mundos, valiéndose de señas, preguntó: **"¿Qué están diciendo mis Compañeros?"**

Hadrat Ali dijo: "¡Están nerviosos y apenados porque temen que el Rasûlullah nos va a abandonar!" Entonces nuestro amado Profeta, que tanto se compadecía por sus Compañeros, se levantó aguantando los sufrimientos de su enfermedad y fue a la masŷid apoyándose en Hadrat Ali y Hadrat Fadl bin Abbâs. Subió al minbar y tras alabar a Allahu ta'âlâ, dijo a los Ashâb-i kirâm: **"¡Oh mis Ashâb! Me he enterado de que estáis preocupados por mi muerte. ¿Se ha quedado algún profeta con su umma para siempre de forma que vosotros esperáis que me quede con vosotros durante toda la eternidad? Debe quedar claro que voy a reunirme con mi Rabb** (Allah)**. Os aconsejo que respetéis a los más nobles de los Muhâŷirs. ¡Oh Muhâŷirs! El consejo que os doy es el siguiente: ¡Sed buenos con los Ansâr! Ellos han sido buenos con vosotros. Os dieron cobijo en sus hogares y por muchas dificultades que tuviesen a la hora de procurarse el sustento, os han preferido antes que a sí mismos. Han compartido sus bienes y propiedades con vosotros. Si alguno de vosotros los tiene a sus**

órdenes, cuidadlos y perdonad sus errores". Luego siguió dándoles consejos hermosos y útiles diciendo: **"Allâhu ta'âlâ ha otorgado a un esclavo Suyo la posibilidad de elegir entre quedarse en este mundo o encontrarse con su Rabb. Su esclavo ha preferido el encuentro con su Rabb".** Esta declaración demostraba que iba a fallecer pronto. Abû Bakr as-Siddîq, radiy-Allâhu anh, comprendió su significado y llorando dijo: "¡Que nuestras vidas sean sacrificadas en tu nombre, oh Mensajero de Allah!" Rasûl-i akram, sallallâhu alaihi wa sallam, dijo: **"No llores oh Abâ Bakr"** indicándole que debía ser paciente y soportarlo. Mientras las lágrimas caían de sus ojos bendecidos, dijo: **"¡Oh mis Ashâb! Yo estoy complacido con Abû Bakr que sacrificó sus bienes de forma sincera y con ijlâs en nombre del Din-i Islam. Si fuese posible elegir un amigo para el camino hacia el otro mundo, yo lo habría elegido a él".** Luego ordenó que, a excepción de Abû Bakr, radiy-Allâhu anh, los sahâbî cuyas puertas daban a la Masŷîd-i sharîf debían cerrarlas.

Luego se bajó del minbar y regresó a los aposentos de nuestra madre Hadrat Âisha. Los Ashâb-i kirâm empezaron a llorar. Acto seguido, y apoyándose de nuevo en Hadrat Ali y Hadrat Fadl bin Abbâs, nuestro Maestro, el Profeta, volvió de nuevo a la masŷid y se dirigió a los Ashâb-i kirâm poniéndose de pie en el escalón más bajo del minbar:

"¡Oh Muhâŷirs, oh Ansâr! Cuando ya se sabe la hora de algo, de nada sirve apresurarse para conseguirlo. Allahu ta'âlâ no tiene prisa en lo que respecta a Sus esclavos. Si una persona intenta cambiar el qadar (destino) **de Allahu ta'âlâ y dominar Su Voluntad, Él lo someterá con Su ira y lo llevará a la ruina. Si una persona trata de engañar a Allahu ta'âlâ, se engañará a sí mismo y perderá el control de sus asuntos. Debe saberse que yo tengo compasión y misericordia con vosotros. Conseguiréis la bendición de encontraros de nuevo conmigo. El lugar de este encuentro será junto al estanque que se llama Kawzar. El que desee entrar en el Paraíso y gozar de la bendición de mi compañía, que no hable de cosas vanas. ¡Oh Musulmanes! La incredulidad y las transgresiones alteran las bendiciones y disminuyen el sustento. Si un pueblo obedece las órdenes de Allahu ta'âlâ, tendrá gobernantes, jefes y dirigentes misericordiosos y benévolos. Si son perversos, indecentes, desmesurados y transgresores, no tendrán dirigentes misericordiosos. Del mismo modo que mi vida os ha sido útil, mi muerte también os traerá compasión y benevolencia. Si he insultado o**

maltratado de forma injusta a alguno de vosotros, estoy dispuesto a que esa persona ejerza el derecho a tomar represalias. Si me apoderé injustamente de los bienes de alguien, estoy dispuesto a que exija su devolución, a devolverle sus derechos. El castigo en este mundo es mucho menor que el que se sufrirá en la Otra Vida. Es más fácil de aguantar”. Lo mismo que había expresado su complacencia con Hadrat Abû Bakr en ocasiones anteriores, esta vez habló de su satisfacción con Hadrat ’Umar diciendo: **“’Umar está conmigo y yo estoy con él. Después de mí, la justicia estará con ’Umar”.**

Acabada la alocución, se bajó del minbar. Una vez hecha la oración ritual, se subió de nuevo al minbar, habló de su legado y últimas voluntades y dio más consejos. Al final dijo: **“Os confío a Allahu ta’âlâ”,** y fue a honrar sus aposentos con su bendita presencia.

Un día en el que sufría grandes dolores, el Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, quiso proteger los derechos de los Ashâb para poder ir a la Otra Vida habiendo defendido los derechos que otra gente tenía con respecto a él. Para ello llamó a Hadrat Bilâl-i Habashî y le ordenó: **“¡Llama a la gente! Reúnelos en la masŷid. ¡Quisiera declarar mi testamento y mis últimas voluntades!”**

Hadrat Bilâl reunió a todos los Ashâb en la masŷid. Apoyado en Hadrat Ali y Hadrat Fadl bin Abbâs, nuestro Maestro, el Profeta, llegó a la masŷid. Se sentó en el minbar, alabó a Allahu ta’âlâ y dijo: **“¡Oh mis Ashâb! Habéis de saber que se acerca la hora de mi muerte. Todo aquél que tenga algún derecho sobre mí que venga y lo exija. Que todos a los que amo obtengan sus derechos o los hagan halal con respecto a mí para que pueda llegar a mi Rabb y Su misericordia a salvo de todo ello”.** Luego se bajó del minbar y dirigió la oración del mediodía. Terminada esta, subió de nuevo al minbar y repitió lo que ya había dicho antes de la oración.

Tres días antes de la muerte de nuestro amado Profeta, su enfermedad se agravó. Ya no podía ir a la masŷid y dirigir la oración. La primera oración que no pudo hacer e grupo fue la oración de la noche. Como era la costumbre, al llegar la hora Hadrat Bilâl llegó a su puerta y dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡As-salât!” Pero nuestro amado Profeta estaba sin fuerzas para ir a la masŷid. Dijo: **“Dile a Abû Bakr que haga de imam y dirija la oración para mis Ashâb”.** Entonces nuestra

madre Hadrat Âisha dijo a nuestro Profeta: "¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! Mi padre es de corazón dulce y compungido. Si ocupa tu sitio y no te ve en el grupo, no podrá recitar y dirigir la oración porque estará llorando. ¿Te importaría que fuese 'Umar el que dirigiese la oración?" Nuestro Maestro, el Profeta, volvió a decir: **"Dile a Abû Bakr que haga de imam y dirija la oración para mis Ashâb".** Hadrat Bilâl informó a Hadrat Abû Bakr de lo que ocurría. Cuando Hadrat Abû Bakr no vio a nuestro Maestro, el Rasûlullah, en el mihrab (lugar de la mezquita que indica la dirección de la qibla y donde se sitúa el imam para dirigir la namâz en ŷamâ'at, esto es, congregación) se sintió anonadado y estuvo a punto de perder el sentido. ¡Lloró y lloró! Los Ashâb-i kirâm también empezaron a llorar. Cuando nuestro Maestro, el Habîbullah, preguntó a qué se debían los sollozos que se oían en la masŷid, nuestra madre Hadrat Fâtima dijo: "¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! Tus Compañeros están llorando porque no pueden soportar que no estés con ellos".

Nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, el océano de compasión, estaba muy apenado. A pesar de la gravedad de su enfermedad y con una dificultad extrema se levantó para consolar a sus Compañeros. Fue a la masŷid con la ayuda de Hadrat Ali y Hadrat Abbâs. Terminada la oración dijo: **"¡Oh mis Ashâb! ¡Estáis bajo la protección de Allahu ta'âlâ y os he encomendado a Allahu ta'âlâ! Seguid el camino de la piedad. Temed a Allahu ta'âlâ. Obedeced y cumplid las órdenes de Allahu ta'âlâ. Yo voy a dejar este mundo dentro de poco tiempo".**

Hadrat Abû Bakr hizo de imam para la oración de los Compañeros diecisiete veces. En una ocasión, estaba haciendo de imam en la oración del mediodía; en ese momento, el Maestro del universo sintió que su cuerpo bendecido no sufría tanto y fue a la masŷid con la ayuda de Hadrat Ali y Hadrat Abbâs. Hadrat Abû Bakr Siddîq se dio cuenta de que nuestro amado Profeta honraba con su presencia el lugar e intentó dar un paso hacia atrás para cederle el lugar. Pero nuestro Maestro le hizo señas para que no se moviera. Nuestro amado Profeta se puso a la izquierda de Hadrat Abû Bakr y dirigió la namâz haciendo de imam para sus Compañeros por última vez.

Tres días antes de que falleciera nuestro amado Profeta vino a visitarlo Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, y le dijo: "¡Oh Rasûlullah! Allahu ta'âlâ te envía Sus saludos. A pesar de que conoce tu estado, pregunta cómo te encuentras". El Maestro de los mundos dijo: **"¡Estoy triste!"**

El sábado el ángel Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, le visitó otra vez y le preguntó cómo estaba. Nuestro Maestro, el Profeta, le dio la misma respuesta. Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, le dio las buenas noticias de que Aswad-i Anasî, que se declaraba profeta en el Yemen, había sido matado. A su vez, el Rasûl-i akram, dio las buenas noticias a sus Ashâb. Dio un poco de oro, que le había llegado antes de su enfermedad, a los pobres y otro poco a Hadrat Âisha. El domingo el estado del Rasûlullah empeoró mucho. Vino a visitarlo Hadrat Usâma, que había sido nombrado jefe del ejército del Mensajero de Allah. Nuestro amado Profeta no le dijo nada, pero alzó sus brazos bendecidos y le acarició con gentileza, queriendo decir con ello que había pedido bendiciones por él.

Un lunes había sido el día en el que nuestro amado Profeta honró al mundo con su nacimiento, y un lunes fue el día en que murió. Era el día trece y último de su enfermedad. El lunes los Ashâb-i kirâm estaban en la masŷid-i sharîf haciendo la oración de la mañana detrás de Hadrat Abû Bakr as-Siddîq cuando nuestro Maestro, Hadrat Fajr-i 'Âlam entró en la masŷid. Al ver a su umma (Compañeros) rezando en filas, sonrió complacido. Logró ponerse detrás de Hadrat Abû Bakr e hizo la oración tras él. Cuando los Ashâb-i kirâm vieron al Rasûlullah en la masŷid pensaron que se había recuperado de su enfermedad y se alegraron mucho. Terminada la oración Rasûl-i akram, sallallâhu alaihi wa sallam, honró los aposentos de Hadrat Âisha con su presencia y se acostó en la cama. Luego dijo: **"Quiero llegar ante Allahu ta'âlâ sin dejar tras de mí bienes de este mundo. ¡Da todo el oro que tengas a los pobres!"** Poco tiempo después aumentó la fiebre. Tras unos instantes, abrió los ojos de nuevo y preguntó a Hadrat Âisha, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhâ wa 'an abîhâ, si había repartido el oro. Ella dijo que lo haría. Nuestro amado Profeta dijo una y otra vez que lo repartiera de inmediato. Cuando por fin se hizo, declaró: **"Ahora estoy tranquilo".**

Tras descansar acostado durante un rato, pidió que viniera Hadrat Ali. Cuando se sentó junto a él, nuestro amado Profeta puso la cabeza en su regazo. Su frente estaba llena de sudor y su

color bendecido había cambiado. Cuando nuestra madre Hadrat Fâtima vio a su bendito padre en ese estado, ni siquiera pudo mirarlo. Fue a ver a sus hijos Hadrat Hasan y Hadrat Husayn y, cogiéndolos de la mano, se puso a llorar diciendo: "¡Oh padre mío! ¿Quién va a cuidar a tu hija? ¿A quién encomiendas tus nietos Hasan y Husayn? ¡Oh padre mío! ¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre! ¿Cómo serán las cosas después de que te hayas ido? ¿A quién mirarán mis ojos?"

Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, oyó las conmovedoras palabras de su hija, abrió sus ojos bendecidos, la llamó a su lado y dijo: **"¡Oh mi Rabb! Dale paciencia".** Y cuando luego añadió: **"¡Oh Fâtima! ¡Oh luz de mis ojos! ¡Tu padre está al borde de la muerte!",** sus sollozos y lamentos aumentaron mucho más. Y cuando Hadrat Ali le dijo: "¡Oh Fâtima! ¡Tranquilízate por favor! ¡No entristezcas más al Rasûlullah", nuestro amado Profeta dijo: **"¡No aumentes su dolor, oh Ali! ¡Deja que llore por su padre!"** Y luego, cerrando los ojos, quedó inconsciente.

Cuando Hadrat Hasan llegó junto a su abuelo bendecido dijo entre sollozos: "¡Oh bendito abuelo mío! ¿Quién puede soportar que te vayas? ¿A quién vamos a confiar las miserias de nuestros corazones? ¿Quién va a hacer feliz a mi madre, mi padre y mi hermano cuando te hayas ido? ¿Dónde podrán encontrar tus esposas y Compañeros tan hermosa conducta?" Las esposas bendecidas de nuestro Maestro, el Profeta, no pudieron soportarlo más y todas empezaron a llorar.

Cuando los Compañeros, que esperaban desolados en el exterior, se enteraron que la enfermedad de nuestro Maestro, el Profeta, se había agravado de tal manera, sintieron un enorme dolor en sus corazones. Lloraban desconsolados y suplicaban: "¡Abrir la puerta por favor! ¡Dejarnos ver una vez más el rostro bendecido del Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam!" Cuando el amado de Allahu ta'âlâ, que había sido enviado como una misericordia para los mundos, oyó las súplicas de sus Compañeros, sintió compasión y dijo: **"¡Abrid la puerta!",** y entonces entraron los más nobles de los Ashâb.

Tras aconsejarles que tuviesen paciencia, nuestro amado Profeta dijo: **"¡Oh mis Ashâb! Vosotros sois los seres humanos más nobles y encumbrados. No importan quienes vengan**

después; vosotros entraréis en el Paraíso antes que cualquiera de ellos. Manteneos firmes en la defensa de la religión y hacer que el Qur'ân al-azîm sea vuestro imam (guía)**. No seáis negligentes con las órdenes de la religión".** Y luego dijo: **"¡Oh mi Rabb! ¿Lo he transmitido?"** y cerró sus ojos bendecidos. Su cara estaba bañada de sudor. Hadrat Ali hizo una seña para que salieran los Compañeros.

Cuando salieron, Hadrat Âisha se acercó a él y le pidió consejo. Nuestro amado Profeta le dijo: **"¡Oh Âisha! ¡Protégete sentándote en un rincón de tu casa!"** Y luego empezó a derramar lágrimas de sus ojos bendecidos. El Maestro de los mundos estaba llorando... Los corazones de los que estaban presentes estaban heridos y experimentaban una gran dificultad. Nuestra madre Hadrat Ummu Salama dijo: "¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! ¿Por qué lloras?" Dijo él: **"Estoy llorando porque espero que se tenga misericordia con mi comunidad".**

El sol se elevaba hacia su punto más elevado. La hora se acercaba... La cabeza bendecida de nuestro amado Profeta descansaba en el regazo de nuestra madre Hadrat Âisha. El Maestro de los mundos vivía sus últimos instantes y las palabras siguientes fueron pronunciadas por su boca bendecida: **"¡En nombre de la misericordia! ¡Portaos bien con los esclavos que están a vuestro servicio! Vestidlos y dadles de comer. Habladles con dulzura. El namâz; seguid haciendo vuestro namâz. ¡Temed a Allahu ta'âlâ en lo que respecta a vuestras esposas y esclavos! ¡Oh Allah! Perdóname. ¡Concédeme Tu misericordia! Haz que alcance el grado de Rafîq-i â'lâ!"** Las lágrimas y sollozos de nuestra madre Hadrat Fâtima afectaban los sentimientos de los demás. Nuestro amado Profeta hizo que se sentase junto a él y dijo: **"Hija mía, sé paciente y no llores porque los** (ángeles del) **Hamala-i Arsh lloran a causa de tu llanto".** Luego secó las lágrimas de nuestra madre Hadrat Fâtima, la consoló, pidió a Allahu ta'âlâ que le diera paciencia y le dijo: **"¡Oh hija mía! Mi alma está a punto de ser llevada. Di: 'Innâlillahi wa innâ ilaihi râŷî'ûn'. ¡Oh Fâtima! Cada tribulación tendrá su recompensa".** Entonces cerró sus ojos bendecidos unos instantes y luego dijo: **"Ya no habrá más tristeza ni aflicciones para tu padre porque está a punto de ser salvado del mundo perecedero y del lugar del sufrimiento".** Y luego dijo a Hadrat Ali: **"¡Oh Ali! Tengo algo que pertenece a Fulano, un judío que está bajo mi responsabilidad. Tuve que tomarlo para los preparativos**

de los soldados. No olvides pagar por ello. Paga mi deuda y serás el primero que te encuentres conmigo en el Estanque del Kawzar. Cuando yo me haya ido sufrirás mucho. Ten paciencia y elige la Otra Vida cuando los demás deseen este mundo".

Usâma, radiy-Allâhu 'anh, entró de nuevo en la habitación. El Mensajero de Allah dijo: **"¡Que Allahu ta'âlâ te ayude! Parte hacia la guerra".** Usâma se dirigió a su ejército y dio la orden de partir.

El Maestro de los mundos estaba casi sin aliento... La hora estaba cerca... Allahu ta'âlâ ordenó a Azrâil, 'alaihis-salâm: **"¡Preséntate ante Mi amado con tu aspecto más hermoso! Si él lo permite, toma su alma con dulzura y gentileza. ¡Pero si no lo permite, regresa de inmediato!"** Azrâil, 'alaihis-salâm, llegó a la puerta de la casa de nuestro amado Profeta con una forma humana de aspecto muy hermoso. Dijo: "¡As salâm alaykum, oh dueño de la casa de la profecía! ¿Me das permiso para entrar? ¡Que Allahu ta'âlâ tenga misericordia de ti!"

Al estar sentada al lado de nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, nuestra madre Hadrat Âisha dijo a Hadrat Fâtima: "Atiende a la persona que está en la puerta". Hadrat Fâtima fue a la puerta y dijo con voz muy triste: "El esclavo de Allahu ta'âlâ está ocupado con sus asuntos". Azrâil, 'alaihis-salâm, pidió permiso una vez más. Pero recibió la misma respuesta. Cuando repitió el saludo por tercera vez y dijo que necesitaba entrar, nuestro Maestro, el Profeta, se dio cuenta de su presencia y dijo: **"¡Oh Fâtima! ¿Quién está en la puerta?"**

Hadrat Fâtima contestó: "¡Oh Rasûlullah! Es alguien que pide permiso para entrar. Ya le he respondido un par de veces, pero a la tercera me he puesto a temblar". Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"¡Oh Fâtima! ¿Acaso no sabes quién es? Es Azrâil, el Ángel de la Muerte que pone fin a los placeres, dispersa las reuniones, hace viudas a las mujeres y huérfanos a los niños, destruye los hogares y prepara las tumbas. ¡Oh Azrâil, entra!"** En ese momento nuestra madre Hadrat Fâtima experimentó una angustia indescriptible y de su boca salieron estas palabras: "¡Oh Medina, has sido arruinada!"

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, cogió la mano de Hadrat Fâtima y la puso en su pecho bendecido. Luego cerró sus benditos ojos. Los que estaban presentes pensaron que su alma había partido. Nuestra madre Hadrat Fâtima no pudo soportarlo e, inclinándose hacia su oreja, dijo las siguientes palabras con el corazón angustiado: “¡Oh padre mío!” Al no obtener respuesta alguna añadió: “¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah! Abre tus ojos y dime algo, por favor”. Entonces el Maestro de los mundos abrió sus ojos bendecidos, secó las lágrimas de su hija y le susurró que iba a morir. Al oírlo, Hadrat Fâtima se puso a llorar. Nuestro Profeta le dijo: **“De mi Ahl-i Bayt, tú serás la primera en encontrarte conmigo** (en la Otra Vida)**”.** Ella se alegró con las buenas noticias y sintió cierto consuelo.

Nuestra madre Hadrat Fâtima preguntó: “¡Oh padre mío! Si este es el día de la separación, ¿cuándo te veré otra vez?” Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“¡Oh hija mía! En el Día del Juicio me encontrarás cerca del estanque. Estaré dando agua a los que, siendo de mi Comunidad, se acerquen a ese lugar”.** Cuando Hadrat Fâtima preguntó: “Y si no puedo encontrarte allí, ¿qué debo hacer?” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Me encontrarás cerca del Mîzân** (en la Otra Vida habrá un Mîzân, “balanza”, para pesar la conducta y las acciones. No se parece a las balanzas de este mundo). **Allí estaré intercediendo por mi Comunidad”.**

Cuando nuestra madre Hadrat Fâtima preguntó: “¿Y si tampoco puedo encontrarte allí?, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Entonces me encontrarás junto al Puente del Sirât. Allí estaré suplicando a mi Rabb diciendo: ‘¡Oh mi Rabb! Salva del Fuego a mi Comunidad’”.**

En ese momento Hadrat Ali preguntó con voz angustiada: “¡Oh Rasûlullah! Cuando hayas entregado tu alma, ¿quién debe lavar tu cuerpo, ponerte la mortaja, quién dirigirá la oración y quién debe ponerte en la tumba?”

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Oh Ali, tu lavarás mi cuerpo y que Fadl bin Abbâs eche el agua. Ŷabrâil será el tercero. Terminado el ghusl** (lavado) **tú me pondrás la mortaja. Ŷabrâil traerá perfume del Paraíso. Llevadme luego a la masŷid y marcharos porque primero Ŷabrâil, luego Mikâîl e Isrâfil y luego todos los ángeles en grupos harán la oración por mí.**

Luego entraréis todos vosotros y os pondréis en filas. Que nadie se ponga por delante de mí”.

Luego preguntó a Azrâil, ‘alaihis-salâm, que estaba esperando: **“¡Oh Azrâil! ¿Has venido de visita o a llevarte mi alma?”** Azrâil, ‘alaihis-salâm, contestó: “He venido como invitado y para desempeñar una misión. Allahu ta’âlâ me ha ordenado presentarme ante ti con tu permiso. ¡Oh Rasûlullah! Si me lo permites, obedeceré y me llevaré tu alma. En caso contrario, regresaré a mi Rabb”.

Nuestro Maestro, el Profeta, preguntó: **“¡Oh Azrâil! ¿Dónde has dejado a Ŷabrâil?”** Azrâil, ‘alaihis-salâm, contestó: “He dejado a Ŷabrâil en el firmamento de este mundo. Los ángeles le están dando el pésame por tu fallecimiento”. Mientras hablaban, llegó Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“¡Oh hermano Ŷabrâil! Ha llegado la hora de emigrar de este mundo. ¿Qué hay para mí en el firmamento de Allahu ta’âlâ? Dame sus buenas noticias para que pueda entregar esta encomienda a su Dueño con toda tranquilidad”.** Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo: “¡Oh amado de Allahu ta’âlâ! He dejado abierta la puerta del cielo. Los ángeles están en filas esperando tu alma con afecto”. Nuestro amado Profeta dijo: **“Las alabanzas pertenecen a Allahu ta’âlâ. ¡Dame buenas noticias! ¿Qué me espera en la presencia de Allahu ta’âlâ?”** Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo: “¡Oh Rasûlullah! Debido al honor de tu llegada, las puertas del Paraíso se han abierto, sus ríos están fluyendo y sus huríes se han acicalado.

Nuestro Maestro, el Profeta, volvió a decir: **“Las alabanzas pertenecen a Allahu ta’âlâ. ¡Dame más noticias buenas, oh Ŷabrâil!”** Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo: “¡Oh Rasûlullah! Tú eres el primero de los intercesores y el primero cuyas intercesiones serán aceptadas en el Día del Juicio”. Y cuando nuestro Maestro, el Profeta, repitió: **“Las alabanzas pertenecen a Allahu ta’âlâ. ¡Dame más noticias buenas, oh Ŷabrâil!”** Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¿Qué es lo que tú pides?” Y entonces nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Toda mi preocupación, pesar y congoja es por la Comunidad que dejo tras de mí”.** Hadrat Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, dijo: “¡Oh amado de Allahu ta’âlâ! En el Día del Juicio, Allahu ta’âlâ perdonará a tu Comunidad hasta que des tu aprobación. Te pondrá en el Paraíso antes que todos los

demás profetas y a tu Comunidad antes que las demás comunidades”. Nuestro amado Profeta dijo a Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm: **“Tengo tres deseos que pedir a Allahu ta’âlâ: el primero es que me permita ser el intercesor por los transgresores de mi Comunidad; el segundo es que no sean sometidos a tormento por los pecados cometidos en el mundo y el tercero es que, cada lunes y jueves, yo sea informado de las acciones de mi Comunidad.** (Si sus acciones son buenas, pediré a Allahu ta’âlâ que las acepte. Si son malas, intercederá y pediré que se borren del libro de las acciones)**.”** Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, le dijo que Allahu ta’âlâ había aceptado sus tres deseos. Y entonces nuestro amado Profeta se sintió aliviado.

Allahu ta’âlâ reveló: **“¡Oh Mi Habîb! ¿Quién ha inspirado en tu corazón bendecido amar y tener tanta misericordia con tu Comunidad?”** Nuestro Maestro, el Profeta, contestó: **“Mi Rabb ta’âlâ que me ha creado y conformado”.** Entonces, Ŷanâb-i Haqq decretó: **“Para tu Comunidad, Mi compasión y Mi misericordia son mil veces mayores que las tuyas. Déjamelos a Mí”**. Nuestro amado Profeta dijo: **“Ahora me siento aliviado. ¡Oh Azrâil! ¡Cumple la misión que te ha sido encomendada!”**

A fin de cumplir con su misión, Azrâil, ‘alaihis-salâm, se acercó al Maestro de los mundos por cuya causa había sido creado. Nuestro amado Profeta sumergió sus manos bendecidas en el recipiente con agua que tenía a su lado y las pasó por su rostro bendecido diciendo: **“¡Lâ ilâha illa’llâh! ¡Oh mi Allah! ¡Rafîq-i âlâ!”** Azrâil, ‘alaihis-salâm, comenzó a tomar el alma del Maestro de los mundos. El color de la cara de nuestro Maestro, el Rasûlullah, se tornaba a veces rojo y a veces amarillo. Cuando le dijo a Azrâil, ‘alaihis-salâm: **“¿Cuando te apoderas de las almas de mi Comunidad lo haces de forma tan fuerte y vehemente?”** Azrâil, ‘alaihis-salâm, respondió: “¡Oh Rasûlullah! Hasta ahora, jamás he tomado el alma de persona alguna con tanta facilidad”. Nuestro amado Profeta, que ni siquiera olvidaba a su Comunidad en sus últimos instantes, le dijo: **“¡Oh Azrâil! Utiliza conmigo la misma violencia que emplearás con mi Comunidad, porque ellos son débiles y no lo podrán soportar”.** Y luego dijo: **“¡Lâ ilâha illa’llâh! ¡Rafîq-i âlâ!”** Y su alma fue tomada hasta alcanzar âlâ-i illiyyîn…

¡Assalâtu wassalâmu
Alaika, oh Rasûlullah!

¡Assalâtu wassalâmu

Alaika, oh Habîballah!

¡Assalâtu wassalâmu

Alaika, oh Sayyidal

Awwali-na wal-âjirîn!

¡Intercede, oh Rasûlullah!

¡Dahiylaq, oh Rasûlullah!

Ŷabrâil, ‘alaihis-salâm, se despidió de nuestro Maestro, el Profeta, diciendo: “Assalâmu alaykum, oh Mensajero de Allahu ta’âlâ! Tú has sido mi deseo y mi propósito. ¡Ya no volveré jamás a la superficie de la tierra!”

Conforme el alma bendecida de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, ascendía al mundo superior, nuestra madre Hadrat Fâtima y las benditas esposas de nuestro Profeta, radiy-Allâhu anhunna, empezaron a llorar con enorme desconsuelo.

En ese momento se oyó una voz que procedía de un lugar desconocido: “¡Assalâmu alaykum, oh Ahl-i Bayt! Wa Rahmatullahi wa barakâtuhu”, y recitó el âyat-i karîma 185 de la Sûra Âl-i Imrân Sûra que dice: **“Todo ser vivo probará la muerte. Y en el Día del Juicio tendréis la recompensa de vuestras acciones”.** Y luego dio el pésame diciendo: “Confiad en la benevolencia y las bendiciones de Allahu ta’âlâ. Implorar y confiar en Su ayuda. ¡No os lamentéis! Las víctimas auténticas del desastre son los que han sido privados de Sus recompensas”.

Todos los presentes oyeron esas palabras y devolvieron el saludo. El que había dicho esas palabras era Hizir, ‘alaihis-salâm’.

Cuando se vieron los signos de la muerte en el Rasûl-i akram, Hadrat Umm-i Ayman, radiy-Allâhu anh,’ envió un mensaje a su hijo Usâma. Al recibir tan amargas noticias, Usâma, Hadrat ’Umar y Abû Ubayda abandonaron el ejército y regresaron a la masŷîd-i Nabawî. Cuando Âisha-i Siddîq y las demás mujeres empezaron a llorar, los Ashâb-i kirâm que estaban en la masŷîd-i sharîf se sintieron confundidos y paralizados. Hadrat Ali estaba tan inmóvil que

parecía muerto. Hadrat ’Uzman estaba mudo. En esos momentos Hadrat Abû Bakr estaba en su casa. Cuando llegó corriendo al lugar, entró en la Huŷra-i sa’âdat. Quitó el velo que cubría el rostro del Fajr-i ’âlam y vio que el Profeta había fallecido. La cara bendecida y todos los miembros del Mensajero de Allah estaban limpios y radiantes, rodeados de una especie de aureola luminosa. Lo besó y dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Eres muy hermoso, tanto vivo como muerto!” Y lloró amargamente. Luego cubrió de nuevo con el velo el rostro bendecido del Profeta. Consoló a la gente de la casa y fue a la Masŷîd-i sharîf. Se subió al minbar y se dispuso a decir unas palabras a los Ashâb-i kirâm. Empezó alabando a Allahu ta’âlâ y tras recitar salât por nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: “El que haya creído en Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, debe saber que ha muerto. El que adora a Allahu ta’âlâ, debe saber que Allahu ta’âlâ es Hayy (Vivo) y Baqî (Eterno, que no muere)”; y luego recitó la âyat-i karîma 144 de la Sûra Âl-i Imrân, que dice: **“Muhammad es un Mensajero. Otros Mensajeros vinieron antes que él. ¿Acaso renegaríais de vuestra religión si muriese o fuera matado? Quien reniegue no causará daño alguno a Allahu ta’âlâ sino que se perjudicará a sí mismo. Allahu ta’âlâ dará recompensas a los que perseveran en Su religión”.** Al aconsejar de esta manera a los Ashâb-i kirâm todo volvió a su cauce normal. Ahora todos creían que el Rasûlullah había muerto. La pena y la aflicción habían atravesado los corazones de los Compañeros como si fueran una daga envenenada. Los ojos lloraban, las lágrimas corrían y el fuego de la separación había herido a los corazones.

Los Ashâb-i kirâm, ‘alaihim-ur-ridwân, eligieron a Hadrat Abû Bakr como Jalîfa (Califa) para mantener el orden y gestionar todos los asuntos. Le rindieron pleitesía y empezaron a obedecer sus órdenes.

Nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, falleció la mañana de un lunes 12 del mes de Rabi-ul awwal del año 11 de la Hégira (632 d.C.). Tenía 63 años según el calendario lunar o 61 según el solar.

Hadrat Ali, Hadrat Abbâs, Hadrat Fadl bin Abbâs, Hadrat Qusam bin Abbâs, Hadrat Usâma bin Zayd y Hadrat Salih lavaron el cuerpo de nuestro Maestro, el Profeta. Durante el lavado, del cuerpo bendecido de nuestro Profeta emanaba un perfume de almizcle tal, que ninguno de

los presentes habían olido jamás cosa parecida. Terminado el lavado del cuerpo, le amortajaron. El cuerpo fue llevado a la masŷid en una litera. Tal y como había ordenado nuestro amado Profeta, todo el mundo salió del masŷid. Entonces, los ángeles vinieron en grupos e hicieron su oración. Terminada esta, una voz con procedencia desconocida dijo: "¡Entrad! ¡Haced la oración por vuestro Profeta!" Los Compañeros entraron en la masŷid e hicieron la oración sin un imam. Solo pudieron terminar las oraciones el miércoles por la tarde.

En lo que respecta a la forma de cavar la tumba bendecida de nuestro amado Profeta, los Ashâb-i kirâm respetaron el siguiente hadîz-i sharîf que les recordó Hadrat Abû Bakr: **"Los profetas se entierran en el lugar donde fallecen".** Nuestro Profeta fue depositado en la tumba en la mitad de la noche del miércoles; la tumba había sido preparada por Hadrat Abû Talha-i Ansâr. Qusan, el hijo de Hadrat Abbâs, fue el último en completar las tareas requeridas en la tumba y el último en salir de ella. Dijo: "Yo fui el último que vio el rostro bendecido del Rasûlullah. Sus benditos labios se estaban moviendo. Me incliné y puse la oreja junto a su boca. Estaba suplicando: **"¡Oh mi Rabb! ¡Mi umma** (Comunidad)**! ¡Oh mi Rabb! ¡Mi umma!"**

El día que murió nuestro amado Profeta, Hadrat Abdullah bin Zayd suplicaba lo siguiente: "¡O mi Rabb! Yo necesitaba mis ojos para contemplar el rostro resplandeciente de Tu amado Profeta. ¡Como ahora es invisible, ya no los necesito! ¡Oh mi Rabb, llévate mis ojos!". Y se quedó ciego.

Los movimientos de apostasía

Tras la muerte de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, empezó la apostasía. Esta tendencia se propagó de forma considerable. Hadrat Abû Bakr contribuyó de forma importante a la hora de combatirlos. De no haber sido por este hombre tan capaz, ese peligro se había extendido por toda Arabia. En consecuencia, Hadrat Âisha-i Siddîq, radiy-Allâhu anh', la madre de los musulmanes, declaró: "Cuando murió el Rasûl-i akram, sallallâhu alaihi wa sallam, los hipócritas se rebelaron y los árabes se convirtieron en renegados, es

decir, abandonaron el Islam. Los desastres que asolaron a mi padre habrían aplastado las montañas”.

Y Hadrat Abû Hurayra dijo: “¡Si Abû Bakr no hubiese estado allí, la Umma-i Muhammad habría desaparecido tras la muerte de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam!”

Y también dijo: “¡Juro por Allah, y no hay más ilâha que Él, que si Abû Bakr no hubiese asumido el Califato, no habría nadie que adorase a Allah el Todopoderoso!”. Esto lo repitió tres veces.

Abû Raŷa’ul’Utaridi dijo: “Cuando entré en Medina vi que la gente se reunía y un hombre besaba la frente de otro diciendo: ‘¡Sea yo sacrificado en tu nombre! ¡Juro por Allah que, si tú no hubieses estado aquí, habríamos perecido sin duda alguna!”

Pregunté yo: “¿Quién era el que besaba y quién el besado?” Contestaron: “Era debido a la guerra contra los apóstatas; ’Umar era el que besaba la frente de Abû Bakr”.

Hadrat Âisha dijo: “Durante los días de la apostasía de los árabes, en una ocasión en la que mi padre se ceñía la espada y montaba en su camello, Hadrat Ali se acercó, cogió las riendas del camello y dijo: ‘Te digo las mismas palabras que dijo el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, el día de la Batalla Sagrada de Uhud: ¡envaina tu espada, no te pongas en peligro y no hagas que suframos!’ ¡Juro por Allah que si te ocurre alguna cosa, el Islam jamás podrá salir adelante sin ti!” (Si Hadrat Ali hubiese estado en contra de su califato, le habría dejado ir y morir. De esa manera habría facilitado el camino para ser él el califa).

De nuevo Hadrat Âisha transmitía: “Tras la muerte del Rasûlullah, apostató mucha gente de la tribus árabes. El judaísmo, el cristianismo y la hipocresía empezaron a aparecer.

Los musulmanes eran como un rebaño de ovejas que se había dispersado tras una lluvia intensa o una noche de invierno. Más aún; la mayoría de los habitantes de Mecca estaban dispuestos a abandonar el Islam. Afortunadamente, Suhayl bin Amr, se puso junto a la puerta de la Kâ’ba y les dirigió unas palabras. Dio un discurso impresionante que disipó sus dudas e impidió que apostataran.

Tras estos incidentes, cuando en la historia del Islam se hablase de la renuncia a la religión, se cambiarían los términos “irtiŷâ (reacción) y murtaŷi (reaccionario)” por el de apostasía.

Tras la muerte de nuestro Profeta, empezó a surgir la apostasía en varios grupos debido a las provocaciones de los hipócritas, los judíos y los cristianos.

Cuando estaba junto a la puerta de la Kâ’ba, Hadrat Suhayl bin Amr dijo las palabras siguientes a los habitantes de la Mecca:

“¡Oh gente de Mecca! Habéis sido de los últimos en haceros musulmanes. ¡No seáis los primeros en apostatar! ¡Juro por Allah, que el Todopoderoso completará este asunto tal y como dijo el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam! Cuando estaba en este mismo lugar en que ahora yo estoy, le oí decir: **‘¡Decid La ilâha illa’llâh conmigo para que los árabes se hagan musulmanes siguiendo vuestro ejemplo y los no árabes os paguen la ŷizya** (impuesto que se recauda de los no musulmanes que viven en un país islámico)**! ¡Yo juro por Allah que los tesoros del Shah Kisrâ de Persia se gastarán en el nombre de Allah!”**

Habéis visto que los que se burlaban se han convertido en recaudadores del zakat y las limosnas. ¡Juro por Allah que lo demás también ha de ocurrir! Y juro por Allah que sé muy bien que mientras el sol salga y se ponga, esta religión perdurará. ¡Que no os engañen los que hay entre vosotros! Esa gente también sabe esta misma verdad que yo sé. Sin embargo, sus celos hacia los hijos de Hâshim han sellado sus corazones.

¡Oh gente! Yo soy el dueño de la mayor parte de los medios de transporte por tierra y por mar entre todos los Quraysh. Obedeced las órdenes de vuestro dirigente y entregadle vuestro zakat.

¡Si el Islam no continúa hasta su culminación, yo garantizo devolver vuestro zakat!” Dichas estas palabras, comenzó a llorar. Al verlo, la gente se tranquilizó.

Cuando Hadrat Suhayl bin Amr consiguió convencer a los habitantes de Mecca para que no apostataran, apareció el gobernador de Mecca, Attab bin Asid.

Cuando Hadrat Suhayl bin Amr fue hecho prisionero en la Batalla de Badr, combatiendo en el bando de los politeístas, nuestro Profeta había dicho a Hadrat ’Umar hablando de él: **“¡Un día dirá unas palabras en un lugar que tú no menosprecias!”** Siempre se ha entendido que, al mencionar en este hadiz las palabras de Hadrat Suhayl en un lugar venerado, nuestro Profeta se refería a este discurso de Hadrat Suhayl.

Cuando Hadrat ’Umar oyó hablar de este discurso de Hadrat Suhayl recordó aquel momento en el que nuestro amado Profeta lo había mencionado y no pudo evitar decir, a pesar de ya no estar presente: **“¡Doy testimonio de que no hay la menor duda de que tú eres el Mensajero de Allah!”**

VIDA EN LA TUMBA

Está vivo en su tumba

Los profetas están vivos en sus tumbas con un tipo de vida que no conocemos. También están vivos en sus tumbas los awliyâ (santos, los amados por Allah) y los mártires. No es una forma de vida ficticia, están definitivamente vivos. En la âyat-i karîma 169 de la Sûra Imran, se dice: **“¡Y no supongáis que están muertos los que han sido matados en el nombre de Allah! Están vivos junto a su Rabb y reciben su provisión”.**

Esta âyat-i karîma demuestra que los mártires están vivos. No cabe duda de que los profetas tienen un rango muy superior al de los mártires. Según los eruditos del Islam, todo profeta murió mártir. En su última enfermedad, nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“Sufro el dolor producido por la carne envenenada que comí en Jaybar”.** Este hadîz-i sharîf demuestra que nuestro Maestro, el Rasûlullah, murió mártir.

Del hadîz mencionado se deduce que nuestro Maestro, el Rasûlullah, está vivo en su tumba como el resto de los mártires. En un hadîz-i sharîf recogido en Bujâri y Muslim se declara que:

“Durante la noche del Mi’râŷ pasé junto a la tumba de Mûsâ, ’alaihis-salâm**. Estaba de pie, en su tumba, haciendo namâz”.**

En otro hadîz-i sharîf se ha transmitido que: **“Allahu ta’âlâ ha prohibido a la tierra que descomponga el cuerpo del Profeta”.** Los eruditos afirman de forma unánime que es un hadîz verídico. En las colecciones de Bujâri y Muslim aparece**: “Allahu ta’âlâ envió todos los profetas a nuestro Profeta en la noche del Mi’râŷ. Dirigió el namâz siendo el imam de todos ellos”.**

El namâz implica hacer rukû’ (reverencia) y saŷda (postración). El hadîz anterior indica que hacían namâz vivos y con el cuerpo. Cuando Mûsâ, ’alaihis-salâm, hacía el namâz en su tumba indica lo mismo. En un hadîz-i sharîf transmitido por Abû Hurayra y recogido por Muslim que aparece en el libro *‘Mishqât’*, al final de la primera sección del capítulo sobre el Mi’râŷ, dice: **“Allahu ta’âlâ me lo enseñó. Mûsâ,** ’alaihis-salâm, **estaba de pie haciendo namâz. Era delgado y sus cabellos no estaban desordenados. Parecía un joven de la tribu de Shan’a. Îsâ,** ’alaihis-salâm, **se parecía a Urwa bin Mas’ud Sakafi”.**

Shan’a es el nombre de dos tribus del Yemen. Los hadîz-i sharîf mencionados indican que los profetas están vivos y cerca de Allahu ta’âlâ. Sus cuerpos se han hecho etéreos como sus almas. No son densos ni sólidos y se les puede ver en los mundos material y espiritual.

En consecuencia, los profetas pueden ser vistos en cuerpo y alma. En el hadîz-i sharîf se declara que Mûsâ, ’alaihis-salâm, e Îsâ, ’alaihis-salâm, estaban haciendo namâz. Hacer namâz significa hacer una serie de movimientos que se hacen con el cuerpo, no con el alma. Cuando nuestro Profeta dijo: **“Vi que era de estatura media, delgado y cabellos bien peinados”,** indica que vio su cuerpo y no su alma.

Imâm-i Bayhakî dijo: “Cuando los profetas se depositan en sus tumbas, sus almas se devuelven a sus cuerpos. Nosotros no podemos verlos. Se hacen invisibles como los ángeles. Solo pueden verlos los elegidos a los que Allahu ta’âlâ concede karâmat [fenómenos que, a través de los awliyâ de las umma de los profetas, ocurren al margen de las leyes de la causalidad]”. Imâm-i Suyûti ha dicho lo mismo.

Mucha gente ha oído que sus saludos tienen respuesta desde la tumba de nuestro Maestro, el Profeta. También han oído la respuesta a sus saludos que procedían de otras tumbas.

En un hadîz sharîf se dice: **“Cuando una persona me saluda, Allahu ta’âlâ devuelve el alma a mi cuerpo y yo respondo a su saludo”.**

Hadrat Imâm-i Suyûti dijo: “El Rasûlullah está absorto en la contemplación de la Belleza de Allahu ta’âlâ. Ha olvidado las sensaciones de su cuerpo. Cuando un musulmán lo saluda, el alma bendecida de nuestro Profeta abandona ese estado y recupera los sentidos del cuerpo. En este mundo hay una gran cantidad de personas que están en un estado similar. La persona que está ensimismada pensando sobre este mundo o la Otra Vida no oye lo que le dicen. ¿La persona que está absorta contemplando la Belleza de Allahu ta’âlâ es capaz de oír sonido alguno?”

En su libro *‘Ash-Shifâ’*, Hadrat Qadi Iyâd narra de Sulayman bin Suhaym: “Una noche en la que vi a nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, le pregunté: ‘¡Oh Rasûlullah! ¿Eres consciente de los saludos de aquellos que vienen y te saludan?’ Dijo él: **‘Sí lo soy. Recibo sus saludos y les respondo’**”.

Hay tantos hadîz-i sharîf que declara que los profetas, ’alaihimu’s-salawâtu wa’t-taslîmât, están vivos en sus tumbas que se confirman unos a otros. Uno de ellos es el hadîz-i sharîf que dice: **“Oiré los salawât que se recitan en mi tumba y se me informará de los salawât que se recitan en la distancia”.**

Abû Bakr bin Abi Shayba relató el hadîz-i sharîf que acabamos de mencionar. Este hadîz-i sharîf y otros muchos similares están recogidos en las colecciones de los seis eruditos de los hadîz más destacados.

En el hadîz-i sharîf transmitido por Ibn-i Abi’d-dunya de Hadrat Abdullah bin Abbas, nuestro amado Profeta dijo: **“Si una persona visita la tumba de uno de sus conocidos y le saluda, la persona muerta que está en la tumba lo reconoce y le responde. Si saluda a alguien que no conocía, el muerto se alegra y responde”.**

Si se pregunta cómo es posible que el Rasûlullah responda por separado a cada saludo de los que vienen desde todos los rincones del mundo, se responde diciendo que es como los rayos del sol que, en el mediodía y en cada instante, derrama su luz sobre miles de ciudades.

Hadrat Ibrâhim bin Bishar dijo: "Cuando terminé la peregrinación fui a Medina a visitar la tumba bendecida de nuestro Profeta. Le saludé ante la Huŷrat-i Sa'âdat, (la tumba bendecida de nuestro Profeta), y le oí responder: 'Wa alaikas-salâm'".

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Tras mi muerte, oiré y comprenderé de la misma manera que cuando estaba vivo".** En otro hadîz-i sharîf dijo: **"Los profetas están vivos en sus tumbas y en ellas hacen las oraciones rituales".**

En libros muy dignos de confianza aparece escrito que Sayyid Ahmad ar-Rifâ'î, uno de los awliyâ más encumbrados, y otros muchos awliyâ, rahimahum-Allâhu ta'âlâ, oyeron su respuesta cuando saludaron al Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, y que Ahmad ar-Rifâ'î tuvo el honor de besar la mano bendecida del Rasûlullah.

Al-Imâm as-Suyûti escribió en su libro: "Los awliyâ', rahimahum-Allâhu ta'âlâ, de rango elevado pueden ver a los profetas, 'alaihumus-salawâtu wa't-taslîmât, como si no hubiesen muerto. Cuando nuestro Maestro vio a Mûsâ, 'alaihis-salâm, vivo en su tumba fue una mu'ŷiza, y cuando un walî ve de la misma manera es una karâmat. No creer en karâmat procede de la ignorancia".

Un hadîz sharîf transmitido por Ibn Habbân, Ibn Mâŷa y Abu Dâwûd, rahimahum-Allâhu ta'âlâ, dice: **"¡Los viernes recitad muchos salawât por mí! Esos salawât me serán transmitidos".** Cuando le preguntaron: "¿Te serán transmitidos incluso después de tu muerte?" Dijo él: **"La tierra no descompone los cuerpos de los profetas. Cada vez que un musulmán recita salawât por mí, un ángel me informa de ello y dice: 'Los hijos de Fulano y Mengano de tu umma enviaron sus salâm y rezaron por ti".**

El Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, es un gran favor para toda la umma después de su muerte lo mismo que fue una misericordia y una gran bendición de Allahu ta'âlâ para sus Compañeros cuando estaba vivo. Él es la causa de todo lo bueno.

En un hadîz-i sharîf narrado por Bakir bin Abdullah Muzani, el Rasûl-i akram dijo: **“Mi vida es beneficiosa para vosotros; me habláis y yo os hablo. Tras mi muerte también lo será; se me mostrarán vuestras acciones. Daré las gracias a Allahu ta’âlâ cuando vea vuestras buenas acciones y le pediré perdón para vosotros cuando vea las malas”.**

Hadrat Qusam bin Abbas tuvo el honor de participar en el entierro de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Cuando terminó su trabajo, fue el último en salir de la tumba. Entonces dijo: “Yo fui el último que vio el rostro bendecido del Rasûlullah. Sus benditos labios se estaban moviendo. Me incliné y puse la oreja junto a su boca. Estaba suplicando: **“¡Oh mi Rabb! ¡Mi umma** (Comunidad)**! ¡Oh mi Rabb! ¡Mi umma!”**

Ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah

¿Puede alguien ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, cuando está despierto o dormido? Y si se le puede ver, ¿es él en realidad o una imagen que se le parece? Nuestros ’ulamâ’ (eruditos) han dado varias respuestas a estas preguntas.

Además de ser unánimes en lo que respecta a que está vivo en la tumba, la mayoría dice que puede ser visto. Esto es algo que también se deriva de los hadîz-i sharîf. En uno de ellos, nuestro amado Profeta dice: **“El que me ve en un sueño es como si me viera cuando está despierto”.**

Esta es la razón de que al-Imâm an-Nawawî dijera: “Verlo en un sueño es verlo en realidad”. De hecho, en otro hadîz-i sharîf dijo: **“El que me ha visto en su sueño me ha visto en realidad, porque shaytán no puede tomar mi apariencia”.**

Ibrâhim al-Lâqânî escribió: “Los ’ulamâ’ de los hadîz afirman de forma unánime que al Rasûlullah se le puede ver estando despierto o en sueños. Se pueden aportar muchos ejemplos de ambos estados. He aquí algunos:

En cada lugar que visitaba, Hadrat Mu’inuddin-i Chishtî solía visitar las tumbas y permanecer junto a ellas durante unos momentos. Cuando llegaba a ser muy conocido en ese lugar, lo abandonaba sin decir nada a nadie. Una de sus visitas fue a Mecca. Fue a Mecca-i mukarrama

y visitó la Kâ'ba-i mu'azzama. Permaneció en Mecca unos días y luego fue a Medina-i munawwara. Un día en el que visitaba la tumba bendecida de nuestro Profeta, oyó que de la misma procedía una voz que decía: **"Llama a Mu'inuddin".**

En consecuencia, el cuidador de la tumba dijo en voz alta: "¡Mu'inuddin!" Desde varios lugares se oyeron voces que dijeron: "¡Sí!" Esos hombres preguntaron: "¿Qué Mu'inuddin es el que buscas? Aquí hay muchos que se llaman Mu'inuddin".

El guardián de la tumba regresó a la misma y se puso en la puerta de la Rawda-i mutahhara. Entonces oyó una voz que dijo dos veces: **"Llama a Mu'inuddin-i Chishtî"**. El guardián de la tumba se dirigió a la gente presente y dijo: "A quien se llama es a Mu'inuddin-i Chishtî".

Cuando oyó esto Hadrat Mu'inuddin-i Chishtî experimentó un estado muy diferente al acostumbrado. Se acercó a la tumba de nuestro amado Profeta llorando y recitando salawât y se detuvo ante ella con gran respeto. En ese momento oyó una voz que decía: **"¡Oh el Qutb-i mashayih! ¡Entra!"**

Nuestro Profeta dijo: **"Tú eres uno de los que ayudan a mi religión. Tienes que ir a la India. Allí hay una ciudad que se llama Aŷmir. En ella vive alguien que se llama Sayyid Husayn y es uno de mis descendientes. Fue a esa ciudad para hacer el ŷihad y la guerra santa, pero ha muerto mártir. Aŷmir va a caer en manos de los incrédulos. Pero si tú vas a ese lugar y con bendiciones, el Islam se propagará y los incrédulos serán serviles, incapaces e ineficaces".** Luego le dio una granada y dijo: **"Observa esta granada con mucha atención y luego comprenderás a dónde irás".**

Hadrat Mu'inuddin-i Chishtî tomó la granada que le dio nuestro Maestro, el Profeta, la observó de forma minuciosa, como le había sido ordenado, y vio todo lo que había entre Oriente y Occidente.

Hadrat Ahmad Rifa'i había hecho la peregrinación. En el camino de regreso, cuando visitaba la tumba bendecida de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, en Medina-i munawwara, recitó el siguiente poema:

“Yo estaba demasiado lejos,
Como para besar tu mano.
En consecuencia, quise enviar,
Mi alma en vez de mi persona.
Ahora se me ha concedido
La bendición de visitarte.
Dame tu mano bendecida,
Y permítela besarla, ¡Oh el Amado!”

Cuando terminó la recitación del poema, se pudieron ver las manos bendecidas del Profeta que salían de su tumba. Sayyidi Ahmad Rifa’i besó las manos de nuestro Maestro, el Profeta, con sumo respeto. La gente que estaba allí y vio lo que pasaba quedó asombrada.

Tras besar las manos bendecidas de nuestro Maestro, el Profeta, se acostó en la puerta de la Rawda-i mutahhara. Luego, con lágrimas en los ojos, suplicó a los que estaban en ese lugar: “¡Pasad por encima de mí!” Los eruditos tuvieron que salir por otras puertas. Esta fue una karâmat muy conocida que ha sido narrada, boca a boca, hasta llegar a nuestros días.

Casi todo el mundo sabía que Hadrat Ibn-i Abidin era un erudito muy piadoso con muchas anécdotas y karâmat. Era capaz de ver a nuestro Maestro, el Rasûlullah, con sus ojos cuando estaba recitando at-tahiyyatu (invocación que se recita en la última postura sentada del namâz) en las cinco namâz (oración ritual) de cada día. Si no podía ver a nuestro Profeta, repetía de nuevo ese namâz.

Uno de los eruditos del Islam más encumbrados, Imâm-i Rabbânî Ahmad Faruquî Sarhandî, que fue el muŷaddid (fortalecedor, revitalizador del Islam) del segundo milenio (del Islam), dijo: “En uno de los diez últimos días de Ramadán, me sobrevino un estado de gran belleza. Estaba acostado en mi cama con los ojos cerrados. De repente sentí que alguien venía y se sentaba en mi cama. ¡Y qué estaba viendo! Al más encumbrado de todos los Sayyidi, tanto primeros como últimos: el Maestro del mundo, nuestro Profeta, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam”.

“Dijo: **‘He venido para darte una iŷâzat** (autorización) **por escrito. Hasta el día de hoy, no he escrito una iŷâzat similar para otra persona’.** Entonces vi que el texto contenía grandes favores relacionados con este mundo y que, en el reverso de la iŷâzat, había escritas bendiciones relacionadas con la Otra Vida”.

Hadrat Abdulqâdir-i Gilânî narra en su libro *‘Al-Ghunya’* transmitiendo de Hadrat Ibrâhim Tamimi:

“Hizir, ’alaihis-salâm, me dijo: ‘Si quieres ver al Rasûlullah en un sueño, debes levantarte una vez terminada la oración tras la puesta del sol y, sin hablar con persona alguna, hacer la oración de awwâbîn. Y debes decir el salâm al final de cada dos rak’ats’.

‘En cada rak’at debes recitar Hamd, esto es, la Sûra Fatiha una vez y la Sûra Ijlâs siete veces. Una vez hecha la oración de la noche en congregación, debes ir a tu casa y hacer la oración witr. Antes de acostarte tienes que hacer una namâz de dos rak’ats recitando siete veces la Sûra Ijlâs en cada rak’at. Terminada esa namâz, debes postrarte y pedir perdón siete veces a Allahu ta’âlâ [es decir, istighfâr] y luego decir siete veces: ‘Subhânallâhi walhamdu lillâhi walâ quwwata illâ billâhil aliyyil azîm’. Luego tienes que levantar la cabeza desde la postración y, estando sentado, alzas las manos y dices: ‘Ya Hayyu, ya Qayyûm, ya dhal ŷalâli wal ikrâm, ya ilâhal awwalîna wal âjirîn wa ya Rahmân-ad-dunya wal âjirati wa rahimahuma, ya Rabbî, ya Rabbî, ya Rabbî, ya Allah, ya Allah, ya Allah’.

‘Luego debes levantarte y repetir esa misma invocación. Luego te postras y la recitas otra vez. Terminado todo eso, levanta la cabeza de la postración, vuélvela hacia la qibla (Kâ’ba) y adopta la forma que quieras para dormir. Hasta que caigas dormido, debes recitar y enviar salawât-i sharîfa a nuestro Maestro, el Profeta’.

‘Dije yo: ‘Me gustaría que me dijeras de quién has aprendido esa invocación’. Hadrat Hizir dijo: ‘¿Acaso no me crees?’ Dije yo: ‘¡Juro por Allahu ta’âlâ, que envió a Muhammad como Profeta verdadero, que sí te creo!’

‘Entonces Hizir, ’alaihis-salâm, dijo: ‘Yo estaba presente en la reunión en la que el Rasûlullah enseñó y recomendó esta invocación. La aprendí de la persona a la que se la enseñó nuestro Profeta’.

Luego hice todo lo que había dicho Hizir, ’alaihis-salâm. Empecé a recitar y enviar salawât-i sharîfa a nuestro Maestro, el Profeta. Pero con la alegría que suponía poder ver a nuestro Maestro, el Profeta, me desvelé y no pude dormir hasta la mañana.

Hice la oración de la mañana y me quedé sentado hasta la salida del sol. Más tarde hice la oración que se llama Duha. Y luego me dije a mí mismo: ‘Si esta tarde sigo vivo volveré a repetir lo de la última noche’. Al poco tiempo me quedé dormido. Y entonces tuve un sueño en el que venían unos ángeles que me llevaban al Paraíso. Allí vi pérgolas y palacios hechos con perlas, rubíes y esmeraldas, ríos de miel y de leche y bebidas que solo hay en el Paraíso’.

‘Pregunté a los ángeles que me habían llevado al Paraíso: ‘¿Para quién es ese pabellón?’ Dijeron: ‘Es para los que hacen lo que tú has hecho’. Y luego no me dejaron seguir hasta no comer los alimentos del Paraíso y beber sus bebidas. Luego me sacaron del Paraíso y me trajeron de nuevo al lugar donde estaba antes’.

Entonces se presentó ante mí el Maestro Rasûlullah con setenta profetas y setenta filas de ángeles (la distancia entre cada fila era como la que hay entre oriente y occidente); me saludó y me cogió la mano. En ese momento dije yo: ‘¡Oh Rasûlullah! Hizir, ’alaihis-salâm, me aseguró que te había oído decir ese hadîz”. Y nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Hizir te ha dicho la verdad. Él es el que más sabe de todos los que hay en la tierra. Él es el líder de los abdâl** (nombre de un grupo de awliyâ)**. Él es uno de los soldados de Allah en la tierra’.**

Entonces pregunté: ‘¡O Rasûlullah! Para el que hace esa acción ¿hay otra recompensa diferente a la que he visto aquí?’ Dijo él: **‘¿Qué recompensa puede ser mejor que la que has visto y se te ha dado? Has visto tu lugar y tu rango en el Paraíso. Has probado los alimentos y las bebidas del Paraíso. Has visto los ángeles y los profetas que me acompañan. Has visto las huríes’.**

"Dije: '¡Oh Rasûlullah! ¿A la persona que haga las mismas cosas que yo he hecho, sin ver lo que yo he visto, se le dará lo que a mí se ha concedido?' Dijo: **'Juro por Allahu ta'âlâ que me envió como Profeta verdadero, que las transgresiones graves de esa persona serán perdonadas. La ira de Allahu ta'âlâ con respecto a esa persona desaparecerá. Juro por Allahu ta'âlâ que me ha enviado como Profeta verdadero que al que haga las mismas acciones que tú has hecho, aunque no haya visto en un sueño lo que tú viste, se le dará lo que a ti se ha dado. Una voz procedente del cielo dirá que Allahu ta'âlâ ha perdonado al que haya hecho ese acto y a todos los de la Comunidad de Muhammad que estén presentes desde Oriente hasta Occidente'.**

"Pregunté yo: '¡Oh Rasûlullah! ¿Esa persona tendrá la misma fortuna que yo, que he visto tu rostro y el Paraíso?' Dijo: **'Sí, a esa persona se le concederá todo eso'.** Y entonces pregunté: '¡Oh Rasûlullah! ¿Es permisible enseñar esta invocación e informar de sus recompensas a todos los musulmanes, tanto varones como hembras?' Dijo: '**Juro por Allahu ta'âlâ que me ha enviado como Profeta verdadero, que solo harán esa acción los que Allahu ta'âlâ ha creado como gente bendecida; nadie más la hará'".**

El que ve en un sueño a nuestro Profeta Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, en su aspecto verdadero, no hay duda de que lo ha visto, porque shaytán no puede disfrazarse y asumir su forma. No obstante, debe tenerse en cuenta que shaytán sí puede asumir otras formas.

Algunos eruditos han dicho: "Ver en un sueño a nuestro Profeta con un aspecto diferente, también es verlo. No obstante, esto indica que el que ha tenido ese sueño tiene defectos en la religión. Todo el que sueña con el Profeta Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, con su aspecto verdadero y muere musulmán, irá al Paraíso".

Abû Hurayra transmitió el siguiente hadîz-i sharîf de nuestro Profeta: **"La persona que un viernes por la noche hace un namâz de dos rak'ats recitando la Sûra Fatiha y el Âyat-al-Kursî una vez y la Sûra Ijlâs quince veces en cada rak'at, y luego dice mil veces 'Allahumma salli alâ Muhammadin nabiyyilummîyi' una vez terminado el namâz, me verá en un sueño antes**

de que llegue el viernes siguiente. Y todas las transgresiones pasadas y futuras de esa persona serán perdonadas. El Paraíso es para los que me ven".

Visitar la tumba bendecida de nuestro Maestro, el Profeta

Nuestro Maestro, Fajr-i kâinât, dijo: **"El que me visita después de mi muerte es como si me hubiese visitado cuando estaba vivo".** En un hadîz-i sharîf mencionado en el libro *"Mir'ât-i Medina"*, nuestro Profeta dijo: **"Se me ha hecho wâŷib interceder por los que visitan mi tumba".** Este hadîz-i sharîf fue transmitido por Ibn-i Huzaima, al-Bazzâr, ad-Dâraqutnî y at-Tabarânî, rahimahum-Allâh. En otro, transmitido por al-Bazzâr, se declara: **"Se me ha hecho halâl interceder por los que visitan mi sepulcro".**

El hadîz-i sharîf recogido en el libro *"Muslim-i sharîf"*, también mencionado en el libro *"Mu'ŷama"* de Abû Bakr bin Makkârî, rahimah-Allâhu ta'âlâ, dice: **"Si alguien me visita con la intención de visitarme y ninguna otra, merecerá mi intercesión en el Día del Juicio".** Este hadîz-i sharîf predice que el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, intercederá por los que vayan a Medina a visitarlo.

En otro hadîz-i sharîf transmitido por ad-Dâraqutnî, se dice: **"Los que no me visitan después de hacer el haŷŷ me causan dolor".** El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, quería que los musulmanes le visitaran porque deseaba que su umma (Comunidad) obtuviese zawâb de esta manera.

Por esta razón, nuestros eruditos del fiqh, rahimahum-Allâhu ta'âlâ, solían ir a Medina para hacer salât en la Masŷid-i sharîf una vez terminada la peregrinación. Visitaban y recibían bendiciones al contemplar la Rawdat al-Mutahhara, el Minbar al-Munîr y la Qabr-i Sharîf, que es superior al 'Arsh al-a'lâ; son los lugares donde el Profeta se sentaba, caminaba o se apoyaba. El poste en el que se apoyaba cuando venía la wahy (revelación) y los lugares por donde andaban los as-Sahâba al-kirâm (los Compañeros de nuestro Profeta) y los Tâbi'ûn, radî-Allâhu ta'âlâ 'anhum aŷma'în, que ayudaron a construir la Masŷid, la repararon o tuvieron el honor de contribuir con su ayuda económica. Esos eruditos y sulahâ' que vinieron

después solían ir a Medina después del haŷŷ, tal y como hacían nuestros ’ulamâ’ (eruditos) del fiqh. Este es el motivo que propicia que los peregrinos visiten al-Medina-i munawwara.

¡Cuidado con la presunción! ¡Aquí es donde está el Amado de Allah!
Hacia aquí se dirige la Mirada Divina; ¡Este es el Maqâm al-Mustafâ!
Solo si decides actuar con modestia, Nâbî, ve a su sepulcro.
¡Allí pasean los ángeles, allí besan los profetas!

NÂBÎ

Abu Hanifa, rahimah-Allâhu ta’âlâ, el sol de los ’ulamâ’ del Islam, dijo que visitar la Qabr as-Sa’âda (la tumba bendecida de nuestro Profeta), uno de los mustahab más valiosos (una acción que complace a Allahu ta’âlâ), es un acto de ’ibâdat (adoración) con un grado casi igual al wâŷib (acto, casi tan obligatorio como el fard, que no debe ser omitido).

La persona que visita la tumba bendecida de nuestro Maestro, el Rasûlullah, debe recitar con frecuencia salawât-i sharîfa. En un hadîz-i sharîf se declara que estas salawât y salâm llegan a nuestro Profeta. Las formas de visitar a nuestro amado Profeta son las siguientes:

Cuando se ve desde lejos la ciudad de Medina-i munawwara, se dicen salât y salâm. Luego se dice la invocación: “Allâhumma hâzâ haramu Nabiyyika waŷ’alhu vikâyatan lî min-an-nâr wa amânan min-al-‘azâb wa sû-il-hisâb”. Si es posible, se hace un ghusl (baño ritual) antes de entrar en la ciudad o la masŷid. Se ponen ropas nuevas y limpias y un buen perfume que no contenga alcohol. Todas estas acciones son una demostración de respeto y homenaje. Luego se entra en Medina-i munawwara con modestia, seriedad y silencio. Tras decir “Bismillâhi wa alâ millati Rasûlillah” se recita el âyat-i karîma 80 de la Sûra Isrâ. Justo después se dice “Allahumma salli alâ Muhammadin wa alâ âli Muhammad. Wagfir lî zunûbî waftâh lî abwâba rahmatika wa fadlika” y se entra en la Masŷid-i Nabawî. Una vez en el interior se hacen dos rak’ats de tahiyyat-ul-masŷid cerca del minbar de nuestro Maestro el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. El pilar del minbar debe estar en el lado del hombro derecho.

Nuestro amado Profeta solía hacer namâz en ese lugar. Este es el lugar entre la tumba y el minbar de nuestro Maestro, el Profeta. En un hadîz-i sharîf se declara que: **“Entre mi tumba y**

mi minbar está uno de los Jardines del Paraíso. Mi minbar está en mi hawz (estanque)**.”** Luego se hace una postración en agradecimiento a Allahu ta’âlâ por haber permitido visitar la tumba bendecida del Rasûlullah. Terminada la oración nos levantamos y acercamos a la Huŷrat-i Sa’âda, su tumba bendecida. Con la cara orientada hacia el rostro bendecido del Rasûlullah y la espalda dando hacia la qibla, se permanece en pie con respeto a unos dos metros de la tumba bendecida. No se debe estar más cerca de esa distancia. Hay que estar en un estado de jushû’ (veneración humilde y profunda) y hudû (sometimiento absoluto) y tener tanto respeto como si estuviese vivo y uno estuviera en su elevada presencia, tal y como Allahu ta’âlâ ha decretado en el Qur’ân al-karîm. Se debe tener tranquilidad y compostura. Lo mejor es no poner las manos en la pared de la tumba bendecida y mantenerse a distancia con gran respeto. Se debe tener la misma actitud que cuando se hace namâz.

Se intenta visualizar el aspecto bendecido de nuestro Maestro, el Rasûlullah, teniendo presente que nos puede ver, que oye nuestros salâm e invocaciones y que nos responde diciendo Âmîn. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **“Cuando alguien me dice salât en mi tumba, yo lo oigo”.** En un hadîz-i sharîf se declara que, en la tumba bendecida de nuestro Maestro, el Rasûlullah, hay un ángel encargado de transmitirle los salâm de los miembros de su Comunidad que envían salâm. Luego se debe decir la siguiente invocación: “¡Assalâmu alaika yâ sayyidî yâ Rasûlullah! ¡Assalâmu alaika yâ Nabiyyallah! ¡Assalâmu alaika yâ Safiyyallah! ¡Assalâmu alaika yâ Habîballah! ¡Assalâmu alaika yâ Nabiyyarrahmati! ¡Assalâmu alaika yâ Shafî-al ummai! ¡Assalâmu alaika yâ Sayyid-al-mursalîn! ¡Assalâmu alaika yâ Jâtamannabiyyîn!

Pido a Allahu ta’âlâ que te conceda la recompensa más elevada. Doy testimonio de que completaste la misión profética. Has cumplido con tu deber. Aconsejaste a tu Comunidad. Hiciste ŷihad en el camino de Allahu ta’âlâ hasta el momento de tu muerte. Pido a Allahu ta’âlâ que diga salât y salâm por ti hasta el Día de la Resurrección. ¡Oh Rasûlullah! Hemos venido a ti desde lugares muy lejanos. Hemos venido aquí para visitar tu tumba, rendirte homenaje, ver lo que hiciste, gozar de la bendición de visitarte, pedirte que seas nuestro intercesor ante Allahu ta’âlâ. Nuestras faltas nos han arruinado. Nuestras transgresiones son

un peso en nuestras espaldas. ¡Oh Rasûlullah! Tú eres el intercesor cuya intercesión es aceptada. El Rango de Mahmûd te ha sido concedido.

Allahu ta'âlâ decreta, en el âyat-i karîma 64 de la Sûra Nisâ del Qur'ân al-karîm: **"Hemos enviado a cada profeta con el mandato de Allahu ta'âlâ para que lo obedeciera la tribu a la que fue enviado. Si después de haber sido injustos consigo mismos hubieran venido a ti, hubieran pedido perdón a Allah y hubiera pedido el Mensajero perdón por ellos, habrían encontrado a Allah Favorable hacia ellos, Compasivo".** Hemos venido ante tu elevada presencia. Y sin embargo, hemos sido injustos con nosotros mismos. Pedimos perdón por nuestras transgresiones.

¡Oh Rasûlullah! Intercede por nosotros ante Allahu ta'âlâ. ¡Oh Rasûlullah! Suplica a Allahu ta'âlâ que se lleve nuestras almas estando en tu camino, permite que nos reunamos con los que estén contigo el Día de la Resurrección y concédenos el encontrarnos y beber de tu estanque. ¡Oh Rasûlullah! Te pedimos tu intercesión". Luego se recita el âyat-i karîma 10 de la Sûra Hashr que dice: **"¡Oh nuestro Rabb! ¡Perdónanos a nosotros y a nuestros hermanos sinceros que vivieron antes de nosotros y que ya han fallecido! ¡No permitas que haya rencor alguno en nuestros corazones contra los creyentes! ¡Oh nuestro Rabb! ¡Ciertamente Tú eres Compasivo y Misericordioso!"**

Luego se transmiten los salâm de los que envían sus saludos y se dice: "¡Assalâmu alaika yâ Rasûlullah! Esta persona suplica que seas su intercesor ante Allahu ta'âlâ. Intercede por él y por todos los musulmanes". Y se repiten tantos salawât como uno desee. Luego, moviéndose medio metro hacia la derecha para quedar alineado con la cabeza de Hadrat Abû Bakr Siddîq, se le saluda diciendo: "¡Assalâmu alaika yâ jalîfata Rasûlillah! ¡Assalâmu alaika yâ rafîkahu fil-gâr! ¡Assalâmu alaika yâ amînahu alal-asrâr! Pido a Allahu ta'âlâ que te conceda, al imam de esta comunidad, la recompensa más elevada. Cumpliste con tu deber de jilâfa (califa) y seguiste su encumbrado camino de la manera más hermosa. Luchaste contra los murtad (renegados) y los extraviados. Siempre dijiste la verdad. Hasta la hora de tu muerte ayudaste a la gente que seguía el camino recto. ¡Que los salâm de Allahu ta'âlâ, Su compasión y Su favor

estén contigo! ¡Oh Allah! Llévate nuestras almas con Tu compasión cuando tengamos este amor en nuestro corazón. ¡No invalides nuestra visita a Tu Profeta!”

Luego, moviéndose de nuevo medio metro hacia la derecha para quedar alineado con la tumba de Hadrat ‘Umar, se le saluda diciendo: “¡Assalâmu alaika yâ Amîr-al-mu’minîn! ¡Assalâmu alaika yâ Muzhir-al-Islam! ¡Assalâmu alaika yâ Muksir-al-asnâm! Pido a Allahu ta’âlâ que te dé la recompensa más elevada. Ayudaste a los musulmanes toda tu vida hasta la hora de tu muerte. Protegiste a los huérfanos. Fuiste bueno con tus parientes. Fuiste una guía para los musulmanes, conseguiste su aprobación, seguiste el camino recto y llevaste a la gente por ese camino. Pusiste orden en sus asuntos. Hiciste que los pobres se hicieran ricos y te ocupaste de sus males. ¡Que los salâm de Allahu ta’âlâ, Su compasión y Sus bendiciones estén contigo!”

Luego, dirigiéndose a Hadrat Abû Bakr y Hadrat ’Umar se dice: “¡Assalâmu alaikumâ yâ daŷîay-Rasûlillah wa rafîqayhi wa wazîrayhi wa mushîrayhi wal muâwinayni lahû alal-qiyâmi fid-dîni wal-qâimayni ba’dahû bi-masâlih-il-muslimîn! Que Allahu ta’âlâ os otorgue la recompensa más hermosa. Os consideramos como nuestros intermediarios ante el Rasûlullah para conseguir su intercesión y sus súplicas a Allahu ta’âlâ para que acepte nuestro Sa’y, tome nuestras almas y nos haga volver a la vida creyendo en el Islam y nos permita estar con la gente que estará con el Rasûlullah en el Día del Juicio”.

Luego se pide por uno mismo, por los parientes, por los que nos lo han solicitado y por todos los musulmanes. Volviendo luego a mirar hacia donde está el rostro bendecido de nuestro Maestro, el Rasûlullah, se dice: “¡Oh Allah! Tú has dicho: **“Hemos enviado a cada profeta con el mandato de Allahu ta’âlâ para que lo obedeciera la tribu a la que fue enviado. Si después de haber sido injustos consigo mismos hubieran venido a ti, hubieran pedido perdón a Allah y hubiera pedido el Mensajero perdón por ellos, habrían encontrado a Allah Favorable hacia ellos, Compasivo”.** (Sûra Nisâ: 64). ¡Oh mi Rabb! Al cumplir Tu palabra encumbrada y obedecer Tus mandatos, Te suplicamos la intercesión de Tu amado Profeta ante Ti”. Y luego se dice la siguiente súplica que es el âyat-i karîma 10 de la Sûra Hashr, que ya se había recitado y que dice: **“¡Oh nuestro Rabb! ¡Perdónanos a nosotros y a nuestros hermanos sinceros que**

vivieron antes de nosotros y ya han fallecido! ¡No permitas que haya rencor alguno en nuestros corazones contra los creyentes! ¡Oh nuestro Rabb! ¡Ciertamente Tú eres Compasivo y Misericordioso!". Y se recita también la siguiente invocación: "Rabbanagfir lanâ wa li-âbâ-inâ wa li-ummahâtinâ wa li-ihwâninal-lazîna sabakûna bil-îmâni", además de las âyat-i karîma: "Rabbana âtinâ…" y "Subhâna rabbika…". Y con ello se completa la visita a su tumba bendecida.

Luego se va al pilar, que está entre la tumba y el minbar del Rasûlullah, donde se ató Hadrat Abû Lubâba para arrepentirse. En ese lugar se hacen dos rak'ats de namâz y se hace tawba e istigfar. Se pueden decir las súplicas e invocaciones que uno quiera. A continuación se va a la Rawda-i mutahhara que tiene la forma de un cuadrado. Se hacen tantas oraciones como se desee además de súplicas e invocaciones. Se hacen tasbîh y se alaba y se dan gracias a Allahu ta'âlâ. Luego se va al minbar y, con la intención de recibir la bendición del Rasûlullah, se pone la mano en el lugar donde nuestro Maestro, el Profeta, ponía la suya cuando pronunciaba el jutba (sermón). Allí se hacen dos rak'ats de namâz y se pide a Allahu ta'âlâ por los deseos personales. Se busca refugio de Su ira en la misericordia de Allahu ta'âlâ. Luego se va al pilar Hannâna. Este es el pilar que se lamentaba porque nuestro Maestro, el Rasûlullah había dejado de apoyarse en él porque tenía un minbar nuevo; cuando el Rasûlullah bajó del minbar y lo abrazó, dejó de quejarse. Durante el tiempo que se pase en ese lugar, se recita el Qur'ân al-karîm por la noche, se menciona el nombre de Allahu ta'âlâ, se hacen súplicas e invocaciones de forma pública y secreta y se hace râbita (vincular el corazón con un murshid realizado).

En el lado de la qibla del Huŷrat as-Sa'âda, había un espacio pequeño antes de que los aposentos de las benditas esposas del Rasûlullah, radî-Allâhu ta'âlâ 'anhunna, se anexionaran a la Masŷid as-Sa'âda, razón de que fuera difícil estar de pie mirando hacia la Muwâŷahat as-Sa'âda. Los visitantes solían permanecer de pie orientados hacia la qibla y saludar delante de la puerta de la Rawdat al-Mutahhara que estaba en la pared de la Huŷrat as-Sa'âda. Pasado el tiempo, Imâm Zain al-'Âbidîn solía hacer el saludo teniendo detrás a la Rawdat al-Mutahhara. La visita se ha hecho de esa manera durante mucho tiempo. Tras la anexión de los aposentos

de la benditas esposas a la masŷid, la Huŷrat as-Sa'âda se empezó a visitar poniéndose de pie ante la ventana de la Muwâŷahat ash-Sharîfa.

La habitación de Hadrat 'Âisha, radî-Allâhu ta'âlâ 'anhâ, tenía tres metro de alto y estaba construida con adobe y ramas de palmera. Tenía dos puertas: una orientada hacia occidente que daba a la Rawdat al-Mutahhara, y la otra que daba al norte. Cuando Hadrat 'Umar, radî-Allâhu ta'âlâ 'anh, extendió la Masŷid as-Sa'âda en los últimos años de su califato, rodeó la Huŷrat as-Sa'âda con un muro de piedra de baja altura.

Cuando fue Califa Abdullâh ibn Zubair, radî-Allâhu ta'âlâ 'anh, reconstruyó esa pared con piedras de color negro. Carecía de techo y tenía una puerta que daba al norte. Cuando Hadrat Hasan, radî-Allâhu ta'âlâ 'anh, falleció el año 49 H., su hermano Hadrat Husayn, radî-Allâhu ta'âlâ 'anh, llevó el cadáver a la puerta de la Huŷrat as-Sa'âda, según constaba en el testamento de su hermano, y quiso llevarlo al interior para rezar y pedir intercesión. Al pensar que sería enterrado allí, algunas personas se opusieron. Para impedir el conflicto, fue enterrado en el cementerio Baqî'. Para impedir que volvieran a ocurrir este tipo de sucesos, las puertas de la habitación y la que daba al exterior fueron tapiadas.

Walîd, rahimah-Allâhu ta'âlâ, el sexto Califa Umayyad, cuando era el gobernador de Medina mandó construir un muro alrededor de la habitación que se remató con una cúpula. Las tres tumbas no podían verse desde el exterior y se impedía la entrada a la habitación. Cuando se convirtió en califa, ordenó a 'Umar ibn 'Abd al-'Azîz, rahimah-Allâhu ta'âlâ, su sucesor como gobernador de Medina, que construyera un segundo muro alrededor cuando se eliminaron los aposentos de las Esposas Puras, radî-Allâhu ta'âlâ 'anhunna, y se amplió la Masŷid as-Sa'âda en el año 88 H. (707 d.C.). Este muro tenía forma de pentágono, estaba techado y carecía de puertas.

Ŷamâl ad-dîn al-Isfahânî, rahimah-Allâhu ta'âlâ, visir del Estado Atabeg gobernado por los Zengîs de Iraq e hijo del tío paterno de Salâh ad-dîn al-Ayyûbî, puso un enrejado hecho de madera de ébano-sándalo en torno a la pared exterior de la Huŷrat as-Sa'âda en el 584 H. (1189 d.C.). El enrejado llegaba hasta el techo de la masŷid.

Cuando fue destruido por el primer incendio que tuvo lugar el año 1289 d.C. se puso una reja de hierro pintada de verde. Este enrejado se llamó ‘Shabakat as-Sa’âda’ (Celosía Bendecida). Los lados de la Shabakat as-Sa’âda que dan a la qibla, oriente, occidente y el norte se llaman Muwâŷahat as-Sa’âda, Qadam as-Sa’âda, Rawdat al-Mutahhara y Huŷrat al-Fâtima, respectivamente. Como al-Makkat al-Mukarrama está al sur de al-Madinat al-Munawwara, el que está orientado hacia la qibla en medio de la Masŷid an-Nabî, es decir, en la Rawdat al-Mutahhara, tiene Huŷrat as-Sa’âda a su izquierda y el Minbar ash-Sharîf a su derecha.

El suelo de mármol, entre la Shabakat as-Sa’âda y las paredes exteriores y la zona externa, se puso en el año 232 H. (847 d.C.), y ha sido renovado en numerosas ocasiones. La última restauración del suelo fue ordenada por el sultán otomano ’Abd al-Maŷîd Jân.

La pequeña cúpula que se construyó sobre el muro con forma de pentágono se llama Qubbat an-Nûr. La Kiswat ash-Sharîfa enviada por los sultanes otomanos, rahimahum-Allâhu ta’âlâ, se puso sobre la cúpula a modo de cubierta. La cúpula grande y verde que cubre la Qubbat an-Nûr y se llama Qubbat al-Jadrâ, es la cúpula de la Masŷid as-Sa’âda. La kiswa que está en el lado exterior del enrejado y que se conoce con el nombre de Shabaka as-Sa’âda, solía colgarse de los arcos en los que se apoya la Qubbat al-Jadrâ. Estas cortinas exteriores e interiores reciben el nombre de Sattâra.

La Shabakat as-Sa’âda tiene tres puertas que dan al oriente, occidente y el norte. Solo pueden entrar en la Shabakat as-Sa’âda los responsables del Harâm ash-Sharîf y nadie puede entrar más allá al no haber puerta ni ventana. Lo único que hay es un agujero pequeño en la parte superior de la cúpula cubierto con un enrejado fino de alambre. Justo encima de este agujero está el de la Qubbat al-Jadrâ. La cúpula de la Masŷid ash-Sharîf era de color gris hasta el año 1253 H. (1837 d.C.); ese año se pintó de verde por orden del Sultán Mahmûd ’Adlî Jân. En el año 1289 H. (1872) se pintó de nuevo por orden del Sultán ’Abd al-Azîz Zhân.

A la hora de reparar y embellecer la Masŷid as-Sa’âda nadie ha puesto más esfuerzo y dinero que el Sultán ’Abd al-Majîd Jân, rahimah-Allâhu ta’âlâ. Llegó a gastar setecientas mil monedas de oro para restaurar los Haramain. La restauración quedó terminada el año 1277 H. (1861 d.C.).

El Sultán ’Abd al-Majîd Jân ordenó que se hiciese una maqueta de la forma primera de la Masŷid an-Nabawî para ponerla en la Mezquita Jirka-i Sharîf de Estambul. Para ello fue enviado a Medina, en el año 1267 H. (1850), Hâŷi ’Izzet Effendi, rahimah- Allâhu ta’âlâ, un profesor y diseñador de la Escuela de Ingeniería. ’Izzet Effendi tomó medidas de cada zona y construyó una maqueta a escala 1/53 que envió a Estambul. La maqueta se puso en la Mezquita Jirka-i Sharîf que fue construida por ’Abd al-Maŷîd Jân.

Como consecuencia de las restauraciones hechas por ’Abd al-Majîd Jan, la distancia entre la pared de la qibla y la Shabakat as-Sa’âda llegó a ser de siete metros y medio; entre la pared oriental y el enrejado de la Qadam as-Sa’âda la distancia era de seis metros; la anchura de la Shabakat ash-Shâmî once metros; y la distancia entre la Muwaŷahat ash-Sharîfa y la Shabakat ash-Shâmî fue de diecinueve metros. En el lado de la qibla, la anchura de la Masŷid an-Nabawî pasó tener setenta y siete metros y la longitud desde la pared de la qibla a la pared de Damasco, ciento diecisiete metros.

La Rawdat al-Mutahhara, que está entre la Huŷrat as-Sa’âda y el Minbar ash-Sharîf, tiene diecinueve metros de ancho. Tras el gobierno de los otomanos, se han hecho una serie de cambios en estos lugares sagrados y los artilugios históricos que habían construido nuestros antepasados han sido destruidos y expoliados.

Es mustahab (una acción que complace a Allahu ta’âlâ) visitar el Cementerio Baqî’ tras la visita a la tumba bendecida de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Allí se visitan otras tumbas, en especial la de Hadrat Hamzâ que es el Sayyid-ush-shuhadâ (el señor de los mártires). También se deben visitar las tumbas de Hadrat Abbâs, Hasan bin Ali, Zaynalâbidîn y su hijo Muhammad Bâkir y su hijo Ŷa’far-i Sâdiq, Amîr-ul-mu’minîn Hadrat ’Uzman, la tumba de Ibrâhim, el hijo de nuestro Maestro, el Rasûlullah, las esposas bendecidas de nuestro amado Profeta, su tía paterna Safiyya y las de otros muchos Compañeros y Tâbi’în. Se hace namâz en la Mezquita Fâtima del Cementerio Baqî. También es mustahab visitar los mártires de Uhud los jueves. Allí se recita: “Salâmun alaikum bimâ sabartum. Fani’ma uqbaddâr. Salâmun alaikum yâ ahla dâr-il-kavm-il-mu’minîn wa innâ inshâallahu an karîbin bikum lâhikûn”. Luego se recita el Âyat-al-Kursî y la Sûra Ijlâs.

Los que visitan la Huŷrat-i Sa’âdat deben tratar de no albergar pensamientos mundanos en sus corazones. Se debe pensar en la nûr de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y lo encumbrado de su rango. Las súplicas hechas por los que piensan en asuntos mundanos o tratan de adular a la gente de posición elevada no serán aceptadas. No conseguirán lo que desean.

La visita a la Huŷrat-i Sa’âdat es un acto de adoración muy honroso. Se teme que los que no creen en ello podrían salir del Islam. El hecho es que se estarían oponiendo a Allahu ta’âlâ, a Su Mensajero y a todos los musulmanes. Aunque algunos eruditos Mâlikî han dicho que visitar al Rasûlullah es wâŷib, el consenso unánime es que es mustahab.

Tawassul

Tawassul es convertir a alguien en wasila [intermediario, recurso], para pedir su ayuda y sus súplicas. Pedir a Allahu ta’âlâ mediante su intercesión y suplicar poder morir con îmân. El tawassul se hace a través de nuestro Maestro, el Profeta, todo el tiempo, antes y después de su creación, durante su vida, tras su muerte y durante su vida en la tumba. Y debemos hacer tawassul a través de él en el lugar de Arasât, tras la resurrección en el Día del Juicio y en el Paraíso. Wasila es todo lo que, ante Allahu ta’âlâ, propicia cercanía y la satisfacción de las necesidades.

Es permisible hacer tawassul a través del Rasûl-i akram, esto es, hacer que nuestro Maestro, el Rasûlullah sea wasila ante Allahu ta’âlâ, además de pedir su ayuda e intercesión. Esto es algo que han hecho los profetas, alaihimus-salâm, los Salaf-i sâlihîn (los sabios de la antigüedad), los eruditos y otros musulmanes. Ningún musulmán lo ha considerado algo incorrecto. Hasta el día de hoy, con la excepción de los que tienen una creencia corrupta, no ha habido nadie que no lo haya aceptado.

El padre del género humano, Âdam, ’alaihi ’s-salâm, cuando descendió a la tierra, recurrió a nuestro Maestro, el Profeta. Nuestro amado Profeta mencionó este incidente en uno de sus hadîz-i sharîf de la siguiente manera: **“Cuando Âdam,** ’alaihi ’s-salâm, **cometió la transgresión y fue expulsado del Paraíso, dijo: ‘‘¡Oh mi Rabb! ¡Perdóname por el amor a Muhammad**

(sallallâhu ’alaihi wa sallam)**!’ Allahu ta’âlâ aceptó su súplica y le preguntó: ‘¿Cómo es que conoces a Mi amado Profeta Muhammad,** (sallallâhu ’alaihi wa sallam) **si todavía no lo he creado?’ Respondió él: ‘Cuando Tú me creaste, abrí los ojos y vi ‘Lâ ilâha illa’llâh Muhammadun Rasûlullâh’ escrito en el ’Arsh; su nombre aparecía junto al Tuyo, mostrando Tu amor por él’. Y Allahu ta’âlâ dijo: ‘¡Oh Âdam! ¡Has dicho la verdad! Él es el más amado de todas Mis criaturas. Al haber pedido perdón en su nombre, he aceptado tu súplica y te he perdonado’”.** Según otra transmisión, Allahu ta’âlâ dijo: **“Él es un Profeta que será uno de tus descendientes. Si no lo hubiese creado, no te habría creado a ti ni a tus descendientes. Y como has recurrido a él como intercesor, te he perdonado”.**

Hay una gran cantidad de ejemplos que hablan de este tema. Algunos se recogen a continuación:

Un hombre ciego de ambos ojos pidió al Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, que suplicara para poder recuperar la vista. El Rasûlullah dijo: **“Si quieres lo pediré, pero sería mejor que tuvieses paciencia y lo soportaras”.** “Ya no tengo fuerzas para aguantar más. Te ruego que lo supliques”, respondió el ciego musulmán. Entonces, nuestro Maestro, el Profeta, le ordenó: **“Haz la ablución y luego recita: ‘Allâhumma innî as’aluka wa atawaŷŷahu ilaika bi-Nabiyyika Muhammadin Nabiy-yir-rahmati. ¡Ya Muhammad! Innî atawaŷŷahu bika ilâ Rabbî fî hâŷatî li-taqdiya lî Allâhumma shaffi’hu fiyya”.**

Al-Imâm an-Nasâ’î, rahimah-Allâhu ta’âlâ, un ’alim de los hadices, relató que cuando el ciego hizo lo ordenado, Allahu ta’âlâ aceptó su súplica y recuperó la vista.

En lo que respecta a hacer tawassul a través de nuestro Maestro, el Rasûlullah, Hadrat ’Uzman bin Hanîf narró el siguiente suceso: “Cuando era el Jalîfa ’Uzmân bin ’Affan, radî-Allâhu ta’âlâ ’anhumâ, alguien que tenía muchos problemas me habló de su situación y de la vergüenza que le daba ir al Jalîfa. Le dije que hiciera la ablución, fuese a la Masŷid as-Sa’âda y dijera la súplica que devolvió la vista al ciego musulmán”.

“El hombre atribulado hizo lo que le había dicho y fue a ver al Jalîfa que le hizo sentar en la alfombra donde hacía la oración, escuchó sus problemas y aceptó su petición. Al ver que sus

problemas se habían resuelto de inmediato, el hombre fue a ver a ’Uzmân bin Hanîf y le dijo lleno de alegría: “¡Que Allahu ta’âlâ te bendiga! Si no hubieses hablado con el Jalîfa no habría podido librarme de esos problemas”. El hombre suponía que ’Uzman bin Hanîf había hablado con el Jalîfa.

Durante el califato de ’Umar, radî-Allâhu ta’âlâ ’anh, hubo una hambruna terrible. Hadrat Bilâl bin Hars, radî-Allâhu ta’âlâ ’anh, un sahâbî, fue a la tumba del Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, y dijo: **“¡Oh Rasûlullah! Tu umma** (Compañeros) **se está muriendo de hambre. Te ruego que intercedas para que llueva”. Esa noche soñó con el Rasûlullah que le decía: “¡Ve a ver al Jalîfa! ¡Dale mi salâm y ordénale salir y hacer la oración por la lluvia!”** Hadrat ’Umar ordenó salir para rezar por la lluvia y comenzó a llover.

Allahu ta’âlâ acepta las súplicas en nombre de Sus amados siervos. Allahu ta’âlâ ha declarado lo mucho que ama a Muhammad, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam. En consecuencia, si alguien implora diciendo “Allâhumma innî as’aluka biŷâh-i Nabiyyika ’l-Mustafâ” su súplica no será rechazada. Pero va contra el adab convertir al Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, en un intercesor para asuntos mundanos y carentes de importancia.

“Burhân ad-Din Ibrâhim al-Mâlikî, rahimah-Allâhu ta’âlâ, relató que un hombre muy pobre fue a la Huŷrat as-Sa’âda y dijo: “¡Oh Rasûlullah! Estoy hambriento”. Pasado un tiempo, vino un hombre que lo invitó a su casa y le dio de comer. Cuando el pobre dijo que su súplica había sido aceptada, el anfitrión dijo: “¡Hermano mío! Has dejado a tu familia en tu casa para luego emprender un camino largo y difícil para visitar al Rasûlullah; ¿crees que es correcto disfrutar de una audiencia con el Rasûlullah para pedirle un poco de comida? En esa noble y encumbrada audiencia tenías que haber pedido el Paraíso y favores infinitos. En ese lugar, Allahu ta’âlâ no rechaza lo que se pide”. Los que consiguen el honor de visitar al Rasûlullah deben pedirle que interceda por ellos en el Día del Juicio.

Un día, el Imâm Abu Bakr al-Mukrî, junto con al-Imâm at-Tabarânî y Abu Shayj, rahimahum-Allâhu ta’âlâ, estaban sentados en la Masŷid as-Sa’âda. Tras haber pasado varios días sin comer, estaban hambrientos. En un momento dado, Imâm Abu Bakr, que ya no podía soportarlo más, dijo: “¡Estoy hambriento, oh Rasûlullah!” y se retiró a un rincón. Al poco

tiempo vino una persona noble, que era un Sayyidi, con sus dos criados y dijo: “¡Hermanos míos! Habéis pedido a mi abuelo, el Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, que os ayude a encontrar algo de comer. Me ha ordenado que os dé de comer hasta que quedéis saciados”. Comieron todos juntos, les dio lo que había sobrado y se marchó.

Abû Abdullah Muhammad Marâkashî, rahimah-Allâhu ta’âlâ, un erudito del Islam (m. 683 H. /1284 d.C.), recogió en su valioso libro *‘Misbâh-uz zulâm’* una lista de los que habían conseguido sus deseos tomando como intercesor al Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam. Uno de ellos, Muhammad bin Munkadir, dijo que, antes de salir hacia el ŷihad, un hombre había entregado a su padre ochenta monedas de oro para que las guardara diciendo: “¡Guárdamelas! Puedes prestárselas a los que estén en necesidad”. Al poco tiempo una hambruna asoló Medina y el padre de Muhammad bin Munkadir se las prestó a los que sufrían las consecuencias de la hambruna. Cuando el hijo regresó y le pidió las monedas al padre, este le dijo que volviera la noche siguiente. El padre de Muhammad bin Munkadir pasó la noche en la Huŷrat as-Sa’âda haciendo súplicas hasta que llegó la mañana. Pasado el tiempo, su hijo contaba: “Mi padre me dijo que vino un hombre pidiéndole que abriese las manos. Cuando lo hizo, el hombre le dio un montón de monedas de oro. Al llegar a casa las contó y vio que eran exactamente ochenta. Lleno de alegría, las devolvió de inmediato a su dueño, su hijo”.

Al comienzo de su libro, Hadrat Imâm-i Muhammad Mûsâ, relata el siguiente suceso:

“En el año 637 H. (1239 d.C.) salimos de la fortaleza Sadar con un grupo de gente distinguida. Uno de los hombres hacía de guía. Pasado un tiempo nos quedamos sin agua. Se pusieron a buscarla y mientras tanto fui a hacer mis necesidades. En ese momento me entró un sueño muy grande. Pensando que me despertarían antes de partir, me tumbé y puse la cabeza en el suelo”.

“Cuando desperté, descubrí que estaba solo en medio del desierto. Mis amigos se habían ido olvidándose de mí. Al estar tan solo, fui presa del miedo. Comencé a caminar sin tener la menor idea de hacia dónde ir. Dondequiera que miraba no había más que una llanura de arena. Al poco tiempo se hizo de noche. No había el menor rastro de la caravana con la que

viajaba. Estaba totalmente solo en la oscuridad. Mi temor aumentó. Aturdido, me puse a caminar más deprisa”.

“Pasado un tiempo, sediento y agotado, me derrumbé sin esperanzas por mi vida y sintiendo que se acercaba la hora de mi muerte. La sed y el cansancio hicieron que mi dolor y sufrimiento fueran insoportables. De repente recobré los sentidos y, en plena noche, supliqué: “¡Oh Rasûlullah! ¡Ayúdame! Te pido tu ayuda con el permiso de Allahu ta’âlâ!”

“Nada más terminar lo que estaba diciendo, oí que alguien me llamaba. Cuando miré hacia el lugar de donde procedía la voz vi que, iluminando la oscuridad que le rodeaba y con ropas absolutamente blancas, me llamaba alguien que nunca había visto antes. Se acercó a mí y me tomó de la mano. En ese momento, toda mi sed y mi cansancio desaparecieron de inmediato. Era como si hubiese vuelto a nacer. Caminamos un rato cogidos de la mano. Estaba sintiendo que era uno de los momentos más hermosos de mi vida. Tras subir una duna, vi las luces de la caravana con la que viajaba y oí las voces de mis amigos. Entonces nos acercamos”.

“El animal que yo había montado estaba siguiendo la caravana. De repente se detuvo delante de mí. Cuando vi mi montura ante mí lancé un grito. En ese momento, la persona que estaba conmigo retiró su mano. Luego la tomó de nuevo y me ayudó a subir a mi montura. Y entonces dijo: **‘Nunca nos negamos a los que quieren algo de nosotros y piden nuestra ayuda’**, y se fue. En ese momento comprendí que era nuestro Maestro, el Rasûlullah. Mientras regresaba, podía verse que la nûr que irradiaba ascendía hacia los cielos en la oscuridad de la noche. Cuando desapareció, recobré el sentido y me dije lleno de arrepentimiento: ‘¿Por qué no besaste las manos y los pies de nuestro Maestro, el Rasûlullah?’ No obstante ya era demasiado tarde y había perdido la oportunidad”.

Abu’l-Jair ’Aqta’, rahimah-Allâhu ta’âlâ, tras cinco días de hambre en Medina, fue a la Huŷrat as-Sa’âda y saludó al Rasûlullah. Dijo que estaba hambriento y al poco tiempo se quedó dormido. En su sueño vio que se acercaba el Rasûlullah acompañado de Abu Bakr as-Siddîq a su derecha, ’Umar Fâruq a la izquierda y Ali al-Murtadâ, radî-Allâhu ta’âlâ ’anhum aŷma’in, por delante. Hadrat Ali vino y dijo: “¡Oh Aba’l-Jair! ¡Levántate! ¿Por qué estás tumbado? ¡Viene el Rasûlullah! Abu’l-Jair se levantó a toda prisa. El Rasûlullah se acercó y le dio una gran

hogaza de pan. Más tarde, Abu'l-Jair contaba: "Nada más recibir la hogaza empecé a comer porque estaba hambriento. Cuando había comido la mitad, desperté y encontré en mis manos la otra mitad de la hogaza".

Ahmad bin Muhammad Sûfî dijo: "Cuando estaba en los desiertos del Hiŷaz, me quedé sin bienes materiales. Llegué a Medina y di salâm al Rasûlullah en la Huŷrat as-Sa'âda. Luego me senté en un rincón y me quedé dormido. De repente apareció el Rasûlullah que dijo: **'¿Has venido, Ahmad? ¡Abre las manos!'** me ordenó, y me llenó las manos de oro. Cuando desperté, tenía las manos llenas de monedas de oro".

En cierta ocasión Imâm as-Samhûdî, rahimah-Allâhu ta'âlâ, perdió su llave. No podía encontrarla en ningún lugar. Al final decidió ir a la Huŷrat as-Sa'âda y dijo: "¡Oh Rasûlullah! ¡He perdido la llave, no puedo ir a casa!" De repente apareció un muchacho que dijo: "He encontrado esta llave. ¿Es suya?"

Mustâfa 'Ishqî Effendi de Kilis, rahimah-Allâhu ta'âlâ, escribió en su libro de historia *'Mawârid-i Maŷidiyya'*: "Estuve viviendo en Mecca veinte años. Tras haber ahorrado sesenta monedas de oro, mi esposa, mis hijos y yo emigramos a Medina en el año 1247 H. (1831 d.C.). Gastamos todo el dinero durante el viaje. Fuimos invitados a la casa de un amigo. Visité la Huŷrat as-Sa'âda y pedí ayuda al Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam. Tres días más tarde vino un hombre a la casa donde estábamos alojados y dijo que había alquilado una casa para nosotros. Se encargó de llevar nuestras cosas a la casa y pagó el alquiler de todo un año. Pasados unos meses, caí enfermo y estuve en cama un mes. En la casa no había nada que comer ni que vender. Con la ayuda de mi esposa subí al techo de la casa. Quería contar mis problemas al Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam. Me orienté hacia su tumba y cuando alcé las manos para implorar su ayuda sentí vergüenza por pedir cosas mundanas. No pude decir cosa alguna y bajé de nuevo a mi habitación".

"Al día siguiente, vino una persona que dijo haber recibido de alguien unas monedas de oro como regalo para mí. Nuestros problemas se habían acabado, pero mi enfermedad continuaba. Ayudado, fui a la Huŷrat as-Sa'âda y pedí al Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, que me curase la enfermedad. Salí de la Masŷid y fui andando hasta mi casa sin

necesitar ayuda de nadie. Cuando entré en la casa estaba completamente. Durante unos días salí a la calle con un bastón como protección contra las malas miradas. Pero al poco tiempo, todo el dinero se había gastado. Dejando a mi esposa e hijos en la oscuridad, hice la oración de la noche en la Masŷid an-Nabawî y luego le conté mi situación al Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam. En el camino de regreso a casa, una persona que no conocía se acercó a mí y me dio una bolsa pequeña. Cuando la abrí vi que contenía cuarenta y nueve monedas de oro. Compré velas y otras cosas necesarias y regresé a casa".

En el segundo volumen de la traducción del libro *'Shaqâyiq-i Nu'mâniyya'* habla sobre el gran erudito del Islam, Mawlânâ Shamsaddîn Muhammad bin Hamzâ al-Fanârî, rahimah Allâhu ta'âlâ, el primer Shayj al-Islam del Imperio Otomano y muŷaddid de su época. Había quedado ciego por unas cataratas y una noche soñó con nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, que le ordenaba: **"¡Explica** (haz tafsîr de) **la Sûra Tâhâ!"** Dijo Shamsaddîn: "Yo no tengo la capacidad de comentar al-Qur'ân al-karîm en tu audiencia. Además, mis ojos no pueden ver". Entonces nuestro Maestro el Rasûlullah, que era el médico de los profetas, sacó un trozo de algodón de su jirka y, tras humedecerlo con su saliva bendecida, lo puso sobre los ojos de Mullâh al-Fanârî. Cuando este despertó, sintió sobre sus ojos el trozo de algodón y al quitarlo descubrió que podía ver perfectamente. Alabó y dio gracias a Allahu ta'âlâ. Guardó el trozo de algodón y pidió que lo pusieran sobre sus ojos cuando muriese. Su voluntad se cumplió cuando murió en Bursa el año 834 H. (1431 d.C.).

Un día que Hadrat Imâm Mâlik, rahimah-Allâhu ta'âlâ, conversaba con Abu Ŷa'far Mansûr, el Califa Abasida, en la Masŷid an-Nabawî, le dijo: "¡Oh Mansûr! ¡Estamos en la Masŷid as-Sa'âda! ¡Baja la voz! Allahu ta'âlâ amonestó a un grupo de adoradores en este versículo de la Sûra al Huŷurât: **'¡Que vuestras voces no sean más altas que la de Mi Mensajero!'** Y en el âyat al-karîma: **'Los que hablan en voz baja en la presencia del Profeta...'** Alabando con ello a los que hablan en voz baja".

"Respetar al Rasûlullah tras su muerte es lo mismo que respetarlo cuando estaba vivo". Mansûr, inclinando su cuello, dijo: "¡Oh Abâ 'Abdullah! ¿Debo orientarme hacia la qibla o hacia la Qabr as-Sa'âda?" Hadrat Imâm Mâlik dijo: "¡No apartes tu cara del Rasûlullah! Este

encumbrado Profeta, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, el intercesor en el Día del Juicio, intercederá por ti y por la salvación de tu padre Âdam, 'alaihis-salâm, en el Día del Juicio".

"Debes pedir su intercesión mirando hacia la Qabr as-Sa'âda e intentar vincularte con el alma bendecida del Rasûlullah. El âyat 64 de la Sûra an-Nisâ declara: **'"Si los que son injustos consigo mismos hubiesen venido a ti y suplicado la misericordia de Allahu ta'âlâ, y si Mi Rasûl también intercede por ellos, encontrarán sin duda alguna que Allahu ta'âlâ es Compasivo y Misericordioso".**

"Este âyat promete que la tawba de los que toman como intercesor al Rasûlullah será aceptada". Al oír estas palabras, Mansûr se levantó y poniéndose delante de la Huŷrat as Sa'âda dijo: "¡Oh mi Rabb! ¡Has prometido que aceptarás la tawba de los que toman a Tu Mensajero como intercesor! Yo suplico Tu perdón en la elevada presencia de tu encumbrado Profeta. ¡Perdóname a mí también, lo mismo que has perdonado a Tus siervos que suplicaban Tu perdón cuando él (el Profeta) estaba vivo! ¡Oh mi Rabb! Yo Te suplico a través de la intercesión de Tu encumbrado Profeta que es el Nabî ar-Rahma (Profeta de la Gentileza). ¡Oh Muhammad, el más elevado de los profetas! He suplicado a mi Rabb mediante tu intercesión. ¡Oh mi Rabb! ¡Haz que ese encumbrado Profeta sea mi intercesor!" Mientras suplicaba, estaba de pie ante la ventana de la Muwâŷahat as-Sa'âda, con la qibla a sus espaldas y el Minbar an-Nabawî a su izquierda.

El consejo que dio Hadrat Imâm Mâlik, rahimah-Allâhu ta'âlâ, al Jalîfa Mansûr, enseña que los que imploran ante la Huŷrat as-Sa'âda deben tener mucho cuidado; los que en ese lugar no puedan tener la modestia y el respeto adecuados, no hacen lo correcto y no deberían permanecer demasiado tiempo en al-Madinat al-Munawwara.

Un pueblerino de Anatolia que se había quedado, e incluso casado, en al-Madinat al-Munawwara había prestado sus servicios durante años en la Huŷrat as-Sa'âda. Un día que había caído enfermo y tenía mucha fiebre anhelaba beber un poco de ayran (una bebida fría de yogur y agua). "Si estuviese en mi pueblo, haría un poco de ayran y lo bebería con deleite" pensó el pueblerino. Esa noche, el Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, se le apareció en un sueño al Shayj al-Haram Effendi y le ordenó que el trabajo que desempeñaba un

pueblerino de Anatolia se lo confiara a otra persona. Y cuando este dijo: “¡Oh Rasûlullah! Ya hay una persona de tu umma que hace ese trabajo”. El Profeta le dijo: **“¡Dile a esa persona que vaya a su pueblo y beba ayran!”** Cuando al día siguiente le comunicaron la noticia, el pueblerino dijo: “¡Lo que usted ordene!”, y partió hacia su país.

Con esto se debe tener en cuenta que si un simple pensamiento causa tal pérdida, cuál sería el menoscabo –no lo quiera Allah– producido por una palabra incorrecta o un acto que se oponga al adab, incluso aunque sea en broma.

La importancia de recitar salawât-i sharîfa

Uno de los deberes más importantes que tenemos es recitar salawât-i sharîfa por nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, como muestra de respeto cada vez que se escucha o escribe su nombre. El âyat-i karîma 56 de la Sûra Ahzab del Qur’ân al-karîm declara: **“Ciertamente Allahu ta’âlâ y Sus ángeles hacen salât por el Profeta** (para ensalzar su gloria)**. ¡Oh creyentes! Recitad vosotros también salât por él y someteos a él con sinceridad”.**

Los eruditos del tafsîr (ciencia de la interpretación del Qur’ân al-karîm) han dicho que la palabra “salât”, mencionada en el âyat-i karîma anterior, significa Rahma (compasión) de Allahu ta’âlâ, istighfâr (pedir perdón) de los ángeles y duâ (súplica) de los musulmanes. Todos los eruditos del Islam han afirmado de forma unánime que es wâŷib recitar salawât (como una bendición sobre el alma de nuestro Profeta) cada vez que se dice, escucha o escribe por primera vez uno de sus nombres bendecidos, y que es mustahab recitar esta bendición cada vez que se repite su nombre bendecido.

El que quiere algo de Allahu ta’âlâ cebe comenzar mostrando hamd-u-zanâ (loa, alabanza y gratitud) a Allahu ta’âlâ y luego recitar salât por nuestro Maestro el Rasûlullah. Esa súplica merecerá ser aceptada. La súplica con dos salât (al principio y al final de la misma) no es rechazada.

Hadrat Abû Talha dijo: “Una vez que estaba en la presencia del Rasûlullah, me di cuenta de que estaba más complacido y contento de lo que jamás le había visto. Cuando le pregunté por

el motivo, me dijo: **“¿Cómo no iba a estar contento? No hace mucho, Ŷabrâil,** ’alaihis-salâm, **me ha traído buenas noticias. Allahu ta’âlâ ha decretado: ‘Cuando alguien de tu Comunidad recita una salawât por ti, Allahu ta’âlâ recite a cambio diez salawât’”**

Otros hadîz-i sharîf que hablan de este tema son los siguientes:

“Sea frotada contra el suelo la nariz del que no recita salât-u-salâm por mí cuando mi nombre se menciona cerca de él. Sea también frotada contra el suelo la nariz del que no logra conseguir la misericordia de aquel que, llegando a la edad avanzada de sus padres, no merece entrar en el Paraíso al obtener su consentimiento”.

“Aquel que no recita salât-u-salâm por mí cuando mi nombre se menciona cerca de él, es el más mezquino de los mezquinos”.

Hadrat Abû Humaid as-Saidi dice: “Algunos Sahâba-i kirâm preguntaron a nuestro Maestro, el Rasûlullah: “¡Oh Rasûlullah! ¿Cómo debemos recitar salât-u-salâm por ti?” Dijo nuestro Maestro, el Rasûlullah: **“Allâhumma salli alâ Muhammadin wa azwâŷihi wa zurriyatihi kamâ sallayta alâ Ibrâhîma wa bârik alâ Muhammadin wa azwâŷihi wa zurriyatihi kamâ bârakta alâ Ibrâhîma innaka hamîdun maŷîd”.**

Algunos salawât-i sharîfa son los siguientes:

“’Alaihis-salâm”, “Sallallâhu ’alaihi wa sallam”, “Allâhumma salli ’alâ Sayyidinâ Muhammad”, “Allâhumma salli ’alâ Muhammadin wa ’alâ âli Muhammad, kamâ sallayta ’alâ Ibrâhîma wa ’alâ âli Ibrâhim…”, “Allâhumma salli ’alâ Muhammadin wa ’alâ Âlihî wa Sahbihî aŷma’în”, “Alaihissalâtu wassalâmu wattahiyya” “’Alaihi wa ’alâ ŷami'i minassalawâti atammuhâ wa minattahiyyati aymanuha”.

Alguien relató lo siguiente: “En una carta que había enviado, uno de mis amigos había escrito “sallallâhu ’alaihi wa sallam tasliman kaziran kazira” en cada lugar en el que se mencionaba el nombre bendecido del Rasûlullah. Cuando le pregunté por qué lo había hecho, dijo: “Cuando era joven escribí libros de hadîz. Pero nunca ponía salawât después del nombre bendecido del

Rasûlullah. Una vez vi en sueños al Maestro de los mundos y me dirigí hacia él. No obstante, apartó su cara. Cuando fui por el otro lado volvió a hacerlo”.

“Luego me puse frente a él y le pregunté: ‘¡Oh Rasûlullah! ¿Por qué apartas tu cara ante mí?’ Contestó: **‘¡Porque en tu libro no has escrito salât cada vez que se mencionaba mi nombre!’** Desde ese entonces, siempre he escrito su nombre bendecido seguido de salât”.

En varios hadîz-i sharîf se declara: **“Si alguien recita un salât por mí, Allahu ta’âlâ recita diez salât (compasión) por él, le perdona diez transgresiones y eleva diez veces su rango”.**

“En el Día del juicio, el más cercano a mí y el que más merecerá mi intercesión será el que haya recitado más salât por mí”.

Haqq ta’âlâ dijo a Hadrat Mûsâ (Moisés), ’alaihis-salâm: **“¡Oh Mûsâ! ¿Quieres que Yo esté más cerca de tu lengua que tus propias palabras, más cerca de tu corazón que tus pensamientos, más cerca de tu cuerpo que tu alma y más cerca de tus ojos que su luz?”** Cuando dijo: “¡Sí, oh mi Rabb!” Allahu ta’âlâ declaró: **“Recita entonces muchos salawât por Muhammad”**. Y luego Allahu ta’âlâ dijo: **“¡Oh Mûsâ! ¿Quieres no pasar sed el Día del Juicio?”** Cuando dijo: “¡Sí, oh mi Rabb!” Allahu ta’âlâ declaró: **“En ese caso, recita muchos salawât por Muhammad”**.

Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo:

“Los que estarán más cerca de mí en cada rango en el Día del Juicio serán los que, en el mundo, hayan recitado muchos salawât por mí. Al que recite cien salawât por mí el viernes, Allahu ta’âlâ le compensará satisfaciendo cien necesidades, de las cuales setenta pertenecen a la Otra Vida y treinta a este mundo. Luego Allahu ta’âlâ enviará esos salawât a mi tumba a través de un ángel. Son como regalos que uno recibe. El ángel me dirá el nombre, ascendencia y tribu del que los envía y lo registrará en una sábana blanca que está conmigo. Mi conocimiento tras mi muerte es como mi conocimiento estando vivo”.

“Los jueves, Allahu ta’âlâ envía ángeles con libros de plata y plumas de oro. Registran a todos los que dicen muchos salât por el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, **durante el día del jueves y en la noche del jueves al viernes”.**

“Si cuando dos musulmanes se encuentran, hacen musâfaha (estrecharse la mano en la manera prescrita por el Islam) **y recitan salawât por el Profeta,** (sallallâhu ’alaihi wa sallam)**, sus transgresiones pasadas y futuras son perdonadas”.**

“Cuando uno de vosotros entre en la masŷid, que recite salâm por el Profeta y que diga: ‘¡Oh mi Rabb! ¡Protégeme de shaytán!’”

Según otra transmisión: **“Cuando salga, que diga ‘Allahumma innî as’aluka min fadlika’”.**

Si al comienzo de la duâ (súplica) no hay zanâ (alabanza) a Allahu ta’âlâ ni salawât por el Rasûlullah, la duâ permanece detrás de una cortina. La duâ con alabanza y salawât al principio es aceptada.

Si no se recitan salawât por el Rasûlullah y su familia, habrá una cortina entre la súplica y el cielo. Cuando se recitan salawât, la cortina se rasga y la súplica asciende al cielo. Si no se recitan salawât, la súplica regresa.

Si en una reunión no se menciona el nombre de Allahu ta’âlâ y no se recitan salawât por el Rasûlullah, desciende un látigo sobre los presentes atormentándolos o perdonándolos.

Cuando tengas un campanilleo en los oídos, recuérdame y recita salât por mí.

El que intenta iniciar una tarea debe consultar al respecto. Allahu ta’âlâ le hará tener prudencia en esa tarea. Si alguien quiere decir una palabra y la olvida, que recite salât por me.

Si una acción beneficiosa se comienza sin mencionar el nombre de Allahu ta’âlâ ni recitar salât por mí, se interrumpe y su bendición será anulada.

Tras la muerte de Hadrat Abû Hafs Kaghidî, uno de los personajes notables del Islam, alguien lo vio en un sueño y le preguntó: “¿Cómo te trató Allahu ta’âlâ?” Dijo: “Tuvo misericordia, me perdonó y me llevó al Paraíso”. El otro preguntó: “¿Cuál fue el motivo?” Contestó: “Me hizo

parar entre los ángeles. Contaron mis pecados y mis salawât por el Rasûlullah y vieron que éstas eran más que mis transgresiones. Entonces Allahu ta'âlâ ordenó a Sus ángeles: ¡Oh ángeles míos! Vuestro trabajo ha terminado. No preguntéis nada más. ¡Llevadlo a Mi Paraíso!"

Uno de los Salaf (as-sâlihîn) ha contado: Murió un amigo con el que estaba aprendiendo hadîz. Tuve un sueño y lo vi con las ropas verdes del Paraíso. Cuando pregunté el motivo, me dijo: "Cada vez que en un hadîz aparecía el nombre del Rasûlullah yo escribía sallallâhu 'alaihi wa sallam. Y Allahu ta'âlâ me lo ha recompensado con esto".

Una vez más, uno de los Salaf (as-sâlihîn) relató: Murió uno de mis vecinos, que era un escribano. Lo vi en un sueño y le pregunté cómo le había tratado Allahu ta'âlâ. Me dijo que Allahu ta'âlâ le había perdonado. Cuando le pregunté el motivo, dijo: "Porque cada vez que escribía el nombre del Rasûlullah, ponía a continuación 'sallallâhu 'alaihi wa sallam'".

Abû Sulayman Dârâni narró lo siguiente: "Cuando escribía algún hadîz, cuando aparecía el nombre bendecido de nuestro Profeta solía poner 'sallallâhu 'alaihi' sin completarlo con 'wa sallam'. Una noche lo vi en un sueño y me preguntó: **'¡Oh Abâ Sulayman! Cuando escribas mi nombre en un hadîz, pon también 'wa sallam' después del salât. Son cuatro letras y hay diez recompensas por cada letra. Si no las escribes significa que estás perdiendo cuarenta recompensas'".** Había otra persona que tenía la misma costumbre y el Rasûlullah le dijo en un sueño: **"¿Qué te ha ocurrido que no escribes el salât completo por mí?"**

Abû Bakr-i Siddîq dijo: "Los que teman perder la memoria deben recitar muchos salawât por el Rasûlullah".

Muhammad bin Said Mutarrif, uno de los musulmanes nobles y piadosos, relataba lo siguiente: "Cuando me acostaba cada noche solía recitar un número determinado de salawât. Una noche vi al Rasûlullah en un sueño. Entró en mi habitación que se llenó de nûr. Luego se acercó a mí y dijo: 'Deja que bese la boca con la que recitas tantos salawât por mí'. Pero a mí me dio vergüenza y le presenté la mejilla. Él la besó con su boca bendecida. Desperté lleno de temor. La habitación estaba impregnada de olor a almizcle. Y el olor en mi mejilla no desapareció hasta pasados ocho días".

Cuando murió Hallad bin Kazîr, uno de los Salaf (as-sâlihîn) más encumbrados, se encontró un trozo de papel debajo de su cabeza en el que estaba escrito: “Esta es la garantía de salvación del Fuego de Hallad bin Kazîr”. Cuando preguntaron a sus familiares cuál era esa garantía dijeron: “Cada viernes solía recitar salawât”.

En el libro de Shayj Aynî, *‘Zaynu’l-Maŷalis’,* está escrito: **“En el Día del Juicio no habrá sombra bajo el Arsh excepto para tres grupos de personas”.** Cuando le preguntaron quiénes serían, nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Los que solucionen los problemas de mi Comunidad, los que revivan mi sunnat y los que reciten muchos salawât por mí”.**

Shayj Abû Mûsâ ha narrado: “Estábamos en el mar cuando nos sorprendió una tormenta. Todo el mundo lloraba temiendo morir. A mí me entró sueño y me quedé dormido. Tuve un sueño en el que vi al Rasûl-i akram que me ordenó decir a los que iban conmigo en el barco que recitasen mil veces: **‘Allâhumma salli ’alâ sayyidinâ Muhammadin wa ’alâ âli sayyidinâ Muhammad, salâtan tunŷînâ bihâ min ŷamî’il ahwâli wal-âfât wa takdî lanâ bihâ ŷamî’al hâŷât wa tutahhirunâ bihâ min ŷamî’is-sayyiât wa tarfa’unâ bihâ indaka a’lad-daraŷât wa tuballigunâ bihâ aksal-gâyât min ŷamî’il hayrâtî fil-hayâti wa ba’dal mamât’.** Ni siquiera habíamos llegado a recitar trescientas cuando la tormenta comenzó a calmarse y salimos de todo peligro. Es recomendable recitar este salât en toda acción importante y en toda situación problemática, calamidades y terremotos. En libros dignos de confianza hay más de cuarenta hadîz que describen cómo debe ser este salât. Algunas variaciones del mismo son las siguientes:

“Allâhumma salli ’alâ Muhammadin wa ’alâ âli Muhammad, kamâ sallayta ’alâ Ibrâhîma wa ’alâ âli Ibrâhim, wa bârik alâ Muhammadin wa alâ âli Muhammad, kamâ bârakta alâ Ibrâhîma wa ’alâ âli Ibrâhim, innaka hamîdun maŷîd”.

“Allâhumma salli wa sallim wa bârik warham alâ sayyidinâ Muhammadin huwa sayyid-ul Arabi wal Aŷami wa imâmi Makkat-il mukarramati wal Madinat-il munawwarati wal haram. Allam-al insâne mâlam ya’lam”.

“Asluhu nûrun wa nasluhu Âdam. Ba’suhu muahharun wa halkuhu mukaddam”.

“Ismuh-ush sharîfu maktûbun alal Lawh-il mahfûzi biyâkût-il kalam”.

“Wa ŷismuh-ush sharîfu madfûnun fil Madinat-il munawwarati wal haram. Yâ layta aktahilu turâballazî taht-al qadam”.
“Fa tûbâ summa tûbâ liman daâ wa tabiahu wa liman aslama sahib-ash shafâati lil âlamîn”.
“¡Kâilan yâ Rabbî! Sallim ummaî, ummaî wâ ummaâ yâz al lutfi wal karam”.
“Fa yunâd-il munâdî min kibal-ir Rahmân, kâbiltu shafâataka yâ Nabiyyal muhtaram. Udhul-ul Ŷannata lâ hawfun alaikum walâ huznun walâ alam”.
“Zumma radî-Allâhu ta’âlâ an Abî Bakrin wa ’Umara wa ’Uzmâna wa Aliyyin zil-Karam”.
“Wa sallallahu alâ sayyidinâ Muhammadin wal hamdu laka yâ Rabb-al âlamîn. Bi hurmati Sayyid-il mursalîn”.

Solía sentarse en el suelo, sobre sus rodillas y con una de ellas hacia arriba,
Esa fuente de generosidad estaba llena de respeto, de forma secreta o manifiesta.

Comía con tres dedos que chupaba con deleite,
Esa fuente de generosidad bebía agua con tres sorbos sedientos.

Le gustaba la miel, el calabacín, el vinagre y el tirit; pero,
Esa fuente de generosidad no comía pan de cebada hasta quedar saciado.

Había veces en las que ataba a su estómago una piedra por el hambre,
Esa fuente de generosidad no quería tener un corazón débil.

En su casa hubo muchos meses en los que no podían encender un fuego para cocinar
Esa fuente de generosidad comía dátiles y granadas con satisfacción.

HILYA-I SA’ÂDET (Rasgos y atributos de nuestro amado Profeta Muhammad “sallallâhu ’alaihi wa sallam”)

Sus nombres bendecidos y documentación sobre él

Entre los nombres de nuestro amado Profeta, “Muhammad” es el que más se utiliza. Significa ser muy elogiado y admirado. Este nombre se menciona cuatro veces: en el âyat 144 de la

Sûra Âl-i Imrân, en el âyat 40 de la Sûra Ahzâb, en el âyat 29 de la Sûra Fath y en el âyat 22 de la Sûra Muhammad. En el âyat-i karîma 6 de la Sûra Saf, se declara que Hadrat Isâ había hablado a su comunidad sobre nuestro Profeta mencionando su nombre "Ahmad" que significa "el que mucho alaba y engrandece a Haqq ta'âlâ". Además de con los nombres "Muhammad" y "Ahmad," nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, aparece mencionado en el Qur'ân al-karîm como Mahmûd, Rasûl, Nabî, Shahid, Bashîr, Nazîr, Mubashshir, Munzîr, Dai-i ilallah, Siraŷ-i munîr, Raûf, Rahîm, Musaddiq, Muzaqqir, Muddassir, Abdullah, Karîm, Haq, Munîr, Nûr, Jâtam-un-Nabiyyîn, Rahmat, Nîmat, Hâdî, Tâhâ, Yâsin… Otros de sus nombres bendecidos, que no acabamos de mencionar, aparecen en el Qur'ân al-karîm, otros en hadîz-i sharîf y otros en los Libros Sagrados que fueron enviados a los profetas anteriores.

Los nombres de nuestro Profeta que son mencionados en algunos de sus hadîz-i sharîf son: Mahî, Âkib, Mukaffi, Nabiyyur-Rahma, Nabiyyut-Tawba, Nabiyy-ul-Mulahim, Qattal, Mutawakkil, Fatih, Jâtam, Mustafâ, Ummî, Qusam (el que contiene todas las bendiciones).

En uno de sus hadîz-i sharîf, nuestro amado Profeta dijo: **"Hay cinco nombres que me son característicos: Yo soy Muhammad, yo soy Ahmad, yo soy el Mahi' con el que Allahu ta'âlâ destruye la incredulidad. Yo soy Hashr, esa gente que resucitará tras de mí en el Día del Juicio. Yo soy Akib, después del cual ya no habrá otro profeta".**

Nuestro amado Profeta también ha sido llamado "Abu'l Qâsim" por su hijo Qâsim que nació de Hadrat Jadîŷa y murió siendo muy niño. Y también, antes de su misión profética y debido a sus innumerables virtudes excelentes, como la honestidad, fiabilidad y veracidad, entre los miembros de la tribu Quraysh se le conocía como "Al-Amin".

Uno de los nombres de nuestro maestro, el Rasûlullah, que se menciona en el Qur'ân al-karîm, es "Yâsin", el de la Sûra Yâsin, el corazón del Qur'ân al-karîm. Hadrat Sayyid Abdulhakîm-i Arwâsî, uno de los 'Ulamâ-i Râsihîn más notables, dijo: "Yâsin significa: 'Oh Mi amado, el que se sumerge en Mi Océano de Muhabbat (Amor)".

Además de los muchos poemas y panegíricos que alaban a nuestro maestro, el Profeta, hay muchos libros escritos sobre él. Los autores de estos textos, incluidos aquellos cuya fama y destreza se han extendido por todo el mundo durante siglos, han reconocido su incapacidad a la hora de alabar al Rasûlullah. Los que lo vieron y quedaron enamorados de su belleza, han intentado describirlo en la medida de sus capacidades, pero todos han dicho que el poder del ser humano es incapaz de describir su belleza.

Hilya-i Sa'âdat

Hilya-i Sa'âdat describe el aspecto del Habîb-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam.

Los eruditos del Islam han hablado con todo detalle sobre los miembros visibles de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, su forma, atributos, sus hermosas costumbres y toda su vida en general aportando pruebas y documentos. Este conocimiento se ha recogido de los hadîz-i sharîf, que son sus palabras y acciones y las transmitidas por sus Compañeros. Los libros que los contienen se llaman libros siyar. De entre los miles de estos textos, los más conocidos que hablan de la Hilya-i Sa'âdat de nuestro maestro, el Profeta, son: *"Ash-Shamâil-ur-Rasûl"* del Imâm-i Tirmizi, *"Shifâ-i sharîf"* del Qadi Iyâd, *"Dalâil-un Nubuwwa"* del Imâm Bayhaqi y Abû Nu'aym Isfahânî y *"Mawâhib-i Ladunniya"* de Hadrat Imâm-i Qastalânî.

La Hilya-i Sa'âdat de nuestro amado Profeta descrita en los hadîz-i sharîf y en las transmisiones de sus Compañeros son los siguientes:

El rostro, los miembros y la voz bendecidos del Fajr-i kâinât (nuestro amado Profeta Hadrat Muhammad [sallallâhu 'alaihi wa sallam]) eran más hermosos que los rostros, miembros y voces del resto de la gente. Su cara bendecida era redondeada. Cuando estaba contento, su cara bendecida resplandecía como la luna. Su frente bendecida ponía de manifiesto que estaba complacido. El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, veía de noche tan bien como de día. Veía lo que tenía detrás tan bien como lo que había delante. Cuando tenía que mirar hacia un lado o todo alrededor, se giraba con todo el cuerpo y luego miraba. Miraba a la tierra más que al cielo. Sus benditos ojos eran grandes y sus pestañas largas. En el blanco de los ojos había una cierta rojez. Las pupilas de sus ojos bendecidos eran extremadamente negras. Por

las noches solía poner kohl en sus benditos ojos. Fajr-i âlam tenía una frente ancha y despejada. Sus cejas bendecidas eran finas y aparte una de la otra. Cuando se enfadaba, se le hinchaba la vena entre ambas cejas. Su bendita nariz era extraordinariamente hermosa y un poco elevada en el medio. Su cabeza bendecida era más bien grande. Su bendita boca no era pequeña, con dientes muy blancos y los frontales bien separados. Cuando hablaba sonaba como si una luminosidad (nûr) procediera de entre sus dientes. Entre todos los esclavos de Allahu ta'âlâ no se había oído un lenguaje más dulce y elocuente que el suyo. Sus palabras bendecidas se comprendían con facilidad, deleitando los corazones y atrayendo las almas. Cuando hablaba, sus palabras eran como perlas ensartadas. Si alguien quería contar sus palabras era posible hacerlo. En ocasiones repetía las cosas tres veces para que no hubiese duda a la hora de entenderlas. En el Paraíso todos hablarán como Hadrat Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Su voz bendecida llegaba a una distancia no superada por ninguna otra voz.

Fajr-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, era de carácter afable. Solía sonreír de forma muy agradable. Cuando lo hacía, se podían ver sus benditos dientes frontales y su luminosidad bendecida iluminaba las paredes. Su llanto era silencioso, como su sonrisa. Nunca se reía a carcajadas ni lloraba de forma sonora. Pero cuando se entristecía, sus benditos ojos derramaban lágrimas y se podía oír el sonido de su pecho bendecido. Solía llorar cuando pensaba en las transgresiones de su umma y también por temor a Allahu ta'âlâ. También lloraba cuando oía el Qur'ân al-karîm y, a veces, cuando hacía namâz (oración ritual).

Los benditos dedos del Fajr-i âlam, sallallâhu 'alaihi wa sallam, eran largos, sus brazos bendecidos eran carnosos y anchas las palmas de sus manos. El aroma que despedía todo su cuerpo era más fragante que el almizcle más preciado. Su cuerpo bendecido era al mismo tiempo fuerte y suave. Anas bin Mâlik dijo: "Serví al Rasûlullah durante diez años. Sus benditas manos eran más suaves que la seda. Su sudor bendecido tenía un perfume más fragante que el de cualquier flor. Sus benditos brazos, pies y dedos de las manos eran largos y los de los pies eran anchos. El arco de su pie no era demasiado pronunciado y era suave. Su torso bendecido era ancho y su pecho y su abdomen no se sobrepasaban entre sí. Sus clavículas

eran grandes y su pecho bendecido era ancho. Su qalb-i sharîf (bendito corazón) era nazargâh-i ilâhî (lugar de la Visión Divina)”.

El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no era alto ni bajo. Cuando alguien estaba a su lado, el Rasûlullah parecía ser más alto que esa persona. Cuando se sentaba, sus hombros bendecidos estaban más elevados que los que se sentaban a su lado.

Sus cabellos, que eran largos, y los pelos de su barba no eran demasiado rizados ni demasiado lisos, sino más bien ondulados desde su creación. Al principio solía tener un rizo de pelo en el frente, y luego lo llevaba con raya al medio. No solía teñir su barba ni sus cabellos. Cuando murió, las canas que tenía en sus cabellos y en su barba eran menos de veinte. Recortaba su bendito bigote. La longitud y forma de su bigote eran similares a las de sus cejas. Tenía peluqueros que le atendían. Cuando se peinaba sus cabellos y barba bendecidos se miraba en un espejo. Fajr-i kâinât solía andar deprisa mirando al suelo por donde iba. Cuando pasaba por un lugar, se reconocía por el perfume que dejaba. El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, siempre llevaba consigo un peine y un miswâk. Él, sallallâhu ’alaihi wa sallam, era árabe. Fajr-i âlam tenía una complexión con tonos rojizos y era extremadamente apuesto, con un aspecto hermoso y bendecido. Si alguien dice que el Profeta era negro, se convierte en un incrédulo.

El significado léxico de “árabe” es “bello”. Por ejemplo, “lisân-i Arab” significa “un lenguaje bello, hermoso”. En el sentido geográfico, “árabe” significa la persona que ha nacido en el Península Arábiga, creció en su clima con su agua y su comida y tiene la sangre de su gente. Lo mismo que los que tiene sangre de Anatolia se llaman turcos, los que nacieron y se criaron en Bulgaria se llaman búlgaros y los que lo han hecho en Alemania se llaman alemanes, el Rasûlullah es un árabe porque nació en Arabia. Los árabes eran blancos, de complexión trigueña. La familia de nuestro Profeta Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, era blanca y de aspecto muy hermoso. De hecho, su antepasado Hadrat Ibrâhim (Abraham) era de complexión blanca e hijo de un creyente de nombre Târuh, uno de los habitantes de la ciudad de Basra. Âzer, que era un incrédulo, no era el padre de Hadrat Ibrâhim, alaihis-salâm. Era su tío y padrastro.

La fama de Abdullah, el padre del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había llegado incluso a Egipto por su belleza y la luz bendecida que tenía en la frente. Casi doscientas jóvenes habían ido a Mecca para casarse con él. Pero el privilegio de la luz sagrada de Hadrat Muhammad, correspondió a Âmina.

Su tío Abbâs y Abbâs, el hijo de Abdullah, tenían su misma complexión blanca. Y los descendientes de nuestro Profeta, hasta el fin del mundo, serán blancos y hermosos.

Los Ashâb del Rasûlullah también eran blancos y hermosos. Hadrat ’Uzman era blanco con los cabellos rubios. Dihya-i Kalabî, el embajador que el Rasûlullah solía enviar a Heraclio, el emperador de Bizancio, era de aspecto muy agraciado, y cuando iba por las calles de Constantinopla las jóvenes bizantinas salían a las calles a toda prisa para ver su rostro. Hadrat Ŷabrâil (Gabriel) solía aparecer con la forma de Hadrat Dihya, radî-Allâhu ’anh.

Los nativos de Egipto, Siria, África, Sicilia y España no son árabes. Pero como los árabes llegaron a esos lugares al haber emigrado desde la Península Arábiga para propagar el Islam por todo el mundo, también hay árabes en esas tierras. Lo mismo ocurre con Anatolia, India y otros países. Pero hoy en día, ninguno de los ciudadanos de esos países pueden ser llamados árabes.

La gente de Egipto tiene una complexión ligeramente oscura. El pueblo de Etiopía es negro y se llama Habesha. La gente de Zanzíbar también es de color negro. Amar y respetar a los descendientes de nuestro Profeta es un acto de adoración. Todos los musulmanes los aman. Los negros que llegaron a Asia Menor como visitantes, se presentaron como árabes para recibir respeto y amabilidad, y los confiados musulmanes de Anatolia creyeron en ellos y los amaron. Esto se debía a que, en lo que respecta a este amor, los blancos y los negros no se consideran diferentes. Un musulmán negro es muy superior, más apreciado y más amado que un incrédulo blanco. Ser negro no disminuye el valor del îmân (creencia) en persona alguna. Algunos Ashâb del Rasûlullah eran negros. Hadrat Bilâl-i Habashî y Usâma, a los que el Profeta amaba mucho, eran negros. Pero incrédulos como Abû Lahab and Abû Ŷahl, cuya perversidad y bajeza son conocidas por todos, eran blancos. Allahu ta’âlâ juzga a la persona, no con respecto a su color, sino por la fortaleza de su îmân y su taqwâ (taqwâ es abstenerse de lo

harâm por temor a Allahu ta’âlâ). No obstante, los enemigos del Islam, los judíos, han presentado a los negros como si fueran horribles y de una clase más baja. Los utilizaban como esclavos. Por otro lado, al llamar ‘árabe’ a los animales domésticos que son negros, como perros y gatos, y referirse también como ‘árabe’ a los negros que aparecen en sus imágenes, caricaturas, revistas y periódicos, lo que hacen es intentar desprestigiar a los árabes ante la juventud para alejar a los niños musulmanes de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Las costumbres más hermosas estaban contenidas en el Rasûlullah. Allahu ta’âlâ se las había dado todas, no fue algo que consiguiera con sus esfuerzos. Nunca maldijo a un musulmán mencionando su nombre, ni tampoco golpeó a nadie con su mano bendecida. Nunca quiso vengar una afrenta personal. Solo lo hacía en el nombre de Allah. Trataba bien y con modestia a sus parientes, compañeros y sirvientes. En su casa era afable y alegre. Visitaba a los enfermos y asistía a los funerales. Ayudaba a sus compañeros en el trabajo y ponía a sus hijos en su regazo. Y sin embargo, su corazón no estaba ocupado con estas cosas. Su alma bendecida estaba en el mundo de los ángeles.

El temor se apoderaba de la persona que veía al Rasûlullah de improviso. Si no se actuaba con afabilidad, y por su condición de Profeta, nadie podía sentarse a su lado ni tenía la fortaleza para escucharle. No obstante, y por pura timidez, nunca miraba directamente a la cara con sus ojos bendecidos. Fajr-i âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, era el más generoso de los seres humanos. Jamás se le oyó decir “no tengo”, cuando le pedían algo. Si tenía lo que le pedían, lo daba; en caso contrario, no respondía. El Profeta tenía atributos tan encumbrados y había hecho tantos favores a la gente, que ni los emperadores de Bizancio, ni los Shah de Persia ni cualquier otro gobernante podría competir con él. Pero a él le gustaba vivir con estrecheces. Vivía de tal manera que a veces se olvidaba de comer o beber. Nunca decía cosas como “tráeme algo de comer” o “cocina esto y lo otro”. Solía comer lo que le ponían delante y aceptaba cualquier fruta que le dieran. A veces comía muy poco durante meses enteros y le gustaba pasar hambre. En otras ocasiones comía mucho. No bebía agua después de las comidas y cuando bebía lo hacía sentado. Cuando comía en compañía, solía dejar de comer cuando todos habían terminado. Aceptaba regalos de todo el mundo. Su respuesta a quien le regalaba algo era darle mucho más.

Tenía la costumbre de vestirse con ropas diferentes. Cuando venían embajadores de países extranjeros solía acicalarse. Esto es, se ponía ropas hermosas y valiosas y dejaba al descubierto su bello rostro. Se ponía un anillo de plata con una piedra de ágata que usaba como sello en el que estaba escrito: “Muhammadun Rasûlullah”. Su lecho era de cuero relleno con fibras de palmeras datileras. A veces se tumbaba en el lecho, otras en una piel sobre el suelo o en una estera y, a veces, en el suelo sin nada debajo. Se tumbaba sobre el lado derecho poniendo la palma de la mano bajo la mejilla derecha. El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no aceptaba zakât, no comía cosas como ajo o cebollas crudas y no recitaba poemas.

Los ojos bendecidos de Sarwar-î âlam, (Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam), solían dormir, pero su bendito corazón jamás lo hacía. Solía ir a la cama hambriento pero cuando se levantaba se sentía saciado. Nunca bostezaba. Su cuerpo bendecido era luminoso y no proyectaba sombra en el suelo. Las moscas no se posaban en sus ropas, ni los mosquitos u otros insectos le chupaban la sangre. Cuando fue informado por Allahu ta’âlâ que era el Rasûlullah (Mensajero de Allah), los shaytanes no pudieron subir a los cielos ni enterarse de las cosas, ni los adivinos podían hacer presagios. Nuestro Maestro Sarwar-i âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, está ahora vivo con una forma de vida que no comprendemos. Su cuerpo bendecido jamás se descompone. Un ángel permanece al lado de su tumba y le informa de las súplicas que su umma pide por él. Entre su minbar y su tumba bendecida hay un lugar que se llama Rawda-i-mutahhara. Este lugar es uno de los jardines del Paraíso. Visitar su tumba bendecida es uno de los actos de adoración más valiosos y encumbrados.

Los personajes más notables de los Ashâb-i kirâm describían la belleza de nuestro Maestro, el Profeta, de la siguiente manera: Abû Hurayra dijo: “Nunca he visto a nadie más hermoso que el Rasûlullah. Es como si el sol brillase sobre su cara con todo su resplandor. Cuando sonreía, sus dientes bendecidos iluminaban las paredes”.

Ibn-i Abî Hâla dijo: “El rostro bendecido de nuestro Maestro, el Profeta, solía brillar como la luna llena”.

Hadrat Ali dijo: “El temor se apoderaba de la persona que veía de repente al Rasûlullah. Pero los que conversaban y llegaban a conocerlo, pronto sentían una gran calidez hacia él”.

Ŷabir bin Samura dijo: “Rasûlullah frotó en mi cara su mano bendecida. Como si acabara de sacarla de un saco de una tienda de especias, su mano tenía una deliciosa fragancia que me refrescó. Si nuestro Maestro, el Rasûlullah, estrechaba su mano con la de otra persona en musâfaha (estrechar las manos de la manera prescrita por el Islam), ese hermoso perfume se quedaba en la mano de esa persona durante todo ese día”.

Nuestra madre Hadrat Âisha dijo: “Cuando el Rasûlullah acariciaba los cabellos de un niño, se le podía distinguir entre los demás por el perfume que llevaba”.

En cierta ocasión el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaba durmiendo en su casa. En ese momento llegó Umm-i Sulaym, la madre de Anas bin Mâlik. Mientras dormía, aparecieron gotas de sudor en la cara bendecida de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Entonces Umm-i Sulaym empezó a secar el bendito sudor de nuestro Maestro, el Profeta. Cuando el Rasûlullah se despertó y le preguntó qué hacía, Umm-i Sulaym, que era hermana de la nodriza de nuestro Profeta, dijo: “Es para añadirlo a los perfumes que tenemos. Pero tu sudor es el más delicado y hermoso de todos los perfumes”.

Abû Hurayra dijo: “Jamás he visto a nadie que caminase con mayor rapidez que el Rasûlullah. Es como si el suelo se plegara bajo él. Cuando le acompañábamos, teníamos que esforzarnos al máximo”.

Nuestro Maestro, el Profeta, solía hablar muy bien. Sabía perfectamente cómo empezar y terminar lo que decía. Sus palabras eran claras y su forma de hablar era fluida. El verdadero significado de sus palabras siempre quedaba claro. Como tenía tal poder de expresión, nunca se cansaba o tenía dificultades para decir lo que quería.

La belleza de nuestro Maestro, el Profeta

Los grandes eruditos del Islam, los Ulamâ-i râsihîn, que son los herederos de nuestro Maestro, el Profeta, y tienen un conocimiento exhaustivo de lo dhâhir (aparente) y lo bâtin (oculto),

han visto a nuestro Profeta con todas su bellezas y se han enamorado de él. Abû Bakr-i Siddîq es el primero de todos ellos. Quedó enamorado de nuestro Maestro, el Profeta, al ver la luz de su misión profética y comprender la supremacía, belleza y elevación del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Este amor aumentó de tal manera que nadie podrá ser como él. Hadrat Abû Bakr veía a nuestro Maestro, el Rasûlullah, en todo momento y en todo lugar. En una ocasión describió su estado diciendo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Siempre te veo dondequiera que miro!” Y otra vez dijo: “Puedo intercambiar todas mis buenas acciones por uno solo de tus errores”. Hadrat Âisha, la madre de los musulmanes, fue la persona que vio, comprendió y describió de la mejor manera la belleza de nuestro Maestro, el Rasûlullah. Hadrat Âisha era erudita, muŷtahid, sabia e inteligente. Hablaba con elocuencia y elegancia. Conocía las declaraciones del Qur’ân al-karîm, lo halâl (permitido) y lo harâm (prohibido), los poemas árabes y la ciencia del cálculo a la perfección. Había compuesto varios poemas para alabar al Rasûlullah. Los versos siguientes fueron compuestos por nuestra madre Hadrat Âisha;

“Wa law samî’u fî
Misra awsâfa haddihî;
Lamâ bazalû fî sawmi
Yûsufa min nakdin.
Lawîmâ Zalîhâ law
Raaina ŷabînahû,
La âsarna bilkat’il
Qulûbi alal aydî”

La traducción dice:

“Si la gente de Egipto hubiese oído hablar de la belleza de sus mejillas (de nuestro Maestro, el Profeta), no habrían dado dinero alguno por Yûsuf, ’alaihi’s-salâm, (cuya belleza era famosa), [es decir, habrían guardado todo su dinero para poder ver sus mejillas]. Si aquellas mujeres que denigraron a Zalîhâ diciendo que se había enamorado de Yûsuf, ’alaihi’s-salâm, hubiesen visto la frente resplandeciente del Rasûlullah, habrían cortado sus corazones en vez de sus manos y no lo habrían sentido”.

Nuestra madre Hadrat Âisha narraba: “Un día el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, estaba aflojando las tiras de sus sandalias bendecidas mientras yo estaba hilando. Cuando me fijé en su bendito rostro, vi que caían gotas de sudor de su frente resplandeciente. Cada gota de sudor difundía luz a todo su alrededor deslumbrando incluso mis ojos. Yo estaba asombrada. En ese momento me miró y preguntó: ‘**¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan pensativa?’** Dije yo: ‘¡Oh Mensajero de Allah! Me he quedado absorta contemplando el resplandor de tu rostro bendecido y las luces que difunden las gotas de sudor que caen de tu bendita frente’. El Rasûlullah se levantó y se acercó a mí. Me besó entre los ojos y dijo: **‘¡Yâ Âisha! ¡Que Allahu ta’âlâ te bendiga con todo lo bueno! Nunca he podido complacerte de la forma que tú me complaces’.** Le había dicho que ella le complacía más de lo que él le complacía a ella. Que la besara entre sus ojos bendecidos significaba que la honraba y la recompensaba por amar al Mensajero de Allah, por ver y reconocer su belleza.

Las bellezas aparentes que estaban reunidas en el cuerpo bendecido del Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y reflejaban sus bellezas internas, no se han reunido en el cuerpo de ninguna otra persona. Hadrat Imâm-i Qurtubi relataba lo siguiente: “La belleza de nuestro Maestro, Rasûl-i akram, no podía verse al completo. Si se hubiese visto su auténtica belleza, los Ashâb-i kirâm no podrían soportar mirarlo. Si hubiese mostrado toda su belleza, nadie hubiese podido mirarlo”.

Yûsuf, ’alaihis-salâm, aparecía ante la gente con sus bellezas manifiestas y nuestro Maestro, el Rasûlullah lo hacía con sus bellezas internas. Cuando se veía la belleza de Yûsuf, ’alaihis-salâm, las manos se cortaban. Con el kamâl (excelencia interna) de nuestro Maestro, el Rasûlullah, se cortaban los zunnâr (cinturones de cuerda que se ponían los monjes cristianos), los ídolos se rompían y se dispersaban las nubes de la incredulidad.

Los Ashâb-i kirâm preguntaron a nuestro Maestro, el Profeta: “¡Oh Rasûlullah! ¿Quién es más bello, tú o Yûsuf, ’alaihis-salâm?” Dijo: **“Mi hermano Yûsuf es más bello que yo y yo soy más atractivo que él. Su belleza visible era mayor que la mía”.**

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo en uno de sus hadîz-i sharîf: **“Cada profeta que ha enviado Allahu ta’âlâ tenía un rostro hermoso y una voz muy bella. En lo que respecta a vuestro Profeta, él es el que tiene el rostro más hermoso y la voz más bella de todos”.**

Todos los que han oído el nombre de este océano, lo han visto desde la distancia, se han acercado y se han sumergido en él según lo que les correspondía, han sentido el dolor del amor por el Rasûlullah en cada fase de sus vidas y lo han expresado con textos compungidos, lágrimas llenas de sentimiento y versos conmovedores. El más notable y célebre de esas personas es Mawlana Jâlid-i Bagdadi que obtuvo una gran porción de ese Océano de Amor. En una de sus loas en la que expresa su muhabbat (amor) por nuestro Maestro, el Rasûlullah, dice lo siguiente:

Estoy ardiendo con tu amor, ¡Oh Sarwar-i âlam!
Dondequiera que estoy, siempre busco tu belleza.

Yo soy nada y tú eres el Sultán del trono de la Qâba Qawsayn.
Me parece una falta de respeto decir que soy tu invitado.

Todo lo que hay en el universo ha sido creado por ti.
Cuando tu misericordia llueve sobre mí, es la hora de mi primavera.

Todos viene al Hiŷaz para circunvalar la Kâ’ba.
Yo asciendo las montañas con la ilusión de alcanzarte.

Vi en un sueño que estaba coronado con la corona de la bienaventuranza.
Supongo que la tierra de tu pie se depositó en mi cara.

Oh Ŷâmî, tú que eres el ruiseñor de los amantes que alaban a tu amigo,
Estos versos de tu libro de poemas expresan mis sentimientos:

“Como el perro que tiene sarna y una sed extrema,
Yo suspiro por una gota de tu océano de generosidad”.

Además de los poemas y loas que alaban a nuestro Maestro, el Profeta, hay muchos libros que se han escrito sobre él. Estos autores, incluidos aquellos cuya fama y capacidades se han propagado por el mundo durante siglos, han reconocido su incapacidad a la hora de alabar al

Rasûlullah. Los que lo vieron y quedaron enamorados de su belleza, trataron de describirla lo mejor que pudieron admitiendo que es algo que supera los poderes humanos. Cientos de informes narrados por esos amantes aparecen en los libros de los eruditos del Islam. Los que los leen comprenden de inmediato que Allahu ta'âlâ creó a Su amado Profeta de tal manera y con tal belleza, que los que lo veían no podían apartar los ojos de él. La gente le entregaba sus corazones sin ni siquiera verlo. Los que aman al Habîbullah sienten el sabor de ese amor en la frescura del aire que entra en sus pulmones con cada respiración. Cuando contemplan la luna, sienten placer al buscar los reflejos de los rayos que proceden de sus ojos bendecidos. Cada átomo de los que han conseguido una mera gota del océano de su belleza dice:

"El que ha visto tu hermosa mejilla,
Nunca mirará a una rosa.
El que se ha fundido en tu amor,
¡No buscará un remedio!"

En un hadîz-i sharîf transmitido por Anas bin Mâlik, nuestro Maestro el Profeta, dijo: **"Ninguno de vosotros creerá totalmente en mí hasta que no me ame más que a sus hijos, a su padre y a toda la gente".**

En una ocasión Hadrat 'Umar dijo a nuestro Maestro, el Profeta: "¡Oh Rasûlullah! Juro por Allahu ta'âlâ que tú eres más amado por mí que todo lo que existe, excepto mi propia vida". Entonces, nuestro Maestro, Rasûlullah dijo: **"Si una persona no me ama más que a su propia vida, su îmân no es completo".** Al oírlo, Hadrat 'Umar dijo: "¡Oh Rasûlullah! Juro por Allahu ta'âlâ que te ha enviado el Qur'ân al-karîm, que te amo más que a mi vida". Entonces nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"¡Oh 'Umar, ahora lo tienes!"**

Alguien vino y dijo a nuestro Maestro, el Rasûlullah: "¡Oh Mensajero de Allahu ta'âlâ! ¿Cuándo será el Día del Juicio?" Nuestro Maestro, el Profeta, le preguntó: **"¿Qué has preparado para el Día del Juicio?"** Contestó el otro: "Bueno, no me he preparado para el Día del Juicio haciendo muchas oraciones, ayunos o haciendo actos de caridad. No obstante, amo a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero". Entonces nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"Uno estará con los que ama".**

Para todos los musulmanes es fard-i ayn amar al Rasûlullah. Si el amor por él se arraiga en el corazón, se hace fácil vivir conforme al Islam, alcanzar el sabor y el deleite de la creencia y el Islam. Este amor hace que uno se someta por completo al Maestro de ambos mundos. Con este amor se tendrá el honor de alcanzar las bendiciones infinitas e indescriptibles que Allahu ta'âlâ concedió a Su Mensajero. Los eruditos de la Ahl-i sunnat y sus libros, son las pruebas de esas bendiciones que llevan a todos los musulmanes de forma directa al amor por el Rasûlullah.

Para el musulmán que menciona u oye decir el nombre bendecido del Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es wâŷib permanecer quieto, con decencia y veneración en el cuerpo y el corazón, como si estuviese en presencia del Rasûlullah.

Una muestra de veneración y respeto por nuestro Profeta, es responder a todo lo relacionado con sus palabras o conducta bendecida de forma que se ensalce su gloria. Y no es apropiado describir al Rasûlullah con palabras que se utilizan para personas de baja posición.

Por ejemplo, al Rasûlullah no se le llama pobre o pastor. Es una falta de veneración decir: "Pues a mí eso no me gusta" cuando se dice que "a nuestro Maestro, el Rasûlullah le gustaba tal cosa". También es una falta de respeto decir "yo como mientras me apoyo en algo" y no actuar conforme a lo que decía nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu 'alaihi wa sallam: **"Nunca como apoyándome en algo".** Parte de la veneración que le es debida es prestar atención a estas cosas. No hacerlo de forma intencionada hará que se caiga en la incredulidad.

La veneración a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero exige no poner utensilios domésticos sobre el Qur'ân al-karîm y los libros de hadîz-i sharîf. El respeto debido a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero exige quitar el polvo a esos libros y no tirar papeles que tengan escritos los benditos nombres de Allahu ta'âlâ o de nuestro Maestro, el Rasûlullah.

Estos papeles no deben romperse. Se debe mostrar respeto a los papeles que tienen letras islámicas. Cuando haya libros y papeles que, conteniendo los nombres de Allahu ta'âlâ y âyat-i karîma, se comienzan a desgarrar por el paso del tiempo, deben ser envueltos en un tejido limpio y luego enterrados, o se eliminan los textos lavándolos con agua o bien se queman. Si

se queman, las cenizas se deben enterrar. Quemarlos es mejor que lavarlos porque el agua utilizada puede ser pisada.

Mostrar respeto hacia Madina-i munawwara, que es el haram del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, evitar las cosas prohibidas (o cometer transgresiones) y hacer favores a la gente de Madina-i munawwara se considera una veneración al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Deja que los amantes se inflamen con tu amor, oh Rasûlullah,
Deja que beban a grandes tragos la bebida del amor, oh Rasûlullah.

La persona que te ama está dispuesta a sacrificar su cabeza en tu nombre.
Tú eres el sol de ambos mundos, oh Rasûlullah.

Sé el intercesor de los que te aman.
Tú eres el fervor de los creyentes, oh Rasûlullah.

Yo amo ese rostro, yo soy el ruiseñor de ese rosario.
¡Que ardan los que no te aman, oh Rasûlullah!

El que te ama se convierte en un Sultán
Que mi vida sea sacrificada por tu camino, oh Rasûlullah.

Intercede por el alma de Darwish Yunus.
Tú eres el sultán de ambos mundos, oh Rasûlullah.

SU PREEMINENCIA

Las hermosas Costumbres y Cualidades Morales del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Además de estar complacido Allahu ta’âlâ con el bendito corazón de Su amado Profeta y enumerar las virtudes y bendiciones que le ha otorgado, nos ha informado también de los hermosos valores morales que le ha concedido: **“Tú has sido creado con un temperamento**

sublime". Hadrat Akrama dijo que había oído decir a Abdullah Ibn Abbâs que su **"Juluq-i 'azîm,"** sus sublimes valores morales, son las cualidades que declara el Qur'ân al-karîm. El âyat 4 de la Sûra Qalam dice: **"Tienes una juluq-i-'azîm".** 'Juluq-i 'azîm' significa 'tener secretos con Allahu ta'âlâ y ser bondadoso con la gente.' Este temperamento sublime de Hadrat Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, fue el motivo de la conversión de mucha gente al Islam.

Sus palabras eran tan dulces que complacían a los corazones y atraían las almas. Su intelecto era tan encumbrado que, a pesar de que pertenecían al pueblo violento y obstinado de la Península Arábiga, era capaz de tratarlos muy bien, soportar sus tormentos y con ello llevarlos a la ternura y la obediencia. Fueron muchos los que abandonaron sus religiones y se convirtieron al Islam y, para defenderlo, llegaron a luchar contra sus padres e hijos. En el nombre del Profeta sacrificaron sus bienes y hogares y derramaron su propia sangre. El hecho era que no estaban acostumbrados a ese tipo de cosas. El Profeta tenía un temperamento tan sublime, era tan afable, tan indulgente, tan amable y benevolente, que todos le admiraban. Los que le veían y escuchaban se hacían musulmanes de buena gana. Jamás se percibió defecto o algo impropio en sus acciones o palabras. A pesar de no sentirse ofendido por persona alguna, cuando se trataba de la religión era duro y severo con los que hablaban o actuaban en contra de la misma.

A Hadrat Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se le vio hacer miles de milagros; amigos o enemigos, todos hablaban de ellos. Pero de todos esos milagros, los más valiosos eran sus costumbres hermosas y su delicada conducta. Hadrat Abû Sa'id-i Judrî, radiy-Allâhu ta'âlâ anh, dijo: "El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, daba de comer a los animales. Ataba el camello. Barría su casa. Ordeñaba la oveja. Reparaba su calzado. Remendaba la ropa. Comía con su criado. Le ayudaba cuando este se cansaba de moler. Solía ir a comprar y traía a su casa las cosas en un saco. Cuando se encontraba con alguien era el primero en saludar, ya fuera rico o pobre, joven o anciano. Era el primero en dar su mano bendecida cuando quería hacer musâfaha. Consideraba iguales al amo y al criado, al blanco y al negro. Iba a donde era invitado sin que importase quién lo hacía. No despreciaba lo que le ponían para comer, por muy poco que fuera. No guardaba alimentos de la noche para la mañana, ni de la mañana

para la noche. Tenía buen carácter. Le gustaba hacer favores. Tenía buenas relaciones con todo el mundo. Era afable y hablaba con dulzura. Cuando hablaba no se reía. A veces parecía triste, pero no fruncía el entrecejo. Era modesto, pero no se comportaba de forma mezquina. Era majestuoso; es decir, inspiraba temor y respeto, pero no era severo. Era cortés. Era generoso pero no despilfarraba, no daba en vano cosa alguna. Se apiadaba de todo el mundo. Siempre inclinaba hacia delante su frente bendecida. No esperaba nada de nadie. El que quiera felicidad y bienestar debe ser como él".

Anas bin Mâlik, radiy-Allâhu anh, dijo: "Serví al Rasûlullah durante diez años. Jamás me dijo "¡Uf!" Nunca me preguntó por qué había hecho eso o no había hecho aquello".

Abû Hurayra, radiy-Allâhu anh, dijo: "Durante una guerra santa le rogamos que pidiera la aniquilación de los incrédulos. Dijo: **'No he sido enviado para maldecir a la gente para que sean atormentados. He sido enviado para hacer favores para que así todo el mundo consiga el bienestar'".** En el âyat 107 de la Sûra-ul-Anbiyâ, Allahu ta'âlâ declara: **"Te hemos enviado como una misericordia, como una bendición para todas las criaturas".**

Abû Sa'îd-i Judrî, radiy-Allâhu anh, dijo: "El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, era más tímido que las jóvenes vírgenes musulmanas".

Anas bin Mâlik Dijo: "Cuando el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, hacía musâfaha con una persona, no retiraba la mano hasta que no lo hiciera esa persona. Ni apartaba el rostro hasta que el otro no lo hubiera hecho primero. Cuando se sentaba al lado de alguien lo hacía sobre sus rodillas; como muestra de respeto hacia esa persona, no levantaba su rodilla bendecida".

Ŷabir bin Sumra dijo: "El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, hablaba en contadas ocasiones. Solo lo hacía cuando era necesario o le preguntaban una cosa". Se entiende que los musulmanes no deben hablar a la ligera; en vez de eso, es mejor estar en silencio. El Rasûlullah hablaba de forma clara y metódica; sus palabras se entendían con facilidad.

Anas bin Mâlik dijo: "El Rasûlullah visitaba a los enfermos, acompañaba a los muertos camino del cementerio y aceptaba invitaciones. También solía montar en un asno. Cuando le vi en la batalla sagrada de Jaybar, montaba en un asno con unas riendas hechas de cuerda. Cuando el

Rasûlullah salía una vez terminada la oración de la mañana, los niños y los trabajadores de Medina le ponía delante recipientes llenos de agua rogándole que metiera en ellos su dedo bendecido. Incluso en invierno, cuando el agua estaba muy fría, sumergía su dedo bendecido en todos los recipientes, quedando así todos complacidos”.

De nuevo Anas bin Mâlik, radiy-Allâhu anh, dijo: “Si una niña pequeña cogía de la mano al Rasûlullah queriendo llevarlo a algún asunto, él iba con ella para solventar el problema”.

Hadrat Ŷabir, radiy-Allâhu anh’, dijo: “Al Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, jamás se le oyó decir ‘no’ a cualquier cosa que le pidieran.

Nuestro Maestro, el Profeta, también era superior al resto de las criaturas en lo que respecta a hayâ (timidez, modestia). Cuando se veía confrontado con algo improcedente se limitaba a cerrar los ojos. Nunca manifestaba malestar cuando se dirigía a una persona.

Nuestra madre Hadrat Âisha transmitió: “Cada vez que contaban a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, que alguien había hecho algo desagradable, solía decir sin mencionar el nombre de la persona: **“¿Por qué actúa de esa manera?”** Al no mencionar el nombre, impedía que esa persona hiciera o dijera esa cosa inapropiada.

Anas bin Mâlik transmitió: “Un día vino un hombre a visitar a nuestro Maestro, el Profeta. En su cara había una mancha de color amarillo. El Profeta no dijo nada que pudiese avergonzarlo. Cuando se fue, el Profeta dijo: **“¡Si lo hubiese mencionado, habría ido corriendo a lavarse la cara!”**

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, unía a la gente. No hacía que se odiasen unos a otros. Daba regalos a los jefes de cada tribu y los hacía sentarse a su lado.

Jamás rechazaba a alguien que viniese a visitarlo. Solía interesarse por el bienestar de sus Compañeros y preguntaba por los que no estaban presentes. A los que se sentaban con él, les aconsejaba.

Si se observaba su conducta, nadie podía pensar que amaba a una persona más que a otra. Toleraba de buen grado a los que venían a quejarse y les escuchaba con atención.

Él no se iba hasta que sus visitantes no lo habían hecho. Siempre mostraba, de la mejor manera, su conducta y sublimes valores morales a todas las personas. En su presencia todos eran iguales en lo que respectaba a la justicia y los derechos. Nadie tenía privilegios especiales.

Nuestra madre, Hadrat Âisha, dijo: "Nunca he visto a nadie con una conducta tan sublime como nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam. Cuando uno de sus Compañeros o miembros de su familia lo llamaban, contestaba diciendo: **'Si'**".

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, llamaba a sus Compañeros con los nombres más hermosos. Nunca interrumpía a alguien cuando hablaba. A no ser que la persona dejara de hablar o se levantase para irse, jamás le interrumpía.

En lo que respecta a su misericordia y compasión, Allahu ta'âlâ declara: **"Que tengáis dificultades le duele y le entristece. Está entregado a vosotros. Es muy compasivo con los creyentes y les desea siempre lo mejor".**

Allahu ta'âlâ dice en la âyat-i karîma 107 de la Sûra Anbiyâ: **"**(¡Oh amado Mío!) **Te hemos enviado como una misericordia para los mundos** (para todo tipo de criaturas)**."** Nuestro Maestro, el Profeta, hacía fáciles muchas cosas por temer que fuesen demasiado difíciles para su umma. Dijo: **"Si no temiera que causase problemas en mi comunidad, les habría ordenado utilizar el miswâk en cada ablución ritual".**

En lo que respecta a mantener las promesas, no ha venido al mundo persona superior a él.

Abdullah bin Abi'l-Hamsa relató: "Antes de que se le comunicara su misión profética, yo había hecho un trato con nuestro Maestro, el Profeta. Tenía unas cosas mías en depósito. Prometí encontrarme con él a una cierta hora en un lugar determinado y se me olvidó. Tres días más tarde recordé mi promesa y corrí hacia el lugar de la cita. Cuando vi que había estado esperando los tres días en ese lugar, quedé totalmente atónito. Me dijo: **"¡Oh joven! ¡Has hecho que me cansara! ¡Llevo tres días esperándote aquí!".**

Nunca ha habido otra persona, ni siquiera un profeta, que tuviese tanta modestia como el Mensajero de Allah.

Nunca tuvo el deseo de ser arrogante. Cuando a nuestro Profeta se le dio la posibilidad de elegir entre ser un Profeta con un trono, gran poder y posición social, o ser un Profeta que viviese como un esclavo, eligió ser un esclavo.

A este respecto, Isrâfil, alaihis-salâm, (uno de los cuatro arcángeles) dijo a nuestro Maestro, el Profeta: “Ciertamente, Allahu ta’âlâ te ha otorgado la característica de la modestia. Y eso a pesar de ser el más encumbrado de los hijos de Adam (es decir, de todo el género humano) en el Día del Levantamiento. Tú serás la primera persona que se levantará de su tumba. Tú eres la primera persona que intercederá por los demás.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu alaihi wa sallam, dijo en cierta ocasión a nuestra madre Hadrat Âisha: **“Se me ofreció que la tierra de Mecca y las piedras se convirtiesen en oro. Dije yo: ¡Oh mi Rabb! No. Deja que un día pase hambre y un día esté saciado. Los días que esté hambriento, Te suplicaré. Los días que esté saciado Te alabaré y Te daré las gracias”.**

Un día Ŷabrâil, ’alaihis-salâm, se presentó ante nuestro Maestro, el Profeta, y le dijo: “Allahu ta’âlâ te envía Sus salâm (saludos) y dice: **‘Si lo deseas, convertiré esas montañas en oro y estarán siempre contigo dondequiera que vayas’**”.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Oh Ŷabrâil! El mundo es el hogar de los que no tienen hogar. Y es la propiedad de los que no tienen propiedades. Estas cosas son atesoradas por los que no tienen ‘aql** (razón, intelecto)**”.**

Al oírlo, Ŷabrâil, ’alaihis-salâm, dijo: “¡Oh Muhammad! Allahu ta’âlâ te ha hecho inquebrantable”.

Nuestra madre Hadrat Âisha dijo: “En ocasiones pasaba todo un mes en el que no se encendía el fuego en nuestra casa (para cocinar). Solo había dátiles y agua”.

Ibn-i Abbas dijo: “Había muchas noches en las que nuestro Maestro, el Rasûlullah, y todos los de su casa, se acostaban sin haber cenado. Cuando llegaba la noche no tenían nada que comer”.

Nuestra madre Hadrat Âisha dijo: “Nuestro Maestro, el Rasûlullah, nunca comía hasta quedar saciado. Jamás se quejó de ello a persona alguna. Para él, la pobreza es mejor que la riqueza. Y aunque sintiese el dolor del hambre durante la noche, eso no le impedía ayunar durante el día”.

“Si hubiese querido, habría podido pedir a su Rabb todos los tesoros, alimentos y una vida confortable en este mundo. Juro que solía sentirme triste e incluso lloraba cuando le veía en ese estado. Acariciaba su bendito torso con mi mano y le decía: ‘¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre! ¿No sería apropiado tener los beneficios de este mundo que pueden fortalecerte?’ Contestaba él: **‘¡Oh Âisha! ¿Qué haría yo con el mundo? Mis hermanos Profetas ‘Ulu’l azm** [los profetas más encumbrados] **soportaron dificultades aún mayores y, a pesar de todo, siguieron viviendo de la misma manera. Y consiguieron a su Rabb. Gracias a eso su Rabb hizo que su retorno a Él fuera muy hermoso e incrementó sus recompensas. A mí me daría vergüenza vivir cómodamente. Ese tipo de vida haría que quedase retrasado con respecto a ellos. Lo más bello y amado para mí es encontrarme con mis hermanos, mis amigos y reunirme con ellos’**”.

Nuestra madre Hadrat Âisha añadió: “El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, murió un mes después de haber dicho estas palabras”.

La generosidad de nuestro Maestro, el Profeta, era de sobra conocida. Nadie era capaz de competir con él en esta hermosa cualidad del carácter.

Ibn-i Abbas dijo en cierta ocasión: “A la hora de hacer favores, nuestro Maestro, el Rasûlullah, era el más generoso. En el mes de Ramadán y cuando se encontraba con Ŷabrâil, ’alaihis-salâm, era más generoso que la brisa matinal”.

Anas bin Mâlik, radiy-Allâhu anh’, dijo: “Un día iba andando con el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam’. Llevaba puesto un Burd-i Naŷrânî (una especie de abrigo hecho de tejido del

Yemen). Un pueblerino que nos venía siguiendo, tiró de la prenda con tanta fuerza que el cuello del abrigo arañó su cuello bendecido dejando una marca. El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, se dio la vuelta y se rió por su forma de actuar. Y luego ordenó que le dieran alguna cosa”.

El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, tenía de vecina a una mujer anciana. Un día, esta envió a su hija al Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, para pedirle: “No tengo una prenda para cubrirme cuando rezo. Dame algo con lo que cubrirme en el namâz (oración ritual).” En ese momento el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, no tenía más prendas que lo puesto. Se quitó la túnica de su cuerpo bendecido y se la envió a la anciana. Pero cuando llegó la hora del namâz, el Rasûlullah no pudo ir a la mezquita al no tener una prenda adecuada. Los Ashâb-i kirâm, rahmatullâhi ta’âlâ alaihim aŷma’în, se enteraron de lo ocurrido y dijeron: “Hadrat Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, es tan generoso que se ha quedado sin prendas de vestir y no puede venir a la mezquita para la ŷamâ’at (hacer en grupo la oración ritual). Demos también nosotros todo lo que tenemos a los pobres”. Por este motivo Allahu ta’âlâ hizo descender el âyat 29 de la Sûra-ul-Isrâ. En primer lugar, ordenó a Su amado no ser mezquino sin dar cosa alguna; ¡pero luego le ordenó que no diese hasta el punto de quedarse con dificultades, perder el namâz, o preocuparse! ¡Le ordenó ser moderado en los actos de caridad!

Ese día, después de la oración, Hadrat Ali, karramallâhu waŷhah, fue a visitar al Rasûlullah y le dijo: “¡Oh Rasûlallah, sallallâhu alaihi wa sallam! He pedido prestados ocho dirhams de plata para la manutención de mi familia. Te doy la mitad para que te compres una túnica”. El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, compró una túnica con dos dirhams. Cuando iba a comprar comida con los dos restantes, vio a un ciego sentado que decía una y otra vez: “¿Quién me da una túnica en el nombre de Allah para así ser bendecido con las prendas de vestir del Paraíso?” Nuestro amado Profeta dio al ciego la túnica que acababa de comprar. Cuando el ciego la tomó, percibió un perfume parecido al almizcle. Se dio cuenta de que provenía de la mano bendecida del Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, porque todo lo que se ponía, aunque solo fuera una vez, olía a almizcle por muy rota y desgastada que estuviese la prenda.

El ciego suplicó: “¡Oh Allah! Abre mis ojos en nombre de esta túnica”. Sus ojos se abrieron de inmediato. El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, siguió su camino y compró una túnica con un dirham. Cuando se disponía a comprar alimentos con el dirham que quedaba, vio a una criada que estaba llorando. Le preguntó: **“¿Por qué lloras, hija mía?”** Dijo ella: “Soy la criada de un judío. Me dio un dirham y me dijo que comprase una botella con medio dirham y aceite de oliva con el medio restante. Así lo hice, pero cuando iba de regreso se me cayó la botella y ahora no tengo botella ni aceite y no sé qué hacer”. El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, dio a la joven su último dirham diciendo: **“Compra con esto la botella y el aceite y llévalos a la casa”.** Pero la pobre muchacha dijo: “Tengo miedo de que el judío me pegue por llegar tan tarde”. El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, dijo: **“¡No tengas miedo! Yo iré contigo y le diré que no te pegue”.**

Así que fueron a la casa del judío y llamaron a la puerta. Cuando el judío la abrió se quedó perplejo al ver al Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, que le estaba contando lo que había pasado e intercedía por su criada. El judío cayó a los pies del Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, y le suplicó: “¡Oh gran Profeta, sallallâhu alaihi wa sallam,’ que eres amado y honrado por miles de personas! Miles de leones esperan tus órdenes. Y ahora estás honrando la puerta de la casa de un miserable como yo en nombre de una criada. ¡Oh Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam!’ Concedo la libertad a esta joven en tu nombre. Y enséñame el îmân y el Islam. Y permite que me haga musulmán ante ti”. El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, le habló del Islam y del îmân. El judío se convirtió al Islam, fue al interior de su casa y contó a su familia lo que había ocurrido. Todos se hicieron musulmanes. Ese fue el fruto de la sublime conducta del Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam.

El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, tenía valores morales muy hermosos. Todos los musulmanes deben conocerlos e incorporarlos para así evitar catástrofes y dificultades en este mundo y en el Otro, y conseguir la intercesión del Maestro de ambos mundos.

Parte de sus buenos valores morales se detallan a continuación:

1- El Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, era superior a los demás profetas en conocimiento, en irfân (cultura, esclarecimiento), en fahm (comprensión, intelecto,

entendimiento), en îqân (certeza, conocimiento real), en sabiduría, en capacidad intelectual, en generosidad, en modestia, en compasión, en paciencia, en entusiasmo, en patriotismo, en lealtad, en credibilidad, en valentía, en grandeza, en arrojo, en elocuencia, en retórica, en intrepidez, en belleza, en wara' (abstenerse de cometer acciones prohibidas e incluso las dudosas, es decir, las que pueden ser haram), en castidad, en amabilidad, en equidad, en hayâ (timidez), en zuhd (desapego de las cosas mundanas), y en taqwâ (evitar las acciones prohibidas). Solía perdonar a los que se comportaban de mala manera con él, tanto amigos como enemigos. Nunca buscaba vengarse de ellos. Cuando los incrédulos hicieron sangrar su mejilla bendecida y rompieron su bendito diente en la Batalla Sagrada de Uhud, hizo la siguiente súplica por los que le habían infligido esos daños: **"¡Yâ Rabbî! ¡Perdónalos! Perdónalos porque son ignorantes".**

2- Jamás despreciaba a persona alguna. En las expediciones, uno de sus Compañeros se encargó de sacrificar a las ovejas que iban a comer, otro las despellejaba y otro dijo que las cocinaría. Cuando el Rasûlullah dijo que él recogería la leña, dijeron: "¡Oh Mensajero de Allah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam! ¡Siéntate y descansa! Nosotros nos encargaremos de la leña también". Y entonces el Profeta bendecido dijo: **"¡Por supuesto que sí! Sé de sobra que haríais todo el trabajo. Pero no me gusta permanecer al margen y quedarme sentado mientras los demás trabajan. A Allahu ta'âlâ no le gusta la persona que se sienta apartado de sus compañeros".** Y levantándose, fue a buscar leña.

3- Cuando se unía a un grupo de sus Sahâba, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhum aŷma'în, que estuviesen sentados, jamás elegía un asiento preeminente sino que lo hacía en el primer sitio vacío que veía. Un día fue a salir con el bastón en la mano. La gente que lo vio se levantó, y entonces les dijo: **"¡No os levantéis por mí como la gente que se pone firmes ante otro! Yo soy un ser humano como vosotros. Lo mismo que cualquier persona, como cuando tengo hambre y me siento cuando estoy cansado".**

4– Solía sentarse sobre sus rodillas. También se dice haberlo visto en cuclillas con los brazos alrededor de las piernas. No marginaba a sus sirvientes de sus actividades cotidianas, como comer o vestirse. Les ayudaba en su trabajo. Nunca se le vio pegar o maldecir a nadie.

Anas bin Mâlik, que estuvo a su servicio de forma continuada, dijo: “Serví al Mensajero de Allah durante diez años. El servicio que él hizo por mí, fue mayor que el que yo hice por él. Nunca le vi enfadado conmigo ni tampoco regañarme”.

5- Tras dirigir la oración de la mañana (en la mezquita), solía preguntar a la congregación: **“¿Tenemos algún hermano enfermo en su casa? Si es así, vamos a visitarlo”.** Si nadie estaba enfermo preguntaba: **“¿Hay alguna familia que necesita ayuda en el funeral? Vamos a ayudarlos”.** Si había un funeral, ayudaba con el lavado y amortajado del cadáver, dirigía el namâz de ŷanâza (oración especial que se hace antes de enterrar a un musulmán), e iba con todos hasta la tumba. Y si tampoco había un funeral al que asistir decía: **“Si habéis tenido un sueño que necesita ser interpretado, contármelo que yo lo haré”.**

6- Servía a sus invitados y a sus Sahâba, y decía: **“La persona más destacada de una comunidad es la que la sirve”.**

7- Nunca se le vio reírse a carcajadas. Solo sonreía en silencio. Y cuando lo hacía, (a veces), se le veían sus bendecidos dientes delanteros.

8- Nunca decía algo inútil o innecesario. Hablaba con brevedad, de forma clara y efectiva y cuando era necesario. A veces repetía tres veces una misma declaración para que quedase bien entendida.

9- Tenía un aspecto tan imponente que nadie se atrevía a mirarlo a la cara. El visitante que lo hacía, se ponía a sudar. Al verlo, decía: **“¡No te preocupes! Yo no soy un rey y no soy cruel en absoluto. Soy el hijo de una mujer que se alimentaba con caldo de carne”.** Estas palabras disipaban el temor de la persona permitiéndole decir lo que quería.

10- A pesar de ser el Habib, el más amado y el Mensajero elegido por Allahu ta’âlâ, solía decir: **“Entre todos vosotros yo soy el que conoce mejor a Allahu ta’âlâ y el que más Le teme”. “Si vosotros hubierais visto lo que yo veo, reiríais poco y lloraríais mucho”.** Cuando veía una nube en el cielo solía decir: **“¡Yâ Rabbî! ¡No nos envíes un castigo con esa nube!”** Cada vez que soplaba el viento, suplicaba: **“¡Yâ Rabbî! Envíanos vientos beneficiosos”.** Cuando oía un trueno, imploraba: **“¡Yâ Rabbî! No nos mates con Tu ira, no hagas que**

muramos con Tu tormento sino que, en vez de eso, bendícenos con la abundancia”. Cada vez que hacía namâz se oían en su pecho sonidos de suspiros, como si estuviese sollozando en su interior. Los mismos sonidos podían oírse cuando recitaba el Qur’ân al-karîm.

11- Su corazón tenía un grado inusitado de valor y fortaleza. En la Batalla Sagrada de Hunayn, los musulmanes se dispersaron y solo tres o cuatro quedaron con él. Los incrédulos lanzaron un ataque por sorpresa. El Mensajero de Allah se enfrentó a ellos y los derrotó. El mismo tipo de suceso ocurrió varias veces. Jamás retrocedía.

12- El Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, era extremadamente generoso. Daba cientos de ovejas y camellos sin guardar una sola cabeza para sí mismo. Más de un incrédulo obstinado vio esos actos de caridad y se unió a los creyentes.

13- En ocasiones reservaba una cierta cantidad de dátiles y cebada para mantener durante un año a sus esposas y unos pocos sirvientes, y parte de esa cantidad reservada se la daba a los pobres.

14- Los alimentos que más le gustaban eran cordero, caldo de carne, calabacín, postres, miel, dátiles, leche, nata, sandía, uvas y pepinos.

15- Cuando bebía agua, decía la Basmala y lo hacía a sorbos, despacio y haciendo dos pausas (dividiendo el acto de beber en tres partes). Luego decía “Alhamdulillâh” y rezaba.

16- Solía vestirse con la ropa que encontraba y estaba permitida. Se cubría con prendas sin costuras hechas de tejido grueso, como el ihrâm, ciñéndose a la cintura y todo alrededor, una pieza de tejido, además de camisas y túnicas amplias y largas. Estas prendas estaban tejidas con algodón, lana o pelo animal. Solía vestir de blanco y a veces de verde. También había veces en las que se ponía prendas con costuras. Los viernes, en las ocasiones especiales como los días del ‘Id (festividades religiosas), cuando recibía delegaciones diplomáticas y en las batallas, se ponía túnicas y camisas de gran valor. La mayoría de sus prendas de vestir eran blancas. También se ponía prendas verdes, rojas o negras. Se cubría los brazos hasta las muñecas y sus piernas bendecidas hasta la altura de las espinillas.

17- Siguiendo la costumbre de Arabia, dejaba crecer los cabellos hasta llegarle a las orejas, recortándolo cuando superaba esa longitud. Solía aplicar al pelo cremas olorosas.

18- Ponía almizcle y otro tipo de perfumes en la cabeza y en las manos y se impregnaba con sahumerios de ʻud (madera olorosa) y alcanfor.

19- Su lecho era de piel curtida rellena de fibras de palmera. Cuando le ofrecieron un colchón relleno de lana, lo rechazó diciendo: **"¡O Âisha! Juro por Allah que, si yo quisiera, Allahu ta'âlâ guardaría para mí montones de oro y plata por todas partes".** En ocasiones dormía sobre esteras, bancos de madera, en el suelo, en alfombras de lana o en la tierra seca.

20- Cada noche ponía kohl en sus ojos tres veces.

21- Entre las posesiones personales que guardaba en su casa, siempre tenía un peine, un recipiente para el kohl que se ponía cada noche, un miswâk, tijeras, aguja e hilo. Cuando iba de viaje, llevaba estas cosas consigo.

22- Tras la oración de la noche, solía dormir hasta la medianoche para luego levantarse y pasar el resto del tiempo en adoración hasta la oración de la mañana. Se tumbaba sobre el costado derecho, ponía la mano derecha bajo la mejilla y se dormía recitando Sûras (capítulos del Qur'ân al-karîm).

23- Solía hacer tafa'ul (deducir buenos augurios de los acontecimientos). Dicho con otras palabras: cuando veía algo por primera vez o de repente, lo interpretaba con optimismo, nunca como algo fatídico.

24- En los momentos de aflicción, adoptaba una actitud pensativa y se cogía la barba.

25- Cuando se sentía triste empezaba a hacer namâz. El gusto y deleite que sentía durante el namâz eliminaba su tristeza.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, temía y adoraba a Allahu ta'âlâ de tal manera que nadie podía compararsele. Hacía oraciones rituales hasta que se le hinchaban los pies. Cuando le dijeron: "¡Oh Rasûlullah! ¿Para qué tanto sufrimiento cuando todos tus

pecados, pasados y futuros, han sido perdonados?” Contestó: **“¿Acaso no debería de ser el esclavo de Allahu ta’âlâ más agradecido?”**

Virtudes de Muhammad:

Hay cientos de libros que hablan de las virtudes de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam. En este contexto, virtud significa cualidad superior. Algunas de las mismas aparecen mencionadas a continuación:

1- Entre todas las criaturas, la nûr de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y su alma fue lo primero que se creó.

2- Allahu ta’âlâ escribió su nombre en el ’Arsh, en los Jardines del Paraíso y en los siete cielos.

3- La expresión, “Lâ ilâha illa’llâh Muhammadun Rasûlullah” (No hay más dios que Allahu ta’âlâ y Muhammad es Su Mensajero) está escrita en las hojas de una rosa que crece en la India.

4- Un pez que se pescó en un río cercano a Basora, tenía el nombre “Allah” en el lomo derecho y el nombre “Muhammad” en el izquierdo.

5- Hay ángeles cuya única misión es decir el nombre de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

6- La razón por la que se ordenó a los ángeles postrarse ante Âdam, ‘alaihis-salâm, es porque tenía en la frente la nûr de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

7- Allahu ta’âlâ ordenó a cada uno de Sus profetas: **“Si Muhammad fuese el Profeta de vuestra época, decirle a vuestro pueblo que crea en él”.**

8- Cuando estaba cercana su venida al mundo se vieron muchos presagios que anunciaban ese suceso. Están recogidos en libros de historia y en los libros del Mawlîd, (libros que hablan

del nacimiento del Mejor de los Hombres y los sucesos que tuvieron antes del nacimiento, durante y después del mismo).

9- Cuando vino al mundo, los ángeles cortaron el cordón umbilical y le circuncidaron.

10- Tras su llegada al mundo, los shaytanes ya no pudieron subir a los cielos para robarles información a los ángeles.

11- Cuando llegó al mundo, cayeron al suelo todos los ídolos y estatuas que se habían adorado en la tierra.

12- Los ángeles mecían su cuna.

13- Cuando estaba en la cuna hablaba con la luna que seguía el movimiento de su dedo.

14- Empezó a hablar cuando estaba en la cuna.

15- Cuando estaba en el exterior, siendo un niño, una nube se ponía sobre su cabeza bendecida y se movía protegiéndole con su sombra. Esto continuó hasta el comienzo de su misión profética.

16- Todos los profetas tenían el sello de la profecía en la mano derecha. Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, lo tenía cerca del omóplato, en línea con el corazón.

17- Era capaz de ver lo que había detrás y delante de él.

18- Podía ver en la luz y en la oscuridad.

19- Su saliva endulzaba el agua amarga, curaba los enfermos y alimentaba a los niños pequeños como si fuera leche.

20- Cuando dormían sus ojos bendecidos, su bendito corazón permanecía despierto. Esta era una cualidad común en todos los profetas, 'alaihimus-salawâtu wa-t-taslîmât.

21- En toda su vida jamás bostezó. Ni tampoco lo había hecho ningún Profeta, 'alaihi-us-salawâtu wa-t-taslîmât.

22- Su bendito sudor tenía un olor perfumado parecido al de las rosas. Un hombre pobre vino a verle diciéndole que necesitaba ayuda para el matrimonio de su hija. El bendito Mensajero no tenía nada para darle en ese momento. Puso unas gotas de su sudor en una botella pequeña y se la dio al hombre. Cada vez que la joven se ponía un poco del sudor, la casa olía a almizcle. Su casa llegó a ser conocida como "la casa perfumada".

23- A pesar de ser de estatura mediana, parecía más alto que los que estaban a su lado.

24- Cuando andaba bajo la luz del sol o de la luna, su cuerpo no arrojaba sombra alguna.

25- Las moscas, mosquitos, o cualquier otro tipo de insecto, no se posaban en su cuerpo o en sus ropas.

26- Su ropa interior nunca se manchaba por mucho tiempo que la usara.

27- Cuando andaba, los ángeles le seguían. Por esta razón, hacía que sus Sahâbî, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhum aŷma'în, fueran por delante diciéndoles que dejaran libre el espacio detrás de él "para los ángeles".

28- Cuando se subía a una roca, su pie dejaba una huella en la misma. Por el contrario, cuando andaba sobre la arena, no dejaba huella alguna. Cuando se aliviaba, la tierra se abría y hacía desaparecer lo que defecaba emitiendo un olor fragante. Lo mismo ocurría con los demás profetas.

29- Entre todos los seres humanos y los ángeles, a él se le dio el mayor conocimiento. A pesar de ser ummî, (iletrado, nadie le había enseñado), Allahu ta'âlâ hizo que lo supiese todo. Del mismo modo que a Âdam, 'alaihis-salâm, se le dieron a conocer los nombres de todas las cosas, al Profeta Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se le enseñó el nombre y el conocimiento de todo lo que existe.

30- Se le dieron a conocer los nombres de toda su umma y los sucesos que le iban a ocurrir.

31- Su aql (capacidad intelectual) era superior a la de todos los seres humanos.

32- Se le habían otorgado todas las mejores cualidades morales y costumbres que puede tener el género humano. Cuando preguntaron al gran poeta ’Umar Ibn-il-Fârid por qué no alababa nunca al Mensajero de Allah, respondió: “Me he dado cuenta de que no puedo hacerlo. No puedo encontrar palabras con las que alabarlo”.

33- En la Kalima-i shahâdat (la frase que comienza con “Ashhadu...” que es el primero de los pilares del Islam con el que se declara la creencia en el Islam), en el adhân (la llamada a la oración), en el iqâmat (las palabras que se dicen antes de comenzar una de las cinco oraciones diarias obligatorias), en el tashahhud (recitación que se hace estando sentado en la oración ritual) en algunos actos de adoración y en el jutba (sermón que da el imâm desde el minbar antes de la oración de los viernes y en los días de ‘Id y que se debe dar en árabe en todo el mundo), en las amonestaciones, en las súplicas que se dicen en tiempos de dificultad o tristeza, en la tumba, en el lugar del Juicio, en el Paraíso y en las lenguas que hablan todos los seres creados, Allahu ta’âlâ puso el nombre de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, junto al Suyo.

34- Su supremacía definitiva viene de ser el Habîbullah (el Amado de Allahu ta’âlâ). Allahu ta’âlâ lo convirtió en Su amado, Su amigo. Él lo ama más que a ningún otro ángel o ser humano. Allahu ta’âlâ dice en un hadîz-i qudsî: **“Del mismo modo que hice de Ibrâhim Mi Jalîl, Yo te he convertido en Mi Habîb”.**

35- El âyat-i karîma 5 de la Sûra Dhuhâ se declara: **“Te daré todo lo que quieras hasta que quedes satisfecho”** [hasta que digas ‘suficiente’]. Este âyat-i karîma promete que Allahu ta’âlâ otorgará a Su Profeta, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, todo tipo de conocimiento y supremacía, las normas del Islam, ayuda ante sus enemigos y victorias contra ellos, conquistas y victorias a manos de su umma (comunidad), y todo tipo de intercesiones y manifestaciones en el Día del Levantamiento. Cuando descendió este âyat-i karîma, el bendito Mensajero miró a Ŷabrâîl, ‘alaihis-salâm, y dijo: **“No estaré satisfecho si uno solo de mi umma se queda en el Fuego”.**

36- En el Qur'ân al-karîm Allahu ta'âlâ menciona a todos Sus profetas por sus nombres. En el caso de Muhammad, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, se dirige a él con expresiones de alabanza, como por ejemplo: **"Oh Mi Mensajero, Oh Mi Profeta".**

37- Su forma de hablar era extremadamente clara y fácil de entender. Recibía visitantes de muchos lugares a los que hablaba en su propio dialecto. La gente le escuchaba con admiración. Decía: **"Allahu ta'âlâ me ha instruido de forma muy hermosa".**

38- Enseñaba mucho con pocas palabras. Que se conserven más de cien mil hadîz-i sharîf es la prueba de que era Ŷawâmi-ul-kalîm. Según dicen algunos eruditos del Islam, Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estableció los cuatro fundamentos del Islam con cuatro hadîz-i sharîf, que son los siguientes: **"Las acciones se valoran según las intenciones". "Lo halâl está claro y lo harâm está claro". "El demandante tiene que presentar testigos y el acusado tiene que hacer un juramento".** Y: **"A no ser que una persona desee para su hermano musulmán lo que quiere para sí mismo, no tendrá un îmân perfecto".** El primero de estos cuatro hadîz-i sharîf establece la base del conocimiento relacionado con los actos de adoración; el segundo trata del conocimiento relacionado con las transacciones (p.ej. comprar y vender, alquilar, propiedad compartida, etc.); el tercero es el conocimiento relacionado con la jurisprudencia y la política, y el cuarto trata del conocimiento relacionado con la ética y la conducta.

39- Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, tenía un grado muy elevado de inocencia. Nunca cometía transgresión alguna, ya fuera de forma consciente o inconsciente, graves o menores, ni antes de los cuarenta años ni después. Jamás se le vio actuar de manera inapropiada.

40- Cuando se piden bendiciones por Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, al estar sentado en la oración y se dice "as-salâmu 'alaika ayyuha-n-nabiyyu wa rahmatullâhi", se ordena a todos los musulmanes que pidan salam por él. Durante las oraciones no está permitido pedir salam por otros profetas o por los ángeles.

41- Allahu ta'âlâ ha declarado en un hadîz-i qudsî**: "¡De no haber sido por ti, no habría creado cosa alguna!"**

42- Los demás profetas tuvieron que defenderse a sí mismos de las calumnias de los incrédulos. Por el contrario, Allahu ta'âlâ defendía a Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, refutando las calumnias en su contra.

43- El número de integrantes de la umma de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es superior al número total de las umma de los demás profetas, 'alaihimus-salawâtu wat-taslîmât. Son superiores y más honorables que las demás umma. En un hadîz-i sharîf se declara que las dos terceras partes de los que entrarán en el Paraíso pertenecerán a esta umma.

44- Las bendiciones que se darán al Rasûlullah son múltiplos de las bendiciones que se darán a los demás profetas.

45- Era harâm llamarlo por su nombre, hablar en voz alta en su presencia, gritarle o llamar desde lejos y caminar delante de él. Las umma de los demás profetas, 'alaihimus-salawâtu wat-taslîmât, solían llamarlos por su nombre.

46- Vio dos veces a Ŷabrâîl, 'alaihis-salâm, con su forma angélica. El ángel jamás se manifestó con su forma angélica a ningún otro profeta, 'alaihimus-salawâtu wat-taslîmât. Ŷabrâîl, 'alaihis-salâm, le visitó veinticuatro mil veces. Entre los demás profetas, 'alaihimus-salawâtu wat-taslîmât, el que más visitas recibió fue Mûsâ, 'alaihis-salâm'. Ŷabrâîl, 'alaihis-salâm, lo visitó cuatrocientas veces.

47- Está permitido hacer una promesa a Allahu ta'âlâ en el nombre de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam. No está permitido hacerlo en el nombre de un ángel u otro profeta.

48- Tras la muerte de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, quedó prohibido casarse con sus esposas bendecidas, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhunna'. Islam ha declarado que son Madres de los Creyentes.

49- En el Día de la Rendición de Cuentas no servirá de nada el parentesco sanguíneo o por nikâh (contrato de matrimonio establecido por Islam). Pero este no es el caso con los parientes del Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam.

50- En este mundo y en el próximo tiene gran beneficio llamarse con el nombre bendecido del Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam. Los creyentes verdaderos que tengan su nombre nunca entrarán en el Fuego.

51- Cada declaración que hizo es verdad, lo mismo que todo lo que hizo. Cada iŷtihad suyo (deducción de significado o conclusión) fue refrendado por Allahu ta'âlâ.

52- Amarlo es fard para todo el mundo. Él mismo declaró: **"El que ama a Allahu ta'âlâ me amará a mí".** Esta indicación de amarlo implica seguir su religión, su camino, su Sunnat y su conducta moral. Tal y como aparece en el Qur'ân al-karîm, se le ordenó decir: **"Si me sigues, Allahu ta'âlâ te amará".**

53- Es wâŷib (indispensable) amar a su Ahl-i Bayt (miembros de su casa). Dijo: **"El que sienta enemistad hacia mi Ahl-i Bayt es un munâfiq** (hipócrita)**".** Su Ahl-i Bayt son sus familiares a los que está prohibido entregar zakât (impuesto obligatorio en el Islam). Son sus esposas y los creyentes que descienden del linaje de su abuelo Hâshim, es decir, los descendientes de 'Ali, 'Uqayl, Ŷa'far Tayyâr, y Abbâs.

54- Es wâŷib amar a todos sus Sahâba, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhum aŷma'în'. Dijo: **"Cuando yo ya no esté, no sintáis enemistad hacia mis Sahâba. Amarlos a ellos significa amarme a mí. Sentir enemistad hacia ellos significa sentir enemistad hacia mí. El que les causa algún daño me lo habrá causado a mí. El que me haga daño se lo hará a Allahu ta'âlâ. Y Allahu ta'âlâ castigará a los que Le hagan daño".**

55- Allahu ta'âlâ creó cuatro ayudantes para Muhammad, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, dos en el cielo y dos en la tierra. Son Ŷabrâîl, Mikâîl, Abû Bakr y 'Umar, 'radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhum aŷma'în.

56- Toda persona que muera llegada la pubertad, tanto varón como hembra, será preguntada en la tumba por Muhammad, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam. A la pregunta "¿Quién es tu Rabb?, le seguirá la pregunta '¿Quién es tu Profeta?".

57- Recitar los hadîz-i sharîf de Muhammad, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, es un acto de adoración. Se le darán bendiciones a la persona que lo haga.

58- Para llevarse su alma bendecida, Azrâil, 'alaihis salâm, (Ángel de la Muerte) vino con forma humana y preguntó si podía entrar.

59- La tierra de su tumba bendecida es más valiosa que ningún otro lugar, incluida la Kâ'ba y los Jardines del Paraíso.

60- En su tumba está vivo de una manera que no nos es conocida. En ella recita el Qur'ân al-karîm y hace namâz. Lo mismo ocurre con todos los demás profetas, 'alaihimus-salawâtu wat-taslîmât'.

61- Los ángeles oyen las salawât por el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, que recitan la gente por todo el mundo, las traen a su tumba y se las transmiten. Miles de ángeles visitan su tumba cada día.

62- Cada mañana y cada noche se le muestran los actos de adoración que ha hecho su umma. Ve a la gente haciendo esos actos e implora a Allahu ta'âlâ que perdone a los transgresores.

63- Visitar su tumba es mustahab, incluso para las mujeres. También se les permite visitar otras tumbas cuando no hay hombres presentes y siempre que se cubran según las normas islámicas con respecto a la forma de vestir.

64- Tras la muerte del Profeta, lo mismo que durante su vida, Allahu ta'âlâ acepta las oraciones y las súplicas de las que lo hacen a y través de su mediación y en su nombre, sallallâhu 'alaihi wa sallam, sin que importe en qué parte del mundo estén.

65- En el Día del juicio, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, será el primero en levantarse de su tumba. Vestirá las ropas del Paraíso. Montará en el Buraq (una montura del Paraíso) para llegar al Mahshar (el lugar de la reunión según la literatura islámica) llevando en su mano el estandarte ‘Liwâ al-hamd’**.** Todo el mundo, incluidos los profetas, se alinearán bajo esta bandera y todos estarán exhaustos por haber estado esperando en ese lugar durante mil años. La gente suplicará a los Profetas Âdam, Nûh (Noé), Ibrâhim (Abraham), Mûsâ (Moisés) e Îsâ (Jesús) ‘alaihimus-salawâtu wat-taslîmât para que intercedan por el comienzo del Juicio Definitivo. Pero todos se negarán por vergüenza o temor a Allahu ta’âlâ. Por último se dirigirán al Rasûlullah, implorando lo mismo, que se postrará y suplicará; y su intercesión será aceptada. El Juicio comenzará siendo su umma (musulmanes) la primera en rendir cuentas, en pasar el Sirât (puente que no se puede describir en términos de este mundo) y entrar en el Paraíso. Dondequiera que vayan, llenarán el lugar con su resplandor. Cuando Hadrat Fâtima, radiy-Allâhu ’anhâ, pase el Sirât, dirá una voz: “¡Que todo el mundo cierre los ojos! ¡Viene la hija de Muhammad!”.

66- El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, intercederá en seis lugares diferentes. En primer lugar, con su intercesión en el ‘Maqâm-i Mahmûd’, salvará a toda la humanidad del tormento de esperar en el lugar de la reunión. En segundo lugar, su intercesión hará que mucha gente entre en el Paraíso. En tercer lugar, salvará a algunos creyentes del castigo que merecen (por sus transgresiones). Lo cuarto será que rescatará del Fuego a creyentes que han hecho transgresiones graves. Con la quinta intercesión salvará a alguna gente que estará esperando en un lugar llamado A’râf, (que no es el Paraíso ni el Fuego) porque sus zawâb (recompensa por actos piadosos) son iguales a sus transgresiones. Intercederá por esa gente para que entren en el Paraíso. Y en sexto lugar, intercederá por el progreso de la gente del Paraíso.

67- El rango que tendrá el Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, en el Paraíso se llama ‘Wasila’, y es el rango más elevado. Allí están las raíces del árbol del Paraíso que se llama Sidrat-ul Muntahâ. Las ramas sostienen las bendiciones de toda la gente del Paraíso.

Suplicando el perdón de Allah

Al ser nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, la criatura más encumbrada, era la persona que más conocía y temía a Allahu ta'âlâ. A pesar de que Ŷanâb-i Haqq lo protegió de cometer transgresión alguna, no cesaba de adorar, rezar e implorar Su perdón. Dormía durante la primera parte de la noche (tras dirigir la oración de la noche) y hacía actos de adoración durante la última parte de la misma.

Ibn-i Abbas dijo lo siguiente: "Una noche estaba invitado en la casa de Hadrat Maymuna, madre de los musulmanes. El Rasûlullah durmió hasta cerca de la medianoche. Entonces se despertó, se sentó y con las manos apartó de su cara las señales del sueño. Luego se levantó, acercó un recipiente de agua e hizo la ablución ritual. Cuando terminó, recitó diez âyat-i karîma de la última parte de la Sûra Al-i Imran. Acto seguido, empezó a hacer una oración ritual. Yo también me levanté, hice la ablución ritual y empecé a hacer una oración ritual cerca de él. El Rasûlullah hizo una oración ritual de dos rak'ats. Luego hizo otra de dos rak'ats y de nuevo otros dos rak'ats. Cuando acabó, hizo la oración witr. Después se acostó de nuevo hasta que se oyó la llamada para la oración de la mañana. Se levantó, hizo una oración ritual de dos rak'ats y luego salió hacia la masŷid para rezar allí la oración fard de la mañana.

Nuestra Madre Hadrat Âisha narraba: "Una noche, nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba dormido. Cuando despertó me dijo: **"Oh Âisha, si me lo permites, esta noche estaré ocupado adorando a mi Rabb".** Se levantó y empezó a recitar el Qur'ân al-karîm. Se puso a llorar. Las lágrimas mojaron sus rodillas. Siguió recitando. Mientras recitaba el Qur'ân al-karîm, sus lágrimas bendecidas mojaban todo su cuerpo. Esta situación continuó hasta la mañana".

Cuando por la mañana vino Bilal-i Habashî y vio lo que pasaba, dijo: "¡Que mis padres sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam! ¿Acaso Allahu ta'âlâ no ha perdonado tus errores pasados y futuros?" El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, respondió: **"¡Oh Bilal! ¿Acaso no debo ser un esclavo agradecido cuando esta noche Allahu ta'âlâ ha hecho descender este âyat-i karîma?: 'En la creación de los cielos y la tierra y en la alternancia del día y de la noche hay muchos signos para los dotados de 'aql'** (inteligencia) (Sûra Al-i Imran: 189)**".**

En un hadîz-i sharîf recogido en el libro *"Muslim"*, Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, declaró: **"A mi corazón llegan tales cosas que por su causa digo istighfâr** (arrepentirse) **a Allahu ta'âlâ setenta veces cada día y cada noche".** Y: **"Una cortina** [que impide la llegada de la luz divina] **se corre ante mi corazón, así que digo istighfâr setenta veces cada día".** Y: **"Cada día yo digo cien veces istighfâr a Allahu ta'âlâ".**

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, temía tanto a Allahu ta'âlâ, que no se reía a carcajadas.

En un hadîz-i sharîf transmitido en el texto del Imâm-i Tirmizi, *"Abû Zar"*, se dice: **"En verdad que yo veo lo que vosotros no veis y oigo lo que no oís. En el cielo no hay un espacio con una anchura mayor de cuatro dedos en el que los ángeles no hagan saŷda** (postración). **Juro por Allah que si vosotros supierais lo que yo sé, reiríais poco y lloraríais mucho. Saldríais al exterior y suplicaríais a Allahu ta'âlâ desgañitándoos".**

En un hadîz-i sharîf transmitido por Abû Hurayra, nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo: **"Las acciones de una persona no le llevan al Paraíso".** Cuando le preguntaron: "¿Ni siquiera a ti, oh Rasûlullah?". Contestó: **"Exacto; mis acciones no me llevarán al Paraíso. No obstante, la generosidad y la misericordia de Allahu ta'âlâ me cubrirán".**

Ibn Umar transmitió: "Cuando estábamos en presencia del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, le oíamos decir cien veces: **"¡Oh mi Rabb! Perdóname y acepta mi arrepentimiento. Tú eres el que acepta el arrepentimiento y Tú eres el más Misericordioso".**

Anas bin Mâlik transmitió: El Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, decía constantemente la súplica: **"Allâhumma, yâ muqallibal-qulûb, zabbit qalbî 'alâ dînik"** [¡O Allah! Tú eres el único que puede cambiar nuestros corazones del mal hacia el bien y del bien hacia el mal. Haz que mi corazón esté firmemente asentado en Tu religión y no permitas que me aparte o la abandone].

En un hadîz-i sharîf, transmitido por Tirmizi de Abû Sa'id-il-Hudri, nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu alaihi wa sallam, dijo: **"Allahu ta'âlâ perdona las transgresiones de toda persona**

que dice tres veces ‘Astaghfirullah’al-azim allazi la ilâha illa huwal-hayyul-qayyum wa atubu ilayh’ antes de acostarse, y sin que importe que sus pecados sean tantos como la espuma del mar, los granos de arena de la tierra de Tamim, las hojas de los árboles o los días del mundo”.

Según las transmisiones recogidas en los libros de Bujari y Muslim, el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, recitaba el siguiente istighfâr: **“Allahummaghfirli hatîati wa ŷahlî, wa israfî fi amrî wa mâ anta a’lamu bihi minnî”.**

(¡Oh Allah! ¡Ya que Tú conoces las transgresiones que he hecho de forma consciente o inconsciente, perdona mis errores!)

“Allahummaghfirli hazlî wa ŷiddî wa hataî wa amdî wa kullu zâlika indî. Allahummaghfirli mâ kaddamtu wamâ anhartu wamâ asrartu wamâ a’lantu wamâ anta a’lamu minî ant-al mukaddamu wa ant-al mu’ahharu wa anta alâ kulli shay’in qadîr”.

(¡Oh Allah! Perdóname los posibles errores que haya cometido en broma o en serio, con consciencia o sin ella. ¡Oh Allah! Ya que Tú conoces todos mis errores, perdóname los que he hecho o voy a hacer, de forma secreta o manifiesta. Tú eres el Eterno. Tú eres el Todopoderoso).

Su intercesión

En el Día del Juicio, nuestro Maestro, Rasûl-i akram, sallallâhu alaihi wa sallam, intercederá por su comunidad y los librará de problemas y pesares. En un hadîz-i sharîf dijo: **“Se me permitió elegir entre que la mitad de mi comunidad entrase en el Paraíso o hacer intercesión. Elegí la intercesión porque abarca más cosas. No creáis que será solo por los piadosos, será también por los transgresores que hayan caído en el error”.**

En un hadîz-i sharîf transmitido por Hadrat Abû Hurayra, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Mi intercesión será por los que dice la Kalima-i shahâdat, ‘La ilâha illa’llâh’, con ijlâs** (sinceridad) **de manera que sus corazones confirmen lo que dicen sus lenguas”.**

En algunos de sus hadîz-i sharîf, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“De entre mi umma, intercederé por los que aman a mi Ahl-i Bayt”.**

“De entre mi umma, intercederé por los que han cometido pecados graves”.

“Yo puedo interceder por cualquier musulmán excepto por los que difaman a mis Compañeros”.

“De entre mi umma, intercederé por los que se atormentan a sí mismos y son engañados por su nafs (un enemigo declarado de Allahu ta’âlâ que es una fuerza presente en el hombre que quiere perjudicarle en lo que respecta a la religión)**”.**

“En el Día del Juicio, yo seré el primer intercesor”.

“El que no crea en mi intercesión no podrá obtenerla”.

En el Día del Juicio, y por la influencia del viento “sûr” la gente será presa del temor sin saber dónde mirar; luego, los musulmanes y los incrédulos serán llevados al Mahshar para el Juicio Final. Esto es un tormento que incrementa la dureza del Día del Juicio.

En ese día, ocho ángeles portarán y desplazarán el Arsh. El paso de cada uno de esos ángeles, recorrerá la distancia de un viaje de veinte mil años de este mundo.

Hasta que el Arsh-i A’la deje de moverse, los ángeles y las nubes alabarán a Allahu ta’âlâ de una manera ininteligible. El Arsh-i A’la se detendrá en el terreno de color blanco que Allahu ta’âlâ ha creado con ese fin. En ese momento, las cabezas se inclinarán por el miedo al castigo de Allahu ta’âlâ que nadie puede soportar. Completamente asombrados y atenazados por sus dificultades, suspirarán por la compasión.

El temor se apoderará de los profetas y los eruditos. Llorarán los awliyâ [esclavos amados de Allahu ta’âlâ] y los mártires temiendo el castigo de Allahu ta’âlâ que es imposible soportar. Cuando estén en esa situación, se verán rodeados por una luz más intensa que la del sol. La gente, que ya no podrá soportar el calor del sol, será testigo de ello y presa de una gran agitación. Permanecerán en este estado durante mil años. Allahu ta’âlâ no dirá cosa alguna.

Entonces la gente irá a Âdam, ’alaihis-salâm, que fue el primer profeta, y le suplicarán: “¡Oh Âdam, ’alaihis-salâm! Tú eres un profeta excelente y honorable. Allahu ta’âlâ te creó e hizo que los ángeles se postraran ante ti. Insufló en ti Su alma. Intercede por nosotros para que Él inicie la rendición de nuestras cuentas. Seamos juzgados tal y como Allahu ta’âlâ desee y que cada uno vaya a donde Él ordene. Allahu ta’âlâ, Dueño y Soberano de todo lo que existe, hace lo que quiere”.

Âdam, ’alaihis-salâm, dirá: “Yo comí el fruto del árbol que Allahu ta’âlâ había prohibido y ahora siento vergüenza ante Allahu ta’âlâ. No obstante, podéis ir a Nûh (Noé)”. Al oír estas palabras, deliberarán entre ellos durante mil años.

Luego irán a Nûh, ’alaihis-salâm, para suplicarle: “Estamos en una situación insostenible. Intercede por nosotros para que la rendición de nuestras cuentas tenga lugar cuanto antes. Que una vez en el Mahshar se acabe este castigo”. Nûh, ‘alaihis-salâm, responderá: “Yo había suplicado a Allahu ta’âlâ y toda la gente de la Tierra se ahogó debido a esa súplica. Esta es la razón de que ahora sienta vergüenza ante Allahu ta’âlâ. Pero podéis ir a Ibrâhim, ’alaihis-salâm, que es el Jalîlullah. En el último âyat de la Sûra Haŷ, Allahu ta’âlâ declara: ‘**A Ibrâhim** (‘alaihis-salâm), **lo llamé musulmán antes de que viniera al mundo’.** Quizás él interceda por vosotros”.

Como ya había pasado antes, deliberarán entre sí durante otros mil años. Luego irán a Ibrâhim, ’alaihis-salâm, y dirán: “¡Oh padre de los musulmanes! Tú eres la persona a la que Allahu ta’âlâ convirtió en Su Jalîl [amigo]. Intercede por nosotros para que Allahu ta’âlâ decrete con respecto a Sus criaturas”. Ibrâhim, ‘alaihis salâm, les dirá: “Cuando estaba en el mundo hablé tres veces de manera indirecta. Al hacerlo, tuve que esforzarme en el camino de la religión. Ahora me avergüenzo de pedir permiso para interceder. Ir a Mûsâ, ’alaihis-salâm. Allahu ta’âlâ le habló y demostró otorgarle cercanía espiritual. Él intercederá por vosotros”.

Tras esto, volvieron a pasar mil años deliberando. No obstante, en esos momentos la situación ya es muy difícil. El Mahshar se hace muy estrecho. Van entonces a Hadrat Mûsâ, ’alaihis-salâm, y le dicen: “¡Oh hijo de Imran! Tú eres el Profeta del que habló Allahu ta’âlâ y sobre el que hizo descender la Tora. ¡Intercede por nosotros para que comience la rendición de

cuentas! Ya hemos estado aquí demasiado tiempo y hay tanta gente que nos pisamos unos a otros”.

Mûsâ, ’alaihis-salâm, les dirá: “Supliqué a Allahu ta’âlâ para que el pueblo de Faraón fuese castigado con cosas que no le gustasen. Y luego Le pedí que fueran un ejemplo para las generaciones siguientes. Pero ahora me da vergüenza interceder. No obstante, Allahu ta’âlâ tiene misericordia y compasión. Ir a Isâ (Jesús), ’alaihis-salâm. Él es el más veraz de los Mensajeros en lo que respecta al yaqîn (creencia absoluta), y él es el más encumbrado con respecto a ma’rifa (conocimiento relacionado con Dhat [Esencia] y Atributo de Allahu ta’âlâ), zuhd (desapego de las cosas mundanas) y hikmat (sabiduría). Él intercederá por vosotros”.

Para librarse de las dificultades del Mahshar, irán a Isâ, ’alaihis-salâm para decirle: “Tú eres el Ruh (espíritu) y la Palabra de Allahu ta’âlâ. En el âyat 45 de la Sûra Al-i Imran, Allahu ta’âlâ reveló hablando de ti: **“Él es muy valioso en este mundo y en la Otra Vida”.** ¡Intercede por nosotros ante tu Rabb!”

Isâ, ’alaihis-salâm, dirá: “Mi pueblo tuvo la creencia de que mi madre y yo éramos dioses junto con Allahu ta’âlâ. Ante esta situación, ¿cómo puedo interceder? Me adoraron y me llamaron hijo que tenía a Allahu ta’âlâ como padre. ¿Pero habéis visto alguno de vosotros que, sin tener el sello de su bolsa roto, esté vacía? ¿Es posible conseguir ese dinero sin romper el sello? Ir a Muhammad, sallallahu ‘alaihi wa sallam, que es el último y el más encumbrado de los profetas que ha preparado su invitación e intercesión por su comunidad. Su pueblo le atormentó en numerosas ocasiones. Hicieron que manase sangre de su bendita frente. Rompieron su diente bendecido. Dijeron que estaba loco, a pesar de que ese gran Profeta era el mejor y más honorable de todos ellos. Y a pesar de estos tormentos y vejaciones insoportables, dijo lo mismo que Yusuf, ’alaihis-salâm, dijo a sus hermanos que aparece en el âyat-i karîma que declara: **‘Ahora ya no habrá más rencores. Ŷanâb-i Allah es el Más Misericordioso’**”. Cuando Isâ, ’alaihis-salâm, les informe sobre las grandes cualidades de nuestro Maestro, el Profeta, sallallahu ‘alaihi wa sallam, querrán ir a verlo lo antes posible.

Llegarán de inmediato al estrado donde estará Muhammad, sallallahu ‘alaihi wa sallam, y dirán: “Tú eres el Amado de Allahu ta’âlâ. El amado es el intermediario más eficaz. ¡Intercede

por nosotros! Hemos ido a Âdam, ’alaihis-salâm, que ha sido el primero de los profetas. Nos mandó a Nûh, alaihis-salâm. Fuimos a Nûh, ’alaihis-salâm, que nos mandó a Ibrâhim, ’alaihis-salâm. Fuimos a Ibrâhim, ’alaihis-salâm, y nos mandó a Musa, ’alaihis-salâm. Fuimos a Musa, ’alaihis-salâm, y nos mandó a Isâ, ’alaihis-salâm. Fuimos a Isâ, ’alaihis-salâm, y él nos ha enviado a ti. ¡Oh Rasûlullah, sallallahu ‘alaihi wa sallam! Después de ti, ya no queda nadie a quien recurrir”.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallahu ‘alaihi wa sallam, dirá: **“Si Allahu ta’âlâ lo acepta y da Su permiso, yo intercederé”.**

Irá al Suradikat-i ŷalal, (la cortina de la grandeza) y pedirá permiso a Allahu ta’âlâ para poder interceder. Se le concederá el permiso y se correrán las cortinas. Entrará en el Arsh-i A’la, hará saŷda y permanecerá en saŷda durante mil años. Tras ello, alabará a Allahu ta’âlâ de una manera tal que nadie, desde la creación del universo, habrá alabado a Allahu ta’âlâ de forma tan perfecta. Algunos ‘arif (gente de sabiduría) han dicho que cuando Allahu ta’âlâ creó el universo se alabó a Sí Mismo de esa manera.

En Mahshar, la situación de la gente será cada vez peor. Sus dificultades aumentarán. Cada uno llevará sobre los hombros los bienes a los que se aferraron en el mundo. Los que no pagaron el zakât de sus camellos, estarán cargado con un camello que bramará y será tan pesado como una montaña enorme. Los que no pagaron el zakât del ganado vacuno u ovino estarán en las mismas circunstancias. Los lamentos serán como truenos.

Los que no pagaron el ‘ushr, (el zakât de las cosechas) estarán cargados con fardos de las cosechas. Los fardos contendrán los productos por los que no pagaron el zakât en el mundo. Si era trigo, estarán cargados con fardos de trigo, si era cebada, acarrearán fardos de cebada. Bajo esos pesos, gritarán “Wa wayla, wa-sabura”. (“Wayl” es una palabra que expresa tormento. La gente grita esta palabra cuando ya no puede soportar un tormento. La palabra “sabur” también se utiliza cuando sobreviene la muerte).

Los que en el mundo no pagaron el zakât del oro, plata, papel moneda y otros bienes comerciales se verán afligidos por una serpiente temible. Gritarán y dirán: “¿Esto qué es?” Y

los ángeles dirán: “Son los bienes materiales por los que no pagasteis el zakât cuando estabais en el mundo”. Esta situación espantosa aparece descrita en el âyat 182 de la Sûra Al-i Imran sûra: **“Lo que retuvieron en el mundo colgará de sus cuellos en el Día del Levantamiento”.**

En otro grupo, el pus emanará de sus partes privadas. A causa del fétido olor, los que estén a su alrededor se sentirán muy molestos. Son los que habían cometido adulterio y acciones harâm de ese tipo.

Otro grupo estará colgado de las ramas de los árboles. Son lo que habían cometido actos de sodomía cuando estaban en el mundo.

Las lenguas de otro grupo saldrán de sus bocas llegando hasta los pechos. Serán una visión tan desagradable que los demás no querrán tan siquiera mirarlos. Son los mentirosos y calumniadores.

El abdomen de las personas de otro grupo será tan grande como montañas. Es la gente que se dedicó al comercio sin utilizar mu’amala (transacciones comerciales permitidas) y cobrando intereses sin verse obligados a ello. Las transgresiones de los que han cometido esos actos harâm quedarán al descubierto.

Allahu ta’âlâ ha dicho: **“¡Oh Muhammad** (sallallâhu ’alaihi wa sallam)**, levanta tu cabeza de la saŷda! Habla y se te escuchará. Intercede y te será aceptado”.** Al oír estas palabras, nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dirá: **“¡Oh mi Rabb! Separa los esclavos buenos de los malos para que el tiempo de su estancia se vea muy extendido. Que cada uno de ellos, con sus transgresiones, se vea desacreditado y humillado en Arasat”.**

Se oirá una voz que dirá: **“¡Sí, Oh Muhammad!”** Ŷanâb-i Haqq ha ordenado al Paraíso que se engalane con todos sus adornos y se ha llevado a Arasat. Tiene un perfume tan fragante que se puede oler a una distancia de un viaje de quinientos años. Esta situación hace que los corazones estén complacidos y se revitalicen las almas. Aquellos cuyas acciones eran perversas y erróneas (incrédulos, apóstatas, los que se burlaron de los musulmanes, los que engañaron a los jóvenes y les robaron la fe) no podrán oler el perfume del Paraíso.

Ŷanâb-i Haqq ordenará que se lleven el Fuego y el Paraíso a Mahshar. El Fuego bramará, gritará, echará chispas y emitirá una nube intensa que oscurecerá el suelo por completo. La gente se verá impotente y se derrumbará dondequiera que estén.

Incluso los Profetas y los Mensajeros perderán el control de sí mismos. Hadrat-i Ibrâhim, Hadrat-i Musa y Hadrat-i Isa se aferrarán al Arsh-i A'la. Ibrâhim, 'alaihis-salâm, se olvidará de Ismâil, 'alaihis-salâm, al que estuvo a punto de sacrificar. Mûsâ, 'alaihis salâm, se olvidará de su hermano Harun (Aarón), 'alaihis-salâm. Isâ, 'alaihis-salâm, se olvidará de su madre Hadrat Maryam. Cada uno de ellos dirá: "¡Oh mi Rabb! Lo único que hoy me preocupa es estar a salvo".

En lo que respecta a Hadrat Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dirá: **"¡Oh mi Rabb! ¡Protege y salva a mi comunidad!"** Nadie podrá soportar esa situación. Allahu ta'âlâ lo ha mencionado en el âyat 28 de la Sûra Ŷâsiya: **"Se verá cada comunidad arrodillada por temor a Ŷanâb-i Haqq. Y serán invitados a presentar el libro de sus acciones en el mundo".**

En el âyat 8 de la Sûra Mulk, Allahu ta'âlâ dice: **"Debido a su vehemencia y la enormidad de su ebullición, parecerá que va a reventar".** En ese momento, nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, aparecerá y detendrá al Fuego diciendo: **"¡Regresa despreciado y servil! Los que te pertenecen, irán a ti grupo tras grupo".**

El Fuego dirá: "¡Oh Muhammad! ¡Dame permiso! Porque tú eres harâm para mí". Una voz se oirá desde el Arsh: "¡Oh Fuego! ¡Escucha las palabras de Muhammad y obedécele!" Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, tirará del Fuego y lo pondrá a la izquierda del Arsh-i A'la. Los que estén en el lugar de la Reunión comentarán entre ellos las buenas noticias que suponen este trato misericordioso y la intercesión de nuestro Maestro, el Profeta. Su temor disminuirá un poco. Y se pondrá de manifiesto el significado del âyat-i karîma 107 de la Sûra Anbiya: **"Te hemos enviado como una misericordia para toda la creación".**

El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, intercederá en seis lugares diferentes. En primer lugar, con su intercesión en el 'Maqâm-i Mahmûd', salvará a toda la humanidad del tormento

de esperar en el lugar de la reunión. En segundo lugar, su intercesión hará que mucha gente entre en el Paraíso. En tercer lugar, salvará a algunos creyentes del castigo que merecen (por sus transgresiones). Lo cuarto será que rescatará del Fuego a creyentes que han hecho transgresiones graves. Con la quinta intercesión habrá alguna gente que estará esperando en un lugar llamado A'râf, (que no es el Paraíso ni el Fuego) porque sus zawâb (recompensas por actos piadosos) son iguales a sus transgresiones. Intercederá por esa gente para que entren en el Paraíso. Y en sexto lugar, intercederá por el avance de la gente del Paraíso.

SUS MILAGROS

Hay una serie innumerable de testigos que afirman que Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es el Profeta verdadero. Allahu ta'âlâ ha declarado: **"¡De no haber sido por ti, no habría creado cosa alguna!"** La totalidad de los seres creados no solo son prueba de la existencia y unidad de Allahu ta'âlâ, sino también de la misión profética y las virtudes superiores de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Todos los milagros (llamados karâmat) que tienen lugar a través de los awliyâ de su umma son, en realidad, sus milagros (que son llamados mu'ŷiza y que suceden a través de los profetas). Los karâmat también ocurren a través de la gente que lo siguen y se adaptan a él. Y como todos los demás profetas, 'alaihim-us-salawâtu wa-t-taslîmât, anhelaban pertenecer a su umma o, mejor dicho, como todos fueron creados a partir de su nûr, se puede decir que sus milagros son los milagros de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam.

En lo que respecta al tiempo, los milagros de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se dividen en tres categorías: la primera corresponde a los milagros que tuvieron lugar en el periodo que comienza con la creación de su alma bendecida y finaliza con su Bi'zat (el momento en el que Allahu ta'âlâ le nombra Su Mensajero). La segunda categoría comprende a los que ocurrieron desde el momento de su Bi'zat hasta su fallecimiento. Y a la tercera categoría pertenecen los milagros que han ocurrido tras su muerte junto con los que sucederán hasta que el mundo se acabe. Los milagros de la primera categoría se llaman 'irhâs', es decir, al comienzo. Cada una de las categorías se divide en dos clases: los milagros que se pudieron ver y los que se asumen con la mente. Esos milagros son tantos que nunca ha

sido posible enumerarlos. Se considera que los de la segunda categoría rondan los tres mil. A continuación mencionaremos algunos de los más conocidos.

1- El milagro mayor de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es el Qur’ân al-karîm. Todos los poetas y hombres de letras, desde el pasado hasta nuestros días, han reconocido sus limitaciones a la hora de ponderar la supremacía poética y semántica del Qur’ân al-karîm. No han sido capaces de crear una obra literaria que se aproxime a los estándares sublimes de cualquiera de sus versículos. Con respecto a la elocuencia y la retórica, no tiene parecido con el lenguaje humano. Una mera adición o sustracción verbal disminuye la belleza de su fraseología y su propósito. Los intentos de reemplazar una sola palabra han sido en vano. Su estilo poético no tiene parecido en ninguno de los poetas árabes. Habla de gran cantidad de acontecimientos pasados y futuros. Cuanto más se lee o se escucha, más entusiasmo se tiene por leerlo o escucharlo. Por muy cansado que uno esté, nunca aburre. Un hecho demostrado con experiencias innumerables, es que recitarlo o escucharlo alivia las dificultades. No es extraño quedarse asombrado o experimentar temor cuando se escucha o se recita, y hay gente que incluso ha muerto a causa de ello. Los corazones definitivamente hostiles de algunos incrédulos se han ablandado cuando han oído recitar el Qur’ân al-karîm, hasta el punto de transformarse en creyentes.

2- Un día en el que nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, fue a la casa de su tío paterno Abbâs, le pidió que se sentara con él acompañado de sus hijos. Luego los cubrió con su ihrâm (prenda de vestir sin costuras que usan los peregrinos a la Meca) y suplicó: **“¡Yâ Rabb! Del mismo modo que yo he cubierto a mi tío y a mi Ahl-i Bayt, protégelos Tú del Fuego”.** Y una voz que pareció surgir de las paredes repitió tres veces: “Âmîn”.

3- En una ocasión dijo a un hombre que tenía un ídolo en la mano: **“¿Si ese ídolo me habla serás creyente?”** Con tono desafiante, el hombre dijo: “He estado adorándolo durante cincuenta años y jamás ha dicho palabra alguna. ¿Cómo va a hablarte ahora?” Cuando Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le preguntó: **“¡Oh ídolo! ¿Quién soy yo?”** Una voz dijo: “Tú eres el Profeta de Allah”. Al oírlo, el dueño del ídolo se hizo musulmán de inmediato.

4- Un día que Muhammad, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, caminaba junto a un campo, oyó una voz que decía tres veces: “¡Yâ Rasûlullah!” Cuando se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz, vio una cierva que estaba atada. A su lado dormía un hombre. Cuando preguntó a la cierva qué quería, esta dijo: “Este cazador me ha capturado. En aquella colina tengo dos crías. ¡Déjame ir, por favor! Iré, las amamantaré y regresaré a este lugar”. El Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le preguntó: **“¿Cumplirás tu promesa y regresarás?”** La cierva dijo: “Prometo en el nombre de Allahu ta’âlâ que volveré. Si no lo hago, ¡que caiga sobre mí el castigo de Allahu ta’âlâ!” El Mensajero de Allah dejó a la cierva en libertad que corrió y volvió pasado un cierto tiempo. Cuando el hombre despertó, preguntó: “¡Oh Mensajero de Allah! ¿Tienes algún orden que darme?” El Profeta le ordenó: **“¡Deja libre a esta cierva!”** El hombre desató a la cierva que, antes de salir corriendo, dijo: “Ashhadu an lâ ilâha illa’llâh wa annaka Rasûlullah”.

5- Una transmisión recogida en dos libros diferentes escritos por Tirmizi y Nasâî y de nombre *‘Sunan’*, relata lo siguiente: “Un día se acercó al Profeta un hombre ciego que le imploró: “¡Yâ Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam! Pide por favor a Allahu ta’âlâ que pueda recuperar la vista”. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, se apiadó de él, le dijo que hiciera una ablución ritual de forma perfecta y que luego recitara lo siguiente: **“¡Yâ Rabb! Te lo suplico. Yo te imploro por la intercesión de Tu amado Profeta Muhammad. ¡Oh Hadrat Muhammad, a quien amo con todo mi corazón! Pido a Allahu ta’âlâ que acepte mi súplica en su nombre. ¡Yâ Rabb! ¡Haz que este encumbrado Profeta sea mi intercesor! ¡Acepta mi súplica en su nombre!”** El hombre hizo la ablución y luego recitó lo ordenado. Sus ojos se abrieron”. Los musulmanes han dicho siempre esta súplica y obtenido lo que deseaban.

6- Una mujer le envió miel como regalo. El Mensajero, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, la aceptó y mandó devolver el recipiente vacío. Cuando llegó a casa de la mujer, el recipiente estaba lleno de miel otra vez. La mujer fue a su casa y le preguntó: “¡Oh Mensajero de Allah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam! ¿Por qué no has aceptado mi regalo? ¿Qué pecado he cometido?” El bendito Profeta dijo: **“He aceptado tu regalo. La miel que has visto es la baraka** (abundancia) **que Allahu ta’âlâ te ha dado a cambio de tu regalo”.** La mujer quedó

complacida y regresó con la miel a su casa. Tanto ella como sus hijos comieron de esa miel durante meses, pero nunca disminuía. Un día, sin darse cuenta, pusieron la miel en otro recipiente y la miel pronto se acabó. Cuando se lo contaron al Mensajero de Allah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, dijo: **"Si la miel hubiese permanecido en el recipiente que yo te devolví, jamás disminuiría aunque estuvieseis tomándola hasta el fin del mundo".**

7- En una ocasión predijo que un número considerable de su umma combatiría una Guerra Santa en el mar y que Ummu-Hirâm, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anha, una Sahâba, estaría en esa contienda. Durante el califato de Hadrat 'Uzmân, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anh, los musulmanes se embarcaron a Chipre donde combatieron. La bendita mujer mencionada iba con ellos y murió mártir en la batalla.

8- Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam, dijo a Hadrat Mu'âwiya, radiy-Allâhu 'anh: **"¡Si un día gobiernas sobre mi umma, recompensa a los que hacen el bien y castiga a los que hacen el mal!"** Mu'âwiya, radiy-Allâhu 'anh, fue el gobernador de Damasco durante veinte años bajo el califato de Hadrat Umar y Hadrat 'Uzmân, radiy-Allâhu 'anhumâ, y luego fue el califa durante otros veinte años.

9- Un día miró a la madre de Abdullah bin Abbâs, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhum aŷma'în, y le dijo: **"Vas a tener un hijo. ¡Tráemelo cuando nazca!"** Cuando nació el niño lo llevaron ante él. El Mensajero de Allah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, recitó el azân y el iqâmat en sus oídos y puso en su boca un poco de su saliva bendecida. Le puso de nombre 'Abdullah' y se lo entregó de nuevo a su madre diciendo: **"¡Lleva contigo al padre de los califas!".** Cuando Hadrat Abbâs, radiy-Allâhu 'anh, el padre del recién nacido, se enteró de lo ocurrido, fue a visitar al bendito Profeta para preguntarle si había dicho tal cosa. El Profeta explicó: **"Sí, lo he dicho. Ese niño es el padre de los califas. Entre ellos estará Saffâh, Mahdî, y una persona que hará la oración ritual con Îsâ, 'alaihis-salâm'".** Hubo muchos califas que gobernaron la umma Abasida. Todos descendían de Abdullah bin Abbâs.

10- Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, puso sus manos bendecidas en la frente del hijo de su tío paterno, Abdullah bin Abbâs, radiy-Allâhu 'anhumâ, e hizo la siguiente súplica: **"¡Yâ Rabb! ¡Haz que esta persona sea un erudito de la religión y poseedor**

de hikmat (conocimiento relacionado con lo halâl y lo harâm)**! ¡Otórgale el conocimiento del Qur'ân al-karîm!"** Desde ese entonces, Abdullah bin Abbâs, radiy-Allâhu 'anhumâ, no tuvo parangón en todas las ramas del conocimiento, especialmente en el tafsir, (comprensión del murâd-i ilâhî –propósito divino– de las âyats del Qur'ân al-karîm), en los hadices, y en el fiqh. Los Sahâba y los Tâbi'în aprendían de él lo que deseaban saber. Llegó a ser muy conocido y se le llamaba 'Tarŷumân-ul-Qur'ân' (intérprete del Qur'ân al-karîm)**,** 'Bahr-ul-'ilm' (océano de conocimiento), y 'Raîs-ul-mufassirîn' (jefe de los eruditos del tafsir). Sus numerosos discípulos enriquecieron los países musulmanes.

11- Un día hizo la siguiente súplica por Anas bin Mâlik, radiy-Allâhu ta'âlâ 'anh, uno de sus sirvientes: **"¡Yâ Rabb! Haz que sus bienes materiales sean abundantes y sus hijos numerosos. Haz que su vida sea larga y perdona sus transgresiones".** A partir de ese momento, los bienes de Anas bin Mâlik comenzaron a aumentar de forma gradual. Sus huertos daban muchos frutos cada año. Tuvo muchos hijos y llegó a vivir ciento diez años. Al final de su vida imploraba: "¡Yâ Rabb! Has aceptado tres de las bendiciones que Te pidió Tu Amado y me las has concedido con abundancia. ¿Aceptarás la cuarta y perdonarás mis transgresiones?" En ese momento se oyó una voz que decía: **"También he aceptado la cuarta. ¡Deja que se alegre tu corazón!"**

12- Durante la Batalla Sagrada de Qatfân en el año tercero de la Hiŷra (Hégira), el Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaba descansando bajo un árbol sin compañía alguna. Un incrédulo de nombre Da'sûr, que también era un luchador, se le acercó con la espada desenvainada y dijo: "¿Y ahora quién te salvará de mí?" **"Allahu ta'âlâ lo hará",** fue la respuesta del Rasûlullah. Cuando el bendito Mensajero dijo esas palabras, Ŷabrâil, 'alaihis-salâm, apareció con forma humana y golpeó al incrédulo en el pecho que cayó y soltó la espada. El Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, la recogió del suelo y le dijo: **"¿Y ahora quién te salvará de mí?"** El hombre imploró diciendo: "Para salvarme no hay nadie mejor que tú". El bendito Profeta lo perdonó y le dejó ir. El hombre pasó a formar parte de los creyentes e hizo que mucha gente entrase en el Islam.

13- Un día el Mensajero, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había hecho la ablución. Se puso uno de sus mests (una especie de calcetín de piel que cubre la parte del pie que es fard lavar en la ablución) y cuando iba a ponerse el otro, vino un pájaro que se lo llevó y lo agitó en el aire. Una serpiente cayó del interior del mest. Entonces el pájaro volvió a dejar el mest en el suelo y reemprendió el vuelo. Desde ese día es una sunnat (acción que no ha sido ordenada por Allahu ta’âlâ pero que fue hecha y recomendada por nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam) agitar el calzado antes de ponérselo.

14- Anas bin Mâlik, radiy-Allâhu ta’âlâ ’anh, tenía un pañuelo con el que el Mensajero de Allah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, había secado su rostro bendecido en una ocasión. Anas solía secarse su cara con ese pañuelo y cuando estaba sucio lo echaba al fuego. La suciedad se quemaba y el pañuelo quedaba absolutamente limpio.

15- En la Batalla Sagrada de Uhud, uno de los ojos de Abû Qatâda, radiy-Allâhu ta’âlâ ’anh, se salió de su órbita y cayó en su mejilla. Cuando llevaron a Abû Qatâda ante el Rasûlullah, sallallâhu ta’âlâ ’alaihi wa sallam, este puso el ojo de nuevo en su cuenca con su mano bendecida y suplicó: **“Yâ Rabb! ¡Haz que su ojo sea hermoso!”** Al final, ese ojo de Abû Qatâda era más hermoso y veía mucho mejor que con el otro. Años más tarde, uno de los nietos de Abû Qatâda estaba ante ’Umar bin Abd-ul-’Azîz, el califa de la época. Cuando el califa le preguntó quién era, recitó unos versos que explicaban que era el nieto de la persona cuyo ojo había curado el Mensajero de Allah con su mano bendecida. Cuando el califa oyó los versos, le trató con gran respeto y amabilidad generosa.

16- Un día nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, fue a visitar a su hija Hadrat Fâtima y le preguntó cómo estaba. Hadrat Fâtima dijo: “¡Padre! Durante tres días mis hijos y yo no hemos comido ni bebido cosa alguna. Soportamos el hambre, mi estado no tiene importancia. Pero la situación de Hasan y Husayn me entristece mucho”.

Al oírlo, nuestro Maestro, Sarwar-i âlam, dijo: **“¡Oh Fâtima, mi hija querida! Estás hambrienta desde hace tres días y yo estoy hambriento desde hace cuatro días”.** Él también se apenó mucho por el hambre que pasaban sus nietos bendecidos Hadrat Hasan y Hadrat Husayn.

Hadrat Ali salió para trabajar y conseguir los medios con los que alimentar a sus hijos bendecidos. A las afueras de Medina vio a un campesino junto a un pozo que intentaba abrevar a sus camellos.

Hadrat Ali se acercó al hombre y le dijo: **“¡Oh árabe! ¿Quieres emplear a alguien que dé agua a tus camellos?”** El hombre contestó: “Sí, he estado buscando a alguien que me ayude. ¡Si estás dispuesto, ven y abreva mis camellos! Te daré tres dátiles por cada cubo de agua que saques del pozo”.

Hadrat Ali aceptó la oferta y empezó a sacar agua del pozo. Cuando ya había sacado ocho cubos de agua, la cuerda del cubo se rompió y el cubo se quedó en el pozo. Cuando el hombre vio lo ocurrido, se levantó enfadado y abofeteó la cara de Hadrat Ali.

Luego le dio veinticuatro dátiles por los ocho cubos de agua que había sacado. Hadrat Ali, sintiéndose muy triste, alargó el brazo hacia el interior del pozo, cogió el cubo y lo puso junto al pozo. Luego, abandonó ese lugar.

¡El lugareño estaba asombrado! ¡Cómo había podido llegar su brazo al fondo de un pozo tan profundo! ¿Acaso esa persona pertenecía a la religión que se decía iba a venir? Absorto en esos pensamientos, el asombrado aldeano dijo: “¡Yo creo que su Profeta es un profeta verdadero!”

Estaba muy molesto por haber cometido un acto tan terrible. Se dijo a sí mismo: “La mano que golpeó a esa persona tiene que ser cortada, sus huesos deben romperse”. Desenvainó la espada, dio un golpe terrible a la muñeca y se cortó la mano.

Sentía un dolor terrible, pero su corazón estaba ahora tranquilo. Cogió la mano amputada y fue directamente a la Masŷid-i Nabî donde preguntó a los Ashâb-i kirâm dónde estaba nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Le dijeron que había ido a la casa de su hija. Se enteró dónde estaba la casa de Hadrat Fâtima y se dirigió hacia ella.

En esos momentos, nuestro Maestro, el Profeta, tenía sentados en su regazo a sus nietos Hadrat Hasan y Hadrat Husayn a los que daba de comer los dátiles que había traído Hadrat Ali.

Acordándose del terrible error que había cometido, el labrador casi se desvaneció al tiempo que las lágrimas fluían como una fuente.

Llegó en ese estado a la casa de Hadrat Fâtima y llamó a la puerta. El Maestro del mundo, resplandeciente como el mismo sol, salió a recibirlo. El campesino dijo apresuradamente: “¡Yo creo que tú eres el Mensajero de Allahu ta’âlâ! ¡Siento mucho lo que hice; Perdóname, oh Rasûlullah!”

Cuando nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le preguntó: **“¿Por qué te has cortado la mano?”**, el hombre contestó: “¡Porque estaba avergonzado de tener una mano que había abofeteado la cara bendecida de alguien que cree en ti! ¡Que mi vida sea sacrificada en tu nombre, oh Rasûlullah!”

Nuestro amado Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, el océano de compasión, tomó la mano amputada del hombre y diciendo **“Bismillâhirrahmânirrahîm”** la unió a la muñeca ensangrentada del lugareño. Con el permiso de Allahu ta’âlâ, y como milagro de nuestro Maestro, el Profeta, la mano recuperó su estado original. Allahu ta’âlâ tiene un poder ilimitado, Él es el Todopoderoso.

Con amor, solía empezar las acciones hermosas por la derecha.
Esa fuente de generosidad.

Se acostaba sobre su lado derecho, mirando hacia la Qibla.
Con cada aliento contemplaba el mundo oculto, esa fuente de generosidad.

Sus ojos dormían, pero no su corazón.
Con su Amado, admirando Se belleza, esa fuente de generosidad.

AHL-I BAYT

Sus esposas bendecidas

Tras la muerte de nuestra madre Hadrat Jadîŷa, nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se casó con nuestra madre Hadrat Âisha que pasó a ser su segunda esposa. El padre de Hadrat Âisha era Hadrat Abû Bakr. El Rasûlullah se casó con ella siguiendo el mandato de Allahu ta’âlâ. Vivió con ella ocho años hasta el día en que murió, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Se casó con el resto de sus esposas por razones religiosas o políticas, por misericordia o como una bendición. Todas esas mujeres eran viudas. La mayoría ya no eran jóvenes. Por ejemplo: cuando la persecución y el daño que los incrédulos de Mecca infligían a los musulmanes se hizo insoportable, un grupo de Compañeros del Profeta emigró a Etiopía. El emperador de ese país, Naŷashî (Negus), era cristiano. Tras hacer varias preguntas a los musulmanes, y maravillado por sus respuestas, se convirtió al Islam e hizo muchos favores a los musulmanes. Ubaydullah bin Ŷahsh, que tenía una creencia débil y quería salvarse de la pobreza, se sometió a los sacerdotes y se convirtió en un renegado al cambiar su fe por este mundo. Esta persona despreciable, que era hijo del tío paterno del Rasûlullah, incitó y obligó a su esposa, Umm-i Habîba, a que rechazase su religión para llegar a ser rico. Pero cuando la mujer dijo que prefería morir antes que negar la religión de Hadrat Muhammad, sallallâhu alaihi wa sallam, su marido la divorció, confiando en que moriría en la miseria. Pero fue él quien murió poco tiempo después. Umm-i Habîba era hija de Abû Sufyân, el jefe de los incrédulos Quraysh de Mecca. En esos días, el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, estaba inmerso en un difícil conflicto contra los ejércitos Quraysh y Abû Sufyân luchaba con todo su poderío para aniquilar el Islam.

Cuando el Rasûlullah se enteró de la fortaleza de la fe de Umm-i Habîba y de los penosos acontecimientos que había sufrido, escribió una carta al Naŷâshî en la que decía: **“Quiero casarme con Umm-i Habîba que está en tu país; ¡Encárgate del nikâh** (contrato matrimonial según los preceptos del Islam) **y luego envíamela aquí!”** Naŷâshî ya se había convertido al Islam. Trató la carta con sumo respeto y dio un banquete en su palacio al que invitó los musulmanes que vivían en la zona. El nikâh se estableció el año séptimo de la Hégira con gran cantidad de regalos. Así fue cómo Umm-i Habîba obtuvo la recompensa por su îmân (fe) llegando a tener riquezas y una vida confortable en ese lugar. Gracias a ella, los musulmanes

de la zona también disfrutaron de un cierto bienestar. Como las esposas estarán con sus maridos en el paraíso, Umm-i Habîba acababa de recibir las buenas noticias del grado más alto del Jardín. Todos los deleites y bendiciones de este mundo no son nada comparados con estas buenas noticias. Este nikâh fue una de las razones que contribuyeron a que Abû Sufyân, radiy-Allâhu ta'âlâ anh, tuviera el honor de hacerse musulmán más adelante. Como hemos podido comprobar aquí, este nikâh indica el grado de sabiduría, inteligencia, genio, generosidad y misericordia del Mensajero de Allah, sallallâhu alaihi wa sallam.

Un segundo ejemplo es el de Hadrat Hafsa; la hija de Hadrat 'Umar era viuda. En el año tercero de la Hégira cuando Hadrat 'Umar, radiy-Allâhu ta'âlâ anh, había preguntado a Hadrat Abû Bakr y Hadrat 'Uzmân, radiy-Allâhu anhumâ': "¿Queréis casaros con mi hija?" La respuesta de ambos había sido: "Lo pensaré". Un día en el que los tres, junto con otros más, estaban presentes, el Rasûlullah preguntó: **"¡Oh 'Umar! Veo que estás triste. ¿A qué se debe?"** Del mismo modo que es fácil ver el color de la tinta en una botella, el Rasûlullah se enteraba de los pensamientos de todo el mundo con una sola mirada. Cuando lo consideraba necesario, preguntaba qué pasaba. Como es fard decirle la verdad, lo mismo que a los demás, Hadrat 'Umar contestó: "¡Oh Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam! He ofrecido a mi hija en matrimonio a Abû Bakr y a 'Uzman, radiy-Allâhu anhum'. Pero no van a casarse con ella". Como el Rasûlullah no quería que sus Compañeros más amados sufrieran daño alguno, dijo de inmediato: **"¡Oh 'Umar! ¿Te gustaría que diese a tu hija como esposa a alguien que es mejor que Abû Bakr y 'Uzmân?"** Hadrat 'Umar quedó asombrado porque sabía que no había nadie mejor que Hadrat Abû Bakr y Hadrat 'Uzmân. Dijo: "Sí, oh Rasûlullah." Entonces el Rasûlullah dijo: **"¡Oh 'Umar, dame a mí tu hija!"** Así fue cómo Hadrat Hafsa se convirtió en la madre de Abû Bakr y 'Uzmân 'radiy-Allâhu anhum, y de todos los musulmanes. Se convirtieron en sus sirvientes y Hadrat Abû Bakr, Hadrat 'Umar y Hadrat 'Uzmân unieron sus corazones todavía más.

El tercer ejemplo: en el año quinto o sexto de la Hégira, Ŷuwayriyya, hija del jefe Hâris, estaba entre los prisioneros de la tribu Banî Mustalaq. Cuando el Rasûlullah, sallallâhu alaihi wa sallam, la liberó y se casó con ella, los Ashâb-i kirâm dijeron: "Estamos avergonzados de tener esclavas o siervas que son parientes de la esposa del Rasûlullah y que ahora es nuestra

madre”. En consecuencia, todos liberaron a sus prisioneros. Este matrimonio propició la liberación de cientos de cautivos. Hadrat Ŷuwayriyya lo mencionaba una y otra vez. Hadrat Âisha solía decir: ““No he visto una mujer más bendecida y auspiciosa que Ŷuwayriyya”.

Sus otras esposas bendecidas

Hadrat Âisha: Es la segunda de las esposa puras del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, e hija de Hadrat Abû Bakr. Era muy inteligente, sabia, erudita, elocuente, casta y piadosa. Al tener una memoria prodigiosa, los Ashâb-i kirâm le hacían preguntas y aprendían mucho de ella. Es alabada en una âyat-i karîma. Como su iŷtihad no estuvo de acuerdo con el de Hadrat Ali, estuvo en el bando de los Ashâb-i kirâm que se enfrentaron a Hadrat Ali en el suceso del Camello. Se entristeció mucho cuando Hadrat Ali fue martirizado. Los Hurîfîs la han calumniado con saña. Decían que a Hadrat Âisha no le gustaba Hadrat Ali. No obstante, ella fue quien transmitió el hadîz-i sharîf que dice: **“El amor por Ali procede del îmân”.** De esta manera declaraba que amaba a Ali y que todos deberían hacer lo mismo. Nació ocho años antes de la Hégira. Murió en Medina el año 57 H. a la edad de sesenta y cinco años.

Sawda bint Zam’a: La tercera esposa del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Se había hecho musulmana junto con su marido y ambos emigraron a Abisinia. Cuando regresaron a Mecca, su marido falleció. El Rasûlullah se casó primero con Hadrat Âisha y luego con Hadrat Sawda. Llevó a Sawda a su casa de Mecca y Hadrat Âisha a Medina. Era una mujer casta y muy compasiva. Murió en los días del califato de Hadrat ‘Umar.

Zaynab bint Huzayma: Era una mujer que hacía muchos actos de adoración y daba muchas limosnas. Antes estuvo casada con Abdullah bin Ŷahsh. La madre de Abdullah era Umayma, tía paterna del Rasûlullah. Murió mártir en la Batalla de Uhud. Zaynab bint Huzayma tuvo el honor de contraer matrimonio con el Rasûlullah y murió ocho meses después.

Ummu Salama: Su nombre era Hind. Emigró a Abisinia con su esposo Abû Salama. Abû Salama era hermano de Ubaydullah bin Ŷahsh. La madre de Ubaydullah bin Ŷahsh era Barra, tía paterna del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Abû Salama murió en el año cuarto de la Hégira a causa de una herida recibida en la Batalla de Uhud. Ummu Salama no aceptó las

propuestas matrimoniales de Hadrat Abû Bakr y Hadrat 'Umar. Al final, tuvo el honor de casarse con el Rasûlullah. Murió en Medina, en el año 59 H. a los ochenta y cuatro años de edad. De todas las esposas del Rasûlullah, ella fue la última en morir.

Zaynab bint Ŷahsh: Era hija de Umayma, tía paterna del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Abdullah bin Ŷahsh era su hermano. El nombre de su padre era Barra, pero al no haber creído en el Islam le llamaban Ŷahsh. Zaynab fue una de las primeras musulmanas. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se la había dado en matrimonio a su hijo adoptivo Zayd bin Hâriza, pero se divorciaron en el año tercero de la Hégira. Entonces el Rasûl quiso casarse con ella. Cuando Zaynab se enteró, le embargó la alegría, hizo una oración ritual de dos rak'ats y suplicó a Allahu ta'âlâ lo siguiente: "¡Oh mi Rabb! Tu Mensajero quiere casarse conmigo. Si Tú has decretado que yo tenga el honor que supone este matrimonio, haz que sea su esposa". Su súplica fue aceptada. Descendió el âyat 37 de la Sûra de los Ahzâb que dice: **"Una vez que Zayd hizo lo que quería con respecto a ella** (después de haberla divorciado)**, la hemos convertido en una esposa para ti".** Como su nikâh (contrato matrimonial islámico) había sido establecido por Allahu ta'âlâ, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, no hizo otro contrato para ella. Esto es algo que Hadrat Zaynab repetía con frecuencia diciendo: "La mujer es entregada en matrimonio por su padre. En mi caso, el nikâh fue hecho por Allahu ta'âlâ". En esos días tenía treinta y ocho años. Murió el año 20 H. a la edad de cincuenta y tres años. Hadrat Âisha la alababa mucho. Era muy generosa y gozaba dando limosnas. También era muy diestra en los trabajos manuales. Daba a los pobres las cosas que hacía y todo lo que recibía de sus familiares. Hadrat 'Umar solía dar doce mil dirhams a cada una de las esposas puras del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Hadrat Zaynab repartía esa cantidad entre los pobres nada más recibirla. Fue la primera de sus esposa puras que murió tras el fallecimiento del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. El hadîz-i sharîf: **"de entre mis esposas, la primera en reunirse conmigo será la que es muy generosa"**, indicaba que ella sería la primera en morir puesto que era la que más limosnas daba. (El escritor francés Voltaire fue un individuo inmoral y calumniador. Escribió una obra de teatro sobre el matrimonio del Rasûlullah con Hadrat Zaynab. Esta obra contradice la historia, los hechos y las transmisiones orales. Está llena de calumnias e invenciones. Ese

escrito execrable, que no corresponde a un hombre de letras, complació mucho al Papa, su vehemente enemigo. A pesar de haberle excomulgado en el pasado, esta vez le escribió una carta llena de halagos. Cuando el Sultán Abdulhamid II, el Califa de los Musulmanes, se enteró de que iba a ser representada en los teatros, dio un ultimátum a los gobiernos de Francia e Inglaterra y salvó a la humanidad de esa vileza despreciable).

Hadrat Safiyya: Su padre era Huyayy Ibn Ajtab, el jefe de los judíos de Jaybar. Estaba comprometida con un judío de ese lugar, pero luego se casó con Kanâna bin Haqîq, un hombre muy rico. Cuando Jaybar fue conquistado en el año séptimo de la Hégira, Safiyya fue hecha prisionera y entregada al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam que le concedió la libertad. Ella se hizo musulmana y tuvo el honor de casarse con el Rasûlullah. Murió en Medina el año 50 H.

Hadrat Maymûna: A pesar de que su nombre era Barra, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, lo cambió a Maymûna. Cuando tras la conquista de Jaybar fueron a Mecca para hacer Umra (haŷŷ-i asghar [peregrinación menor]), falleció su marido. Entonces tuvo el honor de casarse con el Rasûlullah. En el año tercero de la Hégira cayó enferma y dijo: “Sacarme de Mecca porque el Rasûlullah dijo que no moriré en esta ciudad”. Se la llevaron y murió donde se había hecho su nikâh con el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Hadrat Mâriya: Se hizo musulmana siendo una esclava de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Tuvo el honor de casarse con el Rasûlullah. Mâriya había sido enviada como regalo por Muqawqas, el gobernador de Alejandría, Egipto. En consecuencia, su linaje y fecha de nacimiento no se conocen con exactitud. Nuestro Maestro, el Rasûl-i akram, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tuvo un hijo con nuestra madre Hadrat Mâriya cuyo nombre fue Ibrâhim. Hadrat Mâriya era una persona muy tranquila y afable. Murió en los últimos años del califato de Hadrat ’Umar, en el año 16 H. (637 d.C.). Fue enterrada en el Cementerio Baqî’.

Hadrat Rayhâna: También se hizo musulmana siendo esclava de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Pertenecía a la tribu judía de los Banî Qurayzâ de Medina. Su linaje es Rayhâna binti Sham’ûn ibn Ŷazid o Rayhâna bint Zayd ibn Amr ibn Hanafa bin Sham’ûn bin Ŷazid. Su fecha de nacimiento no se conoce con exactitud. Murió el año 10 H. (631 d.C.) en

Medina, antes de la muerte de nuestro Maestro, el Profeta. Se hizo musulmana siendo esclava de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Fue enterrada en el Cementerio Baqî’.

En un hadîz-i sharîf se declara: **“Todos mis matrimonios con mis esposas, y la entrega de mis hijas en matrimonio, se han hecho con el permiso de Allahu ta’âlâ que descendió a través de Ŷabrâil** (’alaihis-salâm)**”.**

La difusión del Islam fue una de las razones fundamentales por la que el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se casó con tantas esposas. Antes de que se revelara el âyat del Hiŷâb, esto es, antes de que se ordenara cubrirse a las mujeres, estas solían visitar al Rasûlullah para preguntarle y aprender lo que no sabían. Cuando el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, iba a la casa de una persona, las mujeres solían entrar en la habitación para sentarse, escuchar y obtener información. Pero tras el âyat del Hîŷâb, fue prohibido para las mujeres y los hombres nâ-mahram (que pertenecen a los grados de relación permitida para el matrimonio; ninguna de las dieciocho mujeres que la Shari’at ha prescrito como parientes cercanos del hombre y viceversa) que se sentaran y hablaran estando juntos; a partir de ese momento, el Rasûlullah no permitió que las mujeres nâ-mahram entraran e hicieran preguntas. Les ordenó que lo hicieran a través de su bendita esposa Hadrat Âisha. Pero había tantas mujeres y tantas preguntas que Hadrat Âisha no tenía tiempo para atenderlas a todas. Para facilitar esta importante misión y aliviar la carga de Hadrat Âisha, el Rasûlullah se casó con tantas mujeres como fuera necesario, comunicando a las mujeres musulmanas cientos de delicadas cuestiones relacionadas con las mujeres a través de sus esposas bendecidas. Si solo hubiese tenido una esposa, habría sido difícil, e incluso imposible, que todas las mujeres aprendiesen de ella. Para poder comunicar la religión de Allahu ta’âlâ, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, aceptó además la responsabilidad de casarse con más de una mujer.

Sus hijos

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tuvo siete hijos: tres varones y cuatro hembras. Con la excepción de Hadrat Fâtima, todos fallecieron antes de la muerte de nuestro

Maestro, el Profeta. El linaje de nuestro amado Profeta continuó a través de nuestra madre Hadrat Fâtima con dos nietos: Hadrat Husayn y Hadrat Hasan. Los descendientes de Hadrat Husayn reciben el nombre de 'sayyid' y los de Hadrat Hasan se llaman 'sharîf'. Respetar a los sayyid y los sharîf es tan importante como respetar a nuestro Maestro, el Profeta. Amar a los sayyid y los sharîf hace que uno muera como musulmán en el último aliento.

Qâsim: Es el primero de los tres hijos que tuvo el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. En consecuencia, al Rasûlullah se le llamaba Abû'l Qâsim (padre de Qâsim). Vino al mundo en Mecca, tres años antes de la misión profética. Su madre fue Jadîŷat-ul-Kubrâ. Murió cuando tenía diecisiete meses.

Zaynab: Fue la primera de las cuatro hijas del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Vino al mundo cuando nuestro Maestro, el Profeta, tenía treinta años. Antes de comunicársele su condición de profeta, Zaynab estaba casada con Abu'l-As bin Rabî que era hijo de la hermana de Hadrat Jadîŷa. En un principio, Abu'l-As no se había hecho musulmán y fue hecho prisionero en la Batalla de Badr. Fue liberado con la condición de enviar a su esposa a Medina. Abu'l-As cumplió el trato y llegó a mandarla con su propio hermano, pero en el camino los incrédulos los atraparon y enviaron a Zaynab de regreso a Mecca. El Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, envió a Mecca a Zayd bin Hâriza que llevó a Zaynab a Medina durante la noche. Abu'l-As se hizo musulmán tras la Batalla de Hudaybiya y Zaynab se le entregó de nuevo. Murió en el año 8 H. a los treinta y un años de edad. Su hijo Ali iba en la grupa del camello con el Rasûlullah en la conquista de Mecca. Hadrat Ali formalizó su nikâh con Ummâma, hija de Zaynab.

Ruqayya: Fue la segunda hija del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Vino al mundo cuando nuestro Maestro, el Profeta, tenía treinta y tres años. Era muy hermosa. Se comprometió con Utba, hijo de Abû Lahab. Cuando descendió la Sûra "Tabbat yadâ" Utba la divorció antes de casarse con ella. Luego vino una revelación y se casó con Hadrat 'Uzmân, con quien emigró a Abisinia en dos ocasiones. Justo antes de la Batalla de Badr y cuando tenía veintidós años de edad, Ruqayya cayó enferma. A Hadrat 'Uzmân se le ordenó no ir a Badr

para quedarse al cuidado de su mujer. Fue enterrada el día en que llegaron a Medina las noticias de la victoria en Badr.

Umm Kulzum: Fue la tercera hija del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. A pesar de estar comprometida con Utayba, el hijo segundo de Abû Lahab, cuando descendió la Sûra “Tabbat yadâ” este la divorció antes de la boda e injurió al Rasûlullah que pronunció la siguiente maldición: **“¡Oh mi Rabb! ¡Haz que uno de tus monstruos ataque a este hombre!”** Cundo Utayba iba camino de Damasco, un león lo destrozó en pedazos. Tras la muerte de Ruqayya, descendió un wahy y Umm Kulzum también se casó con Hadrat ’Uzmân. Murió el año noveno de la Hégira. Su oración ŷanâza (oración por los muertos) fue dirigida por el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Cuando estaba siendo enterrada, el Rasûl estaba de pie junto a la tumba y sus ojos bendecidos derramaban copiosas lágrimas.

Fâtima: La cuarta hija del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, esposa de Hadrat Ali y suegra de Hadrat ’Umar. Se casó cuando tenía quince años. En el libro *“Mawâhib-i ladunniyya”*, en el capítulo de la expedición a Sawîk, está escrito que su mahr fue de cuatrocientos mizqal de plata. (Según el Islam, la mahr [dote] puede estar formada con cosas como oro, plata, papel moneda o cualquier tipo de bien material que el hombre entrega a la mujer con la que se va a casar). Esa cantidad de plata equivalía a 57.14 mizqal de oro. (38 monedas de oro de hoy en día). En ese entonces, Ali, radiy-Allâhu ta’âlâ ’anh, tenía veintiún años. Ahora pertenece a la Ahl-i Bayt. Fâtima era de piel blanca y muy hermosa. Había nacido en Mecca treinta años antes de la Hégira y murió en el año 11 H. cuando tenía veinticuatro años. Tuvo tres hijos –Hasan, Husayn y Muhsin– y dos hijas: Ummu Gulzum y Zaynab. El linaje del Rasûlullah ha continuado a través de Fâtima. Zaynab contrajo matrimonio con Abdullah bin Ŷa’far Tayyar y tuvo dos hijos: Ali y Ummu Gulzum. Reciben el título de Sharîf-i Ŷa’fari.

Abdullah: Es el último hijo que el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tuvo con Hadrat Jadîŷat-ul-Kubrâ. Vino al mundo después de que el Rasûlullah fuera informado de su condición de Profeta. Murió cuando todavía era un bebé. También se le llama Tayyib y Tâhir. Cuando murió Abdullah, Âs bin Wâil, el incrédulo, dijo: “Muhammad se ha quedado sin descendencia”. Allahu ta’âlâ respondió a Âs, haciendo descender la Sûra “Innâ a’taynâ”.

Ibrâhim: Fue el tercero y último de los hijos del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Su madre Mâriya, había sido enviada como regalo por Muqawqas, el gobernador de Heraclio en Egipto. Ibrâhim nació en el año octavo de la Hégira y murió cuando tenía un año y medio. Durante su enfermedad, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, solía abrazarlo mientras las lágrimas caían de sus ojos bendecidos. Hay algunos que dijeron que su muerte provocó un eclipse de sol. Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se enteró de este rumor, dijo: **"La luna y el sol son dos criaturas de Allahu ta'âlâ que indican Su Existencia y Unidad. No son eclipsados por la muerte o vida de persona alguna. Cuando los observéis, recordad a Allahu ta'âlâ".** Cuando murió Ibrâhim, dijo: **"¡Oh Ibrâhim! Estamos apenados por tu muerte. Nuestros ojos lloran y nuestro corazón sufre. Pero no decimos cosa alguna que pueda dañar a nuestro Rabb".**

Su Ahl-i Bayt (Familia del Profeta)

Se llama Ahl-i Bayt a todos los miembros de la familia de nuestro amado Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Ahl-i Bayt son sus benditas esposas, su hija Hadrat Fâtima y Hadrat Ali con sus hijos bendecidos Hadrat Hasan y Hadrat Husayn junto con todos sus hijos, además de la familia Hâshim a la que pertenece el linaje puro de nuestro Profeta.

Allahu ta'âlâ menciona la Ahl-i Bayt en el Qur'ân al-karîm, diciendo: **"Allahu ta'âlâ quiere eliminar todas las riŷs de ti,** (errores y manchas) **y quiere limpiarte con una pureza absoluta".** (Sûra-ul-Ahzâb: 33).

Los Ashâb-i kirâm preguntaron: "¡Oh Rasûlullah! ¿Quiénes son Ahl-i Bayt?" En ese momento, Imâm-i Ali entró en la habitación. Nuestro amado Profeta lo cubrió con su manto bendecido. Tras él entraron Fâtima az-Zahrâ, Imâm-i Hasan e Imâm-i. Los hizo poner a su lado y dijo: **"Estos son mi Ahl-i Bayt".** A estas personas bendecidas también se les llama "Âhl-i Aba y Âhl-i Rasûl".

Amar a la Ahl-i Bayt an-Nabawî hace ir a la Otra Vida con îmân y lograr la salvación en el último suspiro. Amar a la Ahl-i Bayt es fard para todo musulmán. Sarwar-i Âlam, sallallâhu

’alaihi wa sallam, dijo en uno de sus hadîz-i sharîf: **“Mi Ahl-i Bayt es como el arca de Nûh, ‘alaihis-salâm. El que los siga logrará la salvación. El resto perecerá”.**

La Ahl-i Bayt an-Nabawî tiene una miríada de virtudes y perfecciones. Son innumerables. La capacidad humana no es suficiente para describirlas y alabarlas. Su valor y su grandeza solo se pueden comprender con âyat-i karîma.

Imâm-i Shâfi’î lo afirma de manera muy hermosa cuando dice: “¡Oh Ahl-i Bayt al-Rasûl! Allahu ta’âlâ ordena en el Qur’ân al-karîm que se os ame. Que no se admitan las oraciones rituales de los que no piden por vosotros muestra vuestra valía y grado elevado. Vuestro honor es tan encumbrado que Allahu ta’âlâ os saluda en el Qur’ân al-karîm”.

Hadrat Anas dijo: “Preguntaron al Rasûlullah: ‘¿A quién amas más de la Ahl-i Bayt?’ Contestó diciendo: **‘Hasan y Husayn’**”.

Hadrat Abû Hurayra dijo: “Estaba con el Rasûlullah cuando apareció Hasan. Dijo el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam: **“¡Oh mi Rabb! Yo le amo. Y Tú también lo amas, además de amar a quienes lo aman”.** Y en otra ocasión dijo: **“Hasan y Husayn son mi fragancia en este mundo”.**

Y nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Os dejo dos cosas tras de mí. Si os aferráis a ellas no os desviaréis. La primera es superior a la segunda y es el Qur’ân al-karîm, el Libro Sagrado de Allahu ta’âlâ que es como una cuerda resistente que va de los cielos a la tierra. La segunda es mi Ahl-i Bayt. Estas dos cosas son inseparables. El que no las siga, habrá abandonado mi camino”.**

Hadrat Hasan y Hadrat Husayn cayeron enfermos. Nuestro Profeta ordenó a Hadrat Ali y Hadrat Fâtima, “¡Haced una promesa por vuestros hijos queridos!” Hadrat Ali y nuestra madre Fâtima y su sirvienta Fidda prometieron ayunar tres días. Las dos fragancias del cielo recuperaron la salud. Pero en la casa no había nada para comer. Hadrat Ali pidió prestado a un judío tres sa’ de cebada (medida de capacidad que contiene cuatro mud de lentejas. Un mud equivale a dos manos llenas). Los tres pusieron la intención de ayunar lo prometido. Hadrat Fâtima molió una medida de esa cebada y horneó cinco hogazas de pan. En la casa eran cinco

personas. Cuando llegó la hora del iftâr (la hora de romper el ayuno), puso uno de los cinco panes para Hadrat Ali, otro para Hadrat Hasan, otro para Hadrat Husayn otro para la sirvienta Fidda y el último para ella. Justo cuando iban a romper el ayuno entró un miskîn (alguien que es muy pobre) que dijo: “¡Oh Ahl-i Bayt-i Rasûlullah! Soy un miskîn de entre los miskîn musulmanes. Darme por favor algo de comer y que Allahu ta’âlâ os recompense con las bendiciones del Paraíso”. Todos le dieron el pan que tenían en la mano y rompieron el ayuno con agua. Al día siguiente ayunaron otra vez. La sirvienta molió una medida de la cebada que tenían y horneó otras cinco hogazas de pan. Cuando llegó la hora del iftâr y estaban a punto de romper el ayuno con los panes que tenían delante, llegó un huérfano. Los cinco le hicieron muy feliz dándole sus panes. Como la noche anterior, rompieron el ayuno con agua y, una vez rezada la oración de la noche, se acostaron para dormir. El día siguiente volvieron a ayunar. Hornearon cinco hogazas con la medida de cebada que quedaba y cuando estaban a punto de hacer el iftâr llegó un esclavo que dijo estar hambriento desde hace tres días. Dijo: “Me ataron y no me dieron nada de comer; apiadaos de mí en el nombre de Allahu ta’âlâ”. Los cinco le dieron sus panes y de nuevo hicieron el iftâr con agua. El resultado de ese suceso fue que Allahu ta’âlâ hizo descender un âyat que dice: **“Esa gente ha cumplido sus promesas. Al temer el Día del Juicio que es largo y duradero, dieron su comida, que tanto deseaban, a los pobres, huérfanos y esclavos. Dijeron: ‘os damos estos alimentos en el nombre de Allahu ta’âlâ. No esperamos vuestro agradecimiento ni que nos deis nada a cambio; ni tampoco pedimos cosa alguna’. En consecuencia, Ŷanâb-i-Haqq los ha bendecido con la bebida que se llama sharâb-i tahûr”** (Sûra-ul-Insan 7-9, 21).

Abû Hurayra dijo que nuestro Profeta había declarado: **“La buena gente entre vosotros serán los que, tras de mí, sean buenos con mi Ahl-i Bayt”.**

Hadrat Ali declaró que nuestro Profeta había dicho: “**En el Día del juicio intercederé por todos aquellos que se hayan portado bien con mi Ahl-i Bayt”. “Los que pasarán el Puente del Sirât sin resbalar, serán los que amen mucho a mi Ahl-i Bayt y a mis Ashâb”.**

En un hadîz-i sharîf que comenta Hadrat Imâm-i Rabbânî, se ha transmitido que dijo: **“El que ama a Ali, no hay duda de que me ha amado a mí. El que tiene enemistad con Ali ha sido mi**

enemigo. El que haga daño a Ali me lo ha hecho a mí, y el que me hace daño a mí se lo habrá hecho, sin duda alguna, a Allahu ta'âlâ."

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo: **"Allahu ta'âlâ me ordenó amar a cuatro personas. Me dijo que Él las ama".** Cuando le preguntaron: "¿Quiénes son esas cuatro personas, nos puedes decir por favor sus nombres, oh Rasûlullah?" Dijo: **"Ali es uno de ellos, Ali es uno de ellos, Ali es uno de ellos; Abû Zar, Mikdâd y Salmân."**

"Habrá un castigo doloroso para los que me hagan daño a causa de mi familia".

En un hadîz-i sharîf dijo: **"Fâtima es parte de mí. El que le haga daño a ella me lo habrá hecho a mí".** Hadrat Abû Hurayra dijo: "Nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo a Hadrat Ali: **'Fâtima es más amada por mí que tú. Tú eres más valioso para mí que ella'".**

Y en otra ocasión dijo: **"A cambio de haberos traído el Islam no quiero que me deis nada a cambio. Lo único que quiero es que améis a mi Ahl-i Bayt".**

Los eruditos del Islam han considerado que amar a la Ahl-i Bayt es necesario para mantener el îmân hasta el último aliento. El deber de todo musulmán es amar y respetar a la Ahl-i Bayt.

El gran erudito islámico Imam-î Rabbânî, rahmat-Allahu 'alaih, dijo: "Mi padre eran un erudito muy sabio del conocimiento manifiesto y el oculto, es decir, del conocimiento espiritual. Y siempre recomendaba y animaba amar a la Ahl-i Bayt. Solía decir que este amor ayudaría a la persona a mantener su îmân hasta el último aliento de su vida. Cuando llegó la hora de su muerte, yo estaba a su lado. En esos últimos momentos, cuando estaba a punto de perder la consciencia, le recordé sus consejos y le pregunté cómo le estaba afectando ese amor. A pesar de su estado, fue capaz de decir: 'Estoy nadando en el océano del amor por los Ahl-i Bayt'. En ese mismo instante, alabé a Allahu ta'âlâ. El amor por la Ahl-i Bayt es la piedra fundamental de la creencia de la Ahl as-Sunnat. Y esta creencia producirá beneficios en la Otra Vida".

La Ahl-i Bayt del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, consiste de tres grupos: En primer lugar están sus parientes por linaje, como es el caso de sus tíos paternos. En segundo lugar, sus esposas puras. Y en tercer lugar las sirvientas que vivían en la casa y desempeñaban tareas

domésticas como peinar a sus esposas, hacer las comidas, limpiar las habitaciones, lavar la ropa. Bilal, Salman y Suhayb que hacían tareas en el exterior y recitaban el adhan, también comían en la Casa Bendecida.

También pertenecen a la Ahl-i Bayt Hadrat Fâtima y todos sus hijos que vendrán al mundo hasta el Último Día. Es necesario amarlos, incluso si son rebeldes. Amarlos, apoyarlos con el corazón, el cuerpo y los bienes materiales, mostrarles respeto y obedecerlos, hará que uno muera con îmân. (En Hama, Siria, había un registro de los sayyid [descendientes del Rasûlullah]. Los hijos que nacían de esta familia bendecida eran registrados ante un juez y dos testigos. Mustafa Rashid Pasha, el amigo leal de los británicos, puso fin a ese registro).

Los Compañeros del Rasûlullah

Son los amigos de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Un creyente que viese a nuestro Profeta, ‘sallallâhu ’alaihi wa sallam, aunque solo fuera un momento, o que hablase con él unos instantes, incluso si fuera ciego, se le llama Sâhib o Sahâbî sin que importe su edad en ese momento bendecido. Cuando son más de uno se les llama Ashâb, Sahâba, o Sahb.

La persona que era incrédula cuando vio al Mensajero de Allah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y llegó a ser creyente tras su muerte, o la persona que era creyente cuando lo vio y luego renegó del Islam también tras su muerte, no es un Sahâbî. Si el que renegó del Islam (tras el suceso bendecido que lo había convertido en Sahâbî) volvía a ser de nuevo musulmán, sigue siendo un Sahâbî. Como nuestro Maestro, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es Profeta también para los genios, un genio puede ser un Sahâbî.

Los Ashâb-i kirâm son la autoridad más fidedigna en lo que respeta a las normas religiosas porque aprendieron el Qur'ân al-karîm de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y luego lo enseñaron y explicaron a otras personas. El conocimiento relacionado con las acciones y palabras de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, depende de las transmisiones de quienes las vieron y oyeron en persona.

En consecuencia, todas las normas que han transmitido estas personas constituyen las bases de los hadîz-i sharîf. En el Islam, iŷmâ-i umma, esto es, la unanimidad de los eruditos, solo se dio de forma completa en la época de los Ashâb. Y además, todos y cada uno de los Ashâb es un erudito muŷtahid cuyas palabras son prueba de la religión. Son superiores a los demás muŷtahid que han vivido después.

Los eruditos de la Ahl as-Sunnat clasifican a los Ashâb-i kirâm 'radiy-Allâhu ta'âlâ 'anhum aŷma'în', en tres categorías con respecto a su supremacía:

1. Muhaŷirun (Emigrantes): Los que antes de la conquista de Mecca dejaron sus hogares y países, ya fuera en Mecca u otro lugar, para emigrar a Medina. Esta gente había abrazado el Islam antes o después de reunirse en Medina con el Rasûlullah, sallallâhu ta'âlâ 'alaihi wa sallam). Hadrat 'Amr ibn al-'Âs era uno de ellos.

2. Ansâr (Ayudantes, Defensores): Se llama Ansâr, 'ridwânullâhi ta'âlâ 'alaihim aŷma'în, a los musulmanes que vivían en la ciudad de Medina o lugares cercanos, además de los que pertenecían a las dos tribus Aws y Hazraŷ. Esta gente, llamados los Ansâr, 'ridwânullâhi ta'âlâ 'alaihim aŷma'în, prometió todo tipo de ayuda y sacrificios para ayudar a nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y a los de Mecca, y cumplieron sus promesas.

3. Otros Sahâbî, ridwânullâhi ta'âlâ 'alaihim aŷma'în: Son los que se hicieron creyentes en la conquista de Mecca o después, tanto en esa ciudad como en otro lugar. No se les llama Muhaŷirun o Ansâr, sino simplemente Sahâbî.

Los primeros cuatro califas del Mensajero de Allah son los Ashâb-i kirâm más encumbrados. Siguiendo la sucesión cronológica en el califato son: Hadrat Abû Bakr, Hadrat 'Umar, Hadrat 'Uzman y Hadrat Ali. Los siguientes Sahâbî en importancia son los seis que quedan de los diez afortunados a los que se les dieron las buenas noticias del Paraíso, Talha, Zubayr bin Awwam, Abdurrahman bin Awf, Sa'd bin Abi Waqqâs, Said bin Zayd, Abû Ubayda bin Ŷarrah, junto con Hadrat Hasan y Hadrat Husayn.

Tras los cuatro primeros califas y los que recibieron las buenas noticias del Paraíso, los siguientes en importancia son los cuarenta que fueron los primeros en hacerse musulmanes.

Tras ellos, los 313 Sahâbî que participaron en la Batalla Sagrada de Badr. Los siguientes son los 700 héroes que lucharon en la Batalla Sagrada de Uhud. Los siguientes son los 1400 que, en el año sexto de la Hégira, hicieron bajo un árbol el juramento de fidelidad al Mensajero de Allah diciendo: “Preferimos morir que retirarnos”. Este bien conocido juramento se llama “Bî’at ur-Ridwân”.

Cuando Mecca fue conquistada había diez mil Sahâbî, en la Batalla Sagrada de Tabûk eran setenta mil y en el bendecido Haŷŷ de la Despedida del Mensajero eran noventa mil. Cuando murió el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, la tierra tenía el honor de albergar más de ciento veinte mil vivos. Hay otras transmisiones que hablan de este mismo tema.

Los siguientes Sahâbî bendecidos vivieron más que ningún otro: Abdullah bin Awfâ, radiy-Allâhu ta’âlâ ’anh, murió en la ciudad de Kûfa en el año 86 H. (d.C. 705). Abdullah bin Yasr murió en Damasco en el año 88 H. (d.C. 706). Sahl bin Sa’d, radiy-Allâhu ta’âlâ ’anh, murió en Medina el año 91 H. (d.C. 709), cuando tenía cien años de edad. Anas bin Mâlik murió en Basora en el año 93 H. (d.C. 711). Abû-t-Tufayl Âmir bin Wasila murió en Mecca el año 100 H. (d.C.718).

Tras la muerte de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, y a lo largo de la época de los Cuatro Califas, los Ashâb-i kirâm mantuvieron su promesa de difundir la religión del Islam y hacer el ŷihad. Todos abandonaron sus casas y sus tierras, salieron de Arabia y fueron por todas partes. La mayor parte de los que fueron no volvieron, haciendo el ŷihad donde llegaban y propagando la religión del Islam hasta la hora de su muerte. Así fue como se conquistaron muchos países en un corto periodo de tiempo. El Islam se extendió con rapidez en los territorios conquistados.

Todos los Ashâb-i kirâm eran justos y equitativos. Todos eran iguales a la hora de comunicar el Islam. Unos contenían y enseñaban el Qur’ân al-karîm, otros transmitían los hadîz-i sharîf de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

(Se han escrito y publicado muchos libros que hablan de los Ashâb-i kirâm y sus servicios al Islam, sus vidas ejemplares, sus virtudes, los nombres de todos ellos y sus biografías. El libro turco *“Ashâb-i kirâm”* publicado por Hakikat Kitabevi es muy valioso al respecto).

Tras los profetas y los ángeles, los Ashâb-i kirâm son las más encumbradas de todas las criaturas. El nombre de cada uno de ellos debe mencionarse con respeto.

Todos y cada uno de los Ashâb-i kirâm son superiores al resto de esta umma. A los que creen que Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es Profeta –esto es, todos los musulmanes independientemente de su país o condición étnica– se les llama la umma de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Entre las âyat-i karîma relacionadas con la virtud y supremacía de los Sahâbî, se dice: **“Sois la mejor, la más favorable de las ummas”.** (Sûra Al-i Imran: 110).

El âyat 100 de la Sûra Tawba declara: **“Los primeros musulmanes con los que Allahu ta’âlâ está complacido son los Sahâbî que, habiendo nacido y vivido en la ciudad bendecida de Mecca, emigraron a la ciudad iluminada de Medina, además de los Ansar y los musulmanes que han seguido su ejemplo en las acciones de bien. Y ellos también están complacidos con Allahu ta’âlâ. Para todos ellos Allahu ta’âlâ ha preparado Jardines del Paraíso bajo los cuales corren los ríos y donde morarán toda la eternidad”.**

En la Sûra Fath se dice: **“Muhammad es el Profeta de Allahu ta’âlâ; y los que están con él,** [todos los Ashâb-i-kirâm] **son duros con los incrédulos pero afables y compasivos entre sí. Verás que hacen rukû con frecuencia** (inclinación con las manos en la rodillas cuando se hace la oración) **y saŷda** (postración durante la oración)**. Piden a Allahu ta’âlâ que dé a todo el mundo todo tipo de bien y supremacía** (en este mundo y en el Otro). **Y también desean ridwân,** (que Allahu ta’âlâ esté complacido con ellos)**. En sus caras se podrá ver que han hecho muchas saŷda. Estas peculiaridades sobre sus estados y honores han sido mencionadas en la Torah y en el Inŷîl** [lo que fue revelado a Îsâ, alaihis-salâm]**. Tal y como dice el Inŷîl, ellos con como las espigas. Aparece un pequeño brote en el suelo que crece en altura y espesor; ellos también eran pocos y débiles pero en poco tiempo se extendieron,**

tanto cerca como lejos. Todo lo llenaron con la luz del îmân. Lo mismo que los demás se maravillan con el rápido crecimiento de los brotes, la fama y la hermosa conducta de esa gente se extendió por la tierra; los que lo veían quedaban asombrados mientras que, por el contrario, los incrédulos se enojaban".

Algunos hadîz-i sharîf sobre los Ashâb-i kirâm:

"¡No maldigáis a mis compañeros! Porque aquellos que vengan tras mis Compañeros, aunque den como limosna tanto oro como una montaña, ¡no obtendrán una recompensa igual, ni tan siquiera la mitad, de lo que ellos (los Compañeros) **obtuvieron al dar como limosna un puñado de cebada!"**

"Mis Ashâb son como estrellas en el cielo. Si sigues a cualquiera de ellos conseguirás la guía (al camino recto)**".**

"¡No guardéis rencor contra mis Compañeros! ¡Temed a Allahu ta'âlâ! Los que los aman es porque me aman a mí. Los que están enemistados con ellos es porque están enemistados Conmigo. Los que les perjudican me habrán perjudicado a mí. Y los que les causan algún daño se lo habrán causado a Allahu ta'âlâ".

Los mejores de mi umma son la gente de mi época [todos los Ashâb-i kirâm]**. Luego serán los creyentes que sigan a estos últimos. El Fuego no quemará al musulmán que me haya visto ni a ninguno que viera a los que me vieron".**

Estas âyat-i karîma y hadîz-i sharîf demuestran claramente la supremacía y las virtudes de los Ashâb-i kirâm.

Él no hablaba de sus deseos, sus palabras puras eran la revelación.
Palabras de esa fuente de generosidad como perlas llenas de sabiduría del océano.

Aunque su corazón solo estaba con Allahu ta'âlâ, él estaba entre la gente.
Esa fuente de generosidad siempre veía la unidad en la pluralidad.

ALGUNAS SUNNATS ZAWÂID DE NUESTRO MAESTRO EL RASÛLULLAH

Sunnat-i zawâid: Cosas que nuestro Maestro, el Profeta, hacía de forma habitual no como ’ibâdat (adoración) sino como ’âdat (costumbre). Omitir una sunnat-i zawâid no es makrûh. Por ejemplo, su forma de vestir y empezar las acciones de provecho con la mano derecha son sunnat-i zawâid de nuestro Maestro, el Profeta.

Su barba y cabellos bendecidos

Cuando pidieron a Hadrat Anas bin Mâlik que describiera los cabellos bendecidos de nuestro Maestro, el Rasûlullah, dijo lo siguiente:

“Eran de un tipo intermedio. Ni muy rizados ni muy lisos. Eran algo en medio de estos dos tipos. Con respecto a lo largo o corto que eran, su longitud llegaba a un punto medio entre sus orejas y sus hombros”.

Hadrat ibn Abbâs dijo: “Nuestro Maestro, Fajr-i-’âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, solía peinar hacia la frente sus pelos bendecidos. Luego comenzó a peinarse con la raya en medio”.

Los eruditos del Islam han dicho que: “Peinarse con la raya en medio es una sunnat de nuestro Maestro, Fajr-i kâinât porque empezó a hacerlo de esa manera con el paso del tiempo. No obstante, es ŷâiz (permisible) peinarse de las dos maneras, con el pelo hacia la frente y con la raya en medio. Pero esta última forma es mejor”.

Nuestra madre Hadrat Âisha-i-Siddî, dijo: “Los cabellos de nuestro Maestro, el Profeta, estaban por encima de ŷumma y por debajo de wafra”.

Cuando los cabellos sobrepasan los hombros se llama ‘ŷumma’ y cuando llegan al lóbulo de la oreja se llama ‘wafra’. Así pues, y según la transmisión de Hadrat Âisha, radiy-Allâhu anhâ, la longitud de los cabellos de nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, sobrepasaba el lóbulo de la oreja sin llegar a los hombros. Llegaban a un punto intermedio entre ambos.

Hadrat Qadi ‘Iyad dijo: “La correlación entre las dos transmisiones mencionadas es la siguiente: A ambos lados de sus orejas bendecidas, sus cabellos llegaban a los lóbulos de las mismas. Vistos desde atrás, llegaban justo a los hombros”.

Se ha dicho también: “La razón de que algunas transmisiones digan que llegaba a las orejas y otras que llegaba a los hombros, es que a veces eran de la primera manera y otras de la segunda. En todo caso, ambas transmisiones son fidedignas. En ocasiones nuestro Maestro, el Profeta, dejaba crecer el pelo hasta llegarle a los hombros y en otras, cuando lo cortaba, llegaba a los lóbulos o a la parte media de sus orejas bendecidas”.

Umm-i Hânî dijo: “Nuestro Maestro, Fajr-i-’âlam, sallallâhu ’alaihi wa sallam, vino a visitarnos a Mecca. En esa ocasión tenía cuatro gadiras”.

Gadira significa dividir el pelo. Esto quiere decir que había dividido el pelo en cuatro partes dejándolo caer.

En resumen: los cabellos y los pelos de la barba de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no eran demasiado rizados ni demasiado lisos. Y sus cabellos bendecidos eran más bien largos. En ocasiones lo dejaba crecer y otras veces lo cortaba.

Para los hombres es sunnat afeitarse el pelo o dejarlo crecer para luego peinarlo con raya al medio. Uno debe comportarse según las circunstancias, la época y las costumbres. Es makrûh rizarlo o hacer trenzas con el pelo.

Hadrat Anas habla de las peculiaridades de la barba bendecida de nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, de la siguiente manera: “En la bendita barba de nuestro Maestro, el Profeta, había muy pocos pelos blancos. Entre sus cabellos y su barba, no había más de diecisiete o dieciocho canas”.

Un día dijo Hadrat Abû Bakr Siddîq: “Oh Rasûlullah, tus cabellos han encanecido”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, replicó: **“Las Sûra Hûd, Wâkia, Mursalat, Amma yatasaaluna e Iza’sh-shamsu quwwirat (Naba’ y Takwir) los han blanqueado”.**

Las peculiaridades del Fuego y el Paraíso se mencionan muchas veces en esos sûra. Con esas palabras decía que sus cabellos y su barba habían encanecido de pena y tristeza al pensar en cuál sería el destino de su umma.

Amr bin Shuayb transmitió: “Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, recortaba la anchura y la longitud de su barba bendecida.”. En un hadîz-i sharîf transmitido por Hadrat Tirmizi, El Rasûlullah dijo: **“El que nos se recorta el bigote no es uno de los nuestros”.** En otro hadîz-i sharîf se transmite que dijo: **“Mantened la barba extensa y el bigote recortado”.**

Ibn-i Abdul-Haqîm declaró: “El bigote debe estar bien recortado y a la barba debe dejársele cierta amplitud. Recortar bien el bigote no significa afeitarlo”.

Hadrat Imâm-i-Nabawî dijo: “La forma correcta de recortar el bigote es hacerlo hasta que aparezca la parte superior del labio sin recortarlo en exceso”.

Los eruditos del Islam consideran aborrecible recortar la parte superior del bigote y dejar que crezcan los extremos de ambos lados. Ibn-i ’Umar relataba lo siguiente: “Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, nos habló de los llamados Macusi (adoradores del fuego), y dijo: **“Ellos dejan crecer los extremos del bigote y se afeitan la cabeza, así que haced justo lo contrario”.**

Cuando Abû Umâma dijo: “¡O Rasûlullah! La Gente del Libro se recorta la barba y deja crecer el bigote”. Nuestro Maestro, el Rasûlullah dijo: **“Vosotros debéis recortar las puntas del bigote y dejaros crecer la barba”.**

Según la información proporcionada por los eruditos, es sunnat recortar el bigote tanto como las cejas. Además de esto, es sunnat dejar crecer la barba con una longitud similar a cuatro dedos; se agarra la barba a la altura del mentón y se corta la parte que supera esta longitud.

Es sunnat dejar crecer la barba con una longitud similar a la del puño cerrado. Dejarla crecer menos que eso no es compatible con la sunnat. Mantenerla con una longitud inferior con la intención de seguir la sunnat es una bid’a (innovación). Es harâm (prohibido por la religión).

Dejarse barba es una sunnat-i zawâid. Es ŷâiz (permisible) e incluso necesario afeitarse la barba completamente para hacer amr-i ma’rûf (deber de enseñar los mandatos y prohibiciones de Allahu ta’âlâ), ganarse la vida e impedir fitna (desorden, sedición). Estas pueden ser excusas para omitir una sunnat pero no lo son para cometer bid’a.

La forma de dormir del Rasûlullah

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, quería dormir en su lecho, se tumbaba sobre el costado derecho, ponía la mano derecha bajo la mejilla derecha y luego recitaba lo siguiente: **“¡Oh Allah! Me he sometido por completo a Tí. He vuelto mi rostro hacia Tí. A ti confío mi trabajo. Apoyo mi espalda en Tí.** (Confío plenamente en Tí)**. Temo Tu tormento y espero Tu misericordia. No hay más refugio que Tu misericordia. El único tormento del que hay que protegerse es el Tuyo. El refugio y la salvación solo se pueden conseguir con Tu misericordia. Creo en Tu Libro y en Tu Profeta que Tú has enviado”.**

“¡Oh mi Rabb! Me acuesto con Tu nombre. ¡Si te apoderas de mi alma, trátame con Tu misericordia! ¡Si la dejas ir, protégela lo mismo que proteges a Tus esclavos piadosos!”

“¡Oh Allah! Con Tu nombre muero y con Tu nombre resucito de entre los muertos. ¡Alabado sea Allah que nos permite comer y beber, satisface nuestras necesidades y nos da Su protección! ¡Hay muchos que no tienen a nadie que satisfaga sus necesidades y les proteja! ¡Oh Allah! Protégeme de Tu tormento el día que hagas reunir a Tus esclavos ante Tí”.

Cuando despertaba y se levantaba, recitaba lo siguiente: **“Alabado sea Allah que nos ha hecho resucitar tras la muerte. En el Día del Juicio, a Él hemos de volver”.**

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, también solía recitar: **“¡Oh Allah! ¡Tú que eres el Rabb de los cielos y de la tierra; el Rabb de todo lo que hay; Tú que haces germinar la semilla y produces las cosechas; Tú que has revelado la Torah, el Inŷîl y el Qur’ân! ¡Me refugio en Tí de los males de los perversos! ¡Tú eres el que los tiene aferrados por un mechón de sus cabellos!”**

“¡Oh Allah! ¡Tú eres el Eterno! ¡Antes de Tí no existía cosa alguna, ni tampoco existirá nada después de Tí! ¡Tú eres el Manifiesto! ¡Nada existe sino Tú!”

Cuando despertaba decía lo siguiente: **“¡No hay más ilâha que Tú! Menciono Tu nombre y Te glorifico, y afirmo que no tienes defecto alguno. ¡Oh Allah! Te suplico que perdones mis transgresiones y que me des Tu misericordia”.**

“¡Oh Allah! ¡Incrementa mi conocimiento! ¡No permitas que se desvíe mi corazón tras haberle enseñado el camino recto! ¡Concédeme misericordia por Tu Excelsitud! ¡Porque tú, solo Tú, eres el más Compasivo!”

Barâ’ bin Âzib transmitió: “El Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, me dijo: **“¡Cuando vayas a dormir, haz la ablución que se hace para el namâz! Luego túmbate sobre el costado derecho y di: ‘¡Oh Allah! Me he sometido por completo a Tí. He vuelto mi rostro hacia Tí. A Tí confío mi trabajo. Apoyo mi espalda en Tí.** (Confío plenamente en Tí)**. Temo Tu tormento y espero Tu misericordia. No hay más refugio que Tu misericordia. El único tormento del que hay que protegerse es el Tuyo. El refugio y la salvación solo se pueden conseguir con Tu misericordia. Creo en Tu Libro y en Tu Profeta que Tú has enviado’”.**

“Si mueres esa noche, lo habrás hecho siguiendo el camino del Islam. Todo el que recite esta súplica y muera esa noche, lo habrá hecho cumpliendo las normas del Islam”.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Cuando uno se levanta de su lecho para luego seguir durmiendo, que lo sacuda tres veces porque no puede saber qué ha venido y ocupado su lugar”.**

“Cuando estés tumbado en el lecho, hazlo mirando hacia el lado derecho y luego di: ‘¡Oh Allah! ¡Menciono Tu nombre y Te glorifico y afirmo que no tienes defecto alguno!’”

“¡Oh mi Rabb! Me acuesto con Tu nombre y con Tu nombre me levanto. ¡Si te apoderas de mi alma, trátame con Tu misericordia! ¡Si la dejas ir, protégela lo mismo que proteges a Tus esclavos piadosos!”

“Cuando te despiertes di: ‘Alabado sea Allah que me ha dado un cuerpo sano, me ha devuelto el alma y me deja invocarlo’”.

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, vio a un hombre tumbado boca abajo, dijo: **“¡Fijaos, esa es una forma de estar tumbado que nunca le gusta a Allah!”**

Según una transmisión de Sharid bin Suwayd, cuando vio a un hombre tumbado boca abajo, nuestro Maestro, el Profeta, le tocó con el pie y dijo: **“Esa es la forma de dormir que más le desagrada a Allah el Todopoderoso!”**

La persona que estaba durmiendo de esa manera, Abdullah bin Tahfa de los Ashâb-i Suffa, dijo: “Cuando una mañana dormía tumbado boca abajo en la mezquita antes de la oración de la mañana, alguien me tocó con el pie y preguntó: ‘¿Quién eres?’ ‘¡Soy Abdullah bin Tahfa!, dije yo al tiempo que me daba cuenta de que era el Maestro de los mundos’. Y entonces me dijo: ‘¡Esta forma de dormir no le gusta nada a Allah el Todopoderoso!’”

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, siempre estaba en estado de ablución. Nunca se vio que tras ir al retrete dejara de hacer la ablución ritual.

La forma de sentarse de nuestro Maestro, el Rasûlullah

Hanzala bin Hizyam dijo: “Fui a visitar a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam y lo encontré sentado en el suelo con las piernas cruzadas”.

Según Ŷabir bin Samura, nuestro Maestro, el Profeta, tras rezar la oración de la mañana, se sentaba en su habitación con las piernas cruzadas hasta que salía el sol.

Cuando había gente en su presencia, nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, jamás extendía las piernas.

Sharid bin Suwayd dijo: “El Maestro del universo había venido a visitarme. En ese momento yo estaba sentado apoyado en la palma de la mano que tenía tras la cabeza. Cuando me vio, el Maestro del universo me dijo: **‘¿Estás sentado como los que han merecido la ira de Allahu ta’âlâ?’”** (Los judíos).

Qayla bint-i Mahrama relató: “Vi a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, sentado en la postura qurfusa (sentarse en el suelo sobre las nalgas con ambas rodillas levantadas, los muslos junto al abdomen y con los brazos alrededor de las piernas), y en el estado de jushû (reverencia humilde y profunda)”.

La forma de sentarse de nuestro Maestro, el Profeta, cuando comía, tampoco era pretenciosa. No lo hacía tras una puerta cerrada, ni detrás de una cortina, ni hacía que le sirviesen la comida aparte de los demás.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, comía sentado en el suelo. Solía decir: **“Como y me siento como un esclavo de nacimiento. ¡Yo no soy más que un esclavo! ¡El que se aparta de mi sunnat no es de los míos!”**

En una ocasión en la que nuestro Maestro, el Profeta, había estado comiendo reclinado en un lugar que estaba por encima de Mecca, vino Ŷabrâil, ’alaihis-salâm, y le dijo: “¡Oh Muhammad! ¿Así que estás comiendo como lo hacen los reyes?” Sin más demora, nuestro Maestro, el Profeta, se sentó en el suelo.

Un ángel que no había venido antes, vino en cierta ocasión a nuestro Maestro, el Profeta, acompañado de Ŷabrâil, ’alaihis-salâm. Ese ángel dijo: “Tu Rabb envía Sus saludos y te permite elegir entre ser un Profeta-Sultán o un Profeta-Esclavo”. Ŷabrâil, ’alaihis-salâm, había hecho una seña que significaba “actúa con modestia”. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“¡Permite que sea un Profeta-Esclavo!”** A partir de ese día, nuestro Maestro, el Profeta, jamás comió de pie o apoyado en cosa alguna.

La forma de comer y beber del Rasûlullah

Abû Ŷuhayfa relató: “El Maestro de los mundos dijo: **“Yo no como apoyado en cosa alguna”.** Apoyarse tiene tres formas: apoyarse en algo, sentado con las piernas cruzadas o apoyarse en una mano mientras se come con la otra. Esta forma tercera de apoyarse ha sido criticada y no se considera correcta.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, comía utilizando tres dedos: el índice y los dos que están al lado.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Las bendiciones de la comida consisten en hacer la ablución ritual antes de comer y lavarse las manos y hacer otra ablución ritual después de la comida!”**

“¡Si le ocurre algo inesperado y terrible al que se ha dormido sin lavar de las manos los olores del aceite y la carne, que no eche la culpa a nadie excepto a sí mismo!”

Nuestro Maestro, el Profeta, tenía un recipiente para la comida al que llamaban Gharra. Una vez hecha la oración de Duhâ (una hora determinada entre la salida del sol y el mediodía) ese recipiente que contenía Sarid (una comida hecha con trozos pequeños de pan y carne abundante) se traía y ponía en medio del sufra (el lugar donde se come).

En una ocasión en la que los musulmanes se reunieron en torno al recipiente con la comida, un beduino (aldeano del desierto) que vio a nuestro Maestro, el Profeta, sentado sobre las piernas dobladas, preguntó: “¿Qué forma de sentarse es esa?” Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“No hay duda de que Allah me ha hecho ser un esclavo generoso. ¡No hizo que fuese un opresor y un testarudo! ¡Vamos, acercaos, empecemos a comer! Y no comáis del centro de la parte de arriba”.**

“¡Las bendiciones de la comida están en el centro de la parte de arriba! Cuando comáis, hacedlo por la parte de abajo porque las bendiciones descienden desde el centro mismo de la comida”.

’Umar bin Abû Salama dijo: “Yo era un niño bajo la tutela del Maestro de los mundos. Cuando yo comía, mis manos iban por todo el plato. El Maestro de los mundos me dijo: **“¡Oh hijo! Di la Basmala. ¡Come con la mano derecha lo que está delante de ti!”** Desde ese día, siempre he comido así”.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Cuando un sirviente que ha soportado el calor y el humo al preparar la comida, la trae ante nosotros, se le debe permitir que se una para comer**

todos juntos. Si se le niega o hay poca comida, se le deben dar al menos uno o dos bocados de la misma”.

Nuestro Maestro, el Profeta, jamás menospreciaba o denigraba una comida. Si le gustaba, la comía; en caso contrario, no la comía y permanecía en silencio.

Mostraba respeto por las bendiciones más sencillas sin jamás menospreciar una bendición. Nunca alababa una bendición que le gustase; ni menospreciaba una que no le gustase.

Cuando ponían la comida ante él, nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no empezaba hasta haber dicho primero: **“Allahumma barik lanâ fimâ razaqtanâ waqinâ azabannâr. ¡Bismillâh!”**

Nuestra madre Hadrat Âisha, radiy-Allâhu anhâ, declaró: “El Maestro de los mundos dijo: **‘Cuando empecéis a comer decir Bismillah, mencionar el nombre de Allah el Todopoderoso. Si lo habéis olvidado al empezar a comer, decir: ‘¡Bismillah desde el principio hasta el final de la comida!’”**

Umayya ibn Machshi contó que, en una ocasión, nuestro Maestro, el Profeta, estaba sentado observando a un hombre que comía. No recitó la Basmala hasta que solo le quedaba un bocado. Cuando lo llevó a la boca dijo: “¡Desde el principio hasta el final de esta comida, Bismillah!” Entonces nuestro Maestro, el Profeta, se rió y dijo: **“El shaytán estaba comiendo con él. Cuando el hombre mencionó el nombre de Allah el Todopoderoso, ¡el shaytán vomitó todo lo que tenía en el estómago!”**

Nuestro Maestro, el Profeta, empezaba por la derecha siempre que era posible: en la ablución, el ghusl, al ponerse el calzado y peinarse los cabellos. Cuando cogía o daba algo, utilizaba la mano derecha y siempre comenzaba las cosas con el lado derecho.

Dijo él, sallallâhu ’alaihi wa sallam: **“¡Cuando os pongáis el calzado, empezad por el pie derecho! ¡Y cuando lo quitéis, empezad por el pie izquierdo!”**

Abdullah bin ’Umar transmitió que nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Cuando uno de vosotros empieza a comer, que lo haga con la mano derecha. Y cuando bebáis, hacerlo con la mano derecha porque shaytán come y bebe con la mano izquierda”.**

Según Salama bin Akwa, su padre contó que cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, vio que un hombre llamado Busr ibn Raiyul’ir de la tribu Ashŷa, estaba comiendo con la mano izquierda, le dijo: **“¡Come con la mano derecha!”**

El hombre dijo una mentira al replicar: “¡No puedo hacerlo, yo no puedo comer con mi mano derecha!” Al oírlo, nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“¡Entonces, que jamás puedas hacerlo! ¡Su arrogancia y su orgullo es lo que le impide comer con la mano derecha!”** A partir de ese momento, ¡aquel hombre ya no pudo llevarse la mano a la boca!

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Allah el Aziz y Ŷalil, estará sin duda complacido con el esclavo que Lo alaba tras comer lo que es comestible o beber lo que es potable”.**

Abu Said Al-Judrî transmitió que nuestro Maestro, el Profeta, recitaba lo siguiente cada vez que comía o bebía: **“Alhamdu lillahillazi at’amana wa sakana va ŷaalna Muslimin** (Alabado sea Allah que nos permite comer, beber y ser musulmanes)**”.**

Abu Umamtulbahili, transmitió que nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, recitaba lo siguiente cuando terminaba de comer y se retiraba lo servido: **“Alhamdu lillahi kasiran tayyiban mubârakan fihi gayra makfiyyin wala muwaddain wala mustagnan anhu Rabbana** (Gracias sean dadas solo a Allah. ¡Oh nuestro Rabb! Nosotros, a los que limpias con frecuencia nuestras faltas, a los que colmas con abundancia y bendiciones sin rechazarnos ni abandonarnos, te damos gracias una y mil veces de forma inadecuada)**!”**

“Alhamdu lillahillazi kafana wa arwana gayra makfiyyin wala makfurin (Alabamos a Allah que nos permite comer y beber lo suficiente, que no nos rechaza ni permite que seamos de los desagradecidos)**.”**

Abu Hurayra transmitió que nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se lavaba las manos después de la comida.

Nuestro Maestro, el Profeta, no daba importancia a las cosas mundanas.

Abdullah bin Mas'ud relató: "El Maestro de los mundos había dormido en una estera de paja y cuando se levantó se veían en su costado las marcas de la estera. Le froté el costado y dije: '¡Que mi madre y mi padre sean sacrificados en tu nombre, oh Rasûlullah! De haberlo sabido habríamos puesto algo sobre la estera para protegerte. ¿Quieres que te consigamos un lecho más blando?'"

"El Maestro de los mundos dijo: **'¿Qué me importan a mí las cosas de este mundo? ¡Mi estado en este mundo es como el del jinete que descansa unos momentos bajo la sombra de un árbol para luego seguir su camino!'"**

Abu Umamtulbahili transmitió que nuestro Maestro, el Profeta, había dicho: **"Mi Rabb el Aziz y Ŷalil me ofreció convertir en oro el valle de Mecca. Yo dije: ¡No mi Rabb! Permite que esté saciado un día y hambriento el siguiente. Cuando tenga hambre permite que Te suplique y mencione Tu nombre. Y cuando esté saciado deja que Te alabe y Te dé las gracias".**

Nuestra madre, Hadrat Âisha relató: "La familia de nuestro Maestro, el Profeta, nunca pudo saciarse de pan de trigo tres días consecutivos, desde que llegó a Medina hasta la hora de su muerte".

Los que nuestro Maestro, el Profeta, y su familia comían con mayor frecuencia era pan de cebada y dátiles, que en ocasiones no había en abundancia.

Antes de su muerte, nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, había empeñado su cota de malla a un judío llamado Abu Shahma a cambio de un wask (una carga de camello) o treinta sa' (medida de capacidad que equivale a 4,2 litros) de cebada para hacer pan para su familia.

Nuestra madre Hadrat Âisha dijo: "Juro por Allah que envió a Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, con el Libro y la religión verdadera, que él nunca había visto un cedazo ni comido pan hecho con harina tamizada, desde el momento en que Allah el Todopoderoso le envió como Profeta hasta el día en que Él tomó su alma". Al preguntarle: '¿Entonces, cómo comíais la

cebada?' Dijo ella: '¡La molíamos y soplábamos para quitar la cascarilla! Hasta la muerte del Maestro de los mundos, sallallâhu 'alaihi wa sallam, tanto él como su familia nunca pudieron saciarse de pan de cebada durante dos días seguidos. Juro por Allah que en la casa del Maestro de los mundos llegábamos a pasar cuarenta noches sin encender velas ni fuego para cocinar. A veces pasaban meses sin encender el fuego en ninguna de las casas de las esposas del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Pasaban dos meses en los que no se hacía pan ni se cocinaba cosa alguna para la familia de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Cuando comimos aswadayn (dátiles y agua) hasta saciarnos fue tras la muerte del Maestro de los mundos. Nuestro Maestro, el Profeta, nunca tenía en su estómago dos clases de alimentos diferentes en un solo día; cuando se había saciado con dátiles no comía pan y cuando había comido pan, no comía dátiles. Y esto es lo que me hace llorar".

Anas bin Malik dijo: "¡No me consta que nuestro maestro, el Profeta, haya comido en un hivan (mesa pequeña en la que se ponen los alimentos a la hora de comer), ni pan fino hecho de harina pura de trigo, ni cordero asado hasta que se encontró con su Rabb!"

Hadrat Abu Hurayra transmitió que nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, suplicaba lo siguiente: **"¡Oh Allah! ¡Da sustento suficiente a mi familia, la familia de Muhammad,** (sallallâhu 'alaihi wa sallam), **para que pueda sobrevivir; haz que el sustento de la familia de Muhammad** (sallallâhu 'alaihi wa sallam) **sea lo bastante como para poder vivir!"**

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, nunca decía que le hiciesen esto o lo otro para comer. Comía de lo que había. Nuestra madre Hadrat Âisha relataba: "Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, venía y me preguntaba: **"¿Tienes algo para comer?"** Y si yo decía: "¡no!", él decía: **"¡Entonces, estoy ayunando!"**

"Un día, el Maestro de los mundos vino a vernos y yo le dije: "¡Oh Rasûlullah! Nos han dado un regalo". Preguntó: **"¿Qué es?"** Dije: "¡Es hays!" Y entonces dijo él: **"Pero estoy ayunando".** (Hays es una comida que se hace mezclando dátiles, aceite y requesón)".

“A nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le gustaban la halvah y la miel, el pan zarid, los dátiles zarid y las comidas con verduras. Cuando se le ofrecía leche, solía decir: **“En la leche hay dos bendiciones”.**

Abdullah bin Abbas relató: “Jalid bin Walid y yo fuimos con el Maestro de los mundos a la casa de mi tía materna Maymuna bint Haris. Ummu Hufayd había dado al Maestro de los mundos mantequilla y leche como regalo. Mi tía materna preguntó: ‘¿Os doy algo de la leche que ha sido regalada?’ El Maestro de los mundos dijo: **“¡De acuerdo!”** Al poco tiempo, vino mi tía materna con la leche en un recipiente. El Maestro de los mundos bebió un poco de leche. Yo estaba sentado a la derecha del Maestro de los mundos y Jalid bin Walid estaba a su izquierda. El Rasûlullah me pasó el recipiente con la leche y dijo: **“¡Bebe tú; pero si quieres ofrécesela a Jalid!”** Dije yo: “¡En lo que respecta a lo que queda después de haber bebido tú, nunca elegiría a nadie que no fuese yo!”

“Entonces nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Aquel a quien Allah alimenta debe decir: ‘Allahumma barik lana fihi wa at’amna jairan minhu.** (¡Oh Allah! ¡Danos abundancia con este alimento! ¡Y permite que podamos comer más alimentos favorables)**!**

“Aquel a quien Allah permite que beba leche debe decir: ‘Allahumma barik lana fihi wa zidna minhu. (¡Oh Allah! ¡Danos abundancia con esta leche e incrementa lo que con ella nos has concedido!) **No hay nada que sustituya a la comida y la bebida excepto la leche”.**

Cuando los musulmanes de Medina veían que se acercaba la primera cosecha de dátiles, le traían algunos a nuestro Maestro, el Profeta, que los tomaba en sus manos y tras hacer una súplica pidiendo abundancia, se los daba a los niños más pequeños que veía. Y decía: **“Si en una casa no hay dátiles, esa familia pasará hambre”.**

Se ha transmitido de Anas bin Malik que a nuestro Maestro, el Profeta, le gustaba la comida que tuviese calabacín. Cuando servían una comida que los tuviese, reunían los trozos y los ponían delante de nuestro Maestro, el Profeta. El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo que la parte más deliciosa del cordero está en el lomo.

Preguntaron a Ummu Ayyub: "El Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se alojó en tu casa durante siete meses. ¿Qué comida es la que más gustaba al Maestro de los mundos?" Ummu Ayyub dijo: "Nunca vi que pidiera que le hicieran una comida determinada o que criticase una que no le gustase. Le preparábamos jarisa y kashkak y al ver que le gustaba la hacíamos una vez cada cinco, seis o diez días".

Se ha transmitido que Abu Musa'l-Ash'ari dijo: "He visto al Maestro de los mundos comer carne de pollo".

A nuestro Maestro, el Profeta, le gustaba comer los restos de comida que quedaban en el plato. Solía decir: **"Si alguien come todos los restos de comida que hay en su plato, ese alimento pedirá perdón en su nombre".**

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, solía comer melón con dátiles frescos y pepino con dátiles frescos. Y decía: **"Templamos el calor de uno con la frescura del otro y la frescura de uno con el calor del otro".**

También se ha transmitido que nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **"¡Oh Abu Zar! Cuando cocines carne, haz mucho caldo y piensa en tus vecinos; comparte con ellos lo que has cocinado".**

"El que se sacia por completo estando hambriento su vecino, no es un mu'min perfecto".

"¡Adorad a Allah! ¡Dar de comer a la gente! ¡Propagad el salam para que podáis entrar en el Paraíso!"

"La comida para una persona es suficiente para dos. La comida para tres basta para cuatro. La comida para cuatro es suficiente para ocho".

Asma bint-i Abi Bakr aconsejaba que la comida quedase tapada hasta que terminase el vapor y el humo que despedía. Dijo: "Oí decir al Maestro de los mundos: **'¡Esa es la mayor abundancia!'"**

En los días de la conquista de Mecca, nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, visitó la casa de Hadrat Ummuhani, hija de su tío paterno Abû Tâlib. Le preguntó: **“¿Tienes algo de comer?”** Ummuhani dijo: “¡No! Solo tenemos mendrugos de pan secos y vinagre y me ha dado vergüenza ofrecértelos” Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Desmenúzalos en agua y tráelos con un poco de sal”** Echó un poco de vinagre en el plato, comió y alabó a Allah el Todopoderoso. Y luego dijo: **“¡Oh Ummuhani! ¡Qué buen condimento es el vinagre! ¡A una casa con vinagre nunca le faltarán condimentos!”**

Cuando le preguntaron, sallallâhu ’alaihi wa sallam: “¿Cuál es la bebida más deliciosa?” nuestro Maestro, el Profeta, contestó diciendo: **“¡El agua dulce y fresca!”** Nuestro Maestro, el Profeta, solía beber agua dulce que provenía de Buyutussukya, un lugar a dos días de distancia de Medina.

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo: **“Cuando uno de vosotros coma algo, que lo haga con la mano derecha. Y cuando bebáis, hacerlo con la mano derecha porque shaytán come y bebe con la mano izquierda”.**

“Cuando uno de vosotros beba alguna cosa, no sopléis en el recipiente”. Además de la prohibición de soplar en la comida y bebida, prohibió de forma rotunda comer y beber en recipientes hechos de oro o plata.

Nuestro Maestro, el Profeta, solía tomar aliento dos o tres veces cuando bebía; y decía: **“Esta es la forma más beneficiosa y satisfactoria”.**

“Cuando uno de vosotros beba alguna cosa, no lo hagáis de un solo golpe”.

“¡No bebáis de un solo golpe como hacen los camellos! ¡Beber y tomar aliento dos o tres veces! Decir ‘Bismillah” antes de beber y ‘Alhamdulillah’ cuando hayáis terminado”.

Nawfal bin Mu’âwiya dijo: “Cuando el Maestro de los mundos bebía alguna cosa, paraba y tomaba aliento tres veces. Empezaba con la Basmala, diciendo el nombre de Allah el Todopoderoso, y terminaba alabándolo, diciendo Alhamdulillah”.

Se ha transmitido de Hadrat Âisha que nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, solía beber por la tarde el stum (mosto de uva sin fermentar) que se preparaba por la mañana, y el que se preparaba por la tarde lo bebía por la mañana.

La costumbre del Rasûlullah era lavarse las manos antes y después de cada comida, y comer y beber con la mano derecha. Antes de comer, los jóvenes se lavaban las manos primero y después de la comida; los mayores eran los primeros en hacerlo.

La costumbre del Rasûlullah era comer de los bordes del plato y de lo que estaba ante él; para comer se sentaba sobre el pie izquierdo y levantaba la rodilla derecha. No se debe comer ni oler la comida que está demasiado caliente. A nuestro Maestro, el Profeta, no le parecía conveniente comer en silencio. Es una costumbre de los adoradores del fuego. Debe hablarse con alegría. Empezar y terminar la comida con sal, era una costumbre del Rasûlullah y es beneficiosa para la salud.

Obtener el conocimiento de cómo beber y comer es anterior al conocimiento de cómo adorar. Una de las primeras bid’a (innovación) en el Islam es comer hasta quedar lleno por completo. Comer carne todos los días causa un gran esfuerzo en el corazón. Comer poca carne estropea los valores morales. Comer sobre una sufra (un mantel puesto sobre el suelo) es una buena acción. El sufra solía estar hecho de cuero. Comer verduras es algo muy bueno. Una sufra en la que no hay hortalizas se asemeja a un anciano que carece de sabiduría.

Imam-i Ŷa’far-i Sadiq dijo: “¡El que desee abundancia de bienes e hijos debe comer muchas hortalizas!” Lo primero que se hace es sentarse en torno al sufra y luego se sirve la comida. Nuestro Maestro, el Profeta, decía: “Yo soy un esclavo (de Allahu ta’âlâ) y como sentado en el suelo como los esclavos”.

No se debe comer a no ser que se tenga hambre y sin que sea demasiado; se debe dejar de comer antes de saciarse por completo y no se debe reír a no ser que ocurra algo divertido. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“El bien comienza cuando se tiene hambre y el mal cuando se está saciado”.** El sabor de la comida se intensifica según el hambre que se tiene. Estar lleno causa distracción y hace que el corazón sea insensible;

estropea la sangre lo mismo que hacen las bebidas alcohólicas. Estar hambriento limpia la mente e ilumina el corazón.

No se debe comer con fâsiq (musulmanes transgresores) o gente perversa. La comida hervida debe enfriarse estando tapada. Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“Comed con la mano derecha. Bebed con la mano derecha”.** Cuando comía sandía, nuestro Profeta sostenía el pan con la mano derecha y comía la sandía con la izquierda. El pan se debe partir con las dos manos, no solo con una.

Los pedazos de comida deben ser pequeños y han de masticarse bien. No se debe mirar de un lado a otro sino a la comida que se tiene delante. No se debe abrir la boca en exceso ni limpiarse las manos en el mantel. Si se tose o estornuda, se gira la cabeza hacia atrás.

No debemos sentarnos al sufra al que no hemos sido invitados. Cuando se está en el sufra, no se debe comer más que los demás. Una vez saciados, debe pedirse que ello nos impida cometer transgresiones. Debe pensarse en la rendición de cuentas del Día del Juicio, comer con la intención de tener fuerzas para hacer actos de adoración. Aunque se tenga hambre se debe comer despacio. Los mayores deben ser los primeros al empezar a comer. No se debe insistir diciéndoles que coman más de tres veces. Cuando se tienen invitados, no se debe dejar de comer hasta que ellos no estén saciados.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah enfatizaba que no se comiera demasiado. El corazón del ser humano es como la cosecha de los campos. La comida es como la lluvia. Del mismo modo que un exceso de agua estropea la cosecha, demasiada comida mata al corazón. Nuestro Profeta decía: **“Allahu ta’âlâ no está complacido con el que come y bebe demasiado”.**

El Rasûlullah recomendó, como grado más bajo, reservar un tercio del estómago para la comida, un tercio para la bebida y el tercio restante para el aire, es decir, dejarlo vacío. El nivel más elevado es comer poco y dormir poco. Comer demasiado es el comienzo de las enfermedades y comer poco el de los remedios. La comida para uno es suficiente para dos. El invitado no debe esperar del anfitrión nada más que sal y pan. El anfitrión debe servir la comida al invitado y escanciar el agua.

El Jalîfa Hârûn ar-Rashid solía servir a sus invitados echando agua en sus manos con un aguamanil. Se debe poner en la boca del invitado los trozos de comida que más le gustan. Los trozos de comida que han caído en un lugar limpio se pueden ofrecer a los invitados, pero si están sucios se dejan para los gatos u otros animales. La bendición de este tipo de casa aumenta y llega hasta los nietos. Si no se recogen los bocados de comida que caen al suelo, shaytán los come. Es sunnat terminar por completo lo que queda en el plato. Una acción muy apropiada es mezclar con agua los residuos de la compota de frutas y del ayran (bebida hecha con agua y yogur) para luego beberlo. Es ŷâiz (permitido) dejar sobras en el plato o en el vaso, pero el Rasûlullah prefería que los musulmanes comieran todo lo que había en el plato.

Es una sunnat del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, limpiar los dientes con un palillo o miswâk tras la comida. Es parte de la limpieza. La limpieza fortalece el îmân (creencia, fe). Acabada la comida se hace una súplica pidiendo bendiciones, misericordia y perdón por el anfitrión. Luego se pide permiso para partir y el anfitrión es invitado a comer otro día y en otro lugar.

Durante la comida no se debe hablar de temas desagradables. No se deben mencionar la muerte o las enfermedades. No debemos mirar fijamente a los alimentos que se traen ni coger con la mano otro bocado si no hemos terminado lo que tenemos en la boca. Durante la comida no se debe abandonar el sufra por motivo alguno, incluso para hacer namâz. Si fuera necesario, la oración debe hacerse antes de la comida.

Si los alimentos se van a enfriar o estropear y la oración se puede hacer después de la comida, se come antes de hacer namâz. El sufra se abandona cuando la comida ha sido retirada. No se debe comer viajando, caminando o estando de pie.

No debe irse a dormir teniendo el olor de la carne o la comida en las manos o la boca. Las manos de los niños también deben lavarse. No se debe dormir teniendo el estómago lleno. Hay que ser comedido con los alimentos sin excederse con ellos. De lo contrario es israf (despilfarro). Los recipientes de la comida y bebida deben tener tapa. No debemos encorvarnos para beber agua directamente de un río o un estanque. Tampoco se debe beber de la espita de un aguamanil o una jarra. No beber por la parte rota de una taza o un vaso.

En verano deben beberse bebidas frías. Al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le gustaba beber sorbetes fríos. El agua de Zamzam se puede beber estando de pie. También se dice que un viajero puede beber estando de pie. No se debe beber agua teniendo el estómago vacío. El agua se debe beber poco a poco.

A nuestro Maestro, el Rasûlullah, le gustaba comer kashkak. Ŷabrâil, ’alaihis-salâm, enseñó a nuestro Maestro, el Profeta, la forma de cocinar harissa, es decir kashkak. La harissa hace que la gente sea muy fuerte. Todos los profetas han comido pan de cebada. Al Rasûlullah le gustaba comer calabacín, sopa de lentejas, carne de caza y cordero del que le gustaba comer la pierna, la falda y la paletilla. Le gustaba mucho comer la paletilla del cabrito. La carne de cabrito es fácil de digerir y apropiada para todo el mundo.

La carne de los animales machos es más fácil de digerir que la de las hembras y la carne roja es más fácil de digerir que la blanca. En lo que respecta a la digestión y el sabor, la carne de cordero y la leche de vaca son lo mejor. Entre la carne de caza la mejor es la de venado. El conejo es halal comerlo. Nuestro Maestro, el Profeta, había comido carne de conejo. Produce un incremento de la orina y comerla en exceso produce insomnio. Todo el mundo puede comerla. La carne de pollo y de ave es buena para todo el mundo. Entre las aves de corral, la carne mejor es la de pollo.

Nuestro Profeta dijo: **“¡Qué buen condimento es el vinagre!”** El vinagre es un alimento muy beneficioso. El dátil también es un alimento que se puede comer con pan. La uva es una fruta y un alimento. Es sunnat comer uvas con pan. Es sunnat comer dátiles sin ninguna otra cosa.

Es sunnat comer pasas, nueces y almendras. La miel es curativa. Setenta profetas han utilizado la miel con sus súplicas. A nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le gustaban mucho los dátiles. Solía comerlos con melón y sandía. El melón y la sandía limpian los riñones y alivian los dolores de cabeza. Expulsa los gusanos intestinales y fortalecen los ojos. Al Rasûlullah le gustaba mucho beber sorbetes fríos. Cuando se come arroz se deben recitar Salawât-i sharîfa.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, recomendó comer las habas con su vaina. Dijo que jabbatus-sawda, el comino negro, es un remedio para las enfermedades. Comer nueces con queso tiene efectos curativos. Comerlas solas es perjudicial, deben comerse con alguna otra cosa. La semilla de las uvas es perjudicial. Nuestro Maestro solía sujetar un racimo de uvas con la mano izquierda para comerlas con la mano derecha. El membrillo elimina las molestias del corazón. En cada melón, sandía y granada hay una gota de agua del Paraíso. La granada debe comerse sola y no debe desperdiciarse un solo grano. La granada es buena para los latidos del corazón y fortalece el estómago. Si se exprime con su pulpa y luego se bebe, limpia la vesícula biliar y alivia el estreñimiento. Los higos alivian el corazón y elimina los dolores deI tubo digestivo.

Una sunnat del Rasûlullah es comer pepino echándole sal y comer nueces dentro de dátiles y con miel. Nuestro Profeta alabó la berenjena y dijo que se debe preparar con aceite de oliva. También recomendó la verdolaga. El apio elimina la enajenación, tiene un efecto diurético, ayuda a la producción de sangre y leche y limpia el hígado. Al-jarshaf, la alcachofa, disuelve las piedras del riñón, limpia la sangre y es beneficiosa contra la arteriosclerosis. También elimina el olor del sudor.

Cuando se regresa de un viaje, es bueno para la salud comer cebolla cruda. La cebolla aumenta la resistencia ante los microbios. Si se come apio después de la cebolla, elimina el olor que deja ésta. También se ha dicho que si se pone crudo en la comida elimina el mal olor de la cebolla. Había cebolla en la última comida que tomó el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Nuestro Maestro solía decir: **"No comáis crudos el ajo y la cebolla".** A los ángeles les molesta su olor. El rábano tiene un efecto diurético y facilita la digestión.

La conducta del Rasûlullah dentro y fuera de la casa

Hadrat Husayn relató: "Pregunté a mi padre sobre la conducta de nuestro Maestro, el Profeta, en la casa. Mi padre contestó diciendo lo siguiente: 'Nuestro Maestro, el Profeta, dividía el tiempo que pasaba en casa en tres partes: para adorar a Allah, para las cuestiones del hogar y para sus asuntos personales".

‘Del tiempo reservado para sus asuntos personales, parte era para sí mismo y parte para los demás. En esta última parte, solo entraban en su presencia los Compañeros más notables. A través de ellos comunicaba a la gente las cuestiones que tenían que ver con la religión, sin reservarse nunca la información relacionada con la gente’.

‘La costumbre de nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, era compartir el tiempo dedicado a su Comunidad con la gente más virtuosa, según su supremacía en la religión, invitándolos a su presencia. Algunos tenían una necesidad, otros dos y otros tenían muchas necesidades’.

‘Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se ocupaba de sus asuntos religiosos dándoles las respuestas pertinentes; y luego solía decir: **“¡Que los que están presentes informen a los que no lo están! Contarme las necesidades de los que no pueden venir a hacerlo. ¡En el Día del Juicio, Allah hará que estén firmes en el Puente del Sirât los pies de los que transmitían las necesidades de los que no podían hacerlo!’**

‘Los que entraban en la presencia de nuestro Maestro, el Profeta, lo hacían buscando guía y consejo y se iban habiendo degustado el deleite de un conocimiento superior al que habían deseado’”

Hadrat Husayn preguntó a su padre qué hacía nuestro Maestro, el Profeta, cuando salía de su casa. La respuesta fue la siguiente: “Cuando estaba fuera, el Maestro de los mundos no solía hablar en público. Solo lo hacía cuando sus palabras eran beneficiosas para los musulmanes, para fomentar el cariño y para eliminar la discordia y frialdad entre unos y otros”.

“Siempre mostraba respeto a los individuos de las tribus que tenían un carácter moral elevado; los nombraba gobernadores de su tribu ordenándoles que le obedecieran. Nunca molestaba a nadie gracias a su rostro sonriente y su carácter afable”.

“Si no veía a sus Compañeros, los buscaba, los reunía y les preguntaba si habían puesto fin a sus disputas. Alababa y fomentaba la amabilidad al tiempo que criticaba e intentaba atenuar todo mal. Todas sus acciones eran moderadas y no causaban controversia alguna. Para

impedir que los musulmanes cayeran en el olvido, nunca dejaba de aconsejarlos. Este comportamiento era su tónica habitual”.

‘Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tenía una disposición natural y precisa a la hora de adorar y rezar. Nunca perjudicaba o dejaba de respetar un derecho. Los más cercanos a él eran los más bendecidos entre la gente”.

Para él, el Compañero con mayor supremacía era aquel cuyo consejo era más exhaustivo, y el de rango más elevado era el que hacía los mejores actos y favores por los necesitados. El Maestro de los mundos nunca se sentaba o levantaba sin mencionar el nombre de Allah.

Cuando había una reunión jamás reservaba un lugar especial para él y prohibía que se hiciera. No importaba dónde fuera; cuando se encontraba con un grupo de gente sentada, no intentaba sentarse en el lugar más prominente, sino que prefería sentarse en la parte de atrás al tiempo que decía a los musulmanes que continuasen con lo que hacían.

Congeniaba con todo el que se sentaba con él. Trataba a la gente con tanta amabilidad que llegaban a suponer que, a ojos del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no había nadie más valioso que ellos. Soportaba con paciencia infinita todo lo que decían o las necesidades que tenían hasta que abandonaban su presencia.

Cuando alguien le pedía alguna cosa, jamás se negaba a ello; bien le daba lo que pedía o le respondía con palabras dulces y afables. Su hermosa conducta era mejor que la de toda la humanidad junta.

Se había convertido en su padre compasivo. En lo que respectaba a sus derechos, todos eran iguales para él. La comunidad de nuestro Maestro, el Profeta, era una comunidad de conocimiento, modestia, paciencia y confianza mutua.

Estando en su presencia nadie elevaba la voz, no se acusaban unos a otros ni desvelaban los errores o transgresiones de los demás. Los presentes eran tratados de acuerdo con su supremacía basada en taqwâ (abstenerse de lo harâm). Todos se comportaban con humildad.

Respetaban a los mayores, tenían compasión por los más jóvenes, preferían satisfacer las necesidades de los desvalidos antes que las de los demás, protegían y se ocupaban de los indigentes y los forasteros.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, siempre sonreía y era de carácter benigno. Protegía y perdonaba. No era duro de corazón o insensible.

Jamás discutía con los demás. Nunca gritaba ni decía palabras obscenas. Nunca acusaba a persona alguna. No era tacaño en absoluto. Ignoraba lo que no le gustaba. No desanimaba al que esperaba algo. Jamás mostraba su desagrado con respecto a alguna cosa.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah se abstenía de tres cosas:

Discutir con la gente.
Hablar en demasía.
Ocuparse de cosas que eran inútiles y carentes de sentido.

En lo que respecta a la gente, ponía a un lado sus propios sentimientos en tres cosas:

Jamás condenaba o echaba la culpa a alguien en su cara o a sus espaldas.
Nunca buscaba las transgresiones o errores de persona alguna.
No hablaba a no ser que fuese para algo beneficioso y de interés.

Cuando hablaba nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, los presentes mantenían tal silencio que parecían tener pájaros posados en sus cabezas y seguían de esta manera hasta que él dejaba de hablar; solo entonces hablaban los demás sin discutir ni contradecirse.

Cuando alguien hablaba con nuestro Maestro, el Rasûlullah, los que estaban presentes permanecían en silencio hasta que terminaba la persona. Para nuestro Maestro, el Rasûlullah, no había diferencia entre los que hablaban primero o lo hacían en último lugar. Si alguien se reía de algo, él también se reía y si alguien se asombraba por algo, él también lo hacía.

Soportaba la crudeza y dureza de los comentarios y las preguntas de los necesitados y forasteros para que sus Compañeros lo imitaran en su forma de actuar. Solía decir: **“¡Cuando veáis a un necesitado que os pide socorro, ayudadle a satisfacer sus necesidades de la mejor manera posible!”**

El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no aceptaba la falsa adulación. Nunca interrumpía a nadie cuando hablaba, a no ser que la persona estuviese contraviniendo los derechos de otro. Cuando ocurría esto, le interrumpía, le prohibía hacerlo o le ordenaba abandonar el lugar. El Maestro de los mundos permanecía silencioso ante cuatro cosas: hilm (ternura, afabilidad, moderación), hazar (abstención), taqdir (apreciación) y tafakkur (contemplación de las transgresiones propias y del entorno para aprender cosas de lo que Allahu ta’âlâ ha creado).

Taqdir era algo manifiesto porque escuchaba y trataba a la gente con equidad; tafakkur también lo era puesto que pensaba sobre los asuntos de este mundo y de la Otra Vida. El hilm y la paciencia formaban parte de sí mismo. Nada de este mundo podía irritarlo.

En lo que respecta a hazar, el Profeta contenía cuatro rasgos fundamentales:

Elegía lo mejor para poder depender de ello.
Evitaba las cosas desagradables para que ellos también lo hicieran.
Se esforzaba por las cosas útiles para su umma (comunidad).
Era exigente con todo aquello que garantizase la felicidad de su umma en este mundo y en la Otra Vida.

El Maestro de los mundos, sallallâhu ’alaihi wa sallam, nunca decía “¡no!” a cosa alguna. Si le pedían algo que le complacía, decía “¡Muy bien!”. Y si le pedían algo que no quería hacer permanecía en silencio para que fuese evidente que no le gustaba hacerlo.

Se esforzaba para conseguir la bienaventuranza de todos en este mundo y en la Otra Vida. En una batalla sagrada en la que le pidieron que suplicara a Allah por la aniquilación de los incrédulos, dijo: **“No he sido enviado para maldecir a la gente o hacer que sufra tormentos. He sido enviado para hacer favores a todo el mundo y ayudarles a conseguir la paz”.**

En el âyat 107 de la Sûra Anbiyâ, se declara: **“Te hemos enviado como una misericordia, como una bendición para los seres creados”.** Esta es la razón que le obligaba a esforzarse por el bien de los demás.

Hind bin Abi Hâla relataba cómo andaba nuestro Maestro, el Profeta:

> Cuando andaba, el Maestro de los mundos levantaba los pies del suelo con viveza, no oscilaba de un lado para el otro y daba pasos grandes, con facilidad y dignidad, como si estuviese bajando una pendiente.
> Giraba el cuerpo por completo hacia la dirección que quería mirar.
> Nunca miraba alrededor a no ser con un propósito determinado.
> Miraba más al suelo que al cielo.
> Su mirar al suelo era con un mero vistazo.
> Caminaba detrás de sus Compañeros.
> Cuando se encontraba con alguien era el primero en saludar.

Hadrat Abu Hurayra relata lo siguiente:

“En lo que respecta a su forma de andar, nunca he visto a nadie más rápido que el Maestro de los mundos. ¡Cuando caminaba era como si el suelo se enrollase bajo sus pies!” Nosotros teníamos que esforzarnos sobremanera para poder seguir su ritmo, pero cuando él caminaba no parecía esforzarse en absoluto”.

Anas bin Mâlik relató que cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se encontraba con alguien, hacía musâfaha (cuando dos personas se encuentran, se miran a la cara y se estrechan las manos) con esa persona y, a no ser que ella retirase la mano en primer lugar, nuestro Maestro, el Profeta, no retiraba su mano; y a no ser que la persona mirase para otro lado, nuestro Maestro, el Profeta, no dejaba de mirarlo.

Anas bin Mâlik narró lo siguiente: “Cuando preguntamos a nuestro Maestro: ‘¡Oh Rasûlullah! ¿Debemos inclinarnos ante otras personas?’ Dijo: **‘¡No!’** Y cuando le preguntamos: ‘¿Debemos abrazarnos?’ Dijo: **‘¡No! Hacer musâfaha!’**”.

Bara bin Azib transmitió que nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“¡Si cuando dos musulmanes se encuentran se saludan y hacen musâfaha, son perdonados antes de que se despidan uno del otro!”**

El Maestro de los mundos estaba siempre en estado de contemplación. Sus momentos de silencio duraban más que en los que hablaba. El Rasûlullah no hablaba si no era necesario. Siempre mencionaba el nombre de Allah cuando iniciaba y terminaba lo que decía.

Cuando hablaba utilizaba palabras cortas y concisas. Las palabras del Rasûlullah siempre eran veraces y apropiadas. Cuando hablaba el Rasûlullah nunca utilizaba más o menos palabras de las necesarias.

Nunca entristecía ni despreciaba a nadie. Se mostraba considerado con la bendición más insignificante sin desechar ninguna. No alababa una bendición que le gustase ni menospreciaba una que no le agradara.

Nuestro Maestro, el Rasûlullah jamás se enfadaba por este mundo y sus asuntos. No obstante, si se ofendía algún derecho, su enfado no cesaba hasta que se hacía justicia.

Nunca se enfadaba ni buscaba vengarse si le ofendían. Cuando señalaba alguna cosa, lo hacía con toda la mano, no solo con el dedo. Cuando estaba asombrado o sorprendido, cambiaba la posición de su mano: si la palma estaba hacia arriba la ponía mirando hacia el suelo y viceversa. Cuando hablaba, enfatizaba lo que decía haciendo gestos con las manos, como por ejemplo dando golpecillos a la palma de la mano derecha con el pulgar de la izquierda. Cuando se enfadaba, se calmaba de inmediato y no lo mostraba. Cuando estaba alegre y feliz cerraba los ojos. Su risa nunca era más de una sonrisa. Cuando sonreía, se veían sus dientes que eran como perlas ensartadas.

Abu Said Al-Judrî transmitió: “Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, daba de comer a los animales. Ataba los camellos. Barría su casa. Ordeñaba a las ovejas. Arreglaba los desperfectos de su calzado. Remendaba sus ropas. Comía con su sirviente. Cuando éste se cansaba, le ayudaba a moler el grano. Cuando compraba cosas en el mercado las llevaba a su

casa en un saco. Siempre era el primero en saludar al pobre y al rico, al anciano y al joven. A la hora de hacer musâfaha, siempre era el primero en extender la mano.

Consideraba iguales al esclavo y al amo, al blanco y al negro. Aceptaba todas las invitaciones e iba a donde era invitado, sin que importara quién lo había hecho. No despreciaba cosa alguna, por muy insignificante que fuera. Le gustaba hacer favores. Se llevaba bien con todo el mundo. Siempre tenía un rostro sonriente y hablaba con dulzura. Cuando decía algo, no sonreía.

A veces parecía estar triste, pero jamás fruncía el ceño. Era humilde. Su presencia infundía temor y respeto, pero no era grosero, sino siempre cortés. Era generoso pero no despilfarraba ni daba algo que no fuera beneficioso. Se apiadaba de todo el mundo y no esperaba cosa alguna de los demás. El que desee el bienestar y la bienaventuranza debe imitarlo.

¡Todos los musulmanes deben ser un ejemplo de la hermosa conducta y costumbres del Rasûlullah! Todos los musulmanes deben adecuar sus valores morales y su conducta a la de Allahu ta'âlâ; el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, dijo: **"¡Encarnar los valores morales de Allahu ta'âlâ!"**

Por ejemplo: uno de los Atributos de Allahu ta'âlâ es "Sattâr", el que cubre las transgresiones. Para el musulmán también es necesario cubrir las faltas y defectos de su hermano en el Islam. Allahu ta'âlâ perdona los pecados de Sus esclavos. En consecuencia, los musulmanes deben perdonarse sus errores. Allahu ta'âlâ es Karîm y Rahîm, es decir, Sus bendiciones son inmensas y Su misericordia es muy amplia. El musulmán tiene que ser generoso y misericordioso. Lo mismo se aplica a todos los valores morales.

El Rasûlullah tenía muchas costumbres muy hermosas. Todos los musulmanes deben aprenderlas e imitarlas en la medida de lo posible. De esta manera, serán bendecidos a la hora de evitar los desastres y problemas de este mundo y del Otro al obtener la intercesión del Maestro de ambos mundos.

La vestimenta del Rasûlullah

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tenía una prenda de vestir hibara (un tejido con rayas del Yemen hecho de lino y algodón) que le gustaba mucho.

Nuestro Profeta también tenía dos izâr que estaban hechos en Omán. (Izâr es una prenda de tejido ligero que se pone por debajo de la cintura). Nuestro Profeta también tenía un izâr tejido con pelo y con rayas, similar al tejido que cubre las sillas de los camellos, que le gustaba ponerse cuando salía de la casa.

Abu Burda dijo: “Cuando visitamos a Hadrat Âisha nos enseñó una prenda de vestir hecha de terciopelo llamada mulabbada y un izâr que había sido hecho en el Yemen, jurando que el alma del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había sido tomada cuando llevaba puestas estas prendas”.

En las frías noches del invierno, nuestro Profeta hacía sus oraciones vistiendo un izar hecho de un tejido que no era grueso ni demasiado suave.

Nuestro Profeta había dicho que los hombres musulmanes deberían ponerse izâr que fueran desde debajo de la cintura hasta la mitad de las pantorrillas, e incluso un poco más abajo, pero sin llegar a los talones.

Informó que en el Día del Juicio, Allah el Todopoderoso no tendría misericordia con los hombres arrogantes que arrastrasen sus izâr por el suelo; y dijo a Ŷabir bin Sulaym: **“¡Sube tu izâr hasta la mitad de la pantorrilla! Si no puedes hacerlo, deja que llegue hasta los talones pero sin que llegue a barrer el suelo. ¡Eso es una muestra de arrogancia y a Allah no le gusta la arrogancia!”**

Por esta razón, Abdullah bin ’Umar hacía que su izâr llegase hasta la mitad de las pantorrillas, luego ponía una camisa por encima y su rida (jirqa) encima de esta última.

La rida Hadramî que se ponía nuestro Profeta cuando se reunía con emisarios vestidos formalmente, tenía una longitud de cuatro ell (1 ell = 65.25 cm.) y una anchura de dos ell. Costaba un dinar y era de color verde.

En la época de los califas, la rida de nuestro Profeta se guardaba doblada en un lugar especial. Los califas se la ponían en Ramadán y en las celebraciones Kurban.

Nuestro Profeta tenía dos conjuntos para vestir que habían sido hechos en Suhar, una ciudad de Omán. Tenía también una camisa hecha en Suhar. Las camisas hechas en esta ciudad se llaman Suhari. La prenda de vestir que le gustaba mucho a nuestro Profeta era la qamîs (camisa). Qamîs es una camisa hecha de algodón. La longitud de las mangas de las camisas de nuestro Profeta, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, llegaba hasta la muñeca. Una camisa fue uno de los regalos que el Negus envió a nuestro Profeta.

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, tenía una camisa hecha de algodón tejida con un solo hilo. Las prendas de vestir hechas de esta manera se llaman Suhuliya. Suhul es un pueblo del Yemen. Entre los regalos enviados por el Negus también había ropa interior.

Nuestro Profeta, sallallâhu ʼalaihi wa sallam, también tenía ropa de color blanco. Nuestro Maestro dijo: **“¡Tener prendas blancas en vuestro vestuario! Que lo vivos se vistan de blanco y amortajar a vuestros muertos con blanco. ¡Las prendas de ese color son buenas y propicias!”**

A nuestro Profeta también se le vio poniéndose prendas de vestir de color verde. Abû Rimsa dijo que había visto a nuestro Profeta vestido de verde con dos prendas, una para la parte de arriba del cuerpo y otra para la parte de abajo.

Nuestro Profeta también se ponía una hulla roja jaspeada (hulla es una prenda de vestir que tiene dos partes). Bara’ bin Azib dijo: “Entre todos los que visten hulla roja jaspeada y sus cabellos llegan hasta los lóbulos de las orejas, nunca he visto a nadie más hermoso que el Rasûlullah, sallallâhu ʼalaihi wa sallam”. Nuestro Profeta tenía una jubba roja (túnica larga con mangas anchas) que solía ponerse los viernes y en las festividades religiosas. Tenía una que había sido hecha en el Yemen y cuando viajaba se ponía una hecha en Damasco que tenía cerradas las bocamangas.

Nuestro Profeta se ponía una jubba confeccionada de la forma taylasan (atuendo ceremonial), el estilo utilizado por los Shah de Irán; el cuello de la jubba estaba bordado con hilos de oro y

plata, lo mismo que el ribeteado de las dos aperturas laterales y los puños de las mangas; esta prenda la utilizaba en las batallas a la hora de enfrentarse al enemigo.

Esta jubba la guardó Hadrat Âisha hasta su muerte y luego lo hizo Asma bint-i Abi Bakr. El agua con el que se lavaba esta prenda, que se había puesto nuestro Profeta, se utilizaba para curar a los enfermos.

El gobernante de Dumatulŷandal, Uqaydir, envió a nuestro Profeta la jubba de su hermano Hassan que había muerto. El cuello de esta jubba estaba hecho de raso con bordados de oro que imitaban hojas de palmera.

Nuestro Profeta se puso esa jubba, subió al mimbar, se sentó y al poco tiempo, sin pronunciar palabra, se bajó otra vez. Los musulmanes tocaban la prenda y admiraban su belleza. Nuestro Profeta preguntó: **"¿Os asombra su belleza? ¿Os gusta mucho?"** Contestaron: "¡Jamás hemos visto una prenda tan hermosa como ésta!" Entonces nuestro Profeta dijo: **"¡Juro por Allah, entre cuyas manos está mi alma, que los pañuelos que tiene Sa'd bin Mu'az en el Paraíso son más hermosos y atractivos que lo que ahora veis!"**

Nuestro Profeta hizo namâz cuando vestía un caftán bordado. Terminado el namâz, lo tiró con profundo desagrado y dijo: **"¡Esto no es apropiado para los muttaqis** (creyentes que temen a Allahu ta'âlâ y no hacen transgresiones)**!"** Luego le envió la prenda a Hadrat 'Umar. Cuando éste le preguntó: "¡Oh Rasûlullah! ¿Por qué tuviste tanta prisa para quitarte ese caftán? Nuestro Profeta dijo: **"¡Ŷabrâil prohibió que me lo pusiera!"** Hadrat 'Umar se puso a llorar y dijo: "¡Oh Rasûlullah! ¿Me has dado algo que tú no te quieres poner? ¿Qué voy a hacer yo con esto?" Nuestro Profeta dijo: **"No te lo he dado para que te lo pongas. Te lo he dado para que lo vendas".** Hadrat 'Umar vendió el caftán por dos mil dirhams.

El emperador de Bizancio había enviado, como regalo a nuestro Profeta, una capa de piel con bordados de oro y mangas largas. Cuando nuestro Profeta se lo puso, la gente preguntó: "¡Oh Rasûlullah! ¿Te ha venido eso de los cielos?" Nuestro Profeta dijo: **"¿Os gusta mucho? "¡Juro por Allah, entre cuyas manos está mi alma, que los pañuelos que tiene Sa'd bin Mu'az en el Paraíso son más hermosos y atractivos que lo que veis ahora!"** Luego envió el manto de piel

a Hadrat Ŷafar bin Abi Tâlib. Cuando Hadrat Ŷafar se lo puso, nuestro Profeta dijo: **“¡No te lo he enviado para que te lo pongas!”** Hadrat Ŷafar preguntó: “¿Si no me lo pongo, qué hago con él?” Nuestro Profeta contestó: **“¡Envíaselo al Negus!”**

A nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, le habían dado como regalo un conjunto de dos prendas, parte de arriba y parte de abajo, hecho de seda con rayas amarillas llamado siyara. Nuestro Profeta se lo envió a Hadrat Ali. Cuando vio que Hadrat Ali lo llevaba puesto, se vio en el rostro de nuestro Profeta que estaba enfadado. Dijo: **“No te lo he enviado para que te lo pongas. Lo hice para que lo transformes en pañuelos para la cabeza de las mujeres”.** Al oírlo, Hadrat Ali lo ordenado y lo repartió entre las mujeres de la Ahl-i Bayt.

Entre los regalos que el Negus había enviado a nuestro Profeta había un abrigo hecho en Egipto.

Nuestro Profeta también solía ponerse una prenda de lana negra. Hadrat Âisha dijo: “Se había hecho una prenda de lana negra para el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Al haber sudado llevándola puesta, el olor de la lana era muy intenso. El Rasûlullah la rechazó de inmediato porque solo le gustaban los buenos olores”.

Al ver que alguien vendía a la puerta del masŷid una siyara de seda (capa) del tipo istabraq (con bordados), Hadrat ’Umar se la trajo a nuestro Profeta y le dijo: “¡Oh Rasûlullah! ¡Si compras esta prenda, podrás ponértela los Ŷumu’a (viernes), los ‘Ids y cuando te reúnas con los embajadores!” Nuestro Profeta dijo: **“¡Esta es una prenda de los que no tendrán nada en la Otra Vida! ¡Solo la pondrán los que no tengan cosa alguna en la Otra Vida!”**

En otra ocasión envió a Hadrat ’Umar un jubba bordado que tenía. Hadrat ’Umar fue a ver al Profeta y le dijo: “¡Oh Rasûlullah! Tú has dicho: ‘¡Esta es la prenda de los que no tendrán nada en la Otra Vida! ¡Solo la pondrán los que no tengan cosa alguna en la Otra Vida! ¿Y luego me la envías a mí?’” Nuestro Profeta dijo: **“Te la he enviado para que la vendas y con sus beneficios satisfagas alguna de tus necesidades. ¡No te la he enviado para que te la pongas!”**

Nuestro Profeta dijo: **“¡Allah se aparta de todo aquel que se pone ropas por fama y ostentación hasta que se las quita!” “¡En el Día del Juicio le hará vestir ropas de humillación!”**

“Al que se pone ropas por fama y ostentación Allah le hará vestir el mismo tipo de ropas en el Día del Juicio. ¡Y entonces les prenderá fuego!”

Sahl bin Sa’d dijo: “Una mujer trajo un burda con ribetes que ella misma había tejido (burda es una prenda hecha con un tejido a rayas hecho en el Yemen que cubre el cuerpo como el ihram. También se llama burda a un tejido de lana basta llamado aba y jirqa [una especie de jersey]). Dijo: ‘¡Oh Rasûlullah! He tejido esta prenda con mis propias manos y la he traído para que te la pongas’. Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, necesitaba una prenda de este tipo y la aceptó”.

“Vino a vernos llevando puesto el burda. Uno de nosotros lo tocó y dijo: ‘¡Oh Rasûlullah! ¡Seguro que no hay un burda más hermoso que éste! ¿Me lo darías?’ Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **‘¡De acuerdo!’”**

“El Rasûlullah siguió sentado en la masŷid y luego regresó a su casa. Dobló el burda con esmero y lo envió a la persona que tanto lo había admirado. Los que estaban con él le amonestaron diciendo: ‘¡Lo que has hecho no ha sido correcto en absoluto! ¡Has pedido algo que el Rasûlullah llevaba puesto y necesitaba! ¡Y lo has hecho sabiendo que el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, nunca niega lo que le piden!’ La persona dijo: ‘Juro por Allah que no lo quería para ponérmelo. ¡Lo que deseaba es que fuese mi mortaja cuando me enterraran!’ Y por supuesto, ese burda fue su mortaja el día de su muerte”.

El jirqa que dio a Ka’b bin Zuhayr

Cuando nuestro Maestro, el Rasûlullah otorgó el Firman (documento sellado) que garantizaba la seguridad de la gente de Ayla en Tabûk, dio también un burda (jirqa) como muestra de su compromiso. Abul’Abbas Abdullah bin Muhammad les compró ese burda por cien dinares. Los hijos de Abbas se pasaron ese jirqa como herencia de generación en generación.

Cuando los califas iban a los ‘Id cubiertos con el jirqa del Profeta y llevando su Asâ (el bastón de nuestro Profeta), los corazones se estremecían y se iluminaban los ojos.

En un momento dado, Ka’b bin Zuhayr, uno de los poetas árabes más conocidos, quiso disculparse y hacerse musulmán; para ello recitó a nuestro Profeta la loa de Banat Suad que incluía el verso: “No hay duda de que el Rasûlullah es una luz que ilumina el camino recto y aniquila el mal; ¡es la espada afilada y desenvainada de Allah!”; cuando terminó, nuestro Profeta se quitó el burda (jirqa) que vestía y se lo puso a Ka’b.

Cuando Hadrat Mu’âwiya era el califa, envió un mensaje a Ka’b bin Zuhayr que decía: “Véndenos el jirqa del Rasûlullah!” enviando para ello diez mil dirhams. Ka’b bin Zuhayr rechazó la oferta de Hadrat Mu’âwiya diciendo: “¡No puedo elegir a nadie mejor que yo para ponerse el jirqa del Rasûlullah!”

Cuando murió Ka’b bin Zuhayr, Hadrat Mu’âwiya se lo compró a sus hijos por veinte mil dirhams. Ese jirqa bendecido pasó como legado de un califa a otro. Tras el término del dominio de los Amawî (Omeyas), fue comprado por trescientos dinares por Abul’Abbas Saffah bin Abdullah bin Muhammad, el primer Califa Abasida.

Los califas se lo ponían en los días del ‘Id. Cuando fue asesinado el Califa Muqtadir, su sangre lo manchó. Los abasidas llevaron el jirqa consigo cuando fueron a Egipto. Cuando Yâvûz Sultán Selim Jân conquistó Egipto y se convirtió en califa, este jirqa bendecido fue una de las “Reliquias Sagradas” que se llevaron de Egipto a Estambul.

Este jirqa bendecido, que puede verse en la Cámara del Jirqa-i Sa’âdat del Palacio Topkapi, tiene una longitud de 124 cm., tiene las mangas anchas y está hecho de lana de color negro. El interior del jirqa está forrado de lana basta de color crema. En la parte derecha del frente de este jirqa falta una parte de 23 x 30 cm. También faltan algunas partes en la manga derecha. El jirqa está raído en algunas zonas.

Doblado con todo esmero, está guardado en una caja de oro con una tapa en la parte superior que mide 57 x 45 x 21 cm. Hay otra caja de oro hecha en los días del Sultán Murad III que

tiene las mismas dimensiones que el Jirqa-i Sa’âdat. Esta caja deslumbrante, adornada con esmeraldas, es una obra de arte sin parangón.

Nuestro Profeta tenía un chal teñido con azafrán. Solía cubrirse con este chal cuando estaba en los aposentos de sus esposas. Tenía también un manto negro con diseños en los lados que se llamaba hamisa. Antes de enfermar, nuestro Profeta hacía namâz con ese hamisa.

Hadrat Âisha narró lo siguiente: “Una vez que nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, estaba haciendo namâz con el hamisa, los adornos llamaron su atención; una vez terminado el namâz me dijo: **‘Envía este hamisa a Abu Ŷahm, porque hace un momento me ha distraído cuando hacía mi namâz’.** Dijo que se lo había enviado Abu Ŷahm bin Huzayfa bin Ganim a través de Adiy bin Ka’bs de Anbiŷan’”**.**

Cuando Abu Ŷahm preguntó, “¡Oh Rasûlullah! ¿Por qué me lo has enviado? Nuestro Profeta contestó: **“Porque me han distraído sus adornos cuando hacía el namâz”.** Abu Ŷahm había enviado este hamisa a nuestro Profeta como regalo. El tejido de lana sin adornos que procede de la ciudad de Anbiŷan, se llama Anbiŷani.

Otro hamisa le había tocado a nuestro Profeta como parte de su botín en la guerra de Jaybar. Nuestro Profeta también solía hacer namâz con este hamisa degastado. Durante su última y definitiva enfermedad, cada vez que nuestro Profeta se sentía molesto, cubría su cara con este hamisa. Cuando no se sentía cómodo con él, lo ponía a un lado y dejaba su cara al descubierto. Como el terreno de Medina es húmedo y árido, este hamisa se puso en el suelo de la tumba de nuestro Profeta.

Cuando Hani’ bin Habîb, un enviado de los Banî Dar, vino a Medina en el año noveno de la Hégira, dio como regalo a nuestro Profeta una prenda de vestir con bordados de oro. Nuestro Profeta dio esa prenda a su tío Hadrat Abbas que le preguntó: “¿Qué hago con esto?” Nuestro Profeta dijo: **“Quítale el oro y úsalo como adorno para tu mujer o para satisfacer las necesidades cotidianas. Luego véndela y quédate con el dinero”.** Hadrat Abbas vendió la prenda a un judío que le pagó ocho mil dirhams.

Anas bin Malik dijo: “El rey Ziyazan envió como regalo al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, una hulla que había comprado a cambio de treinta y tres camellas adultas. El Rasûlullah aceptó el regalo”.

Ishaq bin Abdullah bin Jaris dijo: “Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, envió como regalo una hulla del rey Ziyazan que este había comprado a cambio de unos veintinueve camellos jóvenes”.

Se llama hulla a un conjunto de dos piezas, rida e izar, que tienen la misma calidad y que están hechas de burud del Yemen u otro tipo de tejido. La prenda de una sola pieza no recibe el nombre de hulla.

El anillo de oro que envió el Negus

Entre los regalos que el Negus Ashama envió a nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, había un anillo de oro que tenía una piedra Habash (piedra negra de Abisinia).

Nuestro Profeta hizo llamar a Umama, que era la hija de la hija de Abul’ As’ y le dijo: **“¡Oh hija mía! ¡Ponte tú este anillo!”**

Nuestro Profeta informó que para los hombres solo es halâl (permitido) ponerse anillos de plata y es harâm (prohibido) ponerse anillos hechos de oro, hierro o latón. Nuestro Profeta solo utilizó un anillo de plata hasta su muerte.

Rasûlullah solía ponerse ese anillo en la mano derecha, aunque también se le vio llevarlo en la izquierda. Es ŷâiz (permitido) ponerse un anillo tanto en una mano como en otra. El anillo se pone en el dedo meñique o en el de al lado. En los días de ‘Id es mustahab llevar un anillo. Es harâm ponerse un anillo para alardear o presumir.

En una ocasión, Nu’man bin Bashîr fue a ver al Rasûlullah. Llevaba puesto un anillo de oro. Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dijo: **“¿Por qué llevas un adorno del Paraíso antes de haber entrado en él?”** Nu’man empezó a ponerse un anillo de hierro. Cuando nuestro Profeta lo vio, le dijo: **“¿Por qué llevas algo del Fuego?”** Nu’man se lo quitó y empezó

a ponerse un anillo de bronce. Cuando el Profeta lo vio, dijo: **“¿Por qué huelo el olor de un ídolo procediendo de ti?”** Nu’man preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Qué tipo de anillo debo ponerme?” Nuestro Profeta contestó: **“Puedes llevar un anillo de plata. Su peso no debe sobrepasar un mizqal** (4.8 gramos) **y debes llevarlo en la mano derecha”**

Amr ibn Shuayb dijo: “El Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se quitaba los anillos de oro y de hierro, pero no los de plata”.

Cuando nuestro Profeta quiso enviar cartas al Shah de Persia, al emperador de Bizancio y al Negus, le dijeron: “¡Oh Rasûlullah! ¡No leerán las cartas a no ser que estén cerradas y selladas!” Entonces nuestro Profeta adquirió un anillo de plata con una piedra con tres líneas grabadas que decían **“Muhammad’ur’Rasûlullah”.** En la primera de las líneas ponía “Muhammad”, en la segunda “Rasûl” y en la tercera “Allah”. La piedra del anillo de plata de nuestro Profeta era abisinia. También se ha dicho que el sello era todo de plata.

Amr bin Said fue a visitar a nuestro Profeta. Cuando vio el anillo que tenía en el dedo, el Profeta le preguntó: **“¿Qué es eso que tienes en el dedo?”** Amr bin Said contestó: “¡Oh Rasûlullah! Es un anillo que he hecho yo mismo”. Nuestro Profeta preguntó: **“¿Qué tiene grabado?”** Amr bin Said dijo: “Muhammad’ur’Rasûlullah”. Nuestro Profeta dijo: **“¡Deja que lo vea!”** El Profeta lo cogió y empezó a usarlo como su sello personal al tiempo que prohibía a los demás grabar “Muhammad’ur’Rasûlullah” en sus anillos.

Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, murió teniendo en su dedo este anillo con su sello. Solía ponérselo en el dedo meñique de la mano izquierda aunque a veces lo ponía en la derecha. La parte que tenía el sello la giraba para que quedase mirando hacia la palma de la mano. Antes de entrar en el retrete se quitaba el anillo del dedo.

Tras la muerte de nuestro Profeta, Hadrat Abû Bakr, luego Hadrat ’Umar, y luego Hadrat Uzmân se ponían el anillo del Profeta con su sello.

Un día en la época de su califato, Hadrat Uzmân, estaba sentado al borde de un pozo llamado Eris. Se quitó el anillo del dedo y cuando estaba mirándolo en la mano, se cayó al pozo. A

pesar de que se dragó el pozo y se buscó durante tres días, ese anillo bendecido no se pudo encontrar.

Siguiendo con la tradición de nuestro Profeta de poner grabados en las piedras de los anillos, en el de Hadrat Abû Bakr ponía: “Ni’mal qâdir Allah” (El Poder de Allah es más que suficiente. “Qafâ bil-mavt wâ’izan yâ ’Umar” (recordar a la muerte es suficiente, oh ’Umar) en el anillo de Hadrat ’Umar. “La-nasbiranna” (Seremos sin duda pacientes) en el anillo de Hadrat ’Uzmân. “Al-mulku lillah” (el reino solo pertenece a Allah) en el de Hadrat Ali. “Al-izzatu lillah” (la magnificencia, la grandeza pertenece a Allah) en el anillo de Hadrat Hasan. “Rabbigfir-lî” (¡Oh mi Rabb! Perdóname) en el anillo de Hadrat Mu’âwiya. “Ad-dunya garûrun” (este mundo es engañoso) en el anillo de Ibni Abî Layla. “Qul-il-jayr wa illâ fasqut” (habla el bien o permanece callado) en el anillo del Imâm-i a’zâm Abû Hanifa. “Man amila bi-ra’yihî nadima” (el que actúe según su opinión lo lamentará) en el anillo del Imâm-i Abû Yusuf. “Man sabara zafira” (el paciente obtendrá la victoria) en el anillo del Imâm-i Muhammad. “Al-Barakatu fil qanâ’a” (las bendiciones están en el contentamiento). Todos usaban los anillos como sus sellos.

El lecho de nuestro Profeta

El colchón sobre el que dormía nuestro Profeta estaba hecho de cuero y relleno de fibras de palmeras datileras. Sobre ese colchón dormían él y su esposa. La almohada que ponía el Profeta bajo su cabeza también era de cuero relleno de fibras de palmeras datileras.

Nuestra madre Hadrat Âisha relató: “Una mujer de la tribu de los Ansâr vino a visitarme. Cuando vio el lecho del Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, regresó a su casa y envió un colchón relleno de lana. Cuando llegó el Rasûl me preguntó: **“¿Qué es eso?”** Contesté: “¡Oh Rasûlullah! Vino a visitarme una mujer de los Ansâr. Cuando vio tu colchón, regresó a su casa y te envió este”. Nuestro Profeta dijo: **“¡Devuélveselo inmediatamente!”**

A pesar de todo, no se lo devolví a la mujer porque quería que estuviese en mi casa. El Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, repitió sus palabras tres veces. Y por fin dijo: **“Juro por Allah, oh Âisha, que si yo hubiese querido, ¡Allah habría hecho que montañas de oro y plata**

caminasen a mi lado!” Las esteras del Profeta estaban hechas con dos abas (tejido basto de lana).

Una noche que vino a verme, doblé el aba por la mitad. Durmió en ella y al día siguiente me preguntó: **“¡Oh Âisha! ¿Esta noche por qué mi cama era diferente a la noche pasada?”** Contesté: “Oh Rasûlullah! La doblé y la hice más estrecha para ti”. Y dijo él: **“¡Vuelve a hacerla como antes!”**

También relatado por Hadrat Âisha: “Para los Quraysh, no había nada más agradable que dormir en una cama en Mecca. Cuando el Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, llegó a Medina y se alojó en la casa de Abû Ayyûb, le preguntó: **“¡Oh Abû Ayyûb! ¿No tienes una cama?”** Abû Ayyûb dijo: “¡Juro por Allah que no tengo!”

“Cuando Sa’d bin Zurara, de los Ansâr, se enteró de esto, envió una cama de madera al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, con los travesaños hechos de enebro negro y cubierta con una estera cuya parte superior estaba tejida con fibras de lino. El Rasûlullah había dormido en ella hasta que se mudó a su casa. Durmió en ella hasta la hora de mu muerte”.

“Cuando el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, fue lavado y amortajado, le colocaron sobre esta cama y se hizo la oración ŷanâza. A partir de ese entonces la gente nos la pedía para llevar a sus muertos y nos entregaban donaciones. Los cadáveres de Hadrat Abû Bakr y Hadrat ‘Umar también fueron llevados en ella”.

Hadrat Âisha dijo: “El Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tenía una estera en la que hacía namâz durante la noche y sobre la que se sentaba con la gente durante el día”.

El bastón del Rasûlullah

Cuando nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, daba el jutba los viernes (sermón), y se apoyaba en un bastón o en un arco. Cuando estaba de viaje, daba el jutba apoyándose en un arco. Nuestro Profeta decía que apoyarse en un bastón era una de las costumbres de los profetas. El mismo solía apoyarse y recomendaba caminar ayudado por un bastón.

Durante el califato de Mu’âwiya bin Abi Sufyan, el bastón de nuestro Profeta estaba en manos de Sa’dul’Karaz. En el año 50 H., Mu’âwiya bin Abi Sufyan fue a hacer la peregrinación y quiso que el mimbar que estaba en la masŷid de nuestro Profeta fuera trasladado a Damasco.

También quiso el bastón que estaba en poder de Sa’dul’Karaz. Ŷabir bin Abdullah y Abû Hurayra fueron a verlo y le dijeron: “¡Oh Amîr-ul-mu’minîn! ¡Quitar el mimbar del Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, de su lugar habitual y llevar su bastón a Damasco no son acciones correctas!” Al oírlo, Hadrat Mu’âwiya pidió perdón y se despidió de ellos.

Un día, nuestro Profeta llevó a Abdullah bin Unays desde el masŷid a su casa, el dio un bastón y le dijo: **“¡Guarda contigo este bastón, oh!”** Cuando Abdullah bin Unays llegó entre la gente con ese bastón, le preguntaron: “¿De dónde has sacado ese bastón?” Contestó: “El Rasûl, sallallâhu ’alaihi wa sallam, me lo ha dado y me ordenó que lo tuviera conmigo”. Dijeron a Abdullah bin Unays: “¿Puedes ir al Rasûl y preguntarle por qué te ha dado ese bastón?” Abdullah bin Unays fue a ver a nuestro Profeta y le preguntó: “¡Oh Rasûlullah! ¿Por qué me has dado este bastón?” Nuestro Profeta dijo: **“¡En el Día del Juicio esto será una señal entre nosotros! ¡En esos momentos serán unos pocos los que se apoyen en un bastón en el Paraíso! ¡Tú lo usarás en el Paraíso!”**

Abdullah bin Unays lo guardó junto con su espada y nunca se separó de él. Cuando estaba en el lecho de muerte, pidió que pusieran el bastón en su mortaja y que lo enterraran con él. El bastón se puso entre el cuerpo y la mortaja cumpliéndose así su deseo.

Siete cosas que nuestro Profeta tenía siempre consigo

Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tenía un mihŷan cuya longitud era de un arshin (unos 71 cm.) o un poco más. Mihŷan es un palo que tiene un extremo curvo. Nuestro Profeta solía hacer el istilâm en la Haŷar-al-aswad (donde comienza el tawâf) señalándola desde la distancia con ese palo.

Cuando iba montado en su camello, nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, colgaba el palo delante de él. Nuestro Maestro tenía un mihsarra (cayado), que se llamaba Urŷun.

Cuando nuestro Profeta iba a Bakiulgarqad, lo llevaba consigo, se apoyaba en él y le daba vueltas en la mano cuando estaba sentado.

Nuestro Profeta daba el jutba sosteniendo este mihsarra. También tenía un cayado Qadib'i de nombre Mamshuq que procedía de un árbol de las montañas. Un día que Hadrat Uzmân estaba dando el jutba en el mimbar sosteniendo el Qadib'i de nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, Ŷahŷah bin Said o Ŷahŷah bin Qays se acercaron, le quitaron el Qadib'i y lo rompieron doblándolo con la rodilla. Los que estaban presentes le increparon. Hadrat Uzmân descendió del mimbar y se fue a su casa.

Allah el Todopoderoso puso una enfermedad llamada akila (urticaria) en la mano o rodilla de Ŷahŷah. Cuando no había pasado más de una año tras el martirio de Hadrat Uzmân, Ŷahŷah murió de esa enfermedad.

Cuando nuestro Profeta viajaba, llevaba consigo peine, espejo, miswâk, aceite de rosas, kohl y dos tijeras; estas cosas las tenía siempre consigo, ya estuviera de viaje o en su casa. Hadrat Âisha dijo: "Cuando iba a las Gazâ (batallas sagradas), preparaba aceite de rosas, peine, espejo, dos tijeras, la caja del Kohl y el miswâk del Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam".

En otra ocasión nuestra madre Hadrat Âisha dijo "El Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, nunca se separaba de estas siete cosas, bien estuviera de viaje o en casa: 1. Botella de aceite de rosas. 2. Peine. 3. Espejo. 4. Caja de kohl. 5. Miswâk, 6. Tijeras. 7. Un trozo de hueso para hacer la raya en el pelo". Nuestro Profeta se peinaba la barba dos veces al día.

Anas bin Malik dijo: "El Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, aplicaba con frecuencia esencia de rosas al cabello y se peinaba la barba con agua".

Daba mucha importancia al orden

Nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, daba mucha importancia a la limpieza, el orden y la pulcritud. Solía decir: **"¡El que tenga pelo que lo cuide!"**

Un día que nuestro Profeta estaba en la masŷid, entró un hombre con la barba y los cabellos revueltos. **“¿Hay un poco de aceite de rosas para componer esos pelos?”.** Y le ordenó que saliera de inmediato para arreglar su apariencia. Cuando regresó, nuestro Profeta dijo: **“¿Qué es mejor, entrar aquí con la barba y los cabellos arreglados de esta manera o con todo revuelto como shaytán?”**

Nuestro Profeta se recortaba un poco la barba tanto a lo largo como en los lados. Antes de ir a la oración del viernes, recortaba el bigote y se cortaba las uñas. Ordenó a los musulmanes que también recortaran sus bigotes.

Cada vez que el Profeta se miraba en un espejo, alababa a Allah y decía: **“¡Oh Allah! ¡Tú que me has creado con una aspecto hermoso, haz que también lo sea mi conducta!”**

Nuestro Profeta ponía kohl en sus ojos tres veces cada noche, antes de acostarse. Ponía kohl tres veces en el ojo derecho y dos en el izquierdo y decía: **“¡Poner kohl en los ojos! Da brillo a los ojos y hace que crezcan las pestañas”.**

Los eruditos del Islam dicen que está permitido poner kohl en los ojos por razones medicinales, pero no como adorno. Las palabras ŷamâl (belleza) y zînât (adorno) no deben confundirse. Ŷamâl significa mostrar las bendiciones para eliminar la fealdad, proteger la dignidad y dar gracias a Allahu ta’âlâ. Mostrar las bendiciones a fin de alardear no es ŷamâl, sino más bien kibr (arrogancia).

El Rasûlullah daba mucha importancia al uso del miswâk (un cepillo de dientes natural hecho con los tallos del árbol arak). Siempre tenía uno consigo. Solía decir: **“¡Usad el miswâk, usad los tallos del árbol arak!”** Da un olor agradable a la boca. Nuestro Profeta dijo: **“¡Es mi miswâk y el de los profetas que me han precedido!”**

Nuestro Profeta dijo: **“¡De no ser porque temo que fuese difícil para mi comunidad, les habría ordenado utilizar el miswâk antes de cada oración ritual!” “¡Os recomiendo con apremio que uséis el miswâk!” “¡Miswâk es la limpieza de la boca y la complacencia de mi Rabb!”**

Antes de entrar en su casa, nuestro Profeta limpiaba sus dientes con un miswâk. No se acostaba a no ser con un miswâk a su lado; cuando se despertaba, lo primero que hacía era limpiarse los dientes con él. También se limpiaba los dientes con un miswâk cuando se levantaba para el namâz tahaŷŷud (namâz que se hace cuando han pasado los primeros dos tercios de la noche).

Hadrat Âisha dijo: “Nunca hubo noche o día en el que, cuando se despertaba el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no usara el miswâk antes de hacer la ablución ritual”.

Las espadas de nuestro Maestro, el Rasûlullah

Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tenía siete espadas: la llamada Ma’sur la había heredado de su padre. Esta espada estaba con nuestro Profeta en su emigración a Medina.

Una espada de nombre Abd. Sa’d bin Ubada había regalado esta espada a nuestro Profeta que la llevó consigo en la Batalla Sagrada de Badr.

Zulfikâr: La espada de un politeísta Quraysh, bien fuera Munabbih bin Haŷŷaŷ o As bin Munabbih, fue parte de la ganîmat (botín de guerra) de la Batalla Sagrada de Badr. Se la llamaba Zulfikâr porque tenía mellas en la parte de atrás. Nuestro Profeta regaló Zulfikâr a Hadrat Ali. La cabeza de la empuñadura, los anillos y las cadenas eran de plata.

Tras la muerte de nuestro Profeta, Hadrat Abbas manifestó a Hadrat Abû Bakr su deseo de obtener Zulfikâr de Hadrat Ali. Hadrat Abû Bakr dijo: “Esa espada solo la he visto en su mano y no me parece correcto quitársela” Al oírlo, Hadrat Abbas dejó que la tuviera Hadrat Ali.

Las lanzas de nuestro Profeta eran las siguientes: Tres lanzas fueron su parte del ganîmat tomado a los judíos de Banî Kaynûka. Una de las lanzas de nuestro Profeta se llamaba Muswi y la otra Musna. Nuestro Profeta tenía una jabalina larga de nombre Bayza y otra más pequeña llamada Anaza, que era más pequeña que una lanza.

Esta jabalina, también conocida como Nab'a, se la había dado a Zubayr bin Awwam el Negus de Abisinia. Cuando regresaban de la Batalla Sagrada de Jaybar, nuestro Profeta la había obtenido de Zubayr bin Awwam.

El Negus de Abisinia, Ashama, había enviado tres Anaza (lanzas) a nuestro Profeta que se quedó con una, dio la segunda a Hadrat Ali y la tercera a Hadrat 'Umar.

En el 'Id al-Fitr ('Id del Ramadán) y el 'Id al-Adha ('Id de Qurban), y en el camino hacia la masŷid, Bilâl-i Habashî llevaba la lanza de nuestro Profeta delante de él, y al llegar la clavaba en el suelo delante de nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Nuestro Profeta dirigía la oración del 'Id colocándose de manera que, cuando se giraba para orientarse hacia la Qibla, la lanza quedaba alineada con ésta.

Tras la muerte de nuestro Profeta, Bilâl-i Habashî llevaba esta lanza delante de Hadrat Abû Bakr y cuando llegaban a la masŷid la clavaba justo delante de él. Hizo lo mismo con Hadrat 'Umar, y en el caso de Hadrat 'Uzman, esta tarea la desempeñó de la misma manera el muedhin (el que llama a la oración) Sa'd'ul Qarz.

En los tiempos de los gobernadores de Medina, se hacía de la misma manera.

Arcos y escudos de nuestro Maestro, el Rasûlullah

Nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, tenía seis arcos. Tres de ellos, ar-Rauha, al-Bayda y as-Safra, fueron parte del ganîmat tomado a los judíos de Banî Kaynûka. El arco as-Safra Bow estaba hecho con la madera de unos árboles llamados Nab'. El de nombre al-Katum también estaba hecho de madera de Nab' y se rompió en la Batalla Sagrada de Uhud. Qatada bin Numan se quedó con ese arco roto. Nuestro Profeta también tenía dos arcos llamados as-Saddad y az-Zawra.

Nuestro Profeta tenía tres escudos: El escudo az-Zalluq tenía una cabeza de carnero y se lo habían dado como regalo. No obstante, a nuestro Profeta no le gustaba que tuviese esa imagen. Cuando despertó por la mañana, vio que Allahu ta'âlâ había hecho desaparecer la imagen del escudo.

Nuestro Profeta tenía siete cotas de malla: Dhat al-Fudul se la había regalado Sa'd bin Ubada al comienzo de la Batalla Sagrada de Badr.

Dos armaduras conocidas con los nombres de as-Sa'diyyah y Fidda fueron parte de las armas que obtuvo como ganîmat de los judíos de Banî Kaynûka. En la batalla de Uhud, nuestro Profeta llevaba Dhat al-Fudul y sobre ella Fidda.

En la parte delantera y trasera de la armadura de nuestro Profeta había dos anillos de plata. As-Sa'diyyah era la antigua armadura que había llevado Hadrat David, 'alaihis-salâm, cuando luchó contra Ŷâlût (Goliat).

Cuando murió nuestro Profeta, una de sus armaduras había sido empeñada por treinta sa' de cebada, para cubrir las necesidades de la familia de nuestro Profeta, a un judío llamado Abushahm de la tribu Banî Zafar. Esa armadura era Dhat al-Fudul.

Otras armaduras de nuestro Profeta eran Dhat al-Wishah, Dhat al-Hawashi, al-Batra' y al-Jirniq. Nuestro Profeta había utilizado Dhat al-Fudul y as-Sa'diyyah en la Batalla Sagrada de Hunayn.

Uno de los yelmos de nuestro Profeta era al-Muwashah y procedía del ganîmat de los judíos de Banî Kaynûka. Otros yelmos tenían como nombre as-Sabugh o Dhu as-Sabugh o Mashbugh. El yelmo que nuestro Profeta llevaba en la Batalla Sagrada de Uhud había sido partido y dos de sus anillos se habían hundido en su mejilla. Durante el asedio para la conquista de Mecca nuestro Profeta había utilizado un yelmo.

Las banderas y estandartes de nuestro Profeta

La bandera de nuestro Profeta, conocida con el nombre de Râya, era negra y su estandarte, llamado Liwâ, era blanco. Yunus bin Ubayd, que había sido liberado por Muhammad bin Qâsim, dijo: "Muhammad bin Qâsim me envió a Bara bin Azib para preguntar por la bandera del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam". Bara bin Azib dijo que la bandera era negra hecha de cuatro cuadrados de namira (tejido de lana con rayas blancas y negras). Esta bandera,

similar a la silla de montar, ancha y suave, que utilizaba Hadrat Âisha para montar su camello, estaba bordada, era de lana negra y de color negro. Se llamaba Uqab.

La bandera de nuestro Profeta la tenía Hadrat Ali. En la Batalla Sagrada de Jaybar, nuestro Profeta había dicho: **"Daré la bandera a un guerrero valiente que ama a Allahu ta'âlâ y a Su Mensajero. Y Allahu ta'âlâ y Su Mensajero también lo aman a él".** Y había llamado a Hadrat Ali a quien entregó su bandera. Allah el Todopoderoso había otorgado la conquista de Jaybar a Hadrat Ali. En el Liwâ (estandarte) de nuestro Profeta estaba escrito: **"Lâ ilâha illa'llâh, Muhammad'ur Rasûlullâh".**

En la Expedición a Jarrar, nuestro Profeta había entregado el estandarte blanco a Sa'd bin Abî Waqqâs.

Cuando nuestro Profeta iba a enviar a Hadrat Ali al Yemen, ató un turbante en el extremo de la lanza y dijo: **"¡Así es un estandarte!"** El jefe del ejército era el único que podía llevar el estandarte.

Hadrat Hamzâ había llevado el estandarte blanco de nuestro Profeta en Abwâ, la Batalla Sagrada de Waddan. Sa'd bin Abî Waqqâs lo había llevado en la Batalla Sagrada de Buwat. Hadrat Ali había llevado el estandarte en la persecución de Qurz bin Ŷabir'ul'Fihrin y Hadrat Hamzâ lo había llevado en la Batalla Sagrada de Zul'usayra.

Al comienzo de la Batalla Sagrada de Badr, nuestro Profeta dio su estandarte blanco a Mus'ab bin Umayr. Hadrat Ali había llevado la bandera negra (Uqab) delante de nuestro Profeta.

El estandarte blanco de nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, había sido llevado por Hadrat Hamzâ en la Batalla Sagrada de Banî Kaynukâ; por Hadrat Ali en las Batallas Sagradas de Karkaratulkudr, Uhud y Badrul Maw'id; y por Zayd bin Hâriza en la Batalla Sagrada del Foso (Ghazwah al-Jandaq).

Nuestro Profeta había conquistado Mecca llevando su estandarte blanco. Durante la Expedición a Tabûk, nuestro Profeta ordenó que Hadrat Abû Bakr llevase su estandarte más grande y que Zubayr bin Awwâm llevase su bandera más grande.

Los caballos de nuestro Maestro, el Profeta

El primer caballo de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, lo compró en Medina por diez uqiya de plata (una uqiya es aprox. una onza) a un beduino de los Banî Fazara. La gente del desierto lo llamaban Daris y nuestro Profeta lo llamó Sakb. Nuestro Profeta lo montó en la Batalla Sagrada de Uhud.

En el labio de Sakb había una pequeña mancha de color blanco. Tres de sus patas estaban marcadas pero una derecha no. Sakb era un caballo rápido que cabalgaba sin dificultad. Nuestro Profeta había comprado su caballo de nombre Murtaŷiz a un beduino de los Banî Murra. Murtaŷiz era hermoso, fácil de manejar y cuando relinchaba parecía recitar un poema.

Muqawqas, el gobernador de Alejandría, había enviado como regalo a nuestro Profeta un caballo de nombre Lizaz. Lizaz era muy rápido. El caballo llamado Zarib había sido un regalo de Farwa bin Umayr’ul’Ŷuzami. Zarib era un caballo fuerte y muy poderoso.

Rabia bin Abi Bara’ul Qalbi había regalado a nuestro Profeta un caballo de nombre Lahif (o Luhaif). Lahif tenía una cola larga que le llegaba hasta el suelo. El mejor caballo de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, era Ya’sub. Murawih era un caballo de carreras que le había regalado Ubayd bin Yasir en Tabûk. Murawih corría como el viento.

Los representantes de los Banî Raha’, que habían llegado a Medina el décimo año de la Hégira, le habían regalado un caballo de nombre Mirwah. Nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, disfrutaba mucho cuando un jinete montaba a Mirwah e iba delante de él.

Ward era un caballo que le fue regalado a nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, por Tamim-i Dari. El color de Ward era rojizo-marrón. Nuestro Profeta se lo regaló a Hadrat ’Umar. Hadrat ’Umar luchó en el nombre de Allah a lomos de Ward. Nuestro Profeta hacía que compitieran en carreras tres de sus caballos. Sahl bin Sa’d era el jinete de Zarib y Abû Usayd’us’Saidi el de Lizaz. Lizaz solía llegar el primero, Zarib seguía a Lizaz y Sakb entraba detrás de Zarib.

Rasûlullah tenía también un burro gris y una mula también gris que le había enviado como regalo Muqawqas, el gobernador de Alejandría. La mula se llamaba Duldul y el burro Yafur o Ufair. La primera mula gris que se vio en el Islam fue Duldul. La montura de nuestro Profeta en la Batalla Sagrada de Jaybar fue esta mula gris y en la Batalla Sagrada de Hunayn lo fue otra mula también gris. Cuando nuestro Profeta espoleó a su mula para avanzar con rapidez contra la tribu Hawâzin en una batalla sagrada, Hadrat Abbas y Sufyan bin Jaris trataron de detenerla sujetando las riendas y el estribo para impedir que nuestro Profeta se lanzara contra las líneas enemigas. Según otra transmisión, se dice que en la Batalla Sagrada de Jaybar nuestro Profeta montó a Yafur con una silla de montar y una rienda que estaba hecha de fibra de palmera datilera.

Yafur ya había muerto cuando nuestro Profeta volvió del Haŷŷ de la Despedida y Duldul había pasado a manos de Hadrat Ali cuando murió nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Hadrat Ali la montó hasta el día que murió mártir. Tras él lo hicieron Hadrat Hasan y luego Hadrat Husayn; después lo hizo Hadrat Muhammad bin Hanafiyya. Duldul vivió hasta los días de Hadrat Mu’âwiya.

Los camellos de nuestro Maestro, el Profeta

Quswa: Esta camella de nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, también se llamaba Ŷad’a y Adba. Antes pertenecía a la tribu de los Banî Qushayr bin Ka’b bin Rabia bin Âmir o Huraysh bin Ka’b. Hadrat Abû Bakr la compró por cuatrocientos dinares y luego se la vendió a nuestro Profeta por el mismo precio. También se ha transmitido que Hadrat Abû Bakr se la regaló a nuestro Profeta.

Nuestro Profeta emigró a Medina montado en Quswa, también fue también con ella a la Umra de Hudaybiya y a la conquista de Mecca. Cuando competía contra otros camellos en una carrera, nadie podía adelantarla. No obstante, en una ocasión un beduino ganó la carrera con un camello que tenía dos años.

En el Haŷŷ de la despedida, nuestro Profeta pronunció su jutba en Arafat montado en Quswa. Durante el califato de Hadrat Abû Bakr, Quswa fue dejada en libertad en el cementerio Baqî’ donde murió.

También tenía un camello que había sido tomado a Abû Ŷahl como ganîmat (botín de guerra). “Nuestro Profeta había tomado el camello bien conocido de Abû Ŷahl basado en su derecho de jefe absoluto en la Batalla Sagrada de Badr”.

Hasta el día de la Umra de Hudaybiya, también iba montado en este camello a las batallas sagradas. Entonces lo marcó para ser sacrificado en la umra. Los politeístas quisieron comprarlo pagando cien camellos. Nuestro profeta dijo: **“Si no lo hubiese elegido y marcado como ofrenda de sacrificio, habría satisfecho vuestro deseo”.**

Camellas de leche:

Nuestro Profeta tenía siete camellas de leche llamadas Hanna, Samra, Urays, Sa’diyya, Bagum, Yasira, y Dabba’, que pastaban en las praderas de Zulŷadr y Ŷamma. La familia de nuestro Profeta consumía cada noche dos odres para agua llenos con la leche de estas camellas. No obstante, cuando llegó la hora de la muerte de nuestro Profeta, no quedaba con vida ninguna de estas camellas.

El hogar bendecido del Rasûlullah

Cuando nuestro Profeta hizo construir su masŷid en Medina, mandó construir justo al lado dos habitaciones de adobe que se cubrieron con troncos y ramas de palmeras datileras.

La puerta de la habitación de Hadrat Âisha daba a la mezquita. La puerta de la habitación de Hadrat Sawda daba a Al-i Uzman, la tercera puerta de la masŷid.

Cuando nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, contrajo matrimonio con otras esposas, aumentó el número de habitaciones que se construyeron entre la habitación de Hadrat Âisha y la qibla, esto es, en el lado oriental de la masŷid. Algunas de estas habitaciones estaban

hechas de adobe y otras de piedra. Algunas estaban construidas con ramas de palmera, el mortero utilizado era barro y los techos eran de troncos y ramas de palmera datilera.

Hasan bin Abilhasan dijo: “Cuando llegué a la pubertad, fui a la casa del Rasûlullah y vi que podía tocar el techo. La habitación del Rasûlullah no tenía más que un tronco de ciprés o enebro sobre el que estaba extendido un tejido hecho con pelo de camello”.

Según el Imâm-i Bujâri: “En la puerta de la casa del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, no había aldaba, así que se tenía que llamar con el extremo de un arco”.

Muhammad bin Jilal y Ataul’ Jorasânî habían visto las habitaciones de las esposas de nuestro Profeta y dijeron que estaban construidas con ramas de palmera y las puertas eran cortinas hechas con pelo negro.

Según lo que había visto Dâvûd bin Qays, la anchura de cada habitación, de una puerta a otra era de unos 6 o 7 zrâ’ y la longitud interior se estimaba en unos 10 zrâ’. (1 zrâ’ son 48 cms.)

Hadrat Sawda había dejado su habitación en herencia a Hadrat Âisha. En lo que respecta a la habitación de Hadrat Safiyya, sus padres se la habían vendido a Mu’âwiya bin Abî Sufyan por ciento ochenta o doscientos mil dirhams con la condición de que pudiera vivir en ella hasta la hora de su muerte.

Cuando se leyó en Medina el decreto del Califa Abdulmalik que determinaba la expropiación de las habitaciones de las esposas de nuestro Profeta para anexionarlas a la masŷîd, la mayor parte de la gente se puso a llorar de la misma manera que lo hicieron el día que murió nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

Said bin Musayyab expresaba su tristeza diciendo: “¡Juro por Allah que quisiera que se dejasen como estaban! Al hacerlo, los jóvenes y los que visitasen Medina podrían ver con lo que se contentaba el Profeta y darse cuenta de que no se deben desear muchos bienes materiales ni alardear de ellos”.

Las propiedades que convirtió en waqf el Rasûlullah

El primer waqf (fundación) en el Islam, fueron siete huertos y jardines llamados 1. Misab, 2. Safiya, 3. Dalal, 4. Husna, 5. Burqa, 6. A'waf, 7. Mashraba. Habían sido propiedad de Muhayrik, un judío rico y erudito que juró que, si moría en la Batalla de Uhud, todas sus propiedades se entregasen a nuestro Profeta. Nuestro Maestro el Rasûlullah lo aceptó y las convirtió en waqf.

Los waqf de nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, en Medina procedían en su mayor parte de las propiedades de Muhayrik. Ibn-i Humayd relata: "El Califa 'Umar bin Abdul'azîz quiso que le trajeran dátiles de las palmeras datileras de Muhayrik que eran waqf. Se los trajeron en una bandeja. Cuando 'Umar bin Abdul'azîz dijo: "Abû Bakr bin Hazm me escribió diciendo que estos dátiles son de palmeras datileras de la época del Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, y que él solía comer de ellas". Dije yo: "¡Oh emir de los musulmanes! ¡Repártelos entre nosotros!" El califa nos dio nueve dátiles a cada uno de los presentes".

'Umar bin Abdul'azîz dijo: "Cuando era gobernador de Medina, entré en ese palmeral y comí algunos dátiles de esas palmeras. ¡Nunca he comido dátiles tan dulces y deliciosos como esos!"

Amr bin Muhâŷir dijo: "Los bienes materiales del Rasûl, sallallâhu 'alaihi wa sallam, estaban en una habitación bajo la custodia de 'Umar bin Abdul'azîz y éste solía contemplarlos todos los días. Cuando gente de los Quraysh estaban con él, les dejaba entrar en la habitación y, señalándolos, decía: "Este es el legado de la persona con la que Allah os había honrado". Esos bienes eran:

1. Una cama hecha de hojas de palmera entrelazadas.
2. Una almohada rellena de fibra de palmera recubierta de cuero.
3. Un plato de un cierto tamaño.
4. Un vaso para beber.
5. Una prenda de vestir.
6. Un molino de mano.
7. Una aljaba para fechas.
8. Una manta.

Esta manta estaba impregnada del sudor de la cabeza bendecida de nuestro Profeta y olía mejor que cualquier almizcle.

Cada vez que enfermaba ’Umar bin Abdul’azîz, se bañaba con el agua utilizada para lavar esa manta y recuperaba la salud. ’Umar bin Abdul’azîz era uno de los Tâbi’în (los que vivieron inmediatamente después de los Ashâb-i kirâm, pero nunca vieron al Profeta Hadrat Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam) imam y erudito de Medina, faqih (erudito del ilm-i fiqh [mandatos y prohibiciones del Islam]), muŷtahid y profundo conocedor de la sunnat. Su madre era Ummu Asim bint-i Asim bin ’Umar bin Jattab. Su justicia y actos de adoración eran un ejemplo de religiosidad.

Imâm-i Shâfi’î (el imam del madhhab Shâfi’î que es uno de los cuatro madhhabs correctos del Islam) solía decir: “¡Los Julafâ-i râsihidîn son cinco: 1) Abû Bakr, 2) ’Umar, 3) ’Uzman, 4) Ali, 5) ’Umar bin Abdul’azîz!” ’Umar bin Abdul’azîz seguía a Hadrat ’Umar en lo que respecta la justicia; a Hasan’ul Basrî en lo que respecta la taqwa (evitar lo haram) y el zuhd (no vincular el corazón con las cosas mundanas); y al Imâm Zuhrî en lo que respecta al ilm (conocimiento de la religión).

Que las bendiciones y los saludos sean con él y con sus Compañeros,
Puesto que él, la fuente de la generosidad, les concedió su amistad.
Vamos, oh Haqqi, olvídate de la gente y aprende la conducta del amado por Allah,
Puesto que él, la fuente de la generosidad, obtuvo la buena conducta de Allah.

IBRÂHIM HAQQI de ERZURUM

LA RELIGIÓN ISLÁMICA

Islam es el camino y las reglas que Allahu ta’âlâ envió a Su amado Profeta, Hadrat Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, a través de un ángel de nombre Gabriel. El Islam hace que la gente experimente bienestar y felicidad en este mundo y en la Otra Vida. Todo lo que

es elevado y de utilidad está dentro del Islam. El Islam contiene todas las excelencias visibles e invisibles de las religiones anteriores, además de todos los tipos de éxito y felicidad. Consiste de todo lo que es esencial y moral para las mentes que no se equivocan, que no cometen falta alguna.

Las personas que tienen una naturaleza intachable no lo rechazarán ni odiarán. En el Islam no hay perjuicio alguno. Fuera del Islam no hay beneficio de ningún tipo. Pensar que hay beneficio fuera del Islam es creer que seremos saciados con un espejismo. El Islam nos ordena mejorar nuestro país y preocuparnos por la gente, nos pide que respetemos las órdenes de Allahu ta'âlâ y que tengamos compasión con los seres creados.

Alienta de forma decidida la agricultura, el comercio y las artes. Concede la importancia que le es debida al conocimiento, la ciencia, la tecnología y la industria. Pide a los hombres que se ayuden y se sirvan unos a otros. Nos enseña los derechos de los individuos, los niños, las familias y los pueblos y contiene una serie de derechos y responsabilidades para con los vivos, los muertos, las generaciones siguientes, para con todo el mundo en general. El Islam es Sa'âdat-i dârayn, es decir, incluye la felicidad en este mundo y en el Otro.

Islam trajo los principios que proporcionarán, de forma excelente, el bienestar moral y material de las personas. Ha dispuesto los deberes y derechos de los seres humanos en el sentido más amplio. La religión islámica contiene los principios fundamentales de la creencia, adoración, munâkahât (subdivisiones del conocimiento islámico como el matrimonio, divorcio, pensión alimenticia y muchas cosas más), muamalât (subdivisiones del conocimiento islámico como compras, ventas, alquileres, sociedades, interés, herencias, etc.), uqûbat (Código Penal compuesto de cinco subdivisiones principales: qisâs [lex talionis], sirqa [robo], zinâ [adulterio y fornicación], qadhf [falsificación] y ridda [apostasía]).

Creencia

Îmân (fe, creencia) es creer que el Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es el Profeta de Allahu ta'âlâ; que es el Nabî, el Mensajero elegido por Él, y afirmarlo con el corazón; y creer en lo que transmitió de Allahu ta'âlâ tanto en general como en detalle. Y es pronunciar la Kalimat

ash-shahâdat con tanta frecuencia como sea posible. El îmân fuerte tiene la misma certeza que saber que el fuego quema y que las serpientes matan con su veneno y debemos evitarlas. Debemos considerar como algo extraordinariamente grande a Allahu ta'âlâ y a Sus atributos, estar seguros de ello en el corazón, esforzarnos por conseguir Su complacencia (ridâ') y apresurarnos hacia Su belleza (ŷamâl), y temer Su ira (ghadab) y Su castigo (ŷalâl). Este îmân debemos grabarlo con firmeza en el corazón como si fuese una inscripción esculpida en mármol.

El îmân tiene seis principios fundamentales que debemos creer de forma absoluta. El primero es que Allahu ta'âlâ es el Wâŷib al-wuŷûd, el Ma'bûd verdadero (que debe ser adorado) y el Creador de todas las criaturas. Debe creerse con toda certeza que Él es el único que lo crea todo en este mundo y en el Otro sin materia, tiempo o semejanza, a partir de la no existencia. Él es el Creador, el Dueño, el Soberano Absoluto de todos los seres creados. Tiene que creerse y admitirse que no hay nadie que pueda dominar, mandar o ser superior a Él. Todo tipo de supremacía y todo atributo de perfección pertenecen solo a Él. En Él no hay defecto ni atributo deficiente. Él puede hacer todo lo que quiere. Lo que Él hace no intenta tener utilidad para Él o para los demás. No hace cosa alguna buscando recompensa. No obstante, en todo lo que Él hace hay causas ocultas (hikma), usos, bendiciones y favores.

Allahu ta'âlâ no tiene que hacer lo que es bueno y útil para Sus criaturas, ni tampoco tiene que recompensar a unos y castigar a otros. Sería conforme a Su supremacía y benevolencia si llevase al Paraíso a todos los transgresores. Y sería conforme a Su justicia si llevase al Fuego a todos los que Le obedecen y Le adoran. No obstante, Él ha decretado que llevará al Paraíso y les concederá favores a los musulmanes, los que Le adoran, y que castigará en el Fuego a los incrédulos durante toda la eternidad. Él no incumple Su palabra. En nada Le afectaría que todos los seres vivos creyesen en Él y Le adoraran, ni Le perjudicaría en absoluto que todas las criaturas fueran incrédulas, transgresoras y Le desobedecieran. Si Él quiere, perdonará a la persona que ha cometido un gran pecado y ha muerto sin arrepentirse, excepto en el caso del politeísmo o la incredulidad. Y si Él quiere, le castigará por una mera transgresión menor. Allahu ta'âlâ ha declarado que jamás perdonará a los que mueren en la incredulidad o la apostasía y que los castigará durante toda la eternidad.

Él castigará en el Fuego a los musulmanes que Lo adoren, pero cuya creencia (i'tiqâd) no es compatible con la creencia de la Ahl as-Sunnat, y mueran sin arrepentirse. No obstante, esos musulmanes heréticos (bid'a) no quedarán en el Fuego para siempre.

Es posible (ŷâ'iz) ver con los ojos a Allahu ta'âlâ en este mundo, pero nadie Lo ha visto jamás. En el Día del Juicio, Él será visto por los incrédulos y los musulmanes transgresores en toda Su Ira y toda Su Gloria, y los musulmanes piadosos Lo verán con toda Su Bondad y toda Su Belleza. Los ángeles y las mujeres también Lo verán en el Paraíso. Los incrédulos no podrán hacerlo. Hay una transmisión verídica que afirma que los genios tampoco Lo verán.

El paso del tiempo, la alternancia del día y de la noche, no pueden relacionarse con Allahu ta'âlâ. En Él no hay cambio alguno, ni tampoco se puede decir que Él era de una manera en el pasado y que será de otra en el futuro. Él no penetra (hulûl) en cosa alguna ni se une a cosa alguna.

Allahu ta'âlâ no tiene opuesto, antítesis, semejante, asociado, asistente o protector. No tiene padre, madre, hijos o esposas. Él está siempre presente en todo el mundo y abarca y contempla todo lo que existe. Él está más cerca de la persona que su propia vena yugular. No obstante, Su forma de abarcarnos, Su presencia o cercanía no es lo que nosotros entendemos con esas palabras. Su cercanía no se puede comprender con el conocimiento de los 'ulamâ' (eruditos del Islam), el intelecto de los científicos o el kashf o shuhûd de los awliyâ' (esclavos amados de Allahu ta'âlâ). El intelecto humano no puede comprender sus significados internos. Allahu ta'âlâ es único en Su Persona y Sus Atributos. En ellos no hay cambio ni distinción alguna.

Los nombres de Allahu ta'âlâ son infinitos. Es bien conocido que Él tiene mil y un Nombres, esto es, Él ha revelado a los seres humanos mil y uno de Sus Nombres. En la religión de Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, se han revelado noventa y nueve que son llamados **"al-Asmâ' al-husnâ"**.

El segundo de los seis fundamentos del îmân es creer en Sus ángeles. Los ángeles son materiales pero etéreos (latîf), más etéreos que el estado gaseoso de la materia. Son nûrânî

(luminosos, espirituales). Están vivos. Tienen intelecto (’aql). Las cualidades perniciosas propias de los seres humanos no existen en los ángeles. Pueden tomar cualquier forma. Del mismo modo que los gases se convierten en líquidos y sólidos y toman cualquier forma cuando lo hacen, los ángeles pueden tomar formas muy hermosas. Los ángeles no son las almas que han partido de los cuerpos de hombres encumbrados. Los cristianos creen que los ángeles son ese tipo de espíritus. A diferencia de la energía y el poder, no son inmateriales. Esto es los que creían algunos filósofos antiguos.

Malak (ángel) significa enviado, mensajero o poder. El plural de la palabra malak es “Malâ'ika.” Los ángeles fueron creados antes que los demás seres. En consecuencia, se nos ordena creer en ellos antes que en los libros sagrados que vienen antes que la creencia en los profetas; y en el Qur’ân al-karîm los nombres de estas creencias aparecen en esta sucesión.

La creencia en los ángeles tiene que ser de la siguiente manera: los ángeles son esclavos de Allahu ta’âlâ. No son Sus asociados ni Sus hijas, como creen los incrédulos y los politeístas. Allahu ta’âlâ está complacido con todos los ángeles. Los ángeles obedecen Sus órdenes y nunca hacen transgresiones o desobedecen los mandatos. No son varones ni hembras. No contraen matrimonio. No tienen hijos. Tienen vida, esto es, están vivos. Cuando Allahu ta’âlâ anunció que iba a crear a los seres humanos, los ángeles dijeron: **“¡Oh Allah! ¿Vas a crear unas criaturas que corromperán la tierra y derramarán sangre?”** Este tipo de preguntas por parte de los ángeles, llamadas dhalla, no alteran el hecho de ser inocentes.

Entre todas las criaturas, los ángeles son los más numerosos. Nadie, excepto Allahu ta’âlâ, conoce su número. No hay espacio en los cielos donde los ángeles no estén adorando. Cada lugar de los cielos está lleno de ángeles que están en rukû' (inclinación en el salât) o en saŷda (postración). En los cielos, en la tierra, entre la hierba, en las estrellas, en toda criatura animada o inanimada, en cada gota de lluvia, hoja de los árboles, átomos, moléculas, en cada reacción o movimiento, en todo lo que hay, los ángeles tienen tareas que desempeñar. Cumplen los mandatos de Allâhu ta'âlâ en todos los lugares. Los ángeles son los intermediarios entre Allahu ta’âlâ y los seres creados.

Algunos tienen a otros ángeles bajo sus órdenes. Ciertos ángeles trajeron mensajes a los profetas. Algunos ángeles traen buenos pensamientos, llamados “ilhâm” (inspiración), a los corazones de los seres humanos. Otros no son conscientes de los humanos ni de las demás criaturas y están inmersos en la Belleza de Allahu ta’âlâ. Cada uno de estos ángeles permanece en un lugar determinado que no pueden abandonar. Los ángeles del Paraíso permanecen en el Paraíso. El que los manda es Ridwân. Los ángeles del Fuego, Zabânîs, hacen allí lo que se les ordena hacer. El fuego del infierno no les causa daño alguno, lo mismo que el mar no perjudica a los peces. Los zabânîs principales son diecinueve. Su jefe es Mâlik.

Con cada ser humano hay cuatro ángeles que registran todas sus acciones, tanto las buenas como las malas. Dos vienen por la noche y los otros dos durante el día. Se llaman kirâman kâtibîn o ángeles de hafaza. Se ha dicho también que los ángeles de hafaza son diferentes a los kirâman kâtibîn. El ángel en el lado derecho es superior al del izquierdo y registra las buenas acciones. El de la izquierda anota las malas.

Hay ángeles que atosigarán a los incrédulos y a los musulmanes desobedientes en sus tumbas y otros que harán preguntas. Los ángeles que preguntan se llaman Munkar y Nakîr. Los que harán preguntas a los musulmanes también son llamados Mubashshir y Bashîr.

Los ángeles tienen una jerarquía definida. Los ángeles superiores son los cuatro arcángeles. El primero de ellos es Ŷabrâîl**,** ’alaihis-salâm. Su misión es llevar wahî (revelación) a los profetas e informarles de los mandatos y las prohibiciones. El segundo es Isrâfil**,** ’alaihis-salâm, que tocará la trompeta llamada Sûr. La tocará dos veces. Con el primer sonido morirán todos los seres vivos excepto Allahu ta’âlâ. Con el segundo sonido todos resucitarán. El tercer arcángel es Mikâîl**,** ’alaihis-salâm. Su misión consiste en provocar la carestía y la baratura, la abundancia y la escasez y mover todos los objetos. El cuarto es Azrâil**,** ’alaihis-salâm, que se apodera de las almas de los seres humanos. Tras estos cuatro, en lo que respecta a supremacía, hay cuatro clases de ángeles: cuatro ángeles de Hamalat al-’Arsh, que en el Día de la Resurrección serán ocho. Los ángeles en la Presencia Divina que son llamados Muqarrabîn. Los jefes de los ángeles de los castigos, llamados Karûbiyûn. Y los ángeles de la Misericordia que se llaman Rûhâniyûn. Estos ángeles superiores son más elevados que todos

los seres humanos a excepción de los profetas, ’alaihimus-salawâtu wa’t-taslîmât. Los sulahâ (los que son piadosos y se apartan de los pecados) y los awliyâ’ entre los musulmanes, son más elevados que los ángeles de grado normal. Y estos últimos son superiores a los musulmanes desobedientes y transgresores.

El tercero de los seis fundamentos del îmân es creer en los Libros revelados por Allahu ta’âlâ. Él envió esos Libros a algunos profetas haciendo que un ángel se los leyera. A algunos profetas les envió Libros inscritos en tabletas y a otros se los hizo oír sin la intervención de un ángel. Todos estos Libros son la Palabra de Allahu ta’âlâ (Kalâm). Son eternos en el pasado y durarán para siempre. No son criaturas. No son palabras inventadas por los ángeles ni son palabras de los profetas. Todos los Libros enviados por Allahu ta’âlâ son correctos y verídicos.

El Qur’ân al-karîm ha reemplazado a todos los Libros y ha abolido la validez de sus normas. En el Qur’ân al-karîm jamás habrá errores, añadidos, cuestiones olvidadas o que falten, hasta el final de los tiempos. Todo el conocimiento del pasado y el futuro está contenido en el Qur’ân al-karîm. Este es el motivo de que sea el más valioso y encumbrado de todos los Libros. El mayor mu’ŷiza (milagro) del Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es el Qur’ân al-karîm. Si todos los seres humanos y los genios se reunieran para decir algo similar a la sûra más corta del Qur’ân al- karîm, no serían capaces de hacerlo.

Se nos han dado a conocer ciento cuatro Libros celestiales: es un hecho conocido que diez suhuf (plural de sahîfa, libro pequeño) fueron revelados a Âdam, ’alaihis-salâm, cincuenta suhuf a Shis (Shît), ’alaihis-salâm, treinta suhuf a Idrîs, ’alaihis-salâm, y diez suhuf a Ibrâhim, ‘alaihis-salâm. La Tawrât (Torah) fue revelada a Mûsâ (Moisés), ’alaihis-salâm, los Zabûr (Salmos) a Dâwûd (David) ’alaihis-salâm, el Inŷîl (Evangelio) a 'Îsâ (Jesús), ’alaihis-salâm, y el Qur’ân al-karîm a Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam.

El cuarto de los seis fundamentos del îmân es creer en los profetas de Allahu ta’âlâ, que fueron enviados para que la gente hiciera lo que Le complace y para guiarla al camino recto. Los profetas son personas nobles y dignas de respeto cuya naturaleza, carácter, conocimiento e intelecto son superiores a los de toda la gente de su época, carecían de rasgos negativos en su carácter y no tenían maneras desagradables. Los profetas tenían el atributo ’Isma, esto es,

no cometían transgresiones graves ni leves antes o después de ser conscientes de su nubuwwa (misión profética). Una vez informados de su nubuwwa y hasta que ésta fue conocida y difundida, no tenían defectos como la ceguera, la sordera o similares. Es necesario creer que todos los profetas tenían siete atributos: Amâna (fiabilidad), Sidq (devoción), Tablîgh (comunicación), Adâla (equidad), ’Isma (pureza), Fatâna (inteligencia fuera de lo común) y Amn al-’azl (seguridad ante el rechazo de la misión profética).

Al profeta que trajo una nueva religión se le llama Rasûl (Mensajero). Al profeta que no trajo una religión nueva, pero invitaba a la gente a seguir la anterior, se le llama Nabî. A la hora de comunicar (tablîgh) los mandatos y llamar la gente a la religión de Allahu ta’âlâ no hay diferencia entre un rasûl y un nabî. Debemos creer que todos los profetas, sin excepción alguna, eran devotos y veraces. Quien no crea en uno de ellos se considera que no cree en ninguno.

Nubuwwa no se puede conseguir trabajando duro, sufriendo hambre o incomodidades o haciendo muchos actos de adoración. Solo se posee por la elección y el favor de Allahu ta’âlâ. Las religiones se enviaron valiéndose de la mediación de los profetas para enseñar a la gente vida provechosa en este mundo y en el Otro, impedir que cometan acciones perjudiciales y hacerles conseguir la salvación, la guía, la facilidad y la felicidad. A pesar de tener muchos enemigos, recibir burlas y ser tratados con dureza, los profetas no tenían miedo de los enemigos y no dudaban a la hora de comunicar los mandatos de Allahu ta’âlâ. Allahu ta’âlâ respaldaba a Sus profetas con mu’ŷiza con los que demostrar que eran hombres devotos y veraces. Nadie podía resistirse a sus mu’ŷiza. La comunidad de un profeta se llama ‘su umma’. En el Día del Juicio, a los profetas se les permitirá interceder por los transgresores graves de su umma, y su intercesión será aceptada. Allahu ta’âlâ también permitirá que intercedan los ulamâ’, sulahâ’ y awliyâ’ de sus ummas, y su intercesión será aceptada. Los profetas, ’alaihimus-salawâtu wat-taslîmât, están vivos en sus tumbas con una forma de vida que no podemos conocer; sus cuerpos no se descomponen. Esta es la razón de que se dijera en un hadîz-i sharîf: **“Los profetas hacen salât en sus tumbas”.**

Aunque los ojos bendecidos de un profeta dormían, el ojo de su corazón nunca lo hacía. Todos los profetas, ’alaihimus-salâm, eran lo mismo a la hora de desempeñar sus misiones como profetas y poseer las excelencias de la nubuwwa. Los siete atributos antes mencionados existían en todos ellos. Los profetas jamás cesaron en su nubuwwa. Los awliyâ’, por el contrario, pueden ser despojados de su wilâya. Los profetas, ’alaihimus-salawâtu wat-taslîmât, son seres humanos. Los genios, ángeles y mujeres nunca pueden ser profetas para los seres humanos. Los genios y los ángeles nunca pueden obtener el grado de la profecía. Entre los profetas existen grados de supremacía y honorabilidad. Por ejemplo: en virtud de su umma y los países a los que fue enviado, por ser más extensos, por su conocimiento y ma’rifa que se difundieron por una zona mucho mayor, por sus milagros que eran más numerosos y continuos, y por las bendiciones especiales y favores que se le concedieron, el Profeta de la Última Era, Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es superior al resto de los profetas. Los profetas llamados Ulu’l-’azm son superiores a los demás. Los rasûls son superiores a los nabî que no son rasûls.

El número de profetas, ’alaihimus-salâm, no es conocido. Lo que sí se sabe es que han sido más de ciento veinticuatro mil. Entre ellos, 313 ó 315 fueron rasûls; los seis rasûls superiores que se llaman Ulu’l-’azm, son: Âdam (Adán), Nûh (Noé), Ibrâhim (Abraham), Mûsâ (Moisés), ’Îsâ (Jesús) y Muhammad Mustafa, ’alaihimus-salâtu was-salâm.

Ibrâhim, ’alaihis-salâm, es Jalîlullah, porque en su corazón solo había amor por Allah y no por las criaturas. Mûsâ, ’alaihis-salâm, es Kalîmullah, porque habló con Allahu ta’âlâ. ’Îsâ, ’alaihis-salâm, es Ruhullah y Kalimatullah, porque no tuvo padre y nació con al-Kalimat al-ilâhiyya (la Palabra Divina) **“¡Sé!”** Y porque además transmitió las palabras de Allahu ta’âlâ que estaban llenas de Sabiduría Divina y las comunicó a los oídos de la gente.

Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, que fue la razón para la creación de todas las criaturas y el más superior, el más prominente y el más honorable de todo el género humano, es Habîbullah (el amado por Allahu ta’âlâ). Existen muchas pruebas que demuestran su grandeza y supremacía y su condición de Habîbullah. Por esta razón, expresiones tales como “fue superado” o “fue derrotado” no se pueden decir cuando se habla de él. El Día de la

Resurrección se levantará de su tumba antes que todos los demás. Irá al lugar del Juicio antes que ningún otro y entrará el primero en el Paraíso. El grado de su hermosa conducta moral no puede ser estimado, la capacidad humana no es capaz de hacerlo.

En el Día del Juicio todos los profetas buscarán refugio bajo su estandarte, sallallâhu ’alaihi wa sallam. Allahu ta’âlâ dijo a todos los profetas, ’alaihimus-salâm, que si permanecían vivos hasta los días de Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, –que entre todas las criaturas era Su Amado elegido– creerían en él y le podrían ayudar. A su vez, todos los profetas ordenaron a sus ummas que hicieran lo mismo. Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, ha sido el **“Jâtam al-anbiyâ”** (el Último Profeta), esto es, ningún profeta vendrá tras él.

El quinto de los seis fundamentos del îmân es creer en el Último Día (al-Yawm al-âjir). Comienza el día que muere la persona y continúa hasta el final del Día del Juicio. No se ha dado a conocer cuando va a ocurrir. Nadie lo ha podido predecir. No obstante, nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, habló de muchos de sus presagios y precedentes: vendrá Hadrat Mahdî; ’Îsâ (Jesús), ’alaihis-salâm, descenderá a Damasco desde los cielos; aparecerá el Daŷŷâl; una gente llamada Ya’ŷûŷ y Ma’ŷûŷ traerá el caos al mundo; el sol saldrá por occidente; habrá terremotos muy violentos; se olvidará el conocimiento religioso; aumentarán el vicio y la corrupción; personas sin religión, inmorales y deshonestas serán gobernantes; se prohibirán los mandatos de Allahu ta’âlâ; se hará lo harâm por todas partes; surgirá fuego del Yemen; los cielos y las montañas se desmoronarán; el sol y la luna se oscurecerán; los océanos se mezclarán, entrarán en ebullición y se secarán.

Al musulmán que comete transgresiones se le llama fâsiq. Los fâsiq y los incrédulos serán atormentados en sus tumbas. Esto es algo en lo que se debe creer. Tras el entierro, el muerto tendrá una vida que no se conoce en la que habrá bendiciones o castigos. Tal y como declaran los hadîz ash-sharîf, vendrán a la tumba para preguntarle dos ángeles llamados Munkar y Nakîr con la apariencia de personas desconocidas y aterradoras. Según algunos eruditos del Islam, las preguntas en la tumba serán sobre los fundamentos del îmân o, según otros, sobre todo lo que es el îmân. Por este motivo debemos enseñar a nuestros hijos las respuestas a las preguntas siguientes: ¿Quién es tu Rabb (Allah)? ¿Cuál es tu religión? ¿A qué umma

perteneces? ¿Cuál es tu Libro Sagrado? ¿Hacia dónde es tu qibla? ¿Cuál es tu madhhab en lo que respecta al îmân y la ’ibâdât (o ’amal)? En el *‘Tadhkirat al-Qurtubî’* está escrito que los que no sigan a la Ahl-i sunnat wa’l ŷamâ’at no podrán responder de forma correcta. Las tumbas de los que den respuestas hermosas se ampliarán y se abrirá una ventana que da al Paraíso. Cada mañana y cada noche verán sus lugares en el Paraíso y los ángeles les harán favores y les darán buenas noticias. Al que no responda de forma correcta, será golpeado con mazos de hierro de forma tan severa, que todos los humanos y los genios le oirán gritar. Su tumba se hará tan estrecha que le parecerá que sus huesos se aplastan. Se abrirá un agujero que da al Fuego. Cada mañana y cada noche verá su lugar en el Fuego. Será atormentado de forma severa en su tumba hasta el Día de la Resurrección.

Es necesario creer en la vida después de la muerte. Una vez que la carne y los huesos se descompongan y se conviertan en polvo y gases, se juntarán de nuevo, las almas entrarán en los cuerpos que eran suyos y todo el mundo se levantará de la tumba. Por esta razón, ese día se llama Iaumu’l Qiyâma (Día del Levantamiento).

Todos los seres vivos se reunirán en el lugar llamado Mahshar (lugar de la reunión). Los libros de las acciones volarán hacia sus dueños. El que hará que todo eso suceda es Allah, el Todopoderoso, el Creador de la tierra, los cielos, las estrellas y todas las partículas. El Mensajero de Allahu ta’âlâ, sallallâhu ’alaihi wa sallam, ha dicho que todo esto ocurrirá. Y no cabe duda de que lo que él ha dicho es verdad. Todo va a ocurrir.

Los libros de las acciones de los sâlihîn (piadosos), de la gente buena, les serán dados por la derecha, y los de los fâsiq (transgresores), les serán dados por la espalda o por la izquierda. Toda acción, buena o mala, grande o pequeña, pública o secreta, estará en ese libro. Las acciones, incluso las que no conocían los ángeles kirâman kâtibîn, serán reveladas por el testimonio de los órganos humanos y por Allahu ta’âlâ, que todo lo conoce, y se preguntará y rendirán las cuentas de todas las acciones. Durante el Día del Juicio, todas las acciones secretas serán reveladas si Allahu ta’âlâ quiere que así sea. A los ángeles se les preguntará ‘qué hicieron en los cielos y en la tierra’, a los profetas, ’alaihimus-salâm, cómo transmitieron los mandatos y la religión de Allahu ta’âlâ a Sus esclavos, y a la gente cómo cumplieron los

deberes que les habían sido revelados y cómo defendieron los derechos de los demás. En Mahshar, los que han tenido îmân y sus acciones y conducta han sido hermosas serán bendecidos y recompensados, y la gente de mal carácter y acciones incorrectas serán castigados con severidad.

Allahu ta'âlâ, con Su Justicia, castigará a algunos musulmanes por sus transgresiones menores y, con Su Misericordia, perdonará todas las transgresiones, graves y menores de otros musulmanes si ése es Su deseo. Si Él quiere, y a excepción de la incredulidad (kufr) y el politeísmo (shirk), perdonará todas las transgresiones o castigará por una transgresión menor. Lo que sí ha declarado es que nunca perdonará al que haya muerto en la incredulidad o el politeísmo. Los incrédulos con o sin un Libro Celestial, esto es, los que no creen que Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es el Profeta para todos los seres humanos y no aceptan ni una sola de las normas [mandatos y prohibiciones] que ha comunicado, irán al Fuego sin duda alguna donde serán castigados durante toda la eternidad si han muerto en la incredulidad.

En el Día del juicio habrá una mîzân (balanza), diferente a las que conocemos, para pesar las acciones y la conducta. Será tan enorme que en uno de sus platos tendrán cabida los cielos y la tierra. El plato de la balanza donde poner las buenas acciones será brillante y estará en el lado del 'Arsh que da al Paraíso; el plato para las acciones malas será oscuro y estará en el lado del 'Arsh que da al Fuego. Las acciones, palabras, pensamientos y miradas que se hicieron en el mundo asumirán formas ese día; las buenas acciones, con formas brillantes, y las malas, con formas oscuras y repulsivas, serán pesadas en esta balanza; se ha dicho que el plato con la carga más pesada irá hacia arriba y el que tenga la carga más ligera irá hacia abajo. Según varios eruditos del Islam, habrá varias balanzas.

Habrá un puente llamado Sirât, construido sobre el Fuego por el mandato de Allahu ta'âlâ. Se ordenará que todo el mundo cruce ese puente. Ese día todos los profetas suplicarán: "¡Oh Allah! ¡Da seguridad!" Los que están destinados al Paraíso cruzarán el puente con facilidad y llegarán a su destino. Algunos lo cruzarán con la velocidad del rayo, otros como el viento y otros como si galoparan sobre un caballo. El Puente Sirât será más estrecho que un cabello y

más afilado que una espada. La forma de seguir el Islam en este mundo tiene un aspecto similar, es como cruzar el Sirât. Los que aquí se mantienen firmes ante la dificultad o a la hora de enfrentarse a sus deseos sensuales (alentados por el nafs), allí cruzarán el Sirât con facilidad. Esta es la razón de que Allahu ta'âlâ llamara al camino recto que describe el Islam, el "Sirât al-Mustaqîm". Esta similitud de los nombres indica que mantenerse en el camino del Islam es lo mismo que cruzar el Sirât. Los destinados al Fuego caerán al Fuego desde el Sirât.

Habrá un estanque de agua llamado Hawd al-Kawzar reservado para nuestro Maestro Muhammad Mustafâ, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Su extensión será similar a la de un viaje de un mes. Su agua es más blanca que la leche y despide un olor más agradable que el almizcle. A su alrededor hay más copas que estrellas. Quien beba su agua jamás volverá a tener sed, incluso estando en el Fuego.

Se tendrá el derecho de hacer shafâ'a (intercesión). Los profetas, los walis, los musulmanes piadosos, los ángeles y aquellos a los que Allah ta'âlâ permita, intercederán para conseguir el perdón de las transgresiones menores y mayores de los musulmanes que hayan muerto sin arrepentirse; y su intercesión será aceptada.

El Paraíso y el Fuego existen ahora. El Paraíso está por encima de los siete cielos y el Fuego está por debajo de todo lo que hay. Los Paraísos son ocho y los Fuegos son siete. El Paraíso es mayor que la tierra, el sol y los cielos, y el Fuego es mucho mayor que el sol y los cielos.

El último de los seis fundamentos del îmân es creer en el qadar, [esto es] que lo bueno (jair) y lo malo (sharr) proceden de Allahu ta'âlâ. El bien y el mal, el beneficio y el perjuicio, la ganancia y la pérdida, ocurren por la Voluntad de Allahu ta'âlâ. La Voluntad Eterna de Allahu ta'âlâ para que exista algo se llama qadar (destino). La ocurrencia del qadar, de la cosa que se ha deseado, se llama **qadâ'**. Los términos qadâ' y qadar se utilizan de forma indistinta.

Todos los animales, plantas, criaturas inanimadas [sólidos, líquidos, gases, estrellas, moléculas, átomos, electrones, ondas electromagnéticas, cada instante de toda criatura, sucesos físicos, reacciones químicas y nucleares, relaciones de energía, acontecimientos fisiológicos en los seres vivos], la existencia o no existencia de todo lo que hay, las acciones

buenas y malas de los seres humanos, su castigo o recompensa en este mundo y en el Otro: todo ha existido en el Conocimiento de Allahu ta'âlâ en la pre-eternidad.

Él lo conocía todo en la pre-eternidad. Cosas que han ocurrido desde la eternidad en el pasado hasta el futuro sin fin, sus peculiaridades, sus movimientos y cada suceso, son creados por Él de acuerdo con lo que conocía en la pre-eternidad. Todas las acciones buenas y malas de los seres humanos, su creencia o incredulidad en el Islam, todas sus acciones, hechas consciente o inconscientemente, son creadas por Allahu ta'âlâ. Él, y solo Él, es el que crea y hace que todo ocurra mediante una sabab (causa, medio, intermediario). Él lo crea todo valiéndose de algún medio.

Tomemos el ejemplo del fuego que quema. La realidad es que Allahu ta'âlâ es el que hace que arda. El fuego no tiene nada que ver con el quemar. Pero Su Costumbre ('Âdat) es que a no ser que el fuego toque alguna cosa, Él no hará que arda. Lo único que hace el fuego es calentar la temperatura de combustión. No es el fuego lo que une el carbón y el hidrógeno con el oxígeno en las sustancias orgánicas o lo que provoca el movimiento de los electrones. Los que no comprenden la verdad creen que el fuego es quien lo hace. Pero no es el fuego, ni el oxígeno, ni el calor, ni el movimiento de los electrones lo que quema o provoca esta reacción del quemar. Allahu ta'âlâ es el Único que hace que arda. Esas cosas las ha creado como medios para arder. La persona que no tiene este conocimiento cree que el fuego quema. El muchacho que ha acabado los estudios de primaria no aprueba la afirmación "el fuego arde". Lo que él dice es "el aire es lo que hace que arda". La persona que ha acabado el primer grado de bachillerato no acepta esta afirmación. Lo que dice es: "El oxígeno en el aire es lo que hace que arda". El estudiante que ha completado el bachillerato afirma que el arder no es específico del oxígeno sino que todo elemento que atrae electrones acaba por arder. El estudiante universitario toma en consideración la energía al mismo tiempo que la materia. Lo que se puede ver es que, cuanto más sabe una persona y más profundiza en la cuestión, se da cuenta de que son muchas las causas que están detrás de lo que se considera ser la causa. Los profetas, 'alaihimus-salâm, que tenían el grado más elevado del conocimiento y podían ver con claridad la realidad –junto con los eruditos del Islam que al seguir sus pasos consiguieron gotas de sus océanos de conocimiento– decían que cada una de las cosas que hoy se suponen

combustibles o constructivas, son medios incapaces y más bien pobres puestos como intermediarios por el Verdadero Creador. Allahu ta'âlâ es el Único que hace que algo arda. Podría hacer que algo ardiese sin fuego, pero Su Costumbre es hacerlo con fuego. Si Él quiere que algo no queme, así será. Cuando arrojaron al fuego a Ibrâhim, 'alaihis-salâm, no se quemó porque Él lo amaba mucho. En esa ocasión, Allahu ta'âlâ cambió Su Costumbre.

Si Allahu ta'âlâ hubiese querido, habría creado todo sin medios o causas intermedias: quemar sin fuego o alimentarnos sin comer. Pero hizo el favor a Sus esclavos de crearlo todo valiéndose de algunos intermediarios. Quiso crear ciertas cosas mediante ciertos intermediarios. Y ocultó Sus actos con intermediarios, ocultó Su poder detrás de intermediarios. El que quiere que Allahu ta'âlâ cree alguna cosa, se aferra a sus medios y lo obtiene. El que quiere encender una lámpara usa cerillas; el que quiere obtener aceite de las aceitunas utiliza una prensa; el que tiene dolor de cabeza toma una aspirina; el que quiere ir al Paraíso y obtener favores abundantes sigue el camino del Islam; el que se dispara con un arma de fuego o bebe veneno morirá; el que bebe agua estando sudando dañará la salud; el que hace transgresiones y pierde el îmân irá al Fuego. Cualquiera que sea el intermediario que utilice una persona, obtendrá aquello para lo cual ese intermediario ha sido creado. El que lee libros islámicos aprende lo que es el Islam, le gusta y se hace musulmán. El que vive con gente transgresora y escucha lo que dicen, se olvidará del Islam. La mayor parte de los que se olvidan del Islam acaban siendo incrédulos. Cuando una persona se sube en un vehículo, va al lugar que éste tiene destinado.

Si Allahu ta'âlâ no hiciese que las cosas ocurran a través de intermediarios, nadie necesitaría a nadie; la gente pediría todo directamente a Allahu ta'âlâ sin tener que recurrir a persona o cosa alguna; no habría relaciones personales entre la gente, tales como entre superior y subordinado, capataz y obrero, maestro y discípulo y así sucesivamente. De esta manera, este mundo y el Otro serían presa del desorden y no habría diferencia entre lo bello y lo feo, el bien y el mal, el obediente y el rebelde.

El Islam quiere que los musulmanes crean conforme a lo que nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, creyó y transmitió. Nuestro Profeta había comunicado una sola

creencia. Todos los Ashâb-i kirâm creyeron basados en lo que él había comunicado y no había diferencias en la creencia. Tras la muerte de nuestro Maestro, el Profeta, la gente aprendió sobre el Islam escuchando y preguntando a los Ashâb-i kirâm. Todos transmitieron la misma creencia. Esta creencia que difundieron transmitiendo lo que había sido revelado a nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam, recibe el nombre de Aqida Ahl-i sunnat. Los Ashâb-i kirâm nunca alteraron este conocimiento del îmân con sus propios pensamientos, la influencia de sus nafs, palabras de filósofos, opiniones políticas ni cosas parecidas.

Con el nivel de perfección relacionado con atributos tales como la glorificación de Allahu ta'âlâ, creer sin la menor duda que Él carece de todo defecto, aceptar y creer sin vacilar en lo que Él ha ordenado, no intentar interpretar las âyats mutashâbih (de significado oculto) etc., los Ashâb-i kirâm, mantuvieron su creencia tal y como la recibieron de nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Y luego la comunicaron e informaron sobre los fundamentos de la creencia de forma pura, clara y verídica a todos los que preguntaron.

Los que aceptan y creen en esta información que los Ashâb-i kirâm transmitieron del Rasûlullah, sallallâhu 'alaihi wa sallam, tal y como es, sin añadir o eliminar cosa alguna, y siguen el camino de los Ashâb-i kirâm, reciben el nombre de firqa (grupo) Ahl-i Sunnat wa'l-Ŷamâ'at, y los que se desvían de esta forma verdadera y original del Islam se llaman firqa al-Bid'a (grupo del camino herético, aberrante).

Todos los Ashâb-i kirâm eran muŷtahid. Habían recibido el conocimiento religioso directamente del Rasûlullah. Llegaron a tener perfecciones morales muy elevadas, supremas y sensatas, que obtuvieron al verle en persona y escuchar sus sohbat (explicaciones de cuestiones religiosas). Sus nafs eran mutma'inna (dóciles) y llegaron a alcanzar rangos tales en ijlâs (sinceridad), cortesía, conocimiento y sabiduría que ningún otro, entre los eruditos y los awliyâ (santos), ha podido conseguir. En un hadîz-i sharîf se ha declarado que cada uno de ellos es una estrella que guía al camino recto. Todos tenían la misma creencia. Hacían iŷtihad (utilizar todas las capacidades y esforzarse al máximo para obtener las normas con las que resolver situaciones que no aparecían explicadas de forma clara y manifiesta en el Corán y en los hadices, buscando similitudes con cuestiones que ya habían sido explicadas con detalle y

claridad). Esto es algo que solo podía hacer nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, todos sus Ashâb y, entre el resto de los musulmanes, los que habían alcanzado el grado de iŷtihad; (estas personas encumbradas reciben el nombre de muŷtahid). Suelen ser cuestiones para las que no hay nass (âyats y hadices). Cada uno de ellos tenía su propio madhhab en lo que respecta al ‘amal (actos de adoración, acciones). Las normas que extraían con sus iŷtihad solían estar de acuerdo unas con otras. Sus madhhabs se han olvidado porque sus iŷtihad no fueron recogidos en libros. Hoy en día, en consecuencia, es imposible seguir el madhhab de alguno de los Ashâb-i kirâm.

Eran imams que habían alcanzado el grado de mutlak (absoluto) muŷtahid [eruditos de gran conocimiento (suficiente para hacer iŷtihad)] por lo elevado de su conocimiento religioso. Algunos pertenecían a los Taba-i Tâbi’în, que habían recibido el Islam de los Tâbi’în, y algunos eran de los Tâbi’în, que lo habían recibido de los Ashâb-i kirâm. Ellos también tenían su propio madhhab para el ‘amal y las normas que, cuando procedían del iŷtihad de un imam, eran llamadas el madhhab de ese imam. La mayoría de sus madhhabs han sido olvidados porque tampoco se recogieron en texto alguno. Solo se han recogido en libros por sus discípulos y difundido entre los musulmanes los iŷtihad de cuatro imams distinguidos. El primero de ellos, que ha mostrado el camino recto a los musulmanes del mundo entero e impidió que el Islam fuera adulterado, es el Imâm-i A’zam Abû Hanîfa, el segundo es Imâm-i Mâlik bin Anas, el tercero es Imâm-i Muhammad bin Idris Shâfi’î y el cuatro es Ahmad bin Hanbal.

Estos cuatro imams siguen la creencia de Ahl-i sunnat; el camino de Imâm-i A’zam se llama Madhhab Hanafî, el de Imâm-i Mâlik se llama Madhhab Mâlikî, el de Imâm-i Shâfi’î se llama Madhhab Shâfi’î y el de Imâm-i Ahmad bin Hanbal se llama Madhhab Hanbalî. Hoy en día, si un musulmán quiere hacer los actos de adoración y conformar sus acciones para obtener el beneplácito de Allahu ta’âlâ, no tendrá otro camino que seguir uno de estos cuatro madhhabs.

Actos de adoración

El primero es hacer la oración ritual (namâz, salât) cinco veces al día, cumpliendo sus condiciones y fards, cuando llega el momento de hacerla. La oración ritual se tiene que hacer prestando atención a sus fards, wâŷibs y sunnats, sometiendo el corazón a Allahu ta'âlâ, y antes de que termine el tiempo prescrito. En el Qur'ân al-karîm la oración ritual recibe el nombre de "Salât". El significado del término salât es el del hombre rezando, los ángeles haciendo istighfâr, y Allahu ta'âlâ teniendo compasión y piedad. En el Islam, salât significa hacer unas acciones determinadas y recitar una serie de cosas recogidas en los libros de 'ilm al-hâl. El salât comienza con las palabras "Allahu akbar," que reciben el nombre de "takbîr al-iftitâh" y se dicen tras haber levantado las manos hasta las orejas para luego bajarlas hasta debajo del ombligo (para los hombres). Termina diciendo salâm al tiempo que se gira la cabeza hacia el hombro derecho e izquierdo en la última postura sentada.

El segundo es entregar el zakât de los bienes materiales. El significado literal de zakât es pureza, alabar y llegar a ser bueno y hermoso. En el Islam, zakât significa que la persona que tiene más de lo que necesita se basa en una cantidad determinada, llamada nisâb, pone aparte una cierta cantidad de sus bienes y la entrega a los musulmanes especificados en el Qur'ân al-karîm sin sentir reproche alguno. El zakât se da a ocho tipos de personas. En los cuatro madhhabs hay cuatro clases de zakât: el zakât sobre el oro y la plata, el zakât sobre las mercaderías, el zakât de los rebaños de animales cuadrúpedos que han pastado en los campos durante más de la mitad de un año, y el zakât de los alimentos necesarios que proceden de la tierra. Este tipo de zakât, llamado 'ushr, se entrega cuando se recoge la cosecha. Los otros tres se entregan un año después de haber alcanzado la cantidad nisâb.

El tercero es ayunar cada día del sagrado mes de Ramadán. El ayuno se llama Sawm. El significado de sawm es proteger una cosa. En el Islam, sawm significa protegerse de tres cosas [durante los días] del mes de Ramadán. Estas tres cosas son: comer, beber y las relaciones sexuales. El mes de Ramadán comienza cuando se ve el hilal (el inicio de la nueva luna) en el cielo. El tiempo que se calcula con los calendarios no se puede utilizar para determinar el comienzo del Ramadán.

El cuarto es hacer el haŷŷ (peregrinación) al menos una vez en la vida. Para la persona capacitada que tiene dinero suficiente para ir y volver de la ciudad de Mecca –además de

dejar medios suficientes para el sustento de su familia hasta su regreso– es fard ponerse el ihrâm, hacer tawâf en torno a la Ka'ba y hacer waqfa (pausa) en la llanura de 'Arafât, siempre que el camino sea seguro y el cuerpo esté sano, al menos una vez en la vida.

El quinto es hacer ŷihad, esto es, esforzarse para difundir la religión de Allahu ta'âlâ. Prepararse para el ŷihad es ibâdat (adoración).

Munâkahât, compuesto de subdivisiones tales como matrimonio, divorcio, pensión alimenticia y otros.

Mu'âmalât, compuesto de muchas subdivisiones tales como compras, ventas, alquileres, sociedades, interés, herencias, etc.

'Uqûbât (código penal) compuesto de cinco subdivisiones principales: qisâs (lex talionis), sirqa (robo), zinâ (fornicación y adulterio), qadhf (acusación falsa de zina) y ridda (apostasía).

Moral

El Islam ordena fortalecer la moralidad con una hermosa conducta, purificar el nafs de todo vicio, tener buen carácter y ser casto y modesto en todos los aspectos. Este conocimiento y su camino se llama Tasawwuf.

Del mismo modo que la ciencia de la medicina nos enseña el conocimiento relacionado con la salud del cuerpo, el tasawwuf nos enseña cómo librar el corazón y el alma de los vicios. Hace que la gente se aparte de las acciones perniciosas, que son el síntoma de la enfermedad del corazón, y les ayuda a hacer las acciones beneficiosas con las que obtener el beneplácito de Allahu ta'âlâ.

En primer lugar, el Islam ordena obtener conocimiento para, a continuación, hacer acciones y actos de adoración basados en ese conocimiento y teniendo como único objetivo complacer a Allah ta'âlâ. Esto es, el Islam ordena 'ilm (conocimiento), 'amal (acciones y actos de adoración), e ijlâs (sinceridad, hacerlo todo en el nombre de Allah). Si comparamos el avance del ser humano, su consecución de la bienaventuranza en este mundo y en la Otra Vida, al

vuelo con un avión, el fuselaje y los motores serían el îmân y los actos de adoración. Y su fuente de energía, su combustible, sería el progreso en el camino del tasawwuf. El îmân y los actos de adoración son cosas que se adquieren. Para comenzar, en necesario conseguir el combustible, es decir, avanzar en el camino del tasawwuf.

El tasawwuf tiene dos objetivos. El primero es asegurar la creencia y tener un corazón firme y esmerado para que no sea debilitado con los efectos de la duda. El îmân que se fortalece con la mente, el razonamiento y las pruebas no es lo suficientemente fuerte. En el âyat veintiocho de la Sûra-ur-Ra'd del Qur'ân al-karîm, Allahu ta'âlâ declara: **"El establecimiento y penetración del îmân en los corazones solo es posible mediante el dhikr".** Dhikr significa recordar a Allahu ta'âlâ y actuar según Su beneplácito.

El segundo objetivo del tasawwuf es facilitar los actos de adoración, hacerlos con buena disposición y eliminar la indolencia, la reticencia inherente del nafs-i ammâra. Hacer los actos de adoración con deseo y facilidad y abstenerse de las transgresiones, solo es posible si se obtiene el conocimiento del tasawwuf y se sigue su camino. Debe tenerse presente que el tasawwuf no se sigue para poder ver lo que los demás no conocen, para hablar de lo desconocido, para percibir nûr, espíritus, o tener sueños de gran valía. Para llegar a la ma'rifa (guía) y el conocimiento de los estados que se pueden obtener con el tasawwuf, hay que empezar por depurar la creencia, estudiar los mandatos y prohibiciones del Islam y luego actuar y adorar conforme a todo ello. Lo cierto es que, si no se hacen estas tres cosas, será imposible purificar al corazón de los vicios y librar al nafs del mal para luego colmarlos de virtudes y librarlos de sus deseos perniciosos.

Imitar a Muhammad

Imitar a Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es seguir su camino. Su camino es el que enseña el Qur'ân al-karîm. Este camino se llama **Din-i Islam**. Para imitar a nuestro Profeta tenemos que empezar teniendo îmân (creencia); luego hay que aprender muy bien qué es el Islam; luego hay que cumplir lo fard y evitar lo harâm; y luego, seguir la sunnat y abstenerse

de lo makrûh. Tras todo esto, debemos tratar de imitarlo, sallallâhu ’alaihi wa sallam, en lo que es mubah (permitido).

Tener îmân significa empezar a seguir al Rasûlullah y entrar por la puerta de la bienaventuranza. Allahu ta’âlâ lo ha enviado, sallallâhu ’alaihi wa sallam, para llevar a todos los pueblos del mundo a la bienaventuranza; en el âyat veintiocho de la Sûra-us-Saba’, declara: **“¡Oh Mi amado Profeta!** (sallallâhu ’alaihi wa sallam) **Te he enviado a la humanidad para que des noticias de la bienaventuranza eterna a todos los pueblos del mundo y para que los guíes hacia este camino de la bienaventuranza”.**

Por ejemplo, la pequeña siesta al mediodía de una persona que trata de imitarlo, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es más valiosa que pasar muchas noches haciendo actos de adoración sin tratar de seguirlo. Una de sus nobles costumbres era la “Qaylûla”, dormir un poco antes del mediodía. Del mismo modo, el no ayunar en los días ‘Id, porque la religión ordena comer y beber en esos días, es más valioso que años de ayuno que no existen en su religión. La cantidad, por pequeña que sea, que se da a un pobre por seguir la religión, lo llamado zakât, es superior y más valioso que un montón de monedas de oro, tan grande como una montaña, que se da siguiendo los deseos personales.

Tras dirigir una oración de la mañana en ŷamâ’at, Hadrat ’Umar, el Amîr-ul-Mu’minîn, se dio cuenta que uno de los miembros de la ŷamâ’at no estaba presente y preguntó dónde estaba. Sus compañeros dijeron: “Es que pasa toda la noche haciendo actos de adoración. Es posible que se haya dormido”. El Amîr-ul-Mu’minîn dijo: “Yo habría preferido que durmiese toda la noche e hiciese la oración de la mañana en ŷamâ’at; habría sido mejor para él”.

Los que se han desviado del Islam embotan sus nafs sometiéndose a incomodidades y esforzándose en demasía. Y sin embargo, no les sirve de nada porque no lo hacen según ordena el Islam. El beneficio de todos esos esfuerzos, en caso de haberlo, no es más que unas pocas ventajas mundanas. Pero lo cierto es que este mundo carece de valía; en consecuencia, ¿para qué vale tener una parte de ello? Estas personas son como los barrenderos que trabajan más duro y se cansan más que los demás, pero sus salarios son los más bajos. Por el contrario, los que siguen el Islam son como los joyeros que están rodeados de gemas y diamantes muy

valiosos. Trabajan poco pero sus ganancias son muy grandes. En ocasiones, una hora de trabajo les proporciona las ganancias de mil años. La razón de que esto ocurra es porque, en esta metáfora, es una acción que sigue el camino del Islam que, en consecuencia, es aceptada y complace a Allahu ta'âlâ.

Hay muchos pasajes de Su Libro, el Qur'ân al-karîm, donde se dice todo esto. Por ejemplo, en el âyat treinta y uno de la Sûra-u Âl-i 'Imrân, se afirma: **"¡Oh Mi amado Profeta!** (sallallâhu 'alaihi wa salam)**. Diles: '¡Si amáis a Allahu ta'âlâ y queréis que Él os ame, seguidme! Allahu ta'âlâ ama a los que tratan de imitarme'".**

Seguir a Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, es apreciar las normas del Islam, cumplirlas con deseo, respetar y valorar sus principios, a los eruditos del Islam, a los piadosos y las cosas que se valoran en el Islam, esforzarse por difundir su religión y despreciar a los que no quieren seguirla, no la aprueban o la ignoran.

A Allahu ta'âlâ no le gustan las cosas que son incompatibles con el Islam. ¿Acaso es posible obtener recompensas por las cosas que no se aprueban? Más bien al contrario, serán merecedoras de castigos.

Obtener la felicidad en ambos mundos depende de forma exclusiva de seguir a Hadrat Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam, que es el Maestro de este mundo y de la Otra Vida. Para seguirlo es necesario tener îmân y aprender y cumplir las normas del Islam.

Librarse del Fuego en la Otra Vida es algo que solo corresponde a los que imitan a Hadrat Muhammad, sallallâhu 'alaihi wa sallam. Todas las bendiciones de este mundo, todo lo que se descubra, todos los grados y todas las ramas del conocimiento serán asequibles en la Otra Vida, siempre que se haya seguido el camino del Rasûlullah. En caso contrario, todas las buenas acciones hechas por los que no siguen al Profeta de Allahu ta'âlâ se quedarán en este mundo haciendo que la Otra Vida sea destruida. Esto quiere decir que no tendrán más que istidrâŷ (engaño) disfrazado de benevolencia.

Para imitar a Muhammad, 'alaihis-salâtu was-salâm, de forma completa y sin falta alguna, es necesario amarlo de forma absoluta y perfecta. La muestra del amor perfecto y absoluto es

apartase de sus enemigos y desaprobar a los que no le aprueban. El amor no puede contener pereza. Los amantes, completamente enamorados de sus amados, no pueden hacer nada en contra suya. No pueden llegar a acuerdo alguno con los que actúan en su contra. El amor por dos cosas contrarias no se puede establecer en un mismo corazón; amar una cosa implica no querer la contraria. La existencia de dos opuestos en un mismo lugar es algo imposible.

Las bendiciones mundanas son pasajeras y engañosas. Si hoy son tuyas, mañana las tendrá otra persona. Pero las que se obtendrán en la Otra Vida son eternas y se consiguen en este mundo. Si se pasan unos pocos días de la vida en este mundo siguiendo a Hadrat Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, que es el hombre más valioso en este mundo y en el Otro, se puede esperar la bienaventuranza eterna, la salvación eterna. De no ser así, a no ser que uno trate de imitarlo, todo será inútil. Toda buena acción o acto de generosidad que se haga sin seguirle, sallallâhu ’alaihi wa sallam, se quedará en este mundo sin obtener cosa alguna en la Otra Vida.

Un pequeño acto con el que se sigue a Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es muy superior a todas las bendiciones de este mundo y la bienaventuranza de la Otra Vida. La virtud y el honor del género humano implican que se le siga. Para los musulmanes que quieren imitar al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, tienen como condición básica seguir a uno de los cuatro madhhabs correctos de la Ahl-i sunnat. Es fard (obligatorio) tener îmân en nuestro Maestro, el Profeta, confirmar lo que trajo, amarle y obedecerlo, seguir sus consejos, respetarlo y honrarlo. En lo que respecta a esta cuestión, Allahu ta’âlâ hizo descender âyat-i karîma que declaran;

“En consecuencia, creed en Allahu ta’âlâ y en Su Mensajero que es Su Profeta iletrado; seguidlo para que así encontréis el camino recto”. (Sûra A’raf: 158)**.**

“El que no crea en Allahu ta’âlâ y en Su Profeta, (debe saber) **que Nosotros hemos preparado un fuego ardiente para esos incrédulos”.**

Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, declaró: **“Se me ha ordenado combatir contra la gente** (incrédulos) **hasta que den testimonio de que no hay más ilâha**

(deidad) **que Allahu ta'âlâ, y crean en mí y en lo que yo he traído. Cuando lo hagan, y con la excepción de lo que sea necesario para satisfacer los derechos de los musulmanes, sus vidas y propiedades estarán a salvo por mi autoridad. En cuanto a sus intenciones** (que mantienen ocultas)**, Allahu ta'âlâ conoce todas las cuentas".**

"El que me obedece a mí, ha obedecido a Allahu ta'âlâ. El que se rebela contra mí, se ha rebelado contra Allahu ta'âlâ. El que obedece mis órdenes me ha obedecido a mí y el que se rebela contra mis órdenes se ha rebelado contra mí".

"Las situaciones del que me obedece y sigue lo que yo he traído, y el que se rebela contra mí y va en contra de lo que yo he traído, son similares a la situación de un hombre que ha construido una casa y preparado una extensa variedad de alimentos deliciosos (para invitar a la gente a un gran banquete) **y ha dado a alguien la responsabilidad de invitar a la gente. Los que aceptan la invitación entran en la casa y comen tanto como desean. Por el contrario, los que no aceptan la invitación no pueden entrar en la casa y comer los alimentos que han sido preparados. La casa corresponde al Paraíso** (que ha sido preparado para las personas temerosas de Allah que han aceptado la invitación del Rasûlullah)**. El que invita** (a Allahu ta'âlâ y al Paraíso que está lleno de Sus bendiciones) **es Muhammad** (sallallâhu 'alaihi wa sallam)**. El que se rebela contra Muhammad** (sallallâhu 'alaihi wa sallam) **se rebela contra Allahu ta'âlâ. Muhammad** (sallallâhu 'alaihi wa sallam) **distingue entre los musulmanes que lo confirman y los incrédulos que lo niegan".**

"Seguid mi camino y, tras de mí, el camino de los Julafa-i rashidin (los cuatro Califas que sucedieron a nuestro Profeta, sallallâhu 'alaihi wa sallam)**. Seguidlo con precisión y con todas vuestras fuerzas. Absteneos de las cosas innovadas con posterioridad** [en la religión, que no se pueden encontrar en el Qur'ân al-karîm, la sunnat, iŷma-i umma (el consenso al que llegan esos eruditos respetables que se son muŷtahid) y en las qiyas-i fuqaha (el trabajo arduo efectuado por los eruditos del fiqh con el que extraer normas, mandatos y prohibiciones del Qur'ân al-karîm y los hadîz-i-sharîf valiéndose del iŷtihad)]**. Porque todo lo que es innovado** (en la religión) **es bid'a. Y toda bid'a es herejía".**

Hablando de seguir al Rasûlullah, nuestro Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, declaró en uno de sus hadîz-i sharîf que relató Anas bin Mâlik: **“El que revive mi sunnat** (el que la propaga al practicarla)**, me ha revivido a mí** (ha ensalzado y dado a conocer mi orden)**. Y aquel que me reviva estará conmigo en el Paraíso”.**

Nuestro Maestro, el Profeta, dijo a Bilal bin Haris. **“Si una persona revive en el Islam una sunnat hasanah** (cosas que son beneficiosas y no contradicen o van contra el Islam)**, obtendrá su recompensa y la de quienes la practiquen. Si una persona introduce en el Islam una sunnat sayyi’a** (cosas que contradicen o van contra el Islam) **se le anotará su transgresión y las de todos quienes la practiquen”.**

Hadrat ’Umar bin Abdulaziz dijo: “Nuestro Maestro, el Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, dirigió el camino, lo mismo que los califas que le sucedieron. Actuar conforme al camino del Rasûlullah y el de los califas que le siguieron significa actuar según el Libro de Allahu ta’âlâ. Obedecer a Allahu ta’âlâ y a nuestro Maestro, el Profeta, sallallâhu ’alaihi wa sallam, significa fortalecer la religión de Allahu ta’âlâ. Nadie tiene derecho a corromper o cambiar el Islam. No está permitido actuar según las palabras de los que se oponen al camino de nuestro Profeta”.

“Los que siguen el camino de nuestro Maestro, el Profeta, y el de sus Compañeros, están en el camino verdadero. Entre estos, los que piden ayuda la obtienen. El que se opone al camino de nuestro Profeta y de sus Compañeros, y no actúa conforme a éste, está en un camino diferente al de los musulmanes. Al permitirle hacer acciones perniciosas, Allahu ta’âlâ pondrá a esa persona en el Fuego. El Fuego es el peor de los destinos”.

Hadrat Ahmad bin Hanbal dijo: “Un día estaba con un grupo de personas que salieron a toda prisa hacia el agua. Yo decidí seguir el hadîz-i sharîf que dice: **‘El que cree en Allahu ta’âlâ y el Día del juicio, no debe entrar en un baño público** (sin cubrir las partes awrat, las partes del cuerpo que se deben tapar)**’.** En consecuencia, no me quité la ropa. Esa noche alguien me dijo en un sueño: ‘¡Oh Ahmad! ¡Te traigo buenas noticias! Allahu ta’âlâ te ha perdonado porque has seguido el camino del Rasûlullah. Él ha hecho de ti un imam. La gente te seguirá’. Cuando le pregunté: ‘¿Quién eres tú?’ Dijo: ‘Yo soy Gabriel’”.

La persona que no sigue al Rasûlullah, sallallâhu ’alaihi wa sallam, en todas sus acciones no puede ser un creyente. Si no le aman más que a sí mismos su creencia no es completa. Muhammad, sallallâhu ’alaihi wa sallam, es el Profeta de todos los seres humanos y los genios.

Para la gente de cada siglo es obligatorio tratar de imitarlo. Para cada creyente es necesario ayudar a su religión, hacer que su moral sea una costumbre, repetir su nombre bendecido con frecuencia, recitar el salât-u salâm con respeto y con cariño cuando pronuncian o escuchan su nombre, enamorarse con la visión de su rostro bendecido, amar y mostrar respeto por el Qur’ân al-karîm que él ha traído, y por su religión.

HILYA-I SA'ÂDAT

Tras aconsejar a sus Sahâba,
El Maestro de los mundos dijo: Después de mi muerte
La persona que vea mi Hilya-i pâk[i],
Habrá visto mi rostro en realidad.
Y cuanto más me vea
Más se volverá hacia mí lleno de amor
Deseando verme cada vez más.
Y entonces mi amor llenará su corazón.
El Fuego le estará prohibido
El Paraíso será para él el regalo de mi Rabb[ii].
Haqq[iii] no le llevará desnudo al Lugar del Juicio
Y con él estará lleno de compasión.
Se ha dicho que si una persona escribe
Sobre Hilya-i Rasûl[iv] con amor,
Haqq hará que esté seguro
Por mucho que la tierra esté en ebullición.
Su piel no conocerá enfermedad alguna;
Su cuerpo estará a salvo de todo mal.
Por muy transgresor que ese hombre haya sido
El Fuego no podrá tocarlo.
Para él, el mundo que ha de venir será un lugar seguro
Y su vida será fácil en ese mundo venidero.
Rabb-i-ŷalla[v] lo elevará en la Otra Vida
Junto con los que vieron al Mensajero.
A pesar de lo difícil que es describir la Hilya-i Nâbi[vi]
Lo vamos a intentar si las cosas son propicias
Nos confiamos al Zulŷalal[vii]
Intentaremos hacer la descripción con humildad.

Todos los que saben dicen

Que Fakhr-i âlam[viii] era blanco, rojizo.

Su rostro bendecido era blanco como la nieve

Era como la rosa, con tonos rojizos.

El sudor en su rostro era como perlas

Que adornaban esa joya tan hermosa.

Sus ojos parecían matizados

Tan hermosos que fascinaban los corazones

El blanco de sus ojos era como la nieve

Su Creador lo alababa en sus âyats

Sus pupilas negras no eran pequeñas

La distancia no le afectaba.

Grandes y bellos eran sus ojos

Y su rostro radiante, elegante, siempre feliz

La visión poderosa de Hadrat Mustafa

No discriminaba entre el día y la noche

Cada vez que quería ver algo

Su cuerpo puro se volvía hacia esa cosa.

Viviendo en este mundo confiaba

Su cabeza bendecida a su cuerpo inocente

Aunque su cuerpo era material

Puede decirse que era un alma corpórea.

Era elegante y muy afable

Para Su Creador, un Mensajero muy querido

Como Mâlik y Abû Hâla en su afinidad

Sus cejas eran como una medialuna

Entre ellas había un blanco puro

Visible como la plata, muy resplandeciente

Su rostro bendecido era algo redondo

De piel brillante, casi translúcida

Entre sus cejas negras y benditas

Estaba la Qibla[ix] de todo el universo

El perfil de su nariz bendecida

La hacía parecer un poco más alta justo en medio

Era tan excelente, tan impecable, tan atractiva.

Definirla está más allá de toda capacidad

Entre sus dientes había un cierto espacio

Y brillaban como perlas ensartadas

Cada vez que se veían sus dientes de delante

El lugar se llenaba de luces

Cuando esa fuente de felicidad sudaba

Su rostro radiante emitía oleadas

Sus dientes delanteros parecían muy castos

Como si fueran de granizo abrillantado

Ibn Abbâs dijo: El más amado por el Creador

Era demasiado tímido como para reír a carcajadas.

Tan vergonzoso era ese símbolo del Islam

Que se dice que jamás se reía a carcajadas

El Mensajero de Allah era cortés y tan tímido

Que nunca miraba hacia el cielo

Su cara era redonda, como la luna llena

Un espejo que reflejaba la buena fortuna del Mawlâ[x]

Su rostro afortunado estaba tan iluminado

Que deslumbraba mirarlo a la cara

Ese Nabî fascinaba los corazones

Lo amaban cien mil Sahâbî

Los que soñaron con él solo una vez

Dijeron que no había deleite parecido

Sus mejillas, símbolo de dulce belleza

No eran demasiado rellenas ni tampoco carnosas

Ŷanâb-i Haqq lo había creado
Con rostro blanco y frente amplia
Las luces de su cuello brillaban
A través de sus cabellos, como un rayo de luz
Los pelos grises de su barba bendecida
No eran más de diecisiete
Su pelo no era rizado ni demasiado largo
De forma perfecta, como todos los miembros que tenía
El Rasûl-i âfaq tenía una garganta pura
De color blanco y muy limpia
Muchos de los corteses Sahâba dijeron
Que su abdomen y su pecho se adelantaban
Si hubiese sido posible abrir su pecho bendecido
El tesoro de conocimiento habría irradiado entusiasmo[xi] divino
Un pecho del que surgía amor divino
No podría ser de otra manera
Cada vez que sonreía el Maestro de ambos mundos
El Profeta de todos, animados o inanimados, en todos los mundos
Un amor profundo por el Ser Eterno
Hacía arder ese ser tan exquisito
Todo el mundo conoce, joven o anciano, no importa
La dulzura del corazón del Maestro del universo
La parte alta de su espalda era algo carnosa
Munificente, un símbolo de magnanimidad
Su piel plateada era extremadamente delicada
Un gran sello en ella decía que era el Profeta
El Sello de la Profecía estaba en su espalda, en lo alto
Y se tumbaba sobre el lado derecho
Los familiarizados con esta cuestión
Dijeron que esa marca era el Sello de la Profecía.

Era negro con tonalidades amarillas
Y de tamaño tan grande como un huevo de paloma
Lo rodeaban, como si fuera una frontera
Unos pelos pequeños en forma de círculo
Los que conocían ese Noble Abolengo
Dijeron: huesos largos tenía el gran Nabî[xii]
Cada uno de sus huesos era grande y de forma redondeada
Exquisitos, tanto en forma como en esencia
Cada una de sus extremidades, que eran tan bendecidas
Preparadas para la creación, donde la firmeza era necesaria
Todas las extremidades bendecidas del Profeta
Eran tan elegantes como las âyats del Corán
Las palmas de las manos de ese ser majestuoso
Eran anchas, puras, finas y preciosas
También lo eran las plantas de sus pies
Bellas y fragantes, como una rosa fresca
Igualmente elegantes, dijeron los que sabían
Eran esas manos milagrosas y tan bendecidas
Cada vez que el Profeta saludaba a alguien
Su dulce sonrisa a todos calmaba
Un par de días después del encuentro
E incluso meses después decían que
Su pecho bendecido se había expandido
Y había descendido el 'Ilm-i ladunnî
Blando y límpido era ese gran pecho
Los que lo veían creían que era la luna llena
Ver al Amado, siempre y en todo momento
Ese cuerpo refinado y bendecido era un ojo que todo lo veía
Perfecta era esa delicada complexión
En la que el Creador manifestaba Su divina creación

Sin pelos en su abdomen o su pecho

Del blanco más puro, como una lámina de plata

A partir de la mitad del pecho

Una línea de pelos bajaba hacia la cintura

Esta línea negra parecía en su cuerpo bendecido

Una aureola en torno a la luna llena

A lo largo de toda su vida sus extremidades bendecidas

Siguieron siendo lo mismo que cuando solo era un joven

Con el paso del tiempo el Profeta aumentó su edad

Pero, como el capullo de una rosa, su físico se renovaba

Nunca imagines que el Sultán del Universo

Tenía una obesidad superior a lo normal

Él no era delgado ni carnoso

De tamaño medio y muy poderoso

La gente que sabe mucho de este tema

Afirma que ni demasiado delgado, ni nada fuera de lo normal

El Hacedor había hecho ese cuerpo espléndido

Con justicia divina y equidad

En su piel pura reinaba la precisión

Por todo su cuerpo se desbordaban las luces

El Paladín de Sidra[xiii] era de mediana estatura

Gracias a él, el mundo consiguió su pacífica armonía

Los que vieron sus prodigios y milagros

Dijeron que alabarlo superaba sus capacidades

Nunca hemos visto tanta belleza

En la altura, en la conducta, en los rasgos; tan adorable

El Profeta era de estatura media y sin embargo

Cuando un hombre alto andaba junto a él

Por muy alto que el hombre fuera

El Profeta parecía serlo más y al compararlo con él

Le sacaba en altura la palma de una mano

Cuando caminaba con toda su dignidad

Era bastante considerable su velocidad

Entre la muchedumbre el hombre afortunado

Sería conocido por su perfume sosegado

Blanca era su piel cristalina, sin pelo alguno

¡Qué palabras pueden describir una belleza tan perfecta!

Cuando caminaba tenía la costumbre

De inclinarse hacia delante

Como si anduviera cuesta abajo

Se inclinaba un poco hacia delante

Tan elevado eran su honor y persona

Que el alma del Halîl[xiv] estaba orgullosa de su nobleza

Cuando Hudâ[xv] ama a una persona, no hay duda

De que todas sus extremidades serán de una belleza perfecta

Si cuando el Mensajero de Allah al pasear tranquilamente

Se encontraba de repente con una persona

Esta era presa del temor

Esa era la impresión que causaba el Mensajero de Allah

Si una persona conversaba con el Profeta durante un buen rato

Y escuchaba su dulce voz con piedad

Lo que contenían sus palabras le afectaban tanto

Que se convertía en el esclavo del Profeta si como tal fuese aceptado

El Creador Eterno lo había adornado con enorme belleza

No tenía igual en sus cualidades morales

¡Oh Rasûlullah![xvi] Soy incapaz de ensalzarte como es debido

Todos hemos sido creados por tu causa

¡Oh, tú, el rey del territorio con la fe que es debida

Por ti quiero yo sacrificar mi vida!

Notas de la HILYA-I SA'ÂDAT

[i] El rostro puro y hermoso del Mensajero de Allah.
[ii] Allahu ta'âlâ.
[iii] Allahu ta'âlâ.
[vi] Hablar sobre el Mensajero de Allah.
[vii] Allahu ta'âlâ.
[viii] El Maestro de los Mundos, es decir, el Mensajero de Allah.
[ix] Dirección hacia la que se orienta el musulmán en el namâz; la Ka'ba.
[x] Allahu ta'âlâ.
[xi] La palabra utilizada en el texto original es fayz (o faidh) que significa rayos de conocimiento espiritual invisibles, ocultos e inexplicables que surgen continuamente del corazón bendecido del Mensajero de Allah y que seguirán irradiando mientras dure la vida en la tierra. Si un musulmán sigue con perfección las enseñanzas del Qur'ân al-karîm y los principios islámicos de conducta que enseñó el Mensajero de Allah, que a su vez se pueden aprender de los eruditos islámicos verdaderos a los que se llama Ahl as-Sunnat wa'l Ŷamâ'at, el corazón de ese afortunado musulmán empezará a recibir esos rayos espirituales. Lo que se experimenta al recibir esos rayos no se puede describir a quien no lo ha degustado. Un día Huseyn Hilmi Işık Effendi, dijo: "Si una persona no ha probado nunca la miel, ¿de qué le serviría probar la mermelada para conocer su sabor?"
[xii] El Profeta, sallallâhu ta'âlâ alaihi wa sallam.
[xiii] Sidra-t-ul Muntahâ: un árbol en el sexto cielo. No ha habido ser creado, excepto nuestro Profeta, sallallâhu ta'âlâ alaihi wa sallam, que haya ido más allá del Sidra-t-ul-Muntahâ. Un año antes de la Hiŷra (Hégira), cuando nuestro Profeta sallallâhu ta'âlâ alaihi wa sallam, tenía cincuenta y dos años, en el bendito mes de Raŷab (en la noche entre los días veintiséis y veintisiete), el Arcángel Ŷabrâîl, (Gabriel), alaihis-salâm, llevó al Mensajero de Allah, sallallâhu ta'âlâ alaihi wa sallam a la Kâ'ba donde una persona desconocida hendió su pecho, le sacó el corazón, lo lavó con agua de Zamzam y lo puso de nuevo en su lugar. Luego, el Profeta y el ángel se subieron a un animal del Paraíso de nombre Burâq y cabalgaron hasta la Masŷid al-Aqsâ en Jerusalén, viaje que duró solo un momento, y luego ascendieron hasta el sexto cielo, también en un instante. Cuando llegaron al Sidra-t-ul-Muntahâ, Ŷabrâîl, alaihis-salâm, dijo que no podía seguir porque quedaría reducido a cenizas. El Profeta continuó solo. Pasó el Sidra y el Arsh y entró en el Paraíso. Allí vio a Allahu ta'âlâ de una manera inexplicable, incomprensible, inefable, sin tiempo ni dirección. Luego fue llevado de nuevo a la tierra. Esta ascensión del Mensajero de Allahu ta'âlâ se llama Mi'râŷ. Los musulmanes celebran cada año este suceso bendecido la noche del veintiséis del bendito mes de Raŷab.
[xiv] El Profeta Ibrâhim (Abraham), alaihis-salâm.
[xv] Allahu ta'âlâ.
[xvi] El Mensajero de Allah

CRONOLOGÍA

571
Nace Hadrat Muhammad, (12 Rabi'al-awwal–20, Abril, 571).
Llevado y entregado a su nodriza la Señora Halîma.

574
Llevado a Mecca por su nodriza y entregado a su madre Hadrat Âmina.

575
Fallece su madre.
Es llevado y entregado a su abuelo Abdulmuttalib.

577
Fallece su abuelo.
Llevado y entregado a su tío paterno Abû Tâlib.

583
Viajó a Siria con su tío paterno Abû Tâlib, y en Busra, el sacerdote Bahîra se dio cuenta de que sería el Último Profeta.

588
Viajó al Yemen con su tío paterno Zubayr.

595
Viajó a Damasco como jefe de la caravana comercial de Hadrat Jadîŷa.

596
Matrimonio con Hadrat Jadîŷa.

606
Puso la Haŷar al-Aswad en su lugar, en la pared de la Kâ'ba-i sharîf cuando estaba siendo reconstruida.

610
Recibe la primera wahy en la Cueva de Hira.

613
Tras invitar al Islam de forma secreta durante tres años, se sube a la colina Safâ y comienza a hacerlo en público.

615
Hégira de los musulmanes a Abisinia.

616
Hadrat Hamzâ se convierte al Islam.
Hadrat 'Umar' se convierte al Islam.

619
Mueren Hadrat Jadîŷa y Abû Tâlib.

620
El Mî'râŷ (Ascensión).
Primer juramento de fidelidad de Aqaba.

621
Segundo juramento de Aqaba.

622
La Hégira de Mecca a Medina.

623
Guerra Santa de Badr y victoria.
La orientación de la qibla se cambia de la Masŷid-i Aqsâ a la Kâ'ba-i Muazzama.
Se construye "Suffa" en su masŷid para alojar a los pobres.
Matrimonio con Hadrat Âisha.

624
Fallece su hija Hadrat Ruqayya.
Matrimonio de Hadrat Fâtima y Hadrat Ali.

625
La Guerra Santa de Uhud.
Martirio de Hadrat Hamzâ.
Nacimiento de Hadrat Hasan. (En el mes de Ramadan)
Nacimiento de Hadrat Husayn. (En el mes de Shâbân)
Matrimonio con Hadrat Hafsa, hija de Hadrat 'Umar.

627
La Guerra Santa del Foso

628
Tratado de Paz de Hudaybiya.
Envía cartas invitando al Islam a los gobernantes.
Conquista de Jaybar.

629
Guerra Santa de Mûta.

630
Conquista de Mecca.
Fallece su hija Hadrat Zaynab.
Nace su hijo Hadrat Ibrâhim.
Fallece su hijo Hadrat Ibrâhim.
Expedición a Tabûk

632
Jutba de la Despedida ante cien mil Ashâb-i kirâm.
Visita al cementerio Ŷannatu'l Bâqî.
Su fallecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

Jâliyatu'l-Akdâr (Mawlânâ Khâlid-i Bagdâdî)

No pude responder (Ishaq Effendi de Harput)

Dalâilu'n-Nubuwwa (Abû Nuaym)

Dalâilu'n-Nubuwwa (Bayhaqî)

Dîvân-i Mawlânâ Khâlid-i Bagdâdî

Ajdâd-i Peygamberî (Abdulhakîm Arwâsî)

Ad-Durru'l-Mansûr (Imâm Suyûtî) (6 Volúmenes)

Al-Bahru'l-Muhît [8 Volúmenes] (Abû Hayyân al-Andulusî)

Al-Hasâisu'l-Kubrâ (Imâm Suyûtî)

Al-Isâba (Ibn-i Hajar-i Askalânî)

Al-Istîâb (Ibn-i Abdilbarr)

Al-Kâmil fit-Târih (Ibnu'l-Asîr)

Al-Matâlibu'l-âliya (Ibn-i Hajar-i Askalânî)

Al-Mu'jamu's-Sagîr (Imâm Tabarânî)

Al-Musannaf (Imâm Abdurrazzâk)

Al-Musannaf (Imâm Ibn-i Abî Shayba)

Al-Wafâ bi Ahwâli'l-Mustafâ (Abu'l-Faraj Ibnu'l-Jawzî)

Ansâbu'l-Ashrâf (Balâzurî)

Ashâb-i Kirâm (Abdulhakîm Effendi)

As-Sîretu'l-Halabiyya (Abu'l-Faraj Nûraddin Alî b. Ibrâhîm b. Ahmad Halabî)

As-Sîretu'n-Nabawiyya (Ibn-i Ishâq, Ibn-i Hishâm e Ibn-i Qasîr)

As-Siyaru'l-Qabîr (Imâm Muhammad)

Ashi'atu'l-Lama'ât (Abdulhak-i Dahlawî)

At-Tabakâtu'l-Qubrâ (Abdulwahhâb-i Sha'rânî)

Fâideli Bilgiler (A. Jawdat Pasha)

Farâidu'l-fawâid (Qâdî-zâde Ahmad Effendi)

Al-Fiqhu'l-akbar (Imâm Abû Hanîfa)

Fathû'l-Bârî (Ibn-i Hajar-i Askalânî)

Futûhu'l-Buldân (Balâzurî)

Documentos de la Palabra Correcta (Suwaydî)

Al-Hasâisu'l-Qubrâ (Suyûtî)

Hâshiyatu Shayh-zâde ala'l-Baydâwî [8 Volúmenes]

Hâshiyatu's-Sâwî ala'l-Jalâlayn [4 Volúmenes]

Herkese Lâzim Olan Imân (Kemahlı Fayzullah)
Hilyatu'l-Awliyâ (Abû Nuaym)
Hujjatu'llahi alal'alamîn (Yûsuf Nabhânî)
Al-Ikdu'l-Farîd (Hasen Shurunbulâlî)
I'tikâdnâme (Mawlânâ Khâlid-i Bagdâdî)
Ihyâu Ulûmi'd-dîn (Imâm-i Gazâlî)
Insânu'l-Uyûn (Nûruddîn Halabî-i Shâfiî)
Irshâdu's-Sârî (Shihâbuddin Qastalânî)
Isbâtu'n-Nubuwwa (Imâm-i Rabbânî)
Ética del Islam (Alî bin Amrullah, Muhammad Hâdimî)
Enciclopedia de Eruditos Islámicos (Commité)
Qanzu'l-Ummâl (al-Muttaqî al-Hindî)
Qisas-i Anbiyâ (Ahmad Jawdat Pasha)
Kiyâmat wa Âhirat (Imâm-i Gazâlî)
Kimyâ-i Sa'âdat (Imâm-i Gazâlî)
Kitâbu'l-Amwâl (Abû Ubayd al-Qâsim Ibn-i Sallâm)
Kitâbu'l-Harâj (Imâm Abû Yûsuf)
Qur'ân al-karîm
Ma'âlimu't-Tanzîl (Qâdî Baydâwî) [2 Volúmenes]
Traducción del Maâriju'n-Nubuwwa (Altiparmak Muhammad Effendi)
Maâriju'n-Nubuwwe (Molla Miskîn Muhammad Muîn)
Majmau'z-Zawâid (Nûreddîn el-Haysamî)
Madâriju'n-Nubuwwa (Abdulhaq-i Dahlawî)
Magâzî (Wâkidî)
Maktûbât-i Ma'thûmiyya (Muhammad Ma'thum Fârûqî)
Maktûbât-i Rabbânî (Imâm-i Rabbânî)
Mawâhib-i Ladunniyya (Qastalânî) y el comentario de Zarqânî
Mawlid-i Sherîf [Wasîlatu'n-najât] (Sulaimân Chalabî)
Mir'ât-i kâinat (Nishânjizâda Muhammad Effendi)
Mir'âtu'l-Harameyn (Eyyûp Sabrî Pasha)
Mishkâtu'l-Masâbîh (Muhammad bin Abdullah Tabrîzî)
Al-Mu'jamu's-Sagîr (Tabarânî)
Muhâdarâtu'l-Abrâr (Muhyiddîn Ibn-i Arabî)
Muktafâ fî Zikri Fadâili'l-Mustafâ (Ibn-i Habîb Halabî)
Al-Musannaf (Ibn Abî Shaiba)
Al-Muwattâ (Imâm Mâlik)

Tanwîru’l-Hawâlik ala’l-Muvattâ (Comentario de Suyûtî)
Mujdeci Mektûblar (Imâm-i Rabbânî)
Al-Musnad (Imâm Ahmad bin Hanbal)
Al-Mustadrak ala’s-Sahîhayn (Hâkim)
Nasab-i Quraish (Zubair bin Bakkâr)
Nuhbatu’l-La’âlî (Muhammad bin Sulaimân)
Ar-Ravdu’l-unf (Suhaylî)
Enciclopedia Rehber (Commité)
Riyâdu’n-nâsihîn (Muhammad Rabhâmî)
Rûhu’l-Bayân (Ismâîl Hakki Bursawî)
Sahîh-i Bukhârî (Imâm-i Bukhârî)
Comentarios sobre Sahîh-i Bukhâri [Fathu’l-Bârî (Askalânî), Umdatu’l-Kârî (Aynî), Irshâdu’s-Sârî (Qastalânî)]
Sahîh-i Muslim (Imâm Muslim)
Sahîh-i Muslim. Commentario (Nawawî)
Sifru’s-Sa’âda
Sîrat-i Ibn-i Hishâm (Ibn-i Hishâm)
Sirat-i Ibn-i Ishâq (Ibn-i Ishâq)
Sîrat-i Ibn-i Kathîr (Ibn-i Kathîr)
Sîratu’n-Nabî (Ahmad bin Zaynî Dahlân)
Siyar-i Qabîr (Imâm-i Muhammad) y Comentario (Imâm-i Sarahsî)
Siyaru A’lâmi’n-Nubelâ (Zahabî)
Subulu’l-Hudâ wa’r-Rashâd (Sîrat-i Shâmî)
Sunan-i Bayhakî (Imâm Bayhakî)
Sunan-i Dâraqutnî (Imâm Dâraqutnî)
Sunan-i Dârimî (Imâm Dârimî)
Comentarios Sunan-i Abî Dâvûd [Maâlimu’s-Sunan wa Avnu’l-Ma’bûd]
Sunan-i Ibn-i Mâja (Imâm Ibn-i Mâja)
Sunan-i Nasâî (Imâm Nasâî)
Sunan-i Tirmizî (Imâm-i Tirmizî)
Comentarios Sunan-i Tirmizî [Tuhfatu’l-Ahwazî wa Âridatu’l-Ahwazî]
Shamâil-i Sharîfa (Imâm-i Tirmizî)
Shamâilu’r-Rasûl (Imâm-i Tirmizî)
Sharhu’s-Siyari’l-Qabîr (Imâm-i Sarahsî)
Shawâhidu’n-Nubuwwa (Mavlânâ Abdurrahmân Jâmî)
Shifâ-i Sharîf (Qâdî Iyâd)

Tabakât-i Ibn-i Sa’d

Tam Ilmihâl Seâdet-i Ebediyye. (Bienaventuranza Eterna) (M. Siddik Gumush)

Târihu’l-Hamîs (Diyar-i Bakrî)

Târîhu’l-Islâm (Imâm-i Zahabî)

Târihu’l-Iber (Ibn-i Haldûn)

Târihu’l-Umam wal-Mulûk (Tabarî)

Tafsîr-i Azîzî (Abdul-Azîz-i Dahlawî)

Tafsîr-i Baydâwî (Qâdî Baydâwî)

Tafsîr-i Hâzin [7 Volúmenes con Tafsîr-i Bagawî]

Tafsîr-i Husainî (Mawâhib-i Aliyya: En Persian) [2 Volúmenes]

Tafsîr-i Qabîr (Mafâtîhu’l-gayb) (Fahruddîn-i Râzî) [32 Volúmenes]

Tafsîr-i Qurtubî (Qurtubî) [20 Volúmenes]

Tafsîr-i Mazharî (Sanâullah-i Pâniputî) [10 Volúmenes]

Tafsîr-i Tabarî (Jâmiu’l-bayân) [30 Volúmenes]

Tafsîr-i Abussuûd (Abussuûd) [9 Volúmenes]

Ta’wîlâtu Ahli’s-Sunna (Imâm Mâturîdî)

Umdetu’l-Qârî (Badruddîn al-Aynî)

Uyûnü’l-Asar (Ibn-i Sayyidi’n-nâs)

Usudu’l-Gâbe (Ibnu’l-Asîr)

Wafâu’l-Wafâ (Samhûdî)

Zâdu’l-Masîr (Ibnu’l-Jawzî)